

NICOS CASANDSAKIS

La última tentación

Edición de Carmen Vilela Gallego



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

Nicos Casandsakis

La última tentación

Edición de Carmen Vilela Gallego

Traducción de Carmen Vilela Gallego

CÁTEDRA

Índice

I INTRODUCCIÓN

El autor. Bosquejo biográfico

Las biógrafas de Nicos Casandsakis

La religiosidad de Nicos Casandsakis

El Cristo de Casandsakis

La figura de Cristo en otras obras de Casandsakis anteriores a *La última tentación*

La última tentación: gestación de la obra y avatares de su publicación

Argumento

Significado de la obra

Estructura y contenido de la obra

La última tentación, una obra heterodoxa

Reacciones suscitadas por la novela

Características literarias de la obra

Los personajes

Lengua y estilo

Precedentes de *La última tentación* en la literatura

E STA EDICIÓN

B IBLIOGRAFÍA

L A ÚLTIMA TENTACIÓN

Prólogo

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

[A NEXO . Nota informativa del editor-responsable de la edición,
Dr. Pátroclos Stavru](#)

[A PÉNDICE . Fragmentos del *Diario de Sesiones del Parlamento griego* sobre Nicos Casandsakis](#)

[Créditos](#)

INTRODUCCIÓN

EL AUTOR. BOSQUEJO BIOGRÁFICO

Es un hecho incuestionable que Nicos Casandsakis es un escritor universal, el primer novelista de la Grecia moderna cuyo nombre es conocido en el mundo entero. Sus obras se encuentran traducidas a más de cincuenta lenguas o dialectos. Su éxito internacional como narrador sigue siendo un caso único en las letras griegas. Pero, además, puede decirse que es un clásico porque en pleno siglo XXI su obra no ha perdido actualidad. Y es que, en una época como la nuestra en que nos sentimos a merced de fuerzas que no podemos controlar, el pensamiento de este escritor inquieto e inconformista, sus preguntas existenciales y sus ansias de libertad, permanecen llenas de sentido para muchas personas, hoy.

Sobre su vida, su andadura personal y profesional, sus ideas filosóficas y su obra literaria, sea o no de ficción, hemos hablado prolijamente con motivo de nuestras ediciones y traducciones de *El Capitán Mijalis* e *Informe al Greco*, ambas publicadas por Ediciones Cátedra en su colección «Letras Universales». En ellas, el lector interesado encontrará amplia información al respecto.

En el caso que ahora nos ocupa, *La última tentación*, por tratarse de una obra enormemente compleja, cuyo contenido está directamente relacionado con el personalísimo y peculiar pensamiento religioso del autor y en la que pone de manifiesto su visión de Cristo, nos ha parecido más oportuno centrarnos fundamentalmente en esta faceta del escritor, así como en el análisis y comentario de la obra en sí, al objeto de proporcionar claves y datos que sean de utilidad para interpretar lo que Casandsakis quiere decirnos con esta controvertida —y puede que para algunos, escandalosa— novela. Ofreceremos, no obstante, una escueta biografía del literato cretense y un breve

comentario de su obra, pensando en quienes no conozcan nuestros anteriores trabajos.

Nicos Casandsakis nació en Iraclio (Creta) en 1883. Estudió Derecho en Atenas (1902-1907) y amplió estudios en París (1907-1909) donde se vio profundamente influenciado por los principios filosóficos de Bergson y Nietzsche. Es en esta época cuando comienza su incursión en la escritura.

Recorrió toda Grecia, continental e insular, y realizó multitud de viajes al extranjero, en algunas ocasiones como corresponsal de diarios griegos. Ocupó el cargo de director general del Ministerio del Bienestar y Asistencia Social (1919) y el de ministro sin cartera en 1945. Trabajó como asesor literario para la UNESCO (1946). Fue presidente de la Asociación de Escritores Griegos. En 1936 recibió el Premio de la Paz y fue candidato al Nobel de Literatura en dos ocasiones. En su candidatura recibió el apoyo mayoritario de intelectuales europeos, sobre todo franceses. Sin embargo, por increíble que parezca, los propios poderes públicos griegos, bajo la influencia de la Iglesia ortodoxa de Grecia, intervinieron en Oslo para impedir que la nominación prosperara.

Falleció en Friburgo, a la edad de setenta y cuatro años. Sus restos mortales fueron trasladados a su Creta natal y reposan en el bastión Martinengo de las murallas venecianas de Iraclio. Sobre la losa sepulcral, un sencillo epitafio, resumen y compendio de su pensamiento:

NADA ESPERO

NADA TEMO

SOY LIBRE

Y presidiendo el lugar donde descansa, una cruz de madera como único símbolo.

Casandsakis se consideraba a sí mismo poeta y creía que su obra cumbre era la *Odisea*, un poema épico de veinticuatro rapsodias y 33.333 versos. Destacó en dramaturgia (*Cristo, NicéforoFocas, Prometeo, Capodistrias, Curos, Constandinos Paleólogo, Cristóbal Colón*, etc.), en la escritura de diarios de

viaje, en los que refleja sus impresiones sobre los lugares que visita (España, Italia, Egipto, Sinaí, Japón, China, Inglaterra, Rusia, Jerusalén, Chipre) y en el ensayo filosófico (*Ascética, Simposio*, etc.). Pero fue conocido sobre todo por sus novelas: *Vida y hechos de Alexis Sorbás* (1946), *Cristo de nuevo crucificado* (1948), *El Capitán Mijalis* (1950), *La última tentación* (1951), *Informe al Greco* (1961)... Muchas de ellas han sido adaptadas al teatro, al cine o a la televisión. Escritor activo y productivo como pocos, no puede sorprender que su obra sea variada pero también un tanto desigual.

Casandsakis es un pensador de fuste, aunque nunca articulara un sistema de pensamiento de forma coherente y explícita. Más bien su ideología y su filosofía, difundidas a través de sus obras, son una amalgama de las más heterogéneas ideas: nacionalismo, creencia en el superhombre, socialismo, fascismo, incluso un comunismo revestido de santidad que le lleva a mezclar a Cristo, Buda y Lenin. Pero, inconformista hasta el final de su vida, siempre adopta una actitud crítica ante las corrientes ideológicas de su época, aunque desde luego influyeran decididamente en su pensamiento. Fue un hombre preocupado por el papel del ser humano en el mundo y su destino. Vivió permanentemente angustiado por encontrar a Dios. Para acallar los gritos de esa angustia configuró su particular fe cristiana.

Su obra literaria tiene como fin despertar conciencias, por lo que nadie queda indemne a su lectura. Esta condición y la versatilidad de su pensamiento han hecho de él uno de los escritores más controvertidos. Sus contemporáneos y las generaciones posteriores le han reprobado su mezcla de tendencias ideológico-filosóficas, tan contradictorias como el existencialismo nietzscheano, bergsonismo, esteticismo, nacionalismo, comunismo y misticismo.

Muchos lo han acusado de comunista y ateo, especialmente las Iglesias ortodoxa y católica, que arremetieron contra él. Pero los comunistas griegos —Costas Várnalis y Yanis Cordatos, por ejemplo— sabían muy bien que no lo era. Cordatos, concretamente, dice de él que era un intelectual esnob, seguidor

de la última corriente filosófica que apareciera en Europa, un místico y un obseso ¹ .

Elefcerios N. Platis, periodista y crítico literario, que conoció a Casandsakis en 1953, nos dice que durante la ocupación alemana muchos jóvenes, entre ellos él mismo, lo admiraban como poeta, como pensador y por sus libros de viajes, y que veían en él un estímulo para soportar aquella difícil situación ² .

En cambio, otros compatriotas suyos, como su propia exmujer, Galatea Alexíu, le dirigían durísimos ataques, acusándolo de eludir todo compromiso político contra el fascismo. En un artículo publicado en el diario de izquierdas *Ελεύθερα Γνώμη* [*Eléfceras Gnómis*] ³ , el 26 de julio de 1936, en respuesta a uno anterior de Casandsakis publicado en *ΗΚαθημερινή* [*I Cacimeriní*] ⁴ justificando la invasión italiana de Etiopía y, por ende, el fascismo, Galatea Alexíu, en un tono casi ofensivo, lo llama irónicamente «el eremita de Egina», lo acusa de ser un esteta con el espíritu lleno de momias, lo adorna con calificativos como «cementerio de ideas», «nihilista espiritual y ético que justifica a Hitler y a Mussolini», y otras lindezas por el estilo ⁵ . No entraremos en un debate de esta índole, pero es preciso no perder de vista el contexto de los años 30, en los que ni Hitler ni Stalin se habían quitado del todo la careta y jugaban a la confusión.

LAS BIÓGRAFAS DE NICOS CASANDSAKIS

A propósito de Galatea Alexíu (Casandsakis), parece oportuno recordar que Casandsakis es quizá el único escritor contemporáneo que cuenta con cuatro biografías escritas por mujeres ⁶ . La profesora Farinu-Malamatari, en su ponencia presentada en el Congreso sobre Casandsakis celebrado en Creta en 2007 ⁷ , analiza con toda objetividad estas biografías. Nos parece interesante resaltar algunas pinceladas de este análisis como una prueba más de la subjetividad con la que ha sido juzgado el escritor cretense.

La primera biografía ⁸ en orden cronológico es la de la mencionada Galatea Alexú, su primera esposa. Fue publicada en 1957 —estando aún vivo el escritor— con el título *Hombres y superhombres* y el subtítulo *Novela*, dando a entender con ello que se trataba de un relato de ficción. Pero pese a que los personajes permanecen ocultos bajo nombres supuestos, en realidad se trata de un escrito biográfico de su relación y su vida con el escritor desde 1906 hasta 1926. Curiosamente, Galatea, que también era escritora, no se presenta como tal, quizá para silenciar su etapa estética simbolista y naturalista, paralela a la de Casandsakis, ya que cuando escribió la biografía estaba imbuida de los dictados del realismo socialista y renegaba de su pasado estético «burgués».

El término «superhombres» tiene connotaciones claramente negativas, y, aplicado a Casandsakis y a los intelectuales con inquietudes existenciales y metafísicas como él, significa «hombres faltos de ética, egoístas, duros, indiferentes, insensibles». Por el contrario, cuando dice «hombres» se está refiriendo al común de los mortales, gentes del pueblo que luchan por mejorar sus condiciones de vida y que incluso se convierten en héroes en los momentos críticos.

Pese a que el segundo esposo de Galatea, Marcos Avyeris, escritor y crítico literario, dedica efusivos elogios a esta obra, calificándola de producto literario brillante y maduro de una escritora de setenta y cinco años, la realidad es que la autora intenta intervenir en la vida de Nicos de forma absolutamente subjetiva, cuando no tendenciosa, y juzga, sobre todo su obra madura, con criterios que se derivan de sus convicciones ideológicas en el momento en el que escribe esta denominada *Novela*.

Son muchas las voces que han calificado esta biografía de libelo. Podrían resultar de interés las cartas dirigidas a Galatea por el escritor, incorporadas al texto, pero se reducen a prolijos fragmentos presentados sin más criterio que servir a los objetivos de la autora.

La segunda biografía escrita por una mujer es la de Lilí Sografu, *Nicos Casandsakis, un trágico* (1960) ⁹. Su interés

estriba en que la autora era entonces una joven escritora-periodista y en que está escrita apenas dos años después de la muerte de Casandsakis. También es interesante por el hecho de que Sografu no conoció personalmente al protagonista de su biografía, simplemente había leído su obra editada hasta entonces (faltaba *Informe al Greco*, que no se publicó hasta 1961), así como la bibliografía existente sobre Casandsakis. Tuvo acceso también al material inédito y dispuso de la información verbal de personas que le conocieron (entre otros, Pandelís Prevelakis, amigo personal de Casandsakis y su biógrafo dos años antes, y el tío de la autora, N. Cuculakis, que había conocido personalmente al padre de Nicos).

Pero pese a disponer de tantas fuentes y organizar su relato con coherencia interna desde el punto de vista literario, Casandsakis es tratado de una forma absolutamente negativa — él y su obra—, sin mezcla de bien alguno. La dedicatoria del libro: «A mi hija y a todos los jóvenes de su generación», y la apostilla que añade en el Prólogo, son una declaración de principios que habla de su posición apriorística. En efecto, Sografu dice que su biografía es «útil» a los jóvenes que

siguiendo las leyes eternas de la naturaleza, tienen los ojos llenos de luz y de fe, a la juventud que busca símbolos en los que apoyarse [...] ¿hemos de ponerles en la mano el estandarte de la negación y de la nada, que nos entregó Casandsakis? Dejémosles que crean cosas nuevas. ¿No nos hemos destruido bastante con el nihilismo? [10](#) .

Según este relato, el autor cretense fue el hijo desgraciado de un padre inhumano que no le prodigó la más mínima muestra de ternura y que asfixió su virilidad. El joven compensó su timidez y su apocamiento sexual y social con un deseo insaciable de conocimiento y con la idea de su propio mesianismo, construyéndose un «yo» ficticio y abrazando diferentes ideologías y teorías, a las que se adhirió como la yedra.

Fruto de su mesianismo será su *Ascética*, según Sografu, para quien además la *Odisea* en verso no es la historia de la decadencia del siglo, como dice Prevelakis, sino la confesión del fracaso personal de Casandsakis. El mensaje de desesperanza

cristiana de la *Odisea* —siempre según Sografu— lo sustituye por la esperanza cristiana, y el amoralismo, por la desmaterialización. Lilí Sografu ve en sus novelas de tema religioso de nuevo la lucha con su padre, y dice además que su ascesis no es más que una consecuencia de circunstancias externas.

Con estas interpretaciones no parece que la biógrafa-periodista pretenda narrar la historia de una vida para poner al descubierto el alma de un escritor famoso, sino que más bien describe una psicopatología, pero sin analizar para ello de forma objetiva los testimonios de que dispone (correspondencia, información verbal), ni tampoco la obra del autor, sino forzando los datos obtenidos de manera que le sirvan para corroborar sus argumentos formulados a priori. Es más, pretende apoyar su biografía en la obra del biografiado, pero al mismo tiempo rechaza esta obra por su mensaje nihilista, su falta de sensibilidad, su lógica estricta y su carencia de realismo, todo en palabras de su biógrafa.

Más que una biografía, la obra de Lilí Sografu es una auténtica novela, una novela «trágica», como ya se presagia en el título de la misma.

La tercera mujer en el tiempo que escribe una biografía sobre Casandsakis es Eli Alexíu, su cuñada, que en 1966 publicó *Para llegar a ser grande. Biografía de Nicos Casandsakis* ¹¹. En principio puede considerarse la biografía de un testigo presencial, es decir, la descripción de una vida hecha por una persona que vivió junto al biografiado o muy cerca de él. Así lo dice ella en el Prólogo de su libro. Pero en realidad es una mezcla de diversos materiales: anécdotas que la propia autora presencié, información recogida de otros testigos que cubren partes de la vida de Casandsakis en la que no estuvo presente, y fragmentos de cartas o escritos del propio Casandsakis en los que expresa pensamientos y críticas. Curiosamente, los documentos que adjunta con ánimo de censurar las relaciones de Casandsakis con la política, especialmente con la izquierda, explican, sin pretenderlo, el

porqué de su forma de proceder y su actitud. El libro contiene además abundantes fotografías y textos de archivo.

La parte más lograda de la biografía es la que narra su contacto vivo con el escritor. De su relato se desprende la admiración que sentía por su cuñado, en quien veía un hombre excepcional. Pero destaca sólo aspectos anecdóticos, sin darnos acceso a su mundo interior, quizá porque su trato con él fue breve y esporádico y ella era por entonces casi una niña. No da una visión de conjunto ni del escritor ni de su obra, aunque muestra la naturaleza de su grandeza con ejemplos extraídos de la misma.

Para Eli Alexíu, Casandsakis y su obra están totalmente identificados. Así lo afirma expresamente:

Entre Casandsakis y su obra existe una completa identificación. Ya le tratases personalmente o lo leyese, sacabas la misma impresión. Lo que sorprende en su obra, sorprende también en su vida. Y lo más notable, su vida, su obra vital, es equivalente en originalidad, gusto y severidad a su obra literaria [12](#) .

Cree que la obra de un escritor contiene las claves de su existencia, por lo que hay que construir su biografía a partir de lo que ha escrito. Así, en su libro nos ofrece, de una parte, al Casandsakis que conoció personalmente y, de otra, un Casandsakis «literario», una persona prefabricada tal y como ella lo ve a partir de sus escritos: un producto de las influencias filosóficas sufridas, un hombre que siente que tiene que ser siempre el mejor, un ser ambicioso que desprecia a la masa, maniático del trabajo, solitario, asocial... En fin, un estereotipo ficticio. Esta biografía tampoco es muy creíble, salvo en los relatos anecdóticos de la vida cotidiana.

La cuarta biografía de Casandsakis escrita por una mujer es la de su segunda y definitiva esposa, Eleni N. Casandsakis. La obra circuló primero en francés, en 1968, con el título *Le dissident, biographie de Nikos Kazantzakis* y fue traducida al griego [13](#) en 1977. En su obra, Eleni, a pesar de ser ella misma escritora y experta biógrafa (había escrito la biografía de Gandhi), se asigna

el simple papel de receptora de sus cartas y compiladora de textos que tienen que ver con el protagonista de la biografía.

Como parece por el Prólogo, Eleni tiene la autorización para convertirse en biógrafa, tiene el perfil al que debe responder el biografado (un hombre grande), tiene el esquema-carta de la biografía, que encuentra entre los papeles de Casandsakis, y, finalmente, tiene los documentos, diarios y, sobre todo, las cartas que su marido le dirige. Su biografía presenta la siguiente dedicatoria rubricada, quizá como respuesta a la de Lilí Sografu: «Que la vida y la muerte de Nicos Casandsakis ayuden a los jóvenes a seguir las huellas de su esperanza, más allá de la desesperanza. A ellos dedico este libro».

El libro de Eleni responde al tipo de biografía oficial, «biografía autorizada». Aspira a que la consideremos como la solvente y fidedigna narración de la vida del escritor, y al mismo tiempo como la respuesta-crítica indirecta a todo lo que se ha escrito antes sobre la vida de Casandsakis, especialmente por parte de las mujeres biógrafas.

La biografía comienza *in medias res*, a partir de 1924, el año en que se conocieron, pero no contiene dato alguno de carácter privado o práctico, sino que está centrada en resaltar lo público, lo oficial, la persona de Casandsakis construida sobre el estereotipo de gran hombre inconformista. Hace un relato generalizado de la situación política en 1936, de la ocupación alemana y de la guerra civil, desde una perspectiva progresista, pero sin encuadrar al «gran hombre» en el contexto histórico. Probablemente está respondiendo a las acusaciones —de Galatea y de Lilí Sografu, pero también de los comunistas— sobre su misticismo y su no participación en la resistencia. Su Casandsakis se convierte en las obras que escribe, las cartas que envía, las historias que cuenta. Es decir, en un sujeto que no existe fuera de la escritura. El detallado relato de sus últimos momentos tiene un tratamiento que lo hace totalmente coherente con el sentido de la vida del escritor tal y como aparece expuesto en su biografía. En esto se ajusta al tipo de «biografía-hagiografía».

En resumen, las cuatro biógrafas de Casandsakis afrontan al personaje del mismo modo. Es decir, intentan no aparecer en escena, quedar en un segundo plano —sobre todo las tres mujeres que lo conocieron y trataron personalmente—, pero todas ellas ejercen su poder en el terreno del relato de su vida para servir a sus propios objetivos. Todas ellas, partiendo de la idea expresa o tácita de que la obra se identifica con el hombre, tratan en su biografía sobre la persona literaria de Casandsakis, no sobre el hombre Casandsakis. El hombre a quien presentan como superhombre, inconformista, trágico o grande, es, en los cuatro casos, una construcción prefabricada. Las cuatro toman partido en sus respectivas obras, ya sea juzgándolo (Galatea Alexíu, Lilí Sografu, Eli Alexíu) ya protegiéndolo (Eleni N. Casandsakis).

LA RELIGIOSIDAD DE NICOS CASANDSAKIS

Para entender el Cristo que Casandsakis nos presenta en *La última tentación* es preciso conocer previamente su evolución en el terreno religioso y su credo personal. Por tradición familiar y por el lugar donde había nacido y se había criado, Casandsakis tuvo una educación profundamente cristiana y fue un ferviente creyente hasta su juventud. En su autobiografía espiritual, *Informe al Greco*, nos confiesa: «Mi primer ardiente deseo ha sido la libertad; el segundo, que aún permanece latente en mí y me atormenta, la sed de santidad» [14](#) .

Y nos dice que de niño vendía sus juguetes para comprar cuadernillos de vidas de santos y, sentado en el patio de su casa, leía los martirios que habían padecido para salvar sus almas [15](#) .

Casandsakis fue un hombre con un profundo sentido religioso, casi un místico. Él mismo nos presenta su vida como una perpetua búsqueda de Dios, y al mismo tiempo considera su peripetia religiosa como su auténtico destino. A la caza de Dios peregrinó al Monte Atos, indagó en la vida de los santos, especialmente en san Francisco de Asís, y se adentró en las filosofías de Oriente y Occidente. Realmente, su agónica

búsqueda de Dios constituye el punto de partida y el término de su creación literaria: «Todos mis viajes se habían convertido en una sola línea roja, que partía del hombre y ascendía para llegar a Dios —quiero decir, a la más alta cumbre de la esperanza—» [16](#) .

También en sus cartas confiesa que su mayor deseo en la vida ha sido encontrar a Dios, el Primer Principio, y unirse con Él. En 1952, pocos años antes de su muerte, escribe en una carta a Prevelakis: «La lucha del hombre y Dios, esto es lo que nos interesa. Todo lo demás es basura social» [17](#) .

Pero aquella fe de niño heredada de sus padres y de su ambiente social se vio resquebrajada en la primera juventud, cuando el descubrimiento de las teorías de Copérnico y Darwin hizo tambalear los cimientos de sus creencias religiosas y provocó en su alma un terrible debate entre la fe y la duda, que permanecerá durante toda su vida. Así nos lo relata él mismo:

[...] dos terribles secretos que nuestro profesor de Física nos había desvelado aquel año habían perturbado mi alma. Nunca desde entonces, creo, las dos heridas que se me abrieron se han cerrado por completo.

El primer secreto, espantoso, era éste: la Tierra no es, como la creíamos, el centro del universo; el Sol y el cielo estrellado no giran sumisos alrededor de nuestra Tierra; nuestro planeta no es más que un pequeño astro insignificante, extraviado en la Galaxia, y da vueltas servilmente alrededor del Sol. La corona real cayó de la cabeza de nuestra madre la Tierra [18](#) .

¿Qué eran entonces aquellos cuentos que hasta ahora nos contaban los maestros desvergonzadamente, de que Dios había creado el Sol y la Luna como adornos de la Tierra...?

[...] Ésta fue la primera herida. La segunda: que el hombre no es la criatura mimada, privilegiada de Dios; que Dios no le ha insuflado su aliento ni le ha dado un alma inmortal; él también es un eslabón de la infinita cadena de los animales, nieto, biznieto del mono. Y si se rasca un poco nuestra piel, si se rasca un poco nuestra alma, se encontrará debajo a nuestra abuela la mona.

Mi amargura y mi indignación eran insoportables [...] me preguntaba: ¿por qué llevan tantos años engañándonos? [...] ¿Cómo pueden los

hombres cantar? —pensaba—. ¿Cómo no se les desgarran el corazón al saber de dónde venimos, adónde vamos y qué cosa sea Dios?

[...] ¿Entonces no era Dios quien me había engendrado, quien me había modelado con sus manos, quien ha insuflado en mí su aliento, sino que me ha engendrado el mono, depurando de mono en mono su simiente? ¿Así que yo no era hijo de Dios, sino del mono?

Mi decepción y mi rabia duraron meses; quién sabe si no duran aún [19](#) .

A partir de ese momento, las teorías científicas sobre la existencia humana le parecen explicaciones más convincentes que las de la Biblia. Lo que nos inculca la fe, a saber, que los seres humanos se encuentran en el centro del Universo, que todo ha sido creado por Dios de la nada, que este Dios es perfecto y completo, y que después de la muerte continúa una vida que sigue a la vida en la Tierra, le parecen cuentos falaces. Su fe religiosa zozobra y se hunde, la ve en contradicción con la ciencia, que enseña que la Naturaleza es salvaje y caótica, que los seres humanos son una más de las especies, que nuestra existencia individual se extingue en el momento de la muerte y que —lo más importante— todo está sometido a permanente evolución, nada está terminado, ni siquiera el propio Dios.

Más adelante, el estudio de Nietzsche lo llevará a romper con lo que considera falsas creencias religiosas y a buscar un nuevo sentido a la religión.

Yorgos Stamatiú describe su trayectoria religiosa como sigue:

En su juventud, su fe en la religión cristiana heredada de sus padres era inquebrantable. El anticristianismo de Nietzsche perturbó la fe de Casandsakis en el dogma cristiano y sobre todo en la proclamación de la recompensa o el castigo después de la muerte. Sin embargo, su liberación del cristianismo nunca llega a ser definitiva [20](#) .

En este sentido escribe Casandsakis en su *Informe al Greco*:

Toda religión que promete al hombre lo que él desea empezó a parecerme un refugio para los miedosos, indigno de un hombre de verdad «¿Es el camino de Cristo —me decía— el que lleva a la liberación del hombre? ¿O, por el contrario, es un cuento bien construido que promete el Paraíso y la inmortalidad con mucha astucia,

con mucha maña, de tal manera que el creyente no pueda saber nunca si este Paraíso no es más que el reflejo de nuestra sed, porque sólo después de la muerte se puede juzgar y nadie ha regresado del otro mundo para decírnoslo?» [21](#) .

De repente la Iglesia de Cristo, tal y como han hecho de ella los que llevan sotana, me pareció un aprisco en el que balan día y noche, echados los unos sobre los otros, millares de borregos dominados por el pánico, y que tienden el cuello y lamen la mano y el cuchillo que los degüella. Unos tiemblan porque tienen miedo de ser asados eternamente en las llamas, y otros tienen prisa por ser degollados para pastar por los siglos de los siglos en un jardín eterno de primavera [22](#) .

No es casual que en 1909, a la edad de veintiséis años, precisamente coincidiendo con sus años de estudio de Nietzsche, escribiera la obra de teatro que sardónicamente llamó *Comedia* . Se trata de uno de esos primeros ensayos vitalistas, una de esas primeras experiencias nihilistas del joven cretense, en el que el dramaturgo deja claro que no le satisfacen las respuestas acostumbradas, las viejas tablas de valores de la religión tradicional. Esta obra es el más claro anuncio de la muerte de Dios. En ella, todos los personajes son personificaciones de los miedos, de las esperanzas, de la falta de fe y de la fe ante el hecho de la muerte. La trama se basa en la pregunta: ¿existe una vida eterna? Todos los personajes se encuentran próximos al final de sus vidas y esperan inquietos que se abra la puerta, y alguien, el Salvador, los acompañe a una vida mejor. Al final del drama, uno de los agonizantes, un asceta cristiano, que había negado su carne esperando la recompensa eterna, expone el tema principal gritando a un crucificado: «¡Tú estabas ante mí, crucificado, y no me hablabas! ¡Ah! ¿Por qué no podías hablar? ¡Porque eras falso! [...] ¡Eras falso y de madera!» [23](#) .

De Nietzsche tomó también la teoría del libre albedrío. Al igual que su maestro, el joven iniciado quería situar su mente más allá del bien y del mal, más allá de la aseveración y la negación, de la esperanza o la desesperación. Su fe en el libre albedrío le lleva a afirmar que Dios no es omnipotente. Si lo fuera, tiranizaría constantemente al hombre, al que, además, habría creado sin

libertad. Es ilustrativa, al respecto, una escena del *Informe al Greco*:

[...] Oía en mi interior la voz de Dios y la voz del hombre que luchaban. Por un instante me pareció que el aire se hacía más denso y que ante mí se erguía Lot [...] Pero no el Lot del Antiguo Testamento, el siervo, sino un Lot mío, rebelde, que no obedeciera a Dios, que no se marchara para salvarse, sino que se apiadara de la encantadora ciudad pecadora [Sodoma] y se arrojara voluntariamente al fuego para arder y perderse con ella.

—¡Dile —gritaría a Abraham— que no me voy! ¡Dile que yo soy Sodoma y Gomorra y que no me voy! ¿No dice él que soy libre? ¿No dice, y se jacta de ello, que me ha hecho libre? ¡Pues bien, hago lo que quiero y no me voy! [24](#) .

Pese a que Casandsakis perdió la fe, siempre mantuvo una perspectiva espiritual, nunca se hizo ateo, jamás renunció a una peculiar forma de creencia en lo divino. Como todos los hombres de fe, necesitaba creer que su vida había sido dotada de sentido. Y tampoco negó la religión en sí misma, lo que rechazó fue la religión que la Iglesia oficial le ofrecía, «un caramelo para endulzar conciencias». Basta con leer el capítulo del *Informe al Greco* titulado «El Monte Atos» para ver el rechazo y la repulsión que, tanto a él como a Sikelianós, su compañero en esta peregrinación del año 1914, le produjeron la falsa religiosidad de los monjes, llena de superstición y de rutina. Dice así:

Las antiguas heridas de mi adolescencia, cuando se me revelaron los dos terribles secretos, que la Tierra no era el centro del Universo y que el hombre no era una criatura privilegiada, salida directamente de las manos de Dios, aquellas antigua heridas que habían estado cerradas durante muchos años, se volvieron a abrir en el Monte Atos en forma de dos angustias metafísicas: ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos? Cristo había dado una respuesta, había traído un bálsamo, había sanado muchas heridas ¿podría sanar las mías? [25](#) .

Ante tanta superchería religiosa, los dos amigos sienten la necesidad de fundar una religión más auténtica, de encontrar un nuevo decálogo para poder clasificar los vicios y virtudes:

Es preciso —nos decíamos y jurábamos cumplirlo—, es preciso que renovemos la ascética cristiana, que le infundamos un nuevo soplo creador. Es preciso; para eso hemos venido al Monte Atos [26](#) .

Mientras hablaba pensaba para mí sin decirlo: ¡un nuevo decálogo! Pero no sabía cómo este nuevo decálogo iba a catalogar las virtudes y los pecados. Sólo una cosa me repetía a mí mismo: es absolutamente necesario, ¿quién nos lo dará? [27](#) .

Este decálogo lo compondrá él mismo y se titulará *Ascética*, obra en la que se encuentra condensada la lucha metafísica que abarca toda su existencia. Curiosamente, la compuso en el verano de 1922, en Viena, en pleno apogeo de lo que él creía su período comunista, y en ella expone de forma directa su credo religioso.

En una carta a Galatea escrita el 9 de agosto de 1921, le anuncia la concepción de la obra con estas palabras: «Una nueva obra, claramente mi pensamiento teológico» [28](#) .

Y a su traductor sueco Börje Knös, que está traduciendo la *Ascética*, le escribe en 1955: «Como usted sabe, esta es la semilla de la que brota toda mi obra. Sea lo que sea aquello que escriba es un comentario y una ilustración de la *Ascética*» [29](#) .

Casandsakis fundamenta su sistema de creencias religiosas en la teoría vitalista de Bergson, cuyas lecciones había seguido en París en 1908. El vitalismo propone como creador no a un Dios inmutable, sino a una fuerza vital (*élan*), una energía, una potencialidad que busca expresarse por medio de un proceso evolutivo. Para Casandsakis Dios es ese proceso evolutivo en su totalidad, desde la pura fuerza inmaterial vital, hasta las sucesivas encarnaciones materiales en los minerales, en las plantas, en los animales y en los hombres, y de nuevo, cerrando el círculo, vuelta a la pura fuerza vital inmaterial con la que el ciclo de la evolución comienza desde el principio.

Así lo dice en una carta dirigida a Galatea en 1923:

Creo firmemente en la nobleza y en la fuerza de un Aliento que supera las plantas, los animales, los hombres, y ahora lucha constantemente dentro de mí y quiere superarme, liberarse de mi indigna naturaleza, zafarse de mí. Me esfuerzo en servir a este Aliento

porque sé que él y no este saco de huesos, carne, cerebro y pasiones con los que cargo es la sustancia de mi alma [30](#) .

Y en *Informe al Greco*:

En el cielo y en la tierra, en nuestro corazón y en el corazón de cada ser vivo, sopla un inmenso hálito al que llamamos Dios. Un gran Grito. El vegetal quería dormir inmóvil a orillas de las aguas estancadas, pero dentro de él irrumpía el Grito y sacudía sus raíces: «¡Vete, suelta la tierra, camina!». Si el árbol hubiera podido pensar y juzgar habría gritado: «¡No quiero! ¿Adónde me empujas?». Pero el Grito sacudía sus raíces, implacable, y clamaba: «¡Vete, suelta la tierra, camina!» [...] Y he aquí que la vida escapó del árbol inmóvil, se liberó. Apareció el animal [...] Pero el Grito se clavó, implacable, en sus entrañas: «¡Sal del lodo, yérguete sobre tus pies!» [...] Y he aquí que tembloroso sobre sus piernas aún inmaduras, apareció el hombre [...] Y ahora se esfuerza —éste es su nuevo combate— por hacerlo salir de la vaina del hombre. «¿Adónde voy? —grita el hombre, desesperado—. He llegado a la cima, más allá está el caos».

—¡Más allá estoy yo! ¡Levántate!

Poco a poco, Dios empezaba a liberarse de los popes. Dios para mí era ya ese Grito [31](#) .

El Dios de Casandsakis no es «eterno e inmutable», como enseña el cristianismo tradicional. Y tampoco es perfecto. Está también él sometido a la evolución.

En la citada carta a Galatea prosigue:

Mi Dios no es todo sabio, no es todo bueno, no es todopoderoso. Se esfuerza en liberarse de sus imperfecciones, de las pequeñas pasiones, de los cómodos placeres, de las esperanzas no viriles. Y esta lucha la siento dentro de mí; yo soy su pequeño campo de batalla, vivo toda su angustia. Y en la medida en que lucho, lucha también él, y en la medida en que asciendo, asciende él. La subida es difícil, terrible, interminable. Moriré en el camino, pero mi aliento sentirá su Aliento y saltará a todos los cuerpos y continuará la marcha [32](#) .

Este Dios madura constantemente y en ese proceso de perfección necesita ser ayudado por sus mismas criaturas, a las cuales grita ¡Ayúdame! Y ellas mientras evolucionan biológicamente, primero, y desarrollan después un sentido

religioso, gradualmente toman conciencia de que constituyen con Dios —como fuerza vital, energía primigenia, *élan* vital— uno y lo mismo.

En la *Ascética* hace énfasis en las «innumerables» efímeras máscaras que Dios ha tomado a lo largo de los siglos, pero enfatiza al mismo tiempo la «indisoluble unidad tras su incesante fluir».

Y en *Informe al Greco* no son pocas las veces que nos muestra las diferentes máscaras de Dios:

[...] Verdaderamente, esto debe ser Dios, la cortina bordada de flores, pájaros y hombres; este mundo no es su vestidura, como yo había creído en otro tiempo; es Él mismo; forma y sustancia son una misma cosa [33](#) .

[...] florecillas silvestres amarillas y blancas levantaban la tierra con su cabecita y salían también ellas al sol para ver el mundo de arriba. Alguien debía haber retirado la lápida de la tierra que pesaba sobre ellas y resucitaban. Alguien, ¿quién? Seguramente Dios, y sus rostros eran innumerables: a veces una flor, a veces un pájaro o un vástago de vid, o una espiga de trigo [34](#) ...

[...] Los dos hemos perseguido una sola cosa durante toda nuestra vida, una visión atroz, sanguinaria, indestructible: la sustancia. [...] Esta sustancia ha tomado muchos nombres: a medida que la perseguíamos cambiaba de máscara —ora la llamábamos suprema desesperación [35](#)

...

Y en *La última tentación*: «Gracias, Señor —murmuró—, te has rebajado por mí, te has convertido en pan, en vestido cálido, en una mujer y su hijo para que te vea y te he visto. ¡Me prosterno y adoro tu rostro de mil caras, tu rostro amado!» [36](#) .

Unas veces define a Dios como «el terrible amante que acecha en la oscuridad y nos seduce». Otras como «el espejismo del desierto, el pájaro azul de garras rojas».

Según Peter Bien [37](#) , para Casandsakis Dios significa sólo una cosa: un espíritu puro no adulterado; una potencia creadora como esencia incorpórea. Unirse con Dios es consumir la transformación de la carne en espíritu. Ve a Dios como una cumbre que, cuando estás a punto de alcanzarla, se traslada

constantemente hacia arriba. Dios es el despiadado e incesante intento del hombre por superarse a sí mismo. En fin, nuestro cretense identifica a Dios con la culminación del proyecto humano.

[...] Sólo un camino, sólo uno, lleva a Dios: el ascendente. Nunca la cuesta abajo ni el camino llano. Muchas veces lo he dudado; no he podido ver claramente qué sentido tenía esta palabra manoseada, manchada por los hombres, la palabra de Dios; pero nunca he dudado sobre el camino que conduce a Dios —quiero decir, a la más alta cima del anhelo del hombre [38](#) .

En este Universo en permanente desarrollo, Dios, al intentar que el mundo se vaya perfeccionando, tiene que utilizar hombres profundamente virtuosos, cada uno de los cuales se esfuerza a su vez en llevar más allá su misión. Estos hombres son «mesías» —Buda, Cristo, Lenin...

Por otra parte, contrariamente al cristianismo, que exige el rechazo de la carne, el sistema de Casandsakis incita a utilizar la carne para ennoblecerla, de tal manera que ejerza una acción creadora ayudando a que el Dios no todopoderoso evolucione. El escritor cretense cree firmemente que la fuerza vital —en otras palabras, el espíritu— se moviliza sólo cuando habita en cuerpos, precisamente porque la materia, al ser la antítesis del espíritu, provoca lucha y sufrimiento, a partir de los cuales el espíritu se esfuerza en escapar, liberándose a sí mismo. Así lo proclama en *la Ascética*: «Y nosotros, al amar nuestro cuerpo, dado que sólo con él podemos luchar para convertir la materia en espíritu, seguimos la orden de Dios, de modo que la empresa del Universo [...] se convierta en empresa de Dios» [39](#) .

Esta idea queda muy claramente expuesta en *La última tentación*, con motivo del entierro del abad del monasterio:

[...] gritó a la carne, ya sin alma: «Tierra eres, vuelve a la tierra, el alma ha salido de ti, ya no eres necesaria, tu deber ha terminado. Tu deber ha terminado, carne, has ayudado al alma a bajar al exilio de la tierra, a caminar durante soles y lunas sobre la arena y las piedras, a pecar, a sufrir, a anhelar su patria, el cielo, a su padre Dios. Carne, el abad del convento ya no te necesita, ¡disuélvete!» [40](#) .

La vida y la muerte son incitadas por el mismo Dios. La muerte para Casandsakis es la consumación de nuestra lucha, la culminación de la vida, ya que al inmovilizar la materia, libera a la energía primigenia (el *élan* vital) del peso material, dejándola libre para regenerarse una vez más. Entonces, por una segunda vez gritará a la materia «¡ayúdame!», de tal manera que el círculo comienza de nuevo.

La expresión de este credo religioso ha sido considerada por el cristianismo tradicional como una permanente blasfemia. Y la frase concreta de la *Ascética*: «Bienaventurados cuantos se han liberado, se funden contigo, Señor, y dicen: “Yo y tú somos uno...”. Y tres veces bienaventurados los que resisten y no se rinden. Sobre sus espaldas descansa el grande, extraordinario y terrible secreto: Tampoco este uno existe» ⁴¹, se ha interpretado como la proclamación de su absoluto nihilismo y de su ateísmo. Nuestro cretense ha sido acusado de blasfemo, de anticristo y de no creer en «valores eternos». Pero Casandsakis no niega la existencia de Dios, sino la imposibilidad de la unión absoluta del hombre con Dios. El propio autor sale al paso de estas acusaciones cuando se confiesa en las últimas páginas de su *Informe al Greco*:

Algunos me llaman hereje. Que me lo llamen; yo tengo mi propia Sagrada Escritura; ella dice lo que la otra ha olvidado decir, o no se ha atrevido a decir; la abro y leo en el *Génesis*: «Dios creó el mundo y el séptimo día descansó». Entonces llamó a su última criatura, el hombre, y le dijo: «Escucha, hijo mío, para que así tengas mi bendición: yo he hecho el mundo pero no lo he terminado, lo he dejado a medias; continúa tú la Creación, quema el mundo, conviértelo en fuego y entrégamelo; yo lo transformaré en luz» ⁴².

Evidentemente, Casandsakis no creía en el Dios de la Ortodoxia griega ni en el del Cristianismo. No creía que vendría ningún reino eterno a sustituir a este reino terrenal, putrefacto y efímero. Creía que este reino efímero produciría —por medio de la descomposición— su propia regeneración material en otro ciclo. Y en esta tarea el hombre tenía una misión. Su religiosidad, que se basaba en la fe en la evolución cíclica, era en su

naturaleza metacristiana. Pero, desde luego, esta visión religiosa no justifica que Casandsakis sea tachado de ateo. Es más, su fe no es incompatible con el Cristianismo ni con la Ortodoxia griega. La religiosidad de Casandsakis está hoy fuera de toda duda para muchos pensadores y estudiosos de su obra.

Nicos Matsucas dice de él: «En lo que yo sé, no hay otro escritor neogriego que hable tanto de Dios como Casandsakis. En cada carta suya habla una y otra vez de Dios, al que invoca incluso alabándole» [43](#) .

Y el mismo punto de vista comparte el académico Constandinos Tsatsos:

De todos los intelectuales y poetas griegos contemporáneos el más religioso es Casandsakis. Sin ser eso que llamamos un practicante, es el único que, luchando incansablemente con el problema religioso, se esfuerza por encontrar a Dios [44](#) .

Acerca de la fe de Casandsakis dice el profesor Roberto Quiroz:

Si podemos plantear acaso una fe en Kazantzakis, una fe de vida, vital y no dogmática, esta tendría que ser una fe trágica, una fe del abismo, una fe de las tinieblas, en donde lo humano se hunde y el hombre se encuentra consigo mismo no ya como creatura demandante o susceptible de recompensas como ocurre en las religiones tradicionales [...] Su pensamiento teológico llama al abismo y no lo rechaza [45](#) .

EL CRISTO DE CASANDSAKIS

El sistema religioso de Casandsakis, pese a ser tachado de nihilista, está dominado por un inquebrantable optimismo: la creencia en que el espíritu triunfará a pesar de todas las adversidades. Para dar cuerpo a esta creencia creó símbolos: Odiseo, Sorbás, Lenin, Cristo.

La relevancia de la imagen de Cristo en la vida espiritual del escritor cretense la pone de manifiesto él mismo en múltiples ocasiones. En una de sus últimas cartas a Prevelakis, fechada el

12 de febrero de 1957, a propósito del estudio crítico que éste escribía sobre la *Odisea*, Casandsakis se apresura a delimitar las etapas de su combate espiritual —las estaciones de su calvario—, y le dice que son las que ha señalado en su autobiografía, *Informe al Greco*: «En *Informe al Greco* tengo mi confesión [...] y en ella hablo sobre cuatro hitos principales que he recorrido y que cada uno de estos hitos lleva un nombre sagrado: Cristo, Buda, Lenin, Odiseo» [46](#) .

Ese mismo año confiesa a Reynaud de Jouvenel [47](#) : «Cristo había sido un “quiste” que extirpas y vuelve a crecer».

Y unos años antes, en 1955, en una entrevista realizada en Radio París [48](#) declaraba que la figura de Cristo era una obsesión tan fuerte en él que para liberarse de esta tortura se entregó a escribir diversas obras en las que abordó este tema.

En fin, Cristo está siempre presente en toda su vida y en toda su obra. Buscando a Dios y a Cristo va al Monte Atos, pero allí no los encuentra.

[...] Al recorrer el Monte Atos había encontrado sólo un antiguo luchador —así me pareció al principio— que tendía sus manos heridas a los monjes que pasaban, y cuyos pies descalzos estaban ensangrentados. Sus mejillas estaban hundidas por el hambre y entre sus harapos aparecía su cuerpo esquelético. Tenía frío y sus ojos estaban inundados de lágrimas. Llamaba a las puertas, nadie le abría, lo echaban de monasterio en monasterio y los perros corrían detrás de sus andrajos y le ladraban. [...] Una tarde lo vi sentado en una piedra, contemplando el sereno mar [...] lo aceché [...]: permaneció largo rato mudo, y de repente no pudo contenerse más y gritó: «¡Los zorros tienen donde dormir y yo no tengo donde reclinar la cabeza!». Un relámpago rasgó mi mente, lo reconocí, corrí a besarle la mano; desde muy niño lo amaba, lo había amado siempre, lo había buscado por todas partes, se había hecho invisible [...] ¡Ah! ¡Si yo pudiera abrirle mi corazón para que entrara, para que no estuviera rodando sin techo, para que nunca más tuviera frío! [...] ¡Ah! ¡Si fuera posible que Cristo se refugiara así en mi corazón!

Por primera vez desde mi regreso del monte Atos sentí que Cristo deambulaba hambriento y sin techo, que corre peligro y que ahora le toca al hombre salvarlo [49](#) .

Tras la decepción del Sagrado Monte, recorre Palestina y los Santos Lugares en busca de un Cristo que responda a las necesidades y angustias del mundo actual:

Desde muy niño, desde la época en que leía vidas de santos en el patio de la casa de mis padres, me abrasaba el deseo de pisar estas tierras [Palestina y los Santos Lugares] que ahora pisaba y las piedras que había pisado Cristo, y oír su voz. Siempre había tenido algo que decirle y ahora también lo tenía. ¿No iba a apiadarse de mí? ¡Respondería! El mundo da vueltas y cambia de preguntas, de angustias, de demonios. Quizá Cristo tuviera algo nuevo que decir para curar las nuevas heridas y para dar un rostro más viril al amor [50](#) .

Para Casandsakis Cristo es la quintaesencia de los símbolos de la sociedad contemporánea, y se esfuerza en presentarnos las consecuencias que su sacrificio tiene para nuestra vida:

[...] Yo sabía que [...] Él no es el puerto al que se llega, sino el puerto de donde se parte. Nos adentramos en un mar bravío y proceloso y durante toda nuestra vida nos esforzamos en echar el ancla en Dios. Cristo no es el fin, es el comienzo, no es la bienvenida, es el «¡Buen viaje!». No está sentado sobre mullidas nubes, reposando, lucha contra las olas junto con nosotros, con los ojos fijos en el cielo, en la estrella polar y sostiene el timón. Por eso me gusta. Por eso iré con él [51](#) .

Nuestro hombre ve en Cristo el modelo de héroe combatiente que pasa por todas las etapas que exige la transformación de la carne en espíritu:

Lo que por encima de todo me hechizaba y me infundía coraje era cómo el hombre que había en Cristo había emprendido el camino, con qué valentía y con qué lucha, con qué loca esperanza, para llegar a él y fundirse con él; hacerse uno con Él indisolublemente. No hay otro camino para llegar a Dios, sólo éste: luchar siguiendo las huellas ensangrentadas de Cristo, transformar el hombre que hay en nosotros mismos y hacerlo espíritu, hacer que se una a Dios [52](#) .

Así ve Casandsakis a Cristo y así se esfuerza en transmitirlo en las obras que le consagra.

LA FIGURA DE CRISTO EN OTRAS OBRAS DE CASANDSAKIS ANTERIORES A « LA ÚLTIMA TENTACIÓN»

En cinco ocasiones [53](#) , al menos, la figura de Cristo ha inspirado la creación literaria de Casandsakis. Todas ellas son muestras del «quiste» que significaba Cristo en su vida —un quiste que le volvía a salir cada vez que lo extirpaba—. Pero también todas ellas son prueba del rechazo que sentía por el cristianismo tradicional, al que sólo le interesaba la vida del más allá, no la de aquí. Al mismo tiempo, en todas estas obras, la obsesión de Casandsakis es bajar a Cristo —el espíritu— del cielo y presentarlo como su antítesis, la materia, y superar la contradicción: el Cristo material seguirá un camino ascendente hasta desmaterializarse por completo y transformarse en puro espíritu.

La primera vez que Casandsakis aborda el tema de Cristo es en su tragedia bizantina de título homónimo, escrita en 1915, con motivo de la crisis religiosa que sufrió durante su estancia en el Monte Atos. Fue reelaborada en 1921 y editada por primera vez en 1928. De la gestación de esta tragedia, llevada a cabo en un villorrio de Macedonia, nos da cumplida cuenta en *Informe al Greco* [54](#) . En él no nos presenta un Cristo tradicional que promete una vida después de la muerte, que nos aconseja que renunciemos a la vida terrenal por otra mejor, sino un Cristo que lucha por ascender dentro de la materia.

La importancia del drama *Cristo* estriba en que es un clarísimo preludio de *La última tentación* y ayuda a comprender esta novela. En ella, Casandsakis desarrolla, aplicada a Cristo, su teoría darwinista de la evolución, que, como ya hemos explicado antes, va más allá de lo puramente biológico, hasta lo espiritual. El dios-hombre, Cristo, se transforma en un dios-hombre metacristiano cuya parte material se enfrenta a la espiritual para convertirse en espíritu por medio de este combate.

La tesis de la obra es que Cristo no resucitó por la intervención de un demiurgo sobrenatural y celestial, sino por obra de una criatura natural y terrenal, María Magdalena, una mujer, o sea, un

ser puramente carnal, pura materia, ligado al instinto erótico, la fuerza matriz de la evolución.

En el segundo acto presenta a un Cristo armado de puñal, no pacífico, porque se propone ayudar a los hombres a evolucionar, a superar su propia naturaleza humana y convertirse en hombres-dioses, y esto sólo puede hacerse mediante el combate y el conflicto. Al final, Cristo enseña a sus pobres discípulos, que siguen sin entender nada, las cosas más profundas —en un claro sentido gnóstico—, y les dice que vendrá el Paráclito, quien los bautizará, no ya con agua, fuego o luz, sino con espíritu. Los discípulos interpretan erróneamente que Jesús se está refiriendo a la vida eterna y le preguntan quién es el Paráclito, a lo que Cristo responde: «su nombre es Muerte».

El término Paráclito en griego antiguo significa «el que se invoca para que venga en ayuda», de ahí, «abogado defensor», «intercesor». En el Evangelio de San Juan [55](#) —el único evangelista que emplea este término—, el Paráclito se identifica con el Espíritu Santo y su misión es morar entre los discípulos después de que Jesús les haya retirado su presencia visible, inculcarles internamente las enseñanzas dadas por Cristo y hacerlos así testigos de la obra y la doctrina del Salvador.

El Paráclito metacristiano de Casandsakis tiene la función de ayudar al hombre en su lucha por liberar al espíritu de la materia, pero en este mundo. Y la culminación de esta lucha es la muerte, de ahí que Casandsakis identifique al Paráclito con la muerte.

Al final de la tragedia *Cristo*, el dramaturgo sintetiza su idea sobre la figura del Mesías:

- 1.Cristo es una idea, un producto de la evolución del hombre.
- 2.Es el hombre quien resucita a Cristo y lo hace inmortal manteniendo esta idea.
- 3.La Pasión, los sufrimientos de Cristo, son nuestros sufrimientos. Nuestro cuerpo, la materia, es la cruz sobre la que el espíritu sufre y es crucificado.
- 4.Cristo grita ¡ayúdame!, y nosotros podemos ayudarlo amando mientras somos jóvenes, sufriendo en la madurez

y muriendo en la vejez [56](#) .

La segunda obra sobre Cristo fue la *tertsina* (el terceto) escrita en 1937 llamada también *Cristo* . En ella vuelve a plantear el tema obsesivo de la existencia de una vida después de la muerte, que promete y asegura el cristianismo tradicional, frente a la idea de la esencia puramente terrenal de la existencia humana.

Vemos a Cristo sufriendo una terrible tentación en el desierto; la visión de una mujer con los pechos desnudos lo mueve a querer salvarla, para lo cual idea un Dios compasivo que perdona y comprende los deseos carnales de la juventud. Entonces Cristo, en su propio anhelo de placeres terrenales — una esposa, unos hijos, una vida apacible—, suplica a Dios que acepte sus deseos y lo perdone por tenerlos. La mujer con los pechos desnudos se acerca a él y le ofrece el agua de la inmortalidad. Cristo entra en un estado de paroxismo casi histérico y por un instante grita a Dios que le permita hundirse en la dulzura de la tierra sin que esto sea una impiedad. Se acerca al cuerpo de la mujer y ve entonces a Dios que llora. Esto le hace volver en sí y vence la tentación del placer terrenal, pero a costa de sentir una repulsión casi patológica hacia el amor de la mujer. En este poema Cristo se enfrenta a la tentación como lo hará en su última novela de madurez, *La última tentación* .

Los temas recurrentes de las promesas de ultratumba, del rechazo del cuerpo y, en general, de los planteamientos del cristianismo tradicional vuelve a tratarlos en su poema épico la *Odisea*, publicada en 1938. Son dos los cantos de este extenso poema en los que se habla de Cristo, la rapsodia ix y, sobre todo, la xxi. en la rapsodia IX, Odiseo conversa con un viejo asceta que durante toda su vida se ha privado de los placeres y necesidades del cuerpo en pos de la salvación, y ahora suplica volver a vivir la vida intensamente y poder disfrutar del vino y de las mujeres, porque no hay nada después de la muerte. Es un hombre que ansía apretar en la mano un puñado de tierra, pero cuyo destino es pasar por el mundo con las manos vacías, estéril.

En la rapsodia XXI Odiseo se encuentra con un joven pescador negro, personificación de Cristo. Ante la persistente

pregunta sobre la existencia de vida más allá de la muerte, Odiseo, seguro de que no hay más vida que la terrenal, manifiesta, arrogante, que su espíritu no tiene necesidad de bálsamos.

Una cuarta obra, *Cristo de nuevo crucificado*, una novela escrita en 1948 y publicada en 1954, tiene como tema a Cristo.

Su argumento es el siguiente: En un pueblo de Asia Menor, los habitantes preparan una representación de la Pasión. Llega un grupo de refugiados pidiendo asilo y Manoliós, un joven pastor que había sido elegido para representar a Cristo, es el único dispuesto a ayudarles. A lo largo de la novela, el personaje va sufriendo el duro y ascendente camino espiritual, tan apreciado por Casandsakis. Su enfrentamiento con el poder eclesiástico se convierte en un sacrificio personal por salvar a los refugiados.

Sin embargo, el contenido de la obra trasciende el simple argumento. Es la narración de la Pasión de un Cristo contemporáneo, en la que se tocan todos los temas relacionados con el sufrimiento humano, la libertad, la opresión, la injusticia, los desastres de la guerra, con una actitud de denuncia social. La acción se sitúa en el período de 1919-1920, vísperas de la catástrofe de 1922, circunstancia que ya habla por sí sola. Pero en la novela hay también claras referencias a la ocupación nazi y a la guerra civil griega, y aparecen, además, condensadas las experiencias de Casandsakis en su misión en el Cáucaso, en 1919, para repatriar a 150.000 griegos que estaban en situación difícil después de la revolución bolchevique, así como el incidente ocurrido en Iraclio en 1924-1925, cuando prófugos griegos de Asia Menor exigieron que se les permitiera cultivar las tierras de los monasterios y encontraron el apoyo de un grupo de comunistas y del propio Casandsakis. Ante una amalgama de temas de tanto calado, Dimitris Tsiovas ⁵⁷ se pregunta si se trata de una novela social, una alegoría política, una búsqueda metafísica basada en el simbolismo de la crucifixión, una adaptación mitificada del *élan* vital bergsonian o un drama personal, y concluye que es todo esto a la vez.

En cualquier caso, esta novela está considerada la más completa y conseguida de todas las de Casandsakis.

En 1957, Jules Dassin rodó en Creta una versión cinematográfica titulada *Celui qui doit mourir*, que se estrenó en el Festival de Cannes, donde recibió un premio especial.

Esta larga y persistente reflexión de Nicos Casandsakis sobre temas cristianos que acabamos de comentar le llevó a su última obra, *La última tentación* .

«LA ÚLTIMA TENTACIÓN»:GESTACIÓN DE LA OBRA Y AVATARES DE SU PUBLICACIÓN

Como dice el Dr. Stavru en el estudio que acompaña a esta edición, la primera vez que Casandsakis pensó en escribir una novela de ficción sobre la vida de Cristo fue en 1942, en Egina, durante la ocupación alemana. La titularía «Las memorias de Cristo», si bien finalmente fue titulada *La última tentación* .

La estuvo gestando durante ocho años, ya que inició su escritura en 1950. Por su correspondencia con Prevelakis sabemos que la tenía terminada en julio de 1951, pero fiel a su costumbre de reescribir cada obra varias veces, concluyó la última redacción en octubre del mismo año.

Concluido el trabajo, busca editor en Grecia. Para comprender lo que esta obra supuso en Grecia bastaría con ver las dificultades que encontró para su publicación. Primero envió el manuscrito a su amigo Kimon Ceodorópulos, quien le había editado la *Odisea* en 1938. Pero en esta ocasión le da largas y al cabo de dos años le dice que no es el momento adecuado para editar este libro.

Tras varias tentativas con otros editores atenienses, finalmente será Yanis Gudelis, propietario de la editorial *Difros*, quien en 1955 pondrá en circulación la novela en Grecia. El propio Gudelis relata con gran sentido del humor los avatares de su publicación, justo después de la guerra civil:

Aquella época fue terrible para Casandsakis. La «serpiente roja», como era llamado, era un proscrito del Estado y de la Iglesia ortodoxa, y no tenía acceso a ningún tipo de prensa escrita. Los editores no se atrevían a sacar las novelas de Casandsakis [58](#) .

La edición de *Cristo de nuevo crucificado*, llevada a cabo poco antes por el propio Gudelis, había provocado una terrible oposición; la retiraban de las librerías. El editor cuenta que fue amenazado con la excomunión por el alto clero si publicaba *La última tentación*. Aun así decidió publicarla. Lleva el manuscrito a la imprenta de los hermanos Rodis, en Atenas, sin mostrarles el título y el autor de la obra. Cuando los impresores se enteran casualmente de qué libro se trata y de quién lo ha escrito se niegan a entregar el encargo, renunciando a cobrarlo, pese a que lo tenían terminado.

Finalmente, Gudelis consigue que asuma el trabajo otra imprenta y saca el libro a la luz. La noticia de que *La última tentación* estaba circulando en Grecia fue una bomba. El primer día de su aparición en las librerías se vendieron 1.750 ejemplares, y otros tantos el segundo día.

La última tentación es la obra más conocida de Casandsakis después de *Vida y hechos de Alexis Sorbás*. Fue escrita en la época final de su andadura como escritor, la terminó con sesenta y ocho años y es su último intento de abordar el tema de Cristo, al que se había dedicado desde el inicio de su carrera.

Según Peter Bien ⁵⁹, esta obra de ficción que contiene elementos teológicos y político-sociales, se encuentra en el límite difícil de definir entre novela religiosa y novela política. En ella se describe la vida de Cristo, recreando los hechos como se narran en los Evangelios, pero con una peculiar visión de Jesucristo. En cualquier caso, es una de sus novelas cumbre, que despertó el interés internacional, tanto de los lectores como de los estudiosos, y que desde luego no dejó a nadie indiferente.

ARGUMENTO

El personaje central de la obra es Jesucristo y el relato está centrado en los últimos años de su vida. Según esta novedosa y controvertida versión de la Pasión de Cristo, Jesús se presenta como un simple carpintero que sobre todo fabrica las cruces que los romanos utilizan para ajusticiar a los judíos rebeldes contra el

poder de Roma. Se niega pertinazmente a asumir su misión de Hijo de Dios sobre la tierra y ansía llevar la vida de un hombre corriente. Pero pese a sus deseos, él no puede llevar una vida normal, porque Dios lo fustiga con continuas pesadillas premonitorias e incluso con ataques directos, cuando se aparta del camino que le ha encomendado. A lo largo del desarrollo de la trama vemos cómo poco a poco Jesús va sometiéndose a la voluntad de Dios.

La historia se desarrolla más o menos según los textos evangélicos, hasta un determinado momento: el episodio concreto de la crucifixión. Mientras agoniza sobre la cruz, Jesús tiene una visión: la última tentación. Un ángel se le aparece y le dice que Dios ha decidido salvarlo y permitirle una vida humana normal. Entonces se ve a sí mismo casado con María Magdalena y, a la muerte de ésta, con Marta y María, las hermanas de Lázaro, con las que tiene hijos, y envejece rodeado de nietos. Un tiempo después, el apóstol Pablo llega a la casa de Jesús y le habla de la crucifixión y la resurrección del Mesías, así como de la nueva religión. Jesús se enoja y le confiesa la verdad; Pablo le dice que no le importa, y se marcha para continuar su predicación, aunque esté basada en una mentira. Después de bastantes años llegan los discípulos y le acusan de traidor y desertor. Toma conciencia entonces de que el ángel que le había anunciado que se había librado de la muerte en la cruz era Satanás. En ese instante abre los ojos y al ver que sigue sobre la cruz comprende que todo ha sido un sueño, una última tentación antes de expirar, y se alegra de morir para redimir a los hombres.

SIGNIFICADO DE LA OBRA

Incluso el análisis más superficial nos muestra que se trata de una obra compleja en la que el autor, utilizando como fuentes las Sagradas Escrituras —Antiguo y Nuevo Testamento—, así como todos los escritos apócrifos, apocalípticos [60](#), textos gnósticos de los primeros siglos del cristianismo y los escritos de Ireneo y de Epifanio de Salamina, *Contra las herejías*, y basándose además

en la investigación histórica de su tiempo, crea un relato de ficción en el que se describen una interesante y abigarrada mezcla de teorías filosóficas, teológicas y político-sociales, que resultaron heterodoxas según la doctrina oficial de las Iglesias cristianas —ortodoxa, católica y protestante—. De ahí el escándalo y la fuerte reacción en contra que esta novela suscitó en su época, de lo que hablaremos en otro momento de esta introducción.

En lo que a la sucesión cronológica y al espacio geográfico se refiere, el relato se adapta muy bien a la tradición cristiana y a las Sagradas Escrituras —salvo al final, como ya hemos dicho—. Esta aproximación histórica está reflejada en el papel de Mateo, que asume la tarea de dejar constancia escrita de la vida y hechos de Jesús, de los que está siendo testigo presencial, de modo que nada se pierda. Aunque el propio Casandsakis se encarga por boca del mismísimo Jesús de decirnos que los relatos de Mateo falsean la verdad profunda de los hechos: en efecto, cuando Jesús lee lo que Mateo está escribiendo se enfurece y le dice que rompa sus notas, porque nada de lo que ha escrito es cierto. Mateo le replica que es un ángel el que le dicta lo que tiene que escribir, que no es él quien tergiversa la realidad.

Sabido es que el escritor cretense utiliza sus novelas como vehículo de sus ideas filosóficas, sin que esto merme en absoluto su calidad literaria. Pues bien, *La última tentación* no es una excepción en este sentido, si bien se trata de una de las novelas con más aristas y caras de cuantas escribió, de ahí que los estudiosos hayan aventurado diferentes propuestas a la hora de responder a la pregunta de cuál es el significado profundo de esta obra.

Para unos, la idea dominante del libro es la libertad del hombre, que es perseguida desde todos los ángulos: espiritual, corporal, ideológico, social y político. Según ellos, esta novela terrible describe de forma efectiva lo que podría ser el encuentro de un hombre común con una potencia inconmensurable e indescriptible. Quizá la crucifixión sea la menos horripilante de las experiencias que el personaje central debe vivir a lo largo del

camino que lo lleva a cumplir un destino que tiene el peso mismo del Universo.

Otros afirman que el tema básico de la novela es el combate: el del hombre con Dios, el del cuerpo contra el espíritu, incluso el del hombre contra sí mismo. Una dialéctica que para Casandsakis es el conflicto fundamental de todo lo humano.

No faltan quienes han cargado las tintas en una interpretación psicoanalista y freudiana de la figura de Cristo y en sus tensiones entre el cuerpo y el alma. Y hay quienes han ido aún más lejos en este terreno y han analizado la persona de Jesús en esta obra bajo el prisma de un complejo de Edipo no superado, al no existir la figura paterna [61](#) .

Todas estas ideas están contenidas, de uno u otro modo, en la novela. No obstante, a la hora de ofrecer al lector una propuesta sobre el mensaje fundamental que en ella se transmite, nosotros hemos preferido basarnos en dos fuentes. A saber, de una parte, lo que el propio autor nos dice en el Prólogo de la misma y, de otra, la interpretación del helenista Peter Bien [62](#) , quien ha realizado profundos estudios sobre las ideas religiosas de Casandsakis y su visión de Cristo, y a quien hemos seguido a la hora de abordar estos aspectos en nuestra introducción.

¿Qué nos dice Casandsakis en su Prólogo? Nos confiesa que la doble sustancia de Cristo, esa fusión en él de lo divino (el espíritu) y lo humano (la materia), esa lucha despiadada del hombre por superar el conflicto entre el espíritu y la carne y llegar a la armonía, es decir, a la identificación con Dios, es un misterio que siempre le ha atormentado como creyente.

Nos advierte que esta novela no es una biografía de Cristo. Es la confesión de un hombre que ha luchado mucho, se ha atormentado mucho y ha tenido muchas esperanzas. Se diría que con esta obra hace un exorcismo personal que le ayuda en su propio combate.

Casandsakis ve en Cristo un modelo que hay que seguir porque él representa como nadie la «lucha entre el espíritu y la carne, rebelión y resistencia, reconciliación y sumisión, y, finalmente, el supremo fin de la lucha: la unión con Dios» [63](#) . «Éste es el camino ascendente que tomó Cristo y que nos invita

a tomar a nosotros, siguiendo sus ensangrentadas huellas. He aquí el supremo deber del hombre que lucha» [64](#) .

Nos dice también que el hombre que desee seguir el camino ascendente que Cristo siguió debe conocer su lucha, vivir su angustia, ver cómo venció las trampas del Maligno (la carne), cómo renunció a la felicidad del hombre corriente para fundirse con Dios. Al novelista cretense le interesa resaltar sobre todo la naturaleza humana de Jesús, ya que al verlo como hombre nos será más fácil comprenderlo y amarlo y será para nosotros un estímulo mayor.

He aquí, pues, el propósito que lo ha movido a escribir este libro: ofrecerse a sí mismo y al hombre de su tiempo el modelo de Cristo, un Cristo hombre, para que no tengamos miedo al sufrimiento, a la tentación y a la muerte, porque todo ello ha sido ya vencido por Él.

Casandsakis termina el Prólogo manifestando su convencimiento de que todo aquel que lea este libro lleno de amor amará a Cristo.

De la lectura de este Prólogo es fácil deducir que el escritor cretense identifica a Cristo con su propio credo religioso del que hemos hablado más arriba. Y que este proceso no está exento de sufrimiento y renuncia, porque la materia se resiste a ser vencida.

Por si el Prólogo de la obra no resulta lo suficientemente ilustrativo, ofrecemos un párrafo de un artículo que el autor cretense escribió muchos años antes, en el diario de Iraclio *Nea Efimerís*, en el que ya se anticipa la tesis principal de *La última tentación* . A saber, que la tentación más difícil de vencer es precisamente el anhelo humano de felicidad:

Sin la oscuridad, la luz no tendría ningún sentido [...] porque sólo el sufrimiento puede incitar al alma e impulsarla [...] a avanzar. Si existiera sólo la dicha, la justicia, la razón, el alma permanecería inmóvil y quedaría estancada en la cómoda y estática felicidad [65](#) .

Casandsakis quiere decirnos con esta obra que la felicidad humana es un impedimento que hay que superar en este proceso ascendente. Pero la renuncia a ella es una exigencia tan

difícil e inhumana, es tan duro el combate contra la carne para transformarla en espíritu, que el deseo de felicidad pugna hasta el final por prevalecer. Esto fue lo que le sucedió a Cristo en *La última tentación*: el anhelo de felicidad se le presentó en forma de tentación incluso en el momento supremo de su agonía.

El helenista norteamericano Peter Bien se pregunta, por su parte, por qué Casandsakis escribe esta obra del modo en que lo hace, en la época en que lo hace y qué quiere decirnos con ella, y llega a la conclusión de que el pensador cretense escribió este libro para expresar a escala universal, por medio de un Dios metacristiano, su propia experiencia en cuanto a sus ansias de perfección y su fracaso, pese al cual no perdió nunca la esperanza.

El novelista, en la última etapa de su carrera, se sentía metafóricamente identificado con Cristo —afirma Peter Bien—. Había librado muchas batallas a lo largo de su vida y había resultado perdedor en todos los casos. En el momento en que escribe este libro (1950-1951) los acontecimientos históricos recientes, de los que había sido testigo —la Segunda Guerra Mundial, la bomba atómica de Hiroshima, la guerra civil griega, la guerra de Corea—, lo tenían sumido en un profundo pesimismo, como él mismo revela en sus cartas.

Al poco de haber comenzado la redacción de la novela, escribe a Prevelakis:

[...] La humanidad se encuentra en estos días al borde del abismo
[...] ¿Son necesarias la estupidez, la injusticia y la sangre para que el hombre avance sobre la tierra? La amargura ha hecho presa en mí [...] y sin embargo permanezco todo el día escribiendo porque así debe ser. El hombre tiene que actuar como si fuera inmortal [66](#) .

Y en otra carta de la misma época, dirigida a Börje Knös, dice: «En Grecia todo va mal. Hay que llegar a ser un héroe para soportar este mundo mezquino y putrefacto» [67](#) .

Aunque al mismo tiempo se muestra optimista añadiendo a continuación: «[...] Y sin embargo, dentro de esta podredumbre, hay un alma virginal que germina, levanta la cabeza, se alimenta

de este estiércol y, algunos siglos después de nosotros, triunfará. Un Mesías avanza siempre [...]» [68](#) .

En tal situación anímica se entrega Casandsakis a escribir esta historia en la que Jesús va evolucionando desde una cotidianidad humana corriente hasta un estado de espiritualidad; luego ve derrumbarse sus esperanzas mesiánicas y, finalmente, termina su vida con la voluntaria negación del cuerpo y con la esperanza escatológica.

En resumen, lo que el autor pretende al escribir *La última tentación* es presentar a Cristo como modelo para cada uno de nosotros, en una época en que la cultura occidental está en decadencia porque da prioridad a la felicidad basada en lo material y no a la espiritualidad. Casandsakis recrea los textos bíblicos para ofrecernos una visión de Cristo que responda a sus necesidades espirituales y a la sociedad de su tiempo. Al describir la felicidad que procede del bienestar material como la última y más difícil tentación de Cristo, está relacionando el materialismo con el hombre medio y presentándonos a un Cristo que resiste a la tentación —presente en todo lugar y en todo tiempo— de situar la seguridad, la comodidad, la fama o la descendencia por encima del sufrimiento, de la soledad de la vida entregada al espíritu. Por un instante Jesús imagina su vida diferente, feliz, pero inmediatamente reniega de esa visión y se entrega a la llamada espiritual que lo llevó a la crucifixión. Como ya hemos dicho, Casandsakis pese a ser tachado de ateo, nunca perdió la admiración que sentía por Cristo y el convencimiento de que su trayectoria idealista que conduce al martirio, la muerte y la resurrección sigue siendo para nosotros hoy, como lo fue para los primeros cristianos, la quintaesencia de una trayectoria espiritual. Por supuesto, hace una interpretación libre de los textos sagrados, pero su meta es hacer a Cristo comprensible en el siglo XX [69](#) .

ESTRUCTURA Y CONTENIDO DE LA OBRA

Por el cuaderno de notas inédito del autor, en el que, siguiendo su costumbre, diseña un boceto de la estructura de la obra, de los personajes, y del tema, sabemos que organizó la novela en cuatro partes a las que dio los siguientes títulos: I. Hijo del carpintero (felicidad); II. Hijo del hombre (mansedumbre); III. Hijo de David (fiereza); IV. Hijo de Dios. En los tres últimos casos emplea los títulos cristológicos que figuran en la Biblia. Esta progresiva utilización de nombres cristológicos para referirse al personaje tiene como intención marcar el proceso que lleva a la posesión del mismo por la divinidad.

En la primera parte de la novela ni el narrador ni el personaje mismo utilizan el nombre de Jesús para referirse a él. Se le denomina «hijo del carpintero» o «hijo de María», también el «hombre joven». Incluso cuando el protagonista se encuentra en el monasterio y se le pregunta su nombre, contesta simplemente: «hijo del carpintero». Con esto el autor quiere resaltar que se trata de un hombre normal y corriente que sólo tiene aspiraciones humanas, como ganarse la vida, casarse, tener hijos y ser respetado en la sociedad. Es decir, aspira a ser feliz. Se nos presenta como un rebelde contra un destino que intuye, pero que no alcanza a distinguir realmente y que incluso intenta degradarse de la peor forma, construyendo cruces con las que los romanos ejecutan a sus conciudadanos para hacerse indigno de Dios y así escapar a una transcendencia incomprensible que lo aterroriza.

Pero él ha sido elegido por Dios para cumplir una misión en el mundo y no puede zafarse de su destino. Cada vez que lo intenta, unas garras se le clavan en la cabeza. El mismo personaje de Pedro dice: «Él es todopoderoso [...], es todopoderoso, había podido elegirme a mí pero yo me libré, eligió al hijo de María» [70](#) .

La primera vez que el narrador llama «Jesús» —del hebreo Joshua, que significa «Yahvé salva»— al protagonista es en el capítulo XII, justamente antes del primer sermón del personaje (en la novela, equivalente al Sermón de la Montaña) que marca el comienzo de su vida pública, y cuando salva a Magdalena de la lapidación, que curiosamente es la que pronuncia su nombre.

El narrador quiere hacernos tomar conciencia de que el espíritu de Dios comienza realmente a apoderarse del protagonista.

La metáfora del nombre llega a su culmen en la escena del bautismo, momento en que a Jesús le parece escuchar su «verdadero nombre» en el grito del ave que desciende sobre él, pero no alcanza a oírlo bien, y es este nombre, obtenido con la mediación de Juan el Bautista, el que marca su unión indisoluble con la trascendencia.

A partir de los capítulos en que Jesús desarrolla plenamente su vida pública, Casandsakis empieza a aplicarle los sucesivos títulos cristológicos que hemos mencionado: Hijo del hombre, Hijo de David, Hijo de Dios.

El título Hijo del hombre está tomado del Libro de Daniel [71](#) , donde la expresión no tiene connotaciones mesiánicas. Significa sólo «este hombre que está aquí». Según el profesor A. Piñero, el título «Hijo del hombre», que aparece en los Evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, sí hace ya referencia a su carácter mesiánico y es una creación sinóptica producida en el ámbito de una comunidad cristiana helenística, que ha atribuido a una persona histórica del pasado, cuyo regreso se espera en el futuro escatológico, todos los rasgos de las figuras mesiánicas que el judaísmo precristiano había desarrollado a partir del Antiguo Testamento, y que ahora podemos conocer gracias a los manuscritos de Qumrán. Casandsakis soslaya estos matices y atribuye al título connotaciones claramente mesiánicas ya desde el Libro de Daniel. En la escena en que el hijo de María llega al monasterio, el abad, deseoso de ver al Mesías antes de morir, está escuchando un texto bíblico sobre la visión de Daniel donde se habla de ese misterioso personaje, el Hijo del hombre, que restaurará el reino de Israel. La coincidencia de ambas circunstancias no es gratuita. Se está asociando al Hijo del hombre con el recién llegado, con lo que se nos dice que el hijo del carpintero ha empezado a salir de la dimensión humana para entrar en una faceta que tiene ya que ver con una función ética y social: el anuncio de la llegada de un reino de Dios que restaurará la justicia en el pueblo de Israel y defenderá a los oprimidos y hambrientos.

La faceta mesiánica de Jesús se ve reforzada en una nueva progresión, cuando se le llama Hijo de David. El título Hijo de David, asignado al Cristo del Nuevo Testamento, aglutina en sí diversas facetas mesiánicas: mesías-sacerdote, mesías-rey, un profeta como Moisés, un siervo sufriente y un Mesías celeste. Llamarlo hijo de David implica aceptar que Jesús es el Mesías. Por otra parte, David fue un rey guerrero que regeneró al pueblo de Israel, devolviéndole su antiguo esplendor por medio de la espada, es decir, mediante la violencia. A partir de cierto momento, al regreso del desierto, presenciamos una metamorfosis de Jesús. Ya no es el hombre del Sermón de la Montaña que pregona la paz, el amor y la mansedumbre. Ahora trae el hacha en la mano, su aspecto es fiero y agresivo, y su mensaje, de guerra y destrucción: «¡He venido a incendiar la tierra!». «¡No he venido al mundo a traer la paz sino el puñal!». «¡Sólo después de las llamas viene el amor!». Algunas de estas frases pertenecen a los Evangelios canónicos ⁷², pero el empleo enfático que de ellas hace Casandsakis apunta a una purificación del mundo mucho más radical, a una destrucción y regeneración totales. Para Peter Bien ⁷³, estas palabras tienen además otro significado: la aceptación del elemento demoníaco del alma humana y la necesidad de canalizar el mal, poniendo el odio y la violencia al servicio del bien. Para evolucionar hacia el espíritu es preciso colaborar con el mal utilizando sus mismas armas.

El último nombre que se da a Jesús, ya al final de la novela, es el de Hijo de Dios. El título está tomado de la Epístola de San Pablo a los Romanos y con él se marca el último paso de la trayectoria evolutiva de Cristo y el sentido escatológico del proceso, que sólo puede culminar con la muerte.

En la última parte de la novela, Jesús ya ha aceptado su autoinmolación. En un momento dado le dice al centurión: «Si me detienen, me encarcelan o me matan, no hagas nada por salvarme» ⁷⁴.

Y a Judas, al que trata de convencer para que colabore con él y le ayude a cumplir su misión le dice: «Para que el mundo se salve es preciso que yo muera voluntariamente» ⁷⁵.

Y a un paso de la crucifixión dice a sus discípulos:

Pascua, mis fieles compañeros de viaje, significa paso. Paso de las tinieblas a la luz; de la esclavitud a la libertad. Pero la Pascua que festejamos esta noche tiene un significado más profundo. La Pascua de esta noche quiere decir paso de la muerte a la inmortalidad. Yo voy delante, compañeros, y os abro el camino [76](#) .

Hemos visto que Casandsakis en el Prólogo del libro denomina a este último estadio «la unión con Dios», es decir, la total desmaterialización.

A lo largo de la obra, hemos seguido el proceso de un Cristo que al principio sólo quiere entregarse al cuerpo —ganarse la vida, casarse, ser feliz...—, luego avanza un paso más, reemplazando las preocupaciones personales por obligaciones y principios éticos que miran hacia lo colectivo, aunque todavía se cumplen por medio de la materia: es la faceta del Hijo del hombre. Un nuevo paso más allá significará destruir por completo la materia para volver a regenerarla purificada —Hijo de David—. Y por último alcanzar la absoluta desmaterialización por medio de la muerte: la unión con Dios (Hijo de Dios).

Peter Bien califica esta obra como metacristiana porque aunque utiliza el mito cristiano, rechaza su tesis y propugna que las miras de Jesús no son instaurar un reino de Dios eterno en la otra vida —cosa que, dicho sea de paso, tampoco era lo que pretendía el Jesús histórico, anterior a la fundación del cristianismo—, sino que el objetivo es la desmaterialización, y una vez el espíritu se haya liberado de la materia por medio de la muerte, comenzar el proceso desde el principio. Es decir, Casandsakis ve a Cristo bajo el prisma de su concepción religiosa darwinista y bergsoniana. Una idea que ya venimos repitiendo reiteradamente. El final del relato es significativo al respecto. A las últimas palabras de Jesús, «Todo está consumado», pronunciadas instantes antes de expirar, según los Evangelios canónicos, el narrador apostilla: «Y era como si dijera: “Todo comienza”» [77](#) . Con esto nos está remitiendo claramente a una nueva regeneración a partir de nuevos hombres, los cuales vuelvan a iniciar el proceso seguido por Cristo venciendo la tentación de la búsqueda de la felicidad para alcanzar su dimensión espiritual.

«LA ÚLTIMA TENTACIÓN», UNA OBRA HETERODOXA

En esta particular biografía literaria de la figura de Cristo que mantiene el equilibrio entre el mito y la historia, entre la filosofía y la teología, Casandsakis ha utilizado de forma magistral y original los textos paleo y neotestamentarios, combinándolos con las conclusiones de la investigación histórica, para presentar un reto a los mitos oficiales de la Iglesia cristiana, ofreciendo su propia idea de la persona y el mensaje de Jesús.

Pero esta interpretación personal, aunque basada en los textos —o quién sabe si precisamente por ello—, está plagada de concepciones heterodoxas, heréticas [78](#) y hasta paganas vistas desde el prisma del dogma cristiano oficial.

La primera afirmación heterodoxa que se maneja en el libro es la idea de que Jesús es un ser humano corriente que ha sido elegido por Dios para cumplir una misión en el mundo, y por esa razón ha sido poseído de forma excepcional por el Espíritu Divino y se ha convertido en Hijo de Dios. Esta tesis entronca con el adopcionismo, una corriente herética surgida en el siglo II d.C. que negaba distinciones entre las personas de la Trinidad, afirmando la unidad de la naturaleza divina. Para los adopcionistas Jesús no era de la misma sustancia de Dios, sino una especie de hijo adoptivo de Dios.

Esta herejía surgió como reacción contra los gnósticos, quienes enseñaban que Jesús nunca había sido un hombre real, sino un cuerpo ilusorio creado por Dios para su tránsito por la tierra.

Y, curiosamente, la novela que nos ocupa es todo un dechado de ideas gnósticas y maniqueas [79](#) .

Adentrarnos en la explicación del gnosticismo está fuera del objeto de esta introducción. Sin embargo, consideramos necesario señalar algunos aspectos que nos ayudarán a entender lo que hemos afirmado.

La palabra griega «gnosis» significa conocimiento, pero no está aplicada a un conocimiento puramente intelectual, sino total, intuitivo, en el sentido de que la contemplación del objeto conocido permitirá al que lo contempla llegar a ser uno con él. El

objeto de ese conocimiento es Dios. Los Padres de la Iglesia antigua y la historiografía moderna han utilizado los términos «gnosis» y «gnosticismo» para denominar a determinados grupos elitistas religiosos, judíos y cristianos, de los siglos I al IV , que, entre otras cosas, despreciaban la materia en contraposición al mundo del espíritu, y creían que es posible liberarse del elemento material por medio del conocimiento secreto o «gnosis», y quizá más aún por medio del ascetismo. El gnosticismo supone que los elegidos gozan de una sabiduría oculta que les es transmitida mediante sueños o visiones, y que las gentes sencillas no pueden entender.

Pues bien, la alusión directa o velada a este tipo de conocimiento o «gnosis» es permanente en *La última tentación* . En un momento dado leemos: «Hacia años que el anciano rabino abría las Escrituras, aspiraba en ellas el aliento de Jehová, y, tras las cosas visibles e invisibles, sabía descubrir el oculto sentido de Dios» [80](#) .

Otro texto cargado de gnosticismo son las palabras del rabino Simeón a Jesús, su sobrino:

Todo viene de Dios [...], todo tiene un doble sentido, uno visible, otro oculto. El común de la gente sólo percibe el sentido visible, dice: «Esto es una serpiente», su mente no va más allá, pero el espíritu en el que habita Dios ve detrás de la serpiente su sentido oculto [81](#) .

Y luego se dirige a Jesús utilizando una imagen que es una constante en toda la novela: «He visto señales...». Es en la «visión» donde el hombre entra en contacto con el Altísimo, o sea, con Dios.

En el relato hay dos narradores de los hechos, Mateo y Casandsakis, pero entre ellos existe una profunda diferencia. El evangelista Mateo es incapaz de captar el sentido de los hechos y palabras de Jesús; su inteligencia normal no ve la verdad profunda: «Tus palabras son oscuras, rabí —dijo disgustado Mateo, que sostenía el cálamo en la mano desde hacía un buen rato y no podía comprender nada para escribirlo» [82](#) .

En cambio, el narrador-Casandsakis llega a ver más allá de los simples hechos, como puede deducirse del lenguaje casi

críptico que adopta el escritor cuando relata los sueños y visiones que aparecen en el relato.

El personaje de Juan, el discípulo amado, es un prototipo de gnóstico. Se cree a sí mismo un «conocedor», un gnóstico auténtico, en el sentido etimológico. De hecho, la investigación histórica ha puesto de relieve las relaciones de la «gnosis» con la literatura del grupo de Juan, en especial el Evangelio y la primera Epístola. Incluso por los documentos canónicos sabemos a ciencia cierta que Jesús no enseñaba al pueblo la totalidad de su doctrina; de vez en cuando reunía a sus íntimos y les iba completando, aclarando o explicando ciertos puntos de sus enseñanzas que no podían ser comprendidos por el común del pueblo. A veces Jesús se presenta ante los hombres como el gran revelador de la sabiduría —«gnosis».

Estas facetas recogidas en los textos canónicos están también presentes en *La última tentación* de Nicos Casandsakis.

Hay una escena en la que Jesús dice: «Cuando me inclino sobre el fondo de mi alma [...] no sé cómo ni por qué la verdad sale de mí en forma de parábola» [83](#) .

Es decir, sólo se puede expresar «la verdad profunda» con el lenguaje de la alegoría.

Otra característica gnóstica presente en la novela es la de un dualismo a ultranza, que no deja de ser un claro maniqueísmo: Dios/mundo material; luz/tinieblas; verdad/ mentira. O el radical menosprecio de la materia. Y al mismo tiempo, la sensación profunda y dolorosa que sienten muchos gnósticos de la separación de los dos polos, el divino y el humano, que desearían que siempre estuviesen unidos.

Casandsakis dice a este propósito: «Soy monista. Siento profundamente que materia y espíritu son una sola cosa» [84](#) .

Pese a esta declaración monista, el dualismo es patente en la novela. Nada más empezar el relato, se nos presenta un Jesús cuyo cuerpo va deteriorándose cada día más. Su tío, el rabino Simeón, lo observa y le dice a su madre: «[...] percibo en la oscuridad una luz, María, que le lame y le devora el rostro. Por eso cada día está más pálido y se consume; no se debe a la

enfermedad, ni a la oración ni al ayuno, no... Es la luz que lo devora» [85](#) .

Los gnósticos creían que en el hombre hay una chispa o centella divina que en este mundo se halla sometida al destino, al nacimiento y a la muerte. Esta chispa debe ser rescatada por la contrapartida del yo humano, para ser finalmente reintegrada al hogar de donde procede.

La contraposición luz-espíritu/tinieblas-materia (carne) es otra constante en esta novela, donde además, en más de una escena se nos muestra a Cristo identificado con la misma fuente de la luz, el sol. Así, por ejemplo, en la escena del monasterio se dice: «El sol llegaba ahora a la puerta y quería entrar, tocar los pies del abad. El hijo de María permanecía fuera y esperaba» [86](#) .

Y al presentarse Jesús en la habitación donde yacía el cadáver del abad, los pies del difunto refulgieron al sol. Y un poco después leemos: «Un sol había caído sobre aquel rostro, un sol sin ocaso, que no se ocultaba. ¿Qué sol?» [87](#) .

El propio narrador interviene en la visión o sueño de Jesús para explicarnos lo que estaba viendo:

[...] miles de hombres y mujeres, miles de Magdalenas con el rostro levantado, feliz, y el sol caía sobre ellos y refulgían. No era un sol, era él mismo, el hijo de María, que se inclinaba sobre ellos y aquellos rostros se inundaban de fulgor [88](#) .

El sol, en fin, es el elemento distintivo de Jesús en todo el texto, fiel al relato evangélico «yo soy la luz del mundo» (Juan 8, 12). Y frente al sol, como contrapunto, la luna, la cual aparece en los momentos tenebrosos en que Cristo se encamina al sacrificio, o cuando hace acto de presencia la mujer. Imágenes, por otra parte, con las que el novelista nos induce a que identifiquemos luna y muerte, luna y mujer, mujer y muerte.

Podríamos seguir poniendo ejemplos sobre el gnosticismo manifiesto de esta obra, pero el lector podrá descubrirlos por sí mismo. Baste añadir que esta creencia tiene estrecho parentesco histórico e ideológico con la masonería, en la que Casandsakis fue iniciado en 1907.

Adopcionismo y gnosticismo no son las únicas ideas contrarias al dogma cristiano oficial que aparecen en *La última tentación*. En el proceso de autodegradación que el propio personaje intenta al principio para disuadir a Dios de que se fije en él, se pueden rastrear resabios de otras teorías heréticas que pretendían buscar a Dios por el camino inverso, a través del pecado y no de actos supuestamente virtuosos.

Y no se agotan con esto las provocaciones heréticas. El presentar a Judas como colaborador necesario en el misterio de la Redención relaciona a Casandsakis con la herejía de los cainitas, un grupo seguidor de los gnósticos que defendía que Judas sirvió a Cristo al traicionarlo, mientras que los amos del mundo no deseaban la crucifixión, tratando de que no fuera liberada la humanidad. Profundizaremos en este aspecto cuando analicemos el personaje de Judas.

Pero *La última tentación* no es sólo un libro herético. En él se detecta también la influencia de Nietzsche y los conocimientos del autor sobre el psicoanálisis, en boga en los años que Casandsakis vivió en Viena. La presencia de Nietzsche está representada en el falso ángel de la tentación, cuando dice a los seres humanos:

¡Qué terrores tiene que padecer vuestro desdichado espíritu a cada instante! ¡A la derecha, un abismo, a la izquierda, otro abismo; detrás de vosotros, uno más, y únicamente delante hay una cuerda tendida sobre el abismo! [89](#).

De Nietzsche procede también la permanente valoración del cuerpo, latente o manifiesta en la novela, en contradicción con el desprecio de la materia.

Se nos presenta un Jesús alegre, participando en fiestas y bodas. Y en más de una ocasión se desliza la idea, puesta en boca de algún personaje, de que el cuerpo también viene de Dios.

No es vergonzoso tener hambre, muchacho, ni tampoco tener sed, ni deseo amoroso. Todo esto viene de Dios [90](#).

Es acertado y justo que nos preocupemos del cuerpo; es el camello sobre el que va montada el alma mientras cruza el desierto. Preocupémonos, pues, de él para que resista [91](#) .

En cuanto a la presencia de las teorías psicoanalíticas en la novela, por sus notas a propósito del boceto de la misma sabemos que había estudiado diferentes teorías psicológicas sobre la relación entre el comportamiento religioso, la sexualidad y el inconsciente. Por otra parte, en 1922 Casandsakis estaba en Viena cuando las ideas de Freud y el psicoanálisis se encontraban en todo su apogeo y evidentemente él las conocía. En *Informe al Greco* nos describe con todo detalle la dolencia dermatológica que sufrió en el rostro durante su estancia en la ciudad, que le llevó a consultar al doctor Wilhelm Stekel, discípulo de Freud, quien le dijo: «Pretender encontrar el principio y el fin del mundo es una enfermedad [...] El hombre normal vive, goza, sufre, lucha, se casa, tiene hijos, sin perder el tiempo en preguntarse de dónde, a dónde, por qué»... [92](#) .

El Dr. Stekel aparece en *La última tentación* bajo la figura del rabino Simeón, a quien María suplica que cure a su hijo para que sea normal y feliz.

Más adelante, cuando Jesús ya está apunto de cruzar la línea divisoria entre la dimensión humana y la espiritual, tiene una conversación con su tío el rabino, en la que le confiesa sus sufrimientos y empieza a desvariar sobre Dios. En ese momento, el anciano, como un psicoanalista, le dice:

No te asustes, hijo mío [...], cuantos más demonios tenemos dentro más fácilmente podemos llegar a convertirnos en ángeles. Llamamos ángeles a los demonios arrepentidos. Ten confianza. Pero querría preguntarte una sola cosa, Jesús, ¿alguna vez has conocido mujer? [93](#)

Ante la respuesta negativa, el anciano rabino, experto en exorcismo y en sanar a los poseídos, le explica que los fanáticos religiosos se calman y se curan simplemente casándose. Y el narrador lo confirma:

Lo sabía por propia experiencia. Lo sabía por la multitud de endemoniados que echaban espuma por la boca, gritaban, blasfemaban y el mundo se les quedaba pequeño, hasta que tomaban una mujer y todo resuelto, tenían hijos y se calmaban [94](#) .

Y la misma observación le hace un viejo lleno de sabiduría popular, en un pasaje que destila gran humor, cuando Jesús, consagrado ya plenamente a su misión espiritual, recorre Galilea con sus discípulos:

Eso les pasa [dijo el viejo pescador] a los que no se casan y sólo quieren salvar al mundo a toda costa. La simiente se les sube a la cabeza y les ataca el cerebro. Hay que casarse, muchachos, descargar la energía con una mujer, tener hijos, para calmarse [95](#) .

La influencia de las teorías psicoanalíticas queda también patente en la interpretación que en la obra se da a los sueños, en la descripción de la fisonomía de los personajes como espejo de su alma, testimonio de la exteriorización psíquica y de la tensión entre ambos componentes del hombre. El Jesús de la primera parte de la novela tiene los rasgos y las actitudes propias de un neurótico, consecuencia del conflicto interno que sufre entre el deseo de ser un hombre normal, de ser feliz, y la conciencia de verse abocado a cumplir una misión que le va a suponer una «inhumana» anulación de su humanidad.

Pero Casandsakis no comparte los procedimientos terapéuticos del psicoanálisis, que busca la felicidad del hombre o hacerle la vida más soportable liberando sus tensiones desde un punto de vista biológico. El «asceta» cretense desplaza la solución del conflicto hacia la ética, la «subida», la renuncia, la ascesis, según él, los únicos recursos capaces de dar al hombre la posibilidad de superar las tentaciones de la naturaleza humana.

La última tentación encierra otras muchas facetas más que tampoco cuadran con una obra religiosa al estilo tradicional. En ella no faltan las referencias al mundo clásico antiguo. La presentación de Jesús como un salvador de los individuos, que opera a través de su propio sufrimiento y de su propia muerte, tiene paralelismos con las religiones místicas griegas.

Precisamente, en el entorno griego en que se va forjando el cristianismo, ciertas modalidades de soteriología individualista habían confluído en la figura-tipo del personaje divino que muere, vuelve a la vida y hace partícipes a sus devotos de la victoria sobre la muerte. Es el caso de Orfeo, a quien los cristianos de los primeros tiempos asimilan a Cristo [96](#) . Casandsakis hace notar esta faceta del protagonista de la novela en la escena en que Pedro relata a Jesús el sueño que ha tenido:

—Rabí —dijo—, en el momento en que cantaba el gallo yo veía un sueño: Habías cogido dos trozos de madera en cruz y en tus manos se habían transformado en una lira y un arco y la tocabas y cantabas. Y de los confines del mundo acudían las fieras a escucharte... ¿Qué significará? Se lo preguntaré al anciano rabino.

—El sueño no termina ahí, Pedro —respondió Jesús—. ¿Por qué te despertaste antes de tiempo? El sueño continúa.

—¿Continúa? No comprendo. ¿Es que tú lo has soñado íntegro, rabí?

—Las fieras, después de oír la canción, se arrojaron contra el cantor y lo devoraron [97](#) .

Otra clara referencia al mundo clásico es la alusión al mito del andrógino que Aristófanes desarrolla en *El Banquete* de Platón para explicar la naturaleza del amor y las diferentes modalidades de la sexualidad. Andrógino es un ser bisexual que Zeus dividió en dos individuos, dos seres de sexo diferente, que desde ese momento suspiran y desean volverse a unir. De Magdalena y Jesús se dice en la novela:

Ambos sentían por primera vez muy profundamente, sin saber explicarlo, que uno era hombre y la otra mujer, dos cuerpos que una vez, en algún tiempo, se diría que habían sido uno y un Dios despiadado los había separado, y ahora se habían vuelto a encontrar las dos mitades y querían unirse, volver a ser un solo cuerpo [98](#) .

Hay también un velado recuerdo a la transmigración de las almas cuando Jesús —quizá bromeando— asegura a María, la hermana de Lázaro, que en otra vida fue mujer: «Lo sé —dijo

Jesús sonriendo—. En cierta ocasión fui mujer, en otra vida, y tejía» [99](#) .

Por último el autor, en un alarde de eclecticismo extremo, no tiene el menor reparo en utilizar múltiples anacronismos: los personajes comen mazorcas de maíz y siembran calabazas, los herreros que ayudan a crucificar son gitanos, a las islas de Chipre, Rodas y Creta se las llama «grandes islas ducales», dando un salto en la historia de más de doce siglos, el ambiente general de la obra nos recuerda a la Creta del siglo XX y, lo más chocante y un motivo más de escándalo para la Iglesia, pone en boca de Jesús palabras de un perfecto darwinista cuando dice:

«[El hombre] jamás podría liberarse del fuerte, cálido y tierno abrazo de su madre, la mona»..., pensaba Jesús, y aquel día sentía por primera vez muy profundamente que es posible que Dios y el hombre lleguen a fundirse en un solo ser [100](#) .

Tan humano es su Cristo que cuando un anciano le pregunta si su teoría sobre la hermandad de todos los seres incluye también a Dios y al diablo, Jesús contesta: «No sé, anciano [...]. Soy un hombre y sólo los hombres me incumben. Lo del más allá es asunto de Dios» [101](#) .

REACCIONES SUSCITADAS POR LA NOVELA

Esta atrevidísima y personalísima interpretación de la andadura y del mensaje de Cristo levantó una tremenda polémica tanto en Grecia como en el extranjero, donde no tardaron en aparecer partidarios y detractores del libro y de su autor. Quienes lo alabaron —sacerdotes monistas, entre otros— encontraron muy de su agrado todas las innovaciones, y el que Casandsakis presentara un Jesús muy humano. Pero los elementos más conservadores de los diferentes dogmas cristianos se escandalizaron y condenaron al escritor por blasfemo porque no seguía el relato evangélico al pie de la letra y porque presentaba a Jesús con deseos sexuales, o a la Virgen María pretendiendo que su hijo no fuera otra cosa que un simple

carpintero, en lugar del Mesías. O porque hacía de Judas un héroe y no un traidor.

En Grecia, el ambiente de represión política que se vivía en los años 50, recién terminada la guerra civil, contribuyó a la persecución del escritor por la Iglesia, pero también por el Estado. Aunque la oposición de la Iglesia ortodoxa a los escritos de Casandsakis venía ya desde la publicación de la *Ascética*, en 1928, obra que el Santo Sínodo se apresuró a condenar, lo cierto es que fue *La última tentación* —junto con algunos capítulos de *El Capitán Mijalis*— la que provocó la ira y la guerra de la Iglesia griega contra el autor cretense, que fue acusado de impío y sacrílego por distorsionar el relato evangélico inspirado por Dios, mancillar la figura divina y humana del Señor y sus horas sobre la cruz de su Pasión y hacer mofa y escarnio —en ambas obras— de la enseñanza del dogma y la moral de la Iglesia ortodoxa [102](#).

El Santo Sínodo exhortaba a los piadosos hijos de la Iglesia a evitar este libro y pedía a los poderes públicos que fuera prohibida su difusión [103](#). No fueron pocos los intentos de la Iglesia de Grecia de excomulgar al escritor por el contenido de sus novelas. De hecho, en 1954 ya estaba preparando la excomunión, cuando Casandsakis tuvo la suerte de que pasara por Francia la mujer más poderosa de Grecia, la reina Federica. La reina era amiga de María Bonaparte, la esposa del príncipe Jorge, en otro tiempo Alto Comisario de Creta y ahora residente en París. Casandsakis tenía amistad con el príncipe y con su esposa, María Bonaparte, a la que está dedicada *La última tentación*. Por mediación de la princesa consorte, la reina Federica tuvo un encuentro con Casandsakis y, cuando en Atenas se conoció este encuentro y la fascinación del egregio personaje por el escritor cretense, nadie se atrevió a levantar la voz. *La última tentación* circuló sin dificultad y la Iglesia de Grecia derivó el expediente de excomunión al Patriarcado Ecuménico, del que dependía la Iglesia de Creta, con el pretexto de que el candidato a la excomunión era cretense.

Pero *La última tentación* no sólo levantó ampollas en la jerarquía de la Iglesia ortodoxa. En 1954, el papa Pío XII incluyó

la novela en la lista negra de libros prohibidos del Vaticano, y cuando en 1960 la obra fue publicada en Estados Unidos, algunos fanáticos protestantes de California organizaron un gran revuelo intentando que fuera retirada de las librerías, lo que convirtió la novela en un *best-seller* .

Andando el tiempo, en 1988, con motivo del estreno en Estados Unidos de la adaptación cinematográfica de esta novela, dirigida por Martin Scorsese, grupos de protestantes, miembros de la asociación Campus Crusade for Christ volverían a dar muestras de su intolerancia y fanatismo capitaneados por su fundador Bill Bright, quien ofreció a la compañía distribuidora, Universal Pictures, una indemnización para que le entregara todas las copias de la película y así poder destruirlas. La respuesta de Universal Pictures fue la publicación en la prensa de una página entera de publicidad del film en la que se decía que la libertad de pensamiento no estaba a la venta.

Afortunadamente, en las tres últimas décadas, quizá por el revuelo ocasionado, y en parte por el éxito de la película de Scorsese, la novela de Casandsakis ha sido objeto de admiración en Grecia, en toda Europa y en Estados Unidos. Aunque la demanda de este libro entre los lectores también pueda deberse a que sigue existiendo un amplio círculo de personas deseosas de profundizar sin prejuicios en sus propias convicciones religiosas.

Pese a que Casandsakis consiguió irritar a una buena porción de cristianos, realmente, la versión de la vida y la misión de Cristo que él ofrece no es incompatible —bajo determinadas condiciones— con el cristianismo, sino que confiere a la obra de Jesús más sentido para el hombre actual. Hay que admitir que *La última tentación* se aparta de la letra del Evangelio, pero desde luego no está lejos de su espíritu. Según algunos teólogos e investigadores modernos [104](#) , la religión del Jesús histórico hay que encuadrarla en el ambiente del Antiguo Testamento y en el lenguaje apocalíptico de la Judea del siglo I , y no en el cristianismo, porque Jesús, obviamente, no era cristiano y quizá no lo hubiese sido nunca en el sentido tradicional del término. Las manifestaciones religiosas que leemos en la obra están en

total consonancia con las afirmaciones de muchos teólogos modernos que se mueven en los límites del pensamiento cristiano, los cuales afirman que el proyecto de Jesús, un proyecto al que se adhirió el cristianismo primitivo, al menos durante dos o tres siglos, y que muchos cristianos siguen considerando vinculante para su vida presente, consistía en una «regeneración» de Israel (Mateo 19, 28). Este término, «regeneración» se ha entendido a veces de forma únicamente escatológica, como una referencia exclusiva al final del universo. Pero si bien no excluía un sentido escatológico referido a la consumación de la historia, no tenía como referencia exclusiva el final de los tiempos, sino que tenía por objeto una transformación radical y profunda de la situación del pueblo judío en este mundo. De hecho, el historiador judío Flavio Josefo ¹⁰⁵ utiliza el mismo término «regeneración» para referirse a la restauración política y social del pueblo de Israel. Según nos lo presentan los evangelios canónicos, Cristo no era un hombre del desierto, no era un místico: asistía a fiestas, comía con prostitutas y gentes de mal vivir, según los cánones sociales de la época. Todo lleva a pensar que buscaba a Dios como «fuerza de salvación» para su pueblo. En una Palestina de enorme desigualdad social, su actividad en las aldeas de Galilea y su mensaje del «reino de Dios» van dirigidos a defender a los pobres y a los desposeídos. Lo que quiere transmitir, su «buena noticia», es que Dios viene como Padre a establecer una vida más digna para todos sus hijos. Dios viene a liberar a su pueblo de tanto sufrimiento y opresión. Pues bien, todo esto está contenido en el libro «heterodoxo» de Nicos Casandsakis.

Como dice Géza Vermes ¹⁰⁶, religión de Jesús y cristianismo, aunque no desvinculados por completo, son tan radicalmente distintos en la forma, en el objetivo y en las orientaciones que sería históricamente impropio derivar sin más el segundo de la primera.

Por otra parte, la propuesta de Casandsakis de un determinado modo de ser religioso en un mundo que, después de Darwin, ya no era el mismo, coincide también con lo que piensa gran parte de los teólogos actuales y, por supuesto, con la

teología evolutiva. No está muy lejos del pensamiento de Casandsakis el jesuita, antropólogo y pensador evolucionista, Teilhard de Chardin (1881-1955), cuyas obras estuvieron prohibidas por la Iglesia Católica y quien afirmaba que todas las teorías, hipótesis y sistemas debían someterse al acuerdo general de la evolución, principio científico que debía respetarse si querían pertenecer a la esfera de la lógica y de la verdad.

Igualmente, una rama de la teología actual conocida como *Process-Relational Theism* tiende a considerar que Dios es parte del proceso evolutivo, y que a partir de Hegel raramente se considera a Dios como algo no dinámico, cambiante y en cierto modo profundamente relacionado con un mundo que está regido por los cambios.

Por último, quienes han estudiado en profundidad el pensamiento religioso de este supuesto hereje [107](#) han corroborado que su visión coincide con algunas de las ideas de más calado de la Ortodoxia griega.

No está, pues, justificada en absoluto la ira de todos los cristianos —protestantes, católicos y ortodoxos griegos— contra un hombre que era profundamente religioso y cuyo único deseo era que los demás hombres se tomaran en serio a Cristo, como un modelo que tenía mucho que enseñar al mundo posterior a Darwin.

CARACTERÍSTICAS LITERARIAS DE LA OBRA

Las novelas de Casandsakis, en general, encierran un complejo entramado de códigos significativos que ofrecen muchas lecturas del relato en diferentes niveles, lecturas que a su vez mantienen entre sí una relación significativa, dando lugar a nuevas perspectivas derivadas más universales [108](#) .

Este mecanismo tiene que ver con el carácter poliédrico del pensamiento del escritor, quien niega el sentido unívoco de la identidad del individuo y del pensamiento y, convencido de que cada uno de nosotros somos muchos al mismo tiempo y estamos llenos de contradicciones, rechaza toda perspectiva simplista y

unidireccional a la hora de plantear las preguntas filosóficas y existenciales que lo atormentan. Esta multiplicidad de significados determina en gran medida el estilo literario de Casandsakis.

Algunos críticos, como S. N. Filípides y R. Beaton [109](#) , han analizado la estructura formal de las novelas del autor cretense y afirman que lo que caracteriza su escritura es la disposición en una serie de oposiciones bipolares que funcionan en diferentes planos: oposición de personajes, oposición de situaciones, oposición entre conflictos de intereses (lo personal frente a lo colectivo, por ejemplo), y que se manifiesta en todos los niveles del relato, desde la simple frase o el párrafo, hasta la propia articulación de la trama. En *La última tentación*, puede verse esta disposición, referida a la estructura —por poner un ejemplo— en el sueño de Jesús, al inicio de la novela, que contrasta con la realidad de su padre y de su madre, o en la conversación de Jesús con el rabino Simeón, yuxtapuesta a la conversación de Jesús con Judas. Esta contraposición se extiende también al conjunto del relato, donde lo humilde se presenta junto a lo elevado. Por ejemplo, el narrador cuenta historias populares que se refieren habitualmente a los personajes secundarios y que contrastan con la exposición de elevados pensamientos, cuando el discurso está referido a los personajes principales.

La organización en esquemas yuxtapuestos es un recurso que sirve al escritor para eludir la representación de una realidad supuestamente objetiva y presentar diferentes formas de interpretarla, lo que nos remite a una especie de «realismo mágico», presente en Casandsakis incluso antes de que se hubiera inventado el término. En *La última tentación* abundan los elementos de representación «antirrealista», como, por ejemplo, las vidas alternativas de Jesús, que se presentan como equiparables en los últimos capítulos. O el sentido de movimiento cíclico en el esquema retórico circular que une el comienzo y el final de la obra (Jesús crucificador/Jesús crucificado; sueño inicial/sueño final) que producen una fuerte ambigüedad significativa y se oponen a los principios básicos del realismo.

A este permanente uso de prácticas «antirrealistas» — surrealistas, me atrevería a decir— y de ambigüedades semánticas lo llama Filipidis [110](#) «realismo peculiar de Casandsakis» y también «modernismo romántico».

Con frecuencia se ha valorado negativamente la obra de ficción de Casandsakis, acusándolo de que sus novelas son vehículos para transmitir su pensamiento filosófico y su cosmovisión, y que sus personajes son meros símbolos y alegorías. Si bien estas afirmaciones resultan difícilmente rebatibles en el caso de *La última tentación*, no es menos cierto que esta novela es una obra de gran calidad literaria, con una trama, diálogos e imágenes perfectamente contruidos y con unos personajes que, sin dejar de ser símbolos y alegorías, son realmente humanos en sus actitudes, reacciones y comportamientos.

La última tentación es una de las novelas más poliédricas y ambiguas en lo que a su identidad literaria se refiere, y cuya naturaleza resulta muy difícil delimitar. Es decir, no queda muy claro si se trata de una historia simbólica, una ficción teológica, una alegoría política, una recreación evangélica, una confesión personal, un manifiesto espiritual e ideológico contra la Iglesia oficial, una búsqueda metafísica o un drama humano. Desde luego se trata de una ficción simbólica que, desde el punto de vista literario, es una de las novelas más logradas de Casandsakis en las que las descripciones —de gran calidad artística— de los espacios y de los tiempos, el manejo de efectos especiales en la puesta en escena y la propensión a la desmesura, recrean el escenario de una tragedia antigua popular, con elementos de lenguaje épico y paleotestamentario.

Pese a su simbolismo, el relato, como hemos dicho antes, tiene un fuerte anclaje histórico en lo que a los acontecimientos y hechos se refiere —salvo ciertas licencias y anacronismos ya comentados—, como también en la información que proporciona sobre la situación social y política de Palestina en el siglo I y la recreación del ambiente apocalíptico que se respiraba en ese tiempo entre los judíos.

Los lugares geográficos en los que se desarrolla la novela son aquellos en los que vivió Cristo —bien conocidos del autor—. Pero espacio y tiempo, historia y geografía, están hasta tal punto revestidos del manto de la Creta natal de Casandsakis, que uno se siente transportado a sus campos sembrados de vides y olivares, a sus amaneceres o a sus turbios ocasos... Por doquier se cuele el aroma de la albahaca y el limonero del patio de la humilde vivienda, el ambiente de las calles y plazas de sus pueblos y de sus tabernas, y los hábitos y costumbres de la vida cretense de antaño, así como la sabiduría popular de sus gentes. Porque en ellos, pastores, pescadores, artesanos, propietarios de tierras cretenses, en sus dichos y en sus fisonomías, están inspirados los héroes de esta novela, sobre todo los personajes secundarios.

Como en el caso de *El Capitán Mijalis*, *La última tentación* presentatodo un microcosmos de gentes e historias, que nos recuerda a los grandes novelistas rusos del siglo XIX , Tolstói y, sobre todo, Dostoievski. Y no sólo nos los evoca por la gran cantidad de personajes que maneja en sus novelas, sino también por la lucha que los personajes mantienen con Dios —tema central de la obra que nos ocupa—, por la desmesura de sus caracteres y actuaciones y por la vehemencia de sus sentimientos, características estas últimas en plena correspondencia con la tradición local de Creta, dicho sea de paso.

LOS PERSONAJES

La yuxtaposición de elementos antitéticos de la que hemos hablado al tratar la estructura de la obra, tiene también funcionalidad en la construcción de los personajes. Como en una tragedia antigua, los personajes están organizados de forma bipolar, ya sea contraponiendo dos individuos o un individuo a sí mismo, ya un individuo a un grupo, ya dos grupos entre sí. Porque el esquema protagonista/antagonista en esta novela va más allá de los dos héroes principales, Jesús/Judas.

Merece la pena detenerse en el análisis de algunos personajes del relato, porque en ellos, en su perfil, se encuentran las claves del mensaje tanto como en el argumento. Es preciso, pues, estar atento a lo que dicen y cómo lo dicen, a sus actitudes, caracteres y reacciones. Y hay que prestar también atención a lo que, a nuestro entender, reviste una importancia fundamental en esta obra, lo que le confiere una especial plasticidad, al lenguaje no verbal de los personajes.

Puede decirse que con esta novela, Casandsakis llega al culmen de su maestría en el uso del lenguaje no verbal. Como piadoso cretense en su infancia, conocía bien los sinaxarios bizantinos, en los que este tipo de lenguaje es un asunto de sociología religiosa, teatralidad y efectos especiales, y pudo tener en ellos un modelo. Aunque tampoco hubiera necesitado este punto de referencia, porque el autor cretense sabe manejar como nadie la lengua popular, y el lenguaje no verbal — balbuceos, murmullos ininterrumpidos de los labios, gestos, expresiones faciales, posturas, contacto físico, indumentaria y hasta olores— forma parte de la lengua del pueblo. Roderick Beaton cree que Casandsakis refleja el carácter y la esencia de sus personajes en su fisonomía [111](#) . Se diría más, el narrador de este relato, a través de la descripción del aspecto físico de los personajes, de sus ademanes, vestimenta y hasta del olor que despiden, nos pone en comunicación con ellos por medio de los sentidos. Y además de darnos información de sus caracteres, sus sentimientos o sus miedos y pasiones, se vale de su cuerpo para revestir de existencia carnal todo tipo de vivencias abstractas. Así, por ejemplo, las distancias entre el mundo celestial y el terrenal vienen marcadas por la indumentaria de los seres que los habitan. El aspecto en el reino de los cielos es resplandeciente, tiene una naturaleza ígnea: «columnas de humo», «ojos de fuego».

«Será un ángel del Señor —pensó mientras lo seguía y admiraba la presencia señorial de su cuerpo y el costoso manto que cubría sus hombros, bordado con llamativos pájaros y flores—. Será un ángel del Señor que ha bajado del cielo para indicarme el camino» [112](#) .

Allá arriba encontrarás herramientas de oro. No te preocupes. Remendarás las sandalias de oro de los ángeles [113](#) ...

En cambio, en la tierra las gentes visten harapos:

Arrojará sus harapos y brillará en su cabeza la corona real de David [114](#) .

[...] en el momento en que los infieles fueran a crucificar al zelote, él se despojaría de sus harapos y de ellos surgiría un ángel con una espada [115](#) .

¿Era un hombre o bien un ángel oculto bajo harapos o un demonio que guardaba en sus labios apretados un secreto terrible e inconfesable? [116](#) .

El hedor aparece asociado al pecado y a la muerte. Pero también a la lujuria y a la putrefacción de la materia, como la putrefacción física de Herodes descrita por el rabino Simeón:

El licencioso e inicuo rey [...] Herodes. [...] Me presenté ante él y desde aquel día no he podido comer carne porque vi que su carne se pudría. Y no he podido beber vino porque vi su sangre llena de gusanos, y su hedor aún permanece [...] después de más de treinta años... [117](#) .

El personaje de san José ilustra también a la perfección el valor semántico de los gestos: apenas balbucea, su aspecto físico es lamentable, está postrado en cama, babea y casi no acierta a comer solo. Con estos rasgos se nos está diciendo que en esta historia es un ser menos que marginal, es inexistente. Ha sido anulado por el narrador, ¿o es Dios quien lo ha anulado? ¿O es el propio Jesús de quien, según sabemos por los Evangelios canónicos, puede decirse que criticó el poder absoluto de la autoridad patriarcal de su época?

Vayamos a los protagonistas:

Jesús-Judas: Desde el principio vemos a Jesús sometido a terribles tensiones que lo empujan a tener una conducta extraña que provoca el enojo de su madre, de sus hermanos y hasta de la muchedumbre. La angustia existencial que sufre y el combate interno que libra Jesús también están descritos mediante una

intensa angustia corporal: «oye un grito desgarrador en sus entrañas», «su corazón latió con fuerza», «estaba empapado en sudor», «lo dominó la desazón». Viste harapos y su cuerpo es delgado, curtido, lleno de marcas azules y rojas. Su aspecto físico es el de un hombre «espiritual», un asceta que mortifica su cuerpo para castigarlo por sus pasiones. Cuando la luz le da en la cara podemos ver que en ella se refleja sufrimiento, obstinación y orgullo. Tiene un misterioso e inquietante atractivo. La descripción de sus visiones, ya sea durante el sueño, ya como epifanías, resalta el hecho de que se mueve entre dos mundos, el visible y terrenal y el invisible, de los ángeles y demonios.

Esta imagen angustiada de Cristo va cambiando en consonancia con su evolución espiritual. Cuando inicia su vida pública se nos muestra alegre y compasivo. Otras veces su mirada está dotada del carisma de los espíritus, va vestido de blanco como un novio y a su paso la tierra se cubre de flores. Pero hay un momento del relato en el que sus ojos están inyectados en sangre, cuando se nos presenta como hijo de David que viene a incendiar el mundo.

Su antagonista contrasta con él ya desde su aspecto físico y su comportamiento: «El pelirrojo». Así nos lo presentan, sin desvelar su nombre. Un rasgo físico que en Creta, entre las gentes del pueblo, es signo de maldad, alguien de poco fiar. Es un hombre fuerte, corpulento, agresivo, de mirada salvaje y, voz feroz. Todo lo contrario de Jesús. Es además un rebelde, adscrito a una de las facciones más subversivas en la lucha contra los romanos. Pero por sus rasgos de fiereza y de animal salvaje nos recuerda también a un rebelde cretense que lucha por la libertad. Por otra parte, hay algo en él que nos habla de su doble papel: el narrador nos informa de que su expresión facial tiene dos caras: una mitad que ríe y expresa el dolor, y la otra que amenaza y se siente ajena a todo sentimiento humano. Aunque a veces ambas facetas se reconcilian un instante, en él siguen en lucha Dios y el Demonio. Con esta descripción nos está anticipando ya desde las primeras páginas que, si bien el zelote al principio supone un peligro para el hijo de María, al que acusa de traidor y desertor, y

a cuyo grupo se suma para vigilarlo de cerca, no tardará en converger con Jesús —en el momento en que éste acepta que es preciso incendiar el mundo para purificarlo— y terminará convertido en su mayor colaborador y en el elemento imprescindible para que lleve a cabo su misión.

La esencia de este personaje es que representa el fondo demoníaco de Jesús, el odio y la violencia que hay en él. Para superarse, Jesús debe unir su lado angélico con su lado demoníaco. Esto queda más o menos implícito en todos los relatos de sueños que hay en la novela, y se explicita cuando Jesús, al oír la fiera voz de Judas, la reconoce como la más profunda voz de sus entrañas. Ésta es la razón por la que Casandsakis se distancia del precedente bíblico y, basándose en las referencias que tiene del *Evangelio de Judas* [118](#) , en el que se presenta al traidor como un héroe —el hombre que ayudó a Cristo a completar su misión, a desentenderse de su cuerpo terrenal y liberar el mundo— y se le convierte en el discípulo más digno de admiración y aquel con el que mejor se entiende el rabí, hasta el punto de provocar los celos de Juan, el supuesto discípulo amado.

Al final de la obra, en la visión que Jesús tiene en la cruz, cuando ya ha quedado claro al lector que Judas no es un traidor, sino un colaborador *sine qua non* de Cristo, lo vemos con facciones y cuerpo lozano, joven, el único discípulo que no ha sufrido los embates del tiempo. Y es él el que lo hace despertar del sueño y volver a la realidad, culminando su destino.

Por otra parte, Judas representa también al escritor, quien en más de una ocasión habla por la boca del discípulo.

En Juan y el resto de los discípulos tenemos otra pareja de contrarios. El discípulo amado simboliza el espíritu frente a la materia; el conocimiento —«gnosis»— frente a la ignorancia de quienes son incapaces de ver más allá.

Aunque ya hemos comentado el perfil gnóstico de Juan, merece la pena observar los recursos literarios de los que se vale el autor para perfilar esta característica del supuesto cuarto evangelista.

La primera vez que sabemos de Juan es en el capítulo VIII. Es el novicio del monasterio al que ha ido el hijo de María. La descripción del joven Juan no deja ninguna duda de que representa a un gnóstico: es un «joven radiante», de «ojos insaciables», en el que el abad tiene puestas sus esperanzas, convencido de que se convertirá algún día en un «ángel», es decir, en espíritu ajeno a la materia.

En el primer encuentro con el abad, Juan experimenta que «en su cráneo penetraba el sol», esto es, la luz divina, el conocimiento. Su faceta como gnóstico se verá reforzada en los momentos clave de la obra: en una epifanía momentánea, Jesús lo ve como un anciano que escribe y al que él mismo dicta el libro del Apocalipsis (la Revelación) llamándolo «Hijo del Trueno» [119](#) . Y en la última Cena, es el único que entiende el alcance de las palabras y los gestos del rabí.

El aspecto de Juan es el de un joven pálido y débil, su configuración es espiritual, como la de Jesús. En contraste con Juan, el resto de los discípulos son rechonchos, brutos, glotones y bebedores, como corresponde a sus naturalezas carnales. Andrés es calificado de tarugo, Pedro de veleta, cobarde y medio loco, Felipe, el pastor, es un simple, y su amigo Natanael, además de simple, es un avisado, Tomás es astuto y desconfiado... Y como tales se expresan: se ven ya como partícipes del reino de los cielos, revestidos de poder, y se pelean entre sí por el reparto de los bienes que esperan obtener, una vez que el rabí sea rey. Su mente es roma, no ven más allá de este mundo, no entienden de qué habla el maestro. Son zapateros, pescadores, pastores, se pasan la vida entregados a sus trabajos serviles «¡cómo iba a quedarle tiempo para elevar la mente hacia Dios, apoyar en el cielo la escala de Jacob y subir!» [120](#) . No pueden entender el mensaje escatológico de Cristo.

La condición de los discípulos, gentes del pueblo, contrasta, en otro nivel de oposiciones, con los representantes del poder económico, social, político o religioso: el viejo Zebedeo, Caifás o Pilato. Veamos someramente ambos conjuntos.

Zebedeo un viejo de cuello sebo, irascible, avaro, explotador, es miembro del consejo del pueblo, un notable, un

hombre poderoso. En la novela, encarna, además, la representación del cristianismo oficial que tanto ataca Casandsakis por su carácter acomodaticio, ya que pregona que el mundo está bien como está porque así lo ha hecho Dios en su infinita sabiduría, lo que lleva a justificar incluso la injusticia social, ofreciendo una cómoda coartada a los poderosos. En la página 262 oímos decir al viejo Zebedeo: «Lo que hace el Señor, bien hecho está. [...] Haga lo que haga el Señor, yo confío en él».

A lo que Judas, representando al narrador, le responde:

Confías en él, viejo Zebedeo, porque el Todopoderoso hace que tus asuntos marchen bien; tienes, claro está, cinco barcas y cincuenta pescadores, tus esclavos; los alimentas lo justo para que no se mueran de hambre y tengan energías para trabajar para ti, mientras tú llenas tus cofres, tu panza y tus despensas. Así que alzas los brazos al cielo y dices: «¡Eres justo, Señor, confío en ti! ¡El mundo está bien así, no lo cambies nunca!». Pero pregunta al zelote que crucificaron anteayer por qué luchaba para liberarnos; pregunta a los campesinos, a los que Dios les ha arrebatado en una sola noche el trigo de todo el año y ahora se revuelcan por el fango para recogerlo grano a grano, y lloran; pregúntame también a mí, que recorro las aldeas y veo y escucho el sufrimiento de Israel. ¿Hasta cuándo?, ¿hasta cuándo? ¿Jamás te has preguntado esto en tu vida, viejo Zebedeo?

A Caifás, el sumo sacerdote, miembro de la élite religiosa, lo vemos grueso, barrigudo, fofo, con grandes bolsas bajo los ojos, vestido con una túnica amarilla de seda. Y Pilato, al que el narrador describe «enjuto, afeitado, de frente estrecha, ojos grises y duros, labios finos como espadas», es la viva imagen de un hombre calculador y cobarde, en cuyo anillo hay grabada una frase que lo describe como un hedonista, al que sólo le preocupa la felicidad material del instante, comer, beber, pasarlo bien en esta breve vida.

En cuanto a Lázaro, su persona merece un comentario aparte, por la forma escalofriante y esperpéntica en que se trata su resurrección, su vida y su aspecto de resucitado, escenas que producen en el lector repulsión y rechazo, cuando no escándalo, pero que están relacionadas con la posición del autor ante la muerte.

La muerte tiene una presencia permanente en toda la obra de Casandsakis y su tratamiento constituye un componente ideológico y temático, en la medida en que está en conexión directa con sus preocupaciones filosóficas, religiosas y existenciales.

Casandsakis suele presentar tres tipologías de muerte que se repiten en todas sus obras, hasta el punto de constituir un canon ritualizado, un elemento original y especialmente interesante de su creación literaria:

1. La muerte de la mujer hermosa, que se presenta como un sacrificio, voluntario o involuntario, para mayor gloria y salvación del hombre.
2. La muerte del hombre-héroe, una muerte natural, ya sea en combate o como decisión altruista del personaje. En cualquiera de estos supuestos, la muerte muestra la valentía del héroe que sobrepasa las reglas.
3. Por último, la muerte no heroica, la de las personas no significativas. En estos casos, el escritor se recrea en describir el deterioro físico, poniendo el énfasis en el cuerpo que muere, en el cuerpo-cadáver, con un tratamiento grotesco («carnavalesco»), esperpéntico, que tiene como objeto destruir la secuencia: vida-muerte-vida eterna y subrayar la alternativa: deterioro del cuerpo/inmortalidad del espíritu.

En el caso de *La última tentación*, cuyo tema central es la religión cristiana, en la que es esencial la creencia en la vida eterna, la muerte tiene una presencia especial y está tratada bajo todos los puntos de vista que hemos señalado. La muerte del hombre-héroe ocupa el núcleo de la novela: el sufrimiento y el ritual de la Pasión y muerte de Cristo, presagiada ya por la muerte en la cruz del zelote. Pero también en la muerte de María Magdalena está presente el «sacrificio» de la mujer hermosa, con el varón como ejecutor.

En cuanto a la muerte no heroica —por más que sea objeto de un milagro—, aparece encarnada por Lázaro, en cuyo caso el empleo de recursos carnalescos y esperpénticos llega a unos

extremos que pueden suponer una afrenta a la sensibilidad y al concepto del buen gusto de más de un lector. En efecto, el resucitado Lázaro es descrito con terroríficos y repulsivos detalles alusivos a la putrefacción que ha sufrido durante su estancia en la sepultura.

Tenía los pies, los brazos y el vientre hinchados, de un color verdoso, como un cadáver de cuatro días. Su rostro abotagado estaba completamente agrietado y rezumaba una aguaza amarillenta que le manchaba el sudario blanco que aún llevaba —se le había pegado a la piel y no podía quitárselo [121](#) .

Esta escena contrasta con la del Evangelio de Juan (11, 44) quien relata de forma sobria y escueta, sin detalles macabros, la resurrección de Lázaro.

Pero aún hay más, en una conversación con el anciano rabino, quien le confiesa a Jesús el asco que le produce el resucitado y le reprocha que lo haya traído de nuevo a la vida, Jesús confiesa a su tío que, en realidad, ¡resucitó a Lázaro por error!

El anciano rabino se inclinó hacia Jesús:

—¿Por qué lo sacaste de la tumba, hijo mío?

—No quería hacerlo —respondió Jesús en voz baja—. No quería hacerlo, anciano. Cuando lo vi levantar la losa de piedra, me horroricé. Estuve a punto de salir corriendo de allí, pero me dio vergüenza. Me quedé temblando de miedo.

—Puedo soportar cualquier cosa —dijo el rabino—, cualquier cosa excepto la fetidez de un cuerpo que se pudre [122](#) ...

Es natural que este diálogo escandalice a un cristiano que basa su fe en la resurrección. Pero es preciso tener en cuenta que Casandsakis no puede aceptar la permanencia de la materia; la materia (el cuerpo) debe ser destruido para que prevalezca el espíritu. Esto explica la repugnante descripción de Lázaro, según la profesora Castrinaki [123](#) , quien ve en ello una prueba más del gnosticismo del autor cretense: el desprecio del cuerpo. Casandsakis pretende deliberadamente provocar asco ante el cuerpo resucitado, recalcando además que esta resurrección se ha producido por error.

Pero no se detiene aquí el autor en su ataque a la resurrección de la carne. Más adelante hace que nos cuestionemos si la citada resurrección se ha producido, aunque esto le haga caer en contradicciones. Nos referimos a la escena en que Barrabás se lanza a matar a Lázaro [124](#) y no puede degollarlo porque el cuello del resucitado no tiene la consistencia de la carne, es como algodón o como aire. Barrabás se pregunta si no estará pretendiendo matar a un espectro y no un cuerpo verdadero. ¿Acaso la resurrección fue algo aparente, no real?

Al personaje de Lázaro le ha tocado el papel de simbolizar el odio al cuerpo, por lo que su figura sale malparada en el relato. Veamos:

En la escena de la visión de Jesús en la cruz (su última tentación), en la que el crucificado supone que se ha librado del supremo sacrificio y disfruta del amor de la mujer, de la familia y de los pequeños placeres de la vida, se ve a sí mismo como el maestro-Lázaro, casado con Marta y María, con las que tiene un montón de hijos. La asociación Jesús-Lázaro en estas circunstancias no es casual, porque el resucitado, cuya terrible figura permanece en la imaginación del lector, es el hermano de las dos esposas de Jesús, lo que supone incesto y poligamia, ambas cosas absolutamente rechazables y sancionables desde todos los puntos de vista, ético, social y hasta legal. La única explicación a esta chocante escena es ver en ella la desmesurada forma que tiene el escritor de arremeter contra la supuesta elección de Jesús, quien en el sueño ha optado por la felicidad, renunciando a la misión de salvar a los hombres, que ahora no se puede realizar.

En su exagerado intento de repudiar una elección que considera errónea y propia de hombres del montón, no de los que aspiran al espíritu, Casandsakis vuelve a caer en contradicciones al poner en boca de Judas una recriminación a Jesús porque ha tenido hijos y ha vencido así a la muerte: «Te jactas de haber vencido a la muerte, ¡pobre de ti! ¿Así se vence a la muerte? ¡Has engendrado hijos, un bocado para la muerte! ¡Te has convertido en su carnicero y le proporcionas carne para que coma!» [125](#) .

Tener hijos en este contexto significa la multiplicación de la materia en detrimento del espíritu. Pero en otro pasaje se contradice y hace decir a uno de sus personajes: «“Yo no quiero —dice Dios—, no quiero oraciones y ayunos, ¡quiero carne!”. Esto significa: “¡Quiero que me deis hijos!”» [126](#) .

Y en *El Capitán Mijalis* le oímos decir: «¡Bendito seas! Haz hijos [...] para que los cretenses no desaparezcan de la faz de la tierra» [127](#) .

Y unas líneas más abajo, los hijos son la perpetuación de la vida, la victoria sobre la muerte:

[...] Y que le dé hijos varones [...] Quiero bisnietos fuertes [...]
—Lleva un hijo en sus entrañas, abuelo...
—Bendito seas [...] Así es como resucitan a los muertos.

El personaje de Pablo de Tarso tiene gran interés porque con él Casandsakis formula lo que creía la dimensión histórica del cristianismo y su verdadera realidad como doctrina. Lo que Casandsakis pensaba al respecto lo dice por boca de Pablo:

Río como un apóstol: Yo me convertiré en tu apóstol, lo quieras o no. Yo te fabricaré a ti, tu vida, tu enseñanza, tu crucifixión y tu resurrección como yo quiera. No te engendró José, el carpintero de Nazaret, te engendré yo, Pablo, el escribano de Tarso, en Cilicia [128](#) .

Las palabras del apóstol están en total consonancia con las conclusiones de los especialistas en la historia del cristianismo de la época de Casandsakis, y más aún, también con lo que afirman los estudiosos actuales, lo que muestra al escritor cretense como un pensador moderno, concedor de los postulados científicos de su tiempo sobre el cristianismo. Así, por ejemplo, J. Klausner, historiador judío y profesor de literatura hebrea, contemporáneo de Casandsakis afirma: «con Jesús no se explica el nacimiento del cristianismo como una nueva iglesia». Klausner, tras una investigación prolongada, llega a la conclusión de que Jesús ciertamente se consideró a sí mismo un Mesías y que esperó llevar la salvación a Israel por medio de la penitencia y las enseñanzas morales que predicaba en su tierra

natal, pero nunca pensó en fundar una nueva religión y difundirla entre los otros pueblos [129](#) .

Según los investigadores actuales, entre ellos el profesor Piñero [130](#) , especialista en cristianismo primitivo, Pablo de Tarso fue el responsable de introducir los profundos cambios que el mesianismo del Jesús histórico precisaba para que su mensaje fuera comprendido y aceptado en ámbitos más amplios que el estrictamente judío. Este proceso, afirma Piñero, se logró gracias a la divinización de Jesús, por una parte, y a una doble tendencia remodeladora de su mensaje. El Apóstol de los gentiles modificó la figura del Mesías, orientada sólo hacia la salvación de Israel, convirtiéndola en la de un Salvador universal, y transformó la doctrina de la venida inmediata del reino de Dios, del Jesús histórico, en una espera de la venida de Jesús como juez de vivos y muertos al final de los tiempos, prolongando el fin del mundo presente a un final de los tiempos que se aleja indefinidamente del mundo actual.

Por tanto, para la investigación moderna, es el Apóstol de los gentiles quien, a partir de una reinterpretación global de la doctrina y la misión de Jesús de Nazaret —reinterpretación que el propio tarsiota afirma que debe a una visión o conversión casi instantánea— se constituye en el creador y organizador consciente de una nueva Iglesia. Es Pablo quien edifica el nuevo conjunto del cristianismo como un nuevo sistema religioso que pasa de ser puramente teocéntrico a una fe cristocéntrica. Y éstos precisamente son los postulados de Casandsakis.

Veamos, por último, los personajes femeninos porque en ellos se refleja como en un espejo la idea que Casandsakis tiene de la mujer.

Las mujeres están bien representadas en las obras de ficción de Casandsakis, pero en ninguna de ellas ocupan el papel protagonista. Y es que para el escritor cretense las mujeres están al margen de los grandes ideales, que él considera privilegio exclusivo de los hombres. La mujer es un ser aferrado a la tierra, es pura carnalidad, incluso su alma es carne: «El alma de la mujer es la carne y tú lo sabes, lo sabes muy bien», le dice Magdalena a Jesús, en *La última tentación* [131](#) .

El elemento femenino es la encarnación de la debilidad y supone una rémora y un gran obstáculo para la autorrealización del varón. Las mujeres no pueden mover los hilos del devenir histórico; permanecen siempre en un segundo plano, todo lo más sufriendo las consecuencias de los actos de los hombres. Si cobran protagonismo es para abocar al fracaso los ideales del varón, quien debe apartarlas de su camino, sacrificarlas si es preciso, si quiere alcanzar la suprema meta de su superación. Así, en *La última tentación* Jesús rechaza a su madre y Pablo sacrifica a María Magdalena.

Hablando de María, la madre, desde el principio de la novela sorprende el tratamiento del personaje. Se la muestra desdichada, lamentándose de que ha envejecido sin haber conocido la juventud, el calor de un hombre y la dulzura y el orgullo de la mujer casada. No cesa de llorar por su vida desperdiciada, especialmente cuando en primavera ve la exuberancia de la tierra. Mira con severidad a su hijo, con una mirada que no le perdona nada. Está cansada de sus extravagancias y le hace reproches. Realmente no lo reconoce como propio, le resulta un ser extraño, y se avergüenza de su comportamiento. De hecho, manifiesta explícitamente que quiere apartarlo del camino que debe seguir, no quiere que sea un Mesías ni un profeta, lo quiere un hombre normal. María aspira a que su hijo sea feliz, sin más. Así se lo dice al rabino Simeón cuando va a pedirle que lo sane:

Quiero que sea un hombre como los demás, ni más ni menos, como los demás. Quiero que fabrique, como antes lo hacía su padre, artesas, cunas, arados, utensilios para la casa, y no como ahora, cruces para crucificar a los hombres. Que se case con una buena mujer, de una familia honorable, con dote, que sepa mantener bien su casa, que tenga hijos y que los sábados salgamos de paseo todos juntos, abuela, hijos y nietos, para que la gente nos mire con admiración [132](#) .

A lo que el rabino le responde: «María, [...] si Dios escuchara a las madres nos pudriríamos en el bienestar y la seguridad».

El perfil que Casandsakis nos da de María es el de una mujer corriente del pueblo. No quiere otorgarle un papel diferente al de

las mujeres de la época, que eran apreciadas únicamente por su fecundidad y su trabajo en el hogar y que no tomaban parte en la vida social de la aldea. Así, a veces, vemos a María como una joven dulce y sufrida, o como una madre doliente, preocupada por un hijo que se sale de la norma establecida... Haciendo, en fin, lo que hacen sus vecinas y reaccionando como ellas reaccionarían de estar en su situación. Ella misma dirá al anciano rabino:

[...] yo soy como todas las mujeres, me gustan todas las tareas y las alegrías de las mujeres, lavar, cocinar, ir a la fuente, charlar amigablemente con mis vecinas y sentarme, al atardecer, en la puerta para ver a la gente pasar. Mi corazón, como el de todas las mujeres, anciano, está también lleno de dolor [133](#) .

Pero tan común y corriente quiere el novelista mostrar su imagen, que el lector puede llegar a pensar que al escritor se le va la pluma, como en tantas ocasiones en esta obra, cuando nos dice que María asiste a una crucifixión, preludio de la crucifixión de Cristo, sin otro motivo que pasar el rato:

Oyó a su madre encender la lumbre para preparar la comida muy de mañana y así disponer de tiempo para ir a presenciar la crucifixión; todas sus vecinas ya iban de camino [134](#) .

Se ajustó fuertemente el manto, cerró la puerta y tomó también ella la cesta para ir a ver la crucifixión, para pasar el rato [135](#) ...

En resumen, la madre de Cristo está tratada de un modo que nada tiene que ver con la sacralidad tradicional atribuida a la Virgen María, sin que tengamos que pensar que hay en ello la menor intención de difamación de la Madre de Dios.

Al personaje de María se yuxtapone el de la madre del zelote crucificado, una anciana de porte aristocrático que, pese a su sufrimiento, anima a su hijo a ser fuerte en su martirio.

Relacionada, a veces, con la figura de la madre de Jesús aparece en el texto otra figura alegórica y enigmática.

Desde el principio de la novela siguen a Jesús unos pasos que le acompañan hasta la cruz. Él los reconoce y les da nombre: la

Maldición. La descripción que de ella tenemos se corresponde con la de uno de esos seres terroríficos de los bestiarios medievales: un cuerpo salvaje de mujer con gruesas escamas de bronce, cabeza de águila y un pico curvo que lleva un trozo de carne. Y lo que más nos desconcierta es que Jesús: «Esperaba a una madre desolada, con las dos manos sobre su cabeza para maldecirlo» [136](#) .

En otro momento, avanzado ya el relato, Jesús ve en un sueño a su madre que lo maldice:

[...] apareció su madre. [...] «Así como tú me hiciste sufrir —le dijo—, Dios te hará sufrir a ti. Me has puesto en boca de los hombres y la gente está escandalizada. Te has levantado contra la Patria, contra la Ley, contra el Dios de Israel. ¡No has temido a Dios ni te has avergonzado ante los hombres! ¡No pensaste en tu madre y en tu padre! ¡Yo te maldigo!» [137](#) .

Basándose en pasajes como éste, algunos estudiosos postulan que esta extraña alegoría representa a la madre, y que quizá tenga que ver con la gravísima decisión de Jesús de abandonar a su familia y no crear una nueva. Una decisión extraña y arriesgada en el contexto de las sociedades mediterráneas del mundo antiguo, y concretamente del mundo judío, donde la familia lo era todo: lugar de nacimiento, escuela de vida y garantía de trabajo. Sólo en la familia se encontraba la verdadera identidad. Fuera de la familia el individuo quedaba sin protección ni seguridad. De ahí la maldición y su relación con la madre, el símbolo familiar por excelencia.

Pero, en la novela, la escena del Gólgota, contrariamente al relato del evangelista Juan (19, 26 y 19, 27), quien nos presenta a la madre doliente al pie de la cruz y a Cristo despidiéndose de ella y encomendándola al discípulo amado, quien está presente en la agonía del Salvador es la Maldición, y es de ella de quien el crucificado se despide, llamándola madre:

Bienvenida —murmuró—, fiel compañera de viaje. Aquí termina nuestra andadura. Se ha cumplido lo que querías, se ha cumplido lo que también yo quería. Toda mi vida he anhelado convertir la Maldición en bendición. Lo he hecho; nos hemos reconciliado. ¡Adiós, Madre! —

dijo y se despidió de la terrible sombra esbozando un ligero movimiento de cabeza [138](#) .

¿Qué significa, entonces, esta terrible figura? No resulta fácil decidirse. Por este último pasaje parece que la Maldición es quien lo empuja a cumplir la misión que se le ha encomendado, y que dicha misión tiene que ver con la superación del concepto de Dios vengativo. Así se desprende también de otro episodio en el que Jesús dice a Judas que este siniestro personaje que se ha convertido en su sombra es una de las muchas señales que le enviaba Dios para obligarlo a seguir el camino trazado.

El personaje de María Magdalena se ajusta más al estereotipo de mujer al que el autor nos tiene acostumbrados. Es decir, la Magdalena es la imagen viva de la carnalidad, de la materia y del sexo. La fuerza descriptiva de su prosa nos hace escuchar su risa cantarina, «como un manantial de aguas frescas surgido de las entrañas de la tierra». Vemos su pelo negro suelto, sus pechos descubiertos, su caminar «adornada como una fragata impulsada por el viento», o bien tumbada en la cama, completamente desnuda, con la melena desparramada por la almohada, con el cuello, los pechos y los brazos —en los que se superponen mil capas de olores de los hombres venidos a gozar de ella— llenos de mordiscos.

Si la descripción de la putrefacción de Lázaro golpeaba nuestros sentidos, en el caso de la Magdalena asistimos a la quintaesencia de la sensualidad y la lujuria, encarnadas en un cuerpo de mujer. Magdalena experimenta el placer de la carne ya desde niña, y Jesús se siente culpable de haber sido el que ha despertado en ella estos deseos y de haberse negado después a satisfacerlos, abocándola a convertirse en una ramera por pura frustración.

No nos sorprende que al lector del siglo XXI le resulte chocante el tratamiento del sexo que se muestra en esta novela. Pero es preciso hacer un pequeño esfuerzo para situarlo en el contexto de la tesis de la misma. Aunque es verdad que Casandsakis a veces hace concesiones al hombre actual y muestra el amor físico como algo bueno y positivo, entrando en contradicción

consigo mismo —algo a lo que nos tiene acostumbrados—, esto sólo sucede referido a quienes no aspiran a liberarse de la materia y están aferrados a los pequeños placeres de la vida. Los otros, los héroes —varones, eso sí— ven en la unión sexual la más terrible artimaña del Maligno para hacer que el hombre no pueda despegarse de la tierra, la materia. Cuando Jesús, agonizante en la cruz, sufre la tentación y se ve unido a Magdalena, dejándose llevar cuesta abajo hacia el total deterioro y entregándose a la tierra, es en este preciso instante cuando ha abandonado su sagrada misión:

Apoyó las palmas de las manos en el suelo húmedo, sintió su frescura y su calor primaveral, lanzó una rápida mirada a su alrededor; nadie lo veía, se inclinó y besó la tierra:

—Madre —le dijo quedamente—, sostenme con cariño en tus brazos, yo también te abrazo con cariño. Madre, ¿por qué no puedes ser tú mi Dios? [139](#) .

La bigamia de Jesús, ya comentada, tiene además otro significado más simbólico, cuya clave está en las palabras que le dice el Demonio en su última tentación: «Te lo dije en otra ocasión, ¿lo has olvidado? En el mundo no hay dos mujeres, hay sólo una; una sola mujer con innumerables rostros» [140](#) .

Y el comentario del narrador:

¿Qué importaba cómo se llamaba, de dónde había venido, cuál era la forma, el color, la belleza o la fealdad de su rostro? Era el rostro hembra de la tierra, su pecho estaba oprimido, en ella había multitud de hijos y de hijas que se ahogaban, no podían salir y habían ido a buscar al hombre para que les abriera [141](#) .

La mujer no tiene entidad individual, no es mala una mujer concreta, lo negativo está en el sexo femenino por lo que de entidad material contiene.

Por último, las demás mujeres que aparecen en esta novela, salvo quizá Salomé —pero ella es vieja—, andan inmersas en lo cotidiano. María, la hermana de Marta y de Lázaro, insiste en cuál sea la condición femenina diciéndole a Cristo:

Esas son preocupaciones de hombre [...] No pido a Dios misericordia. Soy mujer, pido misericordia al hombre. No llamo a la puerta de Dios para mendigar alegrías eternas del Paraíso. Abrazo al hombre que amo y no quiero otro Paraíso. Las alegrías eternas son para los hombres [142](#) .

Y Magdalena dice a Jesús:

Las mujeres no somos como los hombres; no necesitamos otras vidas, vidas eternas. Para nosotras, las mujeres, un solo instante con el hombre que amamos es un Paraíso eterno, y un instante lejos del hombre que amamos, un Infierno eterno. Nosotras las mujeres vivimos la eternidad en esta tierra [143](#) .

En Casandsakis tierra-materia-muerte-mujer se contraponen a cielo-espíritu-superación de la muerte-varón. Sólo en estas coordenadas de carácter trascendente puede entenderse el tratamiento que Casandsakis hace de la mujer y del sexo.

LENGUA Y ESTILO

Marcos Avyeris [144](#) ha calificado el estilo de las novelas de Casandsakis como grotesco, por la coexistencia de sentidos antitéticos, de referencias contradictorias y de los múltiples lenguajes casi simultáneos que contiene: junto a lo dramático, lo cómico, el comentario disparatado y divertido. Junto a lo épico y lo sublime, la sátira y la ironía. Para corroborar las palabras de Avyeris basta con leer escenas como la de los discípulos en la taberna del cirineo, disponiéndose a comer la cabeza de un cordero, cuando llega la noticia de que a Juan el Bautista le han cortado la suya. Y es que en *La última tentación* , al igual que en *El Capitán Mijalis* del lirismo se pasa al naturalismo sin solución de continuidad, y de los pensamientos trascendentes a lo chocarrero, lo macabro o lo ridículo.

Digno de mención es el recurso estilístico, que ya vimos en *El Capitán Mijalis*, consistente en introducir en el relato diferentes voces complementarias al monólogo más amplio de un personaje determinado. Estas terceras personas que intervienen dentro de

un discurso narrativo pueden ser personajes secundarios o el propio narrador, quien, en muchas ocasiones, se convierte en un personaje más que toma partido en los hechos y expresa indirectamente la posición crítica del escritor. Cuando esto sucede, el discurso del que habla se interrumpe con una especie de paréntesis, introduciendo un verbo en segunda persona o comentarios insultantes del tipo «¡mal rayo te parta!», «¡le está bien empleado!», «¡brea a sus huesos!». Es como si en la novela hubiera un coro acompañante que, como en la tragedia antigua, comenta y completa la acción que se está desarrollando ante el lector, ofreciendo reflexiones o ángulos ópticos diferentes a los del personaje que en ese momento está en escena.

En cuanto a la lengua, preciso es recordar el fuerte ardor con el que Casandsakis defendió y recuperó para la literatura la lengua demótica, rescatando palabras y expresiones populares de los campesinos de toda Grecia, pero muy especialmente de Creta, para después emplearlas sin concesiones en sus textos literarios, por lo que fue acusado de un demoticismo excesivo y de escribir en una lengua artificial e incomprensible.

En *La última tentación* —y hemos de volver a mencionar su similitud lingüística con *El Capitán Mijalis* — la base de la lengua es el dialecto cretense, si bien, por razones obvias, en la obra que ahora nos ocupa su empleo es más medido que en la otra, dada la diferencia de tema y de ambiente. No obstante, en ambas novelas existen, como ya hemos apuntado, diversos niveles de lenguaje. Personajes como Judas, Zebedeo, el cirineo o los apóstoles —excepto Juan— hablan en el más puro estilo de lengua popular. Con ellos Casandsakis se recrea en el absoluto demoticismo, que contrasta con el lenguaje de Cristo o de Juan o con el del narrador, que se expresan en un estilo más elevado.

Hemos de aludir a un tercer nivel de lengua que tiene que ver fundamentalmente con el relato de escenas oníricas, epifanías y ambientes apocalípticos, muy abundantes en la obra. En estos pasajes, el lenguaje adquiere un carácter altamente literario en el que abundan las metáforas, los términos compuestos, que a veces es casi imposible traducir, pero cuya intensidad expresiva y colorido producen un gran impacto que nos transporta a un

mundo de imágenes propias de un cuadro surrealista. Curiosamente es en estas escenas, junto con aquellas en las que se describen costumbres o ambientes de la vida cotidiana, donde es más abundante el léxico del dialecto cretense y los idiolectos.

Permítasenos poner un ejemplo que ilustre lo que decimos. Al comienzo de la novela, cuando se describe el sueño del hijo de María, Casandsakis pinta un hermosísimo cuadro lleno de lirismo utilizando una metáfora por la que el cielo estrellado se asemeja a un campo florido en el preciso instante en que las flores —los astros— despiertan y abren sus pétalos. Para ello se sirve del verbo ξεφουντώνω [*xefundono*] que en dialecto cretense se emplea referido al hecho de abrirse una flor. En realidad, toda la metáfora tiene un fuerte sabor cretense en la elección del léxico. Lástima que eso no puede quedar reflejado en la traducción.

Descripciones similares encontrará el lector por doquier en esta novela. En la página 319 leemos: «El malévolos demonio de la vendimia correteaba de un lado a otro, riendo zumbón, y pellizcaba a las mujeres». Con dos pinceladas, el narrador nos induce a evocar el cortejo de sátiros que acompaña a Dionisos, dios del vino.

En resumen, Casandsakis es un manantial de lirismo, vivacidad y fuerza. Puede decirse que lo que caracteriza su prosa es la intensidad expresiva y la vehemencia, consecuencia quizá de su carácter personal pero también de la utilización de la lengua del pueblo, una lengua viva, fuerte y capaz de transmitir los más profundos sentimientos. Nuestro autor vive en la época en que se forja en Europa el modernismo, movimiento estético que se inicia en torno a 1922 y que abarca no sólo la literatura, sino también diversas disciplinas artísticas y otros ámbitos de la cultura —en pintura, por ejemplo, el expresionismo, el surrealismo, etc.—, y conoce a destacadas figuras de diversos países encuadradas dentro de esta corriente, y, por supuesto, a los modernistas griegos, la llamada generación de los años 30, entre los que se encuentran Ritsos y los Premios Nobel Seferis y Elitis. Pero, como ya hemos dicho, el cretense no siguió las tendencias modernistas, sino que más bien tenía como modelo a

los grandes novelistas del XIX , por lo que sus compatriotas escritores nunca lo consideraron uno de su grupo, lo marginaron como un escritor pasado de moda y un transgresor de los cánones normativos literarios, y lo rechazaron, además, por su «metacomunismo».

Sin embargo, Casandsakis no pudo permanecer impermeable al ambiente literario de su época, por lo que no son pocos los paralelismos que se observan entre él y la generación de Elitis y Seferis. Con ellos coincide, entre otras cosas, en la utilización de la tradición popular o en la conciencia de vivir en un tiempo de decadencia, por mencionar dos rasgos que están presentes en *La última tentación*, novela en la que, por otra parte, como en el resto de obras de su madurez, los críticos han reconocido elementos modernistas.

En efecto, rasgos modernistas en esta novela son el uso del lenguaje simbólico, de la fantasía y de la imaginación onírica, que crean escenas surrealistas que recuerdan a Dalí:

El joven que dormía y soñaba oyó en sueños el alarido, se rebulló, y el sueño se asustó y empezó a huir; la montaña se diluyó, aparecieron sus entrañas: no eran de piedra, sino de sueño y de vértigo; y la turba de titánicos gigantes que trepaban por ella a grandes zancadas, salvajes, todo bigotes, barbas, cejas y largos brazos, se diluyó también. Los hombretones empezaron a difuminarse, a cambiar de forma, a deshilacharse hebra a hebra, como nubes dispersadas por un fuerte viento; un poco más y desaparecerían entre las dos sienes del joven que dormía [145](#) .

Y también el gusto por la metáfora o por presentar los acontecimientos y los lapsos de tiempo transcurridos entre ellos mediante imágenes de la noche, los planetas, la alternancia de las estaciones o las aves migratorias:

Sobre su cabeza las estrellas abrían sus pétalos y entrechocaban unas con otras, el cielo estaba en flor, y abajo, en la tierra, humeaban las piedras abrasadas aún por el paso del día; en cielos y tierra, un profundo silencio hecho de voces eternas de la noche, más silenciosas aún que el propio silencio. Quietud, sosiego; Dios había tapado sus ojos, el sol y la luna, y se había dormido [146](#) .

¿Recuerdas, amada María, cuántas veces han vuelto las golondrinas desde el día bendito que pisé como dueño y señor el umbral de vuestra casa? ¿Cuántas veces hemos sembrado, hemos segado, hemos vendimiado, hemos recogido la aceituna? [147](#) .

El empleo de la metáfora de la rueda o el fluir del río para señalar el paso cíclico del tiempo están también en la estética de la línea modernista:

Miró a lo alto, al cielo, aplicó el oído; algunos pájaros en los árboles se disponían a dormir, otros estaban a punto de despertarse, la Rueda giraba, el día descendía bajo los pies de los hombres.

El rabino suspiró. ¡Cómo huyen los días, con qué furia un día persigue a otro, amanece, anochece, pasa el sol, pasan las lunas, los niños se hacen hombres, los cabellos negros se vuelven blancos, el mar se come a la tierra firme, las montañas se quedan peladas [148](#) ...

Igualmente, la creación de figuras poliédricas, que pueden ser contempladas desde diferentes ángulos, como los rostros de Picasso —Judas Iscariote tiene el rostro dividido en dos mitades, una que ríe, la otra seria y agresiva—, o la influencia dada al inconsciente y al elemento irracional por influencia de Freud.

PRECEDENTES DE «LA ÚLTIMA TENTACIÓN» EN LA LITERATURA

Cristo y el cristianismo han despertado enorme interés en todos los tiempos, pero de una forma especial en el siglo XIX, época en que el apogeo del pensamiento y la cultura laicos en Europa, consecuencia del positivismo y del materialismo dominantes, hizo proliferar los estudios sobre los orígenes del cristianismo y sobre la veracidad o falsedad de la existencia de Cristo. Recuérdense textos cruciales como *La esencia del cristianismo* (1841), de Ludwig Feuerbach, la *Vida de Jesús* (1863), primer tomo de la *Historia del cristianismo*, de Ernest Renan, o las obras de D. V. Strauss (*Vida de Jesús para el pueblo alemán*, 1864) y A. Schweitzer (*En busca del Jesús histórico*, 1906), por no mencionar los incontables antecedentes

ilustrados o volterianos, todos ellos conocidos por Casandsakis y que pudieron influir en sus novelas de tema cristológico.

Se dice que Casandsakis se basó en la obra de Renan para modelar su Cristo literario, pero no puede olvidarse que existían otras biografías de Cristo, como la obra de Edward Schuré *Los grandes iniciados*, en la que se presentaban las vidas de Rama Krishna, Hermes, Moisés, Orfeo, Pitágoras, Platón y Jesús, que fue publicada por primera vez en 1889 y traducida al griego en 1904, causando sensación. Sabemos que Sikelianós la había leído y no sería nada extraño que Nicos Casandsakis la hubiese leído también. Schuré rechaza el Cristo de Renan y el de Strauss, aceptando a los escritores que describen a Jesús sin ninguna dimensión mística.

De otra parte, el gusto por la novela histórica, género tan en boga en Europa en el siglo XIX, favoreció la aparición de relatos de ficción sobre Cristo en los que se trataba desde una perspectiva general la experiencia evangélica de Jesús entendida de un modo no canónico.

Merece mención en este sentido las *Memorias de Judas*, de Ferdinando Petrucelli della Grattina (1815-1888), obra publicada en francés y traducida al italiano por el propio autor (1870), una novela llena de erudición, minuciosidad, exotismo e intriga histórica que va más allá de la novela histórica para introducirse en la polémica ideológica. En esta obra, Judas aparece como el alma de un movimiento político que pretende la liberación de Palestina del poder romano, pero, al mismo tiempo, como el único amigo de Jesús, al que encomienda una misión política en la que fracasa y es crucificado. Judas lo descuelga de la cruz y se lo lleva a Roma, no como Mesías sino como un hombre derrotado.

Más tarde, Jorge Luis Borges, en 1943, desarrolla una idea muy semejante a la de *La última tentación* de Casandsakis — publicada doce años después— en su cuento *El milagro secreto*, incluido posteriormente en el libro *Ficciones*. El protagonista tiene un sueño regido por un tiempo y unas leyes divinas cuando está a punto de morir ejecutado por los nazis. En el caso de

Borges, el milagro proviene de la divinidad mientras que en el caso de Casandsakis es una trampa urdida por el Maligno.

También el cuento de Borges *Tres versiones de Judas*, publicado en 1944 en la revista *Sur*, tiene interesantes coincidencias con *La última tentación* de Casandsakis, donde la relación entre Jesús y Judas es de una enorme complicidad, determinada por sus dos destinos paralelos. No sabemos si Casandsakis se inspiró en Borges, pero es muy posible que conociera su obra, ya que desde mediados de los años 40 se estaba traduciendo al francés por Robert Caillois.

En cualquier caso, *La última tentación* de Casandsakis marca un hito en la forma de afrontar literariamente las narraciones evangélicas. Son muchos los escritores posteriores a él que abordan el tema de forma alternativa a los Evangelios canónicos. Unos presentan la historia de Cristo narrada por el mismo Pilato, otros, relacionándola con mitos de Oriente Medio o con las luchas políticas e internas de los judíos.

Sin ánimo de ser exhaustivos, podemos citar a Norman Mailer (1923-2007) con su obra *El evangelio según el Hijo*, a Gerald Messadié (1931) con *María Magdalena* y *El hombre que se convirtió en Dios*, a Robert Graves con *Rey Jesús* (1946), a Eugene E. Whitworth con *Las nueve caras de Cristo*, a Anne Bernet con *Memorias de Poncio Pilatos*, a José Saramago con *El evangelio según Jesucristo*, o a Dan Brown con su famoso *Código Da Vinci*.

Por otra parte, *La última tentación* de Casandsakis ha sido objeto de diferentes adaptaciones relativamente recientes al cine, al teatro y a la ópera.

Mundialmente conocida es la obra cinematográfica dirigida por Martin Scorsese en 1988 con el título *The Last Temptation of Christ*, con guion de Paul Shraeder y música de Peter Gabriel, de cuyo controvertido estreno en Estados Unidos ya hemos hablado. En 1989, el film fue candidato al Óscar a la Mejor Dirección.

En el año 2003, el Teatro Nacional de Atenas puso en escena la novela, con la adaptación y dirección de Sotiris Jatsakis, escenografía de Yorgos Patsa y música de Marta Fritsila. La

representación fue todo un éxito en Grecia en la temporada 2003-2004 y no provocó las reacciones en contra que había provocado la película de Scorsese, es más, fue favorablemente acogida por el clero ortodoxo. La razón puede estar en el paso del tiempo, pero también en que la obra de teatro ponía en escena una crucifixión simbólica, dando la dimensión espiritual o sobrenatural del drama divino, mientras que la película presentaba una crucifixión cruda y realista.

Existen otras dos adaptaciones teatrales al inglés, ambas inéditas, y conservadas en el Museo N. Casandsakis de Barbari (Iraklio). A saber, la de Nicholas Milich y la de James B. A. Conklin.

Por último, Iraclís Ceofanidis realizó una adaptación a la ópera, con libreto y versos de Sidney Berger. Esta ópera fue representada en la iglesia de Milwaukee (Estados Unidos) por miembros de la Lake Opera en 1984.

[1](#) Γ . Κορδάτος , *ΙστορίατηςΝεοελληνικήςΛογοτεχνίας* , 2 τόμοι , Αθήνα , 1983 [Υ. Cordatos, *Historia de la Literatura neogriega*, 2 tomos, Atenas, 1983].

[2](#) Ε . Ν . Πλάτης , «ΜετάταΔεκεμβριανά » , en «Ο “Άγνωστος ” Καζαντζάκης . Μαρτυρίεςκαικείμεναπουφωτίζουντηζωήτου » , *Ελευθεροτυπία / Βιβλιοθήκη* , αριθμός 463, 27-7-2007, σελ . 4 κτλ . [Elefcerios N. Platis, «Después de los sucesos de Diciembre», en «El “Desconocido” Casandsakis. Testimonios y textos que iluminan su vida», *Elefcerotipía/Bibliothiki*, núm. 463, 27-7-2007, págs. 4 y ss.].

[3](#) *ΕλεύθεραΓνώμη* , 26-7-1936 [*Eléfceras Gnómis*, 26-7-1936]. El diario fue suprimido por el Gobierno unos días después de publicarse este artículo. La referencia está tomada de«ΗΓαλάτειακατάτουΝίκουΚαζαντζάκη » , en «Ο “Άγνωστος ” Καζαντζάκης . Μαρτυρίεςκαικείμεναπουφωτίζουντηζωήτου » , *op. cit.*, σελ . 20-21 [«Galatea contra Nicos Casandsakis», en «El “Desconocido” Casandsakis. Testimonios y textos que iluminan su vida», *op. cit.* , págs. 20-21].

[4](#) Ν . Καζαντζάκης , «Οφόβοςκαιηπείνα » , *ΗΚαθημερινή* , 20-7-1936 [N. Casandsakis, «El miedo y el hambre», *I Cacimeriní*, 20-7-1936].

[5](#) «ΗΓαλάτειακατάτουΝίκουΚαζαντζάκη » , en «Ο “Άγνωστος ” Καζαντζάκης . Μαρτυρίεςκαικείμεναπουφωτίζουντηζωήτου » , *op. cit.* , σελ . 20-21 [«Galatea

contra Nicos Casandsakis», en «El “Desconocido” Casandsakis. Testimonios y textos que iluminan su vida», *op. cit.* , págs. 20-21].

[6](#) Disponemos, además, de al menos dos biografías más escritas por varones griegos, Pandelis Prevelakis y Nikíforos Vretacu, cuyas referencias aparecen recogidas en la Bibliografía que aportamos en este trabajo.

[7](#) Γ . Φαρίνου -Μαλαματάρη , «ΤέσσερεςγυναίκεςβιογράφουντονΚαζαντζάκη », en *ΟΚαζαντζάκηςστον 21' αιώνα* . Ηράκλειο , 2010 [Υ. Farinu-Malamatari, «Cuatro mujeres escriben la biografía de Casandsakis», en *Casandsakis en el siglo XXI* , Itraclio, 2010].

[8](#) ΓαλάτειαΑλεξίου , *ΆνθρωποικαιΥπεράνθρωποι .Μυθιστόρημα* , Αθήνα , 1957.

[9](#) ΛιλήΣωγράφου , *ΝίκοςΚαζαντζάκης : Εναςτραγικός* , Αθήνα , 1998 [1960].

[10](#) *Op. cit.*, págs. 10-11.

[11](#) ΈλληΑλεξίου , *Γιαναγίνειμεγάλος . ΒιογραφίατουΝίκουΚαζαντζάκη* , Αθήνα , 1988 [1966].

[12](#) *Op. cit.*, pág. 145.

[13](#) ΕλένηΝ . Καζαντζάκη , *Ν ίκοςΚαζαντζάκης . Οασυμβίβαστος . Βιογραφίαβασιμένησταγράμματακαιανέκδοτατου* , Αθήνα , 1977. Exister traducción en español: Barcelona, Planeta, 1974.

[14](#) *Informe al Greco*, Madrid, Cátedra, 2014, pág. 167.

[15](#) *Ibid.*, pág. 168.

[16](#) *Ibid.*, pág. 644.

[17](#) Π . Πρεβελάκης , *ΤετρακόσιαγράμματατουΚαζαντζάκηστονΠρεβελάκη* , Εκδ . Ε . Καζαντζάκη , Αθήνα , 1984, σελ . 650 [P. Prevelakis, *Cuatrocientas cartas de Casandsakis a Prevelakis*, ediciones Eleni N. Casandsakis, Atenas, 1984, pág. 650].

[18](#) *Informe al Greco, op. cit.*, pág. 219.

[19](#) *Ibid.*, págs. 220-224.

[20](#) Γ . Σταματίου , *ΟΚαζαντζάκης . Έναςαξεδίψατοςτηςελευθερίας* , Αθήνα , 1974, σελ . 130 κτλ . [Υ . Stamatíu, *Casandsakis. Un sediento de libertad*, Atenas,

1974, págs. 130 y ss.].

[21](#) *Informe al Greco, op. cit.*, pág. 484.

[22](#) *Ibíd.*, pág. 485.

[23](#) Nicos Casandsakis, *Comedia*, traducción al español de Roberto Quiroz, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos, 2012.

[24](#) *Informe al Greco, op. cit.*, pág. 385.

[25](#) *Ibíd.*, pág. 366.

[26](#) *Ibíd.*, pág. 329.

[27](#) *Ibíd.*, pág. 363.

[28](#) Επ Αντώνη Δ. Σκιαθά , «ΗΛογοτεχνίατηςΑλληλογραφίαςτουΝίκουΚαζαντζάκη », *Ελίτροχος* , τεύχος 15, 1998, σελ . 79-88 [en Andoni D. Skiazá, «La Literatura en la correspondencia de Nicos Casandsakis», *Elítrojos*, fascículo 15, 1998, págs. 79-88].

[29](#) Π . Πρεβελάκης , *Τετρακόσιαγράμματα* , *op. cit.*, σελ . 650 [P. Prevelakis, *Cuatrocientas cartas, op. cit.*, pág. 650].

[30](#) Ν . Καζαντζάκης , *ΕπιστολέςπροςτηνΓαλάτεια* , Αθήνα , Δίφρος ,1958, σελ . 222 [N. Casandsakis, *Cartas a Galatea*, Atenas, Difros, 1958, pág. 222].

[31](#) *Informe al Greco, op. cit.*, págs. 430-431.

[32](#) Ν . Καζαντζάκης , *ΕπιστολέςπροςτηνΓαλάτεια* , *op. cit.*, σελ . 223.

[33](#) *Informe al Greco, op. cit.*, pág. 640.

[34](#) *Ibíd.*, pág. 374.

[35](#) *Ibíd.*, págs. 672-673.

[36](#) *La última tentación*, pág. 525; las referencias a páginas en adelante siempre remitirán, como aquí, a nuestra edición.

[37](#) P. Bien, *ΟκτώκεφάλαιαγιατονΝίκοΚαζαντζάκη* , ΜελέτεςγιατονΚαζαντζάκη 1. (ΕπιμέλειασειράςΣ . Ν . Φιλιππίδης), Αθήνα , 2007 [P. Bien, *Ocho capítulos sobre*

Nicos Casandsakis, Estudios sobre Nicos Casandsakis 1. (Responsable de la serie, S. N. Filipidis), Atenas, 2007].

[38](#) Informe al Greco, *op. cit.*, pág. 657.

[39](#) *Ascética. Salvatores Dei*, Atenas, 1962, pág. 94.

[40](#) *La última tentación*, pág. 298.

[41](#) *Ascética, op. cit.*, pág. 95.

[42](#) Informe al Greco, Epílogo, *op. cit.*, pág. 690.

[43](#) Ν . Μαρσούκας , *ΗΕλληνικήπαράδοσηστοΝίκοΚαζαντζάκη* , Θεσσαλονίκη , 1989, σελ . 551 [N. Matsucas, *La tradición griega en Nicos Casandsakis*, Salónica, 1989, pág. 551].

[44](#) Κ . Τσάτσος , εν Γ . Στεφανάκης , *ΑναφοράστονΚαζαντζάκη* , Αθήνα , Εκδ . Καστανιώτη , 2007, σελ . 229 [C. Tsatsos, en Y. Stefanakis, *Informe a Casandsakis*, Atenas, Ed. Castanioti, 2007, pág. 229].

[45](#) R. Quiroz y M. Castillo Didier, *Destino y fatalidad en dos dramas juveniles de K azantzakis*, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos, 2012, pág. 77.

[46](#) Π . Πρεβελάκης , *Τετρακόσιαγράμματα* , *op. cit.*, σελ . 71 [P. Prevelakis, *Cuatrocientas cartas, op. cit.*, pág. 71].

[47](#) Reynaud de Jouvenel, «Souvenir de Kazantzaki», *Europe*, junio de 1958, pág. 99.

[48](#) Esta entrevista sobre su vida, su obra y sus ideas fue realizada a Casandsakis por Pierre Siprió para Radio París, en mayo de 1955 y fue difundida en seis emisiones. También se publicó en el periódico *Ta Nea*, el 16 de mayo de 1955, con el título: «ΕδώΠαρίσι!ΣασομιλείοΚαζαντζάκης : Έναςάνθρωποςτηςράτσαςτου . Έναςρωμήςομεβαθύτατοθρησκευτικόαίσθημα » [«¡Aquí París! Os habla Casandsakis: Un hombre de vuestra raza. Un *romeo* con un profundo sentido religioso»]. El lector encontrará un fragmento de esta declaración en el estudio del doctor Stavru, que adjuntamos, por lo que no lo repetimos aquí.

[49](#) Informe al Greco, *op. cit.*, pág. 367.

[50](#) *Ibíd.*, pág. 382.

[51](#) *Ibíd.*, pág. 428.

[52](#) *Ibíd.*, pág. 428.

[53](#) Pudieron haber sido seis porque entre las notas inéditas del escritor se conserva el incipiente boceto de una obra que no llegó a escribir. Se trata de un poema épico semejante a la *Odisea* con el título *El Acríta*: el nuevo Adán. En esta obra, por lo que se deduce de las notas, había un canto dedicado al encuentro del Acríta con Cristo: el Acríta resucita a Cristo en su corazón para que salve no sólo a los buenos, sino también a los condenados, con lo que su acción salvadora quedará completa.

[54](#) *Informe al Greco*, *op. cit.*, págs. 372 y ss.

[55](#) Juan 14, 16, 26 y 15, 26, 16, 7.

[56](#) P. Bien, «Η μαθητεία του Καζαντζάκη σε χριστιανικά θέματα », en *Οκτώ κεφάλαια για τον Νίκο Καζαντζάκη*, *op. cit.*, σελ . 121 [P. Bien, «El aprendizaje de Casandsakis en temas cristianos», en *Ocho capítulos sobre Nicos Casandsakis*, *op. cit.*, pág. 121].

[57](#) Δ . Τζιόβας , «Οπειρασμός του αρχάγγελου και του ομήματης Θυσίας . Ηερμηνευτική του προσώπου στο Χριστός ξανασταυρώνεται » , en *Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα* , Ηράκλειο , Εκδόσεις Φιλοσοφικής Σχολής Πανεπιστημίου Κρήτης , 2010 [D. Tsiovas, «La tentación del arcángel y el sentido del Sacrificio. La hermenéutica de la máscara en *Cristo de nuevo crucificado*», en *Casandsakis en el siglo XXI* , Iraclio, Ediciones de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Creta, 2010].

[58](#) Γ . Γουδέλης , «Το κύκνειο άσματος » , en «Το “Άγνωστο ” Καζαντζάκης . Μαρτυρίες και κείμενα που φωτίζουν τη ζωή του » , *op. cit.* , σελ . 12-13 [Y. Gudelis, «Su canto del cisne», en «El “desconocido” Casandsakis. Testimonios y textos que iluminan su vida», *op. cit.*, págs. 12-13].

[59](#) *Op. cit.*

[60](#) En la obra se detectan anécdotas y hechos que aparecen en *El Protoevangelio de Santiago*, el *Evangelio del Pseudo Mateo*, el *Libro de la infancia del Salvador*, el *Evangelio armenio de la Infancia*, el *Evangelio de Bartolomé* y algunos apócrifos más.

[61](#) Νίκος Παπαχριστόπουλος , «Ο Νόμος της Μητέρας : Ν . Καζαντζάκη Ο τελευταίος πειρασμός » , en *Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα* , *op. cit.* [Nicos

Papajristópulos, «La Ley de la Madre: N. Casandsakis *La última tentación*», en *Casandsakis en el siglo XXI*, *op. cit.*].

[62](#) Peter Bien, *op. cit.*

[63](#) *Informe al Greco*, *op. cit.*, pág. 429.

[64](#) *Ibíd.*, pág. 430.

[65](#) Ν . Καζαντζάκης , «Τοκοινωνικόπρόβλημα », *ΝέαΕφημερίς* , Ηράκειο , 22-2-1925, σελ . 1 [N. Casandsakis, «El problema social», *Nea Efimerís*, Iraclio, 22-2-1925, pág. 1. Este artículo está recogido en el estudio de ΚυριακόςΜητζοτάκης , «ΟΚαζαντζάκηςμιλάειγιατονΘεό » , *Μινώας* , Αθήνα , 1972, σελ . 128-129 [Kiriácós Mitsotakis , «Casandsakis habla sobre Dios», *Minoas*, Atenas, 1972, págs. 128-129].

[66](#) ΕλένηΝ . Καζαντζάκη , *ΝίκοςΚαζαντζάκης* , *Οασυμβίβαστος* , *op. cit.*, σελ . 576 [véase en *Nicos Casandsakis. El disidente*].

[67](#) *Ibíd.*, pág. 580.

[68](#) Es su famosa teoría evolucionista, aplicada a la escala social, que hemos vista expuesta en el *Informe al Greco*, según la cual, las sociedades están sometidas a un ciclo vital de regeneración-destrucción-regeneración, impulsadas por una fuerza espiritual que opera en ellas este proceso.

[69](#) P.Bien, «Scorsese's Spiritual Jesus», *The New York Times*, 11-8-1988.

[70](#) *La última tentación*, pág. 181.

[71](#) «En una visión de la noche vio entre las nubes del cielo que un Hijo del hombre había venido [...] y a él le fue dado el Poder y la Gloria, y todos los pueblos, tribus y lenguas le sirvieron» (Daniel, 7, 13-14).

[72](#) Lucas 12, 49 y Mateo 10, 34.

[73](#) *Op. cit.*

[74](#) *La última tentación*, pág. 584.

[75](#) *Ibíd.*, pág. 592.

[76](#) *Ibíd.*, pág. 637.

[77](#) *Ibíd.*, pág. 723.

[78](#) Es sabido que en la biblioteca del novelista había una *Introducción al estudio de las herejías* .

[79](#) Sobre el carácter gnóstico o maniqueo de *La última tentación* remitimos al estudio de la profesora Anguela Castrinaki, en el que nos hemos basado, «ΟΚαζαντζάκηςγνωστικός », en *ΟΚαζαντζάκηςστον 21' αιώνα* , *op. cit.* [A. Castrinaki, «Casandsakis gnóstico», en *Casandsakis en el siglo XXI* , *op. cit.*].

[80](#) *La última tentación*, pág. 557.

[81](#) *Ibíd.*, pág. 307.

[82](#) *Ibíd.*, pág. 626.

[83](#) *Ibíd.*, pág. 504.

[84](#) Ν . Καζαντζάκης , *Ταξιδεύοντας:Ιταλία , Αίγυπτος , Σινά , Ιερουσαλήμ , Κύπρος . ΟΜωριάς* , Αθήνα , Εκδ . ΕλένηΝ . Καζαντζάκη , 1965, σελ . 82[N. Casandsakis, *Viajando: Italia, Egipto, Sinaí, Jerusalén, Chipre, Morea, Atenas*, Ed. Eleni N. Casandsakis, 1965, pág. 82].

[85](#) *La última tentación*, págs. 205-206.

[86](#) *Ibíd.*, pág. 292.

[87](#) *Ibíd.*, pág. 294.

[88](#) *Ibíd.*, pág. 304.

[89](#) *Ibíd.*, pág. 695.

[90](#) *Ibíd.*, pág. 215.

[91](#) *Ibíd.*, pág. 531.

[92](#) *Informe al Greco*, *op. cit.*, cap. XIV, pág. 503.

[93](#) *La última tentación*, pág. 303.

[94](#) *Ibíd.*, pág. 304.

[95](#) *Ibíd.*, pág. 540.

[96](#) A. Piñero, *Los orígenes del cristianismo*, inédito, curso «Cristianismo y religiones místicas», impartido en Sevilla en el año 2003.

[97](#) *La última tentación*, págs. 612-613.

[98](#) *Ibíd.*, págs. 178-179.

[99](#) *Ibíd.*, pág. 449.

[100](#) *Ibíd.*, pág. 464.

[101](#) *Ibíd.*, pág. 394.

[102](#) En nuestra Introducción a *El Capitán Mijalis* recogemos un fragmento del escrito que el Santo Sínodo envió a diferentes periódicos atenienses a lo largo del mes de febrero de 1955, condenando públicamente ambas obras.

[103](#) Remitimos al lector al *Diario Oficial de Sesiones del Parlamento griego*, donde están recogidos los debates acerca de la «Cuestión Casandsakis», y que aparecen al final de esta edición, así como a la relación de publicaciones en la prensa diaria de la época en las que se trata la «Cuestión Casandsakis», que ofrecemos en la Bibliografía.

[104](#) J. A. Pagola, *Jesús: Aproximación histórica*, Madrid, PPC, 2007. A. Piñero, *Los orígenes del cristianismo*, inédito, *op. cit.* A. González y M. Fraijó, *Historia y filosofía de las religiones*, Curso impartido en la Fundación Zubiri en 2014.

[105](#) Flavio Josefo, *Antigüedades*, XI, 3, 9 y 4, 6.

[106](#) G. Vermes, *The Religion of Jesus the Jew*, Minneapolis, Fortress Press 1993. Traducido al español, como *La religión de Jesús*, Madrid, Muchnik, 1996.

[107](#) Peter Bien, entre otros. Nos remitimos a la bibliografía aportada.

[108](#) Ε . Γ . Καψωμένος , «Σημιασιακοί κώδικες και αξιακά πρότυπα της Κρήτης στο έργο του Νίκου Καζαντζάκη» , en *Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα* , *op. cit.* [E. Y. Kapsomenos, «Códigos semánticos y paradigmas de valores de Creta en la obra de Nicos Casandsakis», en *Casandsakis en el siglo XXI* , *op. cit.*].

[109](#) Σ . Ν . Φιλίπιδης , «Οι απόγονοι του Ντστογιρβσκι και ο Καζαντζάκης » , en *Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα* , *op. cit.* [S. N. Filipidis, «Los descendientes de Dostoievski y Casandsakis», en *Casandsakis en el siglo XXI* , *op. cit.*]. R.

Beaton, «Of Crete and Other Demons: A Reading of Kazantzakis's Freedom and Death», *Journal of Modern Greek Studies*, vol. 16, 1998.

[110](#) S. N. Filipidis, *op. cit.*

[111](#) R. Beaton, «Γραφή και αλήθεια στον Τελευταίο Πειρασμό του Καζαντζάκη », Πρεπαγμένα επιστημονικού διημέρου : « Νίκος Καζαντζάκης : Σαράντα χρόνια από το θάνατό του », Χανιά 1-2 Νοεμβρίου 1997, επιμ . Κ . Μουτζούρης , Χανιά , αεγ. 239-246 [R. Beaton, «Escritura y verdad en *La última tentación de Casandsakis*», *Actas del Congreso Científico «Nicos Casandsakis: Cuarenta años de su muerte»*, Janiá, 1-2 de noviembre de 1997, responsable de la edición C. Mutsuris, Janiá, págs. 239-246].

[112](#) *La última tentación*, pág. 230.

[113](#) *Ibíd.*, pág. 530.

[114](#) *Ibíd.*, pág. 148.

[115](#) *Ibíd.*, pág. 176.

[116](#) *Ibíd.*, pág. 182.

[117](#) *Ibíd.*, pág. 495.

[118](#) Casandsakis no podía conocer directamente el Evangelio apócrifo de Judas, porque en su tiempo el manuscrito no había salido a la luz. Pero sí lo conocía indirectamente a través de la herejía de los cainitas y por los escritos condenatorios de los Padres de la Iglesia.

[119](#) Marcos 3, 17.

[120](#) *La última tentación*, pág. 521.

[121](#) *La última tentación*, pág. 575.

[122](#) *Ibíd.*, pág. 602.

[123](#) *Op. cit.* Seguimos los puntos de vista de la profesora Castrinaki en el estudio de Lázaro y de la Madre de Cristo.

[124](#) *La última tentación*, págs. 624-625.

[125](#) *Ibíd.*, pág. 717.

[126](#) *Ibíd.*, pág. 217.

[127](#) *El Capitán Mijalis, op. cit.*, pág. 700.

[128](#) *La última tentación*, pág. 702.

[129](#) Joseph Klausner, *Von Jesus zu Paulus*, Jerusalén, Jewish Publishing House, 1942.

[130](#) *Op. cit.*

[131](#) *La última tentación*, pág. 237.

[132](#) *Ibíd.*, pág. 206.

[133](#) *Ibíd.*, pág. 205.

[134](#) *Ibíd.*, pág. 158.

[135](#) *Ibíd.*, pág. 166.

[136](#) *Ibíd.*, pág. 224.

[137](#) *Ibíd.*, pág. 612.

[138](#) *Ibíd.*, pág. 658.

[139](#) *Ibíd.*, págs. 673-674.

[140](#) *Ibíd.*, pág. 687.

[141](#) *Ibíd.*, pág. 688.

[142](#) *Ibíd.*, págs. 695-696.

[143](#) *Ibíd.*, pág. 551.

[144](#) Μ. Αυγέρης, «Εισαγωγή στο έργο του Καζατζάκη», *Έλληνες Λογοτέχνες*, Αθήνα, 1996, σελ. 208 [M. Avyeris, «Introducción a la obra de Casandsakis», *Literatos griegos*, Atenas, 1996, pág. 208].

[145](#) *La última tentación*, pág. 133.

[146](#) *Ibíd.*, pág. 131.

[147](#) *Ibíd.*, pág. 707.

[148](#) *Ibíd.*, pág. 205.

ESTA EDICIÓN

Para realizar la presente traducción nos hemos basado en la edición del año 2010, οτελευταίοςπειρασμός(*O teleftéos peirasmós*) de Ediciones Casandsakis, que va acompañada de un anexo informativo del doctor Pátroclos Stavru y de un apéndice que contiene fragmentos del *Diario de Sesiones del Parlamento griego*, en el que se recogen los debates habidos en 1955 en la Cámara de los Diputados a propósito de Nicos Casandsakis, con posterioridad al golpe del Santo Sínodo de la Iglesia de Grecia contra él. Ambos documentos figuran en nuestra edición en español. La edición griega también incluye una fotografía de la escena de la crucifixión de la película *The Last Temptation of Christ* (1988), de Martin Scorsese, dedicada a Eleni Casandsakis por el propio director del film, en un montaje que incluye, en otra foto, al propio Nicos Casandsakis. De las fotografías hemos prescindido.

Hemos consultado como referencia la traducción francesa de Michel Saunier, *Ladernière tentation du Christ* (París, Plon, 2.^a ed., 1959) y la traducción española llevada a cabo por Roberto Bixio, titulada *La última tentación* (Barcelona, Debate, 2001).

Como ya hemos repetido en ocasiones anteriores a propósito de nuestras traducciones de *El Capitán Mijalis* e *Informe al Greco*, publicadas ambas por Ediciones Cátedra, las dificultades a la hora de traducir a Casandsakis están relacionadas con determinadas características del estilo y del pensamiento del escritor. Estas dificultades varían de una obra a otra, pero también de una página a otra. En *La última tentación*, como sucedía en *Informe al Greco*, la sintaxis es llana y sencilla, pero, al igual que en *El Capitán Mijalis*, los diferentes niveles de lenguaje, sin solución de continuidad y un léxico complicado por la abundancia de términos compuestos, el empleo del dialecto cretense y los idiolectos y la inusual morfología de las palabras dificultan enormemente la traducción. Resulta problemático

reproducir en un español equivalente el efecto del dialecto cretense sin utilizar características idiomáticas de nuestra lengua. Pero hacerlo sería ir en contra de su valor universal, por lo que hemos eliminado la utilización de localismos, sin que ello signifique la renuncia a transmitir el sabor particular y el estilo del autor.

Otro problema que hemos tenido que afrontar al traducir la presente obra es el de las permanentes referencias culturales, no sólo a Creta sino también a las Sagradas Escrituras y, en cierto modo, al mundo de la Palestina del siglo I de nuestra era. Hemos intentado transmitir estas diversas características culturales en el propio texto, manteniendo el exotismo del relato original pero utilizando comentarios a pie de página cuando los hemos considerado necesarios para ayudar al lector a entender las referencias o alusiones culturales que le son ajenas, opción que ya adoptamos en la edición de *El Capitán Mijalis* .

Por último, en cuanto a la transcripción de nombres propios nos parece obligado repetir, aun pecando de reiterativa, lo ya dicho en nuestras traducciones precedentes de obras de Casandsakis. En la obra presente, los nombres bíblicos, onomásticos y topónimos los hemos reflejado según aparecen en la traducción de la Biblia de Jerusalén salvo en dos casos: el discípulo Bartolomé, cuyo nombre en Casandsakis es Natanael, y así lo hemos mantenido, y en el caso de Juan el Bautista, cuyo apelativo Bautista mantenemos cuando es mencionado por el narrador, pero que hemos sustituido por *Bautizador* cuando aparece en boca de los apóstoles o de las gentes del pueblo, porque así era denominado por esas gentes en su tiempo, según los especialistas en Sagrada Escritura y Ciencias Bíblicas, cuyos estudios hemos consultado ¹ para situarnos en el contexto de la época.

Para la transcripción de nombres griegos modernos, onomástico o topónimos, hemos seguido la propuesta del profesor Bádenas de la Peña ² porque consideramos que refleja la correcta pronunciación en español según la fonética griega. Así, por ejemplo, transcribimos el nombre del autor como

Casandsakis y no a partir de la fonética inglesa, Kazantzakis, como ha sido habitual hasta ahora.

En cuanto a los nombres de tradición clásica, cuando aparecen, seguimos a Fernández Galiano ³.

Como en ocasiones anteriores, presentamos una edición rigurosamente filológica con introducción, notas y comentarios, aunque eludimos dar detalles de las opciones de traducción elegidas al enfrentarnos a expresiones de gran dificultad o ambiguas, porque nos parece que excede el ámbito de una edición que va dedicada fundamentalmente a un público lector no especialista. Pedimos disculpas por ello a los filólogos especialistas en griego moderno.

AGRADECIMIENTOS

Sólo unas palabras de agradecimiento a cuantos han contribuido a que esta traducción se haya hecho realidad.

En primer lugar, a la señora Niki Stavru, directora y responsable de la Editorial Casandsakis, por la confianza que ha depositado en mí para continuar esta tarea. Al profesor Bádenas de la Peña, que ha revisado esta introducción, a Javier Lobillo que, como siempre, leyó y releyó la traducción, corrigiendo expresiones y erratas tipográficas y me prestó gran ayuda informática. Y, cómo no, a Ediciones Cátedra que, una vez más, ha apostado por difundir entre el público hispanohablante al escritor griego más importante del siglo xx y ha confiado en mí como vehículo de transmisión del mismo.

¹ Nos remitimos a la Bibliografía.

² Pedro Bádenas de la Peña, «La transcripción del griego moderno al español», *REL*, XXIV, 2 (1984), págs. 271-289.

³ M. Fernández Galiano, «La transcripción castellana de los nombres propios griegos», *EECC*, 1961.

BIBLIOGRAFÍA

DE CARÁCTER GENERAL

- BÁDENAS DE LA PEÑA , Pedro, «La transcripción del griego moderno al español», *REL XXIV*, 1984.
- BEATON , Roderick, *An Introduction to Modern Greek Literature*, Oxford, 1994.
- «The Oral Traditions of Modern Greece: A Survey», *Oral Traditions*, 1, 1.
- BIBLIA DE JERUSALÉN , Barcelona, Ediciones Folio, 2006.
- CORDATOS , Yanis [Κορδάτος , Γιάννης], *Ιστορία της Νεοελληνικής Λογοτεχνίας*, 2 τόμοι , Εποκαιρότητα, Αθήνα , 1983.
- FERNÁNDEZ GALIANO , Manuel, «La transcripción castellana de los nombres propios griegos», *EECC*, 1961.
- GONZÁLEZ , A. y FRAIJÓ , M., *Historia y filosofía de las religiones*, curso impartido en la Fundación Zubiri, 2014.
- IDOMENEOS , M. I. [Ιδομενέως , Μ . Ι .], *Κρητικό Γλωσσάριο*, Ηράκλειο , 2006.
- KLAUSNER , Joseph, *Jesus of Nazareth. His Life, Times, and Teaching*, Nueva York, Macmillan Co., 1925 (trad. esp.: *Jesús de Nazaret: su vida, su época, sus enseñanzas*, Barcelona, Paidós, 2006).
- *From Jesus to Paul*, Nueva York, Macmillan, 1943.
- PALMER , José Simón, «El lenguaje corporal de San Andrés, “locos” por causa de Cristo», *Erytheia*, 18 (1997), págs. 23-37.
- PAGOLA , José Antonio, *Jesús: Aproximación histórica*, Madrid, PPC, 2007.

- PANGALU , Yorgos EMM . [Παγκάλου , Γεώργιος Εμμ .], Περὶ τοῦ γλωσσικοῦ ιδιώματος τῆς Κρήτης(7 τόμοι), Αθήνα , 1955.
- PIÑERO , Antonio, *Los orígenes del cristianismo*, inédito, curso sobre «Cristianismo y religiones místicas», impartido en Sevilla, 2003.
- *Los Apocalipsis. 45 textos apocalípticos apócrifos, judíos, cristianos y gnósticos*, Madrid, Edaf, 2007.
- *Jesús. La vida oculta. Según los Evangelios rechazados por la Iglesia*, Badajoz, Esquilo, 2007.
- *La Biblia rechazada por la Iglesia*, Badajoz, Esquilo, 2008.
- *Jesús de Nazaret. El hombre de las cien caras*, Madrid, Edaf, 2012.
- POLITIS , N., *Historia de la literatura griega moderna*, traducción al español de Goyita Núñez, Madrid, 2004.
- RENAN , Ernst, *La Vie de Jesus*, París, 1863.
- SCHURÉ , Edouard, *Les grands Initiés: Esquisse de l'histoire secrète des religions: Rama-Krsihna-Hèrmes-Moïse-Orphée-Pythagore-Platon-Jesus*, París, 1919.
- STRAUSS , David F., *Das Leben Jesu, kritisch bearbeitet*, 1835.
- VERMES , G., *The Religion of Jesus the Jew*, Minneapolis, Fortress Press, 1993 (trad. esp.: *La religión de Jesús*, Madrid, Muchnik, 1996).
- *The Passion*, Londres, Penguin, 2005.
- *Jesus: Nativity – Passion – Resurrection*, Londres, Penguin, 2010.
- VILLAR LECUMBI , Alicia, *La literatura griega contemporánea. (De 1821a nuestros días)*, Madrid, 2009.

SOBRE CASANDSAKIS

- ALEXÍU , Eli [Αλεξίου Έλλη], Για να γίνει μεγάλος. Βιογραφία του Νίκου Καζαντζάκη, Αθήνα , 1966.

- ALEXÍU , Galatea [Αλεξίου , Γαλάτεια], Άνθρωποι και Υπεράνθρωποι. Μυθιστόρημα, Αθήνα , 1957.
- ANDRIOTIS , Nicolás [Ανδριώτης , Νικόλαος], «Η γλώσσα του Νίκου Καζαντζάκη », Νέα Εστία, 33, 1959.
- AVYERIS , Marcos [Αυγέρης , Μ .], «Εισαγωγή στο έργο του Καζαντζάκη », Έλληνες Λογοτέχνες, Αθήνα , 1996.
- BEATON , R., Εισαγωγή στο έργο του Καζαντζάκη. Επιλογή κρητικών κείμενων, Ηράκλειο -Αθήνα , 2009.
- Ο Καζαντζάκης, Μοντερνίστης και Μεταμοντέρνος, Αθήνα , 2009.
- BIEN , Peter, Νίκος Καζαντζάκης, traduccióh de Κατερίνα Αγγελάκι Ρουκ . Κέδρος , Αθήνα , 1983.
- CAPSOMENOS , E. Y. [Καψωμένος , E. Γ .] «Αφηγηματικές τεχνικές στα μυθιστορηματά του Νίκου Καζαντζάκη », en «Νίκος Καζαντζάκης Σαράντα χρόνια από το θάνατό του », Χανιά , 1-2, Νοεμβρίου , 1997. Επιμελ. Κ. Μουτσούρης .
- «Σημασιακοί κώδικες και αξιακά προτύπα της Κρήτης στο έργο του Νίκου Καζαντζάκη », en Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα, Ηράκλειο , Εκδόσεις Φιλοσοφικής Σχολής Πανεπιστημίου Κρήτης, 2010.
- CASANDSAKIS , E. [Καζαντζάκης , E .], Νίκος Καζαντζάκης, « Ο ασυμβίβαστος», Βιογραφία βασιμένη στα γράμματα και ανέκδοτα του, Αθήνα , 1977.
- CASANDSAKIS , Nicos [Καζαντζάκης Νίκος], Επιστολές προς την Γαλάτεια, Πρόλογος, Γιάννης Γουδέλης. Εισαγωγή , Σχόλια , Έλλης Αλεξίου, Αθήνα , 1993.
- DE JOUVENEL , R., «En souvenir de Kazantzakis», *Europe*, núm. VI, París, 1958.
- FARINU -MALAMATARI , Yoryia [Φαρίνου-Μαλαματάρη, Γεωργία], «Τέσσερες γυναίκες βιογράφουν τον Καζαντζάκη », en Ο

Καζαντζάκης στον 21' αιώνα, Ηράκλειο , Εκδόσεις Φιλοσοφικής Σχολής Πανεπιστημίου Κρήτης, 2010.

FILIPIDIS , S. N. [Φιλιππίδης, Σ. Ν.], Ο Καζαντζάκης ξανασταυρώνεται, Αθήνα , 1987.

— «Οι απόγονοι του Ντοστογιέβσκι », en Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα, Ηράκλειο , Εκδόσεις Φιλοσοφικής Σχολής Πανεπιστημίου Κρήτης, 2010.

IZZET , A., « Nikos Kazantzakis », *Cahiers du Sud*, Marsella, 1965.

— *Nikos Kazantzaki: Biographie*, 1965.

JANIAUD- LUSTI , Colette, *Nikos Kazantzaki. Sa vie, son oeuvre (1883-1957)*, París, 1970.

PANAYOTAKIS , Yorgos [Παναγιωτάκης , Γεώργιος], Νίκος Καζαντζάκης. Η μορφή και το έργο του, Ηράκλειο , 2008.

PLATIS , Elefcerios N. [Πλάτης , Ελευθέριος Ν .], «Μετά τα Δεκεμβρινά », en «Ο “Άγνωστος ” Καζαντζακης. Μαρτυρίες και κείμενα που φωτίζουν τη ζωή του » , Ελευθεροτυπία/ Βιβλιοθήκη, αριθμό ς 463, 27-7-2007.

PREVELAKIS , P. [Πρεβελάκης, Π .], Ο Ποιητής και το ποιήμα της Οδύσειας, 1958.

— Τετρακόσια γράμματα του Καζαντζάκη στον Πρεβελάκη και σαράντα άλλα αυτόγραφα εκδικομένα με σχόλια, ένα σχέδιασμα εσωτερικής βιογραφίας και χρονογραφίας του βίου του Ν. Καζαντζάκη από τον Π. Πρεβελάκη, Αθήνα , 1984.

PULAKIDAS , Andreas C. [Πουλακίδας , Α. Κ .], «Kazantzakis's Recurrent Victim: Woman», *Southern Humanities Review*, 6, núm. 2 (primavera de 1972), págs. 177-189.

PURGURIS , Marinos [Πουργούρης , Μ .], «Τότε και Ταμπού: Ο Καζαντζάκης αναγνώστης του Freud», en Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα, Ηράκλειο , Εκδόσεις Φιλοσοφικής Σχολής Πανεπιστημίου Κρήτης, 2010.

QUIROZ PIZARRO , R.y CASTILLO DIDIER , M., «El influjo de Bergson en la cosmovisión de Kazantzakis», en Homenaje a M. Castillo Didier, *Byzantion Nea-Hellás*, 25 (2006).

— *Destino y fatalidad en dos dramas juveniles de Kazantzakis*, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos, 2012.

SOGRAFOU , Lili [Σωγράφου , Λιλή], Νίκος Καζαντζάκης: Ένας τραγικός, Αθήνα , 1960.

STAVROPULU , ERI [Σταυροπούλου , Ερη], «Η τελετουργία του θανάτου στην πεζογραφία του Νίκου Καζαντζάκη », επ «Νίκος Καζαντζάκης, το έργο και η πρόσληψή του », Ηράκλειο , 2006.

STAMATIÚ Yorgos [Σταματίου , Γιώργος], Ο Καζαντζάκης. Ένας αξέδιψατος της ελευθερίας, Αθήνα , 1974.

— Η γυναίκα στη ζωή και στο έργο του Νίκου Καζαντζάκη, Αθήνα , 1975.

— Ο Καζαντζάκης και οι Αρχαίοι, Αθήνα , 1983.

Σ ΤΕΦΑΝΑΚΙΣ , Υ. [Σερφανάκης , Γ .] Αναφορά στον Καζαντζάκη, Αθήνα , 2007.

ΤΣΙΟΒΑΣ , D., «Ο πειρασμός του αρχάγγελου και το νοήμα της Θυσίας. Η ερμηνευτική του προσώπειου στο Χριστός ξανασταυρώνεται», επ Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα, Ηράκλειο , 2010.

VRETTACU , Nikiforos, [Βρεττάκου , Ν .], Νίκος Καζαντζάκης: Η αγωνία του και το έργο του, 1960.

<http://www.historical-museum.gr/webapps/kazantzakis-pages>

<http://www.kazantzakis-museum.gr>

<http://www.kazantzakispublications.org/english/OiEkdoseis06.htm>

|

SOBRE LA OBRA « LA ÚLTIMA TENTACIÓN»

- BEATON , R., «Γραφή και αλήθεια στον Τελευταίο πειρασμό του Καζαντζάκη », Πεπραγμένα επιστημονικού διημέρου: «Νίκος Καζαντζάκης: Σαράντα χρόνια από το θάνατό του », Χανιά 1-2 Νοεμβρίου , 1997 (Επιμ. Κ. Μουτζούρης), Χανιά , σελ. 239-246.
- «Writing Identity and Truth in Kazantzakis's novel *The Last Temptation*», Κάμπος, 5 (1997), págs. 1-21.
- BIEN , Peter, «Renan's *Vie de Jesus* as a Primary Source for *The Last Temptation*», en *Scandalizing Jesus: Kazantzakis's «The Last Temptation of Christ»*, Darren J. N. Middleton (ed.), Nueva York, 2005.
- *Kazantzakis. Politics of The Spirit*, Princeton, 1989.
- Οκτώ κεφάλαια για τον Νίκο Καζαντζάκη. Μελέτες για τον Καζαντζάκη, 1. (Επιμέλεια σειράς Σ. Ν. Φιλιππίδης), Αθήνα , 2007 (traducción al griego: Ασπασία Λαμπρινίδου , Θέματα Λογοτεχνίας,4 (Νοεμβρίου, 1996-Φεβρουαρίου, 1997), σελ. 102-121.
- «Spiritual Levendιά: Kazantzákis's Theology of Struggle».
- BIEN , Peter y MIDDLETON , Darren J. N. (eds.), *God's Struggler: Religion in the Writings of Nikos Kazantzakis*, Meicon, Georgia, 1996.
- BLOCH , Adele, «Kazantsakis and the Image of Christ», *Literature and Psychology*, 15, núm. 1 (primavera de 1965), págs. 2-11.
- CASTRINAKI , Anguela [Καστρινάκη , Αγγέλα], «Ο Καζαντζάκης γνωστικός », en Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα, Ηράκλειο , 2010.
- CHATTAWAY , Peter T., «Battling the Flesh: Sexuality and Spirituality in *The Last Temptation of Christ*», *Scandalizing Jesus? Kazantzakis's «The Last temptation of Christ». Fifty Years On*, Darren J. N. Middleton (ed.), Nueva York y Londres, 2005, págs. 157-171.
- FRIAR , Kimon, «Η πνευματική άσκηση του Νίκου Καζαντζάκη », Νέα Εστία,33, 1983.

- GUDELIS , Yanis [Γουδέλης , Γιάννης], «Το κύκνειο άσμα του », en «Ο “Άγνωστος ” Καζαντζακης. Μαρτυρίες και κείμενα που φωτίζουν τη ζωή του », Ελευθεροτυπία/Βιβλιοθήκη, αριθμ'ος ,463, 27-7-2007.
- GUNELAS , D. [Γουνέλας, Δημήτρης], «Πλατωνικές προεκτάσεις στον Τελευταίο Πειραμό», en Νίκος Καζαντζάκης, το έργο και η πρόσληψη του, Ηράκλειο , 2006.
- LEWIS , Richard A., «Christianity in the Novels of Kazantzakis», *Western Humanities Review*, 21 (invierno de 1967), págs. 49-55.
- LOSSKY , Vladimir, *The Mystical Theology of the Eastern Church*, James Clark, Londres, 1957.
- MACRÍS , C. Y. [Μακρής, Κ. Γ .], «Το Ευαγγέλιο του Ιούδα και Ο τελευταίος πειρασμός του Νίκου Καζαντζάκη: Διακειμενικές σχέσεις και αντι-δογματικές συγκλίσεις », Πρακτικά του Γ' Διεθνούς Κρητολογικού Συνεδρίου, Χανιά , 1-8 Οκτ , 2006.
- MIDDLETON , Darren J. N., *Novel Theology: Nikos Kazantzakis's Encounter with Whiteadrian Process Theism*, Meicon, Georgia, 2000.
- MITSOAKAKIS , K. [Μιτσοκάκης, Κ .], «Ο Καζαντζάκης μιλάει για τον θεό », Μινώας, Αθήνα , 1972.
- PAPAJRISTÓPULOS , N. [Παπαχριστόπουλος , Ν .], «Ο Νόμος της Μητέρας: Ν. Καζαντζάκη Ο Τελευταίος πειρασμός», en Ο Καζαντζάκης στον 21' αιώνα, Εκδόσεις Φιλοσοφικής Σχολής Πανεπιστημίου Κρήτης, Ηράκλειο , 2010.
- VELASCO , Arnulfo E., «Sobre *La última tentación*, de Nicos Casadsakis», *Sincronía* (otoño de 2000), Universidad de Guadalajara, México.
- WILL , Frederick, «Kazantzakis's Making of God: A Study in Literature and Philosophy», *The Iowa Review*, 3, núm. 4 (otoño de 1972).

ZIOLKOWSKI , Theodore, «Treats The Greek Passion and also *The Last Temptation*», en *Fictional Transfigurations of Jesus*, Princeton University Press, 1972.

ARTÍCULOS EN PRENSA

ALEXÍU , Galatea [Αλεξίου , Γαλάτεια], «Η Γαλάτεια κατά του Νίκου Καζαντζάκη. Ο φόβος και η πείνα », en «Ο “Άγνωστος ” Καζαντζάκης. Μαρτυρίες και κείμενα που φωτίζουν τη ζωή του », Ελευθεροτυπία/ Βιβλιοθήκη, αριθμ'ος ,463, 27-7-2007.

BIEN , Peter, «*Scorsese's Spiritual Jesus*», *The New York Times*, 11-8-1988.

Βήμα / Νέες Εποχές, «Νίκος Καζαντζάκης (1883-1957) Πενήντα χρόνια από τον θάνατό του », 11-11-2007.

CALAMARÁS , Vasilis [Καλαμαράς , Βασίλης], «Ζωή αντί της Σταύρωσης », Ελευθεροτυπία, 2-5-2013.

CARANDONIS , Andreas [Καραντώνης , Αντρέας], «Η περίπτωση Καζαντζάκη », Καινούρια Εποχή, 3, 11, 1958, págs. 65-268.

CATSULAKI , E. [Κατσουλάκη ,Ε .], «Η Σταύρωση του Νίκου Καζαντζάκη », *Greeknews*, <http://www.Greeknewsonline.com/module.php>

CASANDSAKIS , Nicos [Καζαντζάκης , Νίκος], «Το κοινωνικό πρόβλημα », Νέα Εφημερίς, Ηράκλειο , 22 Φεβρουαρίου 1925, σελ . 1.

— «Ο φόβος και η πείνα », Ελεύθερας Γνώμης,26-7-1936.

MACIUDAKIS , Nicos [ΜαθιουδάκηςΝίκος], «Η “εικόνα ” του Χριστού στο έργο του Μεγάλου Στοχαστή », Έθνος της Κυριακής, 19-1-2014.

ΝΚΙΚΑ , Eleni [Γκικα , Ελένη , Επιμέλεια], «Ο “Πειρασμός ” γενήθηκε στην Αίγινα », Έθνος της Κυριακής, 6-2-2014.

- «Ο “Πειρασμός ” και η πόρτα της αθανασίας », Έθνος, 18-1-2014.
- ΝΚΙΟΝΙΣ , Dimitris [Δημήτρης , Γκιώνης], «“Ο τελευταίος πειρασμός ” στο στόχαστρο », Εφημερίδα των Συντακτών, 27-4-2013.
- SPINU , Pari [ΣπίνουΠάρη], «Τα αιρετικά “Ευαγγέλια ”», Κυριακάτικη Ελευθεροτυπία, 4, 2011.
- VRASIDAS , Caralís [Βρασίδης , Καραλής] «“Πειρασμός πάνω στον Σταυρό ”. Επτά Ημέρες Αφιέρωμα , Τα Πάθηστον κινηματογράφο », Η Καθημερινή, 30-4/1-5-2005, págs. 10-11.

EDICIONES EN GRIEGO DE «LA ÚLTIMA TENTACIÓN»

- Καζαντζάκης , Ν., Ο τελευταίος πειρασμός, Αθήνα , Δίφρος , 1955, 1959.
- Ο τελευταίος πειρασμός, Βιβλιοπωλείον της «Εστίας », 1961.
- Ο τελευταίος πειρασμός, Αθήνα , Εκδ. Ελ. Καζαντζάκη , 1964 (en esta edición se han basado las nuevas, 1984... 2008, hasta 2010).

TRADUCCIONES DE «LA ÚLTIMA TENTACIÓN» A LENGUAS EXTRANJERAS ¹

- KAZANTZAKIS , Nikos, *Livets oppstandelse*, traducción al noruego Aksel Akselson, Oslo, Edit. Tanum, 1951.
- *Den siste fristelse*, traducción al noruego Aksel Akselson, Oslo, Edit. Tanum, 1952; Oslo, Edit. Aschehoug 1988 [con título *Jesu siste fristelse*].
- *Den sista frestelsen*, traducción al sueco, Börje Knös, Estocolmo, Edit. Geber, 1952; Estocolmo AWE/Geber, 1988 [con título *Kristi sista frestelse*].
- *Die letzte Versuchung*, traducción al alemán Werner Krebs, Berlín, Grunewald, Edit. Herbig, 1952; Stuttgart, Zúrich y Salzburgo, Edit. Europäischer Buchklub, 1956; Zúrich, Edit.

- Buchklub Ex Libris, 1957; Gütersloch, Edit. Bertelsman-Club, 1989; Múnich, Edit. Herbig, 1984, 1988; Berlín, Edit. Buchklub/Volk und Welt, 1975; Hamburgo, Edit. Rowohlt, 1984, 1988; Fráncfort y Berlín, Edit. Ullstein, 1989, 1993, 1995.
- *La dernière tentation du Christ*, traducción al francés, Michel Saunier, París, Plon, 1956, 1959, 1970, 1982, 1988, 1995, 1997, 2004.
 - *Viimeinen kiusaus*, traducción al finlandés Elvi Sinervo, Helsinki, Edit. Tammi, 1957, 1988.
 - *The Last Temptation of Christ*, traducción al inglés, con una nota sobre el escritor y su lengua, P. A. Bien, Nueva York, Simon and Schuster, 1960; Bantam Books, 1961, 1965, 1968, 1971; Scribner, 1988; Simon and Schuster, 1988, 1998.
 - *The Last Temptation of Christ*, traducción al inglés con una nota sobre el escritor y su lengua, P. A. Bien, Oxford Cassirer y Londres, Faber, 1961, 1975.
 - *La última tentación*, traducción al español Roberto Bixio, Buenos Aires, Edit. Sur, 1960; Buenos Aires, Edit. C. Lohlé, 1973, 1996; Madrid, Edit. Debate, 1988, 1995, 2000; Barcelona, Edit. Debate, 1999.
 - *De laatste verzoeking van Christus*, traducción al holandés Willem Monné, Amsterdam, Edit. Strengholt, 1961; Naarden, Edit. Strengholt, 1988.
 - *Günaha son ça ğr ı*, traducción al turco Ender Gürol, Estambul, Edit. Cem Yayinevi, 1969, 1984, 2002; Estambul, Edit. Oguz Akkan, 1988; Estambul, Edit. Can, 2003.
 - *al-Mas īh y ūslab min jad īd*, traducción al árabe Shawqī Jalā I, El Cairo, Edit. al-Hai'a, 1970; El Cairo, Edit. Maktabat Madbūlī, 1993.
 - *A última tentação*, traducción al portugués Jorge Feio, Lisboa, Edit. Arcádia, 1966; Lisboa, Edit. Círculo de Leitores, 1988.
 - *A última tentação de Cristo*, traducción al portugués António Correia de Pinho, Oporto, Edit. Res, 1978; Lisboa, Círculo de

- Leitores, 1988; Oporto, Edit. «Família 2000» [1978].
- *L' ultima tentazione*, traducción al italiano Marisa Aboaf, Bruno Amato, Milán, Edit. Frassinelli, 1987, 1988, 1989; Milán, Edit. Euroclub, 1989.
 - *Poslední pokušení*, traducción al checo Jana R. Friesová, Božena Protopapasová, Epílog, doslov Růžena Dostálová, Praga, Edit. Odeon, 1987.
 - *Jidu de zui hou you huo*, traducción al chino Wang Hongren, Taipéi, Shi bao wen hua chu ban qi ye you xian gong si, 1988.
 - *Krishti, kryqëzohet përsëri*, traducción al albanés Harallamb Qesko, Tirana, Edit. Albin, 1988; Edit. 1997.
 - *Cam do cuoi cung cua chua*, traducción al chino Wang Hongren, Dong Nai, 1988.
 - *A última tentação de Cristo*, traducción al portugués Waldea Barcellos y Rose Nanie Pizzinga, Río de Janeiro, Edit. Rocco 1988; Sao Paulo, Edit. Círculo do Livro [1989].
 - *Poslednoto izkushenie*, traducción al búlgaro Georgi Kufov, Sofía, Edit. Narodna Kultura, 1989.
 - *Ostatnie kuszenie Chrystusa*, traducción al polaco Jan Wolff, Poznań, Edit. Kantor Wydawniczy, 1992.
 - (Ka zan za ji si shu), *Jidu de zui hou you huo*, traducción al chino, Pekin, Edit. Zuo jia chu ban she, 1991; Nankín, Edit. Yi lin chu ban she, 1999.
 - *Ostatnie kuszenie Chrystusa*, traducción al polaco, Jan Wolff, Poznań, Edit. Kantor Wydawniczy SAWW, 1992.
 - *Posledneje iskusjenje Christa*, traducción al ruso M. Laninoj, 1993.
 - *Paskutinis gundymas*, traducción al lituano Dalia Staponkutė, Vilna, Edit. Tyto alba, 1997.
 - *Zadnja skusnjava*, traducción al eslovenio Jaroslav Novak, Liubliana, Edit. Mladinska knjiga, 2002.

N. CASANDSAKIS EN LA PRENSA DE LA ÉPOCA

Las noticias aparecidas en la prensa ateniense del periodo 1954-1957 son reveladoras acerca de la recepción de la obra de Casandsakis en Grecia y la aceptación de su persona en la época inmediatamente posterior a la guerra civil. También nos proporcionan información sobre el clima social de la época, y en especial sobre la injerencia de la Iglesia en la vida pública ² .

El sacrílego Casandsakis

Estía, 22-01-1954: «Un libro denigra a Creta y a la Religión».

Cacimeriní, 26-01-1954: «Emilios Jurmusios: “Macartismo intelectual”».

Estía, 29-01-1954: «Sobre el macartismo intelectual, y no hay quien lo pare».

Elefcería, 11-05-1954: «El Santo Sínodo se ocupará de “La tentación”, de Casandsakis».

Elefcería, 16-05-1954: «El arzobispo de América condena...».

Vima, 16-05-1954: Y. Fteris, «Iglesia y Literatura».

Cacimeriní, 18-11-1954: «Emilios Jurmusios: “Dos elementos de la leyenda”».

Cacimeriní, 16-02-1955: «El Santo Sínodo se ha pronunciado...».

Vima, 16-02-1955: «El Santo Sínodo se ha opuesto a la circulación de dos obras de Casandsakis».

Vima, 17-02-1955: «El Santo Sínodo pide al Ministerio de Justicia la prohibición de los libros de Casandsakis».

Avgí, 18-02-1955: «Santo Sínodo y no policía del espíritu».

Vima, 27-02-1955: «El Santo Sínodo ve en las obras de Casandsakis las teorías de Freud y del materialismo histórico».

Vima, 16-02-1955: «El Santo Sínodo se ha opuesto a la circulación de dos obras».

Elefcería, 2-03-1955: « En la persona de N. Casandsakis se persigue la libertad de pensamiento».

Nea, 5-03-1955: «El texto del acuerdo del Pleno de la Corporación Municipal de Iraclio sobre el asunto NicosCasandsakis».

Eznicós Kirix, 23- 03-1955: « La Corporación Municipal de Salónica debate durante dos horas sobre Casandsakis».

Elefcería, 2-04-1955: «El pueblo de Atenas pide que cese la persecución de las obras de Casandsakis».

Eznicós Kirix, 22-04-1955: «Duro ataque contra el Santo Sínodo».

Elinikós Borrás, 6-05-1955: «Las afirmaciones de los Ediles llamados a declarar a causa de “La Cuestión Casandsakis”».

Estía, 29-05-1955: «La Corporación Municipal de Salónica contra la decisión del Santo Sínodo acerca de las obras de Casandsakis».

Estía, 29-05-1955: «Sanción a los representantes municipales de Salónica a causa de las obras de Casandsakis».

Eznicós Kirix, 19-10-1956: «*El que debe morir*».

Avgí, 29-12-1957: «Las paradojas de una conversación sobre el arte».

Crítica sobre las obras de Casandsakis

Cazimeriní, 18-11-1954: «Emilios Jurmusios: *Cristo de nuevo crucificado*», 1.

Cazimeriní, 2-12-1954: «Emilios Jurmusios: *Cristo de nuevo crucificado*», 2.

Vima, 29-12-1954: «Vasos Varicas: *Cristo de nuevo crucificado*».

Vima, 27-01-1954: «Crítica alemana: *Sodoma y Gomorra*».

Vima, 30-01-1955: «Crítica alemana (puntualizaciones)».

Nea, 12-12-1956: «Critica sueca: *El Pobrecillo de Dios*».

El (No) reconocimiento

Vradiní, 2-03-1955: « El señor Papandreu habla sobre Casandsakis».

Nea, 11-07-1956: «Ningún representante del Gobierno griego en la ceremonia de concesión del Premio de la Paz a Casandsakis».

Elefcería, 24-10-1954: «¿Quién recibirá el Nobel este año?».

Nea, 12-12-1956: «No necesita el Premio Nobel».

Tajidromos, 2-03-1957: «¿Académico Casandsakis? ¡Sí, pero de una Academia invisible, con Psijaris y Si kelianós!».

Patrida: «Discurso fúnebre de Menelaos Parlamás en honor de Casandsakis».

Avgí, 3-12-1957: «Es condenado incluso muerto».

Espiza, noviembre de 1957: «El funeral de un anticristo».

Declaraciones y entrevistas del propio autor

*Ezno*s, 16-08-1954: «Canto de alabanza de Nicos Casandsakis al pope de un pueblo de Creta».

Nea, 16-05-1955: «¡Aquí París! Les habla Casandsakis», 1.

Nea, 18-05-1955: «¡Aquí París! Les habla Casandsakis», 2.

Ora, 16-05-1955: «Nicos Casandsakis se ha negado en la BBC a la difusión de sus obras».

Vima, 10-06-1956: «Casandsakis habla sobre su “Cristo”».

Pancratikí, 18-08-1956: «“La suerte y el precio de un imperio. Los ángeles de Chipre”, por Nicos Casandsakis».

Tajidromos, 2-03-1957: «“Dadme un poco del tiempo que perdéis”, por Nicos Casandsakis».

Avgí, 16-04-1957: «Casandsakis habla sobre la cuestión de Hungría».

Las películas

Cacimeriní, 18-09-1956: «Con Jules Dassin».

Eznicós Kirix, 19-10-1956: «*El que debe morir*» .

Acenaikí, 2-12-1957: «Dassin y Melina acerca de la reprochable escena».

Avgí, 3-12-1957: «Casandsakis ha sido censurado».

Avgí, 5-12-1957: «*Cristo de nuevo crucificado*».

Elefcería, 4-12-1957: «Las nuevas películas».

Nea, 5-12-1957: «O. Y Ceotokás: “La falta de espíritu griego en la película de Dassin”».

¹ Según aparecen recogidas en la web de la Fundación Museo Casandsakis, Mirtiá (Creta).

² Fuente: <http://www.historical-museum.gr/webapps/kazantzakis-pages>

LA ÚLTIMA TENTACIÓN

*Dedicada a María Bonaparte,
escritora y esposa del rey Jorge de Grecia*

PRÓLOGO

La doble sustancia de Cristo ha sido siempre para mí un misterio profundo e insondable; el anhelo del hombre, tan humano, tan sobrehumano, de llegar hasta Dios —o más exactamente, de retornar a Dios e identificarse con Él—, esta nostalgia tan misteriosa y a la vez tan real, abría en mí heridas y grandes manantiales.

Desde mi juventud, mi angustia primera, la fuente de todas mis alegrías y de todos mis desasosiegos, ha sido ésta: la lucha incesante y despiadada entre el espíritu y la carne.

Había en mí fuerzas ancestrales y tenebrosas del Maligno, humanas y anteriores al hombre; había en mí fuerzas ancestrales y luminosas de Dios, humanas y anteriores al hombre, y mi alma era el campo de batalla donde estos dos ejércitos en conflicto se enfrentaban y se unían.

Una terrible angustia; amaba mi cuerpo y no quería que se perdiera; amaba mi alma y no quería que se degradara; luchaba por reconciliar estas dos fuerzas cósmicas antagónicas, por hacerlas sentir que no son enemigas sino colaboradoras, y porque gozaran de la armonía y al mismo tiempo gozar yo con ellas.

* * *

Todo hombre es un hombre-dios, carne y espíritu; he aquí por qué el misterio de Cristo no es sólo el misterio de una religión determinada, es de todos los hombres; en cada ser humano estalla la lucha de Dios y del hombre y al mismo tiempo, el ferviente deseo de reconciliación. Casi siempre esta lucha es inconsciente y dura poco; un alma débil no soporta resistir por mucho tiempo a la carne, se vuelve pesada, se convierte ella misma en carne y la lucha toca a su fin. Pero en los hombres

responsables, que mantienen día y noche los ojos fijos en el Deber supremo, la lucha entre la carne y el espíritu estalla sin piedad y puede durar hasta la muerte.

Cuanto más potentes son el alma y la carne, más fecunda es la lucha y más rica la armonía final. Dios no ama a las almas débiles ni a las carnes faltas de vigor; el espíritu quiere poder luchar con una carne potente, todo resistencia; es un ave rapaz que siempre tiene hambre, devora la carne y, al asimilarla, la hace desaparecer.

Lucha entre la carne y el espíritu, rebelión y resistencia, reconciliación y sumisión, y finalmente, el objetivo supremo de la lucha, la unión con Dios: he aquí el camino ascendente que tomó Cristo y que nos invita a tomar a nosotros, siguiendo sus ensangrentadas huellas.

Alcanzar también nosotros esta cumbre suprema a la que llegó el Hijo unigénito de la salvación, Cristo, he aquí el más alto Deber del hombre que lucha.

Para poder seguirle es preciso que conozcamos profundamente su lucha, que vivamos su angustia, cómo venció las trampas floridas de la tierra, cómo sacrificó las grandes y pequeñas alegrías del hombre y cómo ascendió, de sacrificio en sacrificio, de proeza en proeza, hasta la cima de sus pruebas, hasta la Cruz.

* * *

Jamás he seguido con tanto pavor su marcha ensangrentada hacia el Gólgota; jamás he vivido con tanta intensidad, con tanta comprensión y amor, la Vida y la Pasión de Cristo, como durante los días y las noches en que escribía *La última tentación*. Mientras escribía esta confesión de la angustia y de la gran esperanza del hombre, estaba tan emocionado que mis ojos se arrasaban de lágrimas. Jamás había sentido con tanta dulzura, con tanto dolor, la sangre de Cristo caer gota a gota en mi corazón.

Porque Cristo, para ascender a la cima del sacrificio, a la Cruz, a la cima de la inmaterialidad, a Dios, pasó por todas las etapas

del hombre que lucha, por todas; por eso su sufrimiento nos es tan familiar y lo sufrimos con él, y su victoria final nos parece realmente nuestra victoria futura. Lo que Cristo tenía de profundamente humano nos ayuda a comprenderlo, a amarlo y a seguir su Pasión como si fuera la nuestra. Si no tuviera en sí el cálido elemento humano no podría jamás conmover nuestro corazón con tanta seguridad y ternura. No podría convertirse en un modelo para nuestra vida. Nosotros luchamos, lo vemos luchar también a él y esto nos da valor; vemos que no estamos solos en el mundo, que él lucha a nuestro lado.

Cada instante de Cristo es lucha y victoria. Venció el irresistible encanto de las sencillas alegrías humanas, venció las tentaciones; transformaba sin cesar la carne en espíritu y continuaba subiendo; llegó a la cima del Gólgota, subió a la Cruz.

Pero ni siquiera allí terminó su lucha. En la cruz le esperaba la Tentación, la Última Tentación. En un fugaz destello, el espíritu del Maligno desplegó ante los ojos desfallecidos del Crucificado la engañosa visión de una vida apacible y feliz: había tomado — así le pareció— el camino fácil y llano del hombre, se había casado, había tenido hijos, los hombres lo querían y lo respetaban; y ahora, viejo ya, estaba sentado a la puerta de su casa, recordaba los anhelos de su juventud y sonreía satisfecho ¡Qué acertadamente, con cuánta prudencia había procedido al tomar el camino del hombre. ¡Qué insensatez era querer salvar el mundo! ¡Qué alegría haberse librado de los sufrimientos, del martirio y de la Cruz!

Ésta fue la última tentación que en lo que dura un relámpago vino a turbar los últimos instantes del Salvador.

Pero Cristo sacudió bruscamente la cabeza, abrió los ojos, vio: No, no, no había sido un traidor, ¡alabado sea Dios!, no había desertado, había cumplido la misión que Dios le había confiado, no se había casado, no había vivido feliz, había llegado a la cima del sacrificio, estaba clavado en la Cruz.

Cerró los ojos, satisfecho, y entonces se oyó el grito triunfal: «¡Se ha consumado!».

Es decir, he cumplido mi misión, he sido crucificado, no he sucumbido a la tentación.

* * *

Para ofrecer un modelo supremo al hombre que lucha y mostrarle que no debe temer el sufrimiento, la tentación y la muerte, porque todo ello puede ser vencido, ha sido vencido ya, es por lo que he escrito este libro. Cristo sufrió y desde entonces el sufrimiento fue santificado; la Tentación luchó hasta el último instante para seducirlo y la Tentación fue vencida; Cristo fue crucificado y desde ese momento la muerte fue vencida.

Cada obstáculo en su camino se convertía en una ocasión y en un hito de victoria; tenemos ya ante nosotros un modelo que nos abre el camino y nos infunde valor.

Este libro no es una biografía, es una confesión del hombre que lucha. Al publicarlo he cumplido mi deber; el deber de un hombre que ha luchado mucho, que se ha atormentado mucho en la vida y que ha tenido mucha esperanza. Estoy seguro de que todo hombre libre que lea este libro lleno de amor amará más que nunca, mejor que nunca, a Cristo.

Una brisa de Dios, suave, refrescante, sopló y lo dominó.

Sobre su cabeza las estrellas abrían sus pétalos y entrechocaban unas con otras, el cielo estaba en flor, y abajo, en la tierra, humeaban las piedras abrasadas aún por el paso del día; en cielos y tierra, un profundo silencio hecho de voces eternas de la noche, más silenciosas aún que el propio silencio. Quietud, sosiego; Dios había tapado sus ojos, el sol y la luna, y se había dormido. Oscuridad, debía ser medianoche, y mientras pensaba, arrobado: «¡Qué paraíso, qué soledad!», de repente el aire cambió, se hizo pesado; ya no era una brisa de Dios, sino una densa y hedionda tufarada, como si allá abajo, en medio de lugares lujuriosos, en huertos húmedos y espesos, jadeara e intentara dormirse sin lograrlo, una fiera o un pueblo; el aire se había vuelto viscoso, inquietante; ascendían alientos tibios de animales, de hombres y de espíritus peludos, y un penetrante olor a pan recién sacado del horno, a sudor humano agrio y al aceite de laurel con el que las mujeres se untan los cabellos.

Se presentía, se olía, pero no se veía nada; poco a poco, los ojos se iban habituando a la oscuridad, se distinguían ahora en la penumbra palmeras como surtidores de agua, un ciprés de tronco recto, adusto, más negro que la noche, olivos de follaje ralo que el viento movía y que brillaban como plata en medio de la oscuridad. Y sobre una loma verdeante de la tierra, salpicadas, unas en grupo, otras aisladas, casitas humildes cuadradas, hechas de noche, de barro y de ladrillo, bien enjalbegadas ¹ ; sobre las terrazas, por el olor y la mugre, se adivinaban cuerpos humanos que dormían, unos cubiertos con sábanas blancas, destapados, otros.

Ya no había silencio; la feliz noche solitaria se había llenado de angustia; brazos y piernas de hombres que no encontraban

reposo se enredaban, los pechos suspiraban, gritos de mil bocas, desesperados, obstinados, luchaban por reunirse, en el mudo caos habitado por Dios. Se esforzaban en descubrir que ansiaban gritar, pero no podían, y se dispersaban y se perdían en delirios incoherentes.

De repente, en el centro mismo de la aldea, desde la terraza más alta se oyó un agudo alarido, punzante, como de entrañas que se desgarraban: «Dios de Israel, Dios de Israel, Adonai ² , ¿hasta cuándo?». No era un hombre, era un pueblo entero que soñaba y gritaba; era toda la tierra de Israel, con los huesos de los muertos, con las raíces de los árboles. La tierra de Israel, que sufría dolores de parto, no podía parir y gritaba.

Durante un largo rato, silencio; y de pronto, otra vez —pero ahora, todo queja, todo ira—: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?», volvió a oírse el grito que rasgaba el aire desde el suelo hasta el cielo. Los perros se despertaron y se pusieron a ladrar, y las mujeres, arriba, en las habitaciones, se aterrorizaron y se cobijaron bajo los brazos de sus esposos.

El joven que dormía y soñaba oyó en sueños el alarido, se rebulló, y el sueño se asustó y empezó a huir; la montaña se diluyó, aparecieron sus entrañas: no eran de piedra, sino de sueño y de vértigo; y la turba de titánicos gigantes que trepaban por ella a grandes zancadas, salvajes, todo bigotes, barbas, cejas y largos brazos, se diluyó también. Los hombretones empezaron a difuminarse, a cambiar de forma, a deshilacharse hebra a hebra, como nubes dispersadas por un fuerte viento; un poco más y desaparecerían entre las dos sienes del joven que dormía.

Pero la mente se anticipó, se hizo más pesada, se sumergió otra vez en el sueño, y la montaña volvió a solidificarse, toda ella piedra, las nubes se adensaron, se hicieron carne y huesos, se oyeron respiraciones entrecortadas, pasos apresurados, y el hombre de barba pelirroja apareció de nuevo en la cima de la montaña, con el pecho descubierto, descalzo, inflamado, y detrás de él, hundida aún entre los riscos de cabras, la turba de mil cabezas, resollando. Por encima, la bóveda del cielo había vuelto a formar un nuevo techo bien construido, ahora con una sola

estrella suspendida en el oriente, como un punto de fuego. Despuntaba el día.

El joven, echado sobre las virutas, respiraba profundamente, la jornada había sido dura, descansaba; sus párpados aletearon un instante, como si los hubiera golpeado el lucero del alba, pero no se despertó; el sueño había vuelto a envolverle hábilmente, soñaba. El hombre de barba pelirroja se había detenido, el sudor chorreaba por su frente estrecha de profundas arrugas, por sus sobacos y sus piernas. Despedía vahos de cólera y de fatiga; iba a blasfemar, se contuvo. «¿Hasta cuándo, Adonai, hasta cuándo?» —se limitó a farfullar, como una queja, y se tragó la blasfemia—. Pero su rabia se mantenía aún muy fuerte; se volvió, en su interior brilló como un relámpago el largo camino: las montañas menguaron, el sueño se deslizó, los hombres desaparecieron, el joven que dormía vio encima de su cabeza, en el cañizo del techo, desplegarse, como un bordado hecho en el aire, multicolor, abigarrada, trémula, la tierra de Canaán. Hacia el sur, el desierto de Idumea se estremecía y se curvaba como el lomo de un leopardo; más allá, el mar Muerto, denso, letal, ahogaba y absorbía la luz; más lejos aún, rodeada por el foso de los mandamientos de Jehová, la inhumana Jerusalén, por cuyas calles empedradas corría la sangre de las víctimas de Dios — corderos y profetas—; más lejos, la idólatra, la impura Samaria, con un pozo en el centro y una mujer llena de afeites que sacaba agua; más lejos, en el extremo del norte, soleada, sonriente, verdeante, Galilea ³. Y de una punta a otra del sueño, el río Jordán, la arteria de Dios, que fluye y riega indiferentemente las arenas estériles y los huertos, a Juan el Bautista y a los heréticos de Samaria ⁴, a las rameras y a los pescadores de Genesaret.

El joven se alegró de ver en sus sueños las tierras santas, las aguas sagradas, y extendió la mano para tocarlas; pero de repente, en medio de la oscuridad aterciopelada, iluminada por la luz rosada de la aurora, la Tierra Prometida, hecha de frescor y viento y de antiguo deseo humano, tembló y se desvaneció. Y al desvanecerse se oyeron voces rugientes y blasfemias y vio surgir de nuevo entre los abruptos peñascos y las higueras, irreconocible, con otros rasgos ahora, la turba de mil cabezas.

¡Cómo se habían encogido y arrugado los hombretones! ¡Cómo se habían ajado. Sus barbas arrastraban por el suelo! Hombrecillos, renacuajos jadeantes, sin aliento, portaban cada uno de ellos extraños instrumentos de tortura —unos, correas ensangrentadas con pinchos de hierro, otros, cuchillos y agujijadas; otros, gruesos clavos de cabeza plana; tres enanos de piernas cortas, una cruz que apenas podían levantar, y el último, el de condición más baja, el bizco, una corona de espinas.

El hombre de barba pelirroja se inclinó, los miró, meneó con desprecio su vasta cabeza: «No tienen fe, por eso se han deteriorado; no tienen fe, por eso soy sometido a tormentos...». El durmiente lo oía pensar. Extendió la manaza velluda:

—Mirad —dijo, y señaló la llanura, allá abajo, sumergida en la bruma matinal.

—No vemos nada, capitán; sólo oscuridad.

—¡Nada! ¿Es que no tenéis fe?

—La tenemos, capitán, la tenemos, por eso te seguimos; pero no vemos nada.

—¡Mirad otra vez!

Blandió como una espada el robusto brazo, rasgó la bruma, apareció la llanura; un lago azul sonrió y espejeó; echaba a un lado la niebla, se despertaba. En medio de las sementeras, bajo las palmeras, bordeando las orillas pedregosas del lago, diseminados por doquier, brillaban cual enormes nidos llenos de huevos, pueblos y aldeas ⁵.

—¡Allí está! —dijo el cabecilla, y señaló un pueblo grande en medio de los verdes campos ⁶.

Tres molinos de viento por encima de él habían abierto muy de mañana sus alas y giraban.

Sobre el rostro trigueño, adormecido, del joven irrumpió de repente el terror. Agitó la mano para ahuyentar el sueño que se había arrellanado sobre sus párpados y los incubaba. Reunió todas sus fuerzas para despertarse, es un sueño —pensó—, tengo que despertar y librarme de él. Pero los hombrecillos lo rodeaban con obstinación, no querían irse; el pelirrojo de mirada salvaje, señalaba ahora amenazadoramente con el dedo el pueblo grande de la llanura y les hablaba:

—¡Allí está! Allí vive y se esconde; viste harapos, va descalzo, finge ser carpintero, aparenta que no es él, para salvarse. ¡Pero no se nos escapará! ¡El ojo de Dios lo ha visto! ¡Caed sobre él, muchachos!

Levantó el pie para echar a andar, pero los hombrecillos se colgaron de sus piernas y de sus brazos, bajó de nuevo el pie.

—Son muchos los harapientos y los descalzos, capitán, son muchos los carpinteros. Danos una señal de quién es, cómo es, dónde está, para que lo reconozcamos; de lo contrario, no nos moveremos; entérate bien, capitán, no nos moveremos, estamos cansados.

—Lo estrecharé entre mis brazos para besarlo; esta será la señal. Adelante, ahora, en marcha, y no hagáis ruido, no gritéis; en este momento está durmiendo, mucho cuidado, no sea que se despierte y se nos escape. ¡En el nombre de Dios, a por él, muchachos!

—¡A por él, capitán! —exclamaron al unísono los renacuajos, y levantaron sus anchos pies para ponerse en marcha.

Pero uno de ellos, flaco, bizco, jorobado, el que llevaba la corona de espinas, se agarró de un tojo y opuso resistencia:

—¡Yo no voy a ninguna parte! —protestó—. Estoy harto. ¿Cuántas noches llevamos buscándolo? ¿Cuántas regiones y pueblos hemos recorrido? Contad: ¡Peinamos uno por uno los monasterios de los esenios ⁷ en el desierto de Judea, fuimos a Betania, donde molimos a palos por nada al pobre Lázaro, llegamos al Jordán, pero nos echó el Bautista; que no estaba allí, dijo, Aquel que buscábamos, que nos fuéramos! Nos fuimos, entramos en Jerusalén, registramos el Templo, los palacios de Anás y Caifás, las casas de los escribas y de los fariseos ⁸ . ¡Nadie! Sólo gentuza, ramera, embusteros, ladrones, asesinos. Nos marchamos de allí. Cruzamos a la carrera Samaria, la excluida, llegamos a Galilea, arrollamos Magdala, Caná, Cafarnaúm, Betsaida. Inspeccionamos cabaña por cabaña, barca por barca y cuando encontrábamos al más virtuoso, al más temeroso de Dios: «¡Eres tú!», le gritábamos. «¿Por qué te ocultas? ¡Levántate y salva a Israel!». Y él al ver los instrumentos que llevábamos, era dominado por el pánico, se revolvía y

chillaba: «¡No soy yo! ¡No soy yo!», y se entregaba al vino, a las cartas, a las mujeres. Se emborrachaba, blasfemaba, fornicaba, para que viéramos que era pecador, que no era Aquel que buscábamos, para librarse... Capitán, perdóname, pero lo mismo nos va a ocurrir aquí; lo buscamos en vano, no lo encontraremos; aún no ha nacido.

—¡Incrédulo Tomás! —dijo el de la barba pelirroja, lo agarró por el cogote, y lo mantuvo un buen rato suspendido en el aire, riéndose—. ¡Incrédulo Tomás, me gustas!

Se volvió hacia sus compañeros:

—Tomás es la agujijada, nosotros, los bueyes; ¡dejad que nos agujijonee para que nunca podamos permanecer tranquilos!

El calvo daba estridentes chillidos, le estaba haciendo daño; el de la barba pelirroja lo dejó en tierra. Se echó a reír de nuevo, paseó la mirada por sus variopintos compañeros:

—¿Cuántos somos? —dijo—. Doce, uno por cada tribu de Israel. Demonios, ángeles, enanos, renacuajos, todas las criaturas y los abortos de Dios, ¡elegid!

Estaba de buen humor; sus ojos redondos de halcón centelleaban. Extendió la mano, los agarró uno a uno por el hombro, con furia, con ternura, los examinaba, cogiéndolos en volandas, se reía; dejaba a uno, levantaba a otro:

—¡Qué pasa contigo, avaro, insidioso, ladrón, inmortal descendiente de Abraham! ¡Y tú, bravucón, bocazas, glotón! ¡Y también tú, piadoso y timorato; no robas, no fornicas, no matas porque tienes miedo; todas tus virtudes son hijas del miedo! ¡Y tú, asno simplón, que te muelen a palos y te aguantas! Soportas el hambre, la sed, el frío, la fusta; bestia de carga, sin amor propio, ‘lameollas’; todas tus virtudes son hijas de la pobreza. ¡Y tú, astuto zorro, que te quedas a la puerta de la guarida del león, Jehová, y no entras! ¡Y tú, cordero ingenuo, que, balando, sigues al Dios, que te va a degollar! ¡Y tú, hijo de Leví, marchante de Dios, al que vendes por cuatro cuartos; tabernero que sirves en copas a Dios, y los hombres las beben y se emborrachan y te abren su faltriquera y su corazón, mercachifle! ¡Y tú, malvado, fanático, asceta inflexible, que te miras a ti mismo y fabricas un Dios malvado, fanático e inflexible, como tú, y te prosternas ante

él porque se te parece! ¡Y tú, cuya alma ha abierto una tienda de cambio, estás sentado a la puerta, metes la mano en la talega, das limosna al pobre, prestas a Dios, llevas un registro y escribes: «Di limosna a fulano, tantos céntimos, tal día, a tal hora», y ordenas que te metan en el ataúd el libro de cuentas para abrirlo delante de Dios, hacer balance y cobrarte los millones de inmortalidad! ¡Y tú, mentiroso, embaucador, cuentista, que pisoteas todos los mandamientos de Dios, robas, fornicas, matas, y luego te deshaces en llantos, te das golpes de pecho, descuelgas la guitarra y conviertes tu pecado en una canción; sabes, grandísimo bribón, que Dios se lo perdona todo al cantor porque le vuelven loco las canciones. Y tú, una aguijada que nos penetra hasta el fondo en las nalgas, Tomás. ¡Y yo, yo mismo, tarambana, que lleno de arrogancia, he dejado a mi mujer y a mis hijos y sigo buscando al Mesías! Todos juntos, demonios, ángeles, enanos renacuajos. Todos somos necesarios para nuestro gran proyecto ¡Caed sobre él, muchachos!

Se echó a reír, se escupió en las palmas de las manos, adelantó sus enormes pies:

—¡Caed sobre él, muchachos! —gritó, y tomó el camino que desciende hacia Nazaret.

* * *

Hombres y montañas eran humo y se desvanecieron, los párpados adormecidos se llenaron de una oscuridad sin ensoñaciones; y ahora, en el sueño infinito sólo se oían grandes y fuertes pisadas que pateaban la montaña en su descenso.

El corazón del hombre que dormía latió con fuerza: «¡Ya llegan! ¡Ya llegan!». Oyó un grito desgarrador en sus entrañas: «¡Ya llegan!». Se puso en pie de un salto —así le pareció en el sueño—, atrancó la puerta con el banco donde trabajaba y amontonó sobre él todas sus herramientas —cepillos, garlopas, serruchos, azuelas, martillos, fresas y hasta una enorme cruz que estaba haciendo aquellos días— y luego volvió a echarse sobre el serrín y las virutas y esperó.

Extraña calma, inquietante, densa, asfixiante. No se oía la respiración de la aldea ni la de Dios. Todo, hasta el demonio que nunca duerme, se había hundido en un profundo y tenebroso pozo seco —¿aquello era un sueño, la muerte, la inmortalidad, Dios?—. El joven se aterró; vio el peligro, reunió todas sus fuerzas, se llevó la mano a la garganta, que lo asfixiaba, y se despertó.

Estaba empapado en sudor; de su sueño sólo recordaba esto: que alguien lo perseguía, ¿quién?, ¿uno solo?, ¿muchos?, ¿hombres?, ¿demonios? No lo recordaba. Aguzó el oído, escuchó atentamente; ahora, en el silencio de la noche, se oía la respiración de múltiples pechos, de múltiples almas, del pueblo; de vez en cuando crujía un árbol, ladraba lastimeramente un perro, una madre, a las afueras de la aldea, acunaba a su hijo lentamente, pacientemente... La noche estaba llena de murmullos y suspiros familiares y queridos, la tierra hablaba, Dios hablaba, y el joven se calmó; por un momento había temido encontrarse solo en el mundo.

Al lado, en el cuarto donde dormían sus padres, oyó la respiración fatigosa de su anciano padre; el desdichado no podía dormir, arqueaba la boca, la abría y la cerraba con gran esfuerzo para hablar; hacía años que se atormentaba tratando de pronunciar una palabra humana, pero permanecía sentado en la cama, parálítico, sin poder mover la lengua; sudaba, se esforzaba, se le caía la baba, y de vez en cuando, después de un terrible combate, conseguía articular desesperadamente, sílaba a sílaba, una palabra, sólo una, siempre la misma. «¡A-dona-i! ¡Adonai!». Sólo esto, «¡Adonai!». Y cuando pronunciaba la palabra entera se calmaba durante una hora o dos; luego volvía a invadirle la angustia y se ponía de nuevo a abrir y cerrar la boca.

—Yo tengo la culpa... Yo tengo la culpa... —murmuró el joven, y sus ojos se inundaron de lágrimas—, yo tengo la culpa...

El hijo oía en la quietud de la noche la angustia de su padre y también a él lo dominó la angustia e, involuntariamente, empezó a abrir y cerrar la boca él mismo y a sudar. Cerró los ojos, escuchó atentamente qué hacía su padre para imitarlo —

suspiraba, emitía con él gritos desesperados inarticulados—, y en esto lo venció el sueño.

Y cuando volvió a dormirse, la casa se sacudió, el banco se cayó, las herramientas y la cruz rodaron por el suelo, la puerta se abrió y apareció de pie en el umbral, enorme, lanzando una risotada, con los brazos abiertos, el hombre de la barba roja.

El joven lanzó un grito y se despertó.

[1](#) En los poblados campesinos de Galilea, las gentes vivían en casas muy modestas y primitivas, de paredes oscuras de adobe o piedra sin labrar, con techumbres de ramaje seco y arcilla y suelo de tierra apisonada. La mayoría sólo tenía una estancia, en la que se alojaba y dormía toda la familia, e incluso los animales. Generalmente, las casas daban a un patio que era compartido por tres o cuatro familias del mismo grupo y donde se hacía buena parte de la vida doméstica.

[2](#) Los textos hebreos primitivos(Éxodo) denominan a Dios con cuatro letras (el *tetragrámaton*), que suele traducirse por Yahvé o por Jehová. Con el tiempo, se consideró que el nombre de Dios debía ser impronunciable, queriendo subrayar así su absoluta transcendencia, de ahí que en el mundo judío se empleara el nombre de Adonaí, que significa «mi Señor».

[3](#) Los escritores del siglo I hablan de tres regiones bien definidas: al norte, la Alta Galilea, región fronteriza, poco poblada, con alturas de hasta 1.200 metros, de acceso no siempre fácil, refugio de bandidos y malhechores, lugar de donde bajan las aguas que dan nacimiento al Jordán. Descendiendo hacia el sur, la Baja Galilea, territorio de colinas no muy elevadas, a cuyos pies se extiende la gran llanura de Jezrael (Esdrelón), una de las comarcas más ricas de todo el país; en medio de ella, dos montañas, el Tabor y el Hermón. En la región montañosa, Nazaret, y un poco más al norte, en un hermoso valle, Séforis, la capital de Galilea durante la infancia de Jesús. Flavio Josefo menciona 204 pueblos en Galilea. Las excavaciones arqueológicas no lo desmienten. Galilea era una tierra verde y feraz, a diferencia de la montaña de Samaria, al sur de Galilea. La región del lago era muy fértil y poblada, y el lago, de agua dulce, muy rico en pesca. En sus riberas, tres ciudades importantes, Cafarnaúm, Magdala y Tiberiades. Galilea tenía en tiempos de Antipas 20.000 km²y unos 150.000 habitantes. Estudios comparativos llevan a la conclusión de que en tiempos de Jesús la población de Galilea que trabajaba en el campo era el 80-90 por 100 y la élite el 5-7 por 100.

[4](#) Los samaritanos provenían de la unión de los colonizadores asirios y las mujeres israelitas que no fueron deportadas a Asiria después de la destrucción del reino del norte (721 a.C.). Los judíos, al volver del destierro de Babilonia (535 a.C.) los excluyeron del «pueblo elegido» y no les permitieron tomar parte en la reconstrucción del Templo, («el verdadero Israel») debido a su origen impuro y su observancia poco estricta de la religión judía. El odio entre ambos pueblos creció cuando entre el año 6 y el 9 d.C., en vísperas de las fiestas de Pascua, un grupo de samaritanos esparció por el Templo huesos de muertos, dejándolo impuro para cualquier celebración. Esta situación significó la ruptura entre los samaritanos y los judíos y puso los fundamentos de lo que luego sería el «cisma samaritano», con su templo aparte. Era proverbial el antagonismo entre Jerusalén y el centro de culto samaritano de Guerizín.

[5](#) Las excavaciones arqueológicas han sacado a la luz el emplazamiento de diecinueve poblados en la zona montañosa de Nazaret. Entre las aldeas no había verdaderos caminos, quizá el más utilizado era el que conducía a Séforis, cfr. nota 3.

[6](#) Se refiere a Nazaret, un pequeño poblado en las montañas de la Baja Galilea, a 340 m de altura, en una ladera, lejos de las grandes rutas. Una quebrada conducía en rápido descenso al lago de Genesaret. El poblado de Nazaret quedaba retirado en medio de un hermoso paisaje rodeado de alturas. El nombre de Nazaret no aparece una sola vez en el Antiguo Testamento ni en la literatura judía de la época (escritos apócrifos de la Biblia, textos del Qumrán, etc.) ni tampoco en los historiadores judíos ni paganos del siglo I. Por las excavaciones arqueológicas sabemos que era un lugar de asentamiento humano desde la Edad del Bronce, de tradición agrícola y que en época de Jesús pudo tener todo lo más 300 habitantes.

[7](#) Los investigadores tienden hoy a diferenciar entre «judaísmo común» o normativo, constituido por las prácticas y creencias de la mayoría del pueblo, y las diferentes facciones, de tendencias diversas —sectores saduceos, grupos fariseos, zelotes, «monjes» del Qumrán o esenios, terapeutas de Alejandría— surgidas en la Palestina del siglo I de nuestra era, como consecuencia de las diferentes sensibilidades acerca de las fuentes y los modos de vivir la religión de Israel y que compiten entre sí presentándose como verdaderos herederos de Israel. En el caso de los esenios, se trata de un movimiento, surgido probablemente desde mediados del siglo II a.C., cuya característica específica consistía en el rechazo del culto practicado en el Templo de Jerusalén, ya que el sacerdocio del Templo, según ellos, se había envilecido desde la época de la monarquía asmonea. La preocupación por la pureza cultual les llevó a retirarse al desierto para «preparar los caminos del Señor», creando el monacato solitario de Qumrán bajo el mando de un nuevo líder, el Maestro de Justicia. La existencia del movimiento esenio hasta el siglo I está

documentada por distintas fuentes. Concretamente tenemos amplia información de cómo vivían y cuáles eran sus creencias a través de Flavio Josefo (*Guerra de los judíos*, 5, 145), y sobre todo por los documentos en papiro y pergamino encontrados en Qumrán, donde parece que se instalaron algunos de ellos.

8 *Escribas*: en tiempos de Jesús eran administradores que funcionaban como secretarios por su habilidad literaria y contable. La gente los respetaba. Fariseos: Eran los más apreciados por la mayoría del pueblo, pese a que su nombre significa «apartados». Dedicaban su mayor atención a las cuestiones relativas a la observancia de las leyes, de la pureza ritual, incluso fuera del Templo. Las normas de pureza sacerdotal, establecidas por el culto, pasaron para ellos a marcar un ideal de comportamiento en todos los ámbitos de la vida cotidiana, que quedaba así ritualizada. Hoy día la investigación tiende a relacionar a Jesús con el fariseísmo, o más bien a encuadrarlo globalmente dentro de este grupo, aunque señalando en el nazareno notables peculiaridades. La expresión «escribas de los fariseos» aparece varias veces en las Escrituras. Esto puede indicar que algunos escribas eran fariseos. Jesús condenó a los escribas y a los fariseos porque habían hecho añadidos al Ley y habían ideado subterfugios para burlarla.

II

Se sentó sobre las virutas, apoyó la espalda contra la pared; sobre su cabeza colgaba una correa con dos hileras de clavos puntiagudos; todas las noches antes de dormirse flagelaba su cuerpo y lo hacía sangrar para que permaneciera calmado durante la noche y no se le rebelara. Lo había dominado un ligero temblor; no recordaba qué tentaciones habían acudido de nuevo a su sueño, pero sentía que había escapado a un gran peligro. «No puedo más; estoy agotado...» —murmuró, y alzó los ojos al cielo, suspirando—. La luz recién nacida, incierta, pálida, se deslizó por las rendijas de la puerta; las cañas amarillentas del techo adquirieron una extraña dulzura brillante, preciosa, como marfil.

«No puedo más, estoy agotado» —volvió a musitar, y apretó los dientes con rabia—. Fijó la mirada en el vacío; toda su vida desfiló ante sus ojos: el bastón de su padre, que había florecido cuando desposó a su madre, y, luego, el rayo que derribó al recién desposado, dejándolo paralítico, y más tarde, su madre, que lo miraba y lo miraba sin decir nada. Pero él oía su queja muda, su madre tenía razón, los pecados que cometía día y noche eran puñales en su corazón, y aquellos últimos años había luchado en vano por vencer el Miedo, sólo éste quedaba, ya había vencido a todos los demás demonios: la pobreza, el deseo de una mujer, la alegría del hogar, la juventud; todo lo había vencido, sólo quedaba el Miedo; también éste tenía que ser vencido, tenía que ser capaz, ya era un hombre, había llegado la hora...

«Yo tengo la culpa de que mi padre se haya quedado paralítico... Yo tengo la culpa de que Magdalena se haya convertido en una ramera... Yo tengo la culpa de que Israel gima aún bajo el yugo...»

Un gallo —debía ser en la casa de al lado, la de su tío, el rabino— batió las alas encima del tejado y cantó con voz potente, con todas sus fuerzas; debía estar cansado de la noche, que sin duda había durado demasiado, y gritó al sol para que apareciera de una vez.

Apoyado contra la pared, el joven escuchaba. La luz daba en las casas, las puertas se abrían, las calles recobraban vida; de la tierra, de los árboles, de las rendijas de las casas, poco a poco ascendía el murmullo de la mañana, Nazaret se despertaba. Se oyó un profundo suspiro —proveniente de la casita vecina— y, seguidamente, el grito salvaje del rabino que despertaba a Dios y le recordaba la palabra dada a Israel: «Dios de Israel —le gritaba—, Dios de Israel, ¿hasta cuándo?», y al mismo tiempo, el golpeteo seco, precipitado, de sus rodillas contra las tablas del suelo.

El joven meneó la cabeza: «Está orando —murmuró—, se postra de hinojos, llama a Dios, ahora dará golpes en mi pared para que yo también caiga de hinojos».

La cólera le hizo fruncir el entrecejo.

—¡Por si yo no tuviera bastante con Dios, también los hombres! —dijo, y dio un fuerte puñetazo en la pared medianera, para indicar al furioso rabino que estaba despierto y oraba.

Se puso en pie bruscamente; la túnica llena de remiendos se deslizó de sus hombros, quedó a la vista su cuerpo, delgado, tostado por el sol, lleno de marcas azules y rojas; se apresuró a recoger la ropa y cubrió con ella su carne desnuda, avergonzado.

Por el tragaluz cayó sobre él la pálida luz de la mañana, iluminó suavemente su rostro, todo obstinación, sufrimiento, orgullo. La pelusilla de sus mejillas y de su mentón se había convertido en una barba rizada y negra, la nariz, aguileña, los labios carnosos, que cuando estaban entreabiertos dejaban ver el brillo de unos dientes blanquísimos. Aquel rostro no era hermoso, pero tenía un misterioso e inquietante atractivo. ¿Se debía a las pestañas, tupidas, larguísimas, que proyectaban una extraña sombra azul sobre toda la cara?, ¿o acaso a los grandes y brillantes ojos negros, llenos de luz, llenos de sombras, rebosantes de amenazas y dulzura? Eran vivaces como los de la

serpiente, te miraban por entre las largas pestañas y te hacían sentir vértigo.

Se sacudió las virutas que tenía enredadas en las axilas y en las barbas, su oído había captado pasos pesados que se acercaban, los reconoció: «Es él, viene otra vez; viene otra vez, ¿qué quiere de mí?» —gritó, hastiado, y se deslizó hasta la puerta para escuchar atentamente.

Pero de repente se detuvo, sobrecogido ¿Quién había trasladado el banco hasta detrás de la puerta y había colocado sobre él la cruz y las herramientas? ¿Quién? ¿Cuándo? La noche está llena de espíritus malignos, llena de visiones, nos dormimos y ellos encuentran las puertas abiertas, entran y salen, revuelven nuestra casa y nuestra mente.

«Alguien ha venido esta noche a mi sueño —murmuró en voz baja, como si temiera que aún estuviese allí y lo oyera—; no hay duda de que alguien ha venido: ¿Dios? ¿Dios o el Demonio? ¿Quién puede distinguirlos? Intercambian sus rostros, unas veces Dios se vuelve tenebroso, otras veces el Demonio se hace luz y la mente del hombre se confunde...». Se estremeció. ¿Hacia dónde dirigirse? Dos eran los caminos, ¿cuál elegir?

Los pesados pasos estaban cada vez más cerca; el joven miró a su alrededor con angustia, como si buscara dónde meterse, dónde esconderse. Temía a aquel hombre y no lo quería; había dentro de él una profunda herida que no podía cicatrizar: eran niños, jugaban, el otro tenía tres años más que él, lo había tirado al suelo, le había pegado; el niño, golpeado, se había retirado sin decir nada pero no había vuelto a jugar con los demás niños, se sentía avergonzado, tenía miedo; arrinconado en el patio de su casa, completamente solo, devanaba en su mente cómo lavar un día su vergüenza; mostrarles que era mejor que todos ellos y derribarlos a todos. Y todavía después de tantos años, la herida seguía abierta y sangraba

«¡Todavía me persigue! —murmuró—, ¡todavía! ¿Qué quiere? ¡No le abriré!».

Un puntapié sacudió la puerta; el joven dio un salto, reunió todas sus fuerzas, corrió al banco, abrió. En el umbral se erguía, acalorado, descalzo, con el pecho descubierto, un gigantón de

barba pelirroja y rizada; llevaba en la mano una mazorca asada y se la comía. Rastrilló el taller con la mirada, vio la cruz apoyada contra la pared, en su rostro se reflejó el enojo; dio un paso, entró.

Se sentó en cuclillas en un rincón, mordía furioso la mazorca sin decir palabra; el joven, de pie, tenía la cara vuelta y por la puerta abierta miraba afuera, la callejuela estrecha, recién despertada; el polvo aún no se había levantado, la tierra húmeda exhalaba su aroma; la luz y el frescor de la noche se habían colgado de las hojas del olivo de enfrente y todo el árbol reía. El joven aspiraba, arrobado, el mundo de la mañana.

Pero el de la barba pelirroja se volvió hacia él:

—Atranca la puerta —gritó—, tengo que hablar contigo.

El joven oyó su voz feroz y se sobresaltó; cerró la puerta, se sentó en el filo del banco, esperó.

—Aquí estoy —dijo el de la barba pelirroja—, aquí estoy; todo está dispuesto.

Calló, arrojó la mazorca, alzó sus duros ojos azules, los clavó sobre el joven; tensó el cuello, grueso, lleno de arrugas:

—¿Estás dispuesto también tú?

La luz era más intensa, ahora se distinguía claramente el rostro del pelirrojo, rudo, cambiante; no era un único rostro, eran dos; cuando una mitad reía, la otra se mostraba amenazante; cuando una expresaba dolor, la otra se mantenía inmóvil, rígida; y cuando durante un instante, las dos se reconciliaban, sentías aún por debajo de aquella concordia a Dios y al Demonio que luchaban irreconciliables.

El joven no respondió; el de la barba pelirroja lo miró con ira.

—¿Estás dispuesto también tú? —volvió a preguntar. Y ya se levantaba; decidido a agarrarlo por el brazo y zamarrearlo para que despertara y le diera una respuesta, pero no tuvo tiempo; sonó una trompeta, un grupo de jinetes irrumpieron en la estrecha callejuela y tras ellos se oyó a los soldados romanos que marchaban golpeando la tierra con fuertes y rítmicas pisadas; el hombre de la barba pelirroja apretó el puño, lo levantó hacia el techo:

—¡Dios de Israel —rugió—, ha llegado la hora! ¡Hoy, no mañana; hoy!

Se volvió hacia el joven:

—¿Estás dispuesto? —volvió a preguntarle. Y sin esperar respuesta:

—¡No, no entregarás la cruz, te lo aseguro! El pueblo se ha reunido, Barrabás ha bajado de la montaña con sus hombres ⁹, asaltaremos la prisión, nos llevaremos al zelote ¹⁰ y entonces se producirá —¡no sacudas la cabeza!—, entonces se producirá el milagro. Pregunta a tu tío, el rabino. Ayer nos reunió a todos en la sinagoga ¹¹, ¿por qué no te dignaste venir? Se puso en pie, nos habló: «El Mesías no vendrá —nos gritó—, no vendrá mientras nosotros permanezcamos de brazos cruzados. Dios y el pueblo tienen que combatir juntos para que venga el Mesías». Esto nos dijo, entérate bien. Dios no basta, el pueblo no basta, han de ser los dos juntos, ¿me oyes?

Lo agarró por el brazo, lo zamarreó:

—¿Me oyes? ¿En qué estás pensando? ¡Tenías que haber estado allí y oír a tu tío para recobrar el juicio, desdichado! «El zelote, al que los infieles romanos van a crucificar hoy —decía—, puede ser Aquel que esperamos desde generaciones y generaciones; si no acudimos en su ayuda, si no nos lanzamos a salvarlo, entérate bien, morirá sin revelar quién es. Pero si nos lanzamos a salvarle se producirá el milagro. ¿Qué milagro? Arrojará sus harapos y brillará en su cabeza la corona real de David». Todos nos echamos a llorar, el viejo rabino elevó los brazos al cielo, exclamó: «Dios de Israel, ¡hoy, no mañana; hoy!». Y todos elevamos los brazos al cielo gritando, profiriendo amenazas y llorando: «¡Hoy; no mañana; hoy!».

—¿Me estás oyendo, hijo del carpintero? ¿O es que hablo a un sordo?

El joven, con los ojos entrecerrados, fijos en la pared de enfrente, donde estaba colgada la correa con los clavos puntiagudos, escuchaba con atención. Bajo la voz áspera y amenazadora del pelirrojo, en la habitación contigua, se oía el combate sordo, ronco, de su padre, que abría y cerraba la boca, esforzándose en vano por hablar... Las dos voces se mezclaban

en el corazón del joven y de repente toda la lucha del hombre le pareció inútil.

El hombre de la barba pelirroja lo agarró ahora por el hombro, lo zamarreó:

—¿Qué tienes en mente, visionario? ¿Has oído lo que dice el hermano de tu padre, el anciano Simeón?

—El Mesías no viene de ese modo... —murmuró el joven, que ahora tenía los ojos fijos en la cruz que acababa de hacer, sobre la que caía, rosada, tierna, la luz de la alborada—. El Mesías no viene de ese modo, él no reniega jamás de sus harapos, no lleva una corona de rey y el pueblo no se precipita a salvarlo; y tampoco Dios. No se salva. Muere con sus harapos; todos, incluso los más fieles, lo abandonan, muere completamente solo en la cima de un monte solitario y lleva en la cabeza una corona de espinas.

El de la barba pelirroja se volvió, lo miró, sorprendido; la mitad de su rostro brillaba, la otra mitad estaba sombría.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

Pero el joven no respondió; saltó del banco, ya era de día, cogió un puñado de clavos y el martillo y se acercó a la cruz. Pero el pelirrojo se le anticipó; de una zancada llegó a la cruz y comenzó a darle puñetazos, con rabia, y a escupirle, como si fuera una persona. Se volvió, su barba, su bigote, sus cejas, arañaron el rostro del joven:

—¿No te da vergüenza? —le gritó—. Todos los carpinteros de Nazaret, de Caná, de Cafarnaúm, se han negado a hacer una cruz para el zelote y en cambio tú... ¿No te da vergüenza? ¿No tienes miedo? ¿Y si llega el Mesías y te encuentra haciendo su cruz? ¿Y si éste, el zelote, a quien crucifican hoy, es el Mesías? ¿Por qué no has tenido el valor de responder al centurión, como los demás: «Yo no hago cruces para los héroes de Israel?».

Zarandé por el hombro al carpintero, que estaba como absorto:

—¿Por qué no respondes? ¿Qué es lo que miras?

Le dio un puntapié, lo lanzó contra la pared:

—¡Eres un cobarde —le espetó con desprecio—, un cobarde, un cobarde, eso es lo que eres! ¡Nunca harás nada en tu vida!

Una voz estridente rasgó el aire; el pelirrojo soltó al joven, volvió la cara hacia la puerta, prestó atención: un tumulto, mujeres y hombres, un tropel de gente, gritos: «¡El pregonero, el pregonero!». La voz chillona se elevó de nuevo en el aire:

«¡Hijos e hijas de Abraham, de Isaac, de Jacob: una orden imperial, prestad atención, escuchad!: ¡Cerrad tiendas y tabernas, no vayáis a trabajar a los campos; madres, coged a vuestros hijos, y vosotros, ancianos, vuestros bastones, e id todos, cojos, sordos, paralíticos, a ver! Id a presenciar el suplicio que sufren quienes levantan la cabeza contra nuestro amo, el emperador —¡larga vida tenga!—. ¡Id a ver cómo el rebelde transgresor de la Ley, el zelote, es ajusticiado!».

El hombre de la barba pelirroja abrió la puerta, vio a la multitud que callaba, agitada, vio al pregonero subido a una piedra, flaco, de largo cuello, de largas piernas, con la cabeza descubierta. Escupió.

—¡Maldito seas, traidor! —rugió, y cerró la puerta, furioso.

Se volvió hacia el joven; la ira había subido a sus ojos:

—¡Puedes estar contento, Simeón, con el hijo de tu padre [12](#) , el traidor! —gruñó.

—Él no tiene la culpa, yo soy el culpable —dijo el joven con aflicción—, yo...

Y al rato:

—Por mí lo echó mi madre de la casa, por mí... y ahora él...

La mitad del rostro del hombre de la barba pelirroja, la iluminada, se suavizó por un instante, como si se compadeciera del joven:

—¿Cómo vas a pagar todos estos pecados, desdichado? —preguntó.

El joven guardó silencio durante largo rato; movió los labios, pero su lengua estaba paralizada.

—Con mi vida, hermano Judas, con mi vida... —logró decir, al fin—. No tengo otra cosa.

El hombre de la barba pelirroja se estremeció; la luz había entrado ahora en el taller por las rendijas de la puerta y desde lo alto, por el tragaluz; los ojos del joven brillaban, grandes, negrísimos; y su voz estaba llena de amargura y de pánico.

—¿Con tu vida? —dijo el de la barba pelirroja y asió al joven por el mentón—. No me vuelvas la cara, ya eres un hombre, mírame a los ojos. ¿Con tu vida? ¿Qué quieres decir?

—Nada.

Bajó la cabeza, calló, y de pronto:

—¡No me hagas preguntas, no me hagas preguntas, Judas, hermano! —gritó.

Judas tomó entre sus manos el rostro del joven, lo levantó, lo miró durante un rato en silencio; luego, lo soltó despacio; se dirigió hacia la puerta; súbitamente su corazón se había alterado.

Afuera el bullicio se hacía más intenso; del suelo ascendía el ruido que hacían los pies descalzos y las sandalias que se arrastraban, y el aire tintineaba por las pulseras de bronce y las ajorcas de los tobillos de las mujeres: de pie en el umbral, el hombre de la barba pelirroja miraba a la masa de gente cada vez más compacta que aflucía sin cesar por los callejones y subía hacia el otro extremo del pueblo, hacia la colina maldita donde iba a tener lugar la crucifixión. Los hombres no hablaban, blasfemaban entre dientes, golpeaban el empedrado del suelo con sus bastones; otros empuñaban una daga oculta en el pecho; las mujeres gritaban; muchas se habían quitado el manto, se habían soltado los cabellos y entonaban ya el canto fúnebre.

El carnero conductor del rebaño era el viejo rabino de Nazaret, Simeón. Bajito, encorvado por los años, consumido por una grave enfermedad, la tisis, un armazón de huesos secos que sostenían en pie su alma inquebrantable, con enormes garras de ave de rapiña, que empuñaban con fuerza y golpeaban contra las piedras el cayado sacerdotal, en cuyo extremo superior había dos serpientes entrelazadas. Aquel muerto viviente olía como una ciudad que se incendia; al ver las llamas en sus ojos sentías que aquel cuerpo ruinoso, carne, huesos, cabellos, ardía; y cuando abría la boca y gritaba: «¡Dios de Israel!», una columna de humo ascendía de su cabeza. Tras él marchaban en fila los ancianos, inclinados sobre sus bastones, con espesas cejas, con la barba ahorquillada, corpulentos; detrás, los hombres, y detrás de ellos, las mujeres y los niños, cerrando la marcha; cada uno llevaba una piedra en la mano, y otros, hondas colgadas al

hombro. Avanzaban todos juntos y rugían en voz baja, sordamente, como el mar.

Apoyado en el quicio de la puerta, Judas miraba a las mujeres y a los hombres y su corazón se henchía. «Éstos —pensaba, y la sangre le subía a la cabeza—, éstos, juntamente con Dios, harán el milagro. ¡Hoy, no mañana; hoy!».

Una mujer hombruna, corpulenta, con el cuello descubierto, feroz, se separó de la turba, se agachó, cogió una piedra, la lanzó con fuerza contra la puerta del carpintero y gritó:

—¡Maldito seas, crucificador!

Y en un santiamén, de una punta a otra de la calle estallaron gritos y blasfemias y los niños descolgaron del hombro las hondas; el hombre de la barba pelirroja cerró la puerta de un puntapié.

—¡Crucificador! ¡Crucificador! —los gritos irrumpieron por todas partes, y en la puerta resonaron las pedradas.

El joven, arrodillado ante la cruz, daba fuertes martillazos e introducía los clavos, como si quisiera ahogar los insultos y las blasfemias de la calle; le hervía el pecho, su entrecejo lanzaba chispas; martilleaba frenéticamente y el sudor corría por su frente.

El hombre de la barba pelirroja se arrodilló, lo asió por el brazo, le arrancó de las manos el martillo con ira; dio una patada a la cruz, la tiró al suelo.

—¿Vas a entregarla?

—Sí.

—¿No te da vergüenza?

—No.

—¡No te lo permitiré; la haré pedazos!

Miró a su alrededor, tendió los brazos para buscar una azuela.

—Judas, Judas, hermano —dijo el joven pausadamente, en tono suplicante—, no te interpongas en mi camino.

Su voz se había vuelto de repente sombría, profunda, irreconocible; el hombre de la barba pelirroja se sintió turbado:

—¿Qué camino? —preguntó en voz baja, y esperó.

Miraba al joven con desasosiego. La luz caía ahora de plano sobre su rostro y sobre su torso desnudo de fina osamenta; tenía

los labios apretados, como si se esforzara en contener un gran grito.

El hombre de la barba pelirroja vio su fragilidad y su palidez, y su corazón vehemente lo compadeció. Día a día sus mejillas se hundían, se consumía ¿Cuánto hacía que no lo veía? Pocos días. Había partido para hacer su gira por las aldeas cercanas a Genesaret; trabajaba el hierro, hacía azadas, picos, hoces, herraba caballos, se había apresurado a regresar a Nazaret porque se había enterado de la noticia; iban a crucificar al zelote. ¡Cómo había dejado a su antiguo amigo y en qué estado lo había encontrado! ¡Cómo se habían agrandado sus ojos!, ¡cómo se le habían hundido las sienes! ¿Y qué era ese rictus amargo alrededor de su boca?

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estas consumido? ¿Quién te atormenta?

El joven esbozó una sonrisa; iba a responder: «Dios», pero se contuvo; ese era el gran grito que llevaba en su interior, no quería dejarlo escapar de su boca.

—Lucho —respondió.

—¿Con quién?

—No lo sé; lucho.

El hombre de la barba pelirroja hundió sus ojos en los del joven; los interrogaba, les suplicaba, los amenazaba; pero aquellos ojos negros y brillantes, sin consuelo, llenos de temor, no respondían.

De repente, la mente de Judas vaciló; cuando estaba inclinado sobre los ojos sombríos y mudos vio —así le había parecido— árboles en flor, aguas azules, una multitud de hombres, y en medio, en el fondo de la pupila, detrás de los árboles en flor, de las aguas y de los hombres, una enorme cruz negra que ocupaba toda la niña del ojo.

Abrió desmesuradamente los ojos, se irguió de un salto; iba a hablar, a preguntarle «¿no serás tú... tú?», pero sus labios estaban sellados; fue a estrechar al joven en su regazo, a besarlo, pero sus brazos se habían quedado rígidos en el aire.

Entonces, al verlo, el joven con los brazos abiertos, con los cabellos rojos encrespados, con los ojos desorbitados, lanzó un

grito; de la trampilla de su mente surgió el terrible sueño que había tenido durante la noche —la turba de hombrecillos, los instrumentos de la crucifixión, los gritos—: «¡Caed sobre él, muchachos!». Y su jefe era el hombre de la barba pelirroja, ahora lo había reconocido, era aquel que tenía delante, Judas, el herrero, el que iba al frente dando risotadas.

Los labios del hombre de la barba pelirroja se movieron:

—¿No serás tú... tú...? —balbució.

—¿Yo, quién?

El hombre de la barba pelirroja no le respondió; se mordía los bigotes y lo miraba. Una mitad de su rostro estaba de nuevo iluminada, la otra, hundida en las sombras. En su mente relacionaba las señales y los prodigios que habían rodeado a aquel joven desde su nacimiento, e incluso antes... El bastón de José, que había sido el único entre los de todos los pretendientes que había florecido; el rabino, que le había concedido a la hermosísima María, que estaba consagrada a Dios. Y luego, el rayo que había caído el día de los esponsales y había dejado parálítico al novio antes de que tocara a su mujer. Y más tarde, según se decía, la novia había olido una azucena blanca y su vientre había concebido un hijo... Y el sueño que, al parecer, había tenido la noche que dio a luz: había visto abrirse los cielos, descender los ángeles y colocarse en fila, como pájaros, en el techo de su humilde casa, hacer sus nidos y cantar; y otros que guardaban el umbral, y otros más, que entraban en la casa, encendían la lumbre, calentaban agua para lavar al niño que iba a nacer. Y otros, que preparaban un caldo para la parturienta...

El hombre de la barba pelirroja se acercó lentamente, vacilante, se inclinó sobre el joven; ahora su voz estaba llena de anhelo, de súplica, de miedo:

—¿No serás tú... tú? —volvió a preguntar, y una vez más no se atrevió a terminar la frase.

El joven se estremeció, alarmado.

—¿Yo?, ¿yo? —dijo y esbozó una leve sonrisa llena de sarcasmo—. ¿Pero no me ves? Yo no soy capaz de hablar, no tengo valor para poner el pie en la sinagoga, cuando veo gente huyo, pisoteo sin pudor los mandamientos de Dios, trabajo el

sábado, no amo a mi padre ni a mi madre, digo mentiras y peco con la vista todo el día.

Levantó del suelo la cruz, la puso en vertical, cogió el martillo.

—¡Y ahora, mira, hago cruces y crucifico! —dijo, y se esforzó una vez más por reír.

El de la barba pelirroja no dijo nada. Estaba furioso; abrió la puerta: una nueva muchedumbre bulliciosa apareció al fondo de la calle; viejas desgredadas, ancianos inválidos, cojos, tuertos, leprosos, toda la escoria de Nazaret; subían también ellos renqueando la cuesta, se arrastraban hacia la colina de la crucifixión. Se acercaba la hora fijada. «Es tiempo de irse —pensó el de la barba pelirroja—, de unirse con el pueblo, de irrumpir todos juntos para coger al zelote, ¡y entonces se verá si él es o no es el Libertador!». Pero titubeaba; de repente, un aire frío pasó sobre él. No, el que iba a ser crucificado ese día no sería Aquel que la raza de los hebreos esperaba desde hacía tantos siglos. «¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana! ¿Cuántos años llevas decepcionándonos, Dios de Abraham? ¡Mañana, mañana, mañana! ¿Pero cuándo? ¡Somos hombres, ya estamos cansados!».

Estaba furioso; miró con ira al joven, que ponía clavos en la cruz echado sobre ella. «¿Será éste? —pensó estremeciéndose—, ¿será éste, el crucificador? Los caminos de Dios son tortuosos y oscuros, ¿será éste?».

Detrás de las viejas y los lisiados, indiferentes, en silencio, avanzaban ahora los soldados romanos, con sus escudos, lanzas y cascos de bronce; gritaban al rebaño humano y miraban de arriba abajo, con desprecio, a la chusma hebrea.

El hombre de la barba pelirroja miró a los soldados ferozmente, su sangre se inflamó; se volvió hacia el joven, como si él fuera el culpable. No quería verlo más, apretó los puños:

—Me voy —le gritó—, haz lo que quieras, crucificador. ¡Eres un cobarde, un inútil, un traidor, tanto tú como tu hermano, el pregonero! Pero Dios lanzará fuego sobre ti, como lo lanzó sobre tu padre, para abrasarte. ¡Esto es lo que te digo, recuérdalo!

[9](#) Se refiere a los bandoleros sociales, muy frecuentes en la época, campesinos desesperados por la pérdida de sus tierras que tomaban las armas y dirigían su acción contra los ricos y contra los representantes de Roma. Eran muy populares entre los campesinos de su región, que los protegían.

[10](#) Los *zelotes* pertenecían a un movimiento político nacionalista de la Palestina del siglo I, fundado por Judas el Galileo, poco después de nacer Jesús. Según el historiador judío Flavio Josefo fue la facción más violenta del judaísmo de su época y se enfrentó a otros grupos, como los fariseos o los saduceos. El vocablo *zelote* ha pasado a ser sinónimo de intransigencia o radicalismo. Su objetivo era una Judea independiente del Imperio romano mediante la lucha armada, tal y como sucedió en la revuelta judía del año 66-73, durante la cual controlaron Jerusalén hasta que la ciudad fue tomada por los romanos, que destruyeron el Templo y tres años más tarde ocuparon la fortaleza de Masada, el último refugio zelote. Robert Eisler ha creído descubrir un vínculo entre el cristianismo naciente y los zelotes. Lo único seguro es que el mundo en el que vivía Jesús estaba fuertemente imbuido de espíritu zelote.

[11](#) En los pueblos y aldeas judíos no existían templos para orar a Dios. El único Templo, el Templo por antonomasia, era el de Jerusalén, un lugar de culto pero también un centro administrativo y de poder que controlaba los impuestos y las tasas sagradas. En las demás ciudades y pueblos había sinagogas en las que se reunían los vecinos, sobre todo los sábados, para leer y comentar las Escrituras, orar a Dios para pedir la liberación del pueblo judío, cantar salmos y discutir los problemas del pueblo o informarse de los acontecimientos más sobresalientes del entorno. No obstante, en la Nazaret del siglo I no había ningún edificio dedicado a sinagoga, ni rollos de la Ley y los Profetas, ni campesinos cultos capaces de leer y escribir.

[12](#) Tanto los Evangelios canónicos como los apócrifos mencionan a cuatro hermanos varones de Jesús, Santiago, José, Judas y Simón y a algunas hermanas. En algunos apócrifos a Simón se le llama el zelote. El Nuevo Testamento no habla demasiado de los hermanos de Jesús, pero cuando lo hace (Marcos 3, 31-35; 6, 3; Juan 2, 12, 7, 3-5-9; Hechos 21, 20; Carta a los Gálatas 1, 14; Primera Carta a los Corintios 9, 5) se expresa con gran naturalidad y sencillez. También el historiador judío Flavio Josefo (en *Antigüedades de los judíos*, 20, 9, 1 y 200) habla de los hermanos de Jesús. Igualmente, Tertuliano, hacia el año 220, afirma con claridad que los hermanos de Jesús eran exactamente eso, hermanos, en el pleno sentido de la palabra, y da por sentado que María cesó de ser virgen después del nacimiento de Jesús.

III

El joven se quedó solo; se apoyó contra la cruz, se enjugó el sudor de la frente, respiraba con dificultad, jadeaba. Durante un instante el mundo giró a su alrededor, pero se detuvo de nuevo. Oyó a su madre encender la lumbre para preparar la comida muy de mañana y así disponer de tiempo para ir a presenciar la crucifixión; todas sus vecinas ya iban de camino. Su padre seguía gruñendo y se esforzaba por mover la lengua, pero sólo su garganta estaba viva y emitía sonidos guturales. Afuera, la calle se había quedado desierta otra vez.

Y mientras estaba de pie apoyado contra la cruz, con los ojos cerrados, sin pensar en nada, oyendo sólo los latidos de su corazón, sufrió una repentina sacudida de dolor; sintió de nuevo el ave rapaz invisible clavarle profundamente las garras en la coronilla. «Aquí está otra vez... Aquí está otra vez...» —murmuró, y empezó a temblar—. Sentía que las garras le penetraban hasta el fondo, le rompían los huesos y llegaban al cerebro. Apretó los dientes para no gritar, para que su madre no se asustara y se pusiera a chillar. Se cogió la cabeza entre las manos, apretándola con fuerza como si temiera perder la razón. «Aquí está otra vez... Aquí está otra vez» —murmuró temblando.

La primera vez que había sentido en la coronilla un hormigueo continuo, muy leve, muy dulce, como una caricia, fue cuando tenía sólo doce años —nunca lo había sentido hasta entonces — y estaba en la sinagoga, sentado entre los ancianos y los escuchaba explicar la palabra de Dios, suspirando, sudando. Había cerrado los ojos. ¡Qué dulzura, qué alas aterciopeladas lo habían arrebatado y lo habían transportado al séptimo cielo; así debía ser el Paraíso! Y de sus párpados entrecerrados, de sus labios entreabiertos, felices, había surgido una sonrisa infinita, profunda, que le había lamido vorazmente la carne y había hecho desaparecer completamente su rostro. Y los ancianos

habían visto aquella sonrisa mística, devoradora, habían adivinado que Dios había clavado sus garras en el muchacho, se habían llevado el dedo a la boca y habían guardado silencio.

Pasaron los años, esperaba, esperaba, pero aquella caricia no volvió a aparecer; y he aquí que un día, era la Pascua, primavera, un don de Dios, había ido al pueblo de su madre, a Caná, para elegir esposa— su madre lo presionaba, quería casarlo—. Tenía veinte años, sus mejillas se habían cubierto de un vello tupido y rizado, la sangre le hervía, por la noche no podía dormir. Su madre había aprovechado el ardor de su juventud y había conseguido que fuera a Caná, a su aldea, para elegir esposa. Pues bien, allí estaba con una rosa roja en la mano, miraba a las muchachas del pueblo que bailaban bajo un gran álamo de hojas nuevas. Y mientras las miraba y valoraba sus cualidades, y todas le gustaban, pero no se decidía a elegir, oyó de repente a sus espaldas una risa cantarina, como un manantial de aguas frescas surgido de las entrañas de la tierra. Se volvió, hacia él venía, con toda su panoplia de joyas, pulseras, ajorcas, pendientes y sandalias rojas, y el cabello suelto, adornada como una fragata impulsada por el viento, Magdalena, la hija única del rabino, el hermano de su padre. La mente del hombre se conmocionó. «¡Ésta es la que quiero! —gritó—, ¡ésta es la que quiero!». Y tendió la mano para darle la rosa. Pero al tenderla, diez garras se clavaron en su cabeza, dos alas enloquecidas batieron sobre él y le oprimieron con fuerza las sienes. Lanzó un agudo alarido y cayó de bruces en el suelo echando espumarajos por la boca. Su desdichada madre le cubrió el rostro con su manto, avergonzada, lo cogió en brazos y se lo llevó.

Desde entonces estuvo perdido. En las noches de luna llena, cuando vagaba por los campos o en medio del silencio de la noche, en el sueño, y más a menudo en primavera, cuando el mundo florece y exhala sus fragancias, cada vez que él se disponía a ser feliz y a gozar de las más sencillas alegrías humanas —comer, dormir, reunirse con los amigos, reír, encontrar a una muchacha en la calle y pensar «me gusta»—,

inmediatamente las diez garras se clavaban sobre él y su deseo desaparecía.

Sin embargo, las garras nunca lo habían aprisionado con tanta ferocidad como aquella mañana. Se refugió hecho un ovillo debajo del banco de trabajo, con la cabeza metida entre los hombros; permaneció así durante un buen rato y el mundo se desvaneció; sólo escuchaba en su interior un rumor y unas alas que batían con fuerza encima de él.

Poco a poco las garras fueron desenganchándose, se aflojaron, poco a poco soltaron lentamente, uno a uno, el cerebro, luego el cráneo, por último, el cuero cabelludo, y de repente, el joven sintió un gran alivio y un gran cansancio; salió de debajo del banco, se llevó la mano a la coronilla, se rascó furiosamente por entre los cabellos —le pareció que estaba horadada—, sus dedos no palparon herida alguna, se serenó. Pero al retirar la mano y verla a la luz, sintió un escalofrío, tenía los dedos manchados de sangre.

—Dios se ha enfurecido —murmuró—. Se ha enfurecido... Comienza a correr la sangre.

Alzó la vista, miró. Nadie. Sin embargo, sentía en el aire un olor acre a fiera salvaje. «Ha vuelto, está a mi alrededor, bajo mis pies y sobre mi cabeza...» —pensó horrorizado.

Bajó la cabeza, esperó; el aire estaba mudo, inmóvil, y la luz jugaba, ingenua, supuestamente inofensiva, en la pared de enfrente y en la techumbre de cañizo. «No abriré la boca —decidió para sus adentros—. No diré una palabra; quizá se apiade de mí y se vaya...».

Pero apenas lo hubo decidido, abrió la boca y habló; su voz era pura queja:

—¿Por qué me haces sangrar? ¿Por qué te ensañas conmigo? ¿Hasta cuándo me perseguirás?

Calló, con la boca abierta, con los pelos de punta, con los ojos llenos de espanto, encorvado, escuchaba.

Al principio, nada; el aire estaba inmóvil, mudo; pero, de repente, alguien empezó a hablar encima de él. Aprestó el oído, se puso a escuchar atentamente; escuchaba y no cesaba de sacudir la cabeza, como si dijera: «¡No! ¡No! ¡No!».

Finalmente abrió la boca; su voz ahora no temblaba:

—¡No puedo! Soy ignorante, perezoso, timorato, me gusta la buena comida, el vino, la risa, quiero casarme, tener hijos. ¡Déjame tranquilo!

Calló de nuevo, escuchó atentamente:

—¿Qué dices? ¡Tu voz es demasiado potente, no la entiendo!

Se cubrió los oídos con las manos para amortiguar la voz feroz, sobre él; con todo el cuerpo en tensión, conteniendo la respiración, escuchaba; escuchaba y respondía:

—Sí, sí, tengo miedo... ¿Que me levante para hablar? ¿Qué voy a decir? ¿Cómo lo voy a decir? Soy ignorante. ¡No puedo, te digo! ¿Qué has dicho? ¿El reino de los cielos? A mí no me importa nada el reino de los cielos, me gusta la tierra; quiero casarme, te digo, casarme con Magdalena, aunque sea una puta; yo soy el culpable de que haya llegado a serlo y la salvaré... ¡No, a la tierra, no! ¡A la tierra, no! ¡A quien quiero salvar es a Magdalena! ¡Con eso me basta...! ¡Habla más bajo para que pueda entender lo que dices!

Se protegió la vista poniéndose la mano sobre las cejas a modo de visera, lo cegaba la suave luz que entraba por la claraboya. Tenía fijos los ojos en el techo y esperaba. Contenía la respiración, escuchaba atentamente; a medida que escuchaba, su rostro resplandecía, zalamero, satisfecho, y sus labios carnosos, jugosos, sentían un cosquilleo. De repente se echó a reír. Se armó de valor:

—Sí, sí —murmuró— lo has comprendido bien; sí, intencionadamente. ¡Lo hago intencionadamente, para que me detestes y busques a otro y librarme yo!

—Sí, sí, intencionadamente; y seguiré toda mi vida fabricando cruces para que sean crucificados los Mesías que tú elijas.

Dijo, descolgó de la pared la correa con clavos, se la ciñó a la cintura; miró el tragaluz, el sol estaba alto ya y el cielo era azul y duro, como el acero. Debía darse prisa; hacia el mediodía, cuando más aprieta el sol, tendría lugar la crucifixión.

Se arrodilló, pasó el hombro bajo la cruz, la rodeó con los brazos; levantó una rodilla, se apoyó, la cruz le pareció muy pesada, imposible de levantar, se arrastró hasta la puerta,

tambaleándose. Dio dos o tres pasos, jadeando, ya estaba llegando, pero de pronto le fallaron las rodillas, sintió un mareo y cayó de bruces en el umbral, abrumado por el peso de la cruz.

La casita se removió; se oyó un agudo grito de mujer, la puerta interior se abrió, apareció su madre. Era de piel trigueña, esbelta, con grandes ojos; había pasado ya la primera juventud, entraba en la amargura inquieta y dulzona del otoño. Dos círculos azules rodeaban sus ojos, su boca era fresca y jugosa, como la de su hijo, pero su mentón era más firme y resuelto. Se cubría la cabeza con un manto de lino de color violeta, y dos largos pendientes de plata, su único adorno, tintineaban en sus orejas.

Al abrir la puerta, tras ella, se vio al padre sentado en la cama, con el torso desnudo, macilento, abotagado, con los ojos vidriosos e inmóviles; su mujer acababa de darle de comer y aún masticaba con gran esfuerzo el pan, las aceitunas y la cebolla, y los vellos del pecho, blancos y rizados, estaban llenos de saliva y de migas. A su lado, el famoso bastón marcado por el destino, que había florecido el día de sus esponsales, y que ahora era un palo seco.

La madre entró, vio a su hijo retorcerse, caído en el suelo bajo la cruz, se clavó las uñas en las mejillas y lo miró, pero no corrió a levantarlo; ya estaba cansada de que se lo llevaran medio inconsciente, de verlo vagar por los campos, por las soledades; de sus ayunos, de que se negara a trabajar y permaneciera horas y horas con la mirada perdida en el vacío, hechizado e inerte. Sólo cuando le encargaban una cruz para crucificar hombres se lanzaba de cabeza al trabajo día y noche, con rabia. Ya no iba a la sinagoga, no quería volver a Caná ni a ninguna fiesta, y cuando había luna llena su mente desvariaba y la pobre madre lo oía decir cosas sin sentido y gritar como si luchara con algún demonio.

¡Cuántas veces había caído a los pies del hermano de su marido, el anciano rabino, que sabía exorcizar los demonios, y al que acudían los endemoniados desde los confines de la tierra, y él los sanaba! Hacía dos días que había caído de nuevo a sus pies: «¿Sanas a los extraños y no quieres sanar a mi hijo?» —se le quejó—. El rabino sacudió la cabeza. «María —le respondió—,

no es un demonio quien tortura a tu hijo, no es un demonio, es Dios. Por tanto, ¿qué puedo hacer yo?». «¿No tiene cura? —preguntaba la desdichada—. Es Dios, te digo. No tiene cura». «¿Por qué lo tortura?». El viejo exorcista suspiró; no le respondió. «¿Por qué lo tortura?» —insistió la madre—. «Porque lo ama, María» —respondió al fin el anciano rabino—. La madre lo miró aterrada. Iba a abrir la boca para preguntar, pero el rabino se la tapó con la mano. «Tal es la Ley de Dios, no preguntes» —dijo, frunciendo el entrecejo, y con un gesto le indicó que se fuera.

El mal duraba ya años y María, pese a ser una madre, estaba hastiada, y al verlo en esa ocasión caído de bruces en el umbral, con la frente ensangrentada, no se movió; se limitó a lanzar un suspiro desde lo más hondo de su corazón. No suspiró por su hijo, sino por su propio destino; había sido muy desdichada en la vida; desdichada con su marido y desdichada con su hijo; había enviudado antes de estar casada y había sido madre sin haber tenido un hijo. Envejecía, los cabellos blancos le aumentaban día a día sin haber conocido la juventud, el calor de un hombre, la dulzura y el orgullo de la mujer casada; la dulzura y el orgullo de la madre. Sus ojos estaban secos de tanto llorar; había vertido ya todas las lágrimas que Dios le había asignado en el reparto, y ahora miraba a su hijo y a su marido con los ojos secos. Y si aún lloraba alguna vez, ocurría cuando estaba sola, era primavera y miraba los campos verdes a los lejos y hasta ella llegaban las fragancias de los árboles en flor; pero en tales momentos no lloraba por su marido ni por su hijo, sino por su vida desperdiciada.

El joven se había levantado y se enjugaba la sangre con el borde del vestido; se volvió, vio a su madre que lo miraba severamente, se enfadó. Conocía aquella mirada, que no le perdonaba nada; conocía aquellos labios apretados, con un rictus de amargura; ya no podía soportarlo; él también estaba harto de aquella casa habitada por viejos paráliticos y madres inconsolables, y de los triviales consejos cotidianos: ¡Come, trabaja, cástate! ¡Come, trabaja, cástate!

La madre abrió los labios, firmemente cerrados:

—Jesús —dijo, con un tono de reproche—, ¿con quién discutías otra vez esta mañana al amanecer?

El hijo se mordió los labios por temor a que se le escapara una palabra dura, abrió la puerta, entró el sol y un aire polvoriento, ardiente, venido del desierto. Se enjugó el sudor y la sangre de la frente, volvió a poner el hombro bajo la cruz y la levantó, sin decir nada.

La madre se recogió los cabellos, que se le habían esparcido por la espalda, los cubrió con el manto, dio un paso, se acercó a su hijo. Pero al verlo bien a la luz, se estremeció asustada. ¡Cómo cambiaba constantemente su rostro! ¡Era versátil, como el agua! Cada día le parecía verlo por primera vez; cada día encontraba en sus ojos, en su frente, en su boca, una luz desconocida, una sonrisa, a veces satánica, a veces llena de aflicción, un resplandor voraz que le lamía la frente, el mentón, el cuello y lo devoraba. Aquel día, dos grandes llamas negras ardían en sus ojos.

Por un instante estuvo a punto de gritar, despavorida: «¿Quién eres?». Pero se contuvo. «¡Hijo mío!» —dijo y sus labios temblaban—. Permaneció en silencio y esperó a ver si verdaderamente aquel hombre era su hijo. ¿Se volvería para mirarla, para hablarle? Pero él no se volvió; con un brusco movimiento levantó la cruz sobre su hombro y cruzó el umbral sin tambalearse.

La madre, apoyada en el quicio de la puerta, lo miraba caminar pisando levemente cada piedra de la calle y subir la cuesta. ¡Dios mío, de dónde había sacado tanta fuerza! Aquello no era una cruz, eran dos alas que lo llevaban a él.

—Señor Dios mío —murmuró la madre, aturdida—, ¿quién es? ¿De quién es hijo? No se parece a su padre, no se parece a nadie, cada día cambia, no es una sola persona sino muchas. Mi mente está confusa.

Se acordó de una tarde que lo tenía en el regazo, en el pequeño patio, junto al pozo; era verano, por encima de su cabeza, la parra cargada de racimos; le estaba dando el pecho y mientras lo amamantaba se quedó dormida un instante; y en un solo instante tuvo tiempo de ver un sueño infinito: Un ángel en el

cielo llevaba colgada del brazo una estrella, como si fuera un farol, y avanzaba e iluminaba la tierra; en la oscuridad había un camino fulgurante, como un haz de luz muy sinuoso, que se desplegaba y se extinguía a sus pies... Y cuando miraba fascinada aquel camino y se preguntaba de dónde podría partir y por qué terminaba en sus pies, alzó la mirada y ¿qué vio?: la estrella se había detenido sobre su cabeza y al fondo del camino que iluminaba, aparecieron tres jinetes, sobre cuyos cabellos brillaban tres coronas de oro. Se detuvieron un momento, miraron el cielo, vieron que la estrella se detenía, espolearon sus caballos y galoparon hacia ella. La madre distinguía ahora los rostros: uno, el de en medio, una rosa blanca, un joven imberbe de cabellos rubios; a su derecha, un hombre de tez amarilla, con una barba negra y puntiaguda y ojos oblicuos; a su izquierda, un negro de cabellos blanquísimos y ensortijados, y con aretes de oro en las orejas y dientes relucientes. Antes de que la madre tuviera tiempo de distinguirlos bien y cubrir los ojos de su hijo para que el fuerte resplandor no lo deslumbrara, los tres jinetes ya habían llegado y se habían arrodillado ante ella, y el niño había soltado el pecho y estaba en pie sobre las rodillas de su madre.

El príncipe blanco se acercó el primero, se quitó la corona y la depositó humildemente a los pies del niño; luego el negro se arrastró de rodillas, sacó del pecho un puñado de rubíes y esmeraldas y los esparció con gran ternura sobre la cabeza del recién nacido; el tercero, el de tez amarilla, extendió la mano y puso a los pies del niño una brazada de largas plumas de pavo real para que jugara... Y el niño los miraba a los tres, les sonreía, pero no alargaba las manitas para coger los regalos...

De pronto, los tres reyes desaparecieron y se presentó un pastor vestido con pieles de cordero y llevaba en las manos un cuenco de barro con leche caliente; al verlo el niño se puso a bailar en las rodillas de su madre, inclinó la carita sobre el cuenco y empezó a beber la leche, insaciable y contento...

Apoyada en el quicio de la puerta, la madre evocaba el sueño infinito y suspiraba. ¡Cuántas esperanzas le había infundido aquel hijo único! ¡Qué vaticinios le habían predicho las magas!

¡Cómo lo miraba el propio rabino! ¡Cómo abría las Escrituras y leía a los profetas sobre la cabeza del niño y cómo examinaba su pecho, sus ojos, sus pies, para encontrar una señal! Pero, desgraciadamente, a medida que pasaba el tiempo, sus esperanzas se desvanecían, su hijo tomaba malos derroteros y se alejaba cada vez más de la senda de los hombres...

Se ajustó fuertemente el manto, cerró la puerta y tomó también ella la cesta para ir a ver la crucifixión, para pasar el rato...

IV

La madre caminaba, caminaba, tenía prisa por meter se entre la multitud y perderse. Delante de ella oía a las mujeres que gritaban, detrás de las mujeres, los hombres, enfurecidos, con las dagas metidas en el seno, sucios, desgredados, descalzos, resollando, y tras ellos, los ancianos; los últimos, los cojos, los ciegos, los lisiados. La tierra retumbaba bajo las pisadas de los hombres, el polvo formaba una densa nube, el aire apeataba, y en el cielo, el sol empezaba a quemar.

Una vieja se volvió, vio a María, soltó una blasfemia. Dos vecinas apartaron el rostro y escupieron para conjurar el mal encuentro, y una recién casada se recogió el vestido, estremeciéndose, para que la madre del crucificador no lo rozara al pasar. La madre suspiró y se arrebujo en el manto color violeta; sólo se le veía la boca cerrada con un rictus amargo, y los ojos almendrados, llenos de pena. Caminaba sola, tropezando en las piedras, tenía prisa por meterse entre la multitud y perderse; a su alrededor se levantaba un murmullo, pero ella hacía de tripas corazón y seguía avanzando. «¡Mi hijo, el hijo de mi corazón! —pensaba—. ¡Mi hijo, el hijo de mi corazón, a lo que ha llegado!». Y mordía el borde del manto para no estallar en sollozos.

Llegó al grupo de hombres y mujeres, dejó atrás a los hombres, se metió entre las mujeres, intentando pasar desapercibida; se había puesto la mano sobre la boca, ahora sólo se le veían los ojos, ninguna vecina la reconocería, se tranquilizó.

De pronto oyó a sus espaldas un alboroto, los hombres avanzaron precipitadamente, apartaban a las mujeres para ponerse delante, se acercaban al cuartel donde estaba preso el zelote, estaban impacientes por derribar la puerta y liberarlo. María se echó a un lado, se ocultó bajo el alero de una puerta, miraba. Largas barbas pringosas, cabellos sin cortar, mugrientos,

bocas espumeantes, el anciano rabino encaramado sobre el cuello de un hombretón de aspecto salvaje, agitaba los brazos hacia el cielo y gritaba. ¿Qué gritaba? María aguzó el oído y escuchó:

—Hijos míos, tened confianza en el pueblo de Israel —decía—. ¡Adelante, todos juntos, no tengáis miedo! ¡Roma es humo, soplará Dios y se dispersará! ¡Acordaos de los Macabeos! [13](#) ; recordad cómo expulsaron y humillaron a los griegos, dominadores del mundo; del mismo modo expulsaremos y humillaremos nosotros a los romanos. Uno solo es el Señor de las Potencias, ¡nuestro Dios!

El anciano rabino, arrobado, saltaba y danzaba sobre los hombros del gigantón. No tenía fuerzas para correr, había envejecido, lo habían devorado los ayunos, las prosternaciones y las grandes esperanzas. El gigantesco montañés lo había cogido y ahora lo llevaba corriendo en cabeza del pueblo y lo agitaba como una bandera.

—¡Eh, Barrabás —gritaba el pueblo—, se te va a caer!

Pero él, despreocupado, zarandeaba y mecía al viejo sobre sus hombros y seguía avanzando.

Gritaban a Dios, y el aire por encima de las cabezas del pueblo se incendió; saltaron llamas y unieron el cielo con la tierra, las sienes de los hombres se aflojaron. Aquel mundo hecho de piedras, de hierba y de carne se enrareció, se volvió transparente, y tras él apareció otro lleno de llamas y de ángeles.

Judas se enardeció, alargó los brazos, arrancó al anciano rabino de los hombros de Barrabás, lo puso a horcajadas sobre su cuello y comenzó a bramar: «¡Hoy; no mañana; hoy!». Y el rabino también se inflamó y con voz débil y agonizante comenzó a cantar el salmo de victoria, y todo el pueblo lo coreó: «Me han cercado las naciones, pero yo las disperso en el nombre de Dios. ¡Me han envuelto como un enjambre de avispa, pero yo las disperso en el nombre de Dios!».

Pero mientras cantaban y dispersaban en su mente las naciones, se alzó ante ellos, en el corazón de Nazaret, macizo, cuadrado, con cuatro ángulos, con cuatro torres, con cuatro águilas de bronce gigantescas, la fortaleza del enemigo, el

cuartel [14](#) . En cada una de sus plantas habitaba el demonio; en lo alto de las torres, los estandartes amarillos y negros de Roma con las águilas; más abajo, el sanguinario centurión de Nazaret, Rufo, con su destacamento de soldados. Más abajo aún, los caballos, los perros, los camellos, los esclavos, y todavía más abajo, hundido en un profundo pozo seco, con el cabello sin cortar, negado a beber vino y al contacto con hembra, el zelote, el rebelde. A una sola sacudida de su cabeza, todas las plantas del edificio, ¡malditas sean!, hombres, esclavos, caballos, torres, se desmoronarían de arriba abajo; de tal modo entierra siempre Dios en el fondo de los cimientos de la injusticia el pequeño y menospreciado grito de la justicia.

Aquel zelote era el último descendiente de la ilustre estirpe de los Macabeos. El Dios de Israel había extendido su mano sobre ella y no dejaba que se perdiera aquella simiente sagrada. El viejo rey Herodes, maldito, había untado con pez a cuarenta jóvenes y los había hecho arder como antorchas en una noche porque habían derribado el águila de oro que este rey de Judea, traidor, había colocado sobre la puerta del Templo, jamás mancillado hasta entonces [15](#) . Los conjurados eran cuarenta y uno, pero habían apresado a cuarenta, el cabecilla se les había escapado. El Dios de Israel lo había agarrado por la cabellera y lo había salvado. Aquel zelote, bisnieto de los Macabeos, era aún un joven imberbe.

Desde entonces llevaba años huido a las montañas y luchaba para liberar las santas tierras que Dios había regalado a Israel. «¡Adonai, es nuestro único Señor —proclamaba—, no paguéis a los señores de este mundo el impuesto por cabeza! [16](#) . ¡No permitáis que sus ídolos en forma de águila mancillen el templo de Dios, no degolléis bueyes ni ovejas en sacrificio al tirano, al emperador! ¡No hay más que un Dios, nuestro Dios; no hay más que un pueblo, el pueblo de Israel; no hay más que un fruto en todo árbol de la tierra, el Mesías!».

Pero de pronto, el Dios de Israel había retirado la mano que tenía sobre él y el centurión de Nazaret, Rufo, lo había capturado; campesinos, artesanos, propietarios, se habían alborotado y habían venido de todas las aldeas cercanas, y

también los pescadores del lago de Genesaret, y ahora durante días y días una noticia sombría, siniestra, de doble mensaje, saltaba de casa en casa, de barca en barca, y sorprendía también a los viajeros en los caminos «¡Crucifican al zelote, otro más que desaparece, está acabado!» —les anunciaba a voces—. Y otras veces: «¡Salud, hermanos, el Libertador ha llegado, coged grandes palmas e id todos juntos a Nazaret para darle la bienvenida».

El anciano rabino se irguió de rodillas sobre el cuello del hombre de barba pelirroja, extendió el brazo hacia el cuartel, comenzó de nuevo a gritar:

—¡Está ahí! ¡Está ahí! El Mesías se encuentra dentro del pozo seco y espera. ¿A quién espera? ¡A nosotros, el pueblo de Israel! ¡Adelante, derribad la puerta, liberad al Libertador para que nos liberte!

—¡En el nombre del Dios de Israel! —Barrabás lanzó un feroz alarido, y blandió la tajadera que llevaba.

El pueblo bramó, se removieron los puñales escondidos en los senos, la chiquillería preparó sus hondas y todos se lanzaron, con Barrabás al frente, contra la puerta de hierro. Todos los ojos estaban cegados por la luz de Dios y no vieron una portezuela que se entreabría y por la que aparecía Magdalena, enjugándose los ojos arrasados en lágrimas, lívida. Su espíritu se había apiadado del que iba a morir y aquella noche había bajado al foso para proporcionarle la última alegría, la más dulce que puede ofrecer este mundo. Pero el condenado a muerte pertenecía a la feroz secta de los zelotes y había jurado no cortarse los cabellos, no beber vino ni dormir con una mujer mientras Israel no fuera liberada. Y Magdalena había permanecido toda la noche sentada frente a él, mirándole. Sin embargo él, más allá de los cabellos negros de la mujer, mucho más lejos, miraba a Jerusalén, no a la presente, la sometida, la prostituida, sino a la futura, la Jerusalén Santa, con sus siete puertas de muralla triunfales, sus siete ángeles custodios, con los setenta y siete pueblos de la tierra postrados a sus pies. El condenado a muerte acariciaba el seno fresco de la Jerusalén futura y la muerte desaparecía, el mundo se hacía más suave, se

redondeaba, llenaba su mano. Cerraba los ojos, sostenía el seno de Jerusalén en el hueco de la mano y no pensaba más que en una sola cosa: en el Dios de cabellos sin cortar, privado de vino y de mujer, en el Dios de Israel. Durante toda la noche, el zelote, con Jerusalén sobre sus rodillas, edificaba en sus entrañas, como él lo quería, no hecho de ángeles y nubes, sino de hombres y de tierra, cálido en invierno, fresco en verano, el reino de los cielos [17](#) .

El anciano rabino vio salir del cuartel a su hija prostituida y apartó el rostro. Ella era la gran vergüenza de su vida. ¿Cómo había podido salir de las entrañas puras del rabino, temerosas de Dios, aquella puta? ¿Qué demonio o qué pena incurable la había herido y la había hecho tomar la senda de la vergüenza? Un día que volvió de una fiesta en Caná rompió en sollozos, quería matarse y luego comenzó a reír a carcajadas, y se maquillaba, se cargaba de joyas y se paseaba por las calles; después abandonó la casa paterna y montó su tienda en Magdala, en la encrucijada por donde pasan las caravanas de mercaderes...

Llevaba aún el pecho descubierto, avanzaba hacia la gente sin miedo, sus labios y sus mejillas habían perdido los afeites, sus ojos estaban turbios por haber pasado toda la noche mirando aquel hombre y llorando. Vio a su padre volver el rostro, avergonzado, y esbozó una sonrisa amarga; ella estaba por encima de la vergüenza y del temor de Dios, por encima del amor de su padre y de las opiniones de los hombres; la difamaban diciendo que tenía dentro siete demonios, pero no tenía siete demonios, tenía siete puñales clavados en el corazón.

El anciano rabino comenzó de nuevo a gritar para que todos los ojos se volvieran hacia él y no vieran a su hija; bastaba con que la hubiera visto Dios, Él la juzgaría. Se rebulló sobre los hombros del pelirrojo.

—¡Abrid los ojos del alma —gritaba—, mirad al cielo! ¡Dios está encima de nosotros, el cielo se ha rasgado, los ejércitos de los ángeles han aparecido, el aire se ha llenado de alas azules y rojas!

El cielo se incendió, el pueblo alzó los ojos, vio encima de él a Dios, que descendía armado. Barrabás blandió la tajadera:

«¡Hoy; no mañana; hoy!», gritó, y el pueblo se lanzó contra el cuartel, cayeron sobre la puerta de hierro, aplicaron palancas, llevaron escalas, transportaron antorchas encendidas; de repente la puerta se abrió y aparecieron dos jinetes de bronce armados de pies a cabeza, con expresión impasible, con la piel curtida por el sol, bien alimentados, seguros. Espolearon sus caballos, levantaron las lanzas y súbitamente las calles se llenaron de pies y espaldas que huían hacia la colina de la crucifixión dando alaridos.

* * *

Aquella colina maldita estaba completamente pelada, llena toda ella de sílice y de arbustos espinosos. Debajo de cualquier piedra que se levantara se podía encontrar gotas de sangre seca; cada vez que los hebreos se rebelaban y exigían libertad, aquella colina se llenaba de cruces y sobre ellas se retorcían y gemían los rebeldes; por la noche llegaban los chacales y les comían los pies, y a la mañana siguiente, los cuervos les devoraban los ojos.

El pueblo se detuvo sin aliento al pie de la colina; otros jinetes de bronce abatieron, arrollaron, repelieron a la masa de judíos y formaron una barrera. Se acercaba ya el mediodía y la cruz aún no había llegado; en la cima de la colina esperaban dos gitanos con martillos y clavos en la mano; los perros de la aldea iban llegando, hambrientos; los rostros, vueltos hacia el collado, ardían bajo un cielo abrasador; ojos negros y brillantes, narices ganchudas, mejillas rudas, tirabuzones mugrientos junto a las orejas; y la mujeres gordas con los sobacos húmedos, los cabellos untados de pringue, se derretían bajo el sol y hedían.

Un grupo de pescadores, con el rostro, el pecho y los brazos roídos por soles y vientos, con ojos de niños asombrados, habían llegado también desde el lago de Genesaret para ver el milagro: en el momento en que los infieles fueran a crucificar al zelote, él se despojaría de sus harapos y de ellos surgiría un ángel con una espada. Habían llegado la noche anterior con sus cestos llenos de pescado, los habían vendido a buen precio, habían

recalado en una taberna, habían bebido, se habían emborrachado, habían olvidado por qué habían ido a Nazaret; sólo se acordaban de las mujeres y cantaban en su honor, luego habían llegado a las manos entre ellos, se habían reconciliado de nuevo y al amanecer volvió a su mente el Dios de Israel, se lavaron y se pusieron en camino, medio dormidos, para presenciar el milagro.

Esperaron, esperaron, se aburrieron; se llevaron sobre las espaldas algunos golpes de lanza, se arrepintieron de haber ido.

—Yo digo que volvamos a nuestras barcas, muchachos —dijo uno de barba gris y rizada, vigoroso, con la frente como la concha de una ostra—, acordaos de lo que os digo, a éste lo crucificarán también y los cielos no se rasgarán; ni la cólera de Dios ni la injusticia del hombre tienen fin. ¿Qué dices tú hijo de Zebedeo?

—Que tampoco tiene fin la estupidez de Pedro —respondió uno de los compañeros, un pescador de barba hirsuta y mirada salvaje, y se echó a reír—. Me vas a perdonar, Pedro, has echado ya pelos blancos pero no has echado sensatez; en un segundo te enciendes y te apagas como la estopa. ¿No fuiste tú, bendito de Dios, el que nos soliviantaste, el que corría de caique en caique gritando?: «¡Aprisa, hermanos, sólo una vez en la vida se ve un milagro; vamos a Nazaret a verlo!». Y ahora que tus espaldas se han llevado dos lanzadas te has desconcertado de pronto y has cambiado tu cantinela: «¡Aprisa, hermanos, vámonos de aquí!». ¡Con razón te llaman el Veleta!

Dos o tres pescadores que oían la conversación se echaron a reír; y un pastor que olía a macho cabrío alzó el cayado:

—No le riñas, Santiago —dijo—, aunque sea un Veleta; es el mejor de todos nosotros, un corazón de oro.

—Un corazón de oro, tienes razón, Felipe —dijeron todos, y alargaron el brazo para acariciar y calmar a Pedro.

Pero él jadeaba violentamente, enojado; era capaz de soportarlo todo, pero no quería que le llamaran Veleta; puede que lo fuera, puede que la menor brisa que soplaba le hiciera cambiar de dirección, pero no lo hacía por miedo, lo hacía por buen corazón.

Santiago vio a Pedro abatido y se apenó, se arrepintió de haberle hablado con poco tacto, siendo como era mayor que él, y para desviar la conversación:

—Dime, Pedro —dijo—, ¿qué es de tu hermano Andrés? ¿Aún está en el desierto del Jordán?

—Todavía, todavía —respondió Pedro, y suspiró—. Al parecer, ya ha sido bautizado y también él come saltamontes y miel silvestre, como su maestro. Y que Dios me deje por mentiroso, pero no tardaremos en verlo recorrer las aldeas, gritando: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! ¡El reino de los cielos ha llegado!». ¿Qué reino de los cielos? ¡No tenemos vergüenza, es lo que digo yo!

Santiago meneó la cabeza, frunció el espeso entrecejo.

—Creo que lo mismo le ocurre a mi hermano Juan, el inquieto —dijo—, también él fue al monasterio, al desierto de Genesaret, para hacerse monje; él no está hecho para pescador, y me ha dejado completamente solo con dos viejos y cinco barcas; ¡es como para volverse loco!...

—¿Pero qué le faltaba al bendito? Tenía todos los bienes de Dios, ¿qué mosca le ha picado, en la flor de la juventud? —preguntó Felipe, el pastor, y se alegraba para sus adentros de que los ricos también tengan un gusano que los corroe.

—De repente empezó a sentir un grave desasosiego —respondió Santiago—, se pasaba la noche dando vueltas en la cama, como los adolescentes que quieren coyunda.

—¡Pues que se hubiera casado! No le habrían faltado novias donde elegir a su gusto.

—No quería desposar una mujer, decía.

—¿Entonces qué?

—Quería el reino de los cielos, como Andrés.

Los pescadores soltaron una carcajada.

—¡Pues mira tú qué bien! —dijo un viejo pescador, y se frotó las manos encallecidas, con malicia.

Pedro ya abría la boca para hablar, pero no le dio tiempo; se oyeron gritos roncós:

—¡El crucificador! ¡El crucificador! ¡Ahí está!

Las cabezas se giraron alteradas, al fondo de la calle se vio al hijo del carpintero que subía la cuesta tambaleándose, resollando, cargado con la cruz.

—¡El crucificador! ¡El crucificador! —rugió el pueblo—. ¡El traidor!

Los dos gitanos desde lo alto de la colina vieron venir la cruz, se pusieron en pie de un salto, contentos. El sol los había quemado, se escupieron en las palmas de las manos, cogieron sendos picos y empezaron a cavar un hoyo; habían puesto junto a ellos, sobre una piedra, los gruesos clavos con la cabeza plana; les habían encargado tres, pero ellos habían forjado cinco.

Hombres y mujeres habían formado una cadena cogiéndose de la mano, para no dejar pasar al crucificador. Magdalena se separó de la multitud, clavó los ojos en el hijo de María que subía la cuesta. Su corazón se henchía de pena; se acordaba de sus juegos cuando eran niños, él tenía tres años, ella cuatro. ¡Qué gozos profundos, inconfesables, aquellos! ¡Qué indecible dulzura! Ambos sentían por primera vez muy profundamente, sin saber explicarlo, que uno era hombre y la otra mujer, dos cuerpos que una vez, en algún tiempo, se diría que habían sido uno y un Dios despiadado los había separado, y ahora se habían vuelto a encontrar las dos mitades y querían unirse, volver a ser un solo cuerpo. Y a medida que crecían sentían cada vez con mayor claridad qué maravilla era que uno fuera hombre y la otra mujer, y se miraban con mudo pavor. Esperaban como dos fieras que su apetito fuera más voraz, que llegara la hora de lanzarse el uno sobre el otro para volver a unir por sí mismos lo que Dios había separado. Y una tarde, en una fiesta en Caná, en el instante en el que amado extendía el brazo para ofrecerle la rosa, como compromiso de matrimonio, el Dios despiadado se había lanzado sobre ellos y los había separado de nuevo, y desde entonces ya...

Los ojos de Magdalena se arrasaron en lágrimas; avanzó un paso, el portador de la cruz pasaba ahora delante de ella.

Se inclinó sobre él, sus cabellos perfumados rozaron los hombros desnudos y ensangrentados de Jesús.

—¡Crucificador! —gruñó con voz ahogada, ronca. Temblaba.

El joven se volvió, clavó en ella un momento sus grandes ojos afligidos; un temblor convulso recorrió el borde de sus labios, su boca se arqueó, pero bajó inmediatamente la cabeza y Magdalena no tuvo tiempo de distinguir si era dolor, pánico o una sonrisa. Inclined aún sobre él, con la respiración entrecortada, Magdalena le habló:

—¿No te da vergüenza? ¿No te acuerdas? ¡Qué bajo has caído!

Y al poco rato, como si hubiera oído su respuesta:

—¡No, no —le gritó—, no es Dios, desdichado, no es Dios, es el demonio!

Entretanto, el pueblo se había lanzado a cortar el camino, un viejo levantó el bastón y lo golpeó, dos boyeros que habían bajado del monte Tabor para presenciar el milagro le clavaron sus agujadas, y Barrabás sentía subir y bajar en su mano la tajadera. El anciano rabino vio que su sobrino corría peligro, se deslizó del cuello del pelirrojo y corrió a defenderlo.

—¡Deteneos, hijos míos —gritaba—, no pongáis obstáculos en el camino de Dios, es un gran pecado! ¡No impidáis que se cumpla lo que está escrito! ¡Dejad pasar la cruz, es Dios quien la envía, que los gitanos preparen los clavos, que el enviado de Adonai suba a la cruz! ¡No tengáis miedo, tened confianza! ¡Tal es la Ley de Dios! ¡Que el cuchillo penetre hasta el hueso, de lo contrario no se producirá el milagro! Escuchad a vuestro anciano rabino, hijos míos, os digo la verdad. ¡Si el hombre no llega hasta el borde del abismo no le salen alas en los hombros!

Los boyeros retiraron las agujadas, las piedras cayeron de los puños cerrados, el pueblo se apartó para dejar expedito el camino de Dios; el hijo de María pasó cargado con la cruz, tambaleándose. A lo lejos, en el olivar, se oyeron de nuevo las cigarras serrar el aire; un perro carnicero hambriento ladró sobre la colina, contento, y lejos, en medio de la multitud, una mujer arrebuja en un manto de color violeta dio un grito y se desmayó.

Pedro estaba ahora de pie con la boca abierta y miraba al hijo de María con los ojos fuera de las órbitas. Lo conocía, la casa paterna de María, en Caná, estaba enfrente de la casa paterna

de Pedro, y sus ancianos padres, Joaquín y Ana, eran desde antiguo buenos amigos de los padres de él; personas santas, los ángeles entraban y salían con toda normalidad de su humilde morada, y una vez los vecinos vieron al mismo Dios, transformado en mendigo, traspasar de noche su umbral; supieron que era Dios porque la casa de Joaquín y Ana se removió como si hubiera entrado en ella un terremoto. Y al cabo de nueve meses se produjo el milagro: la vieja Ana, a los sesenta años dio a luz a María. Pedro tendría más o menos cinco años, pero recordaba bien el alborozo que se había desencadenado y cómo el pueblo entero se había puesto en movimiento y hombres y mujeres habían corrido a felicitarla; unos le llevaban harina y leche, otros dátiles y miel y otros ropita de recién nacido, regalos para la parterera y para la pequeña. Y la madre de Pedro había sido la partera; calentaba agua, echaba sal en ella y lavaba a la recién nacida, que lloraba... Y ahora el hijo de María, helo ahí, pasa ante él, cargado con la cruz, y la gente le escupe y le tira piedras... Lo miraba, lo miraba, y su corazón se acongojaba. ¡Qué desgraciado destino el suyo; el Dios despiadado de Israel había elegido a este hombre, el hijo de María, para que construyera las cruces en las que eran crucificados los profetas! «Él es todopoderoso —pensaba Pedro, sintiendo un escalofrío—, es todopoderoso, había podido elegirme a mí pero yo me libré, eligió al hijo de María». Y súbitamente, el conturbado corazón de Pedro se calmó; sintió de pronto una profunda gratitud hacia el hijo de María, que había tomado el pecado y lo había cargado sobre sus espaldas.

Y mientras Pedro revolvía en su mente todos aquellos pensamientos, el hijo de María se detuvo, exhausto.

—Estoy cansado, estoy cansado —murmuró, y buscó con la mirada una piedra en la que apoyarse, un hombre.

Pero sólo vio miles de ojos que lo miraban con odio, y puños levantados; oyó un batir de alas en el cielo —eso le pareció—, su corazón palpó con fuerza. Quizá Dios se apiadara de él en el último momento y le enviara a sus ángeles. Alzó los ojos; no eran ángeles, eran cuervos. Se enfureció, la obstinación lo dominó, adelantó, decidido, el pie para continuar la marcha, para subir a

la colina, pero las piedras se hundieron bajo sus pies; tropezó, basculó hacia adelante, a punto de caer; Pedro se adelantó, corrió y lo sostuvo, le cogió la cruz, la cargó sobre sus hombros.

—Vamos, te ayudaré —le dijo—, estás cansado.

El hijo de María se volvió, lo miró, no lo reconoció; todo aquel recorrido le parecía un sueño. De repente sentía los hombros aliviados del peso, ahora volaba, suspendido en el aire, como volamos en los sueños. «Quizá no era una cruz —pensó— quizá no era una cruz, debían ser alas». Se enjugó el sudor y la sangre del rostro, y caminó con paso firme detrás de Pedro.

El aire era fuego, calcinaba las piedras; los vigorosos perros de pastor, que los gitanos llevaban para lamer la sangre, estaban tumbados al pie de un peñasco, alrededor del hoyo que habían cavado sus amos, jadeantes, con la lengua colgante, chorreando babas. En aquel día abrasador se oía crujir las cabezas y hervir los cerebros; en semejante calor asfixiante todas las fronteras se movían y se desplazaban: sensatez y locura, cruz y alas, Dios y hombre.

Algunas mujeres compasivas reanimaron a María, ella abrió los ojos, vio a su hijo descalzo, escuálido; estaba a punto de llegar a la cima y delante de él, un hombre le llevaba la cruz. Suspiró, miró a su alrededor, como si pidiera ayuda; vio a sus paisanos, los pescadores, iba a acercarse, a apoyarse en ellos, pero no tuvo tiempo, la trompeta sonó a lo lejos, en el cuartel, aparecieron nueve soldados a caballo, se levantó una polvareda, la gente se rebulló, y antes de que María tuviera tiempo de subirse a una piedra para ver, los jinetes se habían desplegado ya con sus cascos de bronce, sus clámides rojas, sus lustrosos y soberbios caballos que pisoteaban al pueblo.

Con las manos atadas a la espalda, con el vestido hecho jirones, ensangrentado, con una barba gris e hirsuta y largos cabellos pegados a los hombros por el sudor y la sangre, el zelote rebelde avanzaba con los ojos inmóviles y fijos hacia adelante.

El pueblo al verlo fue presa del pavor. ¿Era un hombre o bien un ángel oculto bajo harapos o un demonio que guardaba en sus labios apretados un secreto terrible e inconfesable? El anciano

rabino y el pueblo habían acordado empezar a entonar al unísono en voz alta el salmo guerrero «¡Que mis enemigos sean dispersados!», apenas apareciera el zelote, para infundir valor al rebelde. Pero ahora las gargantas estaban selladas, todos sentían que aquel hombre no necesitaba valor, que estaba por encima del valor, impertérrito, inquebrantable, y que portaba la libertad en sus manos atadas a la espalda. Lo miraban aterrorizados y callaban.

El centurión, con la piel apergaminada por los soles de Oriente, marchaba delante y arrastraba al rebelde, atado con una cuerda amarrada a la silla del caballo. Estaba ya asqueado de los hebreos. Hacía diez años que levantaba cruces y crucificaba; diez años que les cerraba la boca con piedras y tierra para que no gritaran. ¡Todo en vano! Se crucificaba a uno y había miles que hacían cola esperando anhelantes su turno, cantando salmos desvergonzados de un puerco rey suyo, sin temer a la muerte. Tenían un Dios propio, sanguinario, que se bebía la sangre de los primogénitos varones; tenían una ley propia, una bestia de diez cuernos, devoradora de hombres.

¿Por dónde atacarlos? ¿Cómo dominarlos? No temían a la muerte. Y quien no teme a la muerte —el centurión había meditado mucho sobre esto, allí, en Oriente—, quien no teme a la muerte es inmortal.

Tiró de las riendas, el caballo se detuvo; recorrió con la mirada a los hebreos todo alrededor, los rostros corroídos, los astutos ojos ardientes, las barbas untadas de grasa, los cabellos largos, desgredados y mugrientos... Escupió con asco. ¡Si pudiera salir de allí, partir, regresar ya a Roma, con sus baños, sus teatros, sus anfiteatros y sus mujeres que se lavaban! ¹⁸ . Sintió asco de Oriente, de sus olores, de su suciedad, de los hebreos.

La cruz ya estaba clavada en la cima de la colina, los gitanos se sacudían el sudor sobre las piedras, el hijo de María se había sentado en un peñasco y miraba a los gitanos, a la cruz, al pueblo y al centurión, que se apeaba del caballo ante ellos; miraba, miraba, y no veía más que una oleada de cráneos y encima de ellos, el cielo abrasado. Pedro se acercó a él, se

inclinó para hablarle, le habló, pero en sus oídos resonaba un mar espumoso, no lo oyó.

El centurión hizo una señal con la cabeza, desataron al zelote y él estiró los brazos tranquilamente para desentumecerse y empezó a desvestirse. Magdalena se deslizó por entre las patas de los caballos, abrió los brazos e iba a acercarse a él, pero el joven la rechazó con un gesto. Una anciana de porte aristocrático, erguida, silenciosa, se abrió paso entre la multitud, lo tomó en sus brazos. Él se inclinó, le besó las dos manos durante largo rato, la cogió y la apretó contra su cuerpo, luego volvió el rostro; la anciana permaneció de pie todavía un rato sin hablar, sin llorar, mirándolo.

—Te doy mi bendición —murmuró, y fue a apoyarse en el peñasco de enfrente, junto a los perros de los gitanos que, tumbados a la sombra, jadeaban.

El centurión montó de nuevo en el caballo de un salto para que todos pudieran verlo y oírlo, alzó el látigo sobre la muchedumbre para que cesaran los gritos y habló:

—¡Hebreos, escuchad mis palabras! ¡Es Roma la que habla! ¡Silencio!

Señaló con el dedo al zelote que ya se había despojado de sus harapos y estaba de pie al sol, esperando.

—Éste que veis aquí en pie y desnudo ante el Imperio romano ha levantado la cabeza contra Roma. En su juventud derribó las águilas imperiales, huyó a las montañas, incitó al pueblo a que se echara al monte, a que se sublevara. «Ha llegado la hora —decía— de que de vuestras entrañas salga el Mesías que ha de derribar a Roma». ¡Callad, no gritéis! Rebelde, asesino, traidor, estos son los cargos contra él; ahora, hebreos, escuchad, yo os pregunto, pronunciad vosotros mismos la sentencia, ¿qué suplicio merece?

Calló, paseó la mirada por la multitud, a sus pies, esperó. El pueblo bramaba agitado, se empujaban unos a otros, se desplazaban de lugar en masa, se lanzaban hacia el centurión, llegaban hasta las patas de su caballo y retrocedían rápidamente, aterrorizados, para luego volver a irrumpir, como las olas.

El centurión se encolerizó; picó espuelas, avanzó entre la multitud.

—Yo os pregunto —repitió—, un rebelde, un asesino, un traidor, ¿qué suplicio merece?

El hombre de la barba pelirroja dio un salto, fuera de sí. No podía contener a su corazón, quería gritar: «¡Viva la libertad!». Ya iba a hacerlo cuando se anticipó su compañero Barrabás, lo sujetó por el brazo, le tapó la boca con la mano.

Durante largo rato sólo se oyó un rumor, como el del mar; nadie se atrevía a hablar, pero todos murmuraban en voz baja, jadeaban, suspiraban. Y de pronto, por encima del confuso murmullo se oyó una voz débil, como de adolescente; todos se volvieron llenos de alegría y de temor: el anciano rabino había vuelto a encaramarse sobre los hombros del pelirrojo y alzaba los dos brazos esqueléticos, como si orara, como si maldijera, y gritaba:

—¿Qué suplicio? ¡La corona real!

El pueblo rugió para tapar la voz, sintió pena del rabino; el centurión no había oído, se llevó la mano a la oreja, a modo de embudo.

—¿Qué has dicho, *haham*? [19](#) —gritó, y picó espuelas a su caballo.

—¡La corona real! —gritó con todas sus fuerzas el rabino, por segunda vez.

Su rostro resplandecía, ardía todo él, se agitaba sobre los hombros del herrero, saltaba, bailaba, se diría que quería volar.

—¡La corona real! —volvió a gritar, feliz de ser él mismo la voz de su pueblo y de su Dios, y extendió ambos brazos a derecha e izquierda, como si lo crucificaran en el aire.

El centurión se encolerizó; bajó del caballo de un salto, descolgó el látigo del arzón de la silla y avanzó contra el pueblo. Marchaba a paso lento, levantaba las piedras, avanzaba impasible, como una pesada fiera, un búfalo o un jabalí. El pueblo se quedó inmóvil, contuvo la respiración. De nuevo sólo se oyeron las cigarras en el olivar y los cuervos, que estaban impacientes.

Dio dos pasos, luego uno más, se detuvo; el hedor de las bocas abiertas y de los cuerpos sucios, sudados —el olor judío— le golpeó en la cara. Siguió avanzando, llegó hasta el anciano rabino. Éste, encaramado en los hombros del herrero, miraba desde lo alto al centurión y todo su rostro sonreía feliz. Había llegado el momento que había ansiado durante toda su vida: que lo mataran también a él, como a los profetas.

El centurión entornó los ojos, lo miró fijamente; hizo un gran esfuerzo para contener el brazo que ya había alzado con la intención de asestar un puñetazo a aquella vieja cabeza rebelde. Frenó su cólera, no convenía a Roma matar al anciano; aquel pueblo maldito e insumiso se levantaría y volvería otra vez a la guerra de guerrillas, y Roma no tenía interés en meter de nuevo la mano en aquel avispero hebreo. Así pues, dominó su ímpetu, enrolló el látigo en su brazo y se volvió hacia el rabino; su voz había enronquecido:

—Tu persona, anciano —dijo—, es respetable sólo porque yo lo quiero; yo, Roma, quiero darle un valor, un valor que no tiene por sí misma; por eso no alzaré el látigo. Te he oído, has pronunciado tu sentencia, ahora pronunciaré yo la mía.

Se volvió a los dos gitanos que permanecían en pie a uno y otro lado de la cruz y esperaban:

—¡Crucificadlo!—gritó.

—Yo he pronunciado mi sentencia —dijo el rabino, con voz tranquila—, tú has pronunciado la tuya, centurión, pero queda la sentencia de otro, el más poderoso.

—¿El emperador?

—No. Dios.

El centurión se echó a reír:

—Yo soy en Nazaret la voz del emperador; el emperador es la voz de Dios en toda la ecúmene; Dios, el emperador, Rufo han pronunciado sentencia.

Dijo, desenrolló el látigo de su brazo y enfiló hacia la cima de la colina, golpeando, fuera de sí, las piedras y los arbustos espinosos.

—¡Dios te lo hará pagar, maldito, en tus hijos y en los hijos de tus hijos! —murmuró un viejo, y levantó los brazos al cielo.

Entretanto, los jinetes de bronce ya habían rodeado la cruz, abajo, el pueblo, resoplando, se alzaba sobre las puntas de los pies para ver y temblaba de angustia —¿se produciría o no el milagro?—. Muchos escrutaban el cielo esperando que se abriera, las mujeres habían avistado ya alas multicolores en el aire. El rabino, de rodillas sobre los anchos hombros del herrero, se esforzaba por ver entre las patas de los caballos y las clámides rojas de los jinetes qué sucedía allá arriba en torno a la cruz. Miró a la cima de la esperanza, a la cima de la desesperación, miraba y no hablaba, esperaba. Aquel anciano rabino conocía muy bien al Dios de Israel. Era un Dios despiadado, tenía sus propias leyes, su propio decálogo; daba su palabra, sí, y la mantenía, pero no se apresuraba; tenía su propia medida para medir el tiempo, pasaban generaciones y generaciones y su palabra permanecía suspendida en el aire y no bajaba a la tierra, y cuando acababa por bajar, ¡desgraciado, tres veces desgraciado, el hombre que elegía para confiársela! ¡Cuántas veces a lo largo de las Sagradas Escrituras los elegidos eran matados sin que Dios alzara su mano para salvarlos! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Acaso no hacían su voluntad? ¿O es que su voluntad era que todos los elegidos fueran matados? El rabino se hacía estas preguntas, pero no se atrevía a llevar más allá su pensamiento. «Dios es un abismo —pensaba—, un abismo, ¡no quiero acercarme!».

El hijo de María estaba aún sentado en la piedra, apartado, se sujetaba fuertemente con las dos manos las rodillas, que le temblaban, y miraba. Los dos gitanos habían agarrado al zelote, los soldados romanos que había cerca le daban empujones, riendo a carcajadas, blasfemando, y trataban de ponerlo sobre la cruz. Los perros pastores vieron la lucha, comprendieron, y se levantaron de un brinco.

La noble anciana dejó el peñasco donde estaba apoyada, avanzó.

—¡Valor, hijo mío! —gritó—. ¡No te quejes, no pierdas la dignidad!

—Es la madre del zelote —murmuró el anciano rabino—. Pertenece a la nobleza, es del linaje de los Macabeos.

Ya habían pasado una gruesa soga doble por las axilas del zelote, apoyaron dos escalas en los brazos de la cruz y comenzaron a subirlo lentamente; era corpulento, pesado, por un instante la cruz se inclinó hacia adelante, a punto de caer. El centurión dio un puntapié al hijo de María y este se levantó tambaleándose, cogió una maza y fue a fijar la cruz con piedras y cuñas para que no se cayera.

María, su madre, no lo resistió; se avergonzó de ver a su hijo, el hijo de sus entrañas, unido a los crucificadores; hizo de tripas corazón, se abrió paso a codazos para pasar, los pescadores de Genesaret se apiadaron de ella, fingieron no verla y ella se metió entre los caballos para arrebatarse a su hijo y llevárselo de allí.

Una vieja vecina sintió pena de ella, la cogió por el brazo.

—María —le dijo—, no hagas eso, ¿adónde vas? ¡Te matarán!

—Voy a sacar a mi hijo de allí —respondió María, y estalló en sollozos.

—No llores, María —le dijo de nuevo la vieja—. Mira a la otra madre que permanece inmóvil y ve crucificar a su hijo. Mírala y ten valor.

—No llores sólo por mi hijo, vecina, llores también por esa madre.

Pero la vieja —debía haber sufrido mucho en la vida— sacudió la cabeza casi sin pelo.

—Mejor ser la madre del crucificador —murmuró— que la del crucificado.

María no la oyó, iba muy deprisa; subió la cuesta, sus ojos arrasados en lágrimas buscaban a su hijo por todas partes; pero el mundo también se había enturbiado, se había empañado, y la madre distinguía en medio de una espesa neblina, caballos y armaduras de bronce y una cruz enorme, de la tierra hasta el cielo, recién tallada.

Un jinete se volvió, la vio, levantó la lanza y le hizo una seña con la cabeza de que se fuera. La madre se detuvo, se inclinó y por debajo del vientre de los caballos vio a su hijo arrodillado que daba golpes con la maza, fijando la cruz en las piedras.

—¡Hijo mío! —gritó—. ¡Jesús!

El grito de la madre fue tan desgarrado que cubrió toda la algarabía de los hombres, los caballos y los perros, que ladraban, hambrientos. El hijo se volvió, vio a su madre, su rostro se ensombreció, volvió a golpear con más furia.

Los gitanos, subidos a las escalas, habían fijado ya al zelote en la cruz, lo mantenían atado con cuerdas para que no resbalara y ahora cogían los clavos para clavarle las manos. Densas gotas de sangre, calientes, salpicaron el rostro del hijo de María; se horrorizó, soltó la maza, retrocedió un paso, detrás de los caballos se encontró junto a la madre del condenado. Temblaba, esperaba oír las carnes desgarrarse. Toda su sangre se agolpó en las palmas de sus manos, sus venas se hinchaban, palpitaban violentamente, como si fueran a estallar; sentía en cada mano un corte redondo, como una cabeza de clavo, que le dolía.

—¡Hijo mío! —se oyó de nuevo la voz de la madre—. ¡Jesús!

Un profundo alarido resonó sobre la cruz, una voz salvaje, salida de las entrañas de la tierra, no de las del hombre, «¡Adonai!».

El pueblo oyó el grito, se le desgarró el corazón ¿Era él mismo quien había gritado? ¿Era la tierra o era el crucificado, al clavarle el primer clavo? Todo era una misma cosa, todos eran crucificados, el pueblo, la tierra, el zelote, y bramaban. La sangre saltó, salpicó a los caballos, una gruesa gota, caliente, salada, cayó sobre los labios del hijo de María; el crucificador se tambaleó, pero la madre tuvo tiempo de cogerlo en sus brazos y no cayó.

—¡Hijo mío! —volvió a murmurar—. ¡Jesús!...

Pero él tenía los ojos cerrados, sentía en las manos, en los pies, en el corazón, dolores insoportables.

La noble anciana, inmóvil, miraba a su hijo retorcerse sobre los dos trozos de madera cruzados, se mordía los labios y callaba; pero oyó detrás de ella al hijo del carpintero con su madre y se inflamó de cólera, se volvió: ese era el judío renegado que había construido la cruz de su hijo y ella, la madre que lo había parido; la invadió la angustia: ¡Que semejantes hijos traidores vivieran mientras el suyo se retorcía y daba alaridos de

dolor en la cruz! Extendió los brazos al hijo del carpintero, se acercó, se detuvo frente a él; el joven abrió los ojos, la vio, lívida, feroz, implacable. La vio y agachó la cabeza. Los labios de la mujer se movieron:

—¡Yo te maldigo —dijo con voz lenta, grave—, te maldigo, hijo del carpintero, y ojalá que seas crucificado como has crucificado tú!

Se volvió hacia la madre:

—Y tú, María, ¡ojalá que sientas el dolor que siento ahora yo!

Dijo, volvió la cara y fijo de nuevo los ojos en su hijo. Magdalena estaba ahora abrazada al pie de la cruz, tocaba los pies del zelote y lloraba por él; sus cabellos y sus brazos se habían llenado de sangre.

Los gitanos rajaban con el cuchillo la ropa del crucificado y se la estaban repartiendo. Echaron a suertes y se distribuyeron los harapos; había quedado el pañuelo manchado de sangre con el que el zelote se cubría la cabeza.

—Se lo daremos al hijo del carpintero —dijeron—. Ha trabajado bien, el desgraciado.

Lo encontraron sentado al sol, hecho un ovillo, tiritando; le arrojaron el pañuelo ensangrentado.

—¡Tu parte, artesano —dijo uno—, y hasta otra!

El otro gitano se echó a reír:

—¡Hasta la tuya, artesano! —le dijo, y le golpeó la espalda amistosamente.

[13](#) Desde la muerte de Alejandro Magno, en el 323 a.C., Palestina, comprimida entre dos grandes reinos helenísticos, el Egipto de los Ptolomeos y la Gran Siria de los Seléucidas, sufrió, muy a pesar suyo, un proceso imparable de helenización. Poco a poco, el país se fue dividiendo en dos grupos de muy diverso tamaño. Uno, más minoritario, formado por la aristocracia, los ricos comerciantes y la élite sacerdotal, bastante dispuestos a aceptar las ideas helénicas. Otro muy numeroso, formado por las capas inferiores del sacerdocio y la mayor parte del pueblo, que veía en el ideario helenístico el gran enemigo del ser propio, religioso, de Israel. La gran batalla comenzó de hecho cuando los hermanos Macabeos se levantaron en armas tras las terribles imposiciones del rey seléucida, Antíoco IV Epifanés, quien

pretendía acabar con una nación teocrática, de una religión muy particular y exclusivista, que se resistía a integrarse en su imperio. En el año 167 a.C., el monarca seléucida proscribió la religión judía, la circuncisión, (¡signo externo de la alianza con el Dios de los padres!) y la celebración del sábado. El Templo fue saqueado y profanado, introduciendo en él una estatua de Zeus Olímpico. Se ordenaba la erradicación de todas las festividades culturales, que habían de ser sustituidas por otras paganas. Esta situación encendió la chispa de la revuelta, iniciada por Matatías el asmoneo. El decreto de Antíoco IV fue derogado, pero, una vez obtenida la libertad de culto, muchos quisieron seguir luchando por conseguir la independencia política, liderados por Judas Macabeo, hijo de Matatías. El levantamiento fue jalonado por una serie de batallas con tácticas de guerrillas. Los Macabeos entraron triunfalmente en Jerusalén, realizando una limpieza ritual del Templo, restablecieron los servicios tradicionales judíos y proclamaron la independencia judía durante un siglo, del 164 al 63 a.C. fundando la dinastía real asmonea, que se mantuvo hasta el 37 a.C., cuando el idumeo Herodes el Grande se convirtió *de facto* en rey de Jerusalén. Esta situación de angustia nacional contribuyó a la formación de grupos de piadosos (*hasidim*, en hebreo) que luchaban por mantenerse fieles a la Ley y a su entidad nacional como pueblo teocrático. Entre estos piadosos destacaron los fariseos y los esenios. La autonomía de los judíos se mantuvo hasta el año 63 a.C., fecha en que el general romano Pompeyo conquistó Jerusalén y sometió todo el reino al dominio de Roma.

[14](#) Se trata de una licencia histórica más de las muchas que Casandsakis se permite en este relato novelado. Tras la conquista romana, Palestina fue incorporada a la provincia de Siria. Roma, siguiendo su costumbre, no ocupó con legiones el territorio de Palestina, lo gobernaba por medio de un soberano nativo, Herodes, que ejercía su autoridad como vasallo del emperador. Herodes construyó una red de fortalezas y palacios para controlar su territorio, donde estableció sus propias tropas, pero en Nazaret, una pequeña aldea, no había ninguna de ellas. Sí la había en Séforis, la capital de Galilea, a cinco kilómetros de Nazaret, donde existía una guarnición armada para garantizar el control de la zona y asegurar la recaudación de impuestos.

[15](#) Herodes el Grande, vasallo de Roma, fue sin duda el rey más cruel de Israel. Nunca fue amado por los judíos. El hecho al que aquí se alude, uno de los episodios más dramáticos de represión del rey Herodes a la resistencia de su pueblo, nos ha sido transmitido por el historiador judío Flavio Josefo (*La guerra judía*, 1, 648-655). Herodes había embellecido el Templo de Jerusalén, convirtiéndolo en un edificio de estilo helenístico romano y había mandado colocar sobre la puerta de entrada un águila de oro, símbolo del poder de Roma. Esto significaba una terrible humillación para los judíos. Judas y Matías, dos prestigiosos maestros de la Ley, probablemente fariseos, no zelotes, animaron a sus discípulos a que arrancaran y derribaran aquel símbolo. Herodes detuvo a cuarenta jóvenes autores del hecho, junto con sus

dos maestros, y los mandó quemar vivos. El crimen era recordado todavía después de la muerte de Herodes y junto a la entrada del Templo se lloraba a los cuarenta y dos mártires.

[16](#) Se refiere al *tributum capitis*, el impuesto que cada persona adulta pagaba a Roma, consistente en un denario al año, aunque también se podía pagar en especie. Otro impuesto romano era el *tributum soli*, que cada dos años gravaba con un cuarto de la producción de las tierras cultivadas y la pesca. El rey judío también cobraba sus propios tributos, y al Templo había que pagar el diezmo y las primicias de las cosechas para mantenimiento del culto y de la clase sacerdotal.

[17](#) El concepto «reino de los cielos», o «reino de Dios», tan fundamental en la predicación de Jesús, había encontrado su adecuada preparación en la teología judía anterior al cristianismo y era un símbolo bien conocido que recogía las aspiraciones y expectativas más hondas de Israel. Desde siempre, según los profetas, Dios libraría pronto a Israel de la opresión de las potencias extranjeras y establecería en su pueblo la justicia, la paz y la dignidad. Existe, además, una literatura específica al margen de la Biblia que incide de forma especial en estas ideas. Son los llamados apócrifos del Antiguo Testamento, aunque reciben otros nombres como literatura judía intertestamentaria, literatura pseudoepigráfica judía o literatura judía helenística. Los temas dominantes en estos libros son, entre otros, la existencia del mal y su origen, la justicia de Dios en este mundo y el sufrimiento y fracaso aparente de los justos. La urgencia de la salvación y la figura que había de ejecutarla: el Mesías; el destino futuro del hombre (la inmortalidad o no del alma, la resurrección, el juicio futuro), los deseos de justificación partiendo de un estado de pecado. El mensaje de estos visionarios es terrorífico al mismo tiempo que esperanzador: Dios destruirá este mundo por medio de una catástrofe cósmica, para crear «unos nuevos cielos y una nueva tierra», una Jerusalén renovada, santa, donde reine la paz y se establezca una nueva Alianza. Se espera la llegada de un Salvador o Mesías, garante y ejecutor de la salvación. Él será el rey anunciado por los profetas, el héroe que aniquilará militarmente a los enemigos de Israel, pero ante todo, juez supremo y príncipe de la paz. En los diferentes textos apócrifos no existe una concepción unitaria de lo que era «el reino de Dios». Para unos, el reino de Dios se realiza solamente en este mundo, siguiendo la tradición de profetas y salmistas, cuyo horizonte estaba limitado a la salvación en la vida terrenal. Para otros, el reino mesiánico estricto sería temporal y en este mundo, mientras que el reino de Dios definitivo tendría lugar en el otro. Por último, para otros autores de esta literatura intertestamentaria, el único reino de Dios se halla exclusivamente en el mundo futuro; es esta una concepción típica de los apocalípticos. Los creadores del movimiento cristiano vivieron y se formaron en el ambiente religioso que se ve reflejado en los apócrifos veterotestamentarios.

[18](#) Galilea no estaba muy helenizada ni romanizada, pero las grandes ciudades, Séforis, Tiberiades, Cesarea de Filipos eran ciudades helenísticas desde el punto de vista arquitectónico, con edificios públicos como termas, teatros, anfiteatros, etc.

[19](#) Término turco de origen hebreo que significa «jefe religioso judío».

V

—¡**V**enid, hijos míos! —gritaba el anciano rabi no abriendo los brazos para reunir a la multitud de hombres y mujeres, consternados y desesperados—. ¡Acercaos, tengo que revelaros un gran secreto ¡Ánimo!

Echaron a correr por las estrechas callejuelas, detrás de ellos, los jinetes romanos los arreaban como a un rebaño, la sangre correría una vez más, las madres de familia gritaban y atrancaban sus puertas. El anciano rabino cayó por dos veces mientras corría, empezó a toser y a escupir sangre, Judas y Barrabás lo cogieron en brazos, llegaron jadeantes, en tropel, y se metieron en la sinagoga. En el interior no se cabía, se llenó también el pórtico, echaron la tranca a la puerta de la calle.

Pendientes todos de los labios del rabino, esperaban. En medio de tantas amarguras, ¿qué secreto podía desvelar el anciano para calmar sus corazones? Hacía años que iban de desgracia en desgracia, de crucifixión en crucifixión, los enviados de Dios no cesaban de surgir de Jerusalén, del río Jordán, del desierto, o bajaban de las montañas, con harapos, cadenas, espumarajos en la boca, y todos eran crucificados [20](#) .

Se levantó un murmullo de ira, las palmas que adornaban las paredes, las estrellas de cinco puntas, los santos rollos de papiro en el atril, con gruesas letras: «Pueblo Elegido, Tierra Prometida, Reino de los Cielos, Mesías» [21](#) , no podían ya consolarlos. La esperanza había durado demasiado, empezaba a convertirse en desesperación; el hombre tiene prisa, Dios no la tiene, ellos no podían esperar más. Ni siquiera las esperanzas descritas en las pinturas que cubrían las dos paredes de la sinagoga les hacían mantener ilusiones. Un día, el rabino, en su juventud, leyendo a Ezequiel [22](#) , había entrado en un estado de posesión divina, se había puesto a gritar, a llorar, a bailar, pero no se calmaba; las

palabras del profeta se habían hecho carne en él, cogió pinceles y pinturas, se encerró en la sinagoga, y dominado por una santa locura, empezó a plasmar en la pared las visiones para serenarse: un desierto infinito, cráneos y huesos, montañas de osamentas humanas y encima, un cielo rojo, como hierro incandescente; del cielo salía una mano gigantesca que tenía al profeta Ezequiel agarrado por la nuca y lo mantenía suspendido en el aire. La visión se salía de la pared, ocupaba también la otra. Ezequiel estaba ahora de pie, hundido hasta las rodillas en las osamentas y de su boca, verde, entreabierta, salía una cinta con letras rojas: «Pueblo de Israel, pueblo de Israel, el Mesías ha llegado». Los huesos se ensamblaban, los cráneos se levantaban llenos de dientes y de barro, y la mano terrible salía otra vez del cielo sosteniendo en su palma completamente regenerada, radiante, llena de esmeraldas y rubíes a la Nueva Jerusalén.

El pueblo miraba las pinturas, meneaba la cabeza, murmuraba; el anciano rabino se enojó:

—¿Por qué murmuráis? —les gritó—. ¿No creéis en el Dios de nuestros padres? Otro más ha sido crucificado, el Libertador se ha acercado un paso más; esto es lo que quiere decir crucifixión, ¡hombres de poca fe!

Cogió un rollo del atril y lo desenrolló con un brusco movimiento; el sol entraba por la ventana abierta, una cigüeña bajó del cielo y se posó en el tejado de enfrente, como si también ella quisiera escuchar. Jubilosa, triunfal, saltó la voz del pecho cascado: «¡Haced resonar en Sion la trompeta de la victoria! ¡Proclamad en Jerusalén el mensaje de alegría! Gritad: “¡Jehová ha llegado a su pueblo! Levántate, Jerusalén. ¡Arriba los corazones!” Mira, de Oriente a Occidente el Señor agujijonea a sus hijos. Las montañas se han aplanado, las colinas han desaparecido, los árboles todos han exhalado sus perfumes, Jerusalén, ponte tus vestiduras de gloria; felicidad al pueblo de Israel por los siglos de los siglos».

—¿Cuándo?, ¿cuándo? —resonó una voz de entre la multitud.

Todos se volvieron. Un viejecito seco, arrugado como una pasa, se había alzado sobre las puntas de sus pies y gritaba:

—¿Cuándo?, ¿cuándo, anciano?

El rabino enrolló las profecías con rabia.

—¿Tienes prisa, Manasés? —dijo—. ¿Tienes prisa?

—Tengo prisa, sí —respondió el viejo, y le corrían las lágrimas—. No tengo tiempo, voy a morir.

El rabino extendió el brazo, le mostró a Ezequiel hundido en las osamentas.

—¡Resucitarás, Manasés! ¡Mira!

—Soy viejo, te digo, estoy ciego, no veo.

Pedro intervino; comenzaba ya a declinar el día, durante la noche tenía que pescar en el lago de Genesaret, tenía prisa.

—Anciano —dijo—, nos has prometido un secreto para que nuestros corazones tengan consuelo, ¿qué secreto?

Todos contuvieron la respiración; se arracimaron en torno al anciano rabino, entraron del pórtico todos los que cupieron; hacía mucho calor, hedía a humanidad, el sacristán echó en el incensario bolitas de resina de cedro para purificar el aire.

El rabino se subió en un sitial para no sentirse agobiado.

—Hijos míos —dijo enjugándose el sudor—, nuestro corazón se ha llenado de cruces, mis barbas negras se han vuelto grises, y de grises están ahora blancas, se me han caído los dientes, lo que ha gritado el viejo Manasés lo gritaba yo hacía años: «¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo? ¿Moriré, pues, sin ver al Mesías?».

»Preguntaba, preguntaba, y una noche se produjo el milagro: Dios respondió. No, el milagro no era éste; cada vez que nosotros preguntamos, Dios responde, pero la carne está cubierta de barro, es dura de oído y no oímos. Sin embargo, aquella noche yo oí y éste fue el milagro».

—¿Qué oíste? Dínoslo todo, anciano —volvió a gritar Pedro.

Se abrió espacio a codazos y se colocó delante del rabino. El anciano se inclinó, miró a Pedro y sonrió:

—Dios es pescador, como tú, Pedro. Él también sale de noche a pescar, cuando hay luna llena, o casi llena. Y aquella noche, una luna completamente redonda bogaba en el cielo, un cielo blanco como la leche, compasivo, propicio. No podía pegar ojo, la casa me venía pequeña, salí a las calles, dejé Nazaret, trepé

alto, me subí a una piedra con los ojos clavados en el sur, en dirección a la santa Jerusalén. La luna se inclinaba y me miraba como un ser humano y me sonreía; yo también la miraba a ella, su boca, sus mejillas, las cuencas de sus ojos, y suspiraba, porque sentía que me hablaba en el silencio de la noche y yo no podía oírla... Abajo, en la tierra, no se movía una hoja, las mieses aún no habían sido segadas, el campo olía a pan y de las montañas de alrededor —el Tabor, el Gelboé y el Carmelo— manaba leche. «Ésta es la noche de Dios —pensaba—, esta luna llena debe ser el rostro nocturno de Dios, así serán las noches en la Jerusalén Futura...».

»Y nada más pensarlo, mis ojos se llenaron de lágrimas; me invadió la angustia y el miedo se adueñó de mí: “He envejecido, ¿moriré sin que mis ojos puedan gozar del Mesías?”.

»Me puse en pie bruscamente, la santa furia había vuelto a apoderarse de mí, me quité el ceñidor, me desnudé, me quedé ante el ojo de Dios como mi madre me parió. Para que él viera cómo había envejecido, me había secado y me había alabeado, como la hoja de la higuera en otoño, como un racimo de uvas que han picoteado los pájaros y no han dejado de él más que los rabos colgando. ¡Para que me viera Dios, se apiadara de mí y se diera prisa en venir!

»Y mientras permanecía en pie desnudo ante el Señor, sentía que la luz de la luna atravesaba mi carne; me había convertido en puro espíritu, me había fundido con Dios; oí su voz, no fuera de mí ni por encima de mí, sino dentro de mí. Dentro de mí; de nuestro propio interior viene la verdadera voz de Dios. Oí: “Simeón, Simeón, no te dejaré morir antes de que hayas visto, oído y tocado con tus propias manos al Mesías”. “¡Repítelo, Señor!”, grité. “Simeón, Simeón, no te dejaré morir antes de que hayas visto, oído y tocado con tus propias manos al Mesías”. Mi mente se volvió loca de alegría; comencé a dar palmas, a golpear con los pies, a bailar completamente desnudo a la luz de la luna. ¿Cuánto duró mi danza? ¿Lo que dura un relámpago? ¿Mil años? Me sentí saciado, aliviado; me vestí, me puse el ceñidor y bajé a Nazaret. Al verme, los gallos que estaban en los tejados se pusieron a cantar, el cielo reía, los pájaros se

despertaban, las puertas se abrían y las gentes me daban los buenos días, me saludaban, mi pobre casa resplandecía, el dintel de la puerta, el umbral, los postigos de las ventanas, como si estuvieran cubiertos por completo de rubíes. Árboles y piedras, hombres y pájaros aspiraban a mi alrededor el olor de Dios. Y hasta el mismo centurión, el bebedor de sangre humana, se detuvo estupefacto: “¿Qué te ocurre, viejo rabino? —me preguntó—. Eres una antorcha encendida. Ten cuidado, no vayas a prender fuego a Nazaret”. Pero yo no le respondí para no mancillar mi aliento.

»Hace años que guardo muy dentro de mí este secreto, lo disfrutaba celosamente, con orgullo, yo solo, y esperaba. Sin embargo, hoy, en este día negro en que una nueva cruz ha sido clavada en nuestro corazón, ya no resisto más, me apiado de mi pueblo, revelo la alegre noticia: Ya viene, ya no está lejos, ha debido detenerse en algún pozo cerca de aquí para beber agua, en algún horno del que estaban sacando pan para comer un poco, pero va a aparecer de un momento a otro; porque Dios lo dijo y lo que él ha dicho no lo desmiente. “Simeón, no morirás antes de que hayas visto, oído y tocado con tus propias manos al Mesías”. Día a día siento que mis fuerzas me abandonan y cuanto menos fuerza me queda más se acerca el Libertador. Tengo ochenta y cinco años. ¡Ya no puede tardar!».

Un barbilampiño, contrahecho, bizco, con un hocico delgado y puntiagudo, se puso en pie bruscamente:

—¿Y si vives mil años, anciano? ¿Y si no mueres nunca? Esto ya lo hemos visto. ¡Enoc y Elías viven aún! —dijo y sus ojillos bizcos bailaron con maldad.

El rabino fingió no haberlo oído. Sin embargo las malévolas palabras del bizco fueron puñales en su corazón; alzó la mano imperiosamente:

—¡Quiero quedarme solo con Dios! —dijo—. ¡Marchaos!

El lugar se vació, la gente se dispersó, el anciano rabino quedó solo. Echó la tranca a la puerta de la calle, se apoyó contra la pared en la que el profeta Ezequiel estaba suspendido en el aire y se hundió en sus reflexiones: «Es Dios —pensaba—, es todopoderoso, hace lo que quiere. ¿Y si el endiabrado Tomás

tuviera razón? ¡Qué gran desgracia si Dios decide que viva mil años! ¿Y si decide que no muera nunca? ¿Qué sucedería con el Mesías? ¿Es, pues, vana la esperanza del pueblo de Israel? Desde hace miles de años lleva la Palabra de Dios en sus entrañas y la alimenta como la madre a la semilla. Nos ha roído la carne y los huesos, nos hemos consumido, sólo vivimos para este Hijo, la simiente de Abraham ha sentido los dolores del parto y grita “¡libera ya a tu pueblo, Señor! Tú eres Dios, resistes, pero nosotros no resistimos. ¡Piedad!”».

Iba de un lado a otro de la sinagoga, el día había caído ya, las pinturas se apagaron, la oscuridad devoró a Ezequiel; el anciano rabino veía caer las sombras a su alrededor, y vino a su mente todo lo que había visto y le había ocurrido en su vida, cuántas veces y con qué ardiente deseo había corrido desde Galilea a Jerusalén, desde Jerusalén al desierto, persiguiendo al Mesías. Pero siempre una cruz era el final de su esperanza y volvía a Nazaret avergonzado. Sin embargo hoy...

Se cogió la cabeza entre las manos:

—¡No, no! —murmuró con terror—. ¡No, no, no es posible!

Hace días y noches que su cerebro cruje, va a estallar; en el viejo rabino ha penetrado una nueva esperanza más grande que su cabeza, una locura, un demonio, y lo corroe. No es la primera vez, hace años que esta locura clava sus garras en el cerebro del rabino; él la arroja de sí, pero vuelve; de día no se acerca, viene de noche, en la oscuridad o en sus sueños. Sin embargo, hoy, hoy al mediodía... ¿Y si fuera él?

Se apoyó contra la pared, cerró los ojos; ahí está, pasa de nuevo ante él, jadeante, cargado con la cruz y a su alrededor el aire tiembla; del mismo modo debe temblar alrededor de los arcángeles... Alza los ojos; ¡el anciano rabino nunca ha visto tanto cielo en los ojos de un hombre! ¿Será él? Señor, Señor, ¿por qué me torturas? ¿Por qué no respondes?

Las profecías rasgaban como relámpagos su mente y ora su vieja cabeza se llenaban de luz, ora se hundía desesperada en las sombras. Sus entrañas se abrían y salían de ellas los patriarcas; en su interior, su raza indomable, mil veces herida, volvía a iniciar la interminable marcha desde la tierra de la

esclavitud hasta la tierra de Canaán, con Moisés, el carnero de cuernos retorcidos como jefe del rebaño; y ahora, desde la tierra de Canaán hasta la Jerusalén futura. Y en esta nueva marcha no abría camino el patriarca Moisés, sino otro —el cerebro del rabino crujía—, otro, con una cruz a cuestas...

De una zancada llegó a la puerta de la calle, la abrió; el aire le dio en la cara, respiró hondo. El sol se había puesto ya, los pájaros volvían para dormir, las callejuelas se llenaron de sombras, la tierra se refrescó. Cerró la puerta, se guardó la pesada llave en el ceñidor, vaciló un instante, pero inmediatamente tomó una decisión y se dirigió, encorvado, a la casa de María.

* * *

María estaba en el pequeño patio de su casa sentada en un taburete e hilaba. Aún era de día, era verano, y la luz se retiraba lentamente de la faz de la tierra y no quería irse. Hombres y bueyes volvían de las faenas del campo, las mujeres encendían el fuego para preparar la comida de la noche, el crepúsculo olía a leña quemada. María hilaba y su mente giraba en un sentido y en otro, a la par que el huso; el recuerdo y la fantasía se mezclaban, su vida era mitad verdad, mitad leyenda, durante años se sucedían las humildes tareas cotidianas. Y de repente, como un vistoso pavo real al que nadie había llamado, llegaba el milagro y cubría su sufrida existencia con grandes alas de oro:

—Llévame adonde quieras, Señor, haz de mí lo que quieras; tú elegiste a mi marido, tú me concediste un hijo, tú me has dado mucho sufrimiento. Tú me dices «grita» y yo grito; me dices «calla» y yo callo ¿Qué soy?, un puñado de arcilla en tus manos y tú me modelas. Haz de mí lo que quieras; sólo una cosa te pido, Señor, ¡ten piedad de mi hijo!

Una paloma completamente blanca voló desde el tejado de enfrente, revoloteó un momento sobre la cabeza de María y luego descendió, ufana, hasta los guijarros del patio y se puso a dar pasitos y a girar alrededor de los pies de María; abría la cola, estiraba el cuello, inclinaba la cabeza y miraba a María y sus ojos

redondos brillaban en la luz del crepúsculo como rubíes. La miraba, le hablaba, algún secreto debía querer revelarles, ¡ah, si viniera el anciano rabino! Él conocía el lenguaje de las aves, se lo explicaría... María miró la paloma, se apiadó de ella, detuvo el huso, la llamó con mucha ternura y ella, feliz, dio un salto y se subió a las rodillas de María. Y sobre ellas, como si anhelara aquellas rodillas, como si este fuera todo el secreto, se acurrucó, cerró las alas y permaneció inmóvil.

María sintió su suave peso, sonrió. «¡Ah, si fuera posible que Dios descendiera siempre tan delicadamente sobre el hombre» —pensó—. Y al pensarlo vino a su mente la mañana en que los dos, ya prometidos, habían subido a la cima del monte del profeta Elías, a la montaña besada por el cielo, el Carmelo, para rogar al ardiente profeta que intercediera ante Dios para que tuvieran un hijo y se lo consagrarían. Aquella misma tarde iban a casarse y habían partido antes del amanecer para que los bendijera el ardiente eremita, que se alegra con el rayo. El cielo estaba completamente raso, el otoño era muy suave, las hormigas humanas habían recogido el fruto, el mosto fermentaba en las tinajas, las sartas de higos se secaban colgadas de las vigas del techo; María tenía quince años, el novio tenía ya la barba plateada, pero sostenía en su vigorosa mano el bastón florecido [23](#) marcado por el destino y se apoyaba en él.

Hacia mediodía alcanzaron la cima santa, se arrodillaron, tocaron con la yema de los dedos el granito cortante, manchado de sangre. Temblaban. Del granito saltó una chispa y quemó el dedo de María. José abrió la boca para llamar a gritos al salvaje amo de la cima, pero no tuvo tiempo; desde los cimientos del cielo irrumpieron las nubes cargadas de cólera y de granizo, formaron un remolino sobre el puntiagudo granito, rugiendo. Y cuando José se precipitó para coger a su novia y refugiarse con ella en una cueva, Dios lanzó un rayo terrible, cielo y tierra se unieron y María cayó de espaldas desvanecida. Cuando volvió en sí, abrió los ojos y miró a su alrededor, vio a José tendido de bruces sobre el negro granito, paralizado.

María tendió la mano y acarició a la paloma posada sobre sus rodillas suavemente, para que no se asustara.

—En aquella ocasión Dios descendió salvajemente — murmuró—, me habló salvajemente... ¿Qué me dijo?

El rabino había preguntado a menudo a María, pues estaba perplejo por los continuos prodigios que la rodeaban:

—Haz memoria, María, a veces Dios habla a los hombres así, por medio del rayo. Intenta recordar, para que podamos descubrir el destino de tu hijo —le decía.

—Era un trueno, anciano, y bajaba rodando del cielo como un carro tirado por bueyes.

—¿Y detrás del trueno, María?

—Sí, tienes razón, anciano, detrás del trueno hablaba Dios, pero no pude sacar una palabra en claro, perdóname.

Acariciaba a la paloma y se esforzaba, después de treinta años, por recordar el rayo y desbrozar las palabras ocultas...

Cerró los ojos. En el hueco de su mano sentía el cuerpecito caliente de la paloma y su corazón que latía. Y de repente, sin comprender cómo, sin saber por qué, aunque estaba segura, el rayo y la paloma se convirtieron en la misma cosa, aquel latido y el trueno eran ambos Dios. María lanzó un grito y se puso en pie de un salto, horrorizada. Por primera vez oía claramente en el zureo de la paloma las palabras ocultas en el trueno: «Te saludo, María... Te saludo, María...». Con seguridad, esto era lo que le había gritado Dios: «Te saludo, María...» [24](#) .

Se volvió, vio a su marido apoyado contra la pared, que aún abría y cerraba la boca; había anochecido ya, y aún se esforzaba y sudaba... Pasó delante de él, no le habló, se detuvo en el umbral para ver si venía su hijo; lo había visto envolverse los cabellos con el pañuelo ensangrentado del crucificado y bajar en dirección a la llanura... ¿Adónde había ido? ¿Por qué se retrasaba? ¿Le sorprendería el amanecer en los campos?

La madre permaneció de pie en el umbral y vio venir al anciano rabino, renqueando, apoyándose pesadamente en el cayado sacerdotal; la brisa de la tarde que comenzaba a bajar del Carmelo agitaba los mechones blancos de sus sienes.

María se hizo a un lado respetuosamente, el rabino entró, cogió la mano de su hermano, la acarició sin decirle nada, ¿qué

podía decirle? Su mente estaba sumergida en aguas tenebrosas. Se volvió hacia María:

—Tus ojos brillan, María —dijo—, ¿qué te sucede? ¿Ha venido de nuevo el Señor?

—¡Lo he hallado, anciano! —dijo María, no pudiendo contenerse.

—¿Lo has hallado? ¿Qué has hallado, con la ayuda de Dios?

—Las palabras del rayo.

El rabino se sobresaltó.

—¡Grande es el Dios de Israel! —gritó alzando los brazos al cielo—. Precisamente por esto he venido, María, para preguntarte otra vez. Hoy, ya sabes, han crucificado una esperanza nuestra más y mi corazón...

—Lo he hallado, anciano —repitió María—; esta misma tarde, mientras estaba sentada e hilaba y traía a mi mente el rayo, sentí por primera vez que el trueno se calmaba en mí y tras el trueno oí una voz serena, límpida, la voz de Dios: «Te saludo, María».

El rabino se dejó caer en un banquillo, se cogió ambas sienes con las manos y se hundió en sus pensamientos. Al cabo de largo rato alzó la cabeza.

—¿Nada más, María? Mira bien en tu interior para oír; de las palabras que salgan de tus labios depende el destino de Israel.

María se aterró al oír las palabras del rabino, su mente volvió a aferrarse al trueno, su pecho temblaba.

—No —murmuró al fin, agotada—. No, anciano... Dios dijo otras cosas, otras muchas cosas, pero no puedo, lo intento, pero no puedo oírlas.

El rabino posó su mano sobre la cabeza de la mujer de ojos grandes:

—Ayuna y ora, María —dijo—, no distraigas tu mente en las cosas cotidianas; hay veces en que un halo —¿es un resplandor del rayo, una luz?, no lo distingo— rodea tu rostro; ayuna y ora, y oirás... «Te saludo, María», la palabra de Dios comienza con bondad; esfuérate en oír lo que sigue.

Para ocultar su turbación, María se acercó a la cantarera, descolgó un jarrillo de bronce, lo llenó de agua fresca, cogió un puñado de dátiles y se inclinó para ofrecérselos al anciano.

—No tengo hambre ni sed, María —dijo él—, gracias. Siéntate, tengo que hablarte.

María cogió el taburete más bajo, se sentó a los pies del rabino, levantó la cabeza y esperó.

El anciano tanteaba una a una las palabras en su mente, era difícil lo que quería decir, era una esperanza tan sutil, tan inasible como tela de araña, y no sabía encontrar palabras igualmente sutiles e inasibles para no cargar de peso a la esperanza y convertirla en certeza. No quería asustar a la madre.

—María —dijo, al fin—, aquí en esta casa merodea, como un león del desierto, un misterio... Tú no eres como las otras mujeres, María, ¿no lo sientes?

—No, no lo siento, anciano —murmuró María—, yo soy como todas las mujeres, me gustan todas las tareas y las alegrías de las mujeres, lavar, cocinar, ir a la fuente, charlar amigablemente con mis vecinas y sentarme, al atardecer, en la puerta para ver a la gente pasar. Mi corazón, como el de todas las mujeres, anciano, está también lleno de dolor.

—No eres como las demás mujeres, María —repitió el rabino con voz solemne y alzó la mano, como si quisiera impedir toda réplica—. Y tu hijo...

El rabino se detuvo; esto, cómo encontrar palabras para decirlo, era lo más difícil. Miró a lo alto, al cielo, aplicó el oído; algunos pájaros en los árboles se disponían a dormir, otros estaban a punto de despertarse, la Rueda giraba, el día descendía bajo los pies de los hombres.

El rabino suspiró. ¡Cómo huyen los días, con qué furia un día persigue a otro, amanece, anochece, pasa el sol, pasan las lunas, los niños se hacen hombres, los cabellos negros se vuelven blancos, el mar se come a la tierra firme, las montañas se quedan peladas y ¡el Esperado aún no aparece!

—¿Mi hijo...? —dijo María y su voz tembló—. ¿Mi hijo, anciano?

—No es como los demás hijos, María —respondió resuelto el rabino.

Sopesó de nuevo sus palabras, y al poco rato:

—A veces, de noche, cuando está solo y cree que nadie le ve, el contorno de su rostro, María, despide un resplandor en la oscuridad. Yo, que Dios me perdone, he abierto un pequeño agujero en la parte alta de la pared, me encaramo y desde allí le veo, acecho qué hace. Porque, te lo confieso, estoy confuso, de nada me sirve mi sabiduría, enrolló y desenrolló las Escrituras y no puedo comprender qué es, quién es... Lo espío a escondidas y percibo en la oscuridad una luz, María, que le lame y le devora el rostro. Por eso cada día está más pálido y se consume; no se debe a la enfermedad, ni a la oración ni al ayuno, no... Es la luz la que lo devora.

María suspiró: «Desgraciada la madre que tiene un hijo que no es como los demás» —pensó, pero no dijo nada.

El anciano se inclinó entonces a María, bajó la voz, los labios le ardían.

—Te saludo, María —dijo—, Dios es todopoderoso, sus designios, inescrutables, puede que tu hijo...

Pero la desdichada madre lanzó un grito:

—¡Ten piedad de mí, anciano! ¿Un profeta? No, no, ¡si Dios lo tiene escrito que lo borre! Quiero que sea un hombre como los demás, ni más ni menos, como los demás. Quiero que fabrique, como antes lo hacía su padre, artesas, cunas, arados, utensilios para la casa [25](#), y no como ahora, cruces para crucificar a los hombres. Que se case con una buena mujer, de una familia honorable, con dote, que sepa mantener bien su casa, que tenga hijos y que los sábados salgamos de paseo todos juntos, abuela, hijos y nietos, para que la gente nos mire con admiración.

El rabino se apoyó con dificultad en su cayado, se levantó.

—María —dijo severamente—, si Dios escuchara a las madres nos pudriríamos en el bienestar y la seguridad. Cuando estés sola, piensa en lo que hemos hablado.

Dijo, y se volvió hacia su hermano para darle las buenas noches. Éste, con los ojos somnolientos, vidriosos, con la lengua colgando, clavaba la mirada en el vacío e intentaba hablar. María movió la cabeza:

—Desde por la mañana lo está intentando y aún no se ha liberado —dijo. Se acercó, le limpió la boca torcida que goteaba

saliva.

Pero en el momento en que el rabino tendía la mano para despedirse de María, la puerta se abrió furtivamente y en el umbral apareció el hijo. Su rostro lanzaba destellos en la oscuridad y el pañuelo ensangrentado estaba pegado a sus cabellos. Se había hecho de noche, no se veían sus pies cubiertos de polvo, llenos de sangre, ni las gruesas lágrimas que surcaban sus mejillas.

Cruzó el umbral, miró a su alrededor apresuradamente, vio al rabino y a su madre y, en la penumbra, cerca de la pared, los ojos vidriosos de su padre.

María fue a encender el candil, pero el rabino la detuvo:

—Espera —murmuró—, le hablaré.

Hizo de tripas corazón, se acercó a él.

—Jesús —dijo tiernamente, en voz baja, para que la madre no le oyera—, Jesús, hijo mío, ¿hasta cuándo vas a resistirte a él?

Entonces se oyó un grito salvaje y la casita se removió:

—¡Hasta que me muera!

Y súbitamente, como si toda su fuerza se hubiera escapado de su cuerpo, se desplomó en el suelo; se apoyó contra la pared con la respiración entrecortada, sin aliento. El anciano rabino iba a hablarle de nuevo, se inclinó sobre él, pero inmediatamente retrocedió de un salto; era como si se hubiera acercado a una gran hoguera y se hubiera quemado el rostro. «Es Dios quien lo rodea —pensó—, es Dios, y no permite que nadie se le acerque. ¡Tengo que alejarme!».

El rabino se fue pensativo. La puerta se cerró y María no se atrevía a encender la luz, como si una fiera acechara en la oscuridad. Permanecía en pie en medio de la casa y escuchaba atentamente a su marido que emitía sonidos guturales, desesperado, y a su hijo, derrumbado en el suelo con la respiración entrecortada por el pánico, como si se asfixiara, como si lo asfixiaran. ¿Quién lo asfixiaba? Su pobre madre, con las uñas clavadas en las mejillas, preguntaba una y otra vez a Dios, se quejaba a Él: «Soy madre —le gritaba—, ¿no te da pena de mí?». Pero nadie respondía.

Y mientras María, inmóvil, silenciosa, escuchaba palpar todas las venas de su cuerpo, se oyó un grito salvaje, triunfal; la lengua del parálitico se había soltado y, por fin, sílaba a sílaba, de la boca torcida salió la palabra entera y resonó en la casa A-DO-NA-I, y nada más pronunciarla, el viejo se hundió de pronto, como plomo, en el sueño.

María cobró valor, encendió el candil. Se acercó a la chimenea, se arrodilló y levantó la tapa de la olla de bronce, que hervía, para ver si tenía suficiente agua, si necesitaba sal...

[20](#) La alusión tiene base histórica. La represión de las rebeliones judías fue siempre brutal en tiempos de Herodes. Al morir éste estalló la rabia contenida durante muchos años y se produjeron levantamientos en diversos puntos de Palestina. Ya hemos mencionado uno de los episodios más violentos. La revuelta más grave había tenido lugar en el año 4 de nuestra era, en Séforis, donde un hijo de Ezequías llamado Judas, antiguo cabecilla de bandidos, se había puesto al frente de un grupo de desesperados, había tomado la ciudad y saqueado el palacio real. La reacción no se hizo esperar, Quintilio Varo, gobernador de Siria, envió a Gayo a Galilea a reprimir el principal foco de rebelión. Este actuó de forma brutal y sin encontrar apenas resistencia. Tomó Séforis y la incendió, aterrorizó a los campesinos y se llevó a un gran número de ellos como esclavos y crucificó a unos dos mil rebeldes, según Flavio Josefo. El Jesús histórico tenía en este momento tres o cuatro años. La brutal intervención de Roma fue recordada durante mucho tiempo. Pero no fue esta la única sublevación violenta ocurrida en Palestina durante la ocupación romana. Por Josefo sabemos que en torno al año 53 o 52 a.C., cuando faltaban unos cincuenta años para que naciera María Magdalena el general Casio hizo esclavos a 30.000 judíos en los alrededores de Tariquea (Magdala), en las riberas del lago Genesaret. No obstante, la destrucción de Jerusalén llevada a cabo por el emperador Tito en agosto del año 70, igualmente descrita de forma espeluznante por el historiador judío, hace palidecer todas las acciones anteriores.

[21](#) La mayoría de los estudiosos opina que el pueblo judío hablaba arameo, tanto en Galilea como en Judea. El abandono del hebreo tuvo lugar paulatinamente desde el siglo VI a.C., cuando Israel cayó bajo el dominio del Impero persa, cuya lengua franca era el arameo en la parte occidental del imperio. No obstante, entre los judíos estudiosos de la Biblia era normal conocer el hebreo, lengua sagrada en la que estaban escritos los libros de la Ley y que era utilizada en el culto y en ciertas oraciones, aunque el pueblo común no la entendía bien y cuando en la sinagoga se leían las Sagradas

Escrituras se traducían al arameo, y en los rollos había comentarios redactados en arameo (*targumin*) para hacer inteligible el texto hebreo de las Escrituras.

[22](#) Ezequiel, sacerdote y profeta, ejerció su ministerio entre el 595 y el 570 a.C., durante el cautiverio de Israel en Babilonia. A diferencia de otros profetas, Ezequiel decía percibir importantes revelaciones en forma de visiones simbólicas de parte de Yahvé. Se caracteriza por las descripciones detalladas de sus visiones. Sus profecías advirtieron de la destrucción inminente de Jerusalén. También fue uno de los agoreros sobre la condenación de las naciones extranjeras y la restauración de Israel. A pesar de las calamidades del destierro, los cautivos no dejaban de abrigar esperanzas de que el cautiverio terminaría pronto y de que Yahvé no permitiría la destrucción de la santa ciudad de Jerusalén y de su Templo, hechos que ya habían sucedido.

[23](#) La leyenda del bastón de José, que floreció entre los de los muchos pretendientes de María, como señal de que era el elegido por Dios, se relata en el texto apócrifo *Nacimiento de María*, pero este episodio alude a un texto de Isaías: «Ha de cumplirse la profecía que he vaticinado por boca de mi siervo Isaías: brotará un retoño de la raíz de Jesé y se elevará una flor de su tronco. Sobre ella reposará el espíritu del Señor» (Isaías 11, 1).

[24](#) Todos los episodios referentes al casamiento de la Virgen con san José aparecen recogidos en textos apócrifos no admitidos por la Iglesia, como el *Protoevangelio de Santiago* y la *Historia de José el carpintero*.

[25](#) Los Evangelios dicen que Jesús era un artesano, hijo de artesano. No hay por qué dudar. La palabra griega empleada por Mateo (para Jesús, 6, 3 y para su padre 13, 55) es *téknon*, término que significa tanto carpintero como ebanista o albañil-constructor. La tradición antigua de la Iglesia griega ha entendido siempre el término como «carpintero», en el sentido de alguien que tiene su propio taller y construye todo tipo de instrumentos o muebles de madera, desde yugos y arados hasta camas o vigas. La situación social de un carpintero de este estilo en la época de Jesús es discutida por los especialistas. Para algunos se trataba de un estamento social bastante pobre, inferior al de muchos campesinos y desde luego por debajo de los pequeños propietarios. Para otros era una clase media más bien baja. Es de suponer que en la Galilea próspera y relativamente tranquila del reinado de Herodes Antipas, un buen artesano de esta clase debía tener ingresos suficientes para vivir sin demasiadas estrecheces.

VI

El cielo presentaba un color azul lechoso, Nazaret dormía aún y soñaba, el lucero del alba tintineaba sobre su almohada y los limoneros y las palmeras se hallaban todavía envueltos en un velo rosáceo. Un profundo silencio; ni siquiera había cantado aún el gallo negro. El hijo de María abrió la puerta, dos coronas azuladas ceñían sus ojos, pero su mano no temblaba. Abrió la puerta y sin mirar atrás para no ver a su padre ni a su madre, sin cerrar tras de sí, abandonó la casa paterna para siempre. Dio dos pasos, tres, se detuvo; le pareció oír dos pies descalzos pesados que se movían junto a él; volvió la cabeza, nadie. Se apretó el cinturón de cuero con clavos, anudó en sus cabellos el pañuelo con las manchas rojas y tomó las estrechas y tortuosas callejuelas, un perro le ladró lastimeramente, una lechuza sintió que el día se acercaba y aleteó asustada sobre su cabeza. Pasó presuroso delante de las puertas cerradas, entró en las huertas. Los primeros pájaros comenzaban ya a gorjear. En un huerto, un viejo estaba enyugado, como una bestia, y hacía girar la roldana del pozo. Empezaba el día.

Ni alforja, ni bastón, ni sandalias, y el camino era largo. Tenía que atravesar Caná, Tiberiades, Magdala, Cafarnaúm, bordear el lago de Genesaret, entrar en el desierto... Había oído hablar de un monasterio que había allí, de hombres virtuosos y sencillos, vestidos de blanco. No comían carne, no bebían vino, no tocaban hembra; solamente rezaban a Dios y conocían hierbas y curaban las enfermedades del cuerpo [26](#) ; y también sabían conjuros secretos y sanaban el alma endemoniada. ¡Cuántas veces su tío, el rabino, le había hablado de este santo monasterio suspirando! Durante once años había vivido allí, alabando a Dios y curando a los hombres; pero un día, ¡ay!, lo dominó la tentación —ella también es poderosa—, vio a una mujer, renunció a la vida de

castidad, se quitó el hábito blanco, se casó y engendró —¡le estaba bien empleado!— a Magdalena. ¡Dios había castigado al desertor justamente!

—Allí iré, allí dentro me esconderé, bajo sus alas... —murmuró el hijo de María y aligeró el paso.

¡Qué alegría, cuánto tiempo llevaba anhelando —desde que cumplió doce años— abandonar su casa y a sus padres, soltar amarras, liberarse de los consejos de su madre, de los gruñidos de su padre y de las mezquinas preocupaciones cotidianas que devoran el alma! ¡Sacudirse de los pies el polvo de los hombres y partir, refugiarse en el desierto! Y al fin hoy, de pronto, se había despojado de todo, había salido de la rueda de los hombres, había sido atrapado todo él por la rueda de Dios, ¡se había liberado!

El rostro macilento, doliente, brilló un instante; quizá las garras de Dios habían hecho presa en él durante tantos años para llevarlo allí donde ahora iba sin presiones, por propia voluntad. ¿Acaso su deseo comenzaba a fundirse con el deseo de Dios? ¿No es este el más grande, el más difícil deber del hombre? ¿No significa esto la felicidad?

Sintió que su corazón se aliviaba; no más garras, ni luchas, ni voces. Lleno de compasión, Dios había llegado al amanecer como una brisa suave, refrescante, y le había dicho: «¡Vamos!». Había abierto la puerta y, ahora, ¡qué sensación de reconciliación, qué felicidad! «No lo resisto —dijo—, alzaré la cabeza para entonar el salmo de la liberación: “Tú, mi amparo y mi refugio, Señor”»... La alegría no cabía en su corazón, se desbordaba. Avanzaba en la tenue luz del alba, en medio de los grandes dones del Señor —los olivos, las vides, las sementeras — y el salmo de la alegría surgía de sus entrañas y quería subir hasta el cielo. Alzó la cabeza, iba a abrir ya la boca, pero de pronto se le cortó el aliento: en ese momento oía claramente tras él los dos pies descalzos que corrían; aminoró el paso, escuchó atentamente: las dos pisadas retuvieron su marcha. Le flaquearon las rodillas; se detuvo, ellas se detuvieron también.

—Sé quién es —murmuró y se puso a temblar—; lo sé...

Pero sacó fuerza de flaqueza, se volvió bruscamente para anticiparse a mirar: ¡nadie!

Por el lado donde sale el sol, el cielo presentaba ya los tonos rubros de la aurora, no soplaba una brizna de aire, las espigas maduras inclinaban la cabeza y esperaban la hoz. Nadie, ni animal ni hombre, y la llanura abierta; a sus espaldas solo Nazaret; en una o dos casas el humo comenzaba a subir; las mujeres se despertaban.

Su corazón se calmó: «No debo perder tiempo —pensó—, debo apresurarme, rodear aquella colina, perderme...». Y echó a correr.

A derecha e izquierda, los sembrados eran de la estatura de un hombre. Fue allí, en aquella llanura de Galilea, donde por primera vez habían nacido el trigo y la vid, y las cepas silvestres se arrastraban aún por la ladera del monte. A lo lejos se oyó chirriar una carreta de bueyes; los borricos se levantaban del suelo, husmeaban el aire, empinaban las orejas y rebuznaban. Aparecieron las primeras segadoras: risas, chácharas; las hoces afiladas brillaban, el sol vio a las mujeres y cayó sobre sus brazos, sobre sus cuellos, sobre sus piernas.

Vieron de lejos al hijo de María que corría y estallaron en risas: ¿A quién persigues? —le gritaron—, ¿quién te persigue?

Pero cuando se aproximó y lo vieron de cerca, lo reconocieron, se apretaron unas contra otras.

—¡El crucificador! —murmuraron—. ¡El crucificador, maldito sea! Ayer lo vi que crucificaba...

—¡Mira el pañuelo que lleva en la cabeza, todo lleno de sangre!

—Es lo que le tocó en el reparto de la ropa del crucificado, ¡la sangre del inocente sobre su cabeza!

Siguieron su camino, pero ahora tenían un nudo en la garganta; no reían.

El hijo de María continuó su marcha, dejó atrás a las segadoras, atravesó los sembrados, llegó a los viñedos en la ladera del collado. Vio una higuera, pensó en detenerse para cortar una hoja y olerla; le gustaba mucho el olor de la hoja de higuera, le recordaba el de la axila humana. Cuando era

pequeño cerraba los ojos, la olía y le parecía que se acurrucaba de nuevo en el seno de su madre y mamaba. Pero en el momento en que se detenía para extender la mano y cortar la hoja lo inundó un sudor frío; los dos pies descalzos que corrían tras él se habían detenido también súbitamente. Se le erizó el cabello, con el brazo aún en alto miró a su alrededor: absoluta soledad, únicamente Dios. La tierra estaba húmeda, las hojas goteaban, una mariposa, en el hueco de una piedra, intentaba abrir sus alas mojadas, echar a volar.

—¡Gritaré —decidió—, gritaré para desahogarme!

Cuando se quedaba solo en la montaña o, al mediodía, en la llanura desierta, ¿sentía sobre todo alegría? ¿era amargura, o acaso era más que nada miedo? Sentía que Dios lo asediaba por todas partes y daba un grito salvaje como si quisiera lanzarse al asalto y huir. Unas veces lanzaba un grito estridente, como un gallo, otras, aullaba como un chacal hambriento o como un perro al que pegan. Pero en el momento en que abría la boca para gritar vio a la mariposa que intentaba desplegar las alas; se agachó, la cogió con cuidado y la puso sobre una hoja de la higuera en la que empezaba a dar el sol.

—Hermana mía —murmuró—, hermana mía... —Y la miró compasivamente.

Dejó atrás la mariposa calentándose al sol y siguió el camino. Enseguida escuchó a sus espaldas un ruido de pasos de pies descalzos, amortiguadas por la tierra húmeda. Al principio, cuando partieron de Nazaret, el sonido era muy débil, como si viniera de muy lejos, pero poco a poco se iba haciendo más fuerte, se estaba acercando y, pronto —pensaba el hijo de María, estremeciéndose—, pronto lo alcanzarían. «¡Dios mío, Dios mío —murmuró—, concédeme llegar enseguida al monasterio, antes de que ella tenga tiempo de caer sobre mí!».

El sol ocupaba ahora la llanura, daba en los pájaros, en los animales, en los hombres; un rumor confuso subió de la tierra, los rebaños de cabras y ovejas se desplegaron por la ladera del monte, el pastorcillo se puso a tocar el caramillo, el mundo se apaciguó. Pronto, cuando llegara al gran álamo, a lo lejos, a su izquierda, vería la alegre aldea que amaba, Caná. Cuando era

aún un adolescente imberbe y Dios no había clavado todavía sus garras en él, ¡cuántas veces había ido con su madre a fiestas bulliciosas en su pueblo! ¡Cuántas veces había contemplado lleno de admiración a las muchachas de todas las aldeas de alrededor, que bailaban debajo de aquel gran álamo de espeso follaje y la tierra se levantaba alegre bajo sus pies! Una vez, cuando tenía veinte años y estaba de pie bajo el álamo, angustiado, y tenía una rosa en la mano...

Se estremeció. De repente Ella, la mil veces besada en secreto, apareció ante él. En sus pechos llevaba ocultos el sol y la luna, y el día y la noche bajaban y subían tras su corpiño trasparente...

—¡Déjame! ¡Déjame!, me han consagrado a Dios, y voy a encontrarme con él en el desierto —gritó, y continuó su camino.

Pasó el álamo, ante él se extendió Caná: las casitas encaladas, el cuadrilátero de las soleadas terrazas, doradas por las mazorcas de maíz y las grandes calabazas puestas a secar al sol. Sentadas en el borde, con los pies desnudos colgando, las muchachitas ensartaban en un hilo de algodón pimientos rojos, engalanando las casas con collares.

Pasó con los ojos bajos por aquella trampa de Satanás y aligeró la marcha para no ver a nadie, para que nadie lo viera. Los pies descalzos que le seguían golpeaban ahora con fuerza sobre las piedras del camino, ellos también aligeraban el paso.

El sol había ascendido, cubría ya el mundo. Las segadoras mecían las hoces, cantaban y segaban, rápidamente los puñados de espigas se transformaban en brazadas, en gavillas, en almiares que formaban torres en las eras. «¡Buena cosecha!» —deseaba apresuradamente el hijo de María a los propietarios, y continuaba caminando—. Caná había desaparecido detrás de los olivos, las sombras se enroscaban al pie de los árboles, era cerca de mediodía. Y mientras el hijo de María gozaba del mundo y mantenía su espíritu fijo en Dios, un dulce olor a pan recién sacado del horno golpeó sus fosas nasales. Sintió de pronto que tenía hambre y, al sentirlo, todo su cuerpo se estremeció. ¡Cuántos años hacía que tenía hambre y no había sentido el santo deseo del pan! Y ahora...

Sus narices husmearon el aire, siguió el olor, cruzó un pequeño foso, saltó una tapia, entró en una viña, distinguió bajo un olivo achaparrado, de tronco hueco, una choza, el humo subía y formaba volutas sobre el techo de paja. Una vieja vivaracha, de nariz puntiaguda, inclinada ante un pequeño horno de obra en la entrada de la choza, sacaba pan; junto a ella un perro negro con manchas amarillas, tenía apoyadas las patas delanteras en el horno y abría una boca profunda, hambrienta, llena de dientes.

Oyó pasos en la viña, se abalanzó ladrando sobre el intruso. La vieja se volvió sorprendida, vio al joven; sus ojillos sin pestañas brillaron. Se alegró de ver a un hombre en su soledad. Se detuvo con la pala en la mano.

—Bienvenido —dijo—. ¿Tienes hambre? ¿De dónde vienes?

—De Nazaret.

—¿Tienes hambre? —volvió a preguntar la vieja, y se echó a reír—. Tus narices se mueven como las de un lebel.

—Tengo hambre, abuela, perdóname.

La vieja era dura de oído, no lo oyó.

—¿Cómo? —dijo—. Habla más alto.

—Tengo hambre, perdóname, abuela.

—¿Que te perdone? ¿Por qué? No es vergonzoso tener hambre, muchacho, ni tampoco tener sed, ni deseo amoroso. Todo esto viene de Dios. Acércate, pues, no tengas vergüenza.

Se echó a reír otra vez, quedó a la vista su único y valioso diente.

—Aquí —dijo —encontrarás pan y agua; amor, más allá, en Magdala.

Cogió una hogaza de pan que había colocado en el poyete del horno, aparte de las otras.

—Toma, éste es el pan que apartamos cada vez que cocemos, lo llamamos el pan de la cigarra, para los caminantes. No es mío, es tuyo. Córtalo y come.

El hijo de María se sentó al pie del viejo olivo y se puso a comer, tranquilo. ¡Qué rico estaba aquel pan, qué refrescante era el agua, y las dos aceitunas que la vieja le había ofrecido como tentempié, qué suaves eran, de hueso pequeño, carnosas como manzanas! Masticaba pausadamente, comía, sentía que su

cuerpo y su alma se confundían, que en ese instante se habían fundido en uno solo y recibían con una única boca el pan, las aceitunas, el agua, y los dos, cuerpo y alma, se sentían felices y se alimentaban. La vieja lo contemplaba, apoyada en el horno.

—Tenías hambre —le dijo riendo—, come, eres joven; tienes un largo camino por delante, muchas penalidades, come para coger fuerzas, para resistir.

Le cortó otro trozo de pan, le dio otras dos aceitunas, se amarró apresuradamente el manto que se le había resbalado de la cabeza y había dejado al descubierto la cocorota calva.

—¿Adónde vas muchacho? —preguntó.

—Al desierto.

—¿Adónde? ¡Habla más claro!

—Al desierto.

La vieja frunció su desdentada boca, su mirada se volvió agresiva.

—¿Al monasterio? —gritó con repentina cólera—. ¿Por qué? ¿Qué vas a buscar allí? ¿No te compadeces de tu juventud?

El joven callaba. La vieja meneó su pelada cabeza, silbó como una serpiente.

—¿Vas a buscar a Dios? —preguntó con tono sarcástico.

La voz del joven se oyó muy débil:

—Sí.

La vieja dio una patada al perro que se le enredaba entre las piernas, se acercó al joven.

—¡Ah, desgraciado! —gritó—. ¡Dios no se encuentra en los monasterios, se encuentra en las casas de los hombres! ¡Donde hay un hombre y una mujer, allí está Dios, donde hay niños, preocupaciones, guisos, disputas y reconciliaciones, allí está Dios! ¡No escuches lo que dicen los eunucos, ellos son como la zorra de las uvas verdes! El verdadero Dios es éste del que te hablo yo, el de las casas, no el de los monasterios. A éste tienes que adorar. ¡El otro es para los eunucos y los pusilánimes!

La vieja seguía hablando y cuanto más hablaba más se acaloraba. Habló, se encolerizó, se desahogó; se calmó. Puso la mano en el hombro del joven:

—Perdóname, muchacho —dijo—, pero yo tenía un hijo, un buen mozo como tú, un día le dio la ventolera, abrió la puerta, se marchó, fue al monasterio del desierto junto a los terapeutas, malditos sean, ¡ojalá no se curen jamás en su vida!, y lo perdí. Y ahora meto el pan en el horno y lo saco, pero ¿a quién voy a alimentar? ¿A mis hijos? ¿A mis nietos? Me he quedado como un palo seco.

Se calló por un instante, se enjugó los ojos, prosiguió:

—Durante años levantaba los brazos hacia Dios, gritaba: «¿Por qué he nacido? Tenía un hijo, ¿por qué me lo has quitado?». Gritaba, gritaba, pero ¡qué iba a oírme él! Una sola vez, en el monte del profeta Elías vi a medianoche abrirse el cielo: «Grita hasta que te canses», oí una voz tonante, luego el cielo se cerró otra vez y desde entonces no he vuelto a gritar.

El hijo de María se levantó, alargó la mano para despedirse de la vieja, pero ella retiró la suya. Comenzó a silbar de nuevo como una serpiente:

—¡De modo que al desierto! ¡Tú también tienes apetencia del desierto! ¿Pero es que no tienes ojos muchacho? ¿No ves el sol, las viñas, las mujeres? Ve a Magdala, te digo, ¡allí encontrarás la curación! ¿No has leído nunca las Escrituras? «Yo no quiero —dice Dios—, no quiero oraciones y ayunos, ¡quiero carne!». Esto significa: «¡Quiero que me deis hijos!».

—Adiós, abuela —dijo el joven—, Dios te pague por el pan que me has dado.

—Que Dios te pague a ti, hijo mío —dijo la vieja, calmada ya—, que Dios te pague a ti por el bien que me has hecho. Hacía mucho tiempo que ningún hombre pasaba por mi choza, y si alguno pasaba era viejo...

Cruzó el viñedo, saltó la cerca, entró en el camino principal.

—No puedo ver hombres —murmuró—, no quiero... Hasta el pan que te dan es veneno. Uno sólo es el camino de Dios, el que he tomado hoy. Pasa entre los hombres, no los toca, y desemboca en el desierto. ¡Ah, cuándo voy a llegar!

Todavía estaban sus palabras en el aire cuando una risa estalló detrás de él. Se volvió alarmado. Una risa sin boca agitaba el aire, silbante, insidiosa, malévol.

—¡Adonai! —el grito salió de su garganta apretada—. ¡Adonai!

Con los pelos de punta miró el aire que se carcajeaba. Fuera de sí, reanudó la marcha a toda prisa e inmediatamente se oyeron dos pies descalzos correr tras él.

—No tardará en alcanzarme... No tardará... —murmuró sin dejar de correr.

Las mujeres segaban aún, los hombres llevaban las gavillas a la era y, más allá, otros aventaban. Soplabla una brisa caliente, se llevaba la paja, espolvoreaba de oro la tierra y dejaba que el pesado grano se amontonara en la era. Los caminantes cogían un puñado de trigo, lo besaban y deseaban a los propietarios: «¡Buena cosecha también para el año que viene!».

A lo lejos, entre dos colinas, apareció Tiberiades ²⁷, ciudad imponente, recientemente construida, idólatra, llena de estatuas, de teatros, de tabernas y de mujeres maquilladas. Al verla, el hijo de María, se asustó. Una vez, de niño, había ido allí con su tío el rabino, al que habían llamado para que expulsara los demonios de una patricia romana. La había poseído, al parecer, el demonio del baño, salía a las calles completamente desnuda y perseguía a los viandantes. Entraron en su palacio en el momento en que la mujer se encontraba en pleno trance y corría en cueros hacia la puerta de la calle. Las esclavas corrían tras ella para detenerla. El rabino había extendido el cayado, la había detenido, y ella, al ver al muchacho, se había arrojado sobre él; el hijo de María lanzó un grito y se desmayó. Desde entonces cada vez que recordaba aquella impúdica ciudad, se horrorizaba.

—Es una ciudad maldita, hijo mío —le decía el rabino—, cuando pases por ella hazlo rápido, mira al suelo y piensa en la muerte, o mira al cielo y piensa en Dios. Hazme caso, cuando vayas a Cafarnaúm, cambia de ruta.

La ciudad impúdica reía al sol, los hombres entraban y salían a pie y a caballo por sus puertas, en sus torres ondeaban enseñas con águilas bicéfalas y centelleaban armaduras de bronce. Una vez el hijo de María había visto echada en medio de un lodazal verdoso, a las afueras de Nazaret, la carroña hinchada de una yegua; en su vientre y en sus vísceras llenas de inmundicias entraban y salían un ejército de escarabajos e

insectos carroñeros, y sobre ella zumbaba una nube de gruesas moscas de la carne, verdes y doradas. Dos cuervos habían hundido el pico puntiagudo en los dos ojos de largas pestañas y sorbían... La carroña relucía, densamente habitada, revivida, parecía que se revolcaba satisfecha en la hierba de primavera, eufórica de alegría, con sus cuatro patas herradas tendidas hacia el cielo.

—Así es Tiberiades, como la carroña de la yegua... — murmuró el hijo de María, que no podía apartar los ojos de la ciudad—. Así eran Sodoma y Gomorra, así es también el alma pecadora del hombre...

Un viejo robusto pasó a horcajadas en un borrico, lo vio, se detuvo:

—¿Por qué te quedas boquiabierto, muchacho? ¿No la conoces? Es nuestra nueva princesa Tiberiades, la puta. Griegos, romanos, beduinos, caldeos, egipcios, hebreos la montan y no se harta de ser cabalgada. ¿Oyes lo que te digo? No se ve saciada. ¡Dos y dos son cuatro!

Sacó de la alforja un puñado de nueces, se las ofreció.

—Pareces un buen hombre —dijo— y pobre. Cógelas para el camino y di: «¡Que le vaya bien al viejo Zebedeo de Cafarnaúm!».

Barba completamente blanca, ahorquillada, gruesos labios sensuales, cuello corto de toro y ojos negros vivarachos, de ave de rapiña. Aquel cuerpo rechoncho debía haber comido mucho en la vida, bebido mucho, besado mucho y ¡qué iba a estar aún saciado!

Un hombretón con el pecho descubierto, algo patizambo, lleno de pelos, con un cayado lleno de nudos, pasó, se detuvo y, acalorado, sin saludar al viejo, se volvió al hijo de María:

—¿No eres tú el hijo del carpintero de Nazaret? ¿No eres tú el que fabrica las cruces y nos crucificas?

Dos viejas segadoras oyeron desde el trigal de al lado lo que decía, se acercaron.

—Yo —dijo el hijo de María—, yo...

E hizo ademán de irse.

—¿Adónde vas? —dijo y le sujetó por el brazo—. ¡No te vas a librar! ¡Crucificador, traidor, voy a acabar contigo!

Pero el robusto viejo le quitó el cayado de pastor, se lo arrancó de las manos.

—Felipe —dijo—, detente, escúchame a mí, soy viejo. Dime: ¿sucede algo en el mundo sin la voluntad de Dios?

—No, viejo Zebedeo, no sucede.

—Entonces, es voluntad de Dios que este fabrique cruces, déjalo tranquilo. No nos mezclemos en los asuntos de Dios, te lo digo por tu bien. ¡Dos y dos son cuatro!

Entretanto, el hijo de María se había soltado de las manos de tenaza del pastor y se había ido a toda prisa. Las dos viejas gritaban tras él y blandían las hoces, muy excitadas.

—Viejo Zebedeo —dijo el hombretón—, vayamos los dos a lavarnos las manos con las que hemos tocado al crucificador, vayamos a lavarnos los labios, con los que le hemos hablado.

—¡Qué más da! —dijo el viejo—. Vámonos, acompáñame, tengo prisa; mis hijos no están; uno se ha ido a Nazaret para ver la crucifixión, creo, y el otro al desierto, a santificarse. Me he quedado solo con mis barcas de pesca, ven conmigo a jalar las redes, ya deben estar llenas de peces y te daré para que hagas un guiso.

Se pusieron en marcha, el viejo estaba de buen humor, se echó a reír.

—¡Vaya, lo que este Dios tiene que aguantar! —dijo—. Se ha metido en un buen lío con nosotros. Los peces le gritan: «¡No nos confundas, Señor, no permitas que entremos en las redes!». Los pescadores le gritan: «¡Confunde a los peces, Señor, haz que entren en las redes!». ¿A quién de los dos ha de hacer caso Dios? Unas veces hace caso a los peces, otras, a los pescadores. ¡Y así marcha el mundo!

Mientras tanto, el hijo de María había tomado el sendero de cabras cuesta arriba para no pasar por la aldea maldita de Magdala y mancillarse. La aldea yacía graciosa, acogedora, en medio de un palmeral, en la rica encrucijada por donde día y noche pasaban las caravanas que se dirigían desde el Éufrates y el desierto de Arabia hacia el gran mar, y desde Damasco y

Fenicia hacia el valle verdeante del Nilo. A la entrada de la aldea había un pozo de agua fresca y en su brocal se sentaba una mujer con los pechos descubiertos, llena de afeites, y sonreía a los mercaderes...

¡Tenía que alejarse de allí, cambiar de ruta, cortar en línea recta hacia el lago, entrar en el desierto! Allí, sentado en un pozo seco, estaba Dios y lo esperaba.

Se acordó de Dios y su corazón se dilató, aceleró el paso. El sol se compadeció de las muchachas que segaban, se inclinó hacia Poniente, se suavizó. Las segadoras se tumbaron de espaldas sobre los almiarés para cobrar aliento, para soltar alguna broma picante y esparcirse un poco. Llevaban todo el día al sol, con el pecho al descubierto, sudando junto a los hombres que también sudaban, estaban acaloradas y ahora se refrescaban entre bromas y risas.

El hijo de María oía sus risas y sus chanzas, se ruborizaba, estaba impaciente por no escuchar a los hombres. Lanzaba su pensamiento a otra parte, rumiaba en su mente las palabras del pastor fanfarrón, Felipe, suspiraba:

—No saben lo mucho que sufro —murmuraba—, no saben por qué fabrico cruces, no saben con Quién lucho...

En una cabaña, dos campesinos sacudían de sus barbas y de sus cabellos las pajas de las espigas y se lavaban. Debían ser hermanos y su anciana madre les ponía en el poyete de la casa la cena del pobre, asaba mazorcas de maíz en las brasas y el olor inundaba el aire.

Los dos campesinos vieron al hijo de María agotado y cubierto de polvo; les dio pena.

—Eh, ¿adónde vas tan corriendo, buen hombre? —le gritaron—. Debes venir de muy lejos, ni siquiera llevas alforja, detente para comer con nosotros un trozo de pan.

—Y también una mazorca —dijo la madre.

—Y echar un trago de vino, que tus mejillas cojan color.

—No tengo hambre, no quiero, ¡gracias! —respondió él y pasó de largo. «Sabrán quién soy —pensó—, y se avergonzarán de haber tenido contacto conmigo, de haberme hablado».

—¡Allá tú con tu tozudez! —le gritó uno de los hermanos—. No nos consideras dignos de ti.

«Soy el crucificador» —estuvo a punto de confesarles pero no tuvo valor. Bajó la cabeza y siguió su marcha.

La noche cayó como una espada; las colinas no tuvieron tiempo de ponerse rosadas, la tierra se volvió violeta e inmediatamente, negra. Y la luz que había trepado a las copas de los árboles saltó al cielo y desapareció. Las sombras sorprendieron al hijo de María en la cima del collado. Un viejo cedro había echado raíces allí en lo alto, donde era azotado por los vientos, torturado, pero resistía con firmeza y sus raíces habían devorado las piedras; de los campos ascendía olor a trigo y a madera quemada; de las cabañas diseminadas aquí y allá subía el humo de la comida de la noche.

El hijo de María tenía hambre y sed y por un instante envidió a los braceros que habían acabado su jornada, volvían a sus casas, muertos de cansancio y hambrientos, y veían desde lejos la lumbre encendida, el humo que ascendía y a su mujer que preparaba la cena.

Sintió de pronto que estaba más abandonado que los zorros y las lechuzas, que tienen nidos y seres entrañables y queridos que los esperan, pero él no tenía a nadie, ni siquiera a su madre. Se acurrucó al pie del cedro, se hizo un ovillo, tiritaba.

—Te doy gracias, Señor, por todo esto —murmuró—, por el abandono, por el hambre, por el frío. No me falta nada.

Y al decirlo pareció que sentía la injusticia de todo lo que le sucedía. Miró a su alrededor como una fiera acosada y sus sienes crujieron de rabia y de miedo. Se arrodilló, fijó los ojos en el sendero oscuro por donde aún se oían los pies desnudos que al subir hacían rodar las piedras. Llegaban ya a la cima, una voz ronca salió de su garganta contra su voluntad. Sintió pánico al oírla él mismo:

—¡Acércate, mujer, no te ocultes! ¡Ya es de noche, nadie te ve, preséntate!

Contuvo la respiración, esperó.

Nadie respondió, únicamente las voces de la noche ascendían serenas, dulces, eternas —grillos, aves nocturnas que

suspiraban, y, a lo lejos, perros que distinguían en la oscuridad lo que los hombres no pueden ver y ladraban—. Estiró el cuello, estaba seguro de que había alguien bajo el cedro, ante él. Murmuró ahora en voz baja, como suplicando «Mujer... Mujer...» para conjurar al ser invisible y esperó. Ya no tiritaba, su frente y sus axilas estaban sudorosas. Miraba, miraba, escuchaba. A veces le parecía oír una carcajada en la oscuridad, a veces creía que el aire formaba un remolino y se espesaba, que se convertía en un cuerpo, luego se deshacía y desaparecía.

El hijo de María se consumía, se esforzaba por dar consistencia al aire de las sombras. Ya no gritaba, no suplicaba, se consumía. De rodillas, con el cuello estirado, esperaba bajo el cedro.

Se había desollado las rodillas en las piedras. Se apoyó en el tronco del cedro, cerró los ojos. Entonces, con calma, sin lanzar un grito, la vio tras sus párpados. La esperaba de una forma diferente a como había venido: esperaba a una madre desolada, con las dos manos sobre su cabeza para maldecirlo, ¡y en cambio ahora...! Poco a poco, temblando, abrió los ojos: un cuerpo salvaje de mujer resplandecía ante él cubierto de arriba abajo por una extraña armadura de gruesas escamas de bronce. Pero su cabeza no era humana sino de águila, con ojos amarillos y un pico corvo en el que llevaba un trozo de carne. Miraba impasible, implacablemente, al hijo de María.

—Te esperaba diferente a como has venido —murmuró—. No eres la Madre... Por piedad, dime ¿quién eres?

Preguntaba, esperaba, volvía a preguntar; únicamente los ojos redondos, amarillos, brillaban en la oscuridad.

Y de repente el hijo de María comprendió:

—¡La Maldición! —gritó y cayó de bruces en tierra.

[26](#) Parece que se refiere a la secta de los Terapeutas de Alejandría, también llamados del desierto. Sobre el movimiento de los Terapeutas nos informa el filósofo judío Filón de Alejandría (15/10-45/50 d.C.) en su libro *De vita contemplativa*. Se trata de una secta judía de sanadores, que abandonaban familia y bienes para dedicarse a la oración y a la curación. Se oponían a la

esclavitud y a la servidumbre, considerando a todos los hombres iguales y libres. Vivían aislados, durante el día se retiraban a un habitáculo sin comida ni bebida, sin más compañía que las Escrituras. Cuando iniciaban un proceso de curación entraban en éxtasis. Llevaban una vida muy austera y rechazaban todos los placeres, incluidos el vino y la carne. Se ha querido ver afinidades entre Jesús y los terapeutas de Alejandría en lo que se refiere a su actividad sanadora, su renuncia a la familia y el rechazo a la esclavitud y la servidumbre. Pero Jesús se diferenciaba de ellos en su actitud abierta, sociable e itinerante. La vida austera de Jesús se justifica por su acercamiento a los pobres, a los que carecían de todo, a quienes iba dirigido su mensaje. Jesús no rechazaba los banquetes ni el vino cuando se lo ofrecían, ni se recluía durante el día dedicado a las Escrituras. También se diferencia de los terapeutas en que él anunciaba la llegada del reino de Dios. Pese a las similitudes con este grupo del monasterio descrito en el pasaje, en otras ocasiones Casandsakis nos sugiere que el monasterio al que va el hijo de María es de esenios.

[27](#) Esta ciudad fue fundada por Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande y tetrarca de Galilea, a la muerte de su padre. Le dio este nombre en honor del emperador Tiberio y pretendió que fuera una ciudad monumental de aspecto helenístico-romano, como la Cesarea de su padre, donde vivía el prefecto del emperador, pero en miniatura. Entre otras edificaciones, tenía una puerta amurallada con dos torres redondeadas de carácter ornamental.

VII

El cielo refulgía sobre él y, abajo, la tierra lo hería con sus piedras y sus zarzas. Había extendido los brazos y se retorció como si la tierra entera fuera una cruz y él bramara sobre ella, crucificado.

La noche pasaba encima de él con su pequeño y su gran cortejo: aves nocturnas y estrellas. Por doquier, los perros, sometidos al hombre, ladraban en las eras y guardaban la hacienda de sus amos. Hacía frío, tiritaba. Durante unos instantes lo vencía el sueño, lo paseaba por el aire, por lugares cálidos y lejanos, pero enseguida volvía a lanzarlo a la tierra, sobre las piedras.

Hacia medianoche oyó alegres cascabeles que pasaban al pie de la colina y tras los cascabeles, la canción lastimera de un camellero. Oyó conversaciones, alguien suspiró y surgió una voz de mujer clara y fresca en la noche, pero pronto el camino enmudeció de nuevo. Montada en un camello de arreos de oro, con el rostro ajado por el llanto, con las mejillas llenas de churretes de afeites corridos, Magdalena pasaba a medianoche. Habían llegado ricos mercaderes desde los cuatro extremos del mundo, no la habían encontrado junto al pozo ni en su casa y habían enviado a su camellero con el animal enjaezado de oro para que la llevara inmediatamente; su camino había sido muy largo, lleno de peligros, pero tenían en mente un cuerpo que se encontraba en Magdala y esto les daba ánimos. No la habían encontrado, habían enviado al camellero y ahora estaban sentados en fila en su patio, con los ojos cerrados y esperaban.

Poco a poco los cascabeles se apagaban en la noche, se oían más lejanos; al hijo de María le parecían ahora como una risa tierna, como un manantial de agua que surgía en un huerto desde las profundidades, gorgoteaba y lo llamaba tiernamente

por su nombre. Y así, suave, voluptuosamente, siguiendo el tintineo del camello, el hijo de María se quedó dormido.

Y tuvo un sueño: el mundo era un prado verde lleno de flores y Dios, un pastorcillo de piel morena con dos cuernos retorcidos, tiernos aún, recién salidos. Estaba sentado junto a un pozo seco y tocaba el caramillo. El hijo de María jamás en su vida había oído un son tan dulce, tan hechicero. El pastorcillo, Dios, tocaba y palmo a palmo la tierra sentía un hormigueo, se estremecía, se arqueaba, cobraba vida, y de repente el prado se llenó de graciosos ciervos coronados de cuernos. Dios se inclinó, miró el agua y el pozo seco se llenó de peces. Alzó los ojos hacia los árboles y sus hojas se enrollaron, se convirtieron en pájaros y se pusieron a cantar. El sonido del caramillo cogió impulso, se hizo más violento y dos insectos grandes como hombres salieron de la tierra y comenzaron enseguida a abrazarse sobre la hierba de primavera. Rodaban de una punta a otra del prado, se acoplaban, se separaban, volvían a acoplarse, reían desvergonzadamente, se burlaban del pastor y silbaban. El pastor apartó de sus labios el caramillo y se puso a mirar a la insolente e impúdica pareja. Pero de pronto no pudo resistir más: con un brusco movimiento aplastó con el pie el caramillo y al punto la tierra se abrió y los ciervos, los pájaros, los árboles, el agua y la pareja que copulaba desaparecieron...

El hijo de María dio un grito, se despertó, pero en el instante en que se despertaba tuvo tiempo de ver dos cuerpos unidos, el de un hombre y una mujer, que se precipitaban en la trampilla oscura de sus entrañas. Se puso en pie de un salto, aterrorizado:

—¡Qué horrible fango hay dentro de mí! —murmuró—. ¡Qué suciedad!

Se quitó el cinturón de piel con clavos, dejó caer hasta los pies su vestidura y empezó a flagelarse despiadadamente, en silencio, la espalda, el rostro. Sintió brotar la sangre y salpicarle, se calmó.

Rompía el día, las estrellas perdían su brillo, el relente de la madrugada le penetraba hasta los huesos; el cedro por encima de él se llenó de gorjeos y de alas. Se volvió todo en rededor, el

aire estaba vacío, la Maldición de bronce con cabeza de águila se había vuelto de nuevo invisible a la luz del día.

«Debo partir, tengo que huir —pensó—, no debo poner el pie en Magdala, ¡maldita sea! Debo ir derecho al desierto, hundirme en el monasterio. Allí mataré la carne y la haré espíritu».

Puso la mano sobre el viejo tronco del cedro, lo acarició, sintió el alma del árbol subir desde las raíces y diseminarse hasta las ramas más altas, más firmes.

—Adiós, hermano —murmuró—. Esta noche me he deshonrado bajo tu cobijo, perdóname.

Dijo, y con funestos presentimientos, extenuado, tomó la cuesta abajo.

Cogió el camino principal, la llanura se despertaba, caían los primeros rayos de sol y llenaban de oro las eras repletas de granos.

—No debo pasar por Magdala —murmuró otra vez—. Tengo miedo...

Se detuvo para elegir por dónde cortar camino para llegar al lago. Tomó el primer sendero que encontró a la derecha. Sabía que Magdala quedaba a la izquierda y el lago a la derecha, avanzaba seguro.

Caminaba, caminaba, y su mente vagaba, corría desde Magdalena, la ramera, hasta Dios, desde la cruz hasta el Paraíso, desde su madre y su padre hasta los mares lejanos, los remotos continentes, los millares de hombres de rostros blancos, amarillos y negros. Jamás había salido de los límites de Israel, pero desde pequeño, en la humilde casa de su padre, cerraba los ojos y su mente se lanzaba como un halcón adiestrado, con cascabeles de oro, de ciudad en ciudad, de mar en mar, y gañía de alegría. Pero él no cazaba, hacía pedazos su cuerpo, se liberaba de la carne, subía al cielo. Otra cosa no deseaba.

Caminaba, caminaba, el sendero daba vueltas, se enroscaba y se desenroscaba entre los viñedos, alcanzaba los olivos, volvía a ascender por la colina. El hijo de María lo seguía como seguimos un torrente de agua o la canción monocorde, lastimera, de un camellero. Toda aquella marcha le parecía un sueño; apenas tocaba la tierra, y su pie dejaba una leve marca humana en el

suelo: los cinco dedos, el talón. Los olivos movían sus ramas cargadas de fruto y le daban la bienvenida, los racimos de uvas colgaban y se apoyaban en la tierra y sus granos habían comenzado también a brillar, y las muchachas que pasaban con su pañuelo blanco y sus pantorrillas firmes tostadas por el sol, le saludaban amablemente: ¡*Shalom!* ¡Paz!

A veces, cuando no se veía un alma en el sendero, los pesados pies descalzos volvían a oírse tras él, un fulgor de bronce se encendía y se apagaba en el aire, la risa malévola estallaba de nuevo sobre su cabeza. Pero el hijo de María tenía paciencia, se acercaba a su liberación, dentro de poco se encontraría ante el lago y detrás del agua azul, entre los rojos peñascos, colgado como un nido de halcones, el monasterio...

Mientras su mente corría siguiendo el sendero, se detuvo asustado: frente a él, bajo las palmeras, en una hondonada resguardada del viento, se extendía Magdala. Su espíritu retrocedía, retrocedía, no quería seguir avanzando, pero sus pies lo llevaban indefectiblemente al maldito eremitorio embalsamado de fragancias de su prima Magdalena.

—¡No quiero! ¡No quiero! —murmuró aterrado e hizo ademán de desandar el camino recorrido.

Pero su cuerpo se negaba. Permanecía allí, como un lebrero y husmeaba el aire. «Debo partir» —decidió en su interior otra vez, pero no se movió.

Miraba el viejo pozo con el brocal de mármol, las casitas limpias encaladas; los perros ladraban, las gallinas cacareaban, las mujeres reían, los camellos cargados, arrodillados alrededor del pozo, rumiaban... «Debo verla, verla —resonó una dulce voz en su interior—. Debo verla, es necesario, es Dios quien ha guiado mis pasos, Dios, no mi espíritu, para que la vea, para que caiga a sus pies y le pida perdón... ¡Yo tengo la culpa, yo! Antes de entrar en el monasterio y vestir la túnica blanca tengo que pedirle perdón. De lo contrario, no podré salvarme... ¡Te doy gracias, Señor, porque me has traído aquí donde no quería!».

Se alegró, se apretó el ceñidor y empezó a bajar hacia Magdala.

Alrededor del pozo, con la panza pegada al suelo, una recua de camellos que había comido, rumiaba ahora lentamente, pacientemente; aún estaban cargados, y debían venir de lejanos países llenos de perfumes porque todo el aire olía a especias.

Se detuvo frente al pozo; una vieja sacaba agua, le alargó el cántaro, bebió. Iba a preguntarle si María estaba en su casa, pero le dio vergüenza. «Dios me ha empujado hasta su casa, en Él confío; seguro que está allí» —pensó, y cogió el sendero sombreado—. Muchos extranjeros, unos con *yilabs* ²⁸ blancos como beduinos, otros con ricas telas indias de seda bordadas en oro y plata. Se abrió una portezuela y una matrona de anchas caderas y bigote negro asomó, lo vio y se echó a reír.

—¡Eh, carpintero, bienvenido! ¿Tú también te vas a prosternar? —gritó y cerró la puerta soltando una risotada.

El hijo de María se ruborizó, pero se armó de valor.

«Es preciso —pensó—, tengo que caer a sus pies, pedirle perdón...».

Aceleró el paso, la casa estaba en la otra punta del pueblo, en medio de un pequeño huerto de granados; lo recordaba bien: una puerta verde de una sola hoja y sobre ella, pintadas por uno de sus amantes, un beduino, dos serpientes entrelazadas, una negra y otra blanca, y encima del dintel, un enorme lagarto amarillo crucificado.

Se extravió, dio vueltas y más vueltas, le daba vergüenza preguntar. Era casi mediodía, se detuvo a la sombra de un olivo para tomar aliento. Pasó un rico mercader, de barba negra y ensortijada y ojos negros almendrados, con los dedos llenos de anillos y que olía a almizcle. El hijo de María lo siguió. «Será un ángel del Señor —pensó mientras lo seguía y admiraba la presencia señorial de su cuerpo y el costoso manto que cubría sus hombros, bordado con llamativos pájaros y flores—. Será un ángel del Señor que ha bajado del cielo para indicarme el camino».

El joven señor recorría con seguridad las tortuosas callejuelas, apareció la puerta verde con las dos serpientes entrelazadas. Una viejecita estaba sentada fuera en un banquillo, tenía encendido un hornillo, asaba cangrejos. Al lado, en dos bandejas

hondas, vendía albóndigas de garbanzos calientes, con abundante pimienta, y pipas de calabaza asadas.

El joven señor se inclinó, dio a la vieja una moneda de plata y entró. El hijo de María entró tras él.

En el patio, en fila uno tras otro, estaban sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, cuatro mercaderes; dos viejos, con las uñas y las pestañas teñidas, y dos jóvenes, con barbas y bigotes negros como el betún. Todos tenían los ojos fijos en la puertecilla baja cerrada, el cuarto de María. De vez en cuando se oía un gemido proveniente de la habitación, un ajetreo, una risa, las patas de la cama crujían e, inmediatamente, los que esperaban interrumpían la conversación intrascendente que habían empezado y se rebullían, inquietos. Tardaba mucho en terminar el beduino. Había entrado hacía ya mucho rato, tardaba, y en el patio todos, viejos y jóvenes, estaban impacientes. El joven señor indio se sentó en la fila y tras él, el hijo de María.

En el centro del patio había un enorme granado cargado de frutos y a ambos lados de la puerta dos sólidos cipreses, uno macho, de tronco recto como una espada, y otro hembra, con las ramas extendidas y abiertas, y en una jaula de mimbre que estaba colgada del granado, una perdiz plumiza, iba y venía, picoteaba, golpeaba con las patas los barrotes y ajeaba.

Los peregrinos sacaban de su ceñidor dátiles y los masticaban, o mordisqueaban nuez moscada para perfumarse el aliento, y entablaban conversación para sobrellevar la interminable espera. Se volvieron, saludaron al joven señor, miraron despectivamente al hijo de María, pobremente vestido. El primer anciano suspiró y dijo:

—No hay mayor tormento que el mío; estoy ante el Paraíso y la puerta está cerrada.

Un joven con ajorcas de oro en los tobillos se echó a reír:

—Transporto especias desde el Éufrates y las llevo hasta el mar. ¿Veis esa perdiz de patas rojas? Daré un cargamento de canela y pimienta para comprar a María, meterla en una jaula de oro y llevármela conmigo. Así que lo que tengáis que hacer, hacedlo pronto, gentiles caballeros, no habrá más besos.

—Muchas gracias, muchacho —espetó entonces otro viejo, de barbas blancas como la nieve, perfumadas, y manos finas, de señor, con las palmas pintadas con tinte rojo—, gracias, lo que acabas de decir hará más sabrosos sus besos.

El joven señor había bajado las tupidas pestañas, balanceaba lentamente el torso y sus labios se movían como si rezaran. Se había sumergido ya, antes de entrar en el Paraíso, en la beatitud eterna. Escuchaba a la perdiz que ajeaba, escuchaba el ajeteo y los crujidos en la habitación cerrada y a la vieja en la puerta, que ponía sobre las brasas los cangrejos vivos y saltaban...

«Esto es el Paraíso —pensaba desfallecido—, éste es el denso sueño que llamamos vida mientras soñamos con el Paraíso. Otro Paraíso no existe. Ahora puedo levantarme y marcharme, otra alegría no necesito...».

Un hombretón con turbante verde, delante de él en la fila, lo empujó con la rodilla y se echó a reír.

—Joven señor de la India, ¿qué dice tu Dios de todo esto?

El joven abrió los ojos:

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A esto que ves aquí, los hombres, las mujeres, los cangrejos, el amor...

—Que todo es un sueño, hermano.

—Entonces, mucho cuidado, muchachos —espetó el viejo de la barba blanca que ahora desgranaba un largo *comboloj* ²⁹ de ámbar—, mucho cuidado, no vayáis a despertar.

La portezuela se abrió y salió el beduino con paso lento, con los ojos abotagados, relamiéndose. El viejo al que le tocaba entrar se puso en pie de un salto, ágil como un joven de veinte años.

—¡Oye, venga, date prisa anciano, apiádate de nosotros! —le gritaron los otros tres que iban detrás.

Pero el hombre se dirigía ya a la habitación, quitándose el ceñidor, ¡no era momento de hablar! Cerró bruscamente la puerta tras él.

Todos miraban con envidia al beduino y ninguno se atrevía a hablarle. Sentían que él bogaba ya muy lejos, en aguas profundas, y, en verdad, él ni se volvió a mirarles. Dio unos

pasos en el patio tambaleándose, llegó a la puerta de la calle, donde estuvo a punto de tropezar en el hornillo y se perdió por las callejuelas tortuosas.

Entonces, para pensar en otra cosa, el grueso hombretón del turbante verde se puso a hablar, sin venir a cuento, de leones, de mares cálidos, de islas remotas hechas de coral...

El tiempo pasaba; de vez en cuando se oía el golpeteo lento, suave, del *comboloí* de ámbar y los ojos estaban otra vez clavados en la puerta baja. El viejo tardaba, tardaba en salir...

El joven señor indio se levantó, contento. Todos se volvieron sorprendidos. ¿Por qué se había levantado? ¿No iba a hacerle el amor? ¿Se marcharía? Su rostro resplandecía, sus mejillas estaban ligeramente ajadas. Se envolvió bien en el chal de seda bordado en oro y plata, se llevó la mano al corazón y a la boca, saludó y su sombra cruzó tranquilamente el umbral.

—Se despertó... —dijo el joven con las ajorcas de oro en los tobillos, e iba a echarse a reír.

Pero a todos los había invadido de repente un extraño temor y se pusieron apresuradamente a hablar de los mercados de esclavos de Alejandría y Damasco, de pérdidas y ganancias... Aunque pronto volvieron a impúdicas conversaciones sobre mujeres y adolescentes, y sacaban la lengua y se relamían.

—Señor, Señor, —murmuró el hijo de María—. ¿Adónde me has arrojado? ¿A qué patio? ¡Con qué hombres tengo que guardar turno! ¡Ésta, Señor, es la mayor vergüenza, dame fuerzas para soportarla!

Los peregrinos sintieron hambre, uno dio una voz, entró la vieja, repartió entre los cuatro hombres pan, cangrejos y albóndigas, trajo una cántara de vino de dátiles, se sentaron con las piernas cruzadas, pusieron en el centro las viandas y empezaron a mover las mandíbulas. Uno se puso de buen humor, lanzó un grueso caparazón de cangrejo contra la puerta, gritó.

—¡Eh, eh, viejo, date prisa, termina ya! —y todos soltaron una carcajada.

—¡Señor, Señor —murmuró otra vez el hijo de María—, dame fuerzas para resistir hasta que llegue mi turno!

El viejo de la barba perfumada se volvió, sintió pena de él:

—¡Eh, muchacho! ¿No tienes hambre ni sed? Acércate a comer un bocado para recuperar fuerzas.

—Para recuperar fuerzas, desdichado —dijo riendo el hombretón del turbante verde—, que cuando te toque entrar no nos dejes en mal lugar a los hombres.

El hijo de María enrojeció como una amapola, bajó la cabeza, calló.

—Este hombre sueña —dijo el viejo sacudiéndose las barbas que se le habían llenado de restos de cangrejo y migas de pan—, sueña, ¡por san Belcebú! Acordaos de lo que os digo, ahora se levantará y se irá.

El hijo de María se estremeció, miró a su alrededor. ¿Sería verdad? ¿Tendría razón el joven señor indio, y todo aquello, patios, granados hornillos, perdices, hombres, serían un sueño? ¿Y si aún estaba bajo el cedro y soñaba?

Se volvió como si buscara socorro y vio que en la puerta de la calle, junto al ciprés macho, de pie, revestida de su armadura de bronce, inmóvil, se encontraba su compañera de viaje con cabeza de águila; por primera vez al mirarla sintió alivio y seguridad.

El viejo salió desfallecido, entró el gigantón del turbante verde. Pasaron horas, le tocó el turno al joven con las ajorcas de oro en los tobillos, luego al viejo del *comboloi* de ámbar. Ya sólo quedaba esperando en el patio el hijo de María.

El sol se inclinaba hacia el ocaso, dos nubes que bogaban por el cielo se detuvieron cargadas de oro, una ligera bruma dorada cayó sobre los árboles, sobre los rostros de los hombres y sobre la tierra.

El viejo del *comboloi* de ámbar salió, se detuvo un instante en el umbral, se enjugó los ojos, las narices, los labios, que estaban húmedos, y se arrastró encorvado hacia la puerta de la calle.

El hijo de María se levantó, se volvió hacia el ciprés macho y su compañera, adelantó también el pie para ir detrás de él. Tuvo intención de hablarle, de suplicarle: «Espérame fuera, quiero estar solo, no voy a huir». Pero sabía que sus palabras serían en vano y guardó silencio. Se apretó en la cintura la correa de

clavos, alzó los ojos, vio el cielo, vaciló, pero se oyó una voz ronca, irritada, en la habitación: «¿Hay alguien más? ¡Que entre!». Era Magdalena quien gritaba. Hizo acopio de todas sus fuerzas, avanzó, la puerta estaba entreabierta, entró temblando.

* * *

Magdalena, echada en la cama completamente desnuda, bañada en sudor, con los cabellos negros desparramados por la almohada, con los brazos plegados detrás de la cabeza, tenía la cara vuelta hacia la pared y bostezaba. Estaba cansada, luchando desde el amanecer con los hombres; en su cuerpo se superponían capas de olores, su pelo y sus uñas estaban impregnados de los perfumes de todas las naciones; sus brazos, su cuello, sus pechos, estaban llenos de mordiscos.

El hijo de María bajó los ojos, se había quedado en pie en medio de la habitación y no podía avanzar. Magdalena, con el rostro vuelto hacia la pared, inmóvil, esperaba, pero no oía ningún gruñido de macho a sus espaldas, ni a ningún hombre desnudándose ni ninguna respiración agitada. Sintió miedo; volvió bruscamente el rostro para ver qué sucedía y de repente dio un grito, cogió la sábana y se tapó.

—¡Tú! ¡Tú! —gritó, y se cubrió con las manos los ojos y los labios.

—¡María —dijo él—, perdóname!

Ronca, desgarrada, como si partiera todas sus cuerdas vocales, estalló la risa de Magdalena.

—¡María —repitió él—, perdóname!

Entonces ella se puso de rodillas de un salto envuelta en la sábana y levantó el puño:

—¿Para esto te has molestado en venir, muchachote mío? ¿Para esto te has mezclado con mis amantes, para burlarte de mí y menospreciar mi casa? ¿Para meterme aquí, en mi cama caliente, a tu Dios asustaniños? Has llegado tarde, muy tarde, muchacho ¡Y a tu Dios no lo quiero, me partió el corazón!

Hablaba, gemía, su pecho subía y bajaba tras la sábana, furioso.

—Me partió el corazón... Me partió el corazón... —volvió a gruñir, y dos lágrimas brotaron de sus ojos y quedaron suspendidas de sus largas pestañas.

—No blasfemes, María; yo tengo la culpa, no Dios. Por eso he venido, para pedirte perdón.

Magdalena estalló:

—Tu Dios tiene tu misma catadura, los dos sois uno solo, no veo ninguna diferencia. Cuando alguna noche lo traigo por azar a mi mente, ¡maldita sea la hora!, helo ahí, viene a mí en la oscuridad con tu rostro. Y cuando, casualmente —¡maldita sea la hora!—, te encuentro en mi camino, ¡maldita sea la hora!, me parece que veo a Dios lanzarse sobre mí.

Extendió el brazo en el aire con el puño cerrado:

—¡Déjame de Dios! —gritó—. ¡Vete, no quiero verte! ¡A mí no me queda más que un único refugio, un único consuelo, el fango! ¡Para mí no hay más que una sinagoga donde entro a orar y a purificarme, el fango!

—María, escúchame, déjame hablarte. No te tortures. Para eso he venido hermana, para sacarte del fango. Son muchas mis culpas y voy al desierto para expiarlas. Son muchas mis culpas, pero la más grave es tu desdicha, María.

Magdalena alargó furiosa sus uñas puntiagudas hacia el inesperado visitante, como si quisiera desgarrarle las mejillas.

—¿Qué desdicha? —exclamó—. ¡Yo soy feliz, muy feliz, no necesito que tu santidad me compadezca! Yo lucho sola, completamente sola y no pido socorro ni a los hombres ni a los demonios ni a los dioses. ¡Lucho para liberarme y me liberaré!

—¿Liberarte de qué? ¿De quién?

—¡No del fango, como tú crees! ¡Bendito sea! ¡En él tengo puestas todas mis esperanzas, él es para mí el camino de liberación!

—¿El fango?

—¡El fango! ¡La vergüenza, la suciedad, esta cama, este cuerpo mío mordido, mancillado por todas las salivas, por todos los sudores, por todas las mugres del mundo! ¡No me mires así, con tus ojos de cordero moribundo, no te acerques, cobarde! ¡No

te quiero, me das asco, no me toques! ¡Para olvidar a un hombre, para liberarme, me he entregado a todos los hombres!

El hijo de María bajó la cabeza:

—Yo tengo la culpa —volvió a repetir con voz ahogada, y empuñó la correa que llevaba ceñida a la cintura, salpicada aún de gotas de sangre—. Yo tengo la culpa, perdóname, hermana, pagaré mi deuda.

Una risa salvaje desgarró de nuevo la garganta de la mujer:

—«Yo tengo la culpa... yo tengo la culpa, hermana... yo te salvaré». ¡Balas penosamente en vez de levantar la cabeza como un hombre para confesar la verdad! Deseas apasionadamente mi cuerpo y no te atreves a decirlo y la tomas con mi alma; ¡que quieres salvarla, dices! ¿Qué alma, lunático? El alma de la mujer es la carne y tú lo sabes, lo sabes muy bien, pero no te atreves a tomar esta alma entre tus brazos, como un valiente, a amarla, a besarla. ¡A amarla, a besarla y salvarla! ¡Me das lástima y asco!

—¡Te poseen siete demonios, desvergonzada! —gritó entonces el joven, que estaba rojo de vergüenza—. ¡Siete demonios. Tiene razón tu pobre padre!

Magdalena sintió un escalofrío, se recogió los cabellos con rabia, los ató con una cinta roja de seda. Durante un buen rato no dijo nada. Al fin sus labios se movieron:

—No son siete demonios, hijo de María, no son siete demonios, son siete heridas; la mujer es una gacela herida, entérate bien, y la desdichada no tiene otra alegría que lamer sus heridas...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Con un brusco movimiento se los enjugó con la palma de la mano, se encolerizó:

—¿A qué has venido aquí? ¿Qué haces ahí, de pie ante mi cama? ¿Qué quieres de mí? ¡Vete!

El hijo de María dio un paso, se acercó:

—María, recuerda cuando éramos niños...

—¡No me acuerdo! ¿Qué clase de hombre eres tú? ¿Vas a seguir babeando? ¿No te da vergüenza? Jamás has tenido el coraje de mantenerte en pie como un hombre, solo, sin necesitar a nadie. ¡Te cuelgas de las faldas de tu madre o de las mías, o

de las de Dios! No puedes quedarte solo porque tienes miedo; no te atreves a mirar a tu alma a la cara, ni a tu cuerpo porque tienes miedo. ¡Y vas a esconderte en el desierto, a hundir tu rostro en la arena porque tienes miedo! ¡Tienes miedo, tienes miedo, desdichado! Me das asco y pena, y cuando pienso en ti se me parte el corazón.

Ya no podía más, estalló en sollozos. Se enjugaba los ojos con rabia; sus afeites se mezclaban con las lágrimas y manchaban las sábanas.

El corazón del joven se desgarró. ¡Ah, si no temiera a Dios la estrecharía entre sus brazos, le enjugaría las lágrimas, le acariciaría los cabellos para que se calmara y se la llevaría con él!

Si fuera un verdadero hombre eso es lo que debería hacer para salvarla, en lugar de recurrir a oraciones, ayunos y monasterios. ¿Qué le importaban a ella esas cosas? ¿Cómo podía salvar a una mujer con todo eso? Sacarla de aquel lecho, partir juntos, abrir un taller en un pueblo lejano, vivir como marido y mujer, tener hijos, sufrir y ser felices como hombres... Este era el camino del hombre para salvar a la mujer y salvarse con ella, ¡No había otro!

Anocheecía ya. A lo lejos se oyeron truenos, un relámpago se coló por la rendija de la puerta, iluminó por un instante el rostro de María, lívido ahora. Volvieron a oírse truenos más cerca, el cielo había bajado a la tierra, angustiado.

El joven sintió de repente un gran cansancio, las rodillas le fallaban, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Un olor nauseabundo, a almizcle, a sudor, a macho cabrío, le dio de lleno en las narices, se apretó la garganta con la mano para no vomitar.

La voz de María se oyó en la oscuridad:

—Vuelve la cara, voy a bajar de la cama para encender el candil y estoy desnuda.

—Me iré —dijo el joven en voz baja. Hizo acopio de toda su fuerza, se puso en pie.

María fingió no haber oído:

—Mira si queda alguien en el patio; dile que se vaya.

El joven abrió la puerta, asomó la cabeza; el ambiente se había oscurecido, gruesas gotas espaciadas golpeaban en las hojas del granado, el cielo estaba suspendido sobre la tierra, a punto de caer. La vieja con el hornillo encendido se había metido dentro, se había resguardado bajo el ciprés macho, las gruesas gotas arreciaban.

—No hay nadie —dijo el joven y cerró apresuradamente la puerta.

La tormenta había estallado.

Entretanto Magdalena había saltado del lecho. Se echó encima un cálido chal de lana que tenía bordados leones y gacelas, que aquella misma mañana le había regalado un amante árabe. Sus espaldas y sus riñones agradecieron el dulce calor de la prenda, estremeciéndose. Se puso de puntillas y descolgó el candil de la pared.

—No hay nadie —repitió el joven y su voz se había suavizado.

—¿Y la vieja?

—Está bajo el ciprés; ha estallado la tormenta.

María salió al patio, vio el hornillo encendido, se acercó.

—Noemí —dijo y alargó la mano hacia el cerrojo de la puerta — coge tu hornillo y tus cangrejos y vete, voy a echar el cerrojo. ¡Esta noche nadie más!

—¿Tienes un amante dentro? —siseó la vieja, enojada porque perdía los clientes de la noche.

—Sí —respondió Magdalena—, está dentro, ¡vete!

La vieja se levantó refunfuñando, recogió sus bártulos.

—¡Vaya amante! ¡Menudo andrajoso! —farfulló en voz baja.

Pero María la empujó, tenía prisa; atrancó la puerta de la calle. El cielo se había abierto, se vertía todo entero en el patio; lanzó un gritito de alegría, como cuando era niña y veía las primeras lluvias. Cuando entró llevaba el chal empapado.

El joven permaneció en pie, indeciso, en el centro de la habitación. ¿Debía irse? ¿Debía quedarse? ¿Cuál era la voluntad de Dios? Allí se estaba bien caliente y se había habituado al olor nauseabundo. Fuera llovía, había viento, hacía frío. No conocía a nadie en Magdala y Cafarnaúm estaba lejos. ¿Debía irse? ¿Debía quedarse? Su alma oscilaba.

—Jesús, está lloviendo a cántaros. Supongo que no has comido nada en todo el día, ayúdame a encender la lumbre, cocinaremos...

Su voz era tierna, llena de desvelo, como la de una madre.

—Me voy —dijo el joven, y se volvió hacia la puerta.

—Quédate a comer conmigo —dijo Magdalena imperiosamente—. ¿Te da asco? ¿Temes mancillarte si comes con una puta?

El joven se inclinó hacia el hogar, ante las trébedes, cogió leña y ramas secas del rincón, encendió el fuego.

Magdalena sonreía, su corazón se había calmado. Puso agua en un puchero, lo colocó sobre las trébedes, cogió de un saco colgado de la pared dos puñados grandes de habas egipcias sin pedúnculo y las echó en el puchero. Se sentó con las piernas cruzadas ante la lumbre, prestó oído; fuera, las cataratas del cielo se habían abierto.

—Jesús —dijo en voz baja—, antes me preguntaste si me acuerdo de cuando éramos niños y jugábamos...

El joven, arrodillado también ante el hogar, miraba el fuego y su mente estaba muy lejos. Se paseaba por las soledades como si ya hubiera llegado al monasterio del desierto, como si ya vistiera el hábito blanco, y su corazón, como un pececillo dorado feliz, nadaba en las aguas tranquilas y profundas de Dios. Fuera, el caos del mundo y en su interior, paz, amor, seguridad.

—Jesús —se oyó de nuevo la voz a su lado—, antes me preguntaste si me acuerdo de cuando éramos pequeños y jugábamos...

El rostro de Magdalena brillaba al resplandor de las llamas, completamente rojo, como hierro candente. Pero el joven, sumergido en el desierto, no la oyó.

—Jesús —repitió la mujer—, tú tenías tres años y yo uno más. La puerta de mi casa tenía tres escalones y yo me sentaba en el más alto y observaba cómo te esforzabas durante horas en subir el primer escalón, cómo te caías, te levantabas y no lo conseguías, Yo no te tendía la mano para ayudarte; quería que vinieras a encontrarte conmigo, pero que antes sufieras mucho... ¿Te acuerdas?

Un demonio, uno de sus siete demonios, la azuzaba para que hablara y tentara al hombre que tenía al lado.

—Después de horas, conseguías subir el primer escalón entonces intentabas llegar al segundo... Y luego al tercero, en el que yo estaba sentada inmóvil, esperándote. Y después...

El joven se estremeció, alargó el brazo:

—¡Cállate! —gritó—. ¡No sigas!

El rostro de la mujer brillaba, temblaba, las llamas lamían sus cejas, sus labios, su mentón, su escote desnudo. Cogió un puñado de hojas de laurel, las arrojó a la lumbre, suspiró:

—Después me cogías de la mano, me cogías de la mano, Jesús, y entrábamos y nos tumbábamos sobre el empedrado del patio; juntábamos las plantas de nuestros pies desnudos, sentíamos que el calor de nuestros cuerpos se mezclaba, que subía desde los pies a los muslos, de los muslos a la cintura, cerrábamos los ojos...

—¡Cállate! —volvió a gritar el joven y alargó la mano para cerrarle la boca, pero se contuvo, tuvo miedo de tocar sus labios.

La mujer bajó la voz, suspiró:

—Nunca en la vida he conocido una dulzura más grande —murmuró.

Y al poco rato:

—Desde entonces busco en los hombres aquella dulzura, Jesús, y no la encuentro...

El joven hundió el rostro en las rodillas. «¡Adonai!, ¡Adonai! —murmuró—, ¡Adonai, ayúdame!».

En la habitación cálida, tranquila, no se oía más que el fuego que devoraba los leños y crepitaba, y el puchero que hervía y exhalaba agradables vapores. Fuera las aguas viriles se derramaban con gran estruendo desde el cielo y la tierra abría sus caderas y ajeaba.

—Jesús, ¿en qué piensas? —dijo Magdalena sin atreverse a mirar de frente al hombre.

—En Dios —respondió él con voz ahogada—, en Dios, en Adonai.

Y no bien lo hubo dicho, se arrepintió de haber pronunciado su santo nombre en aquella casa.

Magdalena se puso en pie bruscamente, iba y venía del fuego a la puerta; estaba furiosa.

«Él es —pensó—, él es el gran enemigo; él se interpone entre nosotros. Es malvado, siente celos, no nos permite ser felices...». Se detuvo detrás de la puerta, aguzó el oído, el cielo rugía, se había levantado un vendaval, las granadas, en el patio, se golpeaban unas con otras, a punto de estallar.

—La lluvia se ha calmado —dijo.

—Me iré —dijo el joven y se puso en pie.

—Come primero para recobrar fuerzas ¿Dónde irás a estas horas? La noche es negra como la pez, sigue lloviendo.

Descolgó de la pared una estera redonda de paja, la colocó en el suelo. Bajó de las trébedes el puchero, abrió una alacena empotrada en la pared, sacó un pan de cebada seco y dos escudillas de barro.

—Ésta es la comida de la puta —dijo—. Si no te repugna, hombre temeroso de Dios, come.

El joven tenía hambre, alargó presuroso la mano, la mujer soltó una risita:

—¿Así vas a comer —silbó—, sin una oración? ¿No deberías agradecerle a Dios que envíe el pan, las habas y las putas?

El bocado se atascó en la garganta del joven.

—María —dijo—, ¿por qué me odias? ¿Por qué me provocas? Mira, esta noche comparto el pan contigo, nos hemos reconciliado. Lo pasado, pasado está; perdóname. Por eso he venido.

—Come y no lloriquees. Y si no te dan el perdón, tómatelo tú por la fuerza. Eres un hombre.

Alargó la mano, partió el pan, se echó a reír:

—¡Bendito sea el nombre —dijo— de Aquel que envía al mundo el pan, las habas y las putas! ¡Y también los visitantes temerosos de Dios!

Sentados uno frente al otro bajo la luz del candil, no volvieron a hablar. Ambos tenían hambre, los dos habían luchado mucho aquel día, comían para recuperar fuerzas.

Fuera, la lluvia había comenzado a calmarse, el cielo se había aliviado, la tierra se había saciado, sólo se oía el risueño

gorgoteo de los arroyos que bajaban alegres por las calles empedradas del pueblo.

Terminaron de comer, en el armario quedaba un poco de vino tinto, lo bebieron; había también algunos dátiles maduros, endulzaron su boca. Permanecieron un buen rato sin decir nada, mirando el fuego que estaba a punto de apagarse. La mente de ambos subía, bajaba, danzaba con los últimos rescoldos.

El joven se levantó, echó más leños en el hogar, hacía frío. Magdalena cogió otro puñado de hojas de laurel, las arrojó a la lumbre, el olor se esparció por la habitación. El joven fue hacia la puerta, la abrió. Se había levantado viento, las nubes ya se habían dispersado. Recién lavadas, límpidas, dos grandes estrellas exhalaban su aroma sobre el patio de María.

—¿Sigue lloviendo? —preguntó el joven, que estaba de nuevo de pie en el centro de la habitación, indeciso.

Magdalena no respondió; desenrolló una estera, sacó del arca gruesas mantas de lana y sábanas, regalos de sus amantes, preparó una cama delante del fuego.

—Dormirás aquí —dijo—; hace frío, se ha levantado viento, es casi medianoche. ¿Adónde vas a ir? Te helarás. Dormirás aquí, junto al fuego.

El joven se estremeció.

—¿Aquí? —dijo.

—¿Te da miedo? No temas, soy una cándida paloma, no te tentaré, no tocaré tu virginidad, niñito, ¡mira tú qué cosa!

Echó más leña a la lumbre, bajó la mecha del candil.

—Duerme tranquilo —dijo—; mañana los dos tenemos una dura tarea; tú te pondrás de nuevo en camino para buscar tu liberación; yo tomaré un camino diferente, el mío, para buscar mi propia liberación. Cada uno seguirá su camino; nunca más volveremos a encontrarnos. ¡Buenas noches!

Cayó en la cama, hundió el rostro en la almohada, se pasó toda la noche mordiendo las sábanas, conteniéndose para no gritar, para no sollozar y que la oyera el hombre que dormía junto al fuego, se asustara y se fuera. Lo oyó toda la noche respirar tranquilamente, como un niño de pecho que había mamado; ella permanecía despierta, lanzaba prolongados y tiernos sollozos,

sin hacer ruido, para sus adentros, y lo acunaba como una madre.

Al alba, por entre sus párpados entreabiertos lo vio levantarse, ajustarse la correa de cuero a la cintura y abrir la puerta. Se detuvo allí; quería irse y al mismo tiempo no quería. Se volvió, miró la cama, dio un paso, dubitativo, se acercó, se inclinó. Aún no había mucha claridad en la habitación, se inclinó como si quisiera ver a la mujer, tocarla. Tenía la mano izquierda dentro de la correa de cuero, con la derecha se apretaba la barbilla y la boca.

La mujer tumbada de espaldas, inmóvil, con los cabellos cubriéndole el pecho desnudo, lo miraba a través de las pestañas y todo su cuerpo temblaba.

Los labios del joven se movieron:

—María...

Pero al oír su propia voz se asustó, de un salto se plantó en el umbral, cruzó a toda prisa el patio, quitó la tranca de la puerta...

Entonces María Magdalena se incorporó bruscamente en la cama, echó atrás las sábanas y se puso a llorar.

[28](#) Palabra árabe, equivalente a chilaba en Marruecos.

[29](#) Una especie de rosario.

VIII

Al otro lado del lago de Genesaret, en el desierto, incrustado entre rocas rojas y cenicientas, construido con piedras rojas y cenicientas, encaramado como un nido de águilas, estaba enclavado el monasterio. Era medianoche; las aguas caían del cielo a mantas, en catarata, no gota a gota; las hienas, los lobos, los chacales y, más lejos, una pareja de leones, rugían, nerviosos por los truenos y los relámpagos constantes. El monasterio, sepultado en una oscuridad impenetrable, era rasgado a cada instante por los rayos. Se decía que el Dios del Sinaí lo azotaba. Los monjes, prosternados de bruces en sus celdas rogaban a Adonai que no ahogara a la tierra otra vez [30](#) . ¿No había dado su palabra al patriarca Noé? ¿No había tendido el arco iris desde la tierra al cielo como señal de reconciliación?

Sólo en las dependencias del abad estaba encendido el candelabro de siete brazos. Joaquín, el abad, estaba sentado en el alto sitial de madera de ciprés, enjuto, jadeante, con un torrente de barbas blancas, con los brazos en cruz y los ojos cerrados y escuchaba; escuchaba al joven novicio, Juan, que, frente a él, de pie ante el atril, le leía al profeta Daniel [31](#) :

«Una visión nocturna cayó sobre mí: vi los cuatro vientos de los cielos irrumpir contra el Mar Grande y cuatro bestias enormes salieron del agua y cada una era diferente a la otra. La primera se asemejaba a un león y tenía alas de águila; yo la miraba mientras le arrancaban las alas y la ponían en pie, como si fuera un hombre, y le introducían en el pecho un corazón de hombre. Y he aquí que salió la segunda bestia y se parecía a un oso. Alguien le gritó “¡Come carne en abundancia!”. Yo seguía mirando y allí estaba la tercera bestia, semejante a un leopardo, con cuatro alas en el lomo, como si fuera un ave. Esta bestia tenía cuatro cabezas y se le dio el poder...».

El novicio se detuvo un instante, se volvió inquieto, miró al abad. Ya no lo oía suspirar ni clavar las uñas en el sitial, angustiado, ni siquiera oía su respiración. ¿Estaba muerto? Hacía días y días que se negaba a llevarse a la boca alimento alguno, estaba furioso contra Dios y quería morir; quería morir, se lo había declarado abiertamente a los hermanos, para que su alma soltase el lastre del cuerpo y no le pesara para poder subir al cielo a encontrarse con Dios. El abad Joaquín tenía muchas quejas contra Dios. Tenía que verlo, hablarle. Pero el cuerpo es plomo, le impedía subir, así que decidió darle un puntapié, abandonarlo aquí abajo, en la tierra, y ascender él, el verdadero Joaquín, al cielo y exponer sus quejas a Dios. Dios tenía una deuda con él. ¿No era él uno de los Padres de Israel? El pueblo tenía boca pero no tenía voz, no podía plantarse ante Dios y contarle su sufrimiento. Pero Joaquín podía y debía hacerlo.

El novicio lo miró; bajo el candelabro, la cabeza del abad, carcomida como una madera vieja, apergaminada por los soles y los ayunos, ¡cómo se parecía a los cráneos de las fieras antiguas, lavados por las lluvias, que las caravanas encuentran a veces en el desierto! ¡Qué visiones había tenido aquella cabeza; cuántas veces los cielos se habían abierto ante él y cuántas los abismos del Más Allá! Su cerebro era una escala de Jacob por la que subían y bajaban todas las angustias y esperanzas de Israel.

El abad abrió los ojos. Vio al novicio ante él, lívido. A la luz del candelabro, el rubio terciopelo de sus mejillas adquiría un resplandor virginal. Sus grandes ojos estaban llenos de fascinación y quebranto.

El rostro adusto del abad se dulcificó. Amaba mucho a aquel joven radiante, se lo había arrebatado a su padre, el viejo Zebedeo, lo había llevado allí y lo había entregado a Dios. Le gustaban su sumisión y su fiereza, sus labios que callaban y sus ojos insaciables, su dulzura y su ardor. «Algún día él hablará con Dios —pensaba—. Logrará lo que yo no he conseguido y las dos heridas que llevo en los hombros, él las transformará en alas. Yo no he subido vivo al cielo, él subirá».

En una ocasión Juan había ido con sus padres al monasterio para celebrar la Pascua. El abad era pariente lejano del viejo

Zebedeo, los recibió alegremente y los sentó a su mesa. Mientras comían, Juan —apenas tenía dieciséis años— sintió, cuando estaba inclinado, que la mirada del abad caía sobre su coronilla, le abría los huesos y por las coyunturas del cráneo penetraba en su cerebro como el sol. Se asustó, alzó los ojos, las dos miradas se unieron por encima de la mesa pascual, en el aire... Desde aquel día, la barca de pesca y el lago de Genesaret empezaron a quedársele pequeños; suspiraba, se consumía, y un día el viejo Zebedeo perdió la paciencia: «Tu cabeza no está centrada en la pesca —le gritó—, está en Dios, ve, pues, al monasterio. Tenía dos hijos, Dios ha querido repartírselos conmigo. Pues bien, que se haga su capricho».

El abad veía ahora al joven de pie ante él; iba a reprenderle, pero al mirarlo su rostro se suavizó.

—¿Por qué te has detenido, hijo mío? —le preguntó—. Has abandonado la visión por la mitad. No debe hacerse eso, es un profeta, exige respeto.

El joven enrojeció, volvió a desplegar el pergamino sobre el atril y a leer con voz monótona, salmodiando:

«Después, en mi visión nocturna, vi una cuarta bestia terrible, espantosa y enormemente fuerte; tenía grandes dientes de hierro, comía, trituraba, pisoteaba lo que sobraba. No se parecía a ninguna de las bestias anteriores y tenía diez cuernos...».

—¡Detente —exclamó el abad—, basta!

El joven se aterrorizó al oír la voz; el texto sagrado rodó por las baldosas del suelo, lo recogió, posó en él sus labios, lo besó y fue a situarse en un rincón, con los ojos fijos en el anciano. Éste tenía ahora clavadas las uñas en el sitial y clamaba:

—Todo esto que profetizaste, Daniel, ha sucedido; las cuatro bestias han pasado por nosotros; pasó un león con las alas de águila y nos desgarró; pasó el oso que se alimentaba de carne de hebreo y nos devoró; pasó el leopardo de cuatro cabezas y nos mordió, en el este, en el oeste, en el norte y en el sur. La bestia infame de dientes de hierro y de diez cuernos está sobre nosotros, no ha pasado aún; no se ha ido. Todas las ignominias y los espantos que nos profetizaste que nos enviarías, Señor, nos las has enviado. ¡Bendito seas! Sin embargo, también nos

profetizaste cosas buenas, ¿por qué no nos las envías? ¿Por qué las escatimas? Nos has dado las desgracias a manos llenas, danos también tus dones en abundancia, ¿dónde está el Hijo del hombre [32](#) que nos has prometido? ¡Lee, Juan!

El joven dejó el rincón en el que estaba con el rollo en el regazo, se acercó al atril y se puso de nuevo a leer. Su voz se había vuelto más salvaje, como la del abad:

«Contemplaba las visiones de la noche y he aquí que sobre las nubes de los cielos vino uno que se asemejaba a un Hijo de hombre. Avanzó y lo acercaron al gran Anciano. A él le ha sido dado el poder, el reino y la gloria. Y todos los pueblos, las naciones y los hombres de todas las lenguas le servían [33](#) . Su poder es un poder eterno que nunca tendrá fin y su reino es indestructible».

El abad ya no podía contenerse, se levantó del sillón, dio un paso, luego otro, llegó al atril, tropezó y estuvo a punto de caerse, pero tuvo tiempo de apoyar pesadamente la mano en el santo manuscrito, se mantuvo firme.

—¿Dónde está el Hijo del hombre que nos has prometido? ¿Lo dijiste o no lo dijiste? ¡No puedes negarlo, está escrito aquí!

Su mano golpeaba con cólera y con fruición la profecía.

—¡Está escrito aquí! ¡Vuelve a leerlo, Juan!

Pero el novicio no tuvo tiempo de empezar; el abad tenía prisa, le arrancó el texto de las manos, lo alzó hasta la luz y comenzó, sin mirarlo, a leer con voz triunfal:

«A él le había sido dado el poder, el reino y la gloria y todos los pueblos y las naciones y los hombres de todas las lenguas le servían. Su poder es un poder eterno que nunca tendrá fin y su reino es indestructible...».

Dejó el rollo abierto sobre el atril; miró por la ventana la oscuridad:

—¿Dónde está, pues, el Hijo del hombre? —miraba la oscuridad y gritaba—. ¡Ya no es tuyo, es nuestro, puesto que lo prometiste! ¿Dónde está para que le des el poder, el reino y la gloria, para que tu pueblo, el pueblo de Israel, gobierne la ecúmene? Nuestro cuello está entumecido de tanto mirar al cielo y esperar que se abra. ¿Cuándo? ¿Cuándo? Sí, ya lo sabemos,

¿por qué nos lo recalcas?, un instante tuyo son mil años para el hombre; sí, pero, si eres justo Señor, debes medir el tiempo con la medida del hombre, no con la tuya. ¡Esto significa ser justo!

Se acercó a la ventana, pero le flaqueaban las rodillas, se detuvo y extendió los brazos como si quisiera apoyarse en el aire. El joven corrió a sostenerlo, pero el abad se enfureció y le indicó con un gesto que no lo tocara. Empleó todas sus fuerzas, llegó a la ventana, se apoyó en ella; alargó el cuello, miró: tinieblas; los relámpagos habían desaparecido ya, pero las aguas aún formaban gran estruendo al caer sobre las rocas que fortificaban el monasterio, y cada vez que un relámpago iluminaba las chumberas parecía que aquellas se retorcían, se metamorfoseaban, se convertían en un pueblo de mutilados con los muñones de sus brazos leprosos levantados hacia el cielo.

El abad tensó cuerpo y alma, escuchó atentamente. A lo lejos se oyeron rugir de nuevo las fieras del desierto; no tenían hambre, tenían miedo. Una fiera aullaba por encima de todas, se acercaba en la oscuridad, envuelta en un torbellino de fuego y viento... Y mientras el abad escuchaba, el desierto se estremeció. Se volvió, miró: algún ser invisible había entrado en su celda. Las siete llamas del candelabro se agitaron y estuvieron a punto de apagarse, las nueve cuerdas del arpa que reposaba apoyada en un rincón, vibraron, como si una mano invisible, enfurecida, las hubiese agarrado para partirlas. El abad se puso a temblar.

—¡Juan! —dijo en voz baja, mirando a su alrededor—. Juan, ven a mi lado.

El joven salió de un salto del rincón, se acercó.

—Ordena, padre —dijo y puso una rodilla en tierra en señal de sumisión.

—Juan, ve a llamar a los monjes; tengo algo que decirles antes de partir.

—¿Antes de partir, padre? —dijo el joven, y se estremeció.

Detrás del anciano vio batir dos enormes alas negras.

—¡Parto! —dijo el abad y su voz repentinamente parecía venir de la otra orilla—. ¡Parto! ¿No has visto cómo se sacudían las siete llamas para separarse de las mechas? ¿No has oído cómo

han vibrado las nueve cuerdas del arpa a punto de romperse? Parto, Juan, ve a llamar a los monjes, quiero hablarles.

El joven bajó la cabeza, desapareció. El abad permaneció de pie en el centro de la celda, bajo el candelabro de los siete brazos. Ahora se encontraba solo con Dios, podía hablarle libremente, ningún hombre lo escuchaba. Alzó tranquilamente la cabeza, sabía que Dios estaba ante él.

—Ya voy —le dijo—, ya voy. ¿Por qué entras en mi celda y quieres apagar la luz, romper el arpa y llevarme? Ya voy. Y no voy sólo por tu voluntad, sino por la mía. Ya voy, y llevo en las manos las tablas donde están escritas las quejas de mi pueblo; quiero verte, hablar contigo. Ya lo sé, tú no oyes, finges que no oyes; pero llamaré fuerte a tu puerta hasta que me abras. Y si no me abres —ahora no hay nadie aquí que me oiga, te hablaré con libertad—: ¡Si no me abres, echaré abajo tu puerta! Eres feroz, amas a los hombres feroces, sólo a los hombres feroces los llamas tus hijos. Hasta ahora nos prosternábamos, llorábamos, decíamos «hágase tu voluntad». Pero ya no resistimos más, Señor. ¡Hasta cuándo vamos a esperar! Eres feroz, amas a los feroces, así pues, nos convertiremos en hombres feroces. ¡Que se haga de una vez por todas nuestra voluntad!

El abad hablaba y tenía tenso el oído en el aire para escuchar. Pero la lluvia había cesado, los truenos estaban más distantes, retumbaban sordos allá por el este, por el lado del desierto. Encima de la cabeza blanca del anciano, las siete llamas, inmóviles.

El abad calló, esperó, esperó largo rato a que las llamas volvieran a agitarse, a que el arpa se sobresaltara otra vez. ¡Nada! El anciano movió la cabeza: «¡Maldito sea el cuerpo del hombre —murmuró—. Se interpone y no deja al alma ver y oír al Invisible! Haz que muera, Señor, para que pueda presentarme ante ti sin el muro medianero de la carne para que me hables y yo te oiga!».

Entretanto la puerta de la celda se había abierto sin hacer ruido y los monjes entraban en fila, medio dormidos, vestidos de blanco impoluto, como fantasmas. Se colocaron todos pegados contra la pared y esperaron. Habían oído las últimas palabras del

abad y se les había cortado la respiración. «¡Habla con Dios, riñe a Dios, ahora caerá el rayo sobre nosotros!» —pensaron y permanecieron de pie, temblando.

El abad miraba pero no veía, sus ojos estaban en otra parte, el novicio se acercó, se prosternó:

—Padre —le dijo en voz baja para no asustarlo—, padre, están aquí.

El abad oyó la voz de su pupilo, se volvió, los vio. Dejó el centro de la celda, caminó lentamente, manteniendo su cuerpo moribundo tan derecho como podía, y llegó al sitial. Subió al escabel, se detuvo. El medallón con las palabras santas escritas se soltó de su brazo. El novicio se anticipó y lo volvió a atar fuerte; no se mancilló tocando la tierra que pisamos. El abad alargó la mano, cogió el cayado pastoral con el puño de marfil, que estaba junto al sitial, y, de repente, como si hubiera recobrado las fuerzas, alzó bruscamente la cabeza y paseó la mirada por los monjes alineados contra la pared.

—¡Monjes —dijo—, tengo algo que deciros, mis últimas palabras! ¡Abrid bien los oídos, quien tenga sueño que se vaya! Lo que voy a deciros es difícil, es necesario que todas vuestras esperanzas y todos vuestros temores se despierten, que agucen el oído y respondan [34](#) .

—Escuchamos, santo abad —dijo el más viejo del grupo, el padre Habacum, y se llevó la mano al corazón.

—Éstas son mis últimas palabras, monjes. Sois duros de entendederas, hablaré con parábolas.

—Escuchamos, santo abad —repitió el padre Habacum.

El abad inclinó la cabeza, bajó la voz:

—¡Primero fueron las alas y luego el ángel! —dijo y se detuvo.

Con los párpados entornados miró uno a uno a los monjes, meneó la cabeza:

—¿Por qué me miráis con la boca abierta, monjes? Padre Habacum, has levantado la mano, has movido los labios, ¿tienes alguna objeción que hacer?

El monje se puso la mano en el corazón, habló:

—Has dicho: «Primero fueron las alas y luego el ángel». Nunca hemos visto estas palabras en las Escrituras, santo abad.

—¿Cómo ibais a verlas, padre Habacum? Vuestra mente aún está turbia, ¡ay! Abrís los profetas y vuestros ojos no pueden ver más que letras. Pero ¿qué pueden decir las letras? Ellas son los negros barrotes de la prisión donde se asfixia y grita el espíritu. Entre las letras y las líneas y en los márgenes no escritos circula libre el espíritu y yo circulo con él y os traigo una gran nueva: ¡Primero fueron las alas y luego el ángel, monjes!

El padre Habacum volvió a abrir la boca:

—Nuestra mente es un candil apagado, santo abad, enciéndela tú. Enciéndela para que penetremos en la parábola, para que veamos.

—En el principio, padre Habacum, fue el anhelo de la libertad, no había libertad; pero de repente, en el fondo de la esclavitud, un hombre agitó los brazos encadenados, impetuosamente, violentamente, como si fueran alas, y después otro y otro y finalmente todo el pueblo.

—¿El pueblo de Israel? —se alzaron voces alegres y preguntaron.

—¡El pueblo de Israel, monjes! Éste es el gran y terrible momento que vivimos. El anhelo de la libertad se ha exacerbado, las alas han crecido enormemente, ¡ha llegado el libertador! Ha llegado el libertador, monjes, porque ¿de qué creéis que está hecho ese ángel de la libertad? ¿De la condescendencia y de la piedad de Dios? ¿De su amor? ¿De su justicia? ¡No! ¡Está hecho de la paciencia, de la obstinación y de la lucha del hombre!

—Cargas al hombre con una enorme responsabilidad, con un peso insoportable, abad —se atrevió a replicar el padre Habacum—. ¿Tanta confianza tienes en él?

Pero el abad obvió la réplica, su mente estaba clavada en el Mesías.

—Es un hijo nuestro —dijo—, por eso lo llaman las Escrituras Hijo del hombre. Durante generaciones y generaciones millares de hombres y mujeres de Israel han copulado, ¿por qué creéis que lo han hecho? ¿Para dar placer a sus muslos? ¿Para regocijar su vientre? ¡No! ¡Tantos millares y millares de cópulas han tenido lugar para que nazca el Mesías!

El abad golpeó con fuerza su báculo contra el suelo.

—¡Permaneced atentos, monjes! Puede llegar hoy al mediodía, quizá a medianoche; estad siempre prestos, lavados, en ayunas, despiertos. ¡Ay de vosotros si os encuentra sucios, dormidos y saciados!

Los monjes se apretujaron unos contra otros, no se atrevían a mirar de frente al abad, sentían que de su coronilla se vertía sobre ellos una llama salvaje.

El moribundo bajó de su sitial, avanzó con paso firme, se acercó a los padres atemorizados, apretujados unos contra otros, como un rebaño, extendió el báculo y los tocó uno por uno:

—¡Permaneced atentos, monjes! —gritó—. ¡Si el anhelo cesa por un instante, las alas se transforman otra vez en cadenas! ¡Velad, luchad, mantened día y noche encendida vuestra antorcha, el alma! Batid las alas, hacedlas martillar. Yo tengo prisa, me voy, voy a hablar con Dios. Me voy, estas son mis últimas palabras: ¡Batid las alas, hacedlas martillar!

Súbitamente se le cortó la respiración; el cayado pastoral resbaló de sus manos y suavemente, calmadamente, el anciano cayó de rodillas, rodó por las baldosas sin hacer ruido. El novicio dio un grito, corrió a ayudar al padre. Los monjes se acercaron a él, se inclinaron, le tendieron sobre las baldosas, bajaron el candelabro de siete brazos y lo colocaron junto a su rostro cerúleo, inmóvil. Sus barbas resplandecían, se abrió la túnica blanca y se vio el hábito rudo con ganchos de hierro puntiagudos, llenos de sangre, que él envolvía el pecho y los costados del anciano.

El padre Habacum puso la mano sobre el corazón del abad:

—Está muerto —dijo.

—Se ha liberado —dijo otro.

—Las dos amigas se han separado, han regresado cada una a su casa, la carne, a la tierra, el alma, a Dios —murmuró otro.

Y mientras hablaban y se disponían a calentar agua para lavarle, el abad abrió los ojos. Los monjes retrocedieron despavoridos sin dejar de mirarlo. Su rostro refulgía, sus finas manos de largos dedos se movieron y sus ojos quedaron fijos en el aire, como en éxtasis.

El padre Habacum se arrodilló, volvió a poner la mano sobre el corazón del abad:

—Late —murmuró—, no está muerto.

Se volvió hacia el novicio, que había caído a los pies del anciano y los besaba:

—Levántate, Juan, monta el camello más rápido, corre a Nazaret, trae al anciano Simeón, el rabino; él lo curará. ¡Rápido, está amaneciendo!

Apuntaba el día. Las nubes se habían dispersado, la tierra resplandecía recién lavada, saciada, y miraba al cielo con gratitud. Dos halcones levantaron el vuelo al cielo e hicieron círculos sobre el monasterio para secar sus alas.

El novicio se enjugó los ojos, eligió de la cuadra el camello más rápido, uno joven, ágil, con una estrella blanca en la frente, lo hizo arrodillarse, lo montó. De la garganta del camello salió un sonido vibrante y el animal se despegó de la tierra, se levantó y echó a correr a grandes pasos hacia Nazaret.

* * *

La mañana brillaba sobre el lago de Genesaret, las aguas rielaban a la luz matinal, fangosas en las orillas, a causa de la tierra que habían arrastrado las lluvias de la noche anterior, más lejos, de un azul verde, y, más lejos aún, blancas como la leche. Las barcas habían desplegado sus velas mojadas para que se secaran. Otras se habían adentrado ya en aguas profundas para pescar. Aves marinas blancas y rosadas se mecían satisfechas sobre las aguas trémulas, cormoranes negros estaban posados en las rocas, con sus ojos redondos clavados en el lago, por si algún pez saltaba de alegría y jugaba en la espuma. En la orilla, Cafarnaúm ³⁵ se despertaba llena de humedad, los gallos se sacudían, los asnos rebuznaban, los terneros mugían tiernamente y, en medio de aquellas voces dispares, las conversaciones lisas de los hombres conferían al aire seguridad y dulzura.

En una ensenada apartada, una decena de pescadores, con los enormes pies bien asentados en los guijarros, jalaban

lentamente, con pericia, los palangres, canturreando. Pendiente de ellos se encontraba el viejo Zebedeo, el patrón, parlanchín y astuto. Fingía que los quería a todos como a hijos y que los compadecía, pero realmente no los dejaba respirar. Trabajaban a jornal y el viejo avaro no quería que sus brazos se relajaran ni un solo instante.

Se oyeron esquilas, un rebaño de cabras y ovejas bajaba hacia la orilla del lago, los perros ladraban, alguien silbó. Los pescadores se volvieron a mirarlo, pero el viejo Zebedeo saltó:

—Es Felipe, muchachos, con sus «felipadas» —dijo nervioso—. ¡Vosotros a vuestro trabajo!

Y el mísero cogió la sogá, como si ayudara.

No cesaban de llegar pescadores procedentes de la aldea cargados con las redes. Tras ellos, las mujeres llevaban en equilibrio sobre la cabeza las provisiones del día, los muchachos, quemados por el sol, habían empuñado ya los remos y a cada dos o tres golpes de remo, daban un mordisco al pan seco que llevaban. Felipe apareció sobre un peñasco, silbó. Quería conversación, pero el viejo Zebedeo se enfadó, se puso las manos en la boca formando un embudo y gritó:

—¡Tenemos trabajo, Felipe, por favor, vete!

Y le volvió la espalda.

—Jonás está echando las redes un poco más allá, que vaya a darle conversación a él. ¡Nosotros a nuestro trabajo, muchachos!

Y agarró otra vez un nudo de la sogá y tiró.

Los pescadores volvieron a cantar la triste y monótona canción del copo y todos tenían los ojos puestos en las calabazas rojas, las boyas, que cada vez estaban más cerca.

Pero en el momento en que arrastraban hasta la orilla la panza del palangre llena de peces, se oyó un murmullo prolongado que venía de lejos, de todas partes de la llanura, voces agudas, como un canto fúnebre. El viejo Zebedeo tensó su peluda y gran oreja para escuchar y los pescadores encontraron un pretexto para detenerse.

—¿Qué sucede, muchachos? Eso es un llanto de duelo, mujeres que plañen —dijo Zebedeo.

—Algún poderoso ha muerto ¡Larga vida a ti, patrón! —le respondió un pescador entrado en años.

El viejo Zebedeo se había encaramado ya a un peñasco, sus ojos de ave rapaz rastillaban la llanura. Distinguió hombres y mujeres, que corrían por los campos, caían, se levantaban y lanzaban lamentos. La aldea comenzó a alborotarse, pasaron mujeres que se mesaban los cabellos, les seguían en fila hombres con la cabeza gacha, en silencio.

—¿Qué sucede, muchachos? —gritó el viejo Zebedeo—. ¿Adónde vais? ¿Por qué lloran las mujeres?

Pero ellos pasaban de largo, corriendo hacia las eras y no le respondían.

—¿Dónde vais? ¿Quién ha muerto? —aullaba Zebedeo agitando los brazos—. ¿Quién ha muerto?

Un hombre rechoncho se detuvo jadeando.

—¡El trigo! —respondió.

—¡No digas tonterías! Yo soy el viejo Zebedeo, no consiento bromas. ¿Quién ha muerto?

—¡El trigo, la cebada, el pan! —se oyeron voces por doquier.

El viejo Zebedeo se quedó con la boca abierta. De pronto se golpeó el muslo, comprendió.

—El diluvio ha arrastrado el grano de las eras —murmuró—. ¡Que lloren los pobres!

Los gritos se extendían ahora por toda la llanura; la aldea entera, con toda la gente que quedaba en ella, se echaba a los campos, las mujeres, en las eras, metidas en el fango, intentaban recoger de los charcos el poco trigo y la cebada que había quedado depositado en ellos. A los pescadores se le paralizaron los brazos, no tenían fuerzas para tirar de las redes. El viejo Zebedeo se encolerizó al ver que ellos también miraban hacia la llanura con los brazos cruzados.

—¡Nosotros a nuestro trabajo, muchachos! —vociferó bajando del peñasco—. ¡Arriba!

Cogió de nuevo la soga, hizo como que tiraba.

—¡Nosotros somos pescadores, gracias a Dios, no somos labradores! ¡A nosotros nos da igual que haya un diluvio! Los peces saben nadar, no se ahogan. ¡Dos y dos son cuatro!

Felipe dejó solo el rebaño, saltó de peña en peña, quería charla, se acercó.

—¡Es un nuevo diluvio, muchachos —gritó—, deteneos en el nombre de Dios para que hablemos! ¡Es el fin del mundo! Contad las catástrofes: anteayer crucificaron al zelote, nuestra gran esperanza, ayer Dios abrió las cataratas del cielo, justo en el momento en que las eras estaban llenas, se ha perdido nuestro pan, y no hace mucho tiempo que una oveja mía parió un cordero con dos cabezas... ¡El fin del mundo, os digo! ¡Dejad el trabajo, por vuestra fe, para que charlemos!

Pero el viejo Zebedeo se encendió, la sangre le subió a la cara:

—Y yo digo que si no nos vas a dejar tranquilos —gritó—. ¿Es que no lo ves, Felipe? Tenemos trabajo. Nosotros somos pescadores, tú eres pastor. ¡Que lloren los campesinos! ¡Al trabajo, muchachos!

—¿Y no te dan pena los braceros, viejo Zebedeo, que van a morir de hambre? —replicó el pastor—. Ellos también son israelitas, entérate bien, hermanos nuestros. Todos formamos un solo árbol, y los campesinos son las raíces, que lo sepas. Si las raíces se secan todos nos quedaremos secos... Y aún más, viejo Zebedeo: ¿Si viene el Mesías y todos estamos muertos, a quién va a encontrar que salvar? ¡Dime!

El viejo Zebedeo resoplaba, si le hubieran tapado las narices habría estallado.

—¡Venga, si crees en Dios, vete a otra parte con tus «felipadas»! Yo ya estoy harto de oír hablar de mesías; viene uno, lo crucifican, viene otro, también lo crucifican. ¿No sabes lo que Andrés le ha dicho a su padre, Jonás? A cualquier parte que vas, en cualquier parte que te detienes hay una cruz y las mazmorras están llenas de mesías. ¡Basta ya! Nosotros estamos bien sin mesías, nos han metido en un buen lío. Anda, tráeme un queso y yo te daré peces. Toma y daca, ¡esto es el Mesías!

Se echó a reír, se volvió hacia sus hombres:

—¡Avivad esos brazos, mis valientes, encendamos el fuego, hagamos la sopa de pescado, comamos, el sol ha subido ya una vara!

Pero en el momento en que Felipe se disponía a reunir su rebaño, se detuvo. Por el sendero estrecho que bordeaba la orilla del lago, apareció un borrico cargado hasta arriba y tras él un hombretón. Empuñaba un cayado de horquilla y aguijaba al animal; tenía prisa.

—Eh, creo que es Judas Iscariote, ¡mal pelaje! —dijo el pastor y se detuvo—. Ha vuelto a recorrer las aldeas para reparar azadas y herrar mulas. Veamos qué nos cuenta.

—¡Maldito sea! —murmuró el viejo Zebedeo—. No me gusta su pelaje; tengo oído que unas barbas de ese color tenía Caín, su antepasado.

—El pobre nació en el desierto de Idumea, donde merodean los leones, no la tomes con él —dijo Felipe. Se llevó dos dedos a la boca y se puso a silbar al del burro.

—¡Judas, bienvenido! —gritó—. ¡Ven para acá, que te veamos!

El hombre de la barba pelirroja escupió, soltó una blasfemia, no le gustaban un pelo ni Felipe, el pastor, ni Zebedeo, el que vivía del cuento. Pero era herrero, un hombre necesitado, se acercó.

—¿Qué nuevas nos traes de las aldeas que has recorrido? ¿Qué sucede en la llanura? —preguntó Felipe.

El hombre de la barba pelirroja cogió al burro por la cola, lo detuvo.

—Todo va de primera. El Señor es misericordioso, ama a su pueblo, ¡bendito sea! —respondió con una risa seca—, en Nazaret crucifica a los profetas y en la llanura manda un diluvio que se lleva el pan de su pueblo. ¿No oís? Se ha levantado un lamento fúnebre, las mujeres lloran por el trigo, como si fuera su hijo.

—Lo que hace el Señor bien hecho está —replicó el viejo Zebedeo, enfurecido porque tanta conversación le echaba a perder la jornada de trabajo—. Haga lo que haga el Señor, yo confío en él. Dios me protege cuando todos se ahogan y yo soy el único que me salvo. Dios me protege también cuando todos se salvan y yo soy el único que se ahoga. Confío en él os digo. ¡Dos y dos son cuatro!

Al oír aquellas palabras, el hombre de la barba pelirroja olvidó que su pan dependía de su trabajo y que necesitaba a todos aquellos hombres, se acaloró y se le soltó la boca:

—Confías en él, viejo Zebedeo, porque el Todopoderoso hace que tus asuntos marchen bien; tienes, claro está, cinco barcas y cincuenta pescadores, tus esclavos; los alimentas lo justo para que no se mueran de hambre y tengan energías para trabajar para ti, mientras tú llenas tus cofres, tu panza y tus despensas. Así que alzas los brazos al cielo y dices: «¡Eres justo, Señor, confío en ti! ¡El mundo está bien así, no lo cambies nunca!». Pero pregunta al zelote que crucificaron anteayer por qué luchaba para liberarnos; pregunta a los campesinos, a los que Dios les ha arrebatado en una sola noche el trigo de todo el año y ahora se revuelcan por el fango para recogerlo grano a grano, y lloran; pregúntame también a mí, que recorro las aldeas y veo y escucho el sufrimiento de Israel. ¿Hasta cuándo?, ¿hasta cuándo? ¿Jamás te has preguntado esto en tu vida, viejo Zebedeo?

—Si te soy sincero, no me fío de los pelirrojos. Tú eres de la estirpe de Caín, el que mató a su hermano. ¡Que te vaya bien, no quiero cuentas contigo! —le respondió Zebedeo y le volvió la espalda.

El de la barba pelirroja dio un fuerte bastonazo al burro y el animal arqueó el lomo, dio un respingo y empezó a correr.

—No te preocupes —murmuró—, no te preocupes, viejo parásito, que el Mesías vendrá a poner orden.

Bordeaba ya los peñascos, se volvió:

—¡Volveremos a vernos, viejo Zebedeo! —gritó—. ¿No va a venir el Mesías un día? Vendrá y entonces pondrá a cada pillo en su sitio; yo también tengo confianza. ¡Hasta la vista, patrón! ¡El Día del Juicio!

—¡Mal rayo te parta, pelirrojo! —le respondió Zebedeo.

Había aparecido ya la panza del palangre, llena de doradas y brecas.

Felipe estaba aún entre los dos, indeciso. Las palabras de Judas estaban cargadas de razón, eran valientes. Con frecuencia a él también le daban ganas de restregárselas por la

cara, de cantarle las cuarenta a aquel viejo avaro, pero le faltaba valor. Aquel incrédulo era un gran propietario, poderoso en tierra y mar; todos los pastizales donde pastaban sus cabras y sus ovejas eran de él. ¿Cómo empatárselas? Había que ser un idiota o un valiente y Felipe no era ni lo uno ni lo otro, era charlatán, un bocazas, pero también sensato.

Así pues, permanecía callado mientras los otros dos discutían y seguía aún allí, avergonzado e indeciso. Los pescadores ya habían sacado las redes, se inclinó con ellos, les ayudó a llenar los cestos. El viejo Zebedeo estaba metido también en el agua hasta la cintura, gobernaba sobre peces y hombres.

Pero mientras todos contemplaban admirados y jubilosos los cestos llenos a rebosar, desde el peñasco de enfrente resonó de repente el vozarrón ronco del de la barba pelirroja:

—¡Eh, viejo Zebedeo!

Él se hizo el sordo. La voz volvió a rugir:

—¡Eh, viejo Zebedeo, recoge a tu hijo Santiago, te lo digo por tu bien!

—¡A Santiago! —gritó el viejo sobresaltado.

Se la habían jugado con su hijo menor, Juan; lo había perdido, no quería perder también a éste, no tenía más hijos y lo necesitaba para su trabajo.

—¡A Santiago! —repitió inquieto—. ¿Qué tienes que decir de Santiago, maldito pelirrojo?

—¡Lo vi en el camino charlando amigablemente y confabulándose con el crucificador!

—¿Qué crucificador, maldito? ¡Habla claro!

—El hijo del carpintero, el que hace las cruces en Nazaret y crucifica a los profetas... ¡Al cuerno, desdichado Zebedeo, éste otro hijo tuyo también está perdido! ¡Tenías dos hijos, a uno te lo quitó Dios, al otro el Demonio!

El viejo Zebedeo se quedó pasmado; un pez volador saltó fuera del agua, aleteó sobre la cabeza de Zebedeo y volvió a sumergirse en el lago y desapareció.

—¡Mal presagio! ¡Mal presagio! —murmuró el viejo espantado—. ¿Acaso mi hijo va a perderse en las aguas profundas como un pez volador?

Se volvió hacia Felipe:

—¿Viste el pez volador? —preguntó—. Nada sucede en el mundo sin un sentido, ¿qué sentido crees que tenía eso? Vosotros los pastores...

—Si fuera un lomo de cordero, te lo diría, viejo Zebedeo pero con los peces yo no tengo trato —respondió Felipe con mordacidad.

Estaba enojado porque él no tenía el valor de hablarle como un hombre, como Judas.

—Voy a ver a mis animales —dijo.

Se pasó por los hombros el cayado, saltó de peña en peña y alcanzó a Judas.

—¡Espera, hermano —le gritó—, quiero hablarte!

—Lárgate, cobarde —le respondió el de la barba pelirroja sin volverse—. Lárgate con tus ovejas y no te mezcles con los hombres. ¡Y no me llames hermano! ¡Yo no soy tu hermano!

—¡Espera, te digo, tengo que hablarte; no te enfades!

Judas se detuvo entonces y le miró con desprecio:

—¿Por qué no abriste la boca para hablar? ¿Por qué le tienes miedo? ¿Vas a tener miedo siempre? ¿Es que todavía no te has dado cuenta de lo que está ocurriendo, quién viene, adónde vamos? El tiempo está cerca, desdichado, viene el rey de los judíos con toda su gloria. Y ¡ay de los cobardes!

—Judas —dijo Felipe en tono suplicante—, rómpeme la cara, levanta el bastón que llevas, golpéame, a ver si me despiertas el amor propio, ya estoy harto de sentir miedo.

Judas se le acercó lentamente, lo cogió por el brazo:

—¿Es tu corazón quien habla, Felipe? ¿Es realmente tu corazón? ¿O no son más que palabras al viento?

—Estoy harto, te digo. Hoy me he sentido asqueado de mi alma. Ve delante, muéstrame el camino, Judas, estoy dispuesto.

El de la barba pelirroja miró a su alrededor, bajó la voz:

—¿Felipe, eres capaz de matar?

—¿A un hombre?

—A un hombre, por supuesto, ¿qué si no? ¿A una oveja?

—Yo, hasta ahora, nunca he matado a un hombre pero seguro que podré. La pasada luna derribé a un toro y lo maté yo solo.

—Un hombre es más fácil. Únete a nosotros.

Felipe se estremeció; comprendió.

—¿Eres uno de ellos..., de los zelotes? —preguntó y el pavor se extendió por su rostro.

Había oído hablar mucho de aquella hermandad, los «santos asesinos», como se llamaban, que aterrorizaban al mundo desde el monte Hermón hasta el mar Muerto, y más al sur aún, hasta el desierto de Idumea. Iban de un sitio a otro armados con barras de hierro, con sogas, con puñales y proclamaban: «¡No paguéis impuestos a los infieles, no tenemos más que un Señor, Adonai; matad a todo hebreo que pisotee la Santa Ley, que ría, que hable y que trabaje con los enemigos de nuestro Dios, los romanos! ¡Golpead, matad, abrid el camino para que pase el Mesías! ¡Purificad el mundo, preparad los caminos, ya viene!».

Entraban en pleno día en los pueblos y en las ciudades, ellos mismos dictaminaban, mataban al traidor saduceo [36](#) o al sanguinario romano. Los propietarios les tenían pánico, los sacerdotes, el alto clero los maldecían, decían que eran ellos quienes provocaban rebeliones que traían a las tropas romanas y a cada instante estallaba la matanza y se vertía un río de sangre hebrea.

—¿Eres uno de ellos..., de los zelotes? —volvió a inquirir en voz baja Felipe.

—¿Tienes miedo, muchacho? —dijo el de la barba pelirroja, riéndose con desprecio—. No somos asesinos, no temas. Luchamos por la libertad para que nuestro Dios deje de ser esclavo, para que nuestra alma deje de ser esclava. En pie, te ha llegado la hora de demostrar si eres un hombre. Únete a nosotros.

Pero Felipe tenía la cabeza gacha, estaba arrepentido de haberse abierto a Judas diciéndole tales palabras; las bravuconadas estaban bien cuando se está con un amigo, comiendo y bebiendo, y se entablan graves conversaciones. Se dice haré..., demostraré..., pero, cuidado, no hay que ir más allá, se puede uno meter en un lío.

Judas se inclinaba ahora sobre él y le hablaba. ¡Cómo había cambiado su voz, con qué suavidad ponía su pesada manaza

sobre el hombro de Felipe y lo halagaba!:

—¿Qué es la vida de un hombre, Felipe? —le decía—. ¿Qué vale? No vale nada si no es libre. Luchamos por la libertad, te digo. Únete a nosotros.

Felipe callaba. ¡Si pudiera zafarse! Pero Judas lo tenía sujeto por el hombro:

—¡únete a nosotros, eres un hombre, decídetelo! ¿Tienes puñal?

—Lo tengo.

—Llévalo siempre en el seno, en cualquier momento puede que lo necesites. Vivimos días difíciles, hermano. ¿No oyes pasos ligeros que se acercan? Es el Mesías, no debe encontrar el camino cerrado. El puñal es de más ayuda que el pan. ¡Mira, mírame a mí!

Se abrió la vestidura, en el pecho negro, directamente contra la carne, brillaba desnuda una daga beduina de doble filo.

—El chalado Santiago, el hijo de Zebedeo tiene la culpa de que no lo haya hundido en el corazón de un traidor. Ayer, antes de que yo me fuera de Nazaret, en la hermandad lo condenamos a muerte...

—¿A quién?

—... Y me tocó a mí en suerte matarlo.

—¿A quién? —volvió a preguntar Felipe, que se había enfurecido.

—Eso es cosa mía —respondió bruscamente el de la barba pelirroja—. No te mezcles en nuestros asuntos.

—¿No te fías de mí?

Judas rastreó su alrededor con la mirada, se inclinó, agarró ahora a Felipe por el brazo:

—Escucha bien lo que voy a decirte, Felipe. Y que no salga de ti ni una palabra de esto porque estarás perdido. Ahora voy al monasterio del desierto porque los monjes me han llamado para que les repare las herramientas. Dentro de pocos días, tres o cuatro, volveré a pasar por esos lugares en los que te mueves. Medita bien lo que hemos hablado, y ni una palabra; no reveles el secreto a nadie, decide por ti mismo. Y si eres un hombre y

tomas la decisión que debes, te desvelaré a quién vamos a matar.

—¿A quién? ¿Lo conozco?

—¡No tengas tanta prisa! Aún no eres de la hermandad.

Tendió la manaza:

—Adiós, Felipe —dijo—. Hasta ahora tú no eras nadie, la tierra nada sabía de tu existencia. Así era yo, nadie, hasta el día en que entré en la hermandad. Desde entonces me convertí en otro hombre; ya no soy Judas el de la barba pelirroja, el herrero que trabaja como un animal y que tiene un único objetivo: cómo alimentar estos pies enormes, esta panza y esta cabezota de cara fea. Ahora trabajo por una gran causa, ¿me oyes? Por una gran causa. Y el que trabaja por una gran causa, incluso el hombre más mezquino, se convierte en alguien grande. ¿Has comprendido? No te digo más. ¡Adiós!

Dijo, aguijoneó al borrico y se encaminó a toda prisa al desierto.

Felipe se quedó solo, apoyó la barbilla en el cayado y siguió mirando a Judas hasta que desapareció tras las peñas.

«Eh, este pelirrojo dice cosas razonables —pensó—, razonables y santas. Son palabras mayores, se podrá decir, pero ¿qué importa? Mientras nos quedemos sólo en palabras todo va bien. Pero ¿y si pasamos a la acción? Cuidado, pobre Felipe, piensa en tus ovejitas; la cosa requiere reflexión; déjalo, ya se verá llegado el momento».

Se pasó el cayado entre los hombros por detrás del cuello, había oído las esquilas de su rebaño y se marchó silbando.

* * *

Entretanto, los pescadores habían encendido lumbre y habían puesto a cocer la sopa de pescado. El agua estaba hirviendo, metieron en el puchero los budiones, las lapas y los erizos marinos y una piedra cubierta de algas verdes para que el guiso oliera a mar; un poco después echarían las doradas y las brecas. ¡No iban a conformarse sólo con los budiones y las lapas! Todos los pescadores estaban en cucullas alrededor, ansiosos, muertos

de hambre, y hablaban en voz baja. El pescador metido en años se inclinó, dijo en secreto al que tenía al lado:

—El herrero se lo refregó bien por la cara. Paciencia, llegará el día en que los pobres estén arriba y los ricos en el fondo. Esto significa justicia.

—¿Crees que esto puede suceder, compañero? —respondió el otro, al que el hambre lo había azotado desde niño—. ¿Crees que esto puede suceder algún día en este mundo?

—¿Existe Dios? —respondió el viejo—. Existe. ¿Es justo? ¿Puede Dios no ser justo? Lo es. ¡Entonces sucederá! Sólo hay que tener paciencia, muchacho, paciencia.

—Eh, ¿qué murmuráis ahí? —dijo el viejo Zebedeo, que algo había pillado de lo que decían y se había mosqueado—. Centraos en el trabajo y dejad tranquilo a Dios, él sabe lo que hace, ¡vamos hombre!

Todos callaron de repente. El viejo se levantó, cogió la cuchara de madera y removi6 el guiso.

[30](#) En esta escena, Casandsakis, nos induce sutilmente a creer que se trata de un monasterio esenio, no de Terapeutas. La mayoría de los investigadores actuales considera muy improbable que Jesús hubiera sido, siquiera en un momento de su vida, un miembro de los esenios y mucho menos un qumranita. Según el profesor A. Piñero, no existe texto fiable ni argumento sensato alguno para sospechar que Jesús se hubiera decidido a integrarse, por medio de un postulado y noviciado de tres años, en el grupo de Qumrán.

[31](#) *El Libro de Daniel* es uno de los Apócrifos del Antiguo Testamento (o intertestamentarios), textos muy importantes para la comprensión del cristianismo y para iluminar sus raíces porque nos ayudan a entender mejor el complejo judaísmo de los siglos en torno al nacimiento del Nuevo Testamento, con lo que podemos ubicar mejor al cristianismo dentro de la historia de las religiones. Desde un punto de vista científico sin estos escritos no seríamos capaces de entender en toda su dimensión el ideario religioso del Nuevo Testamento.

[32](#) Los investigadores han puesto de relieve la importancia que ciertos textos de Qumrán tienen para explicitar dentro de la comunidad primitiva cristiana los títulos cristológicos, es decir, aquello que se predica de Jesús como Cristo o Mesías.

[33](#) Casandsakis menciona casi literalmente un pasaje del Libro de Daniel (7, 13 y ss.). Este libro refleja los tiempos de angustia de los judíos bajo Antíoco IV Epifanés (hacia el 167 a.C.) y es, como hemos dicho, un apócrifo, solo que el autor, al poner la narración en boca de Daniel, es decir unos siglos antes, en tiempos de Nabucodonosor y Baltasar (siglo VI a.C.), logró engañar con su pretendida antigüedad a los rabinos, que lo admitieron en el canon hacia finales del siglo I de nuestra era, por lo que es el único de los libros apocalípticos incluido en la Biblia canónica.

[34](#) Las revelaciones del abad a sus monjes están dentro de lo que en los escritos apocalípticos se llama «literatura de testamentos», cuyos elementos se acomodan a un tipo de género literario: una gran figura religiosa a la hora de su muerte, que conoce por revelación divina, reúne a sus descendientes (o a sus subordinados, en este caso) y les revela los hechos más importantes de su vida, los orienta sobre el modo recto de proceder, les exhorta a cumplir los mandamientos de la Ley y termina con algunas predicciones sobre el futuro. Entre los más importantes de estos testamentos están el *Testamento de Job*, el *Testamento de los XII Patriarcas*, el de Salomón, el de Moisés y el de Adán.

[35](#) Cafarnaúm, situada a la orilla del lago de Genesaret en el extremo norte de Galilea, bien comunicada, era una población importante comparada con Nazaret, pero modesta frente a Séforis o Tiberiades. En época de Jesús tenía entre 600 y 1.500 habitantes, judíos en su mayoría salvo, quizá, los recaudadores de impuestos, algunos funcionarios y una pequeña guarnición del ejército de Herodes Antipas. La población era gente humilde, sobre todo pescadores, que vendían su pescado en el puerto de Magdala, donde había una importante fábrica de salazón. A la afueras de la aldea había una aduana donde se controlaba el tránsito de mercancías de una importante vía comercial por la que llegaban las caravanas de Oriente con perfumes, perlas de India y sedas de China. Cuando Jesús inicia su predicación no se instaló en Cafarnaúm sino que recorría los pueblos en torno al lago, Magdala, Betsaida, las aldeas de la Baja Galilea, Nazaret, Caná, Naín, y alrededor de Tiro, Sidón, Cesarea de Filipo y la Decápolis, pero siempre evitaba las grandes ciudades como Tiberiades, a 16 km de Cafarnaúm, y Séforis, a 6 km de Nazaret.

[36](#) En hebreo, el nombre es *tseduquim*, conocidos también como sadoquitas. Eran todos descendientes del sumo sacerdote Sadoq, de la época de Salomón. El sumo sacerdote pertenecía a este grupo, así como la aristocracia judía y los principales propietarios de tierras. Eran, pues, miembros de la clase alta de la sociedad judía, colaboracionistas que se sometían al poder extranjero (griego y luego romano) y estaban helenizados. Esta sumisión al poder les permitía ocupar cargos importantes por lo que eran muy odiados por los zelotes y no gozaban del afecto popular del que disfrutaban los fariseos, pero tenían poder religioso y político, de modo que eran muy influyentes. A

diferencia de los fariseos no creían en la pervivencia después de la muerte ni compartían sus esperanzas escatológicas. En el siglo II a.C. formaban un partido político.

IX

A la hora en que los pescadores de Zebedeo jalaban las redes, y la mañana, virgen como si acabara de salir de las manos de Dios, caía sobre el lago, el hijo de María caminaba en compañía de Santiago, el hijo de Zebedeo. Habían dejado atrás Magdala. De trecho en trecho se detenían para consolar a las mujeres que lloraban por el trigo, y luego reanudaban la marcha, charlando. Santiago también había pasado la noche en Magdala. Le había sorprendido allí la tormenta y había ido a hospedarse en casa de un amigo y antes de que rayara el alba se había levantado y se había puesto en camino.

En medio de la débil luz azulada caminaba ligero, chapoteando en el barro, para llegar al lago de Genesaret. La amargura por todo lo que había presenciado en Nazaret había comenzado a posarse en su interior, apaciguada, y el zelote crucificado se había transformado ya en un recuerdo remoto en su memoria. Las barcas de pesca, las redes y las preocupaciones cotidianas dominaban de nuevo su mente. Saltaba los charcos que había formado la lluvia, el cielo reía encima de su cabeza, los árboles goteaban, medio llorando, medio riendo, los pájaros despertaban, un regalo de Dios. Cuando empezó a clarear el día, Santiago pudo ver las eras devastadas por el diluvio, y el trigo y la cebada de la cosecha, en el camino, arrastrados por las torrenteras. Los primeros braceros ya habían acudido con sus mujeres a los campos y habían comenzado las lamentaciones... Y de repente, en una era anegada, inclinado junto a dos viejecitas, vio al hijo de María.

Apretó con fuerza el bastón, lanzó una blasfemia. Saltaron a su mente la cruz, el crucificado, Nazaret. Y ahora, helo ahí, ¡el crucificador lloraba por el trigo con las mujeres! El alma de Santiago era ruda, difícil, había heredado el carácter de su padre, tremendamente comunicativo, avariento, despiadado. No

se parecía a su madre, Salomé, una santa mujer, y tampoco a su hermano Juan, de temperamento apacible. Apretó con fuerza el bastón y se dirigió a la era, furioso.

En aquel instante, el hijo de María se levantaba para volver de nuevo al camino. Las lágrimas aún corrían por sus mejillas. Las dos viejas le cogían las manos, le besaban y no le dejaban partir. ¿Quién iba a tener para ellas palabras de consuelo como las de aquel caminante?

—No lloréis, mujeres, no lloréis —les decía—. Volveré...

Y liberaba poco a poco sus manos de las ajadas manos de las viejas.

El impulso de Santiago se vino abajo, se detuvo sorprendido: los ojos del crucificador brillaban llenos de lágrimas, y ora miraban a lo alto, al cielo rosado y alegre, ora hacia abajo, a la tierra, y a los hombres que se inclinaban, revolvían el barro y se lamentaban.

«¿Ése es el crucificador? ¿Ése? Su rostro resplandece como el del profeta Elías» —murmuró Santiago y se apartó turbado—. El hijo de María había franqueado ya el borde de la era, vio a Santiago, lo reconoció y se llevó la mano al pecho, lo saludó.

—¿Adónde vas, hijo de María? —dijo el hijo de Zebedeo, suavizando la voz.

Y antes de escuchar la respuesta:

—Vayamos juntos —dijo—, el camino es largo y requiere compañía.

«El camino es largo y no precisa compañía» —pensó el hijo de María pero no reveló su pensamiento.

—Vayamos juntos —dijo. Y los dos tomaron el camino empedrado en dirección a Cafarnaúm.

Durante un buen rato caminaron en silencio. De las eras era ascendía el lamento de las mujeres; los viejos, apoyados en sus bastones, miraban cómo las aguas arrastraban el trigo, los hombres, con semblante sombrío, de pie e inmóviles en medio de los rastrojos de las mieses arrasadas, callaban unos, blasfemaban otros. El hijo de María suspiró:

—¡Ah, si un hombre tuviera la posibilidad de morir de hambre —murmuró— para que el pueblo no muriese de hambre!

Santiago lo miró burlescamente:

—Si pudieras transformarte en trigo para que el pueblo te comiera y no muriera de hambre, ¿lo harías?

—¿Quién no lo haría? —dijo el hijo de María.

Los ojos de halcón de Santiago y sus carnosos labios colgantes se movieron:

—Yo —respondió.

El hijo de María calló. El otro se sintió molesto.

—¿Por qué habría de morir? —gruñó—. Si Dios envió el diluvio, ¿qué culpa tengo yo?

Miró agresivamente al cielo:

—¿Por qué Dios lo ha hecho? ¿En qué es culpable el pueblo a sus ojos? No lo entiendo. ¿Lo entiendes tú, hijo de María?

—No hagas preguntas, hermano, es pecado; yo también hacía preguntas hasta anteayer, pero he comprendido. Ésta es la serpiente que sedujo a los primeros padres y por ella Dios nos expulsó del Paraíso.

—¿A qué te refieres cuando dices «ésta»?

—A la pregunta.

—No comprendo —dijo el hijo de Zebedeo y apresuró el paso.

La compañía del crucificador ya no le gustaba. Sus palabras le pesaban y su silencio se le hacía aún más insoportable. Habían llegado a un repecho, a lo lejos se vieron brillar las aguas de Genesaret; las barcas estaban ya lejos de la orilla, faenaban; el sol ascendía del desierto completamente rojo, al borde del lago resplandecía de blancura un rico pueblo.

Santiago vio a lo lejos sus barcas, su mente se llenó de pesca, se volvió hacia su molesto acompañante:

—¿Adónde vas, hijo de María? —le preguntó—. Ahí está Cafarnaúm.

El hijo de María bajó la cabeza, no respondió; le dio vergüenza decir que iba a un monasterio para santificarse.

Santiago alzó bruscamente la cabeza, lo miró. De pronto su mente se llenó de sospechas:

—¿No quieres decirlo? ¿Guardas el secreto? —gruñó.

Lo cogió por la barbilla, le levantó la cabeza:

—Mírame a los ojos. Di, ¿quién te envía?

Pero el hijo de María suspiró:

—No lo sé —murmuró—, no lo sé. Quizá sea Dios, quizá el...

Se detuvo, la lengua se le había adherido a la garganta a causa del miedo. ¿Y si en verdad fuera el Demonio el que lo enviaba?

Santiago estalló en una risa seca, llena de desprecio. Ahora lo tenía agarrado por el brazo y lo sacudía:

—¿Es el centurión? —rugió en voz baja—. ¿Tu amigo el centurión es quien te envía?

Sí, estaba claro que lo enviaba como espía; nuevos zelotes habían aparecido en las montañas y en el desierto; bajaban a las aldeas, reunían al pueblo en secreto y le hablaban de venganza y de libertad, y el sanguinario centurión de Nazaret había montado en todas las aldeas una red de espías, judíos vendidos. Sin duda el crucificador era uno de ellos.

Frunció el entrecejo, bajó la voz, lo apartó de su lado violentamente.

—Escucha bien lo que voy a decirte, hijo del carpintero, aquí se separan nuestros caminos. Tú no sabes adónde vas, pero yo sí lo sé; lárgate ya. Volveremos a vernos. Dondequiera que vayas te seguiré, desdichado, y ¡ay de ti! Solo una cosa te digo y recuérdalo bien: ¡no saldrás vivo del camino que has tomado!

Dijo y, sin tenderle la mano, rodó sendero abajo corriendo.

* * *

Los pescadores ya habían apartado del fuego la olla de cobre, estaban sentados en círculo a su alrededor, Zebedeo fue el primero que alargó la cuchara de palo, eligió el dentón más grande y empezó a comer. El más viejo del grupo extendió el brazo para impedirselo:

—Patrón, hemos olvidado la oración.

El viejo Zebedeo alzó la cuchara de palo y con la boca llena, masticando, comenzó a dar gracias al Dios de Israel que les había enviado los peces, el trigo, el vino, el aceite para que se sustentaran los hijos de los hebreos y resistieran hasta que llegara el día del Señor «en que serán dispersados los enemigos

y todas las naciones caerán a los pies de Israel y la adorarán. Por eso comemos, Señor, por eso nos casamos y tenemos hijos, por ti».

Dijo y engulló el dentón de golpe.

Y mientras patrón y empleados disfrutaban del fruto de su trabajo y comían con los ojos fijos en el lago, la madre que los alimentaba, he aquí que apareció Santiago, cubierto de barro, sin aliento. Los pescadores se apretaron para hacerle sitio y el viejo Zebedeo le gritó de buen humor:

—¡Bienvenido sea el primogénito! Eres afortunado, siéntate a comer. ¿Qué noticias traes?

El hijo no respondió, se sentó junto a su padre pero no extendió el brazo hacia la olla, que humeaba con un olor agradable.

El viejo Zebedeo se volvió tímidamente y lo miró. Conocía bien a aquel hijo, lleno de rarezas, extraño, y le temía.

—¿No tienes hambre? —le dijo—. ¿Qué cara es ésa? ¿Con quién la tienes tomada ahora?

—¡Con Dios, con los demonios, con los hombres! —respondió furioso—. ¡No tengo hambre!

«¡Vaya! —pensó Zebedeo—, ha venido a fastidiarnos la sopa de pescado!...». Pero intentó mostrarse de buen humor, desviar la conversación. Dio unos golpes afectuosos en la rodilla de su hijo.

—Eh, picarón —dijo y le guiño un ojo—, ¿con quién hablabas en el camino?

Santiago se estremeció:

—¿Es que tenemos espías? ¿Quién te lo ha dicho? ¡No hablaba con nadie!

Se levantó, se acercó al lago, se metió en el agua hasta la rodilla, se lavó. Volvió al grupo, los vio comer y reír contentos, no pudo contenerse:

—¡Coméis y bebéis mientras otros son crucificados por vosotros en Nazaret! —dijo, no podía soportar verlos y se dirigió a la aldea refunfuñando.

El viejo Zebedeo lo veía alejarse, sacudió su gruesa cabeza:

—¡Buena me ha caído con mis hijos! —dijo—. Uno me ha salido demasiado tierno, demasiado piadoso, y el otro demasiado raro; dondequiera que va la lía. ¡Buena me ha caído con ellos! Ninguno de los dos ha salido un verdadero hombre: un poco tierno, un poco difícil, a veces un perro mordedor, mitad demonio, mitad ángel. En resumidas cuentas, ¡un hombre!

Suspiró, cogió una dorada para olvidar las penas.

—¡Benditas sean las doradas —dijo— y el lago que produce las doradas y Dios que crea los lagos!

—Entonces ¿qué debería decir el viejo Jonás, patrón? —dijo el viejo del grupo—. El pobre se sienta todas las tardes en un peñasco, mira hacia Jerusalén y llora por su hijo Andrés. Él también es un iluminado. Al parecer ha encontrado un profeta y lo sigue a todas partes, come miel y saltamontes, coge a los hombres y los sumerge en el Jordán, ¡para lavarles, dice, de sus pecados!

—¡Y luego dicen, ten hijos para que te vaya mejor! —se quejó Zebedeo—. Muchachos, traedme el pellejo que aún tiene vino. ¡Estoy muy angustiado!

Se oyeron pasos lentos y pesados en los guijarros, como si se acercara un animal de andares lentos y agresivos. El viejo Zebedeo se volvió, se puso en pie:

—¡Bienvenido sea Jonás, el hombre bueno! —gritó, limpiándose las barbas llenas de vino—. La había emprendido con mis hijos y con las doradas. Ven a arremeter también tú contra las doradas y dínos qué es del santo Andrés, tu hijo.

Apareció un viejo pescador rechoncho, descalzo, carbonizado por el sol, con una enorme cabeza cubierta de cabellos blancos encrespados. Su piel había echado escamas como las de un pez, sus ojos eran turbios y vidriosos. Se agachó, los miró uno por uno, buscaba a alguien.

—¿A quién buscas, viejo Jonás? —dijo Zebedeo—. ¿Te da pereza hablar?

Veía sus pies, sus barbas, sus cabellos, en los que había enredadas espinas de pescado y algas; sus amplios labios agrietados se abrían y cerraban como los de un pez, pero no hablaban. El viejo Zebedeo estuvo a punto de echarse a reír pero

de pronto lo dominó el pánico. Una descabellada sospecha le pasó por la cabeza. Alargó, asustado, las dos manos, como si quisiera impedir al viejo Jonás acercarse.

—Eh, ¿no serás tú el profeta Jonás? —gritó y se puso en pie de un brinco—. ¡Tanto tiempo con nosotros y nos lo has ocultado! Yo te conjuro en nombre de Adonai, ¡habla! En una ocasión oí hablar al santo abad del monasterio de la ballena que se tragó al profeta Jonás y que luego lo regurgitó y salió del vientre del pez en forma de hombre como antes. Sí, por mi fe, que el abad nos lo describió tal y como tú, con algas enredadas en los cabellos y en el pecho, y con las barbas llenas de cangrejitos recién nacidos. Apuesto, y me vas a disculpar, que si rebusco entre tus barbas encontraré cangrejitos.

Los pescadores soltaron grandes carcajadas pero los ojos del viejo Zebedeo miraban con terror a su viejo amigo.

—Habla, hombre de Dios —le decía y le volvía a decir—. ¿Acaso eres el profeta Jonás?

El viejo Jonás meneó la cabeza. No recordaba que le hubiera tragado ningún pez, pero pudiera ser; después de años y años luchando con los peces, ¿cómo iba a acordarse?

—¡Es él! ¡Es él! —murmuró el viejo Zebedeo, y miró a todas partes con desasosiego, como si buscara dónde meterse.

Él sabía bien que los profetas son seres particulares y no hay que fiarse de ellos: desaparecen en el fuego, en el mar, en el aire, y luego cuando menos te lo esperas, ¡helos ahí ante ti! ¿No había subido Elías al cielo montado en fuego? Y, sin embargo, estaba aún vivo y coleando y en cualquier cima de montaña a la que uno se encarama, se topará con él. Y lo mismo Enoc: es inmortal. Y he aquí que ahora el profeta Jonás se nos hace el tonto, finge que es pescador y el padre de Pedro y Andrés. Hay que ganárselo por las buenas, estos profetas son picajosos, raros, y uno se puede meter en líos. Dulcificó la voz:

—Viejo Jonás —dijo—, querido vecino, ¿a quién buscas, a Santiago? Ha regresado de Nazaret, pero parece que está cansado y se ha ido al pueblo. Si es por tu hijo Pedro por quien preguntas, dice que está bien que no te preocupes, y que ya

viene. Te manda muchos saludos, dice... ¿Me oyes, viejo Jonás? Hazme una señal.

Le hablaba dulcemente, le acariciaba los hombros, de piel gruesa como cuero; nadie sabe, todo puede ocurrir, pudiera ser que este medio pez, medio animal de carga fuera el profeta Jonás. ¡Así que mucho ojo!

El viejo Jonás se inclinó, cogió un rascacio pequeño de la olla, se lo metió entero en la boca y empezó a masticarlo con espinas y todo.

—Me voy —murmuró y le volvió la espalda.

Los guijarros empezaron de nuevo a crujir, una gaviota pasó rozando la cabeza de Jonás, se detuvo un instante aleteando, como si hubiera visto entre los pelos del viejo pescador un cangrejillo, pero lanzó un ronco graznido, como si se hubiese asustado, y se fue.

—¡Atención, muchachos! —dijo el viejo Zebedeo—. ¡Éste es el profeta Jonás, me apuesto la cabeza! Id dos de vosotros a ayudarlo, ya que no está su hijo Pedro, no sea que nos metamos en un lío.

Dos hombretones se levantaron medio riendo, medio asustados.

—Tú serás el responsable, viejo Zebedeo —dijeron—. Vamos. ¡Los profetas son fieras salvajes; de buenas a primeras abren la boca y no queda de ti ni un huesecillo! ¡Adiós!

El viejo Zebedeo se estiró satisfecho, se las había arreglado bien con el profeta, se volvió a los demás pescadores:

—¡Vamos, muchachos, daos prisa! Colocad el pescado en los cestos, recorred las aldeas y estad bien atentos, los campesinos son muy astutos, no son como nosotros, los pescadores, unos benditos de Dios. Dadles la menor cantidad posible de pescado, tomad la mayor cantidad posible de trigo (aunque sea del año pasado), aceite, vino, pollos, conejos... ¿Habéis comprendido? ¡Dos y dos son cuatro!

Los pescadores se levantaron, empezaron a llenar los cestos.

A lo lejos, detrás de las rocas, apareció un hombre montado en un camello, que iba al trote. El viejo Zebedeo se puso la mano de visera, oteó el horizonte.

—Eh, muchachos, mirad también vosotros, ¿no es mi hijo Juan? —gritó.

El jinete iba ahora por la arena fina, se acercaba.

—¡Es él! ¡Es él! —gritaron los pescadores—. ¡Bienvenido te sea, patrón!

El jinete pasaba ahora ante ellos, agitó la mano, saludó.

—¡Juan! —gritó el anciano padre—. ¿Por qué llevas tanta prisa? ¿Adónde vas? ¡Detente un momento, que te veamos!

—¡El abad del convento se está muriendo! ¡Tengo mucha prisa!

—¿Qué le ha sucedido?

—No quiere comer. Quiere morir.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Pero la respuesta del jinete se perdió en el aire.

El viejo Zebedeo tosió, reflexionó un momento, meneó su cabezota.

—¡Dios nos guarde de la santidad! —dijo.

* * *

El hijo de María miraba a Santiago bajar la cuesta a zancadas furiosas hacia Cafarnaúm. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, estaba profundamente apenado. Él, que tanto ansiaba amar y ser amado, ¿por qué despertaba tanta animadversión en el corazón de los hombres? La culpa era suya, no era de Dios ni de los hombres, sólo suya. ¿Por qué se comportaba tan cobardemente? ¿Por qué tomaba un camino y no tenía el coraje de llegar hasta el final? Era un miserable, un desgraciado, un cobarde. ¿Por qué no se había atrevido a casarse con Magdalena ³⁷ para salvarla de la vergüenza y de la muerte? Y cuando Dios le clavaba las garras y le ordenaba: «¡Levántate!». ¿Por qué se aferraba al suelo y no quería levantarse? Y ahora ¿por qué lo dominaba el miedo e iba a sepultarse en el desierto? ¿Acaso pensaba que Dios no lo iba a encontrar allí?

El sol estaba a punto de situarse sobre él, el llanto fúnebre por el trigo había cesado, los hombres, duramente castigados, se habían hecho a la desgracia, recordaron que lamentarse nunca

les sirvió de nada y callaron. Llevaban miles de años sufriendo injusticia, padeciendo hambre, sintiéndose zarandeados por fuerzas visibles e invisibles, y a pesar de todo conseguían seguir viviendo a duras penas. Habían aprendido a tener paciencia.

Un lagarto verde salió de un matorral espinoso para calentarse al sol; vio encima de su cabeza al hombre, una fiera terrible, se asustó y su corazón empezó a latir con fuerza en su cuello, pero tuvo valor, pegó todo su cuerpo a una piedra caliente, giró el ojo redondo y negro y miró con confianza al hijo de María, como si le diera la bienvenida, como si le dijera: «He visto que estás solo y he venido a hacerte compañía». El hijo de María se alegró y contuvo la respiración para no asustarlo. Y mientras lo miraba y sentía que su corazón latía con fuerza, como el del lagarto, dos mariposas revoloteaban entre ellos, iban y venían del uno al otro y no querían irse; negras, aterciopeladas las dos, con manchas rojas. Revoloteaban alegres, jugaban con el sol, hasta que finalmente fueron a posarse sobre el pañuelo manchado de sangre que cubría la cabeza del hombre, con la trompa sobre las manchas rojas, como si quisieran libar la sangre. Sentía su caricia en la coronilla, se acordó de las garras de Dios, le pareció que las alas de las mariposas y las garras de Dios le traían el mismo mensaje. «Ah —pensó—, si Dios pudiera descender siempre así hasta los hombres, no como un águila de garras afiladas, ni como un rayo, sino como una mariposa...».

Y mientras mezclaba en su mente mariposas y Dios, sintió un cosquilleo en las plantas de los pies, desvió la mirada y vio bajo el arco de sus pies una hilera de hormigas amarillas y negras que, presurosas y diligentes transportaban entre dos o tres un grano de trigo en sus fuertes mandíbulas. Lo habían robado del campo, de la boca de los hombres y lo trasladaban a su hormiguero alabando a Dios, la Gran Hormiga, que se preocupaba por su pueblo elegido, las hormigas, y enviaba diluvios al campo cultivado, justamente en el momento preciso, cuando el trigo estaba amontonado en las eras.

El hijo de María suspiró. «Ellas también son criaturas de Dios —pensó—, criaturas de Dios, como los hombres, los lagartos y

las cigarras que oigo cantar en los olivos, y los chacales que aúllan de noche, y los diluvios y el hambre...».

Oyó a alguien jadear detrás de él. Se asustó. La había olvidado durante todo ese tiempo, pero ella no le olvidaba. Sintió que ahora estaba sentada, detrás de él, con las piernas cruzadas como él y que respiraba.

—La Maldición también es una criatura de Dios —murmuró.

Sentía que el aliento de Dios lo envolvía por completo; soplabla sobre él, unas veces más cálido y benévolo, otras, salvaje y despiadado. Lagarto, mariposas, hormigas, Maldición, todo era Dios.

Oyó en el camino campanillas y voces, se volvió; pasaba una larga caravana de camellos cargados con preciosas mercancías y un humilde borriquillo, delante, los guiaba. Debían venir del desierto, procedentes de más allá de Nínive y Babilonia, de las fértiles tierras pantanosas del patriarca Abraham. Seguramente transportaban tejidos de seda, especias y marfil, y puede que también esclavos y jóvenes esclavas, y se dirigían al Gran Mar lleno de barcos multicolores...

Era un desfile interminable. «¡Qué riquezas hay en este mundo —pensó el hijo de María—. ¡Qué maravillas!».

A la cola de la caravana, con turbantes verdes, con *yilabs* blancos, barbas negras y pendientes de oro, balanceándose al compás de la marcha de los camellos, pasaban ahora los ricos mercaderes. El hijo de María sintió un escalofrío:

«Se detendrán en Magdala —pensó de repente—. Se detendrán en Magdala, la puerta de Magdalena está abierta, abierta de día y noche, entrarán. ¡Tengo que salvarla! ¡Si pudiera salvarla! ¡A ti, Magdalena, no a la tribu de Israel; a ésta no puedo! ¡A ti! No soy un profeta, si abro la boca no sé qué decir. Dios no me ha frotado los labios con un carbón encendido, no ha lanzado a mis entrañas el rayo para quemarme, para que me lance, enloquecido, a los caminos y grite. ¡Ah, si las palabras no fueran mías sino tuyas y no me preocuparan, yo abriría la boca y Él hablaría! No soy un profeta, soy un hombre sencillo y miedoso, no puedo sacarte del lecho de la vergüenza y voy al desierto, al monasterio, a rezar por ti. La oración es

todopoderosa. Se dice que los hijos de Israel vencían en la guerra cuando Moisés tenía los brazos levantados al cielo, y que si se cansaba y los bajaba eran vencidos. ¡Día y noche tendré yo los brazos alzados al cielo por ti, Magdalena!».

Dijo, y miró si el sol comenzaba a declinar, para hacer el camino de noche y pasar por Cafarnaúm sin que nadie le viera, bordear el lago, adentrarse en el desierto. El ardiente deseo de llegar aumentaba ahora en él. Volvió a suspirar:

—¡Ah, si pudiera caminar sobre las aguas y cruzar el lago! —murmuró.

El lagarto estaba aún pegado a la piedra, calentándose al sol, las mariposas habían echado a volar hacia lo alto y se habían perdido en la luz, las hormigas continuaban su acarreo, depositaban el grano en sus graneros, regresaban al campo cultivado y volvían cargadas. El sol comenzaba a ponerse, las sombras se alargaban, los caminantes eran menos, el crepúsculo caía sobre los árboles y los campos y los doraba y las aguas del lago estaban desconcertadas, a cada parpadeo cambiaban de aspecto: enrojecían, se tornaba de color malva claro, se oscurecían. Una gran estrella se colgó del cielo hacia el oeste.

«Ahora vendrá la noche, ahora vendrá la negra hija de Dios con sus caravanas de estrellas...» —pensó el hijo de María, y antes de que el cielo se llenara de estrellas, se llenó su mente.

Iba ya a levantarse para reanudar la marcha cuando a su espalda oyó un cuerno y luego un caminante que lo llamaba por su nombre. Se volvió; a la velada luz del crepúsculo vio a alguien cargado con un fardo que le hacía señas y subía la cuesta. «¿Quién será?» —pensó, y trató de distinguir bajo el fardo las facciones del caminante—. En alguna parte había visto aquel rostro demacrado, aquella barbita rala y aquellas canillas zambas. De repente lanzó un grito:

—¿Eres tú Tomás? ¿Has vuelto a recorrer las aldeas?

El buhonero bisojo y astuto estaba ahora ante él, jadeando. Dejó el fardo en el suelo, se enjugó la cóncava frente sudorosa y los ojillos bizcos, que tenían un doble juego: no sabías si se reían o se burlaban.

El hijo de María lo amaba, lo veía a menudo pasar por delante de su taller con el cuerno metido en el cinto, regresaba de su gira por las aldeas, colocaba el fardo en el banco y comenzaba a hablar de todo lo que había visto en su recorrido, bromeaba, reía, se metía con la gente. No creía ni en el Dios de Israel ni en los otros dioses. «Todos nos engañan —decía—, para que les sacrifiquemos cabritos y les quememos incienso y nos desgañitemos cantando sus bondades...». El hijo de María lo escuchaba y su corazón angustiado se relajaba un poco, admiraba aquella mente zalamera que, a pesar de su pobreza, a pesar de la servidumbre y la miseria de su raza, encontraba fuerzas para vencer con risas y burlas la servidumbre y la indigencia.

Y también Tomás el buhonero amaba al hijo de María, se le antojaba un cándido cordero enfermo que balaba y buscaba a Dios para correr tras él.

—Eres un cordero —le decía a menudo y se desternillaba de risa—, eres un cordero, hijo de María. Pero tienes dentro de ti un lobo ¡y ese lobo te devorará!

Sacaba de su seno ya un puñado de dátiles ya una granada, o una manzana que había robado en una huerta, y se las regalaba.

—Qué bien que te haya encontrado —dijo, cuando recobró el aliento—. Dios te ama. ¿Adónde vas?, dime.

—Al monasterio —respondió él y señaló con la mano más allá del lago.

—Entonces qué bien que te haya encontrado. ¡Date la vuelta!

—¿Por qué? Dios...

Tomás se enfureció.

—Hazme el favor, no empieces otra vez con Dios. Con él nunca se llega al final. Te puedes pasar toda la vida, toda la eternidad intentando alcanzarlo, pero el bendito no tiene fin. Así que déjalo, no lo mezcles en nuestros asuntos. Bastante tenemos aquí con los hombres, los hombres deshonestos y los avispados. Escucha: ¡Ten mucho cuidado con Judas el pelirrojo! Antes de salir de Nazaret lo vi cuchichear con la madre del crucificado, luego con Barrabás y otros dos o tres zelotes, de

esos que llevan dagas y oí tu nombre. Ándate con cuidado, hijo de María, no vayas al monasterio.

Pero él bajó la cabeza.

—Todos los seres vivos —dijo— estamos en manos de Dios. Él salva a quien quiere y mata a quien quiere, ¿qué resistencia podemos oponer nosotros? Iré, ¡y que Dios me ayude!

—¿Irás? —exclamó Tomás furioso—. Pero Judas se encuentra en este preciso momento en que hablamos en el monasterio y lleva un puñal oculto en el seno. ¿Tú tienes un puñal?

El hijo de María se estremeció:

—No —dijo—. ¿Qué podría hacer yo con un puñal?

Tomás se echó a reír:

—Cordero... cordero... cordero... —murmuró.

Cogió el fardo del suelo:

—Adiós —dijo— y haz lo que quieras. Yo te digo: ¡No vayas! Tú me dices: ¡Iré! Ve, pues, ¡y luego date golpes contra la pared!

Sus ojillos bizcos bailaron y cogió la cuesta abajo silbando.

La noche se había echado encima; la tierra se oscureció, el lago se sumergió, en Cafarnaúm se encendieron las primeras luces. Las aves diurnas habían metido la cabeza bajo el ala para dormir, las aves nocturnas despertaron y salieron de caza.

«Esta hora es hermosa y santa —pensó el hijo de María—, nadie me verá; me pondré en marcha».

Vinieron a su mente las palabras de Tomás:

—Sucederá lo que Dios quiera —murmuró—. Si es él el que me empuja a ir a encontrarme con mi asesino, iré presto a ser asesinado. Esto soy capaz de hacerlo y lo haré.

Se volvió hacia atrás

—¡Vamos! —dijo a su acompañante invisible. Y se dirigió al lago.

La noche era suave, cálida, húmeda, soplaba una leve brisa del sur, Cafarnaúm olía a pescado y a jazmín. El viejo Zebedeo estaba sentado en el patio de su casa bajo el almendro, con su mujer, Salomé. Habían comido, charlaban. Dentro, su hijo Santiago daba vueltas en la cama: el zelote crucificado; el hijo del carpintero, el espía; la nueva injusticia que Dios había

cometido contra los hombres, al privarlos del trigo, se revolvían en su mente, agitaban su corazón y no lo dejaban dormir. También le ponía furioso la conversación de su padre en el patio. Saltó de la cama, estaba excitado, salió al patio, cruzó el umbral.

—¿Adónde vas? —le preguntó su madre, inquieta.

—Al lago, a que me dé el aire —gruñó, y desapareció en la oscuridad.

El viejo Zebedeo meneó la cabeza, suspiró:

—El mundo está echado a perder, mujer —dijo—. Hoy día los jóvenes no caben en su propio pellejo; no son ni aves ni peces; son peces voladores, pero no soportan el aire y vuelven a hundirse en el mar. Y ¡zas, vuelta a empezar! Han perdido el juicio. Ahí lo tienes, mira a nuestro hijo Juan, tu niño mimado. Monasterio, te dice, oración, ayuno, Dios. Su barca le parece demasiado estrecha, no cabe en ella. Y mira ahora a éste, a Santiago, a quien yo tenía por sensato, acuérdate de lo que te digo, él también ha puesto proa al mismo lugar. ¿Has visto esta noche cómo se encendía y se excitaba y la casa le venía pequeña? A mí no me importa, ¿pero quién va a gobernar mis barcas de pesca y a mis hombres? ¿Todos mis esfuerzos se irán a paseo? ¡Estoy angustiado, mujer, tráeme un vaso de vino y un poco de pulpo para que me recupere!

La vieja Salomé hizo como que no oía; su marido había bebido más de la cuenta aquella noche, ya era suficiente. Intentó desviar la conversación.

—Son jóvenes —dijo—, no te atormentes, se les pasará.

—Vaya, tienes razón, mujer, tu cerebro es femenino. ¿Qué hago preocupándome? Es como dices, son jóvenes, se les pasará. La juventud es una enfermedad, pasa. Yo también cuando era joven tenía ardores, daba vueltas en la cama, creía que buscaba a Dios y lo que buscaba era una mujer, ¡a ti vieja Salomé! Te tomé y me calmé. Lo mismo ocurre con nuestros hijos. Así que ¡fuera preocupaciones! Estoy contento, mujer, tráeme un vaso de vino y un poco de pulpo, ¡beberé a tu salud, Salomé!

Un poco más allá, en el barrio de al lado, el viejo Jonás, solo en su casa, remendaba la red a la luz del candil. Remendaba, remendaba. Pero su mente y su pensamiento no estaban en su difunta esposa, que había muerto el año anterior por esa época, ni en el tarugo de su hijo Andrés ni en su otro hijo, el medio loco Pedro, que recorría aún las tabernas de Nazaret y que le había abandonado para que luchara con los peces él solo, un viejo. Pensaba en las palabras de Zebedeo y estaba sumido en un terrible desasosiego. ¿Y si de verdad era él el profeta Jonás? Se miró las manos, los pies, los muslos, todos llenos de escamas. Su aliento también olía a pez y su sudor, lo mismo. Y ahora recordaba, cuando lloraba a su mujer, ayer, como quien dice, sus lágrimas olían a pez. Y aquel astuto Zebedeo tenía razón, a veces encontraba en sus barbas cangrejos... ¿Acaso era de verdad el profeta Jonás? Ah, por eso no tenía ganas de hablar, le tenían que sacar las palabras de la boca con un gancho, y, cuando caminaba en tierra, constantemente tropezaba y daba tumbos; pero, cuando se metía en el lago, ¡qué alivio, qué alegría, cómo el agua lo acogía en sus brazos y lo acariciaba, lo lamía, lo arrullaba al oído y le hablaba! Y él, como los peces, le respondía sin palabras y de su boca salían burbujas.

«Sin duda soy el profeta Jonás, he resucitado, la ballena me regurgitó, pero ahora me he vuelto sensato, soy profeta pero finjo ser pescador y no digo una sola palabra, no quiero líos...». Sonrió, satisfecho de su astucia. «Lo he hecho tan bien que nadie se ha dado cuenta en tantos años —pensó—, ni siquiera yo mismo, sólo este endiablado Zebedeo. Bendito sea por haberme abierto los ojos...». Dejó en el suelo sus herramientas, se frotó las manos contento, abrió un armario, sacó un pellejo de vino, echó atrás el cuello rechoncho y escamoso y empezó a beber haciendo ruidos guturales.

* * *

Los dos viejos bebían contentos en Cafarnaúm. Sumido en sus pensamientos, nuestro viajero nocturno caminaba bordeando la orilla. No iba solo: a sus espaldas oía crujir la arena. En el

patio de Magdalena, los nuevos mercaderes habían bajado de sus camellos y ahora se encontraban sentados en las piedras del suelo con las piernas cruzadas, hablaban en voz baja, masticando dátiles y cangrejos asados, y esperaban su turno. En el monasterio, los monjes habían tendido al abad en el centro de la celda y velaban junto a él. Aún respiraba, tenía los ojos desorbitados y miraba hacia la puerta abierta, con el rostro consumido, tenso, como si escuchara.

—Escucha si viene el rabino de Nazaret para curarlo...

—Escucha si se acercan las alas negras del arcángel...

—Escucha si oye los pasos del Mesías que llega...

Los monjes hablaban entre sí en voz baja y lo miraban, el alma de cada uno de ellos estaba presta para recibir el milagro. Todos aguzaban el oído, pero sólo oían un martillo que golpeaba sobre el yunque en un rincón lejano del patio. Judas había encendido la fragua y trabajaba de noche.

[37](#) Parece irrefutable que Jesús nunca se casó. Respecto a la relación de Jesús con María Magdalena, hay un par de documentos gnósticos (*Evangelio de María y Pistis Sofía*) que insinúan que era especial. Otro (*Evangelio de Felipe*, Biblioteca de Nag Hammadi, vol. II, págs. 31 y 35), que presenta a Magdalena como «compañera» o «consorte» de Jesús, y un cuarto (*Evangelio de Tomás*, BNH II, 90) que habla de Salomé como «esposa» de Jesús. De los dos primeros no podemos deducir con certeza más que María era una de las discípulas favoritas del Maestro y una de sus interlocutoras preferidas en los diálogos de revelación. Sin embargo, el *Evangelio de Felipe* añade: «Tres mujeres iban siempre con el Señor: su madre, María, su hermana y Magdalena, llamada su compañera». Y un poco más adelante precisa: «(El Señor amaba a María) más que (a todos) los discípulos y la besaba en la [...] con frecuencia».

X

Muy lejos de allí, en Nazaret, María, la mujer de José el carpintero, en su humilde casita, tenía el candil encendido y la puerta abierta, y devanaba la lana que había hilado. Se daba prisa en devanar, había tomado la decisión de recorrer las aldeas para buscar a su hijo. Devanaba y su mente estaba en otra parte, erraba por los campos, pasaba por Magdala y Cafarnaúm, gesticulaba sola y desesperada en torno al lago de Genesaret. Buscaba a su hijo. Sin pensarlo más se había marchado, Dios había vuelto a picarle con su aguijada. «No se apiada de él, no se apiada de mí, ¿qué le hemos hecho? ¿Éstas eran las alegrías y las glorias que nos había prometido? ¿Por qué hiciste florecer el bastón de José para que tomara a este viejo por esposo? ¿Por qué lanzaste el rayo y sembraste en mis entrañas este hijo único iluminado? Yo era un almendro en flor cuando lo tenía en mi regazo, había florecido de pies a cabeza; los vecinos pasaban, me miraban maravillados y decían: “¡Bendita tú sobre todas las mujeres, María!”. Las caravanas pasaban y se detenían: “¡Qué almendro en flor!”, decían. Se apeaban de los camellos y llenaban mi delantal de regalos. Y de repente sopló viento, me deshojé... Cruzo los brazos sobre mi pecho improductivo: Señor, se ha hecho tu voluntad, me hiciste florecer, soplaste sobre mí, me deshojé, Señor, ¿no hay esperanza de que vuelva a florecer?».

«¿No hay esperanza de que mi corazón se sosiegue? —se preguntaba por su parte el hijo, cuando muy de mañana, después de bordear el lago se halló frente al monasterio, incrustado en las rocas rojas y verdes—. A medida que avanzo y me acerco al monasterio mi corazón se turba más. ¿Por qué? ¿No he tomado el camino correcto, Señor? ¿Acaso no me empujas hacia este santo lugar de retiro? ¿Por qué te niegas entonces a extender el brazo para apaciguar mi corazón?».

Dos monjes vestidos de blanco salieron a la poterna del monasterio; se subieron a un peñasco, miraron en lontananza, hacia Cafarnaúm.

—Aún no... Aún no —dijo uno, paticorto, jorobado, medio bobo.

—No lo hallará vivo —dijo el otro, desgarrado, con una boca rasgada, como la de una ballena, que le llegaba de oreja a oreja —. Vete, Jeroboam, yo me quedaré aquí de vigía hasta que llegue el camello.

—Yo iré a verlo morir —dijo, alegre, el jorobado, y se bajó de la roca.

El hijo de María se encontraba en la puerta del monasterio, indeciso. ¿Debía entrar o no? Su corazón estaba desbocado. El compás del monasterio estaba enlosado: ni un solo árbol verde, ni una flor, ni un pájaro, sólo chumberas alrededor... Aquel compás era un desierto redondo, inhumano, y en todo su perímetro, agujeros como nichos excavados en la roca, las celdas.

«¿Éste es el reino de los cielos? —se preguntaba—. ¿Aquí encuentra la paz el corazón del hombre?».

Miraba, miraba y no se decidía a cruzar el umbral. Dos perros pastores negros saltaron del rincón y se pusieron a ladrar.

El jorobado vio al visitante, silbó a los perros, que dejaron de ladrar. Luego se volvió y observó de arriba abajo al forastero. Sus ojos le parecieron muy tristes, la ropa que vestía, muy pobre; sus pies sangraban. Sintió pena de él.

—Bienvenido, hermano —le dijo—. ¿Qué viento te ha arrojado aquí, al desierto?

—¡Dios! —respondió el hijo de María con voz profunda y desesperanzada.

El monje se sobrecogió. Nunca había oído a labios humanos pronunciar el nombre de Dios con tal pavor. Cruzó los brazos y calló.

—He venido a ver al abad —dijo el visitante al cabo de un rato.

—Puede que lo veas, pero él no te verá. ¿Qué quieres de él?

—No sé. Tuve un sueño. Vengo de Nazaret.

—¿Un sueño? —dijo el monje medio bobo y se echó a reír.

—Un sueño terrible, anciano. Desde entonces mi corazón no tiene sosiego. El abad es santo, Dios le enseñó a interpretar lo que dicen los pájaros y los sueños. Por eso he venido.

Nunca había tenido la intención de ir al monasterio para preguntar al abad el sentido del sueño que había tenido la noche en que fabricaba la cruz —la persecución salvaje, el hombre de la barba pelirroja que irrumpía en cabeza, y los enanos que lo seguían con los instrumentos del suplicio—. Pero ahora, de repente, mientras estaba en pie en la puerta del monasterio, indeciso, el sueño había rasgado su mente como un relámpago. «¡Para eso he venido! —gritó en su interior—. Por ese sueño he venido. ¡Dios me lo envió para mostrarme el camino y el abad del convento me lo explicará!».

—El abad está agonizando —dijo el monje—. Llegas demasiado tarde, hermano. Vete.

—Dios me lo ordenó —dijo el hijo de María—. ¿Puede él engañar a los hombres?

El monje soltó una risita; él había visto muchas cosas, no creía en Dios.

—¿No es acaso Dios? —dijo—. Hace lo que le viene en gana. Si no pudiera cometer injusticias, ¿qué clase de todopoderoso sería?

Dio unas palmadas al visitante en la espalda; quería acariciarlo pero su manaza era pesada y le hizo daño.

—No te angusties —le dijo—, entra. Soy el padre hospederero.

Entraron en el compás del monasterio, se había levantado viento, la arena se arremolinaba sobre las losas del suelo. Un halo turbio había ceñido al sol, el aire se oscureció.

En el centro del patio abría su boca un pozo seco; en otros tiempos debía haber tenido agua, pero ahora estaba lleno de arena, de sus labios erosionados habían salido dos lagartos para calentarse al sol.

La celda del abad estaba abierta; el monje cogió al visitante por el brazo.

—Espera aquí —dijo—, voy a consultar a los hermanos si dan permiso; no te muevas.

Cruzó los brazos sobre el pecho, entró. Los perros se encontraban ahora a ambos lados de la puerta, estiraban el cuello como si husmearan y daban breves ladridos lastimeros.

El abad estaba tendido en el centro de la celda con los pies hacia la puerta; a su alrededor, los monjes, agotados por haber pasado toda la noche en vela, daban cabezadas y esperaban. El moribundo, tendido sobre una estera, mantenía el rostro tenso y los ojos abiertos, fijos en la puerta que estaba de par en par. El candelabro de siete brazos estaba aún encendido junto a su cabeza e iluminaba su frente cóncava y brillante, sus ojos insaciables, su nariz aguileña, sus labios violáceos y sus largas barbas blancas que cubrían hasta abajo su pecho esquelético, desnudo. En un incensario de arcilla lleno de ascuas encendidas habían echado incienso con esencia de rosas y el aire exhalaba su aroma.

El monje entró, olvidó el motivo por el que había entrado y se acurrucó junto a los perros en el umbral.

El sol llegaba ahora a la puerta y quería entrar, tocar los pies del abad. El hijo de María permanecía fuera y esperaba. Silencio. Sólo se oía el gañido de los dos perros y más lejos, el martillo que golpeaba lenta, acompasadamente el yunque.

El visitante esperó largo rato, la mañana ascendía, se habían olvidado de él y él, por su parte, en pie, al sol, se había olvidado también. La noche había sido gélida y ahora sus huesos se calentaban placenteramente. De repente, en medio del gran silencio, se oyó la voz del monje que vigilaba sobre la roca:

—¡Ya llegan! ¡Ya están aquí!

Los monjes que estaban en la celda del abad se sobresaltaron, despertaron y salieron fuera; dejaron solo al moribundo.

El hijo de María se armó de valor, dio dos tímidos pasos, se detuvo en el umbral de la celda: dentro, una calma de muerte, una calma de inmortalidad; los pies del abad, cerúleos, huesudos, inundados de sol, proyectaban un pálido resplandor. Una abeja zumbaba en el techo, un insecto negro velludo revoloteaba suavemente alrededor de las siete llamas del

candelabro, iba de una a otra, como si quisiera elegir en cuál de ellas quemarse.

Y de pronto el abad se movió. Reunió todas sus fuerzas, levantó la cabeza y abrió desmesuradamente los ojos y la boca, sus narices aleteaban y olían insaciables el aire. El hijo de María se llevó la mano al corazón, luego a los labios, a la frente, saludó. Los labios del abad se movieron:

—Has venido... has venido... has venido —murmuró casi imperceptiblemente. El hijo de María no le oyó.

Pero en todo el rostro del abad, adusto, doliente, se dibujó una sonrisa de indecible felicidad. Al punto sus ojos se cerraron, sus narices quedaron inmóviles, su boca se selló y sus brazos, que estaban cruzados sobre el pecho, se abrieron a derecha e izquierda con las palmas extendidas hacia arriba.

Entretanto los dos camellos se arrodillaban en el compás del monasterio. Los monjes corrieron, ayudaron al viejo rabino a apearse; el joven novicio preguntaba con angustia:

—¿Vive? ¿Vive aún?

—Aún respira —respondió el viejo Habacum—. Ve y oye perfectamente, pero no habla.

El rabino entró el primero, seguido del novicio con el valioso zurrón en el que iban los ungüentos, las plantas y los amuletos mágicos del sanador. Los dos perros negros, con la cola entre las patas, ni siquiera volvieron la cabeza. Con el cuello echado en el suelo gemían lastimeramente, como seres humanos.

El rabino los oyó, meneó la cabeza: «He llegado demasiado tarde...», pensó, pero no dijo nada.

Se arrodilló junto al abad, se inclinó sobre él, le puso la mano sobre el corazón. Acercó los labios a los suyos.

—Demasiado tarde —murmuró—, he llegado demasiado tarde... ¡Larga vida tengáis vosotros, padres!

Los monjes lanzaron un grito, se inclinaron y besaron al muerto cada uno conforme a su rango, según dispone su regla: el viejo Habacum en los ojos, los demás monjes en las barbas y en las palmas de las manos, vueltas hacia arriba, y los novicios en los pies. Uno de ellos cogió del sitial vacío el báculo del abad y lo depositó a la derecha de los santos restos.

El anciano rabino, de rodillas, lo miraba: no podía separar los ojos de él. ¿Qué era aquella sonrisa triunfal? ¿Qué sentido tenía aquel resplandor místico alrededor de sus ojos cerrados? Un sol había caído sobre aquel rostro, un sol sin ocaso, que no se ocultaba. ¿Qué sol?

Miró a su alrededor; los monjes, arrodillados aún, se prosternaban, Juan tenía los labios pegados a los pies del muerto y lloraba; el viejo rabino detuvo la mirada en cada uno de los monjes, como si los interrogara: y de repente, en un rincón de la celda, vio al hijo de María que estaba de pie con los brazos cruzados, inmóvil, tranquilo; pero en su rostro se reflejaba la misma sonrisa del muerto, triunfal, serena.

—¡Señor de las Potencias, Adonai! —murmuró el viejo rabino, horrorizado—. ¿Vas a seguir tentando mi corazón? ¡Ayuda a mi mente a comprender, a tomar una decisión!

* * *

Al día siguiente, un sol rojo de sangre, furioso, rodeado por un halo sombrío, saltó de la arena; del lado del desierto se levantó hacia el sol un viento ardiente, el mundo se ensombreció. Los dos perros negros del monasterio hicieron ademán de ladrar, pero se les llenó la boca de arena, callaron; los camellos, pegados a la tierra, cerraron los ojos y esperaban.

Los monjes, formando una cadena, avanzaban lentamente cogidos de la mano, a tientas, esforzándose por no caerse. Formando un compacto racimo, llevaban abrazado el cadáver del abad para que el viento no lo tocara. Iban a enterrarlo. El desierto se movía, subía y bajaba, como el mar.

—Es el viento del desierto, es el soplo de Jehová —murmuró Juan, apoyándose con todo su cuerpo en el hijo de María—. Seca todas las hojas verdes, agota todos los manantiales, llena las bocas de arena. Dejaremos los santos restos del abad en un hoyo y vendrán las olas de arena a cubrirlos.

Por un instante, en medio de la bruma, en el momento en que cruzaban el umbral del monasterio, apareció negro, enorme, con el martillo al hombro, el herrero de la barba pelirroja y los miró.

Pero inmediatamente lo envolvió la arena, desapareció. El hijo de Zebedeo vio a aquel ogro en medio del torbellino de arena y se aterró. Se aferró al brazo de su compañero:

—¿Quién era? —preguntó en voz baja—. ¿Lo has visto?

Pero el hijo de María no respondió: «Dios procede en todo como conviene, según su voluntad —pensó—. He aquí que ahora, en el extremo del mundo, en el desierto, nos une a Judas y a mí. Hágase, pues, tu voluntad, Señor...».

Avanzaban todos juntos, encorvados, y sus pies se clavaban en la arena ardiente. Se tapaban la boca y la nariz con el borde de la túnica, pero la fina arena había penetrado ya hasta sus gargantas y sus pulmones. Al viejo Habacum, que iba al frente, el viento lo hizo girar sobre sí mismo y lo tiró al suelo. Cegados por la nube de arena, los monjes no lo vieron y pasaron sobre él; el desierto silbaba, las piedras chasqueaban, el viejo Habacum lanzó un grito ronco, pero nadie le oyó.

«¿Por qué el aliento de Jehová no es el viento fresco que nos llega del Gran Mar? —pensaba el hijo de María, y quería decírselo a su compañero, pero no podía abrir la boca—. ¿Por qué el viento de Jehová no llena de agua los pozos secos del desierto? ¿Por qué no ama a las hojas verdes? ¿Por qué no se compadece del hombre? ¡Ah, si se encontrara un hombre que se acercara a él, que cayera a sus pies y antes de convertirse en ceniza tuviera tiempo de contarle la pena del hombre, la pena de la tierra y de las hojas verdes!».

Judas estaba aún en pie ante la portezuela de la celda apartada que le habían cedido como taller; miraba con sarcástica sonrisa el cortejo fúnebre, que a veces se hundía y desaparecía, y a veces reaparecía, tambaleándose. Había visto al hombre que perseguía, sus ojos sombríos brillaron. «Grande es el Dios de Israel —murmuró, contento—, se las compone bien. Me ha traído al traidor hasta la punta de mi daga».

Se atusó el bigote, satisfecho y entró. El habitáculo era oscuro, pero en un rincón brillaban las brasas en un pequeño horno. El monje paticorto, medio santo, medio bobo, empuñaba el fuelle y avivaba el fuego sin cesar.

—¡Eh, padre Jeroboam! —dijo el herrero, con buen humor—. ¿Esto es lo que llaman el viento de Dios? Me gusta mucho, si yo fuera Dios soplaría así.

El monje se echó a reír.

—Pues yo no soplaría en absoluto, estoy cansado... —dijo y soltó el fuelle para enjugarse el sudor de la frente y del cuello.

Judas se acercó a él.

—¿Me haces un favor, padre Jeroboam? —dijo—. Ayer llegó un visitante al monasterio, un joven de barbita negra, descalzo, medio loco como tú, y con un pañuelo en la cabeza con manchas rojas.

—¡Yo fui el primero en verlo! —dijo el monje, muy ufano—. Pero él, herrero, está completamente loco. Al parecer tuvo un sueño y vino de Nazaret para que nuestro abad le explique su significado. ¡Que Dios le perdone!

—Escucha, ¿no eres tú el padre hospedero? Cuando viene alguien, ¿no eres tú quien le prepara celda, le haces la cama y le llevas la comida?

—Yo lo hago, por supuesto. No sirvo para otro menester, dicen. Me ocupo de la hospedería: lavo, limpio y doy de comer a los visitantes.

—Pues bien, esta noche hazle la cama en mi celda. No puedo dormir sin compañía, cómo decírtelo, Jeroboam. Tengo malos sueños, viene Satán y me tienta, tengo miedo de condenarme. Pero cuando siento cerca de mí la respiración de un hombre, me calmo. Anda, te regalaré unas tijeras de esquilar para que te cortes la barba, para que cortes el pelo a los monjes, o esquiles a los camellos y no te vuelvan a llamar inútil... ¿Oyes lo que te digo?

—¡Dame las tijeras de esquilar!

El herrero buscó en su zurrón, sacó unas enormes tijeras llena de orín. El monje las agarró ávidamente, las acercó a la luz, las abrió, las cerraba y no se cansaba de admirarlas.

—Eres grande, Señor, y tus obras son admirables —murmuró, sumido en un fervor divino.

—¿Y bien? —dijo Judas y lo zamarreó para que volviera en sí.

—Esta noche lo tendrás a tu lado —respondió el monje, agarró las tijeras y se fue.

Los monjes volvían ya. No habían podido ir lejos, el viento de Jehová los zarandeaba y los tiraba al suelo, habían encontrado un hoyo, dejaron dentro el cadáver, llamaron al padre Habacum para que dijera una oración, pero no le encontraron, el anciano rabino de Nazaret se inclinó sobre el hoyo y gritó a la carne, ya sin alma: «Tierra eres, vuelve a la tierra, el alma ha salido de ti, ya no eres necesaria, tu deber ha terminado. Tu deber ha terminado, carne, has ayudado al alma a bajar al exilio de la tierra, a caminar durante soles y lunas sobre la arena y las piedras, a pecar, a sufrir, a anhelar su patria, el cielo, a su padre, Dios. Carne, el abad del convento ya no te necesita, ¡disuélvete!».

Mientras el rabino hablaba, una capa fina de arena se había depositado sobre el cadáver del abad; el rostro, la barba, las manos estaban ya cubiertos por ella. Se levantaron otras nubes de arena y los monjes tomaron el camino de regreso. Y en el momento en que el padre hospedero medio bobo cogía las tijeras de esquilar y se iba, los monjes entraban en el monasterio, ciegos, con los labios agrietados y los sobacos escocidos, llevando al padre Habacum, al que al volver habían encontrado medio sepultado por la arena.

El anciano rabino se enjugó los ojos, la boca y el cuello con un trapo húmedo, se acurrucó en el suelo delante del sitio vacío del abad y a través de la puerta atrancada escuchaba el soplo de Jehová, que secaba y destruía el mundo. Los profetas desfilaban por su mente de una a otra de sus sienes; en aquel aire abrasador gritaban a Dios. Así, ardiente, debían sentir al Señor de las Potencias en sus labios y en sus ojos cuando se acercaba a ellos. Dios es un desierto, un viento abrasador, un rayo candente, lo sé; no es un huerto florido. Y el corazón del hombre es una hoja verde, Dios la vapulea y la seca. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo hemos de proceder para que su rostro se suavice? Si le ofrecemos sacrificios de corderos grita: «¡No los quiero! ¡No quiero carnes, sólo los salmos sacian mi hambre!». Si abrimos la boca y entonamos salmos, grita: «¡No quiero

palabras sólo la carne del cordero, del hijo, del único hijo, sacia mi hambre!».

El anciano rabino suspiró. Estaba cansado, se había enfurecido al pensar en Dios, buscó un rincón para echarse. Los monjes, fatigados por la larga vigilia, se habían retirado a sus celdas a dormir y a soñar con su abad. Durante cuarenta días su alma merodearía por el monasterio, entraría en las celdas, vería qué hacían los monjes, les daría consejos o les regañaría. Así pues, se habían echado a descansar y a verlo en sueños. El anciano rabino miró a su alrededor, no vio a nadie, solamente habían entrado los dos perros negros, se habían echado sobre las losas y olisqueaban el sitio vacío, gañendo. Afuera, el viento golpeaba con fuerza la puerta para entrar también él en la celda.

Cuando el rabino se disponía a echarse junto a los perros vio en el rincón, de pie, inmóvil, al hijo de María, que lo miraba. El sueño abandonó súbitamente sus párpados cansados, se incorporó, inquieto, e hizo una señal al hijo de su hermano para que se acercara, y él, como si esperara la llamada, se acercó, con una sonrisa amarga y trémula dibujada en los labios.

—Jesús —dijo el rabino—, siéntate, quiero hablar contigo.

—Escucho —dijo el joven, y se sentó con las piernas cruzadas ante el anciano—. Yo también quiero hablar contigo, tío Simeón.

—¿Qué buscas aquí? Tu madre recorre las aldeas, te busca y se lamenta.

—Ella me busca a mí, yo busco a Dios. Jamás nos encontraremos —respondió el hijo.

—No tienes corazón. Nunca has amado ni a tu padre ni a tu madre como un hombre.

—Mejor. Mi corazón es una brasa. A quien toca, lo quema.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué hablas de ese modo? ¿Qué te falta? —dijo el rabino y alargó el cuello para ver bien al hijo de María—. Tus ojos están llenos de lágrimas, una pena secreta te corroe, hijo mío. Confíesame tu pena para aliviarte. Una pena profunda...

—¿Una? —dijo el joven, y la sonrisa amarga invadió todo su rostro—. ¡Muchas!

El rabino se aterrorizó al oír el grito desgarrador, puso la mano sobre la rodilla del joven para darle ánimo.

—Te escucho, hijo mío —dijo con ternura—, revela tus penas, hazlas salir de lo más hondo de tus entrañas, ellas en la oscuridad se exacerban pero la luz las mata. No te avergüences, no tengas miedo, habla.

El hijo de María no sabía ahora qué decir, por dónde empezar, qué mantener secreto en el fondo de su corazón y qué confesar para sentirse aliviado. Dios, Magdalena, los siete pecados, las cruces, los crucificados, desfilaban ante él y le desgarraban las entrañas...

—¿No puedes, hijo mío? —dijo, al fin, en voz baja, dulcemente—. ¿No puedes?

—No puedo, tío Simeón.

—¿Tienes muchas tentaciones? —preguntó aún más quedamente, más tiernamente.

—Muchas, muchas —respondió el joven, aterrorizado—, muchas.

—También yo —dijo el anciano rabino, suspirando—, también yo, hijo mío, cuando era joven sufría mucho... Dios me martirizaba como a ti, me ponía a prueba, quería ver si resistía, cuánto resistía... Yo también tenía muchas tentaciones, unas con rostro feroz pero a éstas no las temía, otras, con rostro apacible, rebosando dulzura; a éstas las temía, y vine, ya lo sabes, a este monasterio adonde has venido tú, para encontrar sosiego. Pero justamente aquí, Dios, que me perseguía, me atrapó: Me envió una tentación vestida de mujer... Caí, ¡ay!, en la tentación y desde entonces —¿era eso lo que Dios quería?, ¿para eso me atormentaba?—, desde entonces me tranquilicé. Dios también se tranquilizó, nos reconciamos. Del mismo modo tú te reconciliarás con él, hijo mío, y te curarás.

El hijo de María meneó la cabeza:

—Creo —murmuró— que no me curaré tan fácilmente.

Guardó silencio; el rabino calló también. Los dos tenían una respiración agitada, fatigosa.

—No sé por dónde empezar —dijo el joven, e hizo ademán de levantarse—. ¡No lo haré, me da vergüenza!

Pero el rabino le cogió ahora con fuerza las rodillas.

—¡No te levantes! —dijo en tono imperioso—. ¡No te vayas! La vergüenza es también una tentación, véncela, quédate. Yo te preguntaré y tú responderás: ¿Por qué has venido al monasterio?

—Para liberarme.

—¿Para liberarte? ¿De qué? ¿De quién?

—De Dios.

—¡De Dios! —gritó el rabino, espantado.

—Me perseguía, clavaba sus garras en mi cabeza, en mi corazón, en mis riñones y quería empujarme...

—¿Adónde?

—Al precipicio.

—¿Qué precipicio?

—Su precipicio. Que me levantara y hablara, quería. ¿Para decir qué? «¡No tengo nada que decir!», le gritaba, «¡déjame tranquilo!». Pero él no me dejaba. «¡Ah, con que no me dejas! ¡Ahora verás! Vas a sentir asco de mí y me dejarás!». Entonces caí en todos los pecados.

—¡En todos los pecados! —exclamó el rabino.

Pero el joven no le oía; ahora estaba poseído por la cólera y el dolor.

—¿Por qué me ha elegido a mí? ¿No abrió mi pecho para ver? Todas las serpientes están entrelazadas en mí y silban. Silban y danzan. Todos los pecados y, sobre todo... —balbució, el sudor brotó de la raíz de sus cabellos.

—¿Y sobre todo...? —dijo el rabino en voz baja.

—¡Magdalena! —inquirió el joven y alzó la cabeza.

—¡Magdalena!

El rostro del anciano rabino estaba lívido.

—Yo tengo la culpa, yo, de que tomara el camino que tomó. Desde niño yo la arrojé a la carne. Lo estoy confesando, escucha, venerable rabino, te horrorizarás. Yo tendría unos tres años, entraba en tu casa cuando todos estabais ausentes, cogía a Magdalena de la mano, nos desnudábamos, nos tumbábamos en el suelo, juntábamos las plantas de los pies. ¡Qué placer, qué

pecado! Y desde entonces Magdalena se perdió. Se perdió, no pudo ya vivir sin un hombre, sin hombres...

Miró al anciano rabino. Pero ahora él había hundido la cabeza entre las rodillas y callaba.

—¡Yo tengo la culpa, yo, yo! —gritó el hijo de María y se golpeó el pecho.

Y al poco rato:

—¡Y si solo fuera eso! Desde pequeño llevo oculto en mí, oculto profundamente, no sólo al demonio de la fornicación, también al de la arrogancia, anciano rabino. Muy niño aún, apenas sabía andar, tenía que agarrarme a la pared para no caer, gritaba para mí con arrogancia: «¡Dios mío, hazme Dios! ¡Dios mío, hazme Dios! ¡Dios mío, hazme Dios!», mientras caminaba pegado a la pared. Un día tenía en la mano un gran racimo de uvas y pasó una gitana. Se acercó, se puso en cuclillas y me cogió de la mano: «Dame el racimo —me dijo—, te diré la buenaventura». Le di el racimo y ella se inclinó, miró la palma de mi mano: «¡Oh, oh! —gritó—, ¡veo cruces, cruces y estrellas!». Se echó a reír: «¡Tú serás rey de los judíos!» —añadió y se fue. Yo me lo creí, me sentí orgulloso, y desde entonces, tío Simeón, desde entonces mi mente desvaría. No he confesado esto a nadie hasta ahora, tú eres el primero a quien se lo revelo, tío Simeón. Desde entonces mi mente desvaría.

Calló de nuevo y, al cabo de un instante:

—¡Yo soy Lucifer! —gritó—. ¡Yo, yo!

El rabino sacó la cabeza de entre las rodillas, puso la mano en la boca del joven:

—¡Cállate! —le ordenó.

—No me callaré —dijo el joven, excitado—. Ahora ya no hay vuelta atrás. ¡No me callaré! Soy embustero, hipócrita, miedoso. Nunca digo la verdad, no tengo valor, veo pasar a una mujer y me ruborizo, bajo la cabeza, pero mis ojos rebosan lascivia. No robo, no pego, no mato, no porque no quiera, sino porque me da miedo. Quiero rebelarme contra mi madre, contra el centurión, contra Dios, y me da miedo. Me da miedo. Me da miedo. Si abrieras mis entrañas verías que dentro hay una liebre que

tiembla, el Miedo. El Miedo, y nada más; él es mi padre, mi madre y mi Dios.

El anciano rabino le cogió las manos, las retuvo entre las suyas para calmarlo, pero él se agitaba, se retorció.

—No te asustes, hijo mío —le decía el rabino tratando de consolarle—, cuantos más demonios tenemos dentro más fácilmente podemos llegar a convertirnos en ángeles. Llamamos ángeles a los demonios arrepentidos [38](#) . Ten confianza. Pero querría preguntarte una sola cosa, Jesús, ¿alguna vez has conocido mujer?

—No —respondió el joven en voz baja.

—¿No quieres conocerla?

El joven enrojeció. No dijo palabra, pero la sangre latía con fuerza en sus sienes.

—¿No quieres conocerla? —insistió el rabino.

—Sí... —respondió el joven en voz tan baja que el rabino le oyó con dificultad.

Pero inmediatamente se sacudió, como si despertara, dio un grito:

—¡No! —gritó—. ¡No quiero!

—¿Por qué? —dijo el rabino, que no podía hallar otro remedio para el sufrimiento del joven.

Lo sabía por propia experiencia. Lo sabía por la multitud de endemoniados que echaban espuma por la boca, gritaban, blasfemaban y el mundo se les quedaba pequeño, hasta que tomaban una mujer y todo resuelto, tenían hijos y se calmaban.

—No me basta —dijo el joven, ahora con voz firme—. No es suficiente para mí.

—¿No te basta? —dijo el rabino, sorprendido—. Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Por la mente del joven desfiló Magdalena, con paso altivo, con el cuerpo erguido, los ojos, los labios, las mejillas maquilladas, el pecho descubierto; sus dientes reían y resplandecía al sol. Pero mientras se paseaba contoneándose en la mente del hijo de María, su cuerpo cambiaba, se multiplicaba en muchos cuerpos, veía ahora un lago, debía ser Genesaret, y alrededor del lago, miles de hombres y mujeres, miles de Magdalenas con el rostro

levantado, feliz, y el sol caía sobre ellos y refulgían. No era un sol, era él mismo, el hijo de María, que se inclinaba sobre ellos y aquellos rostros se inundaban de fulgor. ¿Alegría? ¿Amor? ¿Liberación? No podía distinguirlo, únicamente veía el resplandor.

—¿En qué piensas? —preguntó el rabino—. ¿Por qué no respondes?

El joven estalló:

—¿Crees en los sueños, tío Simeón? —preguntó bruscamente—. Yo creo en ellos, es en lo único que creo. Una vez tuve un sueño: enemigos invisibles me habían atado a un ciprés seco y mi cuerpo estaba traspasado de pies a cabeza por largas flechas rojas, y sangraba. Habían puesto sobre mi cabeza una corona de espinas y entre las espinas, unas letras de fuego entrelazadas que decían: «el santo de las Blasfemias». Yo soy el santo de las Blasfemias, rabino Simeón. Así, pues, no me hagas preguntas, ¡me pondré a blasfemar!

—Ponte a blasfemar, hijo mío —dijo tranquilamente el rabino y volvió a cogerle las manos—. Ponte a blasfemar, te aliviarás.

—En mí hay un demonio que grita: «¡Tú no eres el hijo del carpintero, eres el hijo del rey David! ¡Tú no eres un hombre, eres el Hijo del hombre, el que ha profetizado Daniel! Y más aún: ¡el Hijo de Dios!».

El rabino escuchaba encorvado, y su cuerpo ajado era recorrido por escalofríos. Restos de saliva seca enmarcaban los labios del joven, la lengua se le había pegado al paladar y no podía hablar, ¿Qué más habría podido decir? Lo había dicho todo, sintió que su corazón se había vaciado. Con un brusco movimiento liberó sus manos de las del rabino, se levantó. Se volvió hacia el anciano:

—¿Tienes algo más que preguntarme? —dijo con sarcasmo.

—No —respondió el anciano.

Sintió que su fuerza se derramaba en la tierra y se perdía. Había sacado en su vida muchos demonios de la boca de los hombres; desde los confines del mundo acudían los poseídos y él los curaba. Los demonios que llevaban dentro eran fáciles de

dominar: el demonio del baño, el de la ira, el de la enfermedad. Pero ahora... ¿Cómo luchar con semejante demonio?

Fuera, el viento de Jehová batía aún la puerta queriendo entrar. Otra voz no se oía, ni un chacal en la tierra ni un cuervo en el aire. Todos los seres se habían paralizado en el mundo, aterrorizados, y esperaban que pasara la cólera del Señor.

[38](#) Quizá por influjo de Persia, a través de Babilonia, el judaísmo posterior al exilio había ido dando cuerpo a la creencia en una multitud de servidores de Dios o seres intermedios que pueblan el espacio entre la divinidad y el ser humano. Son seres creados por Dios, su materia es semiespiritual, semicorporal, una especie de fuego. Están divididos en siete jerarquías. Intervienen constantemente en la vida de los hombres, ya como protectores y guías, ya como ejecutores de castigos divinos (*Hen.* 1, 61, 40). Igualmente, los demonios son ángeles rebeldes, enfrentados a los ángeles y enemigos del hombre. Su jefe es Satán o Mastema, vocablos de la misma raíz hebrea, *stm* (acechar, perseguir). Su caída en tiempos primordiales explica el origen del mal entre los hombres, provocado o inducido por ellos.

XI

El hijo de María se apoyó contra la pared, cerró los ojos. Tenía un sabor amargo en la boca, como de hiel. El rabino había vuelto a hundir su anciana cabeza entre las rodillas y pensaba en el Infierno, en los demonios y en el corazón del hombre... No, el Infierno y los demonios no están en las profundidades de la tierra, están en el interior del hombre, incluso del más virtuoso y del más justo. Dios es un abismo, el hombre es también un abismo y el anciano rabino no se atrevía a abrir su corazón para ver qué tenía dentro.

Permanecieron largo rato sin hablar. Un silencio profundo; también los dos perros negros se habían cansado de llorar al difunto y se habían dormido. De repente, en el compás del monasterio se oyó un silbido suave y penetrante.

El primero en oírlo fue Jeroboam, el monje medio bobo, y se puso en pie de un salto. Cada vez que se levantaba el viento de Jehová, se oía en el patio aquel dulce silbido y el monje saltaba de contento. El sol se inclinaba, pero el patio del monasterio estaba todavía bañado de luz y los ojos del monje vieron sobre las losas, junto al pozo seco, una gran serpiente negra con dibujos amarillos que levantaba el cuello hinchado, sacaba su vibrante lengua y silbaba. Jeroboam no había oído jamás una flauta más seductora que aquella serpiente. A veces, en verano, cuando soñaba con una mujer la veía deslizarse así, como una serpiente, hasta la estera en la que dormía, ponía la lengua en su oído y silbaba...

Aquella noche Jeroboam salió presurosamente de la celda y conteniendo la respiración se acercó a la tentadora serpiente que silbaba. La miraba, la miraba, y empezó a silbar también él y a excitarse. Y poco a poco, del interior del pozo seco, de los alrededores de las chumberas y de la arena, salieron más serpientes: una con la cabeza azul, otra verde con dos cuernos,

otras moteadas de amarillo y otras completamente negras... Se deslizaban rápidamente, como el agua, se juntaron con la primera serpiente, que era el reclamo, y todas formaron un compacto manojo, se frotaban unas con otras y se lamían entre sí. Un racimo de serpientes quedó suspendido en medio del patio. Jeroboam se quedó con la boca abierta, babeante. «Esto es el amor. Así se acoplan el hombre y la mujer —pensó—, por esto nos expulsó Dios del Paraíso...». Y su cuerpo jorobado, que no conocía el amor, se movía a derecha e izquierda, como las serpientes.

El anciano rabino oyó la flauta hechizante, alzó la cabeza, escuchó atentamente. «Las serpientes se acoplan en el viento ardiente de Dios —pensó—, Dios sopla y quiere quemar el mundo y las serpientes se levantan y se aparean...». Por un instante, la mente del anciano quedó ensimismada, hechizada. De pronto sintió un escalofrío. Todo viene de Dios —recordó—, todo tiene un doble sentido, uno visible, otro oculto. El común de la gente sólo percibe el sentido visible, dice: «Esto es una serpiente», su mente no va más allá, pero el espíritu en el que habita Dios ve detrás de la serpiente su sentido oculto. Hoy, en este momento, después de la confesión del hijo de María, las serpientes que han confluído aquí y silban ante la puerta de la celda, sin duda tienen un profundo sentido oculto... ¿Pero cuál?

Se hizo un ovillo en el suelo, sus sienes crujieron. ¿Cuál era el sentido? Un sudor frío invadió su rostro apergaminado, ora miraba al joven pálido que tenía al lado, ora con los ojos firmemente cerrados y con la boca abierta escuchaba atentamente a las serpientes que estaban en la puerta. ¿Cuál era el sentido?

Su abuelo, el gran exorcista Josafat, que era abad cuando el rabino había ingresado como monje en aquel monasterio, le había enseñado el lenguaje de las aves; el anciano rabino entendía lo que dicen las golondrinas, las palomas, las águilas. Le había prometido enseñarle también lo que dicen las serpientes, pero no había tenido tiempo. Murió y se llevó con él el secreto... Con toda seguridad aquellas serpientes traían esa noche un mensaje. Pero ¿qué mensaje?

Se aovilló de nuevo, se apretó la cabeza entre las manos, su cerebro crujió. Durante largo rato se revolvía, suspiraba y sentía que destellos blancos y negros rasgaban su mente. ¿Cuál era el sentido? ¿Cuál era el mensaje?

Repentinamente lanzó un grito, se levantó violentamente, cogió el báculo del abad, se apoyó en él:

—Jesús —dijo en voz baja—, Jesús, ¿cómo sientes tu corazón?

Pero el joven no lo oyó; estaba sumido en un gozo indecible. Por primera vez después de tantos años, aquella noche en que había tomado la decisión de confesar y hablar, había distinguido una a una, en las tinieblas de su corazón, las serpientes que silbaban dentro de él, les había dado un nombre, y al darles un nombre, le pareció que habían salido de sus entrañas, que se habían arrastrado fuera de él y se había sentido aliviado.

—Jesús —volvió a preguntar el anciano—, ¿cómo sientes tu corazón? ¿Se ha aliviado?

Se inclinó, le cogió la mano:

—Ven —le dijo con ternura, y se llevó el dedo a los labios.

Abrió la puerta, lo llevaba de la mano, franquearon el umbral. Las serpientes, descaradas ahora, pegadas unas a otras, sujetas a la tierra sólo por la cola, se habían alzado en manojo y danzaban en el torbellino de arena ardiente, según las impulsaba el soplo de Dios y a veces volvían a quedarse rígidas e inmóviles, agotadas.

El hijo de María retrocedió al verlas, pero el rabino le apretó la mano, extendió el báculo, tocó con la punta el racimo de serpientes.

—Míralas —musitó y miró al joven, sonriendo—. Se han ido.

—¿Se han ido? —exclamó el muchacho, desconcertado—. ¿Se han ido? ¿De dónde?

—¿No sientes tu corazón aliviado? Se han ido de tu corazón.

El hijo de María abrió desmesuradamente los ojos, miraba ya al rabino, que le sonreía, ya a las serpientes, que, todas juntas, se desplazaban ahora bailando y se dirigían al pozo seco. Se llevó la mano al corazón y lo sintió latir con fuerza, muy contento.

—Entremos —dijo el anciano, y volvió a cogerle de la mano.

Entraron, el rabino cerró la puerta.

—Alabado sea Dios —dijo conmovido y miró con extraña turbación al hijo de María.

«Esto es un milagro —pensaba—, la vida de este joven que ahora tengo delante está llena de milagros»... Y unas veces sentía deseos de extender las manos sobre él para bendecirlo y otras, de inclinarse y besarle los pies... Pero se contuvo. ¿Cuántas veces hasta ese momento lo había engañado Dios? Cuántas veces al oír a los profetas que en los últimos tiempos bajaban de las laderas de los montes o venían del desierto había exclamado: «¡éste es el Mesías! ¡Éste es!». Pero Dios le engañaba y el corazón del rabino, que estaba a punto de florecer, quedaba otra vez como una cepa seca. Así pues, se contuvo: «Primero tengo que ponerlo a prueba —pensó—, éstas eran las serpientes que lo corroían, han salido de él, se ha purificado. Puede que ahora se levante y hable a los hombres; entonces veremos».

La puerta se abrió, entró Jeroboam, el padre hospedero, llevaba la frugal cena a los dos huéspedes: pan de cebada, aceitunas, leche. Se volvió hacia el joven:

—Esta noche te he puesto la estera en otra celda para que duermas con compañía.

Pero los dos visitantes tenían la mente muy lejos, muy lejos, no lo oyeron. Desde el fondo del pozo seco se oyó cantar de nuevo a las serpientes, ahora medio ahogadas.

—Se están acoplando —rio burlonamente el monje—. Sopla el viento de Dios y ellas, ¡malditas sean! no tienen miedo ¡Se aparean!

Miró al anciano y le guiñó un ojo, pero él había empezado a mojar el pan en la leche y a masticar para cobrar fuerzas, para transformar el pan, las aceitunas y la leche en cerebro y poder hablar al hijo de María. El jorobado miró al uno y al otro, se cansó y se fue.

Ahora comían los dos, sentados con las piernas cruzadas, uno frente al otro, en silencio. La celda se había quedado en penumbra; los taburetes, el sitial del abad, el atril, sobre el que todavía permanecía abierto el libro del profeta Daniel, reflejaban

un brillo aterciopelado en la oscuridad. El aire de la celda olía aún a incienso. Fuera, el viento empezaba a calmarse.

—El viento ha caído —dijo el rabino, en un momento dado—. Dios ha pasado ya.

El joven no respondió. «Se han ido, se han ido —pensaba—, las serpientes han salido de mí... ¿Sería esto lo que quería Dios? ¿Para esto me envió aquí, al desierto, para que me curara? Sopló y las serpientes lo oyeron y salieron de mi corazón, se fueron... ¡Alabado sea Dios!».

El rabino terminó de comer, alzó las manos al cielo, dio gracias a Dios. Se volvió hacia su compañero:

—Jesús —dijo—, ¿está aquí tu espíritu? Yo soy, el anciano rabino de Nazaret, ¿me oyes?

—Te oigo, tío Simeón —dijo el muchacho y salió bruscamente del profundo abismo.

—Ha llegado la hora, hijo mío, ¿estás preparado?

—¿Preparado? —preguntó el joven estremeciéndose—. ¿Preparado para qué?

—Lo sabes muy bien, ¿por qué me lo preguntas? Para levantarte y hablar.

—¿A quién?

—A los hombres.

—¿Y qué he de decirles?

—No te preocupes. Abre la boca. Dios sólo te pide eso. ¿Amas a los hombres?

—No sé. Los veo y me dan pena, nada más.

—Eso basta, hijo mío; eso basta. Levántate y háblales. Entonces puede que tu dolor se multiplique, pero el de ellos se mitigará. Quizá Dios te haya enviado al mundo para esto. ¡Ya veremos!

—Quizá Dios me ha enviado al mundo para esto? ¿Cómo lo sabes, anciano? —preguntó el joven, y su alma quedó en vilo fuera del cuerpo, esperando la respuesta.

—No lo sé, nadie me lo ha dicho, pero es posible. He visto signos. Cuando eras niño, una vez cogiste arcilla y modelaste un pájaro y, mientras lo acariciabas y le hablabas, me pareció que le salían alas y echaba a volar de tu mano [39](#) ... Es posible que este

pájaro de arcilla fuera el alma del hombre, Jesús, hijo mío; el alma del hombre en tus manos.

El joven se levantó, abrió con cuidado la puerta, asomó la cabeza, escuchó atentamente. Las serpientes se habían callado por completo, se alegró. Se volvió hacia el anciano rabino:

—Dame tu bendición, anciano —dijo—. No me hables más, no puedo más. Es suficiente.

Y al poco rato:

—Estoy cansado, tío Simeón, voy a acostarme. A veces Dios viene durante la noche y explica los hechos del día. ¡Buenas noches, tío Simeón!

Al otro lado de la puerta lo esperaba el padre hospedero:

—Vamos —dijo—, te mostraré dónde te he preparado la cama. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Hijo del carpintero.

—Yo me llamo Jeroboam, pero me dicen el Majareta y también el Jorobado. Me da igual que me llamen así. Yo hago mi trabajo, masco el mendrugo que Dios me ha dado.

—¿Qué mendrugo?

El jorobado se echó a reír:

—¿No comprendes, tonto? Mi alma. Y cuando termine de comérmela, ¡buenas noches!, llega la Muerte y me devora a mí.

Se levantó, abrió una puerta baja.

—Entra —dijo—. Mira allí, a la izquierda, en el rincón, está tu estera.

Lo empujó riendo, lo metió en la celda.

—Buenos sueños, muchacho, verás mujeres en ellos, flotan en el aire del monasterio.

Esbozó una sonrisa boba y cerró de un portazo.

* * *

El hijo de María se detuvo. Oscuridad total, al principio no distinguía nada. Poco a poco, las paredes encaladas empezaron a iluminarse levemente, en un hueco de la pared se veía un cántaro y en el rincón, clavados en él, brillaron dos ojos.

Avanzó lentamente, a tientas, con las manos extendidas. Su pie tropezó con la estera desplegada, se detuvo. Los dos ojos se movían y lo seguían.

—Buenas noches, compañero —saludó el hijo de María.

Pero nadie le respondió.

Judas, hecho un ovillo, con la barbilla en las rodillas, estaba apoyado contra la pared y lo miraba. Se oía su respiración, pesada, jadeante. «Ven... ven... ven... —musitó para sí, con la mano puesta en la daga que escondía en el seno—. Ven... ven... ven» —susurraba, mirando al hijo de María que se acercaba hacia él—. «Ven... ven... ven...» —dijo, como si sus palabras fueran un hechizo para atraerlo.

Recordaba que allá en la aldea de Idumea donde había nacido, en Cariot, el hermano de su madre, el exorcista, atraía de ese modo a los chacales, a las liebres y a las perdices que quería matar. Se echaba en el suelo, sus ojos abrasaban, los clavaba en el animal y comenzaba a emitir un sonido que era a la vez un deseo, un ruego y una orden: «Ven... ven... ven...», y el animal quedaba aturdido, y con la cabeza gacha, anonadado, se arrastraba hacia la boca que silbaba...

De pronto Judas comenzó a silbar; al principio muy bajo, suavemente, pero el silbido se hacía gradualmente más fuerte, se enfurecía, amenazaba, y el hijo de María, que ya se había echado sobre la estera para dormir, se incorporó asustado. ¿Quién estaba junto a él? ¿Quién silbaba? Sintió en el aire un olor a fiera excitada, comprendió.

—Judas, hermano, ¿eres tú? —preguntó en voz baja.

—¡Crucificador! —rugió él y golpeó airadamente el suelo con el talón.

—Judas, hermano —repitió el joven—, el crucificador sufre más que el crucificado.

El de la barba pelirroja giró bruscamente el cuerpo y se volvió hacia el hijo de María:

—He jurado a mis hermanos los zelotes, he jurado a la madre del crucificado que te mataría. Bienvenido, crucificador. He silbado y has acudido.

Se puso en pie de un salto, corrió el cerrojo de la puerta, volvió y se acurrucó de nuevo en el rincón, con la cara vuelta hacia Jesús.

—¿Has oído lo que he dicho? No te pongas a gimotear. Prepárate.

—Estoy preparado.

—No grites. ¡Aprisa!, he de irme antes de que se haga de día.

—Me alegro de verte, Judas, hermano. Estoy preparado. No has sido tú quien ha silbado, ha sido Dios y he acudido. Su gracia todo lo ha dispuesto del mejor modo, tú, hermano Judas, llegaste en el momento que era preciso. Esta noche mi corazón se ha purificado, se ha aliviado, puedo presentarme ante Dios. Estoy cansado de vivir y de luchar contra él. Ofrezco mi cuello, Judas, estoy preparado.

El herrero gruñó, frunció el ceño; no le gustaba en absoluto, le repugnaba herir un cuello que le alargaban de forma indefensa, como el de un cordero. Él quería encontrar resistencia, enzarzarse en una lucha cuerpo a cuerpo, que la sangre de ambos se inflamara y que, como es propio de hombres, la muerte fuera la justa recompensa final de la lucha.

El hijo de María había ofrecido el cuello y esperaba, pero el herrero extendió su manaza, lo rechazó violentamente.

—¿Por qué no presentas resistencia? —rugió—. ¿Qué clase de hombre eres? ¡Levántate! ¡Luchemos!

—No quiero, Judas, hermano. ¿Presentar resistencia? ¿Por qué? Lo que tú quieres lo quiero yo también, y esto sin duda es lo que quiere igualmente Dios. Por eso lo dispuso todo tan bien: ¿Te das cuenta? Yo me encaminé hacia este monasterio en el mismo momento que tú. Llegué y mi corazón enseguida se purificó y me preparé para recibir la muerte. Tú cogiste el puñal, te agazapaste en este rincón, te preparaste para matarme. Se abrió la puerta y entré... ¿Qué más signos quieres, Judas, hermano?

El herrero se mordía, furioso, los bigotes y callaba. La sangre formaba remolinos en sus venas, le subía a la cabeza, su rostro enrojecía, palidecía, volvía a enrojecer.

—¿Por qué fabricas cruces? —rugió al fin.

El joven inclinó la cabeza. Aquel era su secreto, ¿cómo revelarlo? ¿Cómo el herrero iba a poder dar crédito a los sueños que Dios le enviaba, a las voces que oía cuando estaba solo, a las garras que se le clavaban en la coronilla y querían levantarlo hasta el cielo? ¿Cómo iba a creer que él no quería, que se resistía y que se aferraba al pecado para no abandonar la tierra?

—No puedo explicártelo, Judas, hermano. Perdóname —dijo con aire afligido—. No puedo.

El herrero cambió de sitio para ver en la oscuridad el rostro del joven. Lo miró con ansia, retrocedió lentamente y se apoyó de nuevo contra la pared. «¿Qué clase de hombre es éste? No lo comprendo —pensó—, ¿lo guía un demonio o es Dios? ¡Maldito sea!, lo guía con firmeza... No ofrece resistencia y esa es la mayor resistencia: Yo no puedo degollar corderos. Hombres sí puedo, corderos no...».

Estalló:

—¡Eres un cobarde, desdichado! ¡Maldito seas! ¡Te dan un bofetón en una mejilla y tú pones de inmediato la otra! ¡Ves un puñal y ofreces el cuello! A un hombre le repugnaría herirte

—A Dios no le repugna —murmuró el hijo de María serenamente.

El herrero daba vueltas en la mano a la daga, indeciso. Por un momento le pareció que un halo de luz temblaba en la oscuridad alrededor de la cabeza inclinada del joven. El pánico le aflojó las articulaciones de las manos.

—Yo soy duro de mollera —dijo— pero habla, te comprenderé. ¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿De dónde vienes? ¿Qué son esas leyendas que te rodean?: un bastón florecido, un rayo, los desmayos que sufres cuando caminas y las voces que, al parecer, oyes en la oscuridad, ¿cuál es tu secreto? ¡Dime!

—La piedad, Judas, hermano, la piedad.

—¿De quién? ¿De quién tienes piedad? ¿De tu propia miseria y de tu pobreza? ¿O acaso te apiadas de Israel? Habla, ¿es Israel quien te da pena? Dime eso, ¿me oyes? Eso y nada más. ¿Te corroe el sufrimiento de Israel?

—El sufrimiento del hombre, Judas, hermano.

—Deja a los hombres. También son hombres los griegos, ¡malditos sean!, que nos degollaron durante tantos años. Y son hombres los romanos, que siguen degollándonos y mancillan nuestro Templo y a nuestro Dios. ¿Por qué te preocupas por ellos? Piensa en Israel. Si sientes piedad, siéntela de Israel, ¡todos los demás, al infierno!

—Yo siento piedad incluso de los chacales y de los gorriones, Judas, hermano, y de la hierba.

—¡Vaya! —exclamó el de la barba pelirroja, soltando una risotada—. ¿Y de las hormigas?

—También de las hormigas. Todas las criaturas proceden de Dios. Me inclino sobre la hormiga y veo en sus ojos negros y brillantes el rostro de Dios.

—¿Y si te inclinas sobre mi rostro, hijo de carpintero?

—También allí vería en lo más hondo el rostro de Dios.

—¿Y no temes a la muerte?

—¿Por qué iba a temerla? La muerte no es una puerta que se cierra, es una puerta que se abre, se abre y entras.

—¿Adónde?

—Al seno de Dios.

Judas suspiró, furioso. «Éste no se deja atrapar —pensó—, no se deja atrapar porque no teme a la muerte...». Apoyó la barbilla en la palma de la mano. Lo miraba y se esforzaba por tomar una decisión.

—Si no te mato —le dijo por fin—, ¿qué piensas hacer?

—No sé. Lo que Dios decida. Voy a levantarme y hablar a los hombres.

—¿Y qué les vas a decir?

—¿Cómo quieres que lo sepa, Judas, hermano? Yo abriré la boca y Dios hablará.

El halo de luz alrededor de la cabeza del joven se hacía más intenso, resplandeció su rostro consumido, doliente y sus ojos, grandes, negrísimo, hechizaron a Judas con su indecible dulzura. El de la barba pelirroja bajó la mirada, turbado: «Si supiera que iba a hablar y a levantar los corazones de Israel para que caigan contra los romanos, no lo mataría».

—¿Por qué tardas, Judas, hermano? —preguntó el joven—. ¿Acaso Dios no te ha enviado para matarme? ¿Acaso es otra su voluntad y tampoco tú la conoces y me miras esforzándote en adivinarla? Yo estoy preparado para recibir la muerte y también para vivir. Decídetes.

—No tengas prisa —respondió él duramente—. La noche es larga, tenemos tiempo.

Y al cabo de un momento:

—No hay quien pueda hablar contigo sin que se confunda —exclamó, fuera de sí—. Te pregunto una cosa y tú respondes otra, no te dejas atrapar. Antes de verte y oírte mi espíritu no vacilaba, mi corazón estaba firme. Déjame tranquilo, vuelve la cara a otro lado, duérmete. Quiero quedarme solo para reflexionar, para ver qué hago.

Dijo y se volvió hacia la pared, gruñendo.

El hijo de María se tendió en la estera, cruzó los brazos, tranquilo.

«Será lo que Dios quiera» —pensó, y cerró los ojos con confianza.

Una lechuza salió de una oquedad de la peña de enfrente, vio que el ciclón de Dios había pasado, revoloteó de aquí para allá y empezó a ulular delicadamente llamando a su pareja: «Dios se ha ido —le gritaba—, nos hemos salvado una vez más, ¡ven, amor mío!». En lo alto, el tragaluz de la celda se llenó de estrellas. El hijo de María abrió los ojos, miró gozoso los astros, se movían lentamente, desaparecían, ascendían otros, las horas transcurrían.

Judas, sentado aún en la estera con las piernas cruzadas se agitaba, resoplaba, gruñía. De vez en cuando se levantaba, iba hasta la puerta, volvía a la estera. El hijo de María lo miraba por entre las pestañas y esperaba. «Será lo que Dios quiera» —pensaba y esperaba—. Las horas transcurrían.

En la cuadra de al lado un camello chilló aterrado. Debía haber visto en sueños un lobo o a un león. Nuevas estrellas subían por el oriente, grandes, feroces, en orden de batalla, como un ejército.

De repente, cantó un gallo en la noche aún profunda. Judas se puso en pie de un salto. De una zancada se encontró en la puerta, la abrió violentamente y la cerró de nuevo. Sus pisadas resonaron con fuerza en las losas.

Entonces el hijo de María se volvió; vio en el rincón más lejos de él, en la oscuridad, de pie, despierta, a su fiel compañera de viaje.

—Perdóname, hermana —le dijo—. Aún no ha llegado la hora.

[39](#) Este episodio aparece relatado en el apócrifo *Libro de la infancia del Salvador*, Ms. Lat. 11867, París 1.

XII

Aquel día había fuerte oleaje en el lago de Genesaret, el viento era húmedo, caliente, había llegado el otoño, la tierra olía a hojas de parra y a uvas demasiado maduras. Muy de mañana, hombres y mujeres habían salido de Cafarnaúm, era la época de la vendimia y los racimos henchidos de zumo, descansaban sobre el suelo y esperaban. Las muchachas brillaban como las bayas, habían comido a placer uvas del lagar y tenían los labios llenos de jugo. Los muchachos, llenos de desasosiego, en pleno furor de la juventud, miraban de reojo a las mozas que vendimiaban y reían. Los gritos y risas saltaban de viña en viña. Las muchachas se mostraban atrevidas, provocaban a los jóvenes y éstos se enardecían cada vez más y se acercaban a ellas. El malévolo demonio de la vendimia correteaba de un lado a otro, riendo zumbón, y pellizcaba a las mujeres.

La espaciosa casa de campo del viejo Zebedeo bullía, con las puertas abiertas de par en par. A la izquierda, en el patio, el lagar, en el que hombres jóvenes descargaban cestos rebosantes y lo llenaban. Cuatro mocetones, Felipe, Santiago, Pedro y el zapatero de la aldea, un hombretón desgarrado y simple, Natanael, se lavaban las velludas pantorrillas y se preparaban para entrar en el lagar a pisar la uva. Cada uno de los pobres de Cafarnaúm tenía un pequeño viñedo para su vino del año y todos los años llevaban su cosecha a aquel lagar, la pisaban y se llevaban su parte de mosto.

El viejo Zebedeo, el almacenero, se quedaba con un porcentaje por la pisada y llenaba sus tinajas y sus barriles para todo el año. Pues, bien, el viejo Zebedeo estaba sentado en un lugar elevado con una tabla de madera en una mano y una navaja en la otra, y marcaba con muescas el número de cestos de cada uno. Cada propietario llevaba a su vez la cuenta en mente para que cuando, dos días después, se repartiera el

mosto, ninguno de ellos fuera perjudicado. El viejo Zebedeo era un avaro, no se fiaban de él, había que andarse con cuatro ojos.

La ventana del patio que daba al interior de la casa estaba abierta y la vieja Salomé, la dueña de la casa, echada en un diván, escuchaba y veía todo cuanto sucedía fuera. Así se olvidaba de los dolores que le acuchillaban las rodillas y las articulaciones. Había debido ser muy hermosa en su juventud; tenía finos miembros, una tez clara, y grandes ojos: de buena casta. Se la habían disputado tres aldeas, Cafarnaúm, Magdala y Betsaida; tres pretendientes habían ido a ver a su padre, el rico armador, y cada uno de ellos con un cortejo de amigos, camellos y cestos rebosantes de presentes, pero el avispado viejo había calibrado bien mentalmente el cuerpo, el alma y la fortuna de cada uno y había elegido a Zebedeo. Éste la había desposado y la había disfrutado. Pero ahora la hermosa entre las hermosas había envejecido, sus encantos se habían marchitado, el tiempo los había devorado y de vez en cuando, en las grandes fiestas, su marido, viejo pero vigoroso aún, pasaba la noche divirtiéndose con las viudas.

Pero aquel día el rostro de la anciana Salomé resplandecía. La víspera, su querido hijo Juan había llegado del santo monasterio. Estaba realmente pálido y débil, la oración y el ayuno lo habían destrozado. Pero ahora lo tendría junto a ella, no le dejaría marchar, le haría comer y beber bien para que se recuperara y el color volviera a sus mejillas. «Dios es bueno, veneramos su gracia. Es bueno, sí; pero no es necesario que quiera beber la sangre de nuestros hijos. El ayuno, con mesura; la oración, con mesura. Eso es, con moderación, que se encuentren a gusto tanto el hombre como Dios» —pensaba la anciana Salomé y miraba anhelante hacia la puerta por ver si llegaba de las viñas, donde vendimiaba con los otros, Juan, su hijo menor.

Bajo el gran almendro cargado de frutos, en el centro del patio, inclinado, silencioso, Judas, el de la barba pelirroja, daba martillazos y ajustaba flejes de hierro alrededor de los toneles. Si se lo miraba del lado derecho, su rostro aparecía desabrido y lleno de resentimiento. Si se lo miraba del lado izquierdo, inquieto y afligido. Hacía días que había partido del monasterio

como un ladrón, recorría las aldeas y preparaba los toneles para el mosto. Entraba en las casas, trabajaba, escuchaba las conversaciones, registraba en su mente las palabras y los hechos de cada cual para informar de todo ello a la hermandad. Pero ¿qué había sido del pelirrojo de antes, el hombre gritón y provocador? Estaba desconocido desde el día en que salió del monasterio.

—¡Hombre, Judas Iscariote, abre la boca, pelirrojo de mal agüero! —le gritó Zebedeo—. ¿En qué piensas? ¡Dos y dos son cuatro! ¿Aún no te has enterado? ¡Abre la boca, bendito de Dios, di algo! ¡Estamos en la vendimia, no es cualquier cosa; en días como éstos hasta los muertos ríen!

—No le hagas caer en la tentación, Zebedeo —espetó Felipe—, al parecer fue al monasterio y quiere hacerse monje. ¿No has oído el dicho? ¡El diablo cuando envejece se mete a monje!

Judas se volvió y lanzó una mirada envenenada a Felipe, pero no dijo nada. Lo aborrecía, no era un hombre, era un bocazas, un fanfarrón; en el último momento, el miedo le había paralizado y se había negado a entrar en la hermandad. «Tengo rebaños, ¿cómo voy a dejarlos?» —pretextaba.

El viejo Zebedeo soltó una carcajada. Se volvió hacia el pelirrojo:

—¡Ándate con cuidado, desdichado —le gritó—, la enfermedad monacal es contagiosa! ¡Ten ojo, no vayas a contagiarte! Faltó poco para que mi hijo la cogiera, pero mi mujer, bendita sea, cayó enferma, lo supo su niño mimado, que había aprendido de hierbas con el viejo abad y ha venido a curarla. Pero acordaos de lo que os digo, no volverá a largarse de aquí. ¿Adónde va a ir? ¿Se ha vuelto loco? En el desierto solo hay hambre, sed, prosternaciones y Dios. Aquí, comida, vino, mujeres y Dios. Dios está en todas partes, ¿para qué entonces ir a buscarlo al desierto? ¿Qué dices tú, Judas Iscariote?

Pero el de la barba pelirroja seguía dando martillazos y no respondía. ¿Qué iba a decirle? A aquel cochino viejo todo le iba bien. ¡Cómo iba a comprender las angustias del prójimo! Hasta Dios, que había pulverizado a otros por menos que nada, al viejo Zebedeo, mujeriego, parásito, avaro, le trataba bien, lo tenía

entre algodones, caía sobre él como un manto de lana en invierno, como una fresca túnica de lino en verano. ¿Por qué? ¿Qué veía en él? ¿Acaso aquel puerco viejo perdía el sueño por Israel? Le importaba un bledo, él quería a los inicuos romanos porque le protegían sus tierras. «¡Dios los guarde! —decía—, mantienen el orden; si se fueran, todos los vagos caerían sobre nosotros y entonces, adiós nuestra fortuna...». Pero descuida, viejo cerdo, que llegará tu hora. Lo que Dios olvida y no hace, lo recordarán y lo harán los zelotes; ¡Benditos sean!... Paciencia Judas, no digas ni una sola palabra, paciencia, que llegará el día de Sabaoth [40](#) .

Alzó los ojos, dos turquesas, miró a Zebedeo y lo vio flotar boca arriba en su propia sangre, en el lagar. Todo su rostro sonrió.

Mientras tanto, los cuatro mocetones se habían lavado bien los pies y habían saltado al lagar. Pisaban, pateaban la uva, se hundían en ella hasta las rodillas, se inclinaban, cogían puñados de uvas, se llenaban la boca de rabillos y a veces se cogían de la mano y danzaban, otras veces cada cual saltaba y gritaba solo. El olor del mosto los había embriagado. Aunque no era sólo el olor; por la puerta abierta veían, allá lejos, en los viñedos, a las vendimiadoras que se inclinaban y mostraban sus encantos por encima de la rodilla y sus senos, que se balanceaban sobre las vides, como racimos.

Los pisadores veían todo esto y sus mentes se ofuscaban: aquello no era un lagar; no era la tierra con las viñas. Aquello era el Paraíso, y el viejo Sabaoth, sentado en alto, con una tabla en una mano y una navaja en la otra, marcaba lo que debía cada uno, cuántos cestos de uva había traído y cuántas cántaras de vino debía regalarles pasado mañana, cuando muriera. ¡Cuántas cántaras de vino, cuántas ollas de comida, cuántas mujeres!

—¡Por mi fe! —exclamó Pedro—, si en este momento viniera Dios y me dijera: «¡Eh, Pedro, Pedrito, hoy estoy de buen humor, pídemme una gracia y te la concederé! ¿Qué quieres?». «¡Pisar la uva, Dios mío! —le respondería—. ¡Pisar la uva por toda la eternidad!».

—¿Y no beber vino, majareta? —le preguntó Zebedeo.

—No, ¡por Dios y por mi alma! ¡Pisar la uva!

No reía; su semblante era serio, absorto. Se detuvo un instante y estiró los brazos al sol, en su rostro desnudo, sobre el corazón, se veía, como una gran mancha negra, un enorme pez pintado. Hacía años se lo había tatuado con una aguja un artista, antiguo presidiario, con tanta destreza que se diría que el pez se mordía la cola, nadaba alegremente y se enredaba entre los pelos rizados de su pecho. Sobre el pez, una cruz de cuatro brazos con anzuelos.

Felipe se acordó de sus rebaños. A él no le gustaba cavar la tierra, cuidar las viñas y pisar la uva. Se burló de Pedro:

—¡Muchacho, vaya trabajo que has encontrado, pisar la uva por toda la eternidad! Yo le hubiera pedido que el cielo y la tierra se convirtieran en un prado verde lleno de cabras y ovejas para ordeñarlas y dejar que la leche fluyera desde la montaña hasta la llanura, como un río, que formara lagos para que bebieran los pobres, y que todas las noches nos reuniéramos todos los pastores con Dios, el mayoral, que encendiéramos fuego, asáramos corderos y contáramos historias. ¡Eso es el Paraíso!

—¡Que te parta un rayo, idiota! —murmuró Judas, y lanzó una torva mirada a Felipe.

Los jóvenes entraban y salían, desnudos, velludos, con un trapo de colores en los riñones, oían aquellas conversaciones confusas y reían. Ellos también tenían dentro de sí un Paraíso, pero no lo confesaban. Volcaban los cestos de uvas en el lagar y de un salto franqueaban el umbral e iban a encontrarse de nuevo con las vendimiadoras.

El viejo Zebedeo abrió la boca para soltar también él algún chascarrillo, pero quedó con la boca abierta. En la puerta había aparecido un extraño visitante y los escuchaba. Llevaba colgada del cuello una piel de macho cabrío negra, iba descalzo, desgredado, y su rostro era tan amarillo como el azufre. Sus grandes ojos negros abrasaban.

Los pies entregados a la pisada se detuvieron, Zebedeo se tragó su broma, y todos se volvieron hacia la puerta. ¿Quién era aquel muerto viviente que estaba en el umbral? Las risas se

cortaron, la vieja Salomé se asomó a la ventana, miró y de repente lanzó un grito:

—¡Andrés!

—¡Muchacho, Andrés! —exclamó Zebedeo—. ¡Qué estado tan lamentable! ¿Es que vienes de los Infiernos o bajas a ellos?

Pedro saltó del lagar, cogió de la mano a su hermano. Lo miraba con cariño y terror y no decía nada. ¡Dios mío! ¿Aquél era Andrés, el muchacho robusto, el famoso buen mozo, el primero en la pesca y en la juerga, que estaba prometido con la muchacha más hermosa de la aldea, la rubia Ruth? Ella se había ahogado una noche en el lago con su padre. Aquella noche Dios había levantado un viento terrible y la había ahogado, y Andrés, desesperado, había ido a entregarse a Dios atado de pies y manos. «Quién sabe —pensaba— si ella se había reunido con Dios, él quizá podría encontrarse con ella en el seno del Señor. No buscaba a Dios, buscaba a su novia».

Pedro lo miraba, lo miraba con espanto: «¡Cómo se lo habíamos entregado a Dios y cómo nos lo devuelve!».

—Eh, eh, ¿por qué lo miras y lo palpas tanto? —gritó Zebedeo a Pedro—. Deja que entre, ¡no sea que sople viento y lo tire al suelo! ¡Entra Andrés!, hijo mío, agáchate, toma un racimo de uvas, come. También tenemos pan, ¡loado sea Dios!, y pescado, come para reparar fuerzas y ¡que tu pobre padre, Jonás, no te vea en tal estado y del susto se meta otra vez en el vientre de la ballena!

Pero Andrés alzó su esquelético brazo:

—¿No os da vergüenza? —exclamó—. ¿No teméis a Dios? ¡El mundo se acaba y vosotros aquí, pisando la uva y riendo a carcajadas!

—Vaya, vaya —murmuró Zebedeo y se volvió, ahora furioso, hacia Andrés:

—¿Es que tampoco tú nos vas a dejar tranquilos, digo yo? ¡Ya estamos hartos! ¿Eso es lo que proclama tu profeta, el *Bautizador*? ¡Que cambie de cantinela, le dices! Ha llegado el fin del mundo, según él, y se abrirán las tumbas para que los muertos salgan. Dios bajará del cielo, el Juicio Final, dice, para

abrir sus libros de cuentas y ¡pobres de nosotros! ¡Mentiras, mentiras! ¡No hagáis caso, muchachos! ¡A trabajar, pisad la uva!

—¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! —rugió el hijo de Jonás.

Se apartó bruscamente del brazo de su hermano y se situó en el centro del patio, se plantó delante del viejo Zebedeo con el dedo levantado hacia el cielo.

—¡Por tu bien te lo digo!, Andrés —dijo Zebedeo—, siéntate a comer, bebe un trago de vino para recobrar el juicio ¡El hambre te ha enloquecido, desdichado!

—¡A ti, viejo Zebedeo, te tiene ofuscado la buena vida! —respondió el hijo de Jonás—. ¡Pero la tierra se abrirá bajo tus pies; el Señor es un terremoto y devorará tu lagar y tus barcas y a ti mismo, vientre maldito!

Estaba encendido, paseaba la mirada todo en rededor y la clavaba ora en uno, ora en otro gritando:

—¡Antes de que este mosto se convierta en vino llegará el fin del mundo! Vestíos con tela de saco, verted ceniza sobre vuestras cabezas, golpeaos el pecho, gritad ¡He pecado! ¡He pecado! ¡La tierra es un árbol que se ha podrido, el Mesías llega con el hacha!

Judas soltó el martillo; su labio superior se había levantado, sus dientes puntiagudos brillaban al sol. Pero el viejo Zebedeo ya no podía contenerse:

—Si crees en Dios, Pedro —gritó—, cógelo y marchaos. Aquí tenemos trabajo. ¡Ya llega! ¡Ya llega! ¡Unas veces trae fuego, otras, libros de cuentas, y ahora, ya lo veis, al parecer empuña un hacha! ¿No nos vais a dejar tranquilos, digo yo, embaucadores del pueblo? Este mundo resiste, resiste, muchachos, ¡pisad la uva y no tengáis miedo!

Pedro daba cariñosas palmaditas en la espalda de su hermano para calmarle:

—Cállate —le decía en voz baja—, cállate, hermano, no grites. Estás fatigado por la larga marcha, vamos a casa para que descanses; que te vea nuestro viejo padre y su corazón encuentre sosiego.

Lo cogió de la mano y lo guio suavemente, con mucho cuidado, como si fuera ciego. Se metieron por la estrecha

callejuela y desaparecieron. El viejo Zebedeo estalló en carcajadas:

—¡Eh, desdichado Jonás, profeta pescador, por nada del mundo quisiera yo tu suerte!

Pero la anciana Salomé abrió entonces la boca. Sentía aún sobre ella los grandes ojos de Andrés, que la quemaban.

—Zebedeo —dijo sacudiendo la cabeza de blancos cabellos—, Zebedeo, condenado viejo, mide tus palabras, no te rías. Sobre nosotros hay un ángel que toma nota, ¡y sufrirás aquello de lo que te burlas!

—Mi madre tiene razón —dijo Santiago, que hasta ese momento había mantenido la boca cerrada—. Poco ha faltado para que te ocurriera a ti lo mismo con Juan, tu niño mimado. Y creo que todavía no te has librado. Los mozos que traen la uva me dicen que no vendimia, que no hace otra cosa que quedarse sentado y parlotear con las mujeres sobre Dios, ayunos y almas inmortales... ¡Por nada del mundo quisiera yo tu suerte, padre!

Rio secamente, no tragaba a su hermano, ese niño criado entre algodones, ese haragán. Se puso a pisar la uva, furioso.

A Zebedeo se le subió la sangre a la cabezota; no podía soportar a su hijo mayor porque se le parecía mucho. Y se habrían enzarzado los dos si en aquel momento no hubiera parecido en el umbral, apoyándose en el brazo de Juan, María, la mujer de José de Nazaret. Sus pies, de finos tobillos, estaban cubiertos de polvo y ensangrentados por las largas caminatas. Hacía días que había dejado su casa, iba llorando de aldea en aldea. Buscaba a su desdichado hijo. «Dios le ha sorbido el seso, lo ha sacado del camino de los hombres» —suspiraba la madre, y lo lloraba en vida—. Preguntaba, indagaba, «¿nadie sabe de él? Es alto, delgado, va descalzo, lleva vestiduras azules y un cinto de cuero negro. ¿No le habéis visto por casualidad?». Nadie lo había visto. Sólo ahora, ¡bendito sea el hijo menor de Zebedeo!, estaba sobre su rastro: se encontraba en el monasterio, en el desierto, llevaba una túnica blanca, estaba postrado de bruces en tierra y oraba... Juan se apiadó de ella y se lo contó todo. Y ahora, apoyada en su brazo, entraba en el

patio de Zebedeo para descansar brevemente antes de partir para el desierto.

La anciana Salomé se levantó:

—Te agradezco tu visita, querida María —dijo educadamente—. Entra.

María se bajó el manto hasta las cejas, se inclinó, cruzó el patio mirando al suelo, cogió las manos de su anciana amiga y se echó a llorar.

—Es un gran pecado que llores, hija mía —dijo la anciana Salomé, y la hizo sentarse junto a ella en el diván—. Tu hijo está ahora bajo el techo de Dios, en lugar seguro.

—La pena de una madre es terrible, señora Salomé —respondió María, lanzando un suspiro—. Dios me ha enviado un solo hijo, pero marcado.

El viejo Zebedeo oyó su queja. No era malo cuando no se tocaba su interés y bajó del puesto elevado en que estaba sentado en el lagar para consolarla.

—Es la juventud, María —le decía—, es la juventud. No te angusties, pasará. La bendita juventud es como el vino, pero la borrachera de la juventud se nos pasa pronto y entramos en el yugo sin dar coces. Tu hijo pasará la embriaguez, María. Mira este hijo mío que ves aquí, ahora empieza a desembriagarse. ¡Alabado sea Dios!

Juan enrojeció pero no dijo palabra. Entró en la casa a buscar agua fresca e higos dulces para ofrecérselos a la visitante. Las dos mujeres, sentadas una al lado de la otra, con las cabezas juntas, hablaban en voz baja sobre el hijo iluminado. Charlaban susurrando, no fuera a ser que las oyeran los hombres, intervinieran y echaran a perder el profundo placer, propio de mujeres, que les proporcionaba el sufrimiento.

—Tu hijo me dice que ora, señora Salomé. Ora, sus manos y sus rodillas están encallecidas a causa de las prosternaciones. Y no come, al parecer se ha consumido, ha empezado a ver alas en el aire. Ni agua quiere beber para ver, dice, a los ángeles. ¿Hasta dónde llegará mi desgracia, señora Salomé? Su tío, el rabino, que ha sanado a tantos endemoniados no puede curar a

mi hijo... ¿Por qué me ha maldecido Dios, señora Salomé? ¿Qué le he hecho yo?

Apoyó la cabeza en las rodillas de su anciana amiga y se echó a llorar.

Juan apareció con una copa de agua y cinco o seis higos sobre una hoja de higuera.

—No llores, mujer —le dijo, poniendo los higos en su delantal—. Un santo resplandor rodea el rostro de tu hijo; no todos lo ven, pero yo una noche lo vi lamer y devorar su rostro y me asusté. Además, el viejo Habacum veía todas las noches en sueños al difunto abad que llevaba a tu hijo de la mano, lo conducía de celda en celda y lo mostraba con el dedo. No hablaba, sonreía, y lo mostraba. El viejo Habacum se asustaba, se levantaba de un brinco, despertaba a los monjes y todos juntos se enfrascaban en explicar el sueño. ¿Qué quería decirles el abad? ¿Por qué señalaba con el dedo al nuevo visitante y sonreía? Y repentinamente, anteayer, el día que salí del monasterio, tuvo lugar la revelación divina, desentrañaron el sueño: «Tenemos que nombrarle abad, el muerto así lo ordena, tenemos que nombrarle abad...». Inmediatamente, todos los monjes fueron en grupo a buscar a tu hijo, cayeron a sus pies. «Es voluntad de Dios —le suplicaban—, que seas el abad del monasterio». Pero tu hijo se negó: «¡No, no! —exclamaba—, ¡ése no es mi camino! ¡Yo no soy digno! ¡Me iré!». En el momento en que yo abandonaba el monasterio, mediodía ya, oí sus gritos, se negaba. Los monjes le amenazaban con encerrarlo en una celda y montar guardia en la puerta para que no pudiera huir.

—¡Alégrate, María —dijo la anciana Salomé, y sus rostro envejecido resplandecía—, madre afortunada! ¡Dios sopló en tus entrañas y tú no te das cuenta!

La amada por Dios oía esto y meneaba la cabeza, sin consuelo:

—Yo no quiero un hijo santo —protestó—. Lo quiero un hombre como los demás, que se case, que nos dé nietos. Ese es el camino de Dios.

—Ese es el camino del hombre —dijo Juan en voz baja, como si le diera vergüenza contradecirla—. El otro, el que sigue tu hijo es el camino de Dios, mujer.

Gritos y risotadas se oyeron en las viñas. Dos jóvenes portadores entraron en el patio, excitados.

—Malas noticias, patrones —gritaron y estallaron en una carcajada—. Los de Magdala, al parecer, se han soliviantado, han cogido piedras y ¡van a matar a su sirena!

—¿Qué sirena?— gritaron los pisadores e interrumpieron la danza—. ¿A Magdalena?

—A Magdalena, ¡que Dios la ayude! Dos arrieros que pasaban nos han dado la noticia. Dicen que ayer, sábado, llegó a Magdala desde Nazaret, ¡miedo y terror!, el cabecilla de los bandidos, Barrabás.

—¡Otro más! ¡Mal rayo le parta! —gruñó el viejo Zebedeo fuera de sí—. ¡Un zelote, dicen, un prenda más para salvar a Israel! ¡Así reviente el maldito! ¿Y bien?

—Pasó de noche ante la casa de Magdalena y encontró el patio lleno de gente. ¡La impía trabajaba incluso el día santo, el sábado! ¡Aquello era algo espantoso! Barrabás irrumpió en el patio, se sacó del seno la daga, los mercaderes desenvainaron las suyas, los vecinos se excitaron, tuvieron una buena agarrada unos con otros; dos de los nuestros resultaron heridos, los mercaderes montaron en sus camellos y pusieron pies en polvorosa, Barrabás derribó la puerta para buscar a la susodicha y degollarla. ¡Pero qué iba a estar allí Magdalena! El pájaro había volado. Había salido por la otra puerta sin que nadie la viera. Toda la aldea se lanzó en su persecución, pero se hizo de noche y no pudieron encontrarla. Amaneció Dios, se dispersaron por todas partes, la buscaron, siguieron su rastro, al parecer, encontraron las huellas de sus pies en la arena, camino de Cafarnaúm.

—¡Démosle la bienvenida, muchachos! —dijo Felipe, relamiéndose los gruesos labios de chivo colgantes—. Sólo ella faltaba en el Paraíso, la habíamos olvidado, ¡Eva! ¡Bienvenida!

—Su molino trabaja hasta en sábado —dijo el buenazo de Natanael y esbozó una sonrisa maliciosa debajo de sus bigotes.

Recordó que una tarde, víspera de sábado, se había lavado y afeitado, se había puesto ropa limpia, entonces llegó la tentación del baño y lo llevó de la mano a Magdala, directamente a casa de Magdalena, ¡Dios la guarde! Era invierno, el molino no tenía clientes, y Natanael se había pasado todo el sábado moliendo él solito... Natanael sonrió satisfecho. ¡Un gran pecado!, se dirá. Sí, por supuesto, un gran pecado, pero Dios —en él tenemos puesta nuestra confianza— perdona. Tranquilo, pobre, con estrecheces económicas, soltero, Natanael se pasaba la vida ante un banco de zapatero en la esquina de una calle de la aldea y fabricaba zuecos para los campesinos y gruesas sandalias para los pastores... ¿Aquello era vida? Así que se desmelenó una vez, una sola y preciosa vez en toda su vida, y disfrutó como un hombre. ¿Y qué si era sábado? Dios, ya se sabe, entiende de estas cosas y perdona...

El viejo Zebedeo puso mala cara:

—¡Complicaciones! —murmuró—. ¡Siempre vienen aquí a sacarse los ojos! ¡Una veces los profetas, otras las putas, otras las madres que lloran, otras los barrabases! ¡Ya estoy hartó!

Se volvió hacia los pisadores:

—¡Vosotros al trabajo, muchachos! ¡Pisad la uva!

Dentro, la anciana Salomé y María, la mujer de José, habían oído la noticia, se miraron una a la otra y bajaron la cabeza sin hablar. Judas soltó el martillo, salió y se apoyó en el quicio de la puerta de la calle. Lo había oído todo y lo había grabado en su mente y, al pasar, lanzó una mirada feroz al viejo Zebedeo.

Se detuvo en la puerta, escuchó atentamente. Oyó gritos, vio levantarse una polvareda, hombres que corrían, mujeres que chillaban «¡Atrapadla!, ¡atrapadla!», y, antes de que los tres hombres tuvieran tiempo de saltar fuera del lagar y el viejo almacenero bajara del puesto de control, Magdalena, jadeante, con la ropa hecha jirones, entraba en el patio y caía a los pies de la anciana Salomé:

—¡Socorro, mujer! —gritó—. ¡Socorro, ya llegan!

La anciana Salomé se apiadó de la pecadora, se levantó, cerró la ventana, se volvió hacia su hijo:

—Echa la tranca, hijo mío —dijo—. Y luego, a Magdalena:

—Túmbate en el suelo, escóndete.

María la de José, inclinada, miraba a aquella descarriada con piedad y horror. Sólo las mujeres honradas saben cuán amarga y difícil de mantener es la honra y se compadecía de ella. Pero, al mismo tiempo, aquel cuerpo pecador le parecía un animal salvaje velludo, oscuro y peligroso. Había faltado poco, cuando su hijo tenía veinte años, para que aquella fiera se lo arrebatara; pero él se había librado... Se había librado de la mujer — pensaba María y suspiraba—. Se había librado de la mujer, pero de Dios...

La anciana Salomé puso la mano sobre la cabeza ardiente de Magdalena:

—¿Por qué lloras, hija mía? —le dijo con compasión.

—No quiero morir —respondió Magdalena—. ¡La vida es hermosa! ¡No quiero!

María la de José tendió también la mano. Ya no le tenía miedo, no le daba asco. La tocó:

—No temas, María —le dijo—, Dios te protege.

—¿Cómo lo sabes, tía María? —dijo Magdalena, y sus ojos brillaban.

—Dios te concede tiempo, tiempo para arrepentirte, Magdalena —respondió la madre de Jesús con certidumbre.

* * *

Mientras las tres mujeres hablaban y el sufrimiento estaba a punto de unirlos, llegaron gritos de los viñedos: «¡Están aquí, están aquí, miradlos!». Antes de que Zebedeo pudiera bajar de su puesto de observación aparecieron en la puerta de la calle unos jayanes enfurecidos y Barrabás cruzaba el umbral rugiendo, excitado.

—¡Eh, viejo Zebedeo —vociferó—, con tu permiso y sin él vamos a entrar, en el nombre del Dios de Israel!

Dijo, y sin dar tiempo al dueño de la casa ni a abrir la boca, Barrabás sacó de sus goznes la puerta interior y agarró a Magdalena por las trenzas.

—¡Fuera! ¡Fuera, puta! —aullaba, arrastrándola hasta el patio.

Entraron también campesinos de otras aldeas, la levantaron en volandas y, en medio de abucheos y carcajadas, la llevaron a un foso cerca del lago y la arrojaron dentro. Luego, mujeres y hombres se dispersaron por los alrededores y llenaron sus delantales de piedras.

Entretanto, la anciana Salomé se había levantado del diván y, aunque la acuchillaban los dolores, se había arrastrado hasta el patio y reprendía a su marido:

—Te has deshonrado, viejo Zebedeo —lo increpó—. Has permitido que unos vagos y maleantes entren en tu casa y te arranquen de las manos a una mujer que te suplicaba piedad.

Se volvió hacia su hijo Santiago que se encontraba en pie en el centro del patio, indeciso:

—¿Y tú vas a seguir los pasos de tu padre? ¿No te da vergüenza? ¿No vas a ser mejor que él? ¿No tienes más Dios que el interés, igual que tu padre? ¡Corre a defender a una mujer a la que todo el pueblo busca para matarla sin ningún escrúpulo!

—Voy madre, cálmate —respondió el hijo, que a nadie temía en el mundo como a su madre.

El pánico lo dominaba cada vez que ella se volvía hacia él llena de cólera porque sentía que aquella voz salvaje y severa no era la de su madre, era la voz antigua y áspera de la indomable tribu de Israel en el desierto.

Santiago se volvió, hizo una señal a sus dos compañeros, Felipe y Natanael:

—¡Vamos! —dijo.

Miró atentamente entre los toneles para ver a Judas. Se había ido.

—Yo también voy —dijo Zebedeo fuera de sí.

Temía quedarse solo con su mujer. Se agachó, cogió del suelo su garrote y siguió a su hijo.

Magdalena, cubierta de heridas, acurrucada en un rincón del foso, se protegía la cabeza con los brazos y gritaba. Alrededor del foso, los hombres y las mujeres la miraban y reían. En todos los viñedos del contorno, los porteadores y las vendimiadoras abandonaron el trabajo y se acercaban. Los jóvenes ansiaban ver aquel famoso cuerpo medio desnudo ensangrentado, y las

muchachas odiaban y envidiaban a aquella mujer que disfrutaba de todos los hombres y ellas no tenían ninguno.

Barrabás extendió el brazo para hacer cesar los gritos, pronunciar la sentencia y que empezara la lapidación. En ese momento apareció Santiago. Iba a abalanzarse contra el zelote jefe de los bandidos, pero Felipe le retuvo cogiéndolo por el brazo.

—¿Adónde vas? —dijo—. ¿Adónde vamos? ¡Somos cuatro gatos y ellos una aldea entera, estamos perdidos!

Pero Santiago oía aún en su interior el grito feroz de su madre: —Eh, Barrabás, bravucón —gritó—, ¿has venido a nuestro pueblo a matar personas? Deja a esa mujer, nosotros la juzgaremos, los ancianos representantes del pueblo [41](#) vendrán de Magdala y de Cafarnaúm para juzgarla, también vendrá de Nazaret su padre el rabino. ¡Eso dice la Ley! [42](#) .

—¡Mi hijo tiene razón! —saltó entonces el viejo Zebedeo, que llegaba en ese momento con su grueso garrote—. Tiene razón, ¡eso dice la Ley!

Barrabás giró bruscamente todo el cuerpo hacia ellos:

—¡El consejo de ancianos está vendido! —gritó—. ¡Zebedeo está vendido! ¡No me fío de ellos! ¡Yo soy la Ley! Y aquel de vosotros, valentones, que se atreva, ¡que venga a medirse conmigo!

Hombres y mujeres de Magdala y Cafarnaúm se arracimaron en torno a Barrabás y el asesinato brillaba en sus pupilas. Un tropel de mozalbetes llegó de la aldea, con sus hondas.

Felipe cogió por el brazo a Natanael, retrocedió, se volvió hacia Santiago:

—Ve tú solo si quieres, hijo de Zebedeo, nosotros no iremos, no estamos locos.

—¿No os da vergüenza, cobardes?

—No, no nos da vergüenza. Ve tú solo.

Santiago se volvió hacia su padre, pero éste tosió.

—Yo soy viejo —dijo.

—¿Y bien? —gritó Barrabás y sonrió con desprecio.

La anciana Salomé apareció apoyándose en el brazo de su hijo menor. Tras ellos, con los ojos arrasados en lágrimas, María

la de José. Santiago se volvió, vio a su madre, se sobresaltó. Ante él estaba el terrible matón con una turba exaltada; tras él, su madre, salvaje, en silencio.

—¿Y bien? —rugió de nuevo Barrabás y se remangó.

—¡No me cubriré de vergüenza! —murmuró el hijo de Zebedeo, y avanzó.

Inmediatamente Barrabás se lanzó sobre él.

—¡Lo matará! —dijo su hermano menor y se irguió para correr junto a su hermano.

Pero la madre lo retuvo:

—Tú cállate —le dijo—, no intervengas.

Y en el momento en que los dos adversarios estaban a punto de llegar a las manos, un grito alegre se oyó desde la orilla del lago:

—*¡Marán azá! ¡Marán azá!*

Y un joven tostado por el sol, jadeante, se presentó ante ellos agitando los brazos y gritando:

—*¡Marán azá! ¡Marán azá!* ¡El Señor llega!

—¿Quién llega? —gritaron todos y le rodearon—. ¿Quién?

—¡El Señor! —respondió el joven, señalando hacia el desierto, a sus espaldas—. ¡El Señor, vedlo ahí!

Todos se volvieron. El sol se inclinaba ya, el calor del día se mitigaba. Apareció un hombre que subía desde la orilla del lago, todo vestido de blanco, como un monje del monasterio. En el borde del lago, las adelfas estaban en flor y el hombre vestido de blanco alargó la mano, cortó una flor roja y se la llevó a los labios. Dos gaviotas que caminaban sobre los guijarros se apartaron para que pasara.

La anciana Salomé alzó la cabeza blanca, olió el aire:

—Hijo mío —dijo a su hijo—, ¿quién viene? El aire ha cambiado.

—Mi corazón está a punto de estallar, madre —respondió el hijo—. ¡Creo que es él!

—¿Quién?

—¡Calla!

—¿Y quiénes son aquellos que van detrás? Un ejército corre tras él, hijo mío.

—Son los pobres, madre, que rebuscan en las vides los racimos que han quedado sin recoger. No es un ejército, no temas.

Verdaderamente empezaba a aparecer tras él, como un ejército, una multitud de andrajosos, hombres, mujeres y niños, con zurriones y cestos, que se dispersaban por las viñas vendimiadas y rebuscaban. Todos los años aquella grey humana del hambre se derramaba por toda Galilea en la época de la siega, de la vendimia o del vareo y recogían los restos que los propietarios dejaban para los pobres, según ordena la Ley de Israel.

De repente, el hombre vestido de blanco se detuvo. Vio la muchedumbre, se asustó. «¡Quiero irme! —el antiguo miedo volvió a dominarlo—, ¡quiero regresar al desierto, allí está Dios, aquí están los hombres! ¡Quiero irme!». Su destino quedó de nuevo suspendido de un fino hilo. ¿Retroceder? ¿Seguir adelante?

Todos los que rodeaban el foso habían quedado inmóviles y lo miraban. Santiago y Barrabás permanecían aún remangados uno frente a otro. Magdalena levantó la cabeza para oír: ¿Qué significaba aquel silencio? ¿Vida? ¿Muerte? El aire había cambiado. De pronto se puso en pie de un salto, alzó los brazos, profirió un grito:

—¡Socorro!

El hombre vestido de blanco oyó el grito, reconoció la voz, se estremeció.

—¡Magdalena! —murmuró—. ¡Magdalena! ¡Tengo que salvarla! —y se dirigió a toda prisa hacia la multitud.

Avanzaba con los brazos abiertos. A medida que se acercaba a los hombres y veía bien sus rostros feroces, sombríos, torturados y sus ojos llenos de cólera, su corazón se conturbaba, sus entrañas rebosaban de profunda compasión y amor. «Éstos son los hombres —pensaba— todos son hermanos, todos, y no lo saben, por eso se maltratan y se hacen daño... Si lo supieran, ¡qué alegrías, qué abrazos, qué felicidad sentirían!».

Llegó al fin, se subió a una piedra, extendió los brazos a derecha e izquierda, una palabra surgió de lo más hondo de sus

entrañas, triunfal, jubilosa:

—¡Hermanos!

Los hombres se sorprendieron, se miraban unos a otros, nadie respondió.

—¡Hermanos! —retumbó de nuevo la voz triunfal—. ¡Bien hallados!

—¡Tú no eres bienvenido, crucificador! —le respondió Barrabás y con ademán violento cogió una piedra del suelo.

—¡Hijo mío! —se oyó un grito desgarrador.

María avanzó precipitadamente y abrazó a su hijo. Reía, lloraba y lo acariciaba. Pero él, sin decir nada, se despegó de los brazos de su madre y fue hacia Barrabás:

—Barrabás, hermano —dijo—, bien hallado. Soy amigo y traigo una buena noticia, ¡una gran alegría!

—¡No te acerques! —rugió Barrabás y se plantó delante de él para que no viera a Magdalena.

Pero ella había oído la voz amada y se irguió de un salto:

—¡Jesús! —gritó—. ¡Socorro!

De una zancada Jesús llegó al borde del foso. Magdalena se agarraba con pies y manos a las piedras y trepaba. Jesús se inclinó, le tendió la mano, Magdalena se aferró a ella, desfallecida, llena de sangre y se echó al suelo.

Barrabás se lanzó contra ella, le puso violentamente el pie sobre la espalda:

—¡Es mía, la mataré! —rugió y alzó la piedra que tenía en la mano—. Ha mancillado el sábado. ¡Muerte!

—¡Muerte, muerte! —aulló la multitud, que de pronto temió que se le escapara la víctima.

—¡Muerte! —chilló Zebedeo, que veía que los menesterosos rodeaban al recién llegado y se envalentonaban.

Era un peligro dejar a aquellos andrajosos hacer lo que quisieran.

—¡Muerte! —volvió a gritar, batiendo con el garrote en el suelo—. ¡Muerte!

Jesús detuvo el brazo levantado de Barrabás:

—Barrabás —dijo con voz serena y afligida—, ¿nunca has violado tú un mandamiento de Dios? ¿Nunca en tu vida has

robado, nunca has matado, nunca has cometido adulterio ni has mentido?

Se volvió hacia la multitud que rugía, los miró a todos lentamente, uno a uno:

—¡El que de vosotros esté libre de culpa —dijo— que arroje el primero la piedra!

La multitud se rebulló, retrocedían uno a uno e intentaban arrancar de sí aquella mirada que hurgaba en sus entrañas y en su memoria. Los hombres se acordaron de todas las mentiras que habían dicho en su vida, de todos los ultrajes que habían cometido, de las mujeres ajenas con las que se habían acostado. Las mujeres se bajaron el manto y las piedras que llevaban resbalaron de sus manos.

El viejo Zebedeo, al ver que los menesterosos estaban a punto de vencer, se puso frenético. Jesús se volvió de nuevo hacia ellos, los miró una vez más uno por uno, en el fondo de sus ojos:

—El que de vosotros esté libre de pecado que arroje el primero la piedra.

—¡Yo! —espetó Zebedeo—. Dame la piedra que llevas, Barrabás. Un cielo raso no teme el rayo. ¡Yo la arrojaré!

Barrabás se alegró, le dio la piedra, se apartó. Zebedeo empuñó la piedra, se detuvo ante Magdalena, calculó el tiro para acertar de lleno en la cabeza de la mujer. Ella estaba ovillada a los pies de Jesús, tranquila, sentía que allí no temía a la muerte.

Los menesterosos miraban al viejo Zebedeo, furiosos, y uno de ellos, el más esquelético, rugió:

—¡Eh, viejo Zebedeo! —le gritó—. Existe un Dios, paralizará tu brazo. ¿No tienes miedo? Recuerda: ¿Nunca te has comido la ración del pobre? ¿Nunca has sacado a subasta la viña del huérfano? ¿Nunca has entrado de noche en casa de una viuda?

El viejo pecador lo escuchaba y sopesaba cada vez más la piedra y se contenía. De pronto lanzó un grito; súbitamente su brazo se vino abajo, quedó inerte, la enorme piedra rodó, cayó sobre su pie, le aplastó los dedos.

—¡Milagro! ¡Milagro! —vociferaron los harapientos—. ¡Magdalena es inocente!

Barrabás montó en cólera, su cara picada de viruelas se congestionó hasta ponerse completamente roja. Se abalanzó sobre el hijo de María, levantó el brazo y lo abofeteó, y Jesús, sereno, le ofreció la otra mejilla:

—Abofetea también la otra mejilla, Barrabás, hermano —dijo.

La mano de Barrabás quedó paralizada, sus ojos se dilataron de asombro. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué era? ¿Un espectro, un ser humano, un demonio? Retrocedió y lo miró aturdido.

—Abofetea también la otra mejilla, Barrabás, hermano —le incitó de nuevo el hijo de María.

Entonces Judas salió de la sombra de la higuera, desde la que observaba la escena, un tanto apartado. Lo había visto todo sin decir palabra. No le importaba nada que Magdalena fuera o no asesinada, pero se alegraba de oír a Barrabás y a los menesterosos cantarle las cuarenta a Zebedeo y plantarle cara. Al ver aparecer a Jesús en la orilla del lago con la nueva túnica blanca, su corazón latió con fuerza: «Ahora se verá quién es, qué quiere, qué tiene que decir a los hombres», —murmuró y aguzó el oído—. Pero la primera palabra: «hermano», no le gustó. Se rascó la cara: «Éste todavía no se ha enterado —gruñó—. ¡No, no somos todos hermanos! Los israelitas y los romanos no son hermanos, y tampoco los israelitas entre sí; los saduceos, vendidos a los romanos, los jefes de la ciudad, todos cuantos se alían con el tirano, no son nuestros hermanos... ¡Mal empiezas, hijo del carpintero! ¡Ándate con cuidado!». Pero al ver a Jesús ofrecer la otra mejilla, sin ira, con una dulzura altiva, inhumana, se asustó. «¿Qué es este hombre? —gritó para sí—. Esto, el ofrecer la otra mejilla, sólo lo hace un ángel. Un ángel o un perro...».

Dio un salto, agarró por el brazo a Barrabás en el momento en que se disponía a arremeter contra el hijo de María.

—¡No lo toques! —le dijo con voz sorda—. ¡Vete!

Barrabás miró a Judas sorprendido. Los dos estaban en la misma hermandad, a menudo habían entrado juntos en los pueblos y en las ciudades y habían dado muerte a los traidores a Israel. Y ahora...

—Judas —murmuró—, ¿tú? ¿Tú?

—Yo. ¡Vete!

Barrabás aún vacilaba. Judas era más antiguo que él en la hermandad, no podía enfrentarse a él. Pero, por otra parte, el amor propio no le permitía irse.

—¡Vete! —le ordenó de nuevo el de la barba pelirroja.

El cabecilla de los bandidos agachó la cabeza y lanzó una mirada salvaje al hijo de María.

—¡No te me escaparás! —murmuró apretando el puño—. ¡Volveremos a vernos!

Se volvió hacia los suyos:

—¡Vamos! —dijo entre dientes.

[40](#) En hebreo, forma plural de «hueste» o «ejército». La palabra se usa casi exclusivamente junto al nombre de Yahvé como título de majestad: el «Señor Dios de los Ejércitos». Los orígenes y el significado preciso de la expresión no son seguros. Para algunos estudiosos, las huestes representaban originalmente los ejércitos de Israel, a los que protegía Yahvé. Otros creen que la palabra se refiere a los ejércitos del cielo porque este término es frecuente en las Escrituras proféticas.

[41](#) Casandsakis emplea el término *demogerontes*, que significa «consejo de ancianos», institución griega local en tiempos de los turcos, que tenía además cierto carácter judicial. En el pueblo judío, quienes poseían autoridad judicial para dictar sentencias en tribunales de Justicia eran los escribas, que en tiempos de Jesús eran además los responsables de las aplicaciones teóricas de la Ley (*Torá*) y de su enseñanza.

[42](#) La Ley o Torá lo impregnaba todo, era el signo de identidad de Israel. Comprendía los mandamientos del Sinaí (*Pentateuco*) además de preceptos rituales y costumbres sociales y familiares.

XIII

El sol estaba ya a punto de tocar el borde del cielo, la pira del día se extinguió, el viento cayó, el lago brilló con irisaciones rosadas y azules. En las rocas seguían algunas cigüeñas, apoyadas sobre una sola pata, con los ojos clavados en el agua. Aún tenían hambre.

Los menesterosos tenían los ojos puestos en el hijo de María, esperaban, no querían irse. ¿Qué esperaban? Habían olvidado el hambre y la miseria, habían olvidado la ruindad de los propietarios, que no querían dejarles algunos granos en las vides vendimiadas para que el gazzate de los pobres se calmara. Desde por la mañana habían recorrido los viñedos, pero sus cestos seguían vacíos. ¿No había ocurrido lo mismo en la época de la siega? Habían recorrido los rastrojos, pero sus zurroneos quedaron vacíos y sus hijos les esperaban todas las tardes con la boca abierta. Sin embargo, ahora, sin saber cómo ni por qué, era como si de repente se hubieran llenado sus canastos. Miraban a aquel hombre vestido de blanco que estaba ante ellos y no sentían deseos de marcharse... Esperaban. ¿Qué esperaban? No lo sabían.

El hijo de María los miraba, él también esperaba. Sentía que todas aquellas almas pendían de su cuello. ¿Qué querían de él? ¿Qué buscaban en él? ¿Qué podía darles él, que no tenía nada? Los miraba, los miraba y por un momento se acobardó, hizo ademán de irse, pero sintió vergüenza. ¿Qué iba a ser de Magdalena, que seguía hecha un ovillo a sus pies? ¿Cómo dejar sin un consuelo a todos aquellos que lo miraban anhelantes? ¿Huir? ¿Adónde ir? Dios está en todas partes, su gracia lo empujaba a donde quería. No su gracia, su fuerza todopoderosa.

El hijo de María lo sentía, su casa era aquella tierra, otro hogar no tenía; su desierto eran los hombres, otro desierto no tenía. Incluyó la cabeza:

—Que se haga tu voluntad, Señor —murmuró, y se entregó a la misericordia de Dios.

Un viejo salió de entre los indigentes y habló:

—Hijo de María, tenemos hambre, pero no pedimos de ti pan. Tú eres pobre como nosotros. Abre la boca, danos palabras de esperanza y nos saciaremos.

Se animó a hablar ahora un joven:

—Hijo de María —dijo—, la injusticia nos ahoga; nuestro corazón no puede soportar más. Tú has dicho que traes un mensaje de esperanza, ¡comunícanoslo, tráenos justicia!

El hijo de María miraba a los hombres, escuchaba la voz de la libertad y del hambre. Se llenó de alegría. Como si esperara desde hacía años aquel grito que ahora llegaba y lo llamaba por su nombre, se volvió hacia el pueblo con los brazos abiertos:

—¡Hermanos —dijo—, en marcha!

Y de repente el pueblo, como si también esperara desde hacía años aquella llamada, como si escuchara por primera vez su nombre, su nombre verdadero, se llenó de alegría:

—¡En marcha —rugieron todos—, en el nombre de Dios!

El hijo de María se puso al frente, todos le siguieron como un solo hombre. Una colina redondeada, verdeante en plena canícula veraniega, se alzaba a la orilla del lago. El sol la había machacado durante todo el día y ahora, en la suavidad del crepúsculo, olía a tomillo y ajedrea. En su cima debió haber existido un templo de idólatras, pues aún se encontraban en el suelo algunos capiteles esculpidos, y por la noche los pescadores lunáticos, mientras faenaban en el lago, veían un espectro blanco que se sentaba sobre los mármoles; y una noche el viejo Jonás hasta lo había oído llorar.

Pues bien, hacia aquella colina se dirigían, arrobados. El hijo de María los guiaba, los pobres lo seguían, como una sola familia.

La anciana Salomé se volvió hacia su hijo menor:

—Hijo mío —dijo—, llévame del brazo. Vayamos también nosotros.

Cogió a María de la mano:

—María —dijo—, no llores. ¿No has visto un aura luminiscente alrededor del rostro de tu hijo?

—No tengo hijo, ya no tengo hijo —respondió la madre, y se desató en un llanto convulsivo—. Todos estos menesterosos tienen un hijo, yo no tengo ninguno...

Lloraba y gemía mientras caminaba. Estaba ya segura, su hijo la había abandonado para siempre. Cuando había corrido para abrazarlo y llevárselo a casa, él la había mirado sorprendido, como si no la reconociera. Y cuando ella le había dicho: «Yo soy tu madre», él había tendido la mano y la había rechazado.

El viejo Zebedeo vio a su mujer camino de la colina con la multitud, torció el gesto, empuñó el garrote, se volvió hacia su hijo Santiago y sus dos compañeros, Felipe y Natanael, les señaló la agitada y bulliciosa multitud:

—Esos son lobos hambrientos, ¡malditos sean! ¡Aullemos también nosotros con ellos, no sea que nos tomen por ovejas y nos devoren! ¡Vayamos tras ellos! Y estad atentos: ¡cualquier cosa que les diga ese chiflado del hijo de María, sea lo que sea, nosotros lo abucharemos! ¿Me oís? No le consentiremos que levanten la cabeza. ¡Adelante, todos juntos, y abrid bien los ojos!

Dijo y se puso a subir la loma, renqueando.

En ese momento llegaban los dos hijos de Jonás. Pedro llevaba de la mano a su hermano y le hablaba suavemente, tiernamente, para no excitarlo. Pero él miraba con turbación a la multitud que subía a la colina y al hombre vestido de blanco que la conducía.

—¿Quiénes son? ¿Adónde van? —preguntó Pedro a Judas, que permanecía aún en el camino, indeciso.

—Es el hijo de María —respondió el pelirrojo con el ceño fruncido.

—¿Y la turba que lo sigue?

—Los pobres que rebuscan en las viñas vendimiadas. Lo vieron y se dirigieron a él. Al parecer va a hablarles.

—¿Qué va a decirles? Él no sabe ni sumar dos y dos.

Judas se encogió de hombros:

—¡Ya veremos! —gruñó, y enfiló la cuesta arriba.

Dos mujeres hombrunas, de tez morena, volvían de los viñedos, agotadas, acaloradas, y llevaban sobre la cabeza dos grandes cestos de uvas, sintieron envidia de la compañía. «Vayamos también nosotras —dijeron—, pasemos un buen rato» —y se pusieron al final.

El viejo Jonás volvía a su casucha cargado con el palangre. Tenía hambre, llevaba prisa. Vio a sus hijos, vio a la gente que subía por la colina, se detuvo con la boca abierta, con los ojos redondos como los de un pez, y se puso a mirar. No pensaba en nada, no se preguntaba quién había muerto, quién se casaba, dónde iba aquella masa de gente. No pensaba en nada, sólo miraba con la boca abierta.

—Ven Jonás, profeta pescador —le gritó Zebedeo—. Vamos, hay parranda, al parecer se casa María Magdalena. ¡Vayamos a celebrarlo!

Jonás movió sus carnosos labios, iba a hablar, pero se arrepintió. Levantó el palangre, que se había resbalado de su hombro, y con paso cansino se encaminó hacia su barrio. Al cabo de un rato, cuando llegaba a su choza, tras fuertes dolores de parto, su mente parió: «¡Que te parta un rayo, Zebedeo, imbécil!» —murmuró. Empujó la puerta y entró.

* * *

Cuando el viejo Zebedeo llegaba con los suyos a la cima de la colina, Jesús estaba sentado en un capitel y aún no había abierto la boca, como si los esperara. Delante de él, los pobres, sentados con las piernas cruzadas, y las mujeres, de pie, lo miraban. El sol se había puesto, pero el monte Hebrón, hacia el norte, aún retenía la luz en su cumbre y no la dejaba marchar.

Jesús había cruzado los brazos sobre el pecho y miraba la luz que luchaba con las sombras. A veces dirigía la mirada hacia los rostros de los hombres, que estaban pendientes de él, rostros arrugados, sufridos, consumidos por el hambre. Aquellos ojos, fijos en él, lo miraban como si tuviera la culpa y se lo reprocharan.

Al ver a Zebedeo y sus acompañantes se levantó:

—Bienvenidos —dijo—. Acercaos, mi voz es débil, quiero hablaros.

Zebedeo, por ser miembro del consejo de ancianos de la aldea, pasó a primera fila y se arrellanó en una piedra. A su derecha, sus dos hijos, además de Felipe y Natanael; a su izquierda, Pedro y Andrés. Más atrás, de pie, entre el grupo de mujeres, la anciana Salomé, y María, la esposa de José. La otra María, Magdalena, estaba echada a los pies de Jesús, con el rostro oculto entre las manos. Aparte, bajo un pino batido y torcido por los vientos, esperaba Judas. A través de las agujas del pino, sus duros ojos azules asaeteaban al hijo de María.

Jesús temblaba imperceptiblemente y se esforzaba en infundirse valor. El momento que temía desde hacía tantos años había llegado, Dios había vencido, lo había llevado por la fuerza a donde quería, ante los hombres para que les hablara y ahora, ¿qué iba a decirles? Como una sucesión de destellos pasaban por su mente las escasas alegrías de su vida, las muchas amarguras, la lucha con Dios. Luego, cuanto había visto en su deambular solitario: las montañas, las flores, los pájaros, los pastores, que contentos transportan, sobre los hombros, de vuelta al redil, a la oveja perdida, los pescadores, que echan las redes para coger peces, los labradores, que siembran, siegan, avientan y llevan a sus casas el grano... Cielo y tierra se abrían y cerraban en su mente, todas las maravillas de Dios, y no sabía cuál elegir en primer lugar. Todo, todo quería mostrarlo para consolar a los que no tenían consuelo... El mundo se desplegó ante él como un cuento de Dios, como un cuento semejante a los que le contaba la madre de su madre para que no llorara, lleno de princesas y dragones. Y Dios ahora se asomaba desde el cielo y se lo contaba a los hombres.

Abrió los brazos, sonrió:

—Hermanos —dijo, y su voz, insegura, aún temblaba—, hermanos, voy a hablaros con parábolas, perdonadme. Soy un hombre sencillo de pocas letras, soy pobre y oprimido como vosotros. Mi corazón tiene mucho que deciros pero mi mente no puede explicarlo. Abro la boca y, sin querer, mis palabras brotan

como un cuento. Hermanos, disculpad, os hablaré con parábolas.

—¡Te escuchamos, hijo de María! —vociferó el pueblo—. ¡Te escuchamos!

Jesús habló de nuevo:

—Salió el sembrador a echar su semilla. Mientras sembraba, una parte cayó en el camino, acudieron los pájaros y se la comieron; otra cayó entre las piedras, no encontró tierra para nutrirse, se secó; otra cayó entre las zarzas, las zarzas crecieron y la ahogaron. Por último, otra cayó en tierra buena, echó raíces, brotó una espiga, dio fruto y alimentó a los hombres.

«¡Aquél de vosotros, hermanos, que tenga oídos para oír que oiga!».

Todos callaban, se miraban unos a otros, perplejos. Pero el viejo Zebedeo, que buscaba un pretexto para armarla, espetó:

—No comprendo —dijo—, perdóname. Tengo oídos. ¡Alabado sea Dios! Tengo oídos y oigo, pero no comprendo. ¿Qué quieres decir? ¿Puedes explicárnoslo con detalle?

Lanzó una risa sarcástica, se acarició ufano la barba blanca:

—¿Acaso eres tú el sembrador?

—Yo soy —respondió Jesús con humildad.

—¡Ah, pillín! —dijo el anciano del consejo, batiendo con el garrote en el suelo—. Y nosotros las piedras, las zarzas y los campos donde siembras. ¿No es cierto?

—Sí, vosotros —respondió el hijo de María de nuevo, serenamente.

Andrés escuchaba atentamente, miraba a Jesús y su corazón latía con fuerza. Lo mismo había latido cuando vio por primera vez a orillas del Jordán a Juan el *Bautizador*, devorado por los soles, cubierto por una piel de fiera. La oración, las vigiliass y el hambre le habían corroído por completo, sólo le habían dejado dos enormes ojos, dos ascuas y una garganta que clamaba: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos!». Clamaba y las aguas del Jordán se encrespaban y las caravanas se detenían, pues los camellos no podían continuar la marcha. Pero ahora aquel hombre que estaba ante él sonreía, tenía una voz serena y temblorosa, era como un pajarillo que intentaba cantar por primera vez y sus ojos

no abrazaban, acariciaban. El corazón de Andrés volaba de uno a otro, sorprendido.

Poco a poco Juan iba apartándose de su padre y se acercaba a Jesús. Estaba ya a punto de llegar a sus pies. Zebedeo lo vio, se enfureció, estaba harto de los falsos profetas, cada día salían unos nuevos y embaucaban a la pobre gente, y todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, arremetían contra los propietarios, contra los sacerdotes y contra los reyes. Todo lo que este mundo tenía de bueno y sólido, ellos querían derribarlo. Y ahora, helo ahí, uno más, ¡el zarrapastroso hijo de María! «¡Ah, tengo que retorcerle el pescuezo antes de que se crezca!».

Se volvió para ver qué decía la chusma, para cobrar ánimo. Vio a su hijo mayor Santiago con el ceño fruncido pero no pudo adivinar si era por angustia o por cólera; vio a su mujer que se enjugaba los ojos y se acercaba, miró luego a los indigentes, se asustó al verlos, todos aquellos hambrientos miraban al hijo de María con la boca abierta, como los pájaros a los que alimenta su madre en el nido. «¡Idos al diablo, andrajosos! —murmuró y se plegó junto a su hijo—, ¡es mejor que no hable, no quiero meterme en un lío!».

Se oyó una voz tranquila, llena de sentimiento. Alguien que estaba sentado a los pies de Jesús había tomado la palabra. Los que estaban detrás se levantaron para verlo. Era el hijo menor de Zebedeo que se había deslizado poco a poco hasta los pies de Jesús, alargaba el cuello y le hablaba.

—Tú eres el sembrador —decía—, nosotros las piedras, las zarzas y la tierra fértil. ¿Pero cuál es la semilla que traes?

Aquel rostro virginal, aterciopelado, abrazaba, sus ojos negros almendrados miraban a Jesús con angustia. Aquel cuerpo trémulo, tierno, estaba en tensión y esperaba. De la respuesta que recibiera —presentía— dependería su vida. Esta vida y la otra.

Jesús se había inclinado para escuchar; durante un buen rato permaneció en silencio, escuchaba atentamente a su corazón, se esforzaba por encontrar palabras sencillas, cotidianas, inmortales. Un sudor cálido perlaba su frente.

—¿Cuál es la semilla que traes? —volvió a preguntar ansiosamente el hijo de Zebedeo.

Jesús se puso en pie bruscamente, abrió los brazos, se inclinó sobre los hombres:

—¡Amaos los unos a los otros! —escapó el grito desde lo más profundo de su ser—. ¡Amaos los uno a los otros!

Y al decirlo sintió que su corazón se había vaciado y se dejó caer sobre el capitel, extenuado.

Se oyó un murmullo, el pueblo se alborotó, muchos sacudieron la cabeza, algunos rieron.

—¿Qué ha dicho? —preguntó un viejo que no oía bien.

—¡Que nos amemos los unos a los otros, dice!

—¡Eso es imposible! —dijo el viejo y se enfureció—. El que tiene hambre no puede amar al que está saciado. El que está oprimido no puede amar a quien le oprime. Eso es imposible. ¡Vámonos!

Judas, apoyado en el pino, se mesó las barbas rojas, furioso:

—¿Eso es lo que has venido a decirnos, hijo del carpintero? —murmuró—. ¿Ésta es la gran noticia que nos traes? ¿Qué amemos incluso a los romanos? ¿Qué ofrezcamos el cuello, como tú ofreciste la mejilla y les digamos, «¡hermano, degüéllame!»?

Jesús oía el murmullo, vio caras contrariadas, ojos sombríos. Comprendió. La amargura invadió su rostro, hizo acopio de todas sus fuerzas, se puso en pie:

—¡Amaos los unos a los otros! ¡Amaos los unos a los otros! —resonó su voz suplicante, obstinada—. ¡Dios es amor! Antes también yo creía que era salvaje, que tocaba las montañas y las montañas ardían, que tocaba a los hombres y los hombres morían. Me sepulté en el monasterio para librarme de él; caía postrado de bruces, esperaba. «Ahora vendrá, caerá sobre mí como un rayo» —me decía—. Y una mañana vino, sopló sobre mí como una brisa fresca y me dijo: «¡Levántate, hijo mío!»». Me levanté, vine y ¡aquí estoy!

Cruzó los brazos, inclinó el torso como si saludara a los hombres.

El viejo Zebedeo tosió, escupió, apretó su garrote:

—¿Dios una brisa fresca? —gruñó en voz baja, furibundo—. ¡Piérdete, embaucador!

El hijo de María seguía hablando, bajó del capitel donde estaba subido, se mezcló con los hombres, los miraba de uno en uno, les suplicaba uno por uno, iba y venía, alzaba los brazos al cielo:

—Es un padre —decía—, ninguna pena dejará sin consuelo, ninguna herida sin restañar. Cuanto más sufrimos en esta tierra, cuanta más hambre sentimos, más nos saciaremos en el cielo, más gozaremos...

Se sintió cansado, volvió a sentarse en el capitel:

—¡Después de muerto el burro, la cebada al rabo! —se oyó una voz y estallaron la carcajadas.

Pero Jesús, ensimismado, no oía.

—Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia... —proclamaba ahora.

—¡La justicia no basta! —espetó uno de los hambrientos—. ¡La justicia no basta! ¡Queremos también pan!

—Y sed de pan —dijo Jesús, suspirando—, y sed de pan. El mismo Dios los saciará. Dichosos los que gimen, Dios los consolará. Dichosos los pobres, los humildes, los oprimidos, para ellos, para vosotros, los pobres, los humildes, los oprimidos, Dios tiene preparado el reino de los cielos.

Las dos mujeres hombrunas, que permanecían en pie con las cestas de uvas sobre sus cabezas, se miraron la una a la otra y, rápidamente, sin decir palabra, pusieron los cestos en el suelo y empezaron a repartir a diestra y siniestra las uvas entre los pobres. Magdalena, echada a los pies de Jesús, no se atrevía aún a levantar la cabeza y que los hombres vieran su rostro; pero a escondidas, cubierta por sus cabellos, besaba los pies del hijo de María.

Santiago ya no podía resistir más, se levantó y se fue. Andrés se soltó de la mano de su hermano, se plantó ante Jesús, exasperado:

—Yo vengo del Jordán, de Judea —le gritó—, donde un profeta proclama: «¡Los hombres son paja y yo soy el fuego, he venido para incendiar, para purificar la tierra, he venido para

incendiar, para purificar el alma, para que entre el Mesías!»; ¿y tú, hijo del carpintero, predicas el amor? ¡Mira a tu alrededor!: ¡Todos son embusteros, asesinos, ladrones, miserables! ¡Ricos y pobres, opresores y oprimidos, escribas y fariseos! ¡Todos! ¡Yo también soy un embustero y un miserable, y mi hermano Pedro, aquí presente, y el viejo Zebedeo, bien alimentado, que oye la palabra amor y piensa en sus barcas y en sus sirvientes y en cómo robar todo lo que puede en el lagar!

Al oírlo el viejo Zebedeo se encolerizó. Su cogote seboso se puso al rojo vivo, se le hincharon las venas del cuello. Se levantó de un salto y alzó el garrote para pegar a Andrés. Pero la anciana Salomé se adelantó y lo agarró por el brazo:

—¿No te da vergüenza? —le dijo en voz baja—. ¡Vámonos!

—¡Los menesterosos y los desarrapados no van a imponer su mando en este lugar! —vociferó con voz potente para que todos le oyeran.

Soplaba, resoplaba. Se volvió hacia el hijo de María:

—Y tú, artesano, no me vengas haciendo de Mesías porque, ¡ay de ti!, desgraciado, a ti también te crucificarán para que te apacigües. Y no lo siento por ti, inútil, lo siento por tu pobre madre, que no tiene otro hijo.

Dijo y señaló a María que, echada en tierra, se golpeaba la cabeza contra las piedras.

Pero la cólera del viejo no se calmaba. Seguía batiendo con el garrote en el suelo y vociferando:

—¡Amor!, dice, ¡todos hermanos! ¡Hala, todo es de todos, a por ello! ¿Pero puedo yo amar al pobre que merodea por mi casa y quiere forzar la puerta para robarme? ¡Amor, dice! ¡Vaya cabeza de chorlito! ¡Benditos sean los romanos! Eso es lo que digo yo, aunque sean idólatras, ¡benditos sean! ¡Ellos mantienen el orden!

Estalló un rugido, la turba de los pobres se agitó, Judas se apartó violentamente del pino. La anciana Salomé, aterrada, puso la mano en la boca de su marido para acallarlo. Se volvió hacia la multitud, que se acercaba, excitada, amenazante.

—¡No le hagáis caso, hijos míos, está fuera de sí, no piensa lo que dice!

Se volvió hacia el anciano:

—Vámonos —ordenó.

Hizo una señal a su amado hijo menor, que estaba sentado tranquilo, feliz, a los pies de Jesús:

—Vámonos, hijo mío —dijo—. Se ha hecho de noche.

—Yo me quedaré, madre —respondió el joven.

María se levantó de las piedras donde se encontraba postrada, se enjugó los ojos, fue tambaleándose a coger a su hijo para llevárselo. La pobre se había asustado del amor que le mostraban los pobres y de las amenazas que le había lanzado el miembro del consejo de ancianos.

—Os lo pido por Dios —decía a unos y otros al pasar—, no le hagáis caso. Está enfermo... enfermo... enfermo...

Se acercó temblando a su hijo que, en pie, con los brazos en cruz, miraba ahora a lo lejos, hacia el lago.

—Ven, hijo mío —le dijo con dulzura—, ven, volvamos a casa.

Él oyó su voz, se volvió, la miró perplejo, como si se preguntara quién era...

—Ven hijo mío —repitió María, cogiéndolo por la cintura—. ¿Por qué me miras de ese modo? ¿No me reconoces? Soy tu madre. Ven, tus hermanos te esperan en Nazaret, y tu anciano padre...

El hijo sacudió la cabeza:

—¿Qué madre? —dijo sin inmutarse—. ¿Qué hermanos? Estos son mi madre y mis hermanos.

Tendió el brazo, señaló a los menesterosos y a sus mujeres, a Judas el pelirrojo, que, en pie, silencioso, delante del pino, lo miraba con ira.

—Y mi padre...

Alzó el dedo al cielo:

—... es Dios.

Los ojos de la desafortunada María, víctima del rayo divino, comenzaron a manar lágrimas:

—¿Hay en el mundo una madre más desdichada que yo? —exclamó—. ¡Tenía un hijo, un solo hijo, y ahora...!

La anciana Salomé oyó aquella voz desgarrada, dejó a su marido, volvió atrás, cogió a María de la mano, pero ella se

resistía. Se dirigió otra vez a su hijo:

—¿No vienes? —gritó—. ¿No vienes? Te lo digo por última vez. ¡Ven!

Esperó. El hijo, en silencio, había vuelto de nuevo el rostro hacia el lago.

—¿No vienes? —la madre lanzó un grito desgarrador.

Alzó la mano:

—¿No temes la maldición de una madre?

—No temo nada —respondió el hijo sin volverse—. No temo a nadie, sólo a Dios.

El rostro de María mostró una expresión feroz. Levantó el puño, ya abría la boca para maldecirlo, pero la anciana Salomé se anticipó y le puso la mano en los labios:

—¡No! ¡No! —le dijo—. ¡No!

La tomó por la cintura, la atrajo hacia sí violentamente.

—Vámonos, —le dijo—, vámonos, María, hija mía. Tengo algo que decirte.

Las dos mujeres tomaron la cuesta abajo en dirección a Cafarnaúm, el viejo Zebedeo iba delante, furioso, cercenaba con el garrote la cabeza de los cardos. La anciana Salomé hablaba a María:

—¿Por qué lloras, María, querida? —le decía—. ¿No has visto?

María la miró sorprendida, interrumpió el llanto:

—¿Qué? —preguntó.

—Mientras hablaba, ¿no viste alas azules, millares de alas azules detrás de él? ¡Te lo juro, María, detrás de él había ejércitos de ángeles!

Pero María, desesperada, sacudía la cabeza:

—Yo no vi nada... No vi nada —murmuraba—. ¡Nada!

Y al cabo de un momento:

—¿De qué me sirven los ángeles, señora Salomé? —añadió—. Lo que yo quisiera es que lo siguieran hijos y nietos. ¡Hijos y nietos, no ángeles!

Pero los ojos de la anciana Salomé estaban llenos de alas azules. Extendió la mano, tocó el pecho de María y le susurró quedamente, como si le revelara un secreto:

—Bendita tú y bendito el fruto de tus entrañas, María.

Pero ella sacudía la cabeza, lloraba y seguía andando, inconsolable.

Mientras tanto, los menesterosos, excitados, habían rodeado a Jesús, golpeaban el suelo con sus bastones y proferían amenazas, agitaban los cestos vacíos, gritaban:

—Has dicho bien, hijo de María. ¡Muerte a los ricos!

—¡Ponte al frente! ¡Vayamos a quemar la casa del viejo Zebedeo!

—¡No, quemarla no! —proponían otros—. Allanémosla y repartamos el trigo, el aceite, el vino, las arcas llenas de ricas ropas... ¡Muerte a los ricos!

Jesús agitaba desesperado los brazos, gritaba:

—¡No es eso lo que yo he dicho! ¡No es eso! ¡Hermanos, he dicho amor!

Pero los pobres, exasperados por el hambre, no lo oían.

—¡Andrés tiene razón! —exclamaban—. ¡Primero fuego y hacha, y después amor!

Andrés, junto a Jesús, escuchaba con la cabeza baja, pensativo, y callaba. Su maestro, allá en el desierto, hablaba, y sus palabras rompían como piedras las cabezas de los hombres. Pero este hombre repartía las palabras entre ellos como si fueran pan... ¿Quién tenía razón? ¿Cuál de los dos caminos llevaba a la salvación del mundo? ¿La violencia? ¿El amor?

Y mientras devanaba estos pensamientos sintió dos manos sobre su coronilla. Jesús se había acercado a él y había puesto suavemente las manos sobre su cabeza. Los dedos largos, de una elegante belleza, abarcaban todo lo que tocaban y habían cubierto por completo la cabeza de Andrés. Éste no se movió. Sentía que las coyunturas de su cráneo se abrían, que una dulzura inenarrable se derramaba sobre él, densa como la miel, que penetraba hasta su cerebro, invadía su boca, su cuello, su corazón para bajar por los riñones y ramificarse hasta la planta de los pies. Experimentaba una profunda alegría en todo su cuerpo, en toda su alma, en sus raíces, como el árbol sediento que recibe agua. No hablaba. ¡Ojalá aquellas manos no se

apartaran jamás de su cabeza! Sentía dentro de sí, después de tanta lucha, paz y seguridad.

Un poco más allá, los dos amigos inseparables, Felipe y Natanael, discutían acaloradamente:

—Me gusta —decía el larguirucho bonachón—; sus palabras son dulces como la miel. No te lo vas a creer, le oía y me relamía.

—A mí no me gusta —replicaba el pastor—. No me gusta. Dice una cosa y hace otra. Proclama ¡amor!, ¡amor! y fabrica cruces para que nos crucifiquen.

—Eso se ha acabado, Felipe. Te digo que se ha acabado. Tenía que pasar por lo de las cruces y ha pasado. Ahora ha entrado en el camino de Dios.

—¡Quiero obras! —insistía Felipe—. ¡Que vaya primero a bendecir mis rebaños, que han pillado la sarna, y si se curan creeré en él! Si no, ¡que se vaya por ahí con los otros! ¿Por qué meneas la cabeza? Si quiere salvar el mundo, que empiece por mis ovejas.

* * *

Caía la noche y cubría el lago, las viñas y los rostros de los hombres. El Carro de David ⁴³ apareció en el cielo, una estrella roja, como una gota de vino, quedó suspendida en oriente, sobre el desierto.

De repente Jesús se sintió cansado. Tenía hambre y quería estar solo. Los hombres, poco a poco, empezaron a pensar en el camino de vuelta, en sus casas y en sus niños pequeños que los esperaban, los atrapó la rueda de la necesidad cotidiana y, furtivamente, como si desertaran, de uno en uno, de dos en dos, se deslizaban y se iban.

Jesús, afligido, se echó sobre los viejos mármoles. Nadie le tendió la mano para darle las buenas noches, nadie le preguntó si sentía hambre o si tenía donde pasar la noche. Tenía el rostro vuelto hacia la tierra, que se oscurecía, y oía las pisadas presurosas que se alejaban y se perdían. Y de pronto, silencio. Alzó la cabeza: nadie. Miró a su alrededor. Oscuridad. Los

hombres se habían ido, sobre él, sólo las estrellas, y en su interior, sólo el cansancio y el hambre. ¿Adónde ir? ¿A qué puerta llamar? Se acurrucó en el suelo y comenzó a quejarse: «Los zorros tienen una madriguera para dormir —murmuró—, y yo no la tengo...». Cerró los ojos para impedir que las lágrimas rodaran por sus mejillas y se arrebujó en la túnica blanca, porque con la noche había caído un frío cortante y tiritaba.

De improviso oyó un suspiro detrás de los bloques de mármol y un débil llanto. Abrió los ojos. Distinguió a una mujer que en la oscuridad se arrastraba con el vientre comprimido contra el suelo y se acercaba a él. Se desató los cabellos y comenzó a enjugarle los pies desollados por las piedras, la reconoció por el perfume.

—Magdalena, hermana mía —dijo y posó la mano en la cabeza cálida y perfumada—, Magdalena, hermana mía, vuelve a tu casa y no peques más.

—Jesús, hermano mío —dijo ella sin dejar de besarle los pies—, déjame seguirte hasta la muerte. Ahora sé lo que es el amor.

—Vuelve a tu casa —repitió Jesús—. Cuando llegue el momento te llamaré.

—Quiero morir por ti, mi amor— insistió la mujer.

—Llegará el momento, Magdalena. No tengas prisa, aún no ha llegado. Entonces te llamaré. Pero ahora vete...

Magdalena iba a resistirse, pero la voz sonó ahora muy severa:

—Vete.

Magdalena comenzó a descender por la cuesta; durante un rato se oyeron sus leves pisadas, luego se apagaron paulatinamente. Sólo quedaba en el aire el perfume de su cuerpo. Pero sopló la brisa nocturna y se lo llevó.

El hijo de María estaba ahora completamente solo. Sobre él, Dios, con sus rostro nocturno, tenebroso, salpicado de estrellas. Aguzó el oído en la oscuridad estrellada, como si quisiera oír una voz. Esperó pero no oyó nada. Quería abrir la boca y preguntar al Invisible: «¿Estás satisfecho de mí, Señor?». Pero no se atrevía. Quería preguntar muchas cosas al Invisible, pero no se atrevía. El repentino silencio que se había extendido a su alrededor le aterrorizaba. «Seguramente no debe estar

satisfecho de mí —pensó y se estremeció—. Pero ¿qué culpa tengo yo, Señor? ¡Te lo decía! ¿Cuántas veces te lo he dicho? ¡No puedo hablar! Sin embargo, tú me empujabas sin cesar, unas veces riéndote, otras airado, y esta mañana, en el monasterio, en el momento en que los monjes iban tras de mí para hacerme abad, ¡a mí!, ¡a mí, que soy indigno!, y habían atrancado todas las puertas para que no pudiera huir, ¡tú me abriste un portillo secreto, me agarraste por los cabellos y me arrojaste aquí, ante tantos hombres! “¡Habla, ha llegado la hora!”, me ordenaste. Pero yo mantenía apretados los labios, callaba. Tú gritabas, pero yo callaba. Y ya no aguantaste más, te lanzaste sobre mí, me abriste la boca. No la abrí yo, me la abriste tú por la fuerza, me frotaste los labios, no con brasas como acostumbras a frotar los labios de los profetas, sino con miel. Y hablé. Mi corazón estaba encolerizado, me incitaba a gritar, como tu profeta el Bautista: “¡Dios es fuego, ya llega! ¿Dónde os ocultaréis, hombres sin ley, injustos, miserables? ¡Ya llega!”. Esto quería gritar mi corazón, pero Tú me frotaste los labios con miel y grité: “¡Amor! ¡Amor!”.

»Señor, Señor, no puedo luchar contra ti. Esta noche entrego las armas. ¡Que se haga tu voluntad!».

Dijo, y se sintió aliviado. Inclino la cabeza sobre el pecho como un ave somnolienta, cerró los ojos y se quedó dormido. Enseguida le pareció que sacaba de su seno una manzana, que la abría, cogía una semilla y la plantaba ante él, en la tierra, y al plantarla la semilla despuntó por encima de la tierra, sacó un brote, formó un tronco, echó hojas y ramas, floreció, dio frutos, se llenó de manzanas rojas...

Las piedras se removieron, se oyeron pasos de hombre, el sueño se asustó y huyó. Jesús abrió los ojos. Ante él había un hombre. Ya no estaba solo, se alegró. Tranquilamente, en silencio, aceptaba la cálida presencia del hombre.

El visitante nocturno se acercó, se arrodilló.

—Debes tener hambre —dijo—, te traigo pan, pescado y miel.

—¿Quién eres, hermano?

—El hijo de Jonás, Andrés.

—Todos me abandonaron, se fueron, y verdaderamente tenía hambre. ¿Cómo tú, hermano, te has acordado de mí y me traes estos dones de Dios: pan, pescado y miel? Sólo falta una palabra reconfortante.

—También te la traigo —dijo Andrés.

La oscuridad le infundía coraje, Jesús no veía las dos lágrimas que rodaban por las mejillas pálidas del joven ni sus manos, que temblaban.

—Primero eso, la palabra de consuelo, hermano —dijo Jesús, y le tendió la mano sonriendo.

—Rabí [44](#) ... —murmuró el hijo de Jonás, se inclinó y le besó los pies.

[43](#) La Osa Mayor.

[44](#) En hebreo significa «maestro», «versado en las Escrituras». Mantenemos este término cuando así lo emplea el autor.

XIV

El tiempo no es un campo que se mida por pies, no es un mar que se mida por millas; es un latido del corazón. ¿Cuánto tiempo duraron aquellos esponsales? ¿Días? ¿Meses? ¿Años? El hijo de María iba de aldea en aldea, de montaña en montaña, y, a veces, en barca, de una orilla a otra del lago, alegre, compasivo, con una palabra de consuelo en los labios, vestido de blanco, como un novio y la Tierra era la desposada. Ponía el pie en el suelo, lo levantaba y la tierra se cubría de flores. Miraba los árboles y florecían, se levantaba una brisa de popa cuando subía a la barca; los hombres le oían y el barro que tenían en su interior se transformaba en un ala. Durante todo aquel tiempo que duraron los esponsales, levantabas una piedra y debajo de ella encontrabas a Dios; llamabas a una puerta y salía Dios a abrirte; mirabas a los ojos de un amigo, de un enemigo y veías en sus pupilas a Dios que te sonreía.

Los fariseos sacudían la cabeza con rabia:

—Juan el *Bautizador* ayuna, llora, amenaza, no ríe. Pero tú, allí donde hay una boda o una jarana, eres el primero y el más lanzado, comes y bebes, ríes. Anteayer, en Caná, en una boda, no tuviste ningún empacho en ponerte a bailar con las muchachas. ¿Se ha oído alguna vez que un profeta ría y baile?

Lo miraban con ojos abiertos y le reprendían. Él sonreía:

—Yo no soy un profeta, fariseos, hermanos —les respondía—. No soy un profeta, soy un novio.

—¿Un novio? —aullaban los fariseos y hacían ademán de rasgarse las vestiduras.

—Un novio, fariseos, hermanos. ¿Cómo decíroslo de otra forma? No sé, perdonadme.

Se volvía hacia sus compañeros Juan Andrés, Judas, hacia los campesinos y los pescadores que estaban subyugados por la dulzura de su rostro y abandonaban, para oírlo, sus campos, sus

barcas y sus mujeres, que corrían tras ellos con los niños de pecho en brazos.

—Alegraos, regocijaos —les decía— mientras el novio esté con vosotros. Llegarán días de viudedad y orfandad, pero poned vuestras esperanzas en el Padre. ¿No veis cómo se muestran confiadas las flores del campo y las aves del cielo? No siembran, no siegan, y el Padre las alimenta. No hilan, no tejen y, sin embargo, ¿qué rey ha podido vestirse jamás con tal suntuosidad? No os preocupéis por vuestro cuerpo, por lo que va a comer, a beber o con qué se va a vestir. Fue tierra y en tierra se convertirá. ¡Preocupaos por vuestra alma inmortal y por el reino de los cielos!

Judas lo escuchaba y fruncía el ceño. A él no le importaba nada el reino de los cielos, su gran preocupación era el reino de la tierra. Ni siquiera el de toda la tierra, únicamente de la tierra de Israel. Esa tierra estaba hecha de piedras y hombres, no de oraciones y nubes, y los romanos, bárbaros e idólatras, la estaban pisoteando. Primero había que expulsar de allí a los invasores y luego se pensaría en el reino de los cielos.

Jesús veía el rostro ceñudo de Judas, leía sus secretos pensamientos en las arrugas que surcaban su frente y sonreía:

—Judas, hermano —le decía—, el cielo y la tierra son una misma cosa, la piedra y la nube son una misma cosa; el reino de los cielos no está en el aire sino en nosotros, en nuestro corazón. De él hablo. Cambia tu corazón y el cielo y la tierra se abrazarán, israelitas y romanos se abrazarán y todo el mundo se unirá.

Pero el de la barba pelirroja hilaba y devanaba su cólera, tenía paciencia, esperaba: «Este iluminado no sabe lo que dice —murmuraba para sí—. No sabe qué es lo que está pasando. Sólo si cambia el mundo cambiará mi corazón. ¡Sólo si los romanos desaparecen de la tierra de Israel me sentiré aliviado!».

Un día, el hijo menor de Zebedeo habló a Jesús:

—Rabí —le dijo—, no me gusta Judas, perdóname. Cuando me acerco a él, una fuerza sombría emana de su cuerpo, millares de agujas finas, muy finas, que me hieren. Y anteayer, en el crepúsculo, vi a un ángel negro que se inclinaba sobre su oído y le cuchicheaba. ¿Qué le decía?

—Presiento lo que le decía —respondió Jesús, y suspiró.

—¿Qué? Tengo miedo, rabí, ¿qué le decía?

—Lo sabrás cuando llegue el momento, hermano. Tampoco yo lo sé aún muy bien.

—¿Por qué lo llevas contigo? ¿Por qué le permites que te siga día y noche? Y cuando le hablas tu voz es más dulce que cuando nos hablas a nosotros ¿Por qué?

—Así ha de ser, Juan, hermano. Él necesita más amor.

Andrés seguía al nuevo maestro y día a día el mundo cambiaba, se dulcificaba. ¡No cambiaba el mundo, sino su corazón! Ya no era pecado comer y reír, la tierra se había vuelto más firme y el cielo se inclinaba sobre ella como un padre. Y el día del Señor no era un día de cólera e incendio, no era el fin del mundo, era la siega, la vendimia, la boda, el baile, la pureza del mundo que se renueva sin cesar. Cada día que amanecía se renovaba la tierra, y Dios volvía a darle su palabra de que la mantendría en su santa mano.

Pasaban los días y Andrés se apaciguaba, se reconciliaba con la comida y con la risa, sus pálidas mejillas recuperaban el color. Y cuando a mediodía o por la tarde se echaban bajo un árbol o los invitaban en alguna casa, y Jesús tomaba, como acostumbraba, el pan, lo bendecía y lo repartía, súbitamente las entrañas de Andrés se transustanciaban en pan y le transformaban en amor y alegría. Sólo de tarde en tarde se acordaba de los suyos y suspiraba.

—¿Qué será del anciano Jonás y de Zebedeo? —dijo un día, y su mirada se perdió a lo lejos, como si los dos viejos estuvieran en los confines del mundo—. ¿Dónde estarán Santiago y Pedro? ¿Por dónde andarán padeciendo?

—A todos los encontraremos— respondió Jesús sonriendo—. Todos nos encontrarán, no te preocupes, Andrés. Los patios del Padre son vastos, habrá sitio para todos.

Un atardecer Jesús entró en Betsaida; los niños corrieron a darle la bienvenida, agitando ramas de olivo y palmas. Las puertas se abrían, salían las mujeres, abandonaban las faenas domésticas para correr tras él y escuchar sus palabras de consuelo. Los hijos llevaban a cuestas a sus padres paralíticos,

los nietos guiaban de la mano a sus abuelos ciegos, los hombres vigorosos tiraban de los poseídos y corrían tras él para que pusiera la mano sobre ellos y los curara.

Aquel día, casualmente, Tomás, el buhonero, visitaba la aldea cargado como un burro y hacia sonar el cuerno pregonando sus mercancías: peines, hilos, pendientes de plata, pulseras de bronce y afeites milagrosos para las mujeres. Jesús lo vio y de repente, el aire se movió: aquel no era ya Tomás, el mercader bisojo, tenía en la mano una plomada, se encontraba en un país lejano y a su alrededor trabajaba una gran multitud de albañiles y peones que acarreaban piedras y cal. Se veía un enorme almacén y columnas de mármol. Se estaba construyendo un gigantesco templo, y Tomás, maestro de albañil, corría de un lado a otro y usaba la plomada... El ojo de Jesús pestañeó, parpadeó, y Tomás se encontró ante él, cargado con su mercancía, y sus ojillos maliciosos y bizcos sonreían. Jesús puso la mano sobre él.

—Tomás —le dijo—, ven conmigo; te cargaré con otras mercancías, con especias y adornos del alma, para que vayas a los confines del mundo, las pregones y las repartas entre los hombres.

—Déjame vender primero éstas —dijo el avisado comerciante riendo—, y luego ¡ya se verá!

Y sin más levantó su atiplada voz y empezó a pregonar los peines, los hilos y los afeites.

Uno anciano notable, muy rico, desalmado y transgresor de la Ley, se encontraba en su puerta y con los brazos abiertos apoyados en los quicios, observaba con curiosidad a la turbamulta que se acercaba. Iba delante un tropel de niños, agitaban palmas y ramas de olivo, llamaban a las puertas, voceaban: «¡Ya está aquí, está aquí, está aquí el hijo de David!». Los seguía tranquilo, sonriente, un hombre vestido de blanco, con los cabellos sobre los hombros. Extendía los brazos a derecha e izquierda, como si bendijera las casas. Tras él corrían hombres y mujeres que se disputaban tocarlo para adquirir fortaleza y santidad. Más atrás, ciegos y paralíticos. Las puertas no dejaban de abrirse y acudían más hombres y mujeres.

—¿Quién es éste ahora? —preguntaba el anciano notable, inquieto, con las manos fuertemente apoyadas en los quicios, no fuera a ser que entraran en tromba en su casa y la saquearan.

—Es el nuevo profeta, anciano Ananías —le respondió un hombre que se detuvo—. Este hombre vestido de blanco que estás viendo lleva en una mano la vida y en la otra la muerte, y las reparte como le viene en gana. Por tu bien te lo digo, gánatelo.

El anciano Ananías se asustó al oírlo. Tenía en el alma enormes cargas y a menudo se despertaba de noche sobresaltado, con la lengua paralizada por el miedo. Tenía malos sueños, que estaba en el Infierno hundido hasta el cuello en llamas y se quemaba... ¿Acaso aquel hombre podía salvarlo? «En el mundo todo es magia, este hombre es mago, invitémoslo a nuestra mesa, no escatimemos en gastos, que coma, quizá haga un milagro».

Tomó la decisión, fue hasta el centro de la calle, se llevó la mano al corazón:

—Hijo de David —dijo—, soy el anciano Ananías. Soy pecador y tú eres santo. Supe que te has dignado venir a nuestra aldea, te he preparado una mesa llena de ricos manjares para que disfrutes de ellos, ven si lo deseas. Los santos vienen al mundo por nosotros, los pecadores. Mi casa tiene sed de santidad.

Jesús se detuvo:

—Tus palabras son amables, anciano Ananías —dijo—. ¡Bien hallado!

Entró en la rica casa, llegaron los esclavos, pusieron mesas en el patio, llevaron cojines, Jesús se recostó, a su derecha y a su izquierda se recostaron Juan, Andrés, Judas y el taimado Tomás, que se había hecho discípulo para comer. Enfrente se instaló el anciano dueño de la casa, que devanaba en su mente de qué modo conducir la conversación para hablar de sueños y hacer que el exorcista los exorcizara. Llegaron las viandas y dos cántaras de vino. El pueblo, de pie, los miraba comer y hablar del tiempo, de Dios y de los viñedos. Comieron, bebieron, los esclavos llevaron aguamaniles, los invitados se lavaron las manos, y ya se disponían a levantarse cuando el anciano

Ananías no pudo resistir más: «He hecho un gasto importante — pensó—, lo he agasajado en mi mesa, él y sus acompañantes han comido y bebido, es justo que ahora pague».

—Maestro —dijo—, tengo malos sueños y sé que tú eres un reputado exorcista. Yo he hecho lo que he podido por ti, haz tú algo por mí ahora. Apiádate de mí, conjura mis sueños. Dicen que hablas y exorcizas por medio de parábolas. Di, pues, una parábola, yo comprenderé su sentido oculto y me curaré. ¿No es todo magia? Emplea tu magia.

Jesús sonrió. Miró al anciano a los ojos. Había visto muchas veces, estremeciéndose, las ávidas mandíbulas de los saciados, sus sebosos cogotes, sus ojos inquietos y codiciosos. Comen, beben, ríen, todo les pertenece, roban, bailan, fornican y no se dan cuenta de que se están quemando en el Infierno. Sólo de cuando en cuando, mientras duermen, abren los ojos y ven... Jesús miraba sin cesar al viejo glotón, sus carnes, sus ojos, su miedo. Y en su interior la verdad se transformó una vez más en un cuento.

—Abre tus oídos, anciano Ananías —dijo—, abre tu corazón. Te hablaré.

—Tengo abiertos los oídos, tengo abierto el corazón, ¡sea en buena hora!, te escucho.

—Había una vez, anciano Ananías, un hombre rico injusto y desalmado; comía, bebía, vestía ropas de seda y de púrpura, y nunca daba ni un vaso de agua a su vecino Lázaro, que tenía hambre y frío y se arrastraba bajo la mesa para recoger las migajas de pan y chupar los huesos. Pero los esclavos le echaban fuera y él se sentaba en el umbral y llegaban los perros y le lamían las llagas. Cuando llegó la hora señalada murieron los dos. Uno fue al fuego eterno, el otro, al seno de Abraham. Un día el rico abrió los ojos y vio a su vecino Lázaro que reía y gozaba en el seno de Abraham. Lanzó un grito: «¡Padre Abraham, padre Abraham, envíame a Lázaro, que se moje la punta de los dedos y me refresque la boca, me abraso!». Pero Abraham le respondió: «Recuerda cuando comías y bebías y gozabas de los bienes el mundo y él pasaba hambre y frío.

¿Alguna vez le diste siquiera un vaso de agua? ¡Pues bien, ahora le toca a él disfrutar y a ti abrazarte por toda la eternidad!».

Jesús suspiró y calló. El viejo Ananías, con la boca abierta, esperaba seguir escuchando, tenía los labios y la garganta secos. Miró a Jesús con actitud suplicante:

—¿Y ya está? —preguntó con voz trémula—. ¿Ya está? ¿Eso es todo?

Judas se echó a reír:

—Le estuvo bien empleado —dijo—. El que come y bebe demasiado en la tierra se llevará un doloroso chasco en los Infiernos.

Pero el hijo menor de Zebedeo se inclinó sobre el pecho de Jesús:

—Rabí, tus palabras no han aliviado mi corazón —susurró—. Nos has dicho muchas veces: «Perdona a tu enemigo, ámalo. Aunque te haga daño siete veces y setenta veces siete, hazle el bien siete veces y setenta veces siete. Sólo así se hará desaparecer del mundo la iniquidad». ¿Y ahora Dios no puede perdonar?

—Dios es justo —soltó el pelirrojo y lanzó una mirada sarcástica al anciano Ananías.

—Dios es la suma bondad —replicó Juan.

—¿Entonces no hay esperanza? —balbució el viejo propietario—. ¿La parábola ha terminado?

Tomás se levantó, dio una zancada en dirección a la puerta de la calle. Se detuvo.

—No, no ha terminado, señor mío —dijo burlonamente—. Continúa.

—Pues dime el final, hijo mío, tienes mi bendición...

—El rico se llamaba Ananías —dijo.

Agarró el hatillo con sus mercancías y salió de la casa. Se detuvo en medio de la calle y se echó a reír a carcajadas con los vecinos.

Al viejo notable la sangre le subió a la cabeza, sus ojos se ensombrecieron.

Jesús tendió la mano, acarició los cabellos ensortijados de su amado compañero:

—Juan —dijo—, todos tienen oídos y han oído; todos tienen inteligencia y han juzgado, «Dios es justo» han dicho, pero no han podido ir más allá. Tú, en cambio, tienes corazón y has dicho: «Dios es justo pero eso no basta, también es la suma bondad». Esta parábola no es posible. Ha de tener otro final.

—Rabí —dijo el joven—, perdóname. Realmente esto es lo que dijo mi corazón: «¿El hombre perdona pero Dios no?». No es posible, es una gran blasfemia. Es preciso que la parábola tenga otro final.

—Y lo tiene, querido Juan —dijo Jesús, sonriendo—. Escucha, anciano Ananías, para que tu corazón se tranquilice. Escuchad también todos los que estáis en el patio, y vosotros, vecinos, que os partís de risa en la calle. Dios no es sólo justo, también es bueno. Y no sólo es bueno, también es Padre. Lázaro oyó las palabras de Abraham, suspiró: «Dios mío —dijo para sus adentros—, ¿cómo puede alguien ser feliz en el Paraíso sabiendo que hay un hombre, un alma, que arde por toda la eternidad? Refréscalo, Señor, para que yo me sienta refrescado. Libéralo, Señor, para que yo me sienta liberado. De lo contrario, yo también comenzaré a quemarme». Y Dios oyó su pensamiento, se regocijó: «Amado Lázaro —dijo—, baja y coge de la mano al sediento. Mis manantiales son inagotables, tráelo para que beba y se refresque, y te refresques tú con él». «¿Por toda la eternidad?» —preguntó Lázaro—. «Por toda la eternidad» —respondió Dios.

Jesús se levantó, calló. La noche se había extendido, el pueblo se dispersó cuchicheando, hombres y mujeres volvían a sus pobres casuchas de barro y su corazón estaba saciado. «¿Puede alimentar la palabra? Sí, puede cuando es reconfortante» —pensaba.

Jesús tendió la mano al anciano dueño de la casa para despedirse pero éste cayó a sus pies:

—Rabí, ¡perdóname! —murmuró, y estalló en sollozos.

* * *

Aquella misma noche, Judas fue a buscar al hijo de María bajo los olivos donde se habían acostado. No podía sosegar. Tenía que verlo, hablarle, examinar la situación, poner las cosas claras. Cuando en casa de Ananías, el transgresor de la Ley, él se alegró de que el rico ardiera en el Infierno y batió palmas y exclamó: «¡Le estuvo bien empleado!», Jesús lo había mirado durante largo rato como si le recriminara, y aquella mirada todavía la tenía clavada dentro. Así pues, tenían que ajustar cuentas, las insinuaciones y las miradas furtivas no le gustaban.

—Bienvenido —dijo Jesús—. Te esperaba.

—Yo no encajo entre los tuyos, hijo de María —dijo sin más preámbulos el de la barba pelirroja—. No tengo el candor y la bondad de tu niño predilecto, Juan; tampoco soy un visionario y un veleta, como Andrés, que se mueve según el viento que sopla. Yo soy una fiera huraña, mi madre me parió a escondidas y me arrojó al desierto y mamé la leche de una loba. Me hice rudo, inflexible y leal. Si amo a alguien me convierto en tierra para que me pise. Pero al que no amo, lo mato.

A medida que hablaba su voz se hacía más áspera. Sus ojos despedían chispas en la oscuridad. Jesús posó la mano en aquella terrible cabeza para apaciguarla. Pero el de la barba pelirroja rechazó la mano pacífica con un brusco movimiento. Suspiró:

—Puedo —dijo pesando una a una sus palabras—, puedo matar también al que amo si veo que se desvía del camino recto.

—¿Cuál es el camino recto, Judas, hermano?

—La salvación de Israel.

Jesús cerró los ojos, no respondió. Las dos llamas que lanzaban destellos en la noche le quemaban. También le quemaban las palabras de Judas. ¿Qué era Israel? ¿Por qué sólo Israel? ¿No somos todos hermanos?

El de la barba pelirroja aguardaba una respuesta, pero el hijo de María callaba. Judas lo cogió por el brazo, lo zarandeó como si quisiera despertarlo.

—¿Has comprendido? —le preguntó—. ¿Has oído lo que te he dicho?

—He comprendido —respondió Jesús abriendo los ojos.

—Te estoy hablando sin pelos en la lengua, para que sepas quién soy y qué quiero y para que me des una respuesta. ¿Quieres o no quieres que vaya contigo? Deseo saberlo.

—Quiero, Judas, hermano.

—¿Y me vas a dejar decir mi opinión libremente, contradecirte, decir «no» cuando tú dices «sí»? Porque, te lo digo para que lo sepas, todos pueden escucharte y quedarse con la boca abierta pero yo no. No soy un esclavo; tenlo bien claro; soy un hombre libre.

—La libertad es lo que busco también yo, Judas, hermano.

El de la barba pelirroja se puso en pie de un salto, agarró a Jesús por un hombro:

—¿Quieres liberar a Israel de los romanos? —le inquirió, y su aliento abrasaba.

—Quiero liberar el alma del pecado.

Judas soltó con rabia el hombro de Jesús, golpeó con el puño el tronco del olivo:

—Aquí se separan nuestros caminos —gruñó y miró a Jesús cara a cara con animadversión—. Primero libera de los romanos el cuerpo y luego liberarás el alma del pecado. Este es el camino, ¿puedes seguirlo? No se empieza a construir una casa por el tejado, se empieza por los cimientos.

—El alma es los cimientos, Judas.

—¡El cuerpo es los cimientos, hijo de María! Por él has de empezar. Te lo he dicho una vez y te lo repito. Presta atención, sigue el camino que te indico. Por eso te sigo, entérate, para mostrarte el camino.

Desde el olivo de al lado, Andrés oyó en sueños la discusión. Se despertó. Aguzó el oído. Eran la voz del rabí y otra voz bronca y airada. Se inquietó. ¿Habían ido durante la noche a hacer daño al rabí? Él sabía bien que por donde el maestro pasaba, dejaba tras de sí muchos jóvenes y mujeres y una gran muchedumbre de pobres que lo amaban; pero también muchos ricos, poderosos y viejos que le odiaban y querían su perdición. ¿Habían enviado aquellos inicuos a algún mocetón para que le pegara? Se arrastró a gatas en la oscuridad hacia las voces. El de la barba pelirroja oyó el ruido, se incorporó:

—¿Quién está ahí? —gritó.

Andrés reconoció la voz:

—Soy yo, Judas —respondió—, Andrés.

—Vete a dormir, hijo de Jonás. Estamos hablando de cosas nuestras.

—Duérmete, Andrés, hijo mío —dijo Jesús.

Judas bajó la voz. Jesús sentía su espeso aliento sobre el rostro.

—Acuérdate de que en el monasterio te revelé que la hermandad me había asignado la misión de matarte, pero en el último momento me arrepentí. Enfundé la daga y salí del monasterio al amanecer, como un ladrón.

—¿Por qué te arrepentiste, Judas, hermano? Yo estaba preparado.

—Esperaba.

—¿Qué esperabas?

Judas calló, y de pronto:

—Ver si eres Aquel que Israel espera.

Jesús sintió un escalofrío. Se apoyó en el tronco del olivo, todo su cuerpo temblaba.

—¡No quiero apresurarme y matar al libertador! ¡No quiero! —gritó Judas, y se enjugaba la frente, que súbitamente se le había cubierto de sudor.

Aspiró profundamente:

—Me dije que quizá ni tú mismo lo supieras. «He de tener paciencia. Tengo que dejarle para que veamos lo que dice y lo que hace. Si no es Aquel que esperamos, siempre tendré tiempo de matarlo». Esto es lo que pensé y por eso te dejé vivir.

Respiraba agitadamente, escarbaba la tierra con el dedo gordo del pie. De pronto agarró a Jesús por el brazo, su voz sonó más áspera, desesperada:

—No sé cómo llamarte: ¿hijo de María, hijo del carpintero, hijo de David? Aún no sé quién eres. Pero tampoco tú lo sabes. Es preciso que los dos lo sepamos para sentirnos aliviados, ¡esto no puede durar más! No tengas en cuenta a los otros, ellos te siguen, balando como borregos. No hagas caso de las mujeres que te admiran y lloran, son mujeres, tienen corazón pero no

cabeza, no las necesitamos. Nosotros dos hemos de saber quién eres, qué es esa llama que te abrasa, ¿es el Dios de Israel o es el Demonio? ¡Hemos de saberlo, hemos de saberlo!

Todo el cuerpo de Jesús temblaba.

—¿Qué hemos de hacer, Judas, hermano? ¿Cómo vamos a conseguirlo? Ayúdame.

—Hay un modo.

—¿Cuál?

—Vayamos a Juan el *Bautizador*. Él nos lo dirá. Él grita: «¡Ya llega! ¡Ya llega!». En cuanto te vea sabrá si eres tú o no el que llega. Tú te quedarás tranquilo y yo sabré lo que debo hacer.

Jesús se sumió en una profunda reflexión. ¡Cuántas veces le había dominado aquella angustia y había caído en tierra de bruces con convulsiones, echando espuma por la boca, y los hombres creían que estaba poseído por el demonio y pasaban de largo, espantados! Pero él estaba en el séptimo cielo, su espíritu había escapado de la jaula, ascendía, llamaba a la puerta de Dios y preguntaba: «¿Quién soy? ¿Para qué he nacido? ¿Qué he de hacer para salvar el mundo? ¿Cuál es el camino más corto? ¿Mi muerte, acaso?».

Levantó la cabeza, vio a Judas inclinado sobre él:

—Judas, hermano —dijo—, acuéstate junto a mí; Dios llegará como un sueño y se apoderará de nosotros y mañana nos pondremos en camino muy temprano para encontrarnos con el profeta de Judea. Se hará la voluntad de Dios. Estoy preparado.

—También yo estoy preparado —dijo Judas y se acostaron el uno junto al otro.

Los dos debían estar muy cansados porque se durmieron inmediatamente. Andrés se despertó el primero al amanecer y los encontró durmiendo abrazados.

* * *

Cayó el sol sobre el lago, el mundo se iluminó. El de la barba pelirroja iba delante y abría camino, Jesús, detrás con sus dos leales, Juan y Andrés. Tomás tenía aún mercancía que vender y se había quedado en la aldea. «No está mal lo que dice el hijo de

María —rumiaba el muy taimado que no se fiaba de nadie—, los pobres comerán y beberán a placer en la eternidad cuando hayan estirado la pata. Pero, entretanto, ¿qué pasa con nosotros en este mundo? Mucho ojo, Tomás, desdichado, no te dejes engañar. Para estar más seguros lo mejor es que lleve dos clases de género en el cesto: arriba, a la vista, los peines y los afeites, y abajo, en el fondo, para los clientes entendidos, el reino de los cielos». Soltó una risita pícaro, volvió a cargarse el hatillo a la espalda, tocó el cuerno y, muy de mañana, con voz atiplada, empezó a pregonar por las callejuelas de Betsaida las mercancías terrenales.

En Cafarnaúm, Pedro y Santiago se habían levantado al rayar el alba y sacaban juntos el copo. Ya se veían los peces saltando en la red y brillando con el sol. En otra ocasión los dos pescadores se hubieran alegrado de sentir tanto peso en el palangre, pero aquel día ambos tenía la mente muy lejos y no hablaban. No hablaban, pero en su interior los dos la emprendían ora con su destino, que los mantenía atados a aquel lago desde hacía generaciones, ora con su propio espíritu, que calculaba y volvía a calcular sin permitir que su corazón volara.

«¿Es vida esto? —clamaban en su fuero interno—, ¿echar las redes, capturar pescados, comer, dormir, que amanezca Dios y volver a empezar la misma tarea, siempre lo mismo, todos los días, todo el año, toda la vida? ¿Hasta cuándo, hasta cuándo, hasta que nos muramos?». Antes nunca se habían hecho tales reflexiones, sus corazones, tranquilos, seguían un camino secular sin rechistar. Así habían vivido sus padres; así también sus abuelos, años y años a la orilla de aquel mismo lago, luchando con los peces. Un día cruzaban los leñosos brazos y morían. Entonces venían sus hijos y nietos y seguían el mismo camino sin rechistar... Ellos dos, Pedro y Santiago no lo habían pasado mal hasta el presente, no podían quejarse. Pero últimamente, de repente, el mundo se les había quedado estrecho, se ahogaban. Miraban a lo lejos, más allá del lago, ¿qué?, ¿adónde? Ni ellos mismos lo sabían. Se ahogaban.

Y por si aquel tormento fuera poco, pasaban además caminantes que cada día traían noticias nuevas: los paralíticos,

decían, echan a andar, los ciegos ven la luz, los muertos resucitan... «¿Quién es este nuevo profeta? —les preguntaban los transeúntes—, vuestros hermanos están con él, así que vosotros tenéis que saberlo. Dicen que no es el hijo del carpintero de Nazaret, sino el hijo de David, ¿es cierto?». Pero ellos se encogían de hombros, volvían a inclinarse sobre los palangres y les daban ganas de llorar para sentirse aliviados. A veces, cuando los caminantes se alejaban, Pedro se volvía hacia su compañero: «¿Tú te crees esos milagros, Santiago?» —le preguntaba—. «¡Jala el copo y calla!» —le respondía el dicharachero hijo de Zebedeo, y de un brusco tirón acercaba hacia él la red cargada.

Aquel día, al amanecer, pasó un arriero:

—Dicen que el nuevo profeta ha comido en casa del avaro Ananías, en Betsaida. Cuando terminó de comer, los esclavos le llevaron agua y se lavó, se acercó al viejo Ananías y, al parecer, le dijo unas palabras al oído. De golpe la mente del viejo se turbó, estalló en sollozos y empezó a repartir sus riquezas entre los pobres.

—¿Qué le dijo? —preguntó Pedro y sus ojos volvieron a perderse a lo lejos, más allá del lago.

—¡Ah, si yo lo supiera —dijo el arriero y se echó a reír—, lo soplaría en el oído de todos los ricos para que la pobreza cesara un poco...! ¡Adiós! ¡Buena pesca! —dijo y siguió su camino.

Pedro se volvió para hablar a su compañero, pero enseguida se arrepintió. ¿Qué iba a decirle? ¿Más palabras? ¡Ya estaba harto de palabras! Le dieron ganas de dejarlo todo, de levantarse, coger la puerta e irse. ¡Irse! La casucha de Jonás le venía ya pequeña, y también aquella palangana, el lago de Genesaret. «¡Esto no es vida, no es vida! —murmuró—, ¡tengo que irme!».

Santiago se volvió:

—¿Qué estás farfullando? —le preguntó—. ¡Cállate!

—¡Que el diablo me lleve! ¡Nada! —respondió Pedro y se puso a tirar de la red con rabia.

Y justo en ese momento, apareció Judas en la verde colina donde Jesús había hablado por primera vez. Empuñaba un

bastón nudoso que había arrancado de un roble en el camino, golpeaba con él en el suelo y caminaba. Tras él aparecieron, jadeando, los otros compañeros. Se detuvieron un instante en la cima para mirar a su alrededor. El lago brillaba feliz, el sol lo acariciaba y él reía. En su superficie, blancas y rojas, como mariposas, las barcas de pesca, y por encima, los pescadores con alas, las gaviotas. Detrás, zumbaba Cafarnaúm. El sol estaba alto, el día era espléndido.

—¡Ahí está Pedro! —dijo Andrés, señalando hacia abajo, a su hermano que jalaba las redes.

—¡Y Santiago! —dijo Juan, suspirando—. Aún no pueden despegarse de la tierra...

Jesús sonrió:

—No te apenes, querido compañero —dijo—. Echaos aquí todos para descansar, yo iré a traerlos.

Echó a andar la cuesta abajo. Caminaba ligero, con paso leve: «Como un ángel —pensó Juan, admirándolo—. No le faltan más que las alas». Bajaba pisando de piedra en piedra. Llegó a la orilla, aminoró el paso. Se detuvo detrás de los dos pescadores que estaban inclinados. Permaneció largo rato inmóvil, mirándolos. Los miraba y no pensaba en nada, sólo sentía una fuerza que salía de él; se consumía. El mundo se aligeraba de peso, flotaba en el aire, bogaba como una nube sobre el lago y junto con él se aligeraban y flotaban los dos pescadores. Su red se deificaba. Aquello ya no era una red, ni aquello eran peces. Eran hombres, millares de hombres felices que bailaban.

Los dos pescadores sintieron de pronto un dulce y extraño hormigueo en la coronilla. Se asustaron. Se irguieron, se volvieron. Jesús seguía allí en pie, inmóvil, en silencio y los miraba.

—¡Perdónanos, rabí! —exclamó Pedro, avergonzado.

—¿Por qué, Pedro? ¿Qué habéis hecho que tenga que perdonaros?

—Nada —murmuró Pedro, y de pronto—: ¿Esto es vida? ¡Estoy harto!

—¡Y yo! —dijo Santiago y dejó caer al suelo el palangre.

—Venid —dijo Jesús, y tendió las manos—. Venid y os haré pescadores de hombres.

Tomó a cada uno de una mano, se puso en medio:

—Vamos —dijo.

—¿Sin despedirme del viejo Jonás? —dijo Pedro, que pensó en su padre.

—No vuelvas la cabeza, Pedro. No tenemos tiempo. Vamos.

—¿Adónde? —preguntó Santiago, vacilando.

—¿Por qué lo preguntas? No es tiempo ya de preguntas, Santiago. Vamos.

En ese momento, el viejo Jonás, inclinado sobre la lumbre, cocinaba y esperaba a su hijo Pedro para comer. Sólo le quedaba un hijo, ¡que Dios lo guarde!, Pedro, un muchacho sensato y cabal. Al otro, Andrés, hacía tiempo que lo había dejado por imposible. Iba ora con un charlatán, ora con otro y dejaba a su anciano padre que luchara solo con los vientos y con la vieja barca, que remendara las redes, cocinara y limpiara la casa. Desde que había muerto su vieja esposa él tenía que vérselas con todos aquellos demonios domésticos. «Pero, Pedro, ¡bendito sea!, él me ayuda aún y me da ánimos». Probó el guiso, estaba listo. Miró el sol: era casi mediodía. «Tengo hambre —murmuró—, pero le esperaré. No empezaré a comer». Cruzó los brazos y esperó.

Más allá, la casa del viejo Zebedeo estaba abierta, el patio lleno de cestos y de cántaros, y en un rincón, el alambique. Por aquellos días vaciaban los calderos de las cascas, y de la masa pulposa obtenían el orujo y toda la casa olía a aguardiente. El viejo Zebedeo estaba sentado con su mujer bajo la parra pelada, ante una mesita baja y almorzaban. El viejo Zebedeo masticaba sin dientes y hablaba de sus bienes e intereses. Desde hacía tiempo tenía puesto el ojo en la casita de su vecino, el viejo Nahum, que le debía dinero y no podía pagarle. La semana siguiente, Dios mediante, la sacaría a subasta. Él la adquiriría. Hacía años que lo deseaba, para tirar el muro medianero y ampliar su patio. Tenía lagar, pero quería tener una almazara para que todo el pueblo prensara allí su aceituna y él cobraría un porcentaje. ¿Pero dónde iba a poner el trujal? Le era

absolutamente necesario quedarse con la casita del viejo Nahum...

La anciana Salomé le oía y pensaba en su hijo menor, Juan, su niño mimado. ¿Por dónde andaría? ¡Qué miel destilaban los labios del nuevo profeta, cómo le gustaría volver a verlo! ¡Escucharlo hablar otra vez, haciendo bajar a Dios al corazón del hombre! «Mi hijo ha hecho bien, ha tomado el buen camino, ¡bendito sea! Yo tuve un sueño anteayer, soñé que cerraba de golpe la puerta tras de mí, abandonaba esta casa con las despensas repletas y sus lagares y patios y partía tras él, corría a su lado, descalza, hambrienta, y por primera vez sentía qué significa la felicidad...».

—¿Oyes lo que te digo? —le preguntó el viejo Zebedeo, que por un momento había visto una mirada soñadora en la anciana —. ¿Dónde tienes puesta la mente?

—Te escucho —le respondió, y lo miró como si lo viera por primera vez.

En aquel momento se oyeron en la calle voces conocidas, el viejo alzó la vista.

—¡Aquí están! —exclamó.

Vio al hombre vestido de blanco y, a derecha e izquierda de él, a sus dos hijos. Corrió hasta el umbral con el bocado en la boca.

—¡Eh, muchachos! —gritó—. ¿Hacia dónde vais? ¿Así se pasa delante de mi casa? ¡Deteneos!

—¡Tenemos tarea, viejo Zebedeo! —le respondió Pedro.

Los demás seguían andando.

—¿Qué tarea?

—¡Un buen embolado! —dijo Pedro y estalló en una carcajada.

—¿Tú también, Santiago, tú también? —gritó el viejo, con los ojos saliéndosele de las órbitas. Tragó sin masticar el bocado; se le atragantó.

Entró en la casa, miró a su mujer y ella meneó la cabeza:

—Despídete de tus hijos, Zebedeo —dijo—. Nos los ha quitado.

—¿Crees que a Santiago también? —dijo el viejo lleno de zozobra—. ¡Pero él era sensato! ¡No es posible!

La vieja Salomé calló. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo iba a entenderlo? Se levantó, ya no tenía hambre, se quedó de pie en el umbral mirando el alegre grupo que tomaba la calzada real que, siguiendo el Jordán, conduce a Jerusalén.

Alzó su ajada mano:

—¡Os doy mi bendición! —musitó en voz baja para que no la oyera su marido.

A la salida del pueblo encontraron a Felipe que apacentaba su rebaño a orillas del lago. Había trepado a un peñasco rojo, estaba apoyado en el cayado e inclinado hacia abajo, miraba el agua del lago. Sobre la superficie azul verdosa veía con admiración moverse su sombra completamente negra. Oyó un ruido de guijarros en la calzada, se irguió, reconoció a los caminantes.

—¡Muy buenas! —gritó—. ¡Aquí estamos! ¿Adónde vais?

—¡Al reino de los cielos! —vociferó Andrés—. ¿Vienes?

—Venga, Andrés, habla en serio. Si vais a Magdala para la boda, iré con vosotros. Natanael me ha invitado, casa a su sobrino.

—¿Y no vas a pasar de Magdala? —le gritó Santiago.

—Tengo rebaños —respondió Felipe—, ¿dónde voy a dejarlos?

—¡En las manos de Dios! —dijo Jesús sin volverse.

—¡Que los devore! —voceó Juan.

«Vaya, estos se han vuelto completamente locos» —pensó el pastor y silbó para reunir su rebaño.

* * *

Los compañeros siguieron su camino, Judas les cogió de nuevo la delantera con su bastón torcido, era el más rápido. El corazón de los jóvenes era un vergel andante, silbaban como mirlos, reían. Pedro se acercó a Judas, que iba en cabeza, era el único que conservaba el rostro sombrío. No silbaba, no reía, abría la marcha y llevaba mucha prisa.

—Judas, una pregunta, ¿realmente adónde vamos? —le dijo Pedro.

Una mitad del rostro del pelirrojo, se rio:

—Al reino de los cielos —respondió.

—Déjate de tonterías. Dime, por Dios, ¿adónde vamos? No me atrevo a preguntárselo al maestro.

—A Jerusalén.

—¡Vaya! —exclamó Pedro y se tiró de sus cabellos grises—. ¡Tres días de camino! De haberlo sabido, hubiera cogido las sandalias, un pan y un pellejo de vino y mi bastón.

Ahora rio todo el rostro del pelirrojo.

—¡Eh, pobre Pedro! —dijo—. ¡Estamos ya metidos en el engranaje, no hay vuelta atrás! Despídete de tus sandalias, de tu pan, de tu vino y de tu bastón. ¿Es que no lo comprendes? Nos hemos ido, Pedro, nos hemos ido del mundo; hemos partido de la tierra y del mar, ¡hemos entrado en el aire!

Se inclinó al oído de Pedro:

—Aún estás a tiempo —le dijo—. ¡Vete!

—¿Adónde voy a ir ahora, Judas? —le replicó Pedro, abrió los brazos, los volvió a todos lados, como si se consumiera—. ¡Todo esto me parece ya insulso! —dijo señalando el lago, las barcas, las casas de Cafarnaúm.

El de la barba pelirroja sacudió su cabezota:

—De acuerdo —dijo—. ¡Entonces no murmures y camina!

XV

Los primeros en sentir su olor fueron los perros de la aldea, y empezaron a ladrar, luego los niños corrieron a Magdala para llevar la nueva:

—¡Ya llega! ¡Ya llega!

—¿Quién llega, niños? —las puertas se abrían, la gente preguntaba.

—¡El nuevo profeta!

Los umbrales de las casas se llenaban de mujeres y de mocitas, los hombres abandonaban su trabajo y los enfermos cobraban ánimos e iban arrastrándose para tocarle. Su nombre se había hecho famoso en los alrededores de Genesaret, los ciegos, los paralíticos, los epilépticos que se habían curado proclamaban de aldea en aldea sus dones y su poder.

—Me tocó los párpados, que estaban en tinieblas, y vi la luz.

—Me ordenó: «¡Tira las muletas y anda!», y empecé a bailar.

—Alimentaba en mí a un ejército de demonios, él alzó la mano y les ordenó: «¡Salid, idos a los cerdos!». E inmediatamente salieron de mí dando patadas y se metieron en los cerdos que comían a la orilla del lago y estos se pusieron frenéticos, se arrojaron al agua, atropellándose unos a otros, y se ahogaron.

Magdalena oyó la buena noticia y salió de su casa. Desde el día en que el hijo de María le había ordenado que se marchara y no pecara, no se había asomado a la puerta de la calle. Lloraba, lavaba su alma con lágrimas, se esforzaba por borrar de su mente su vida pasada, por olvidarlo todo, vergüenzas, placeres, desvelos, para renacer con un cuerpo virgen. Los primeros días se golpeaba a sí misma y sollozaba pero con el tiempo se fue calmando, su dolor se mitigó, los malos sueños que la mortificaban desaparecieron, y ahora todas las noches Jesús venía a sus sueños, abría la puerta como si fuera el dueño de la casa, se sentaba en el patio bajo el granado en flor, cansado,

cubierto de polvo. Venía de muy lejos, los hombres le habían entristecido y Magdalena calentaba agua cada noche y lavaba sus santos pies. Luego se soltaba los cabellos y se los enjugaba con ellos. Él descansaba, sonreía y le hablaba. ¿Qué le decía? Magdalena no se acordaba, pero por la mañana, cuando se despertaba, saltaba de la cama, leve, alborozada, y aquellos últimos días había empezado a cantar como un jilguero, en voz baja para que no la oyeran las vecinas. Y ahora, al oír por los gritos de los niños que Jesús venía, se levantó, se bajó el manto para ocultar su rostro, tantas veces besado —sólo se veían dos grandes ojos negros—, abrió la puerta y salió a encontrarse con él.

Aquella noche la aldea estaba alborotada. Las muchachas se engalanaban, preparaban sus lámparas para ir a la boda. Se casaba el sobrino de Natanael, un buen mozo, atezado, regordete, de nariz porruda, zapatero como su tío. La novia iba cubierta por un velo, sólo se le veían los ojos, que traspasaban el velo, y los gruesos pendientes de plata en sus orejas. Estaba sentada en un alto trono en el centro de la casa y esperaba la llegada de los invitados y de las muchachas de la aldea con las lámparas encendidas, y que viniera el rabino, desenrollara las Escrituras y leyera la oración. Y que luego se esfumaran todos para quedarse sola con el zapatero.

Natanael oyó a los niños que gritaban: «¡Ya llega! ¡Ya llega!», y corrió a invitar a sus amigos a la boda. Los encontró sentados junto al pozo, a la entrada de la aldea; tenían sed, estaban bebiendo agua. Magdalena, arrodillada ante Jesús, le había lavado los pies y ahora se los secaba con sus cabellos.

—Esta noche se casa mi sobrino, venid a la boda, si os place —dijo—. Beberemos vino de las uvas que pisé en el patio de Zebedeo este verano.

Se volvió hacia Jesús:

—Se oye hablar mucho de tu santidad, hijo de María —dijo—. Hazme un favor, ven a bendecir a la nueva pareja para que tengan hijos varones para gloria de Israel.

Jesús se levantó

—Nos agradan las alegrías del hombre —dijo—. ¡Vamos, compañeros!

Cogió a Magdalena de la mano, la levantó del suelo:

—Ven con nosotros, María —le dijo.

Echó a andar, el primero, contento. Le gustaban las fiestas, los rostros de los hombres que resplandecían, los jóvenes que se casaban y no dejaban que el fuego se extinguiera en los hogares. «Las plantas, los insectos, los pájaros, los animales, los hombres, todos son santos —pensaba mientras se dirigía a la boda—, todos son criaturas de Dios. ¡Que vivan, pues, eternamente!».

Las muchachas, recién lavadas, vestidas de blanco, con lámparas encendidas, estaban ya ante la puerta cerrada, profusamente decorada, y cantaban viejas canciones de boda que elogiaban a la novia, se metían con el novio y llamaban a Dios para que se dignara acudir también él. Era una boda, se casaba un israelita. Quizá de aquellos dos cuerpos que iban a unirse aquella noche naciera el Mesías... Cantaban para entretener la espera. El novio tardaba en llegar, en abrir la puerta violentamente y que empezara la ceremonia.

Y precisamente en ese momento, he aquí que aparece Jesús con los suyos. Las mocitas se volvieron, vieron a Magdalena, interrumpieron la canción y retrocedieron contrariadas. ¿Qué se le había perdido entre las vírgenes a aquella mujer deshonrada? ¿Dónde estaba el notable de la aldea para que la echara? El casamiento había sido mancillado.

Por su parte, las mujeres casadas se volvieron, le lanzaron feroces miradas. Los invitados, honrados padres de familia que esperaban ante la puerta cerrada, no dejaban de rebullirse y murmurar. Pero Magdalena resplandecía como una antorcha encendida y ahora que estaba junto a Jesús, sentía una nueva pureza en su alma y en sus labios, que no habían vuelto a ser besados. De pronto, la gente se apartó y el notable de la aldea, un viejo seco e insidioso, se acercó a Magdalena, la tocó con la punta de su bastón y le hizo señas de que se fuera.

Jesús sentía en el rostro, en el pecho descubierto y en las manos las miradas envenenadas de los hombres. Su cuerpo se

había abrasado como si le hubieran clavado innumerables espinas invisibles. Miró al notable, a las mujeres honradas, a los hombres con el rostro ceñudo, a las vírgenes escandalizadas, y suspiró. ¿Hasta cuándo permanecerían ciegos los ojos de los hombres sin ver que todos somos hermanos?

Ahora el murmullo se había hecho más fuerte, se oían ya en la oscuridad las primeras amenazas. Natanael se acercó a Jesús para hablarle, pero él lo apartó pausadamente, se abrió camino, se acercó a las vírgenes. Las lámparas se movieron, lo dejaron pasar, se detuvo en medio, levantó la mano:

—Doncellas, hermanas mías —dijo—, Dios ha tocado mi boca, me ha confiado palabras de amor para que os las ofrezca esta santa noche de la boda. Doncellas, hermanas mías, abrid vuestros oídos, abrid vuestros corazones. ¡Y vosotros hermanos, callad! ¡Voy a hablar!

Todos se volvieron inquietos. Por el tono de su voz, los hombres intuyeron que estaba encolerizado. Y las mujeres, que estaba afligido. Todos callaron. En el patio de la casa se oyó a los dos músicos ciegos afinar sus laúdes. Jesús alzó la mano:

—¿Qué creéis, doncellas, hermanas mías, que es el reino de los cielos? Es una boda. Dios es el novio, el alma del hombre, la novia. En el cielo se celebra una boda y todos los hombres están invitados. Perdonadme, hermanos, Dios me habla así, con parábolas y con parábolas os hablaré yo:

«Se celebraba una boda en una aldea. Diez vírgenes cogieron sus lámparas y fueron a recibir al novio. Cinco de ellas eran prudentes, llevaron una alcuza llena de aceite, las otras cinco eran necias y no llevaron aceite de más. Se detuvieron ante la casa de la novia, esperaban, esperaban, pero el novio tardaba. Les dio sueño, se durmieron. Y he aquí que, hacia medianoche se oyó una voz: “¡Viene el novio! ¡Corred a recibirlo!”.

»Las diez vírgenes se levantaron para rellenar sus lámparas, que estaban a punto de apagarse; pero cinco de ellas, las vírgenes necias, no tenían más aceite: “Dadnos un poco de aceite, hermanas —dijeron a las prudentes—, nuestras lámparas se apagan”.

»Pero las prudentes respondieron: “No nos queda más. Id a buscarlo”.

»Y cuando las vírgenes necias fueron a buscar aceite, llegó el novio. Las vírgenes prudentes entraron y se cerró la puerta. Cuando, al poco rato, llegaron las vírgenes necias con sus lámparas encendidas, se pusieron a aporrear la puerta: “¡Abridnos! ¡Abridnos!” —gritaban y suplicaban—. Pero las vírgenes prudentes se reían dentro de la casa: “¡Os está bien empleado! —les respondieron—, ahora la puerta está cerrada. ¡Idos!”.

»Y las necias lloraban y suplicaban: “¡Abrid! ¡Abrid!”. Entonces...».

Jesús se detuvo. Paseó la mirada a su alrededor, miró al anciano notable, a los invitados, a las honradas madres de familia, a las jóvenes doncellas con las lámparas encendidas y sonrió:

—¿Y entonces...? —dijo Natanael, que escuchaba con la boca abierta y cuyo cerebro cándido y lento había empezado a reaccionar—. ¿Y entonces, rabí, qué sucedió?

—¿Qué habrías hecho tú, Natanael, si hubieras sido el novio? —le preguntó Jesús y clavó en él sus grandes ojos subyugantes.

Natanael callaba. No sabía bien qué habría hecho. Unas veces decía que las habría echado, ya que la puerta estaba cerrada y así lo mandaba la Ley, y otras veces se compadecía de ellas y tendía más a abrirles...

—¿Qué habrías hecho tú, Natanael, si hubieras sido el novio? —volvió a preguntar Jesús, y sus ojos acariciaban lentamente, obstinadamente, implorantes, el rostro cándido, carente de malicia, del zapatero.

—Habría abierto... —respondió en voz baja, para que no le oyera el anciano notable.

Ya no podía resistirse a los ojos del hijo de María.

—Enhorabuena, Natanael, compañero —dijo gozoso Jesús y extendió la mano hacia él para bendecirlo—. En este momento aunque estás vivo has entrado en el Paraíso. Lo mismo hizo el novio. Ordenó a sus sirvientes:

—Abrid la puerta. Esto es una boda, que todos coman, beban y se regocijen. Que entren las vírgenes necias y lavadles los pies, refrescádselos porque han corrido mucho.

Los ojos de largas pestañas de la Magdalena se arrasaron de lágrimas. ¡Ah, si hubiera podido besar aquella boca que pronunciaba semejantes palabras! El bueno de Natanael resplandecía de pies a cabeza, como si realmente hubiera entrado ya en el Paraíso. Pero el anciano notable, malévolo, levantó el bastón:

—¡Tú no hablas conforme a la Ley, hijo de María! —chilló.

—La Ley no habla conforme a mi corazón —respondió calmadamente Jesús.

Hablaba aún y apareció el novio, lavado, perfumado, con una corona verde sobre sus abundantes cabellos ensortijados. Había bebido, estaba de buen humor, le brillaba la nariz. Abrió bruscamente la puerta y los invitados irrumpieron tras él. Jesús entró, llevando de la mano a Magdalena.

—¿Quiénes son las vírgenes necias y quiénes las prudentes? —preguntó en voz baja Pedro a Juan—. ¿Tú qué has entendido?

—Que Dios es un padre —respondió el hijo de Zebedeo.

Llegó el rabino, tuvo lugar la ceremonia, el novio y la novia estaban en pie, en el centro de la casa, los invitados iban pasando ante ellos, los besaban, les deseaban que engendrasen un hijo que salvara a Israel de la esclavitud. Luego entraron en acción los laúdes, bebieron, bailaron; Jesús bebió, y bailó, y también sus compañeros. Pasó el tiempo, la luna ascendió, volvieron a tomar el camino. Había entrado el otoño, pero de día el calor seguía siendo abrasador y resultaba agradable caminar en el húmedo frescor de la noche.

Caminaban hacia Jerusalén. Habían bebido y el mundo había cambiado, sus cuerpos se habían vuelto leves, como el alma; caminaban como si tuvieran alas; a su izquierda tenían el Jordán, a su derecha reposaba a la luz de la luna, la apacible y fecunda llanura de Zabulón, cansada, feliz. Aquel año había cumplido también el deber que le había encomendado Dios desde hacía miles de siglos: había levantado los trigales hasta la altura de un hombre, había cargado de racimos las vides y los olivos de

aceitunas, y, ahora, reposaba cansada, feliz como una recién parida.

—¡Qué alegría, hermanos! —decía y repetía Pedro, que no se veía ahíto del placer de la marcha nocturna y de la compañía—. ¿Esto es realidad? ¿Es un sueño? ¿Nos han embrujado? ¡Tengo ganas de cantar una canción para entretenerme!

—¡Todos juntos! —dijo Jesús. Tomó la iniciativa, estiró el cuello, comenzó a cantar el primero.

Su voz era débil, dulce, llena de sentimiento. A su derecha y a su izquierda, las voces de Juan y de Andrés, melodiosas, todo ternura. Durante un rato, las tres delicadas voces cantaron solas, vibrantes, felices. A uno se le encogía el corazón y pensaba: «No resistirán más, se derrumbarán las tres, una sobre otra». Pero manaban de una fuente muy profunda, volvían a hacerse fuertes y, de repente, ¡con qué alegría, con qué fuerza sacudieron el aire las voces graves, triunfales, llenas de virilidad, de Pedro, Santiago y Judas! Todos juntos, cada cual con su gracia y con su fuerza, elevaron al cielo el salmo jubiloso de la santa marcha:

*¡Oh, no hay nada más hermoso ni más dulce
Que los hermanos que caminan juntos!
Es como la santa unción que baja por la barba de
Aarón.
Es como el rocío del Hermón que baja hasta los
montes de Sion.
Allí envía Dios la bendición y la vida
Por los siglos de los siglos.*

Pasaban las horas, las estrellas se amortecieron, despuntó el día. Ellos dejaron atrás las tierras rojas de Galilea, entraron en las negras de Samaria.

—Demos un rodeo —propuso Judas, deteniéndose—, esta tierra es cismática y maldita. Crucemos el puente del Jordán para continuar por la otra orilla. Es un pecado tocar a los que violan la Ley, su Dios está mancillado, su agua y su pan están

mancillados. Un trozo de pan samaritano es un trozo de cerdo, me decía mi madre. ¡Vayamos por otro camino!

Pero Jesús tomó tranquilamente a Judas de la mano y avanzaron juntos.

—Judas, hermano —le decía—, el puro toca al mancillado y el mancillado se purifica. No te resistas. Hemos venido por ellos, por los pecadores. ¿Qué necesidad tienen de nosotros los virtuosos? Aquí en Samaria, una buena palabra puede salvar un alma. Una buena palabra, Judas, una buena acción, una sonrisa al samaritano que pasa. ¿Comprendes?

Judas miró cautelosamente a su alrededor para que no le oyeran los otros. Bajó la voz:

—Ése no es el camino. No, no lo es. Pero tendré paciencia hasta que lleguemos junto al asceta salvaje. Él juzgará. Hasta entonces, ve por donde quieras, haz lo que quieras, yo te seguiré.

Pasó el nudoso bastón entre los hombros, por detrás del cuello, y se adelantó él solo.

Caminaban, los otros iban charlando. Jesús les hablaba del Padre, del amor, del reino de los cielos. Les explicaba qué almas eran las vírgenes necias y cuáles las prudentes, qué significaban las lámparas, el aceite y el novio, y por qué las vírgenes necias no sólo habían entrado en la casa del novio, como las prudentes, sino también por qué los sirvientes les habían lavado los pies cansados sólo a ellas. Los cuatro compañeros escuchaban y su mente se abría. Su corazón se hacía más firme. El pecado se les antojó una virgen necia que está ante la puerta del Señor con la lámpara apagada y suplica y llora...

Caminaban, caminaban y, entretanto, sobre ellos, el cielo se cubría de nubes, el rostro de la tierra se ensombrecía. El aire olía a lluvia.

Llegaron a la primera aldea, al pie del Guerizín, el monte sagrado de sus antepasados. A la entrada de la aldea estaba el antiguo pozo de Jacob, rodeado de palmeras y cañas. Allí iba a sacar agua el patriarca Jacob para beber él y sus rebaños. El brocal de piedra estaba desgastado por la soga que rozaba en él desde hacía generaciones y generaciones. Jesús estaba

cansado, tenía los pies ensangrentados por las piedras del camino.

—Yo me quedaré aquí —dijo—. Estoy cansado. Entrad vosotros en la aldea, llamad a las puertas, habrá algún alma buena que nos dé un trozo de pan, y alguna mujer vendrá al pozo, sacará agua para que bebamos. Tened confianza en Dios y en los hombres.

Se fueron los cinco; en el camino Judas se arrepintió:

—Yo no entro en una aldea impura —dijo—, no como pan impuro. Os esperaré aquí bajo esta higuera.

Mientras tanto, Jesús se había echado entre las cañas, a la sombra. Tenía sed, pero el pozo era profundo, ¿cómo iba a beber? Inclino la cabeza y quedó a vueltas con sus pensamientos. Tenía ante sí un camino difícil, su cuerpo era débil, se fatigaba, flaqueaba, no tenía fuerza para cargar con su alma, caía. Pero inmediatamente Dios soplabá sobre él como una brisa fresca y leve y el cuerpo recobraba fuerzas, se levantaba y seguía caminando... ¿Hasta cuándo? ¿Hasta la muerte? ¿Hasta más allá de la muerte?

Y mientras pensaba en Dios, en los hombres y en la muerte, las cañas se movieron y una mujer joven, con pulseras y pendientes y con un cántaro en la cabeza, se acercó al pozo. Puso el cántaro sobre el brocal. Jesús la veía por entre las cañas desenrollar la soga que llevaba, bajar el cubo, sacar el agua y llenar el cántaro. Su sed aumentó.

—Mujer —dijo saliendo del cañaveral—, dame de beber.

Al verlo aparecer de repente, la mujer se asustó.

—No temas —dijo él—, soy un hombre de bien; tengo sed, dame de beber.

—¿Cómo es posible —respondió ella— que tú, siendo galileo, lo veo por tu vestidura, pidas agua a una samaritana?

—Si supieras quién es el que te dice «mujer, dame de beber», caerías a sus pies y le pedirías que te dé de beber el agua inmortal.

La mujer quedó desconcertada:

—No tienes soga ni cubo y el pozo es profundo, ¿cómo vas a sacar agua para darme de beber?

—El que bebe el agua de este pozo vuelve a tener sed —respondió Jesús—, pero el que beba el agua que yo le daré nunca más sentirá sed por toda la eternidad.

—Señor —dijo entonces la mujer—, dame de beber esa agua para que nunca más vuelva a tener sed y no tenga que venir cada día al pozo.

—Ve a llamar a tu marido —le dijo Jesús.

—No tengo marido, Señor.

—Es cierto. Has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido.

—¿Eres profeta, Señor? —exclamó la mujer, llena de asombro—. ¿Lo sabes todo?

Jesús sonrió:

—¿Quieres preguntarme algo? Pregunta con libertad.

—Te preguntaré una cosa, Señor, dame una respuesta: Hasta ahora nuestros padres adoraban a Dios en este monte santo, el Guerizín, pero vosotros decís que sólo en Jerusalén debemos adorar a Dios, ¿qué es lo cierto? ¿Dónde está Dios? Sácame de la duda.

Jesús bajó la cabeza, calló. Aquella mujer pecadora, a la que martirizaba la preocupación por Dios, había turbado profundamente su corazón. Se esforzaba por encontrar en su interior las palabras que la consolaran. De pronto alzó la cabeza, su rostro resplandecía:

—Guarda en lo más hondo de tu alma, mujer, lo que voy a decirte: Llegará un día —ha llegado ya— en que los hombres no adorarán a Dios ni en este monte ni en Jerusalén. Dios es espíritu y solo por medio del espíritu se puede adorar el espíritu.

La mujer se sorprendió, se inclinó, miró a Jesús angustiada.

—¿No serás tú —dijo con voz baja y temblorosa—, no será tú Aquel que esperamos?

—¿A quién esperáis?

—Lo sabes bien, ¿por qué quieres que pronuncie su nombre? Tú sabes que mis labios son pecadores.

Jesús inclinó la cabeza sobre el pecho, como si escuchara su corazón, como si él fuera a darle la respuesta. La mujer, inclinada sobre él, esperaba ansiosa.

Mientras ambos permanecían turbados y silenciosos se oyeron voces alegres, aparecieron los discípulos enarbolando triunfalmente un pan. Vieron al maestro con una mujer desconocida y se detuvieron. Jesús los vio y se alegró. Se había librado de responder a la terrible pregunta de la mujer. Con un gesto indicó a sus compañeros que se acercaran.

—Venid —gritó—, esta buena mujer ha venido a sacar agua para que bebamos, Dios la ha enviado.

Los compañeros se acercaron, sólo Judas se quedó apartado para no beber agua de Samaria y mancillarse.

La samaritana inclinó el cántaro, los sedientos bebieron, volvió a llenarlo, lo puso hábilmente sobre su cabeza y se encaminó, silenciosa, pensativa, hacia la aldea.

—Rabí, ¿quién era esa mujer? —preguntó Pedro—. Hablabais como si os conocierais desde hace años.

—Era una hermana —respondió Jesús—. Le pedí agua porque tenía sed y fue ella quien sació su sed.

Pedro se rascó la cocorota:

—No comprendo —dijo.

—No importa —dijo Jesús, acariciando la cabeza canosa de su amigo—, todo lo irás comprendiendo poco a poco, con el tiempo. No tengas prisa. Ahora tenemos hambre, ¡comamos!

Se sentaron bajo las palmeras y Andrés se puso a contar cómo habían entrado en la aldea y habían mendigado. Habían ido llamando de puerta en puerta y los habían echado de todas las casas con malos modales hasta que, en el otro extremo del pueblo, una viejecita entreabrió la puerta, miró toda la calle, de punta a punta: «No pasaba un alma, nos dio a hurtadillas un pan y cerró rápidamente la puerta. Cogimos el pan y ¡pies para qué os quiero!».

—Lástima —dijo Pedro —que no sepamos el nombre de la anciana para recordárselo a Dios.

Jesús se echó a reír.

—No te apenes, Pedro —dijo—. Dios lo sabe.

Jesús cogió el pan, lo bendijo, dio gracias a Dios que había movido a la vieja para que se lo diera, luego lo partió en seis

grandes pedazos, uno por cada compañero. Pero Judas rechazó su parte con el bastón y volvió la cabeza:

—No como pan de Samaria —dijo—. No como carne de cerdo.

Jesús no le replicó. Sabía que aquel corazón era duro, amansarlo requería tiempo; tiempo, habilidad y mucho amor.

—Nosotros —dijo a los demás —lo comeremos. El pan de Samaria se convierte en pan galileo cuando lo comen los galileos. El cerdo se convierte en hombre cuando lo comen los hombres. Así, pues, ¡en el nombre de Dios!

Los cuatro compañeros se echaron a reír, comieron con ganas; el pan de Samaria era exquisito, como todos los panes —pensaron—. Luego cruzaron los brazos, estaban cansados y se quedaron dormidos. Judas, el único despierto, golpeaba la tierra con la vara, como si le pegara.

«Mejor el hambre que la vergüenza» —pensaba y se consolaba.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a golpear las cañas. Los que dormían se sobresaltaron.

—Han llegado las primeras lluvias —dijo Santiago—, la tierra saciará su sed.

Mientras pensaban dónde encontrarían una cueva para cobijarse, se levantó viento, un viento del norte que empujó las nubes, el cielo quedó limpio, reanudaron el camino...

En el aire húmedo brillaban los higos que aún estaban en las higueras y los granados estaban cargados de frutos, los compañeros alargaban la mano, cogían una granada, se refrescaban. Los campesinos alzaban la cabeza de la tierra, los miraban sorprendidos. ¿Qué buscaban los galileos en su tierra, por qué se mezclaban con los samaritanos y comían su pan y cogían los frutos de sus árboles? ¡Que se fueran! Un viejo no se contuvo, salió de su huerto:

—¡Eh, galileos —gritó—, vuestra Ley, una Ley ilícita, ha considerado excluida del pueblo de Israel esta tierra que pisáis! ¿Qué hacéis en nuestros campos? ¡Largaos de aquí!

—Vamos a la santa Jerusalén a orar —respondió Pedro y se detuvo sacando pecho ante el anciano.

—¡Es aquí donde tenéis que prosternaros, apóstatas, éste es el monte hollado por Dios, el Guerizín! —rugió el anciano—. ¿Habéis leído las Escrituras? Aquí, al pie del Guerizín, bajo los robles, Dios se apareció a Abraham, le señaló de un extremo a otro las montañas y las llanuras, desde el monte Hebrón hasta Idumea y la tierra de Madián. «Ésta es la Tierra Prometida —le dijo—, por la que fluye leche y miel. Te prometí que te la daría y te la daré». Se dieron la mano, cerraron el acuerdo. ¿Oís, galileos? Esto es lo que dicen las Escrituras. ¡Quien quiera orar debe orar aquí en la tierra santa, no en Jerusalén, que mata a los profetas!

—Todas las tierras son santas, anciano —dijo Jesús con voz serena. Y Dios está en todas partes, anciano, y todos somos hermanos.

El anciano se volvió hacia él sorprendido:

—¿También los samaritanos y los galileos?

—También los samaritanos y los galileos, anciano, y todos los judíos. Todos.

El anciano se agarró las barbas, meditó. Miró a Jesús de arriba abajo:

—¿Y también Dios y el Diablo? —preguntó al fin, en voz baja, para que no le oyeran las potencias invisibles.

Jesús se asustó. Jamás se había preguntado si la misericordia de Dios es tan grande como para perdonar algún día a Lucifer y aceptarlo en el reino de los cielos.

—No sé, anciano —respondió—. Soy un hombre y sólo los hombres me incumben. Lo del más allá es asunto de Dios.

El anciano no dijo nada. Se tenía cogida aún la barba, en una profunda reflexión, y miraba a los extraños caminantes que avanzaban de dos en dos y se perdían entre los árboles.

Se hizo de noche, se levantó un viento frío, encontraron una cueva, se cobijaron allí. Se apretaron unos contra otros para calentarse. A todos les quedaba algo de pan, se lo comieron. El de la barba pelirroja salió, recogió leña, encendió fuego, los compañeros se reconfortaron, se sentaron alrededor mirando las llamas en silencio. Oían el viento que silbaba, a los chacales, que aullaban, los truenos sordos que, a lo lejos, bajaban del

monte Guerizín. Por la entrada de la cueva veían un gran astro en el cielo, un consuelo, pero pronto llegaron las nubes y lo cubrieron. Cerraron los ojos, cada uno se reclinó sobre el hombro del otro, Juan echó a escondidas su manto de lana sobre la espalda de Jesús y todos juntos, arracimados unos contra otros, como los murciélagos, se durmieron.

Al día siguiente entraban en Judea. Poco a poco veían cómo los árboles cambiaban. Ahora se alineaban en el camino álamos amarillentos, algarrobos cargados de fruto y cedros milenarios. La tierra era pedregosa, sin agua, dura. Los campesinos que se asomaban a las puertas bajas y oscuras estaban hechos también de pedernal. De vez en cuando, salía entre aquellas piedras una flor silvestre azul, humilde, graciosa. Y a veces, en el desierto silencioso, en el fondo de un desfiladero, ajeaba una perdiz... «Habrá encontrado un hilillo de agua y bebe...» —pensó Jesús, y sentía en la palma de la mano el vientre caliente del ave y se regocijaba.

A medida que se acercaban a Jerusalén la región se hacía más agreste. Dios cambiaba. Allí la tierra no reía como en Galilea y Dios también estaba hecho de pedernal, como los pueblos, como los hombres. El cielo, que en Samaria por un instante amenazó agua para refrescar la tierra, aquí era de hierro incandescente. El calor era tórrido, caminaban sin aliento. Tallados en las rocas, una gran cantidad de sepulcros presentaban su negra fachada. Millares de antepasados se habían descompuesto allí dentro, habían regresado a la piedra. Cayó la noche, se metieron en las tumbas vacías, se acostaron y se durmieron temprano para entrar descansados, al día siguiente, en la ciudad santa.

Jesús era el único que no tenía sueño aquella noche. Vagaba entre las tumbas y escuchaba la noche. Su corazón estaba inquieto. En su interior sentía gritos oscuros, un gran lamento, como si en sus entrañas hubiera millares de hombres que sufrían y gritaban... Hacia medianoche el viento se calmó y la noche enmudeció. Entonces, en medio del silencio, un terrible alarido desgarró el aire. Al principio creyó que era un chacal que tenía

hambre, pero luego comprendió, aterrado, que era su propio corazón.

—Dios mío —murmuró—, ¿quién grita dentro de mí? ¿Quién llora?

Se sintió cansado, se metió en una tumba como los demás, cruzó los brazos, se entregó a la misericordia de Dios y al amanecer tuvo un sueño: soñó que estaba con María Magdalena y que los dos volaban apaciblemente, sin hacer ruido, sobre una gran ciudad. Rozaban ligeramente los tejados. En el extremo de la ciudad se abrió la última puerta y apareció un anciano gigantesco, con un torrente de barbas y unos ojos azules con un brillo de estrellas. Estaba remangado y tenía las manos y los brazos manchados de arcilla. Alzó la cabeza y los vio volar. «Deteneos —gritó—, tengo algo que decirnos». Se detuvieron. «¿Qué tienes que decirnos, anciano, te escuchamos?». «Un Mesías es aquel que ama el mundo entero. Un Mesías es aquel que muere porque ama al mundo entero» —respondió el anciano—. «¿Nada más? —dijo Magdalena. «¿No te parece suficiente?» —le increpó el anciano encolerizado—. «¿Podemos entrar en tu taller? —volvió a preguntar Magdalena—. No, ¿no ves mis manos llenas de arcilla? Estoy creando al Mesías».

Jesús se despertó sobresaltado, sentía el cuerpo realmente ligero, como si volara. Estaba amaneciendo. Sus compañeros ya se habían despertado y sus ojos saltaban de peña en peña, de colina en colina, hacia Jerusalén.

Se pusieron en marcha. Caminaban deprisa. Avanzaban, avanzaban, pero les parecía que las montañas que tenían delante se desplazaban sin cesar y se alejaban y que el camino se alargaba permanentemente.

—Hermanos, creo que no llegaremos nunca a Jerusalén. ¿Qué nos pasa? ¿No veis? ¡Jerusalén se aleja sin cesar! —dijo Pedro desesperanzado.

—Está cada vez más cerca —le respondió Jesús—, ánimo, Pedro. Damos un paso para encontrarnos con ella y ella da un paso hacia nosotros, como el Mesías.

—¿El Mesías? —dijo Judas, volviéndose bruscamente.

—El Mesías llega —dijo Jesús con voz profunda—. El Mesías llega, lo sabes bien, Judas, hermano, si nosotros vamos a su encuentro. Si hacemos una acción buena o noble, si decimos una palabra de consuelo, el Mesías apresura su paso y llega. Si somos indignos, malvados, cobardes, el Mesías se da la vuelta. Se aleja. El Mesías es una Jerusalén en marcha, hermanos. Ella tiene prisa, como nosotros. ¡Apresurémonos a ir a su encuentro! ¡Tened confianza en Dios y en el alma del hombre! ¡El alma inmortal!

Se animaron, todos aceleraron el paso, Judas volvió a ponerse en cabeza y ahora todo su rostro estaba feliz: «Habla bien —se decía a sí mismo mientras caminaba— habla bien, tiene razón el hijo de María. El anciano rabino nos decía lo mismo; de nosotros depende la liberación, si nos cruzamos de brazos la tierra de Israel nunca verá su liberación. Pero si todos empuñamos las armas, veremos la libertad...».

Judas hablaba consigo mismo y seguía caminando. De repente se detuvo turbado: «¿Quién es el Mesías?» —murmuró—, ¿quién? ¿Y si el Mesías es todo el pueblo?».

El sudor empezó a correr por la frente abrasada de Judas. «¿Y si es todo el pueblo?». Era la primera vez que se le ocurría este pensamiento, se alteró enormemente. «¿Acaso el Mesías es todo el pueblo? —decía y repetía en su fuero interno—. Pero, entonces, ¿qué necesidad tenemos de todos estos profetas y de todos los falsos profetas a los que palpamos con angustia para ver si son o no son el Mesías? ¡Eh, el Mesías es el pueblo, yo, tú, todos nosotros, basta con que empuñemos las armas!» —dijo y volvió a ponerse en marcha, enarbolando el garrote en el aire.

Y mientras caminaba y se sentía contento y jugaba con el nuevo pensamiento como con el garrote, de repente lanzó un grito: ante él, sobre una montaña de dos cimas, resplandecía hermosa, completamente blanca, altiva, la santa Jerusalén. No se lo dijo a sus compañeros que subían la cuesta tras él. Quería disfrutarla completamente solo el mayor tiempo posible. En las pupilas de sus ojos centellearon los palacios, las torres, las puertas de las murallas y, en el centro, custodiado por Dios, el Templo, todo de oro, de cedro y de mármol.

Llegaron los demás compañeros; también ellos lanzaron un grito.

—¡Vamos, cantemos las hermosuras de nuestra señora! — propuso Pedro, el buen cantor—. ¡Adelante, muchachos, todos juntos!

Los cinco se pusieron en corro alrededor de Jesús, que permanecía inmóvil en el centro, y entonaron el himno santo:

*Cómo me alegré cuando me dijeron:
¡Levántate, vamos a casa del Señor!
Mis pies se han detenido ante tu atrio, Jerusalén.
Jerusalén, recia fortaleza,
Reine la paz en tus poderosos torreones,
Que encuentren felicidad tus palacios.
Por mis hermanos, por todos los míos
La paz sea contigo, la paz sea contigo,
Jerusalén [45](#) .*

[45](#) Casandsakis reproduce libremente un fragmento de la plegaria llamada *kadish*, que se rezaba en las sinagogas durante la liturgia de los sábados y días de fiesta.

XVI

Calles, terrazas, pórticos, plazas, toda Jerusalén esta ba vestida de verde. Era la gran fiesta del otoño y se habían levantado millares de tiendas con ramas de olivo, de pino y de cedro, sarmientos de vid y hojas de palmera, según lo ordena el Dios de Israel para rememorar los cuarenta años que sus padres habían vivido bajo tiendas, en el desierto [46](#) . La cosecha y la vendimia habían terminado, el año había finalizado, habían colgado todos sus pecados en un chivo negro y bien alimentado y lo habían expulsado al desierto a pedradas. Ahora sentían un gran alivio, sus almas se habían purificado, entraba un nuevo año. Dios abría nuevos cuadernos de cuentas y durante ocho días, bajo las tiendas de follaje verde, comerían, beberían y alabarían al Dios de Israel, que había bendecido la cosecha y la vendimia y había enviado un chivo para cargar con sus pecados. Éste era también un Mesías enviado por Dios; cargaba con todos los pecados, salía de la ciudad y moría de hambre en el desierto y con él morían las culpas.

Los amplios patios del Templo chorreaban de sangre; cada día eran degollados rebaños enteros como holocausto, la santa ciudad apeataba a carne asada, desperdicios y grasa. En el aire sagrado resonaban las cornamusas y los cuernos. Los hombres comían y bebían en exceso, el alma se volvía pesada. El primer día, salmos, oraciones y arrepentimientos. Jehová, invisible, entraba, alegre, en las tiendas, participaba también de la fiesta, comía y bebía con su pueblo. Algunos visionarios lo habían visto con sus propios ojos chasquear la lengua y limpiarse las barbas. Pero a partir del segundo y tercer día, el exceso de carne y de vino causaba estragos en las entrañas de los hombres y empezaban las bromas zafias, las risas groseras y las canciones obscenas de taberna. Hombres y mujeres se abrazaban sin

pudor en pleno día, primero en las tiendas, luego en público, en las calles, sobre el verde follaje. Desde todos los barrios acudían, pintadas a paletadas, embadurnadas de almizcle, las famosas prostitutas de Jerusalén. Los campesinos ingenuos y los pescadores, que habían acudido desde los confines de la Tierra de Canaán para adorar el Sancta Sanctórum, caían en aquellos brazos expertos y perdían la cabeza. Jamás habían podido imaginar que un beso pudiera contener tanto arte y tanto sabor.

Jesús recorría a rápidas zancadas, con furia, las calles, pasaba por encima de los hombres que encontraba tirados en el suelo, borrachos, y contenía la respiración. Los perfumes, los malos olores y los jadeos impúdicos le daban náuseas.

—¡Vamos, vamos rápido! —incitaba a sus compañeros.

Llevaba cogidos del brazo a Juan y a Andrés, a derecha e izquierda, y los tres caminaban sin detenerse.

Pero Pedro se paraba a cada instante; encontraba peregrinos venidos de Galilea, le ofrecían un vaso de vino, le daban un aperitivo y entablaban conversación con él. Pedro llamaba a Judas, y Santiago acudía también, pues no querían que ningún amigo tuviera queja de ellos. Pero los tres que iban delante llevaban mucha prisa, los llamaban y reanudaban el camino.

—Ay, el maestro no nos deja distraernos como hacen los otros —murmuraba Pedro, que estaba ya en su salsa—. ¡Vaya fastidio!

—¿Dónde te crees que estás, desdichado Pedro? —le decía Judas y sacudía su cabezota—. ¿Crees que hemos venido a una fiesta? ¿Crees que hemos venido a una boda?

Pero mientras caminaba a toda prisa se oyó una voz bronca en una tienda:

—¡Eh, Pedro, hijo de Jonás, maldito galileo, te tropiezas de morros conmigo y ni te percatas! ¡Párate a beber una copa para que se te abran los ojos y me veas!

Pedro reconoció la voz, se detuvo:

—¡Vaya, me alegro de verte, Simón, maldito cirineo!

Se volvió hacia sus dos compañeros:

—Muchachos, de esta no nos libramos, nos pararemos y beberemos. Simón es un famoso borrachín, tiene una célebre

taberna cerca de la Puerta de David. Hay que honrarlo como se merece.

Y verdaderamente Simón era un buen hombre. Había desembarcado en su juventud, venido de Cirene, había abierto una taberna y cada vez que Pedro iba a Jerusalén se hospedaba con él. Comían y bebían, conversaban, bromeaban, a veces les daba por cantar y otras veces por pelearse; se reconciliaban, volvían a beber y luego, Pedro se arrebujaba en una manta de lana, se acostaba sobre un banco y se dormía. Ahora Simón estaba sentado en su tienda de sarmientos entrelazados, tenía bajo el brazo un cántaro, empuñaba una copa de bronce y bebía sin compañía.

Los dos amigos se abrazaron. Medio borrachos los dos, sentían el uno por el otro tanto cariño que sus ojos se llenaban de lágrimas. Una vez pasadas las primeras efusiones, los abrazos y las repetidas convidadas, Simón se echó a reír:

—Me apuesto la cabeza —dijo— a que vais a que os bauticen. Hacéis bien. Os doy mi bendición. Yo fui bautizado anteayer y no me arrepiento. Tiene su gracia.

—¿Y has notado que te sientes mejor? —preguntó Judas, que no bebía, únicamente comía y tenía la mente ágil.

—¿Qué quieres que te diga, amigo? Llevaba años sin entrar en el agua. El agua y yo nos tenemos declarada la guerra. Yo soy más del vino; el agua, para las ranas. Pero anteayer me dije: «Vaya, ¿y si voy a que me bautice? Todo el mundo va y no es posible que todos sean idiotas. Algunos de los nuevos iniciados beberán vino, haré nuevos conocidos, pescaré clientes. Mi taberna está en la Puerta de David, todo el mundo la conoce». En resumen, que fui. El profeta es un salvaje, una fiera feroz, ¿qué puedo decir? Echa llamas por la nariz, ¡Dios mío! Me agarró por el pescuezo, me hundió en el agua hasta las barbas, grité: «¡Estoy acabado! ¡Este maldito me va a ahogar!». ¡Pero me libré, subí a flote y aquí me tienes!

—¿Y has notado que hayas mejorado? —volvió a preguntar Judas.

—Te lo juro por el vino, el baño me hizo bien. Mucho bien: Me sentí aliviado. El *Bautizador* dice que me he aliviado de mis

pecados. Pero, entre nosotros, yo creo que me he aliviado de la mugre. Porque cuando salí del Jordán el agua tenía un dedo de pringue [47](#) .

Soltó una carcajada, llenó la copa, bebió, luego bebieron Pedro y Santiago, volvió a llenarla, se volvió hacia Judas:

—¿Y tú no bebes, artesano? Es vino, muchacho, no es agua.

—Nunca bebo —respondió el de la barba pelirroja y rechazó la copa.

Simón abrió desmesuradamente los ojos:

—¿No serás de aquellos...? —dijo, y bajó la voz.

—De aquellos, sí —respondió Judas, y con un gesto bronco cortó la conversación.

Pasaron dos mujeres maquilladas, se detuvieron, guiñaron el ojo a los cuatro hombres.

—¿Y tampoco mujeres? —preguntó Simón sorprendido.

—Tampoco —respondió secamente el de la barba pelirroja.

—¿Entonces qué, desdichado? —gritó Simón, que ya no podía contenerse—. ¿Para qué hizo Dios el vino y la mujer, dime? ¿Para pasar el tiempo él mismo o para que lo pasemos nosotros?

En ese instante llegó corriendo Andrés.

—¡Apresuraos! —gritó—. El maestro tiene prisa.

—¿Qué maestro? —preguntó el tabernero—. ¿Ése vestido de blanco que va descalzo?

Pero los tres compañeros ya se habían alejado y Simón el cirineo, en la puerta de su tienda, con la copa en la mano y la cántara bajo el brazo, los miraba atónito y meneaba la cabeza: «Ése debe ser otro *bautizador* —murmuró—, otro loco de remate. ¡Vaya, salen como hongos en los últimos tiempos! ¡Bebamos a su salud, que Dios le devuelva las mientes!» —dijo y llenó la copa.

Entretanto, Jesús y sus compañeros, habían llegado al gran patio del Templo. Se detuvieron, se lavaron los pies, las manos, la boca para entrar a orar. Lanzaron una rápida mirada a su alrededor: terrazas escalonadas llenas de animales y hombres; pórticos sombreados, columnas de mármol blanco y azul con guirnaldas de sarmientos y racimos de uvas doradas. Por

doquier, barracas, puestos, tenderetes de cambistas, barberos, taberneros y carniceros. En el aire resonaban gritos, disputas y risas, la casa de Dios olía a sudor y a suciedad ⁴⁸ .

Jesús se llevó la mano a la nariz y a la boca, miraba alrededor: Dios no estaba en ninguna parte. «Aborrezco, desprecio vuestras fiestas; el hedor de los pingües terneros que me degolláis me provoca náuseas. No puedo oír vuestros salmos y laudes...» Ya no era el profeta, no era Dios, era el corazón de Jesús el que sentía náuseas y gritaba. Sufrió un vahído. De pronto todo desapareció, los cielos se abrieron y un ángel de cabellos de fuego irrumpió pateando el aire. De su cabeza salían humo y llamas, se subió a una piedra negra en medio del patio y dirigió su espada contra el Templo altivo y recubierto de oro...

Jesús se tambaleó, se cogió del brazo de Andrés, abrió los ojos, vio el Templo y el hormigueo de hombres. El ángel se había ocultado en la luz, Jesús extendió los brazos hacia sus compañeros.

—Perdonadme —dijo—. No lo resisto, voy a desmayarme. Vámonos.

—¿Sin orar a Dios? —dijo Santiago escandalizado.

—Oraremos a Dios dentro de nosotros, Santiago —dijo Jesús—. Todo cuerpo es un templo.

Se pusieron en marcha. «No soporta la suciedad, la sangre y los gritos. Él no es el Mesías...» —se decía Judas que iba delante batiendo en el suelo con su bastón torcido.

Un fariseo salvaje era presa de las convulsiones, echado de bruces en el último escalón del Templo, besaba el mármol con rabia y rugía. De su cuello y de sus brazos colgaban gruesas ristras de amuletos grabados con terribles frases de las Escrituras. Sus rodillas estaban encallecidas como las de un camello a causa de las prosternaciones, y su rostro, su cuello y su pecho estaban llenos de heridas abiertas que sangraban. Cada vez que la tempestad de Dios lo arrojaba al suelo, cogía piedras afiladas y se hacía cortes.

Andrés y Juan apartaron a Jesús para que no lo viera, Pedro se acercó a Santiago, se inclinó sobre su oído:

—¿Lo conoces? —dijo—. Es el hijo mayor de José el carpintero, Santiago. Va por ahí vendiendo amuletos y de vez en cuando le da un arrebató, se revuelca por el suelo y se autolesiona.

—¿Éste es el que persigue con inquina al maestro? —preguntó Santiago y se detuvo en un lado.

—Sí, éste es. Porque deshonra su casa, dice.

Salieron por la Puerta de Oro del Templo, pasaron el valle del Cedrón, se encaminaron hacia el Mar Muerto; dejaron a su derecha el huerto y el olivar de Getsemaní. Por encima de ellos, un cielo blanquísimo, ardiente. Llegaron al Monte de los Olivos, el mundo se mostraba suave, cada hoja de olivo destilaba luz, una bandada de cuervos se lanzaba repetidamente sobre Jerusalén.

Andrés llevaba a Jesús del brazo y le hablaba de su antiguo maestro, el *Bautizador*. A medida que se acercaba a su guarida, aspiraba con horror su olor a león.

—Es el profeta Elías en persona. Descendió del monte Carmelo para curar el alma del hombre por medio del fuego. Una noche vi con mis propios ojos el carro de fuego de Elías dar vueltas sobre su cabeza. Otra noche vi un cuervo que le llevaba en el pico un ascua para que comiera... Un día me armé de valor y le pregunté: «¿Tú eres el Mesías?». Dio un respingo, como si hubiera pisado una serpiente. «No —respondió suspirando—, no, yo soy el buey y labro la tierra, él es la simiente».

—¿Por qué lo dejaste, Andrés?

—Buscaba la simiente.

—¿La has encontrado?

Andrés apretó sobre su corazón la mano de Jesús, se puso rojo:

—Sí —respondió, pero tan bajo, que Jesús no le oyó.

Descendían lentamente, sin aliento, hacia el Mar Muerto. El sol lanzaba llamas sobre ellos y sus cabezas crujían. Ante sus ojos se alzaban cada vez más altas, como una muralla suspendida en el aire, las montañas de Moab. A sus espaldas, blancos como la cal, los montes de Judea. El camino se iba

haciendo sinuoso y en pendiente, como un pozo profundo, y la respiración se cortaba.

«Bajamos al Infierno... Bajamos al Infierno» —pensaban todos, y olían a brea y azufre.

La luz los cegaba, avanzaban a tientas, sus pies se habían llenado de heridas. Sus ojos ardían. Oyeron un tintineo de campanillas. Pasaron dos camellos, no eran camellos, eran espectros y se desvanecieron en el fuego del sol.

—Tengo miedo... —murmuró el hijo menor de Zebedeo—. Esto es el Infierno.

—Ánimo —le respondió Andrés—, en el corazón del Infierno se encuentra el Paraíso, ¿no lo has oído decir?

—¿El Paraíso?

—Ahora lo verás.

El sol se inclinaba ya. Las montañas moabitas habían adquirido un color violeta oscuro y los montes de Judea, un tono rosado. Los párpados de los hombres empezaron a sentir consuelo y, de repente, en un recodo del camino, los ojos se refrescaron; los ojos y los cuerpos, como si hubiesen entrado en agua fresca. ¿Qué era aquel verdor inesperado que veían ante ellos en la arena, y aquellas aguas cantarinas y los granados cargados de frutos, y las casitas blancas y sombreadas? El aire olía a jazmín y a rosas.

—¡Jericó! ⁴⁹ —exclamó Andrés, jubiloso—. En el mundo no hay dátiles más dulces ni rosas más milagrosas. Aun estando marchitas, se las mete en agua y reviven.

La noche cayó de golpe. Las primeras luces estaban ya encendidas.

—Ser caminante, que se haga de noche y llegar a una aldea, ver encenderse las primeras luces, no tener nada que comer ni un lugar donde dormir, depender en todo de la misericordia de Dios y de la bondad de los hombres, esto, creo, es una de las más grandes y puras alegrías del mundo —dijo Jesús, y se detuvo para disfrutar de aquella hora santa.

Los perros de la aldea olieron a los forasteros y empezaron a ladrar, se abrieron algunas puertas, brillaron lámparas encendidas, buscaron en la oscuridad y se metieron dentro de

nuevo. Los compañeros vieron las puertas, llamaron, les ofrecieron afablemente una rebanada de pan, un puñado de dátiles, aceitunas verdes machacadas o una granada. Reunieron todos aquellos dones de Dios y de los hombres, se echaron en el rincón de un huerto, comieron y no tardaron en quedarse dormidos. Durante toda la noche, mientras dormían oían el desierto que los mecía y los arrullaba, como si fuera el mar. Sólo Jesús escuchó, en su sueño, trompetas y derrumbarse las murallas de Jericó.

* * *

Era casi mediodía cuando los compañeros, exhaustos, lívidos, llegaron al Mar Muerto, el mar maldito. Los peces que arrastraba la corriente del Jordán morían al contacto con sus aguas, unos pocos arbustos se alzaban en su orilla como osamentas. Las aguas eran densas, de plomo, y no se movían. Un hombre temeroso de Dios que se inclinara sobre ellas podría ver en el fondo dos rameras putrefactas abrazándose, Sodoma y Gomorra.

Jesús se subió a una roca y miró a lo lejos. Soledad, la tierra ardía y las montañas se habían fundido. El rabí iba cogido del brazo de Andrés y le preguntaba:

—¿Dónde está Juan el Bautista? No veo a nadie... a nadie.

—Allá lejos —respondía Andrés—, detrás de los cañaverales, el río se embalsa, el agua forma una charca y en ella bautiza el profeta. Vayamos en su busca, conozco el camino.

—Estás cansado, Andrés, quédate con los otros. Iré solo.

—Es un salvaje. Iré contigo, maestro.

—Quiero ir solo, Andrés, quédate.

Se dirigió al cañaveral. Su corazón latía violentamente, puso la mano sobre él, lo acarició para que se calmara. Nuevas bandadas de cuervos aparecieron por el lado del desierto. Se dirigían a Jerusalén.

Repentinamente oyó que alguien caminaba detrás de él, se volvió. Era Judas.

—Te has olvidado de llamarme —dijo el de la barba pelirroja y sonrió burlonamente—. Es el momento más difícil y quiero estar contigo.

—Ven —dijo Jesús.

Jesús iba delante, Judas detrás; caminaban en silencio. Apartaban las cañas, sus pies se hundían en el limo tibio del río. Una serpiente negra saltó, se arrastró hacia una piedra, levantó la cabeza y el cuello, con la mitad del cuerpo pegado a la piedra y la otra mitad erguido, y los miró con sus ojillos astutos, silbando. Jesús se detuvo, agitó la mano hacia ella amistosamente, como si la saludara. Judas levantó el garrote de roble, pero Jesús adelantó el brazo y lo detuvo.

—No le hagas daño, Judas, hermano —dijo—. Cumple con su deber cuando muere.

El calor había llegado a ser asfixiante y el viento del sur que soplaba traía del Mar Muerto un denso olor a carroña. Empezaba ya a oírse una voz ronca, salvaje. De cuando en cuando, Jesús distinguía alguna palabra: «¡Fuego... hacha... árbol estéril...!». Y luego, más fuerte: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos!». Y repentinamente estallaron los gritos y los llantos de una gran multitud. Jesús avanzaba despacio, sigilosamente, como si se acercara a la guarida de una fiera; apartaba las cañas y el rumor iba aumentando. De pronto se mordió los labios para que no se le escapara un grito: En una roca que sobresalía del agua, sobre unas piernas como juncos, se erguía... ¿Era un hombre, una langosta, el ángel del hambre o el arcángel de la venganza? Oleadas humanas rompían contra los peñascos y bramaban — árabes con las uñas y las pestañas teñidas, caldeos con gruesos aros en la nariz, israelitas con guedejas mugrientas en las sienes —. Él aullaba y echaba espuma por la boca y el viento del sur lo agitaba como una caña: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! ¡Ha llegado el día del Señor! ¡Revolcaos en la tierra, morded la arena, aullad! El Señor de las Potencias dijo: “¡Ese día ordenaré al sol que se ponga a mediodía, romperé los cuernos de la luna nueva, extenderé la oscuridad en el cielo y en la tierra! ¡Confundiré vuestras risas y las transformaré en llanto, vuestras canciones,

en cantos de duelo; soplaré y todos vuestros adornos: manos, pies, narices, orejas, cabellos, caerán!”».

Judas dio una brusca zancada, cogió a Jesús por el brazo:

—¿Oyes? ¿Oyes? ¡He ahí cómo habla el Mesías! ¡Él es el Mesías!

—No, hermano Judas —respondió Jesús—, así habla el que empuña el hacha y abre camino al Mesías, no el Mesías.

Se inclinó, cogió una hoja verde lanceolada y se la puso entre los dientes.

—El que abre camino es el Mesías —gruñó el de la barba pelirroja.

Empujó a Jesús para que saliera de las cañas y se dejara ver.

—Acércate, que te vea —dijo en tono imperativo—. Él juzgará.

Jesús salió a la luz del sol, dio dos pasos, vacilante, tropezando, se detuvo. Tenía los ojos clavados en el asceta y toda su alma se había convertido en una mirada que exploraba de abajo arriba, de arriba abajo, desde sus piernas de junco hasta la cabeza abrasada, y por encima de la cabeza hasta la estatura invisible del profeta. El Bautista estaba de espaldas, sintió sobre todo su cuerpo aquella violenta mirada que lo escudriñaba, se enfureció, se dio la vuelta, entrecerró sus ojos de halcón para ver mejor ¿Quién era aquel joven silencioso, inmóvil, vestido de blanco, que lo miraba? En alguna parte, en alguna ocasión lo había visto antes. ¿Dónde? ¿Cuándo? Se esforzaba angustiosamente en recordarlo. ¿Quizá lo había visto una noche en sueños? A menudo veía en sueños hombres así, vestidos de blanco. No le hablaban, lo miraban, agitaban la mano hacia él como si lo saludaran, como si se despidieran y, al cantar el gallo del alba, se transformaban en luz y desaparecían.

De pronto el Bautista, cuando lo estaba mirando, lanzó un grito, recordó: un día, a eso del mediodía se había tendido en la orilla del río, había cogido los textos del profeta Isaías [50](#) escritos en piel de carnero y, repentinamente, piedras, aguas, hombres, cañas, ríos habían desaparecido. El aire se había llenado de llamas, de trompetas y de alas. ¡Las palabras del profeta se habían abierto como puertas y había salido el Mesías! Lo recordaba. Estaba vestido completamente de blanco, era

esbelto, devorado por los soles, iba descalzo y llevaba entre los dientes, como el de ahora, ¡una hoja verde!

Los ojos del asceta se llenaron de alegría y de terror. Bajó apresuradamente de la roca, se acercó, alargó el cuello:

—¿Quién eres? ¿Quién? —preguntó y su voz terrible temblaba.

—¿No me reconoces? —dijo Jesús y avanzó un paso más.

Su voz también temblaba. Sabía que de la respuesta del Bautista dependía su destino.

«¿Es él? ¿Es él?» —pensaba el Bautista, su corazón latía violentamente y no podía, no se atrevía a decidirse. Alargó de nuevo el cuello:

—¿Quién eres? —volvió a preguntar.

—¿No has leído las Escrituras? —le respondió Jesús con ternura, en tono de reproche, como si le riñera—. ¿No has leído a los profetas? ¿Qué dice Isaías? ¿No lo recuerdas, Precursor?

—¿Eres tú? ¿Tú? —murmuró el asceta, lo cogió con fuerza por los dos hombros y escrutó sus ojos.

—He venido... —dijo Jesús con voz indecisa y se detuvo.

Le faltaba el aliento, no podía seguir avanzando. Se diría que dejaba el movimiento del pie en suspenso y tanteaba para ver si podía o no dar un paso sin derrumbarse...

Inclinado sobre él, el salvaje profeta lo examinaba en silencio. ¿Acaso había oído las palabras sencillas, terribles, que habían salido de la boca de Jesús?

—He venido... —repitió el hijo de María en voz tan baja que ni siquiera Judas que acechaba detrás de ellos con el oído atento pudo oírlo.

Esta vez el profeta se estremeció. Había oído.

—¿Qué? —dijo y se le erizaron los pelos.

Un cuervo voló sobre sus cabezas y lanzó un graznido ronco —como el grito de un hombre que se está ahogando o que ríe o se burla—, el Bautista se encolerizó. Se agachó para coger una piedra y arrojársela. El cuervo se había ido, pero él seguía buscándolo y se alegraba de que el tiempo pasara y su espíritu se apaciguaba poco a poco... Se levantó:

—Bienvenido —dijo con calma y lo miró sin afecto.

A Jesús le dio un vuelco el corazón. ¿Le habían zumbado los oídos o verdaderamente el profeta le había dicho: «Bienvenido»? Si era cierto, ¡qué sorpresa, qué alegría, qué pavor!

El Bautista lanzó una mirada a su alrededor, escudriñó el río Jordán, las cañas, a los hombres, que arrodillados confesaban públicamente sus pecados; abrazó rápidamente este su reino y se despidió de él y luego se volvió hacia Jesús:

—Ahora yo puedo irme —dijo.

La voz de Jesús se oyó segura, decidida:

—Aún no. Antes bautízame, Precursor.

—¿Yo? Eres tú quien debe bautizarme a mí, Señor...

—No hables en voz alta, no deben oírnos; aún no ha llegado mi hora. ¡Ven!

Judas aguzó el oído para escuchar lo que decían, pero sólo oía un murmullo, un alegre murmullo de danza, como el de dos corrientes de agua que se mezclan.

* * *

Las multitudes que se habían reunido en la orilla se hicieron a un lado. ¿Quién era aquel extraño peregrino que se había quitado la túnica blanca y el sol había caído sobre él y lo había cubierto y que, sin confesar sus pecados, entraba en el agua con tanta nobleza y seguridad? El Bautista iba delante, los dos se metieron en la corriente azul. Una roca asomaba del agua, el Bautista se encaramó a ella. A su lado Jesús pisaba sobre la arena del fondo y el agua abrazaba su cuerpo hasta la barbilla.

En el momento en que el Bautista alzó la mano para derramarle el agua sobre el rostro y pronunciar la oración, el pueblo lanzó un grito: la corriente del Jordán se había detenido súbitamente y desde todas partes acudían bancos de peces multicolores, rodeaban a Jesús, y bailaban abriendo y cerrando las aletas y moviendo la cola. Y un espíritu peludo, un anciano bonachón, con algas enredadas en el cuerpo, ascendió del fondo del río, se apoyó en las cañas y con la boca abierta se puso a mirar todo cuanto sucedía ante él. Y sus ojos estaban desmesuradamente abiertos de alegría y terror.

Al ver tales maravillas, el pueblo enmudeció. Muchos se echaron de bruces en la orilla para no ver, otros tiritaban en aquel sol abrasador. Uno de ellos vio al anciano que salió del fondo del río, todo cubierto de lodo, gritó: «¡El Jordán!», y se desvaneció.

El Bautista llenó de agua una concha profunda, su mano temblaba, comenzó a derramar agua sobre el rostro de Jesús:

—Recibe el bautismo el siervo de Dios ⁵¹ ... —empezó a decir y se detuvo. No sabía qué nombre darle.

Se volvió a Jesús para preguntarle y, justamente en el momento en que todos, de puntillas, esperaban oír el nombre, se oyó bajar del cielo un ala, un pájaro blanco, luminoso —¿un pájaro o un serafín de Jehová?—, fue a cernerse sobre la cabeza del bautizado, sin moverse del sitio durante un rato; luego trazó tres círculos y tres coronas de luz brillaron en el aire y se oyó al ave lanzar un grito, como si pronunciara un nombre, un nombre jamás oído antes, secreto, como si el cielo respondiera a la pregunta muda del Bautista.

Los oídos de los hombres zumbaron y sus sienes se conmovieron. Aquello eran palabras, y al mismo tiempo, alas, voz de Dios, voz de un ave: un extraño prodigio; Jesús tensó todo su cuerpo para escuchar. Presintió que aquel era su verdadero nombre pero no pudo oírlo. Sólo oyó que en su interior afluían y rompían como olas, como alas, muchas palabras grandes y amargas. Alzó los ojos, el ave se había lanzado ya a la cima del cielo y se había hecho luz en la luz.

Sólo el Bautista, que llevaba años en el desierto en una soledad inhumana, y había aprendido el lenguaje de Dios, comprendió:

—¡Recibe el bautismo —murmuró para sí, temblando—, recibe el bautismo el siervo de Dios, el hijo de Dios, la esperanza del hombre! —e hizo una señal al Jordán para indicarle que sus aguas podían volver a fluir de nuevo. El misterio se había cumplido.

[46](#) Se trata de la fiesta de las tiendas (*sucot*). Se celebraba a finales de septiembre. Las familias se iban al campo y vivían en chozas instaladas entre los viñedos. En origen debió ser fiesta de la vendimia, pero luego se relacionó con el recuerdo de las tiendas del desierto en las que se cobijaban en la huida de Egipto. Se rememoraba la alianza con Dios, de modo que la gente tuviera siempre presente su condición de peregrinos en una tierra otorgada graciosamente por Yahvé.

[47](#) Entre el otoño del año 27 y la primavera del 28, surge en Palestina este profeta original e independiente que provoca un fuerte impacto en el pueblo. Lo llamaban «*Bautizador*» porque practicaba un rito inusitado y sorprendente en las aguas del Jordán. Se hacía en aguas que corren, el río Jordán, y se trataba de un acto único, no una serie continuada de abluciones. No era una autoinmersión, como en Qumrán, sino que el postulante era bautizado por otro, un *bautizador*. Por otra parte, el bautismo de Juan tenía un carácter casi sacramental, era un bautismo individual, no colectivo, e incluía el perdón de Dios, significaba una conversión radical a Dios; era como un signo de que Dios había perdonado las transgresiones del pecador una vez que éste se había arrepentido interiormente y tenía propósito de la enmienda. El bautismo de Juan tenía además un carácter simbólico: representaba el paso desde la Transjordania, donde él bautizaba, hasta la Tierra Prometida de Israel.

[48](#) El Templo representaba una referencia fundamental. Su significado decisivo es que ahí moraba Dios mismo, en medio de su pueblo. El Templo ofrecía una reconciliación con Dios mediante los sacrificios. Pero además desempeñaba otras muchas funciones. Era un símbolo nacional importantísimo. Los judíos de todo el mundo enviaban al Templo el llamado impuesto de las dos dracmas (Mateo 17, 24), que debía convertirse en medio siclo de Tiro, la moneda exigida por las autoridades del Templo debido a su estabilidad. A este impuesto se añadían las ofrendas voluntarias (monedas, tierras e incluso esclavos). En el Templo tenía lugar la venta de animales destinados al sacrificio. Todo esto lo convertía en mercado, en centro de cambio y en cámara del tesoro y lo hacía atractivo para depositar la riqueza privada, lo que le daba un carácter de banca. El Templo también desempeñaba funciones políticas. En él se reunía la suprema autoridad judía de Jerusalén, el Sanedrín, compuesto por veintitrés miembros, con el Sumo Sacerdote a la cabeza.

[49](#) Posiblemente es la más antigua de todas las ciudades. Su asentamiento data del 6850 a.C.

[50](#) Isaías fue el primero de los grandes profetas hebreos (siglo VIII a.C.). Es el más mesiánico de todos ellos: uno de los puntos centrales alrededor de los que giran sus ideas es que la verdadera paz, la justicia y la equidad solo serán

accesibles al ser humano cuando llegue el Mesías. Las profecías isaianas habrán de cumplirse inexorablemente. El Mesías será descendiente de la casa de David (Isaías 9, 6 y 11, 1-10), reinará sobre Judá (8, 8), nacerá de una virgen (7, 14), será Dios entre nosotros (7, 14; 8, 8-10; 9, 1-6), y fundará un imperio de paz (11, 1-9). Algunos pasajes del libro de Isaías han conocido una gran fama debido a su uso en la teología cristiana.

[51](#) El bautismo de Jesús ocurrió en torno al año 28, cuando tenía 32 años, y es uno de los datos más seguros. Es el único hecho históricamente comprobable que nos permite acercarnos al «arranque» de su misión.

XVII

El sol asomó por el desierto como un león. Llamó a todas las puertas de Israel, y de todas las casas he breas se elevó la salvaje oración matinal dirigida al adusto Dios de los judíos.

«Te cantamos, te glorificamos, Dios nuestro y Dios de nuestros padres, todopoderoso y terrible, que nos ayudas y defiendes. Gloria ti, Inmortal, gloria a ti, protector de Abraham. ¿Quién puede rivalizar en poder contigo, Rey, que matas y resucitas y traes la liberación? ¡Gloria a ti, Libertador de Israel! ¡Aniquila, abate y dispersa a nuestros enemigos! ¡Pero pronto, mientras estemos vivos!».

La salida del sol encontró a Jesús y a Juan el Bautista sentados en la oquedad de un escarpado peñasco, sobre el Jordán. Durante toda la noche los dos habían tenido el mundo en sus manos, unas veces uno, otras veces el otro, y se planteaban qué debían hacer con él. El rostro del Bautista era severo y decidido y sus manos subían y bajaban como si realmente empuñaran un hacha y golpearan con ella. El rostro de Jesús era apacible, indeciso y sus ojos estaban llenos de piedad.

—¿El amor no basta? —preguntó.

—No basta, no —respondió el Bautista, airado—. El árbol está podrido, Dios me llamó y me dio el hacha, yo la traje y la puse al pie del árbol. Yo he cumplido mi deber, ahora cumple tú el tuyo. ¡Coge el hacha y golpea!

—Si fuera fuego, abrasaría, si fuera leñador, talaría. Pero soy un corazón y amo.

—Yo también soy un corazón, por eso no puedo soportar la injusticia, la desvergüenza, la infamia. ¿Cómo puedes amar a los injustos, a los infames, a los impúdicos? ¡Golpea! Uno de los deberes del hombre, uno de los más grandes, es la ira.

—¿La ira? —dijo Jesús, y su corazón se resistía a aceptarlo—. ¿No somos todos hermanos?

—¿Hermanos? —dijo el Bautista con sarcasmo—. ¿Hermanos? ¿Crees que ese es el camino de Dios, el amor? ¡Mira!

Tendió la mano velluda y esquelética, le señaló a lo lejos el Mar Muerto, que apestaba como una carroña:

—¿Te inclinaste para ver en su fondo a las dos putas, Sodoma y Gomorra? Dios se encolerizó, lanzó fuego, golpeó la tierra con el pie y la tierra se convirtió en mar y se tragó a Sodoma y Gomorra. Este es el camino de Dios, síguelo. ¿Qué dicen las profecías? «¡El día del Señor la leña derramará sangre, las piedras cobrarán vida, se levantarán de las casas que están construidas con ellas y matarán a sus dueños!». El día del Señor se ha puesto en marcha y se acerca. Yo fui el primero en verlo y lancé una llamada, cogí el hacha de Dios y la coloqué al pie del mundo. Llamaba, llamaba; te llamaba a ti para que vinieras. ¡Has venido! ¡Yo me voy!

Le cogió las manos, parecía que le ponía en ellas una pesada hacha. Jesús se apartó, se aterrorizó.

—Ten un poco de paciencia, te lo suplico —dijo—. No tengas prisa. Iré a hablar con Dios en el desierto. Allí se oye más claramente su voz.

—También se oye más claramente la voz de la Tentación. Ten cuidado. Satán te acecha, alinea su ejército, sabe que tú eres cuestión de vida o muerte para él y caerá sobre ti con toda su ferocidad y con toda su dulzura. Ten cuidado, el desierto está lleno de voces dulces y de muerte.

—Las voces dulces y la muerte no me engañan, compañero. Ten confianza.

—La tengo. ¡Pobre de mí si no la tuviera! Ve al desierto. Habla con Satán, habla también con Dios y toma una decisión. Si eres el que esperaba, Dios ha tomado ya la decisión, no te vas a librar. Si no eres el que esperaba, ¿qué me importa que te pierdas? Vete y ya veremos. Pero pronto. No quiero dejar al mundo completamente solo.

—¿Qué dijo la paloma salvaje que aleteó sobre mí en el momento en que me bautizaste?

—No era una paloma salvaje, llegará el día en que oigas las palabras que pronunció. Pero hasta entonces penderán sobre tu cabeza como espadas.

Jesús se levantó, tendió la mano, su voz temblaba:

—Precursor amado —dijo—, adiós, puede que para siempre.

El Bautista pegó sus labios a los de Jesús durante largo rato. Su boca era un carbón encendido y los labios de Jesús se quemaron.

—A ti te entrego ya mi alma —dijo, y le apretó la tierna mano con fuerza—. Si eres el que esperaba, escucha mis últimas recomendaciones porque creo que no volveré a verte en esta tierra nunca más [52](#) .

—Escucho —murmuró Jesús, estremeciéndose— ¿Qué recomendaciones?

—Cambia tu rostro, fortalece tus brazos, reafirma tu corazón. Tu vida será terrible; veo sangre y espinas en tu frente. ¡Sopórtalo, hermano, más grande que yo, ánimo! Dos caminos se abren ante ti: el camino del hombre, llano, y el camino de Dios, cuesta arriba. Sigue el camino más difícil. ¡Adiós! Y no te aflijas por las separaciones; tu deber no es llorar, es golpear. ¡Golpea! ¡Que tu mano no tiemble! Así es tu camino. Y no olvides esto: el Fuego y el Amor son ambos hijos de Dios, pero el Fuego nació primero, luego el Amor. Comencemos, pues, por el Fuego. ¡Adiós!

El sol ya estaba alto, aparecieron caravanas procedentes del desierto de Arabia, llegaban nuevos peregrinos con turbantes multicolores en las cabezas rasuradas; unos llevaban colgados del cuello amuletos de colmillos de jabalí en forma de media luna, otros, diminutas estatuillas de diosas de bronce, de grandes caderas, y otros más, collares hechos con los dientes de sus enemigos. Fieras orientales que acudían a recibir el bautismo. El Bautista los vio, lanzó un aullido y descendió de la peña. Los camellos se arrodillaron en el limo del Jordán y se oyó, implacable, la voz del desierto: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! ¡Ha llegado el día del Señor!».

Entretanto, Jesús encontró a sus compañeros esperándolo sentados a la orilla del río, en silencio, afligidos. Hacía tres días y

tres noches que faltaba y el *Bautizador* había abandonado tres días y tres noches sus bautismos y los había pasado hablando con él. Hablaba, hablaba y Jesús bajaba la cabeza y lo escuchaba. ¿Qué le decía, inclinado sobre él de aquel modo, como un ave de presa? ¿Y por qué uno de ellos era tan feroz y el otro estaba tan afligido? Judas resoplaba furioso, iba y venía, y cuando caía la noche se acercaba furtivamente al peñasco para escuchar. Los dos hablaban mejilla contra mejilla, Judas aguzaba el oído pero sólo oía un murmullo, un murmullo rápido, como el agua que corre, nada más. Uno daba y el otro, el hijo de María, recibía, y se llenaba como si fuera un cántaro puesto bajo el chorro de una fuente. El de la barba pelirroja se deslizaba otra vez del peñasco y de nuevo se ponía a dar vueltas en la oscuridad hecho una furia: «¡Qué vergüenza para mí! —murmuraba—, ¡qué vergüenza para mí que hagan planes sobre Israel y yo no esté! El *Bautizador* debía haberme dado a mí el hacha. Yo puedo utilizarla, éste no. Porque sólo yo me apiado de Israel. Éste iluminado proclama —y no le da vergüenza—, que todos somos hermanos, opresores y oprimidos, israelitas, romanos y griegos, ¡malditos sean!».

Se echaba al pie del peñasco lejos de los otros compañeros, no quería estar con ellos, se quedaba dormido un instante y le parecía oír la voz del Bautista y palabras aisladas sin sentido: «¡Fuego, Sodoma y Gomorra, golpea!». Se ponía en pie de un salto, pero en el momento en que estaba despierto ya no oía nada, sólo las aves nocturnas, los chacales y el murmullo del Jordán entre las cañas... Bajaba al río, hundía en el agua su cabeza abrasada para apagarla. «¿Es que no va a bajar del peñasco? —murmuraba—, ¡bajará y entonces, lo quiera o no, me enteraré!».

Al verlo acercarse, se puso en pie de un salto. Los compañeros se levantaron y corrieron también a su encuentro, contentos. Le tocaban los hombros, la espalda, lo acariciaban y los ojos de Juan se arrasaron de lágrimas. No se cansaban de mirarlo, pero les pareció que estaba absorto en otras cosas y una profunda arruga surcaba ahora su frente.

Pedro no pudo contenerse:

—Rabí —dijo—, ¿por qué el *Bautizador* ha estado hablando contigo tantos días y tantas noches? ¿Qué te ha dicho que te ha puesto tan triste? Tu semblante ha cambiado.

—Le quedan pocos días de vida —respondió Jesús—. Quedaos con él. Hacedos bautizar. Yo me voy.

—¿Adónde vas, rabí? —gritó el hijo menor de Zebedeo, cogiéndole por la túnica—. Todos iremos contigo.

—Voy al desierto solo. El desierto no requiere compañía. Voy a hablar con Dios.

—¿Con Dios? —dijo Pedro, cubriéndose el rostro—. ¡Pero entonces no volverás jamás!

—Volveré —respondió Jesús y lanzó un suspiro—. Es preciso que vuelva. El mundo pende de un hilo, ¡Dios me dará instrucciones y volveré!

—¿Cuándo? ¿Cuántos días estarás ausente? ¿Cómo vas a dejarnos? —gritaban todos y lo retenían para que no se fuera.

Sólo Judas, apartado, silencioso, escuchaba y los miraba con desprecio. «Ovejas... ovejas... —murmuraba—, doy gracias al Dios de Israel; yo soy un lobo».

—Volveré cuando lo quiera Dios, hermanos. Adiós. Quedaos aquí. Esperadme. ¡Hasta pronto!

Todos quedaron petrificados, le miraban mientras se dirigía lentamente hacia el desierto. Ya no caminaba como antes, tocando levemente la tierra; su paso era ahora pesado, taciturno. Cortó una caña para apoyarse, subió al puente de un solo ojo, se detuvo en el punto más alto, miró hacia abajo, acá y allá, vio a los peregrinos metidos en la corriente fangosa. Sus rostros tostados por el sol resplandecían felices. Enfrente, en la otra orilla, otros se daban golpes de pecho y confesaban sus pecados a los cuatro vientos. Miraban con ojos ardientes al Bautista esperando que les indicara con un gesto que entraran también ellos en la sagrada corriente. El salvaje asceta, metido en el Jordán hasta la cintura, bautizaba a los rebaños de hombres y los empujaba hacia la orilla, sin amor, con ira, y detrás de ellos, hacía entrar en el agua a otros rebaños. Sus barbas puntiagudas, negrísimas y sus cabellos hirsutos y enredados,

jamás tocados por las tijeras, brillaban al sol y su enorme boca, eternamente abierta, vociferaba.

Jesús rastreó con la mirada el río, a los hombres, y, a lo lejos, el Mar Muerto, las montañas de Arabia y el desierto. Se inclinó, vio que su sombra fluía hacia el Mar Muerto, con el agua.

«Qué felicidad —pensó—, poder estar sentado en la orilla del río, contemplando cómo el agua se desliza hacia el mar y cómo corren reflejados en ella los árboles, los pájaros y las nubes, y de noche, las estrellas. ¡Qué felicidad si yo mismo pudiera deslizarme con ella! Y no ser corroído por la angustia del mundo...».

Pero se sacudió, arrojó de sí la tentación, se apartó del pretil del puente, lo cruzó con paso rápido y desapareció tras las rocas desiertas. El pelirrojo estaba en pie en la orilla y no le quitaba ojo. Lo vio desaparecer, temió que se le escapara, se remangó, corrió tras él. Lo alcanzó en el momento en que Jesús iba a entrar en el inmenso mar de arena.

—Hijo de David, —así lo llamó— espera, ¿cómo es que me abandonas?

Jesús se volvió:

—Judas, hermano —le dijo suplicante—, no me sigas. He de quedarme solo.

—¡Quiero saber! —dijo el de la barba pelirroja y siguió avanzando.

—No tengas prisa. Sabrás cuando llegue la hora. Sólo te digo que estés contento, Judas, hermano: todo va bien.

—«Todo va bien» no me basta. El lobo no se ve saciado con mensajes; tú no lo sabes, pero yo sí lo sé.

—Si me amas, ten paciencia. Mira los árboles, ¿tienen ellos prisa porque maduren sus frutos?

—Yo no soy un árbol, soy un hombre —replicó el de la barba pelirroja y seguía avanzando—. Soy un hombre, es decir, una criatura que tiene prisa. Tengo mis propias leyes.

—La Ley de Dios es la misma para los árboles y para los hombres, Judas.

El de la barba pelirroja rechinó los dientes:

—¿Y cómo se llama esa ley? —preguntó con sarcasmo.

—Tiempo.

Judas se detuvo, apretó el puño. No aceptaba aquella Ley, iba demasiado despacio y él tenía prisa. Sus entrañas tenían una ley propia, opuesta al tiempo.

—Dios vive mucho —gritó—. Es inmortal, así que puede tener paciencia y esperar. Pero yo soy un hombre, te digo, una criatura que tiene prisa. No quiero morir antes de ver. Y no sólo ver, ¡ver y tocar con estas manzanas eso que tengo en la mente!

—Lo verás —respondió Jesús y movió la mano para tranquilizarlo—. Lo verás y lo tocarás, Judas, hermano. Ten confianza. ¡Hasta pronto! Dios me espera en el desierto.

—Iré contigo.

—En el desierto no caben dos hombres. Vuélvete.

Como el perro pastor a la voz de su amo, el de la barba pelirroja gruñó, enseñó los dientes, pero bajó la cabeza y se volvió. Cruzó el puente con el semblante serio, recordó la época en que andaba por las montañas con Barrabás —¡bendita su existencia! —y con los rebeldes: ¡Qué viento de ferocidad y libertad, el de entonces! ¡Qué capitán con el puñal al cinto era el Dios de Israel! Necesitaba un jefe así. ¿Por qué iba ahora con este iluminado que tenía miedo de la sangre y gritaba «amor, amor», como una virgen angustiada? Pero ¡paciencia!, ya se vería lo que traería del desierto.

* * *

Jesús ya había entrado en el desierto y, a medida que avanzaba, se figuraba que entraba en la guarida de un león y sentía un estremecimiento, no de miedo, sino de alegría, una alegría oscura e inexplicable. De pronto recordó. Hacía miles de años, cuando aún era un niño —aún no sabía hablar bien—, una noche había tenido un sueño, el primero que recordaba en su vida: Soñó que se adentraba en una cueva profunda y encontraba una leona que acababa de parir y daba de mamar a sus crías. Al verla sintió hambre y sed, se tumbó junto a los cachorritos y se puso a mamar con ellos. Luego salieron todos a una pradera y empezaron a jugar al sol... Pero mientras jugaban,

su madre, María, apareció en el sueño, lo vio con los leones y dio un grito. Entonces se despertó, se encolerizó, se volvió hacia su madre que dormía a su lado: «¿Por qué me has despertado? —le gritó—, ¡estaba con mis hermanos y con mi madre!». «Ahora comprendo por qué estoy contento —pensó—, entro en la guarida de mi madre, la leona, la soledad...».

Se oía un silbido inquietante procedente de las serpientes y del viento abrasador que soplaba entre las piedras, y de los espíritus invisibles del desierto.

—Alma mía —Jesús se inclinó sobre sí y habló a su alma—, aquí se verá si eres inmortal.

Escuchó tras él pisadas, prestó atención. La arena crujía, alguien caminaba lentamente, con paso firme y se acercaba. Sintió un escalofrío. «La había olvidado —pensó—, pero ella no me olvida, viene conmigo: es mi Madre». Sabía bien que era la Maldición, pero después de tanto tiempo en su interior la llamaba Madre...

Echó a correr, desvió el pensamiento a otra parte, se acordó de la paloma salvaje. Le parecía que tenía apresada en su interior un ave salvaje ¿Era un ave o era su alma que se esforzaba por salir? ¿Había salido? ¿Era aquella la paloma salvaje que había revoloteado y se había cernido sobre su cabeza zureando, mientras le bautizaban? No era un ave ni un serafín, era su alma.

Lo había comprendido; se sosegó. Reanudó la marcha. Oía crujir la arena a sus espaldas, pero ahora su corazón se había hecho fuerte y podía soportarlo todo con dignidad: «El alma del hombre es todopoderosa —pensaba—; toma el aspecto que desea. En aquel momento se había convertido en ave y revoloteaba sobre él...». Y mientras avanzaba, calmado, de pronto lanzó un grito y se detuvo: «¿Y si aquella paloma era una ilusión de sus ojos o un zumbido de sus oídos —le asaltó este pensamiento—, o un remolino de viento? Porque recuerdo que mi cuerpo resplandecía, leve, todopoderoso, como un alma. Y lo que quería yo oír, lo oía, lo que quería ver, lo veía. Modelaba y deshacía el aire según mi gusto... ¡Dios mío, Dios mío, ahora que

vamos a estar los dos solos, dime la verdad, no me engañes, ya no puedo oír falsas voces!».

Avanzaba y el sol que avanzaba con él, había llegado ya al centro del cielo y estaba encima de su cabeza. Sus pies se abrasaban en la arena ardiente. Miró a su alrededor para buscar una sombra y, mientras miraba, oyó un aleteo sobre él, vio una bandada de cuervos que volaban derechos hacia un foso, donde una cosa negra hedía y se descomponía.

Se tapó las narices, se acercó. Los cuervos habían caído sobre la carroña, habían clavado en ella sus garras y comían; al ver que se acercaba un hombre, levantaron furiosos el vuelo con un trozo de carne cada uno en las garras, se pusieron a describir círculos en el aire y a graznar al intruso para que se fuera. Jesús se inclinó, vio el vientre abierto, el vellón negro medio arrancado, los pequeños cuernos callosos y, en el cuello en descomposición, ristras de amuletos...

«El chivo —murmuró estremeciéndose—, el chivo sagrado que cargó sobre su cuello con los pecados del pueblo, que los hombres han expulsado de aldea en aldea, de montaña en montaña, hacia el desierto, y ha muerto...».

Se agachó, excavó la arena con las manos tan profundamente como pudo, cubrió la carroña:

—Hermano mío —dijo—, eras inocente y puro como todos los animales, pero los hombres, cobardes, colgaron sobre ti sus pecados y te mataron. Descomponete en paz. No les guardes rencor. Son hombres, unas criaturas impotentes y desdichadas, no tienen el valor de pagar por sí solos sus pecados y se los cargan a un inocente... Paga por ellos, hermano mío, ¡adiós!

Siguió caminando pero al poco rato se volvió, turbado, agitó la mano, gritó:

—¡Hasta pronto!

Los cuervos estaban furiosos con él; les había privado de la succulenta carroña y ahora lo seguían, a ver si caía también sobre él y les abría el vientre para que comieran. ¿Por qué había sido injusto con ellos? ¿No los había creado Dios para comer carroña? ¡Pues, bien, tenía que pagarlo!

Anocheecía ya, se sintió cansado. Se acurrucó en un gran risco redondo y plano, como una piedra de molino. «No iré más allá —murmuró—, aquí sobre esta piedra, me haré fuerte y lucharé». La oscuridad cayó de golpe desde el cielo, ascendió desde la tierra, cubrió el mundo. Y, junto con la oscuridad, la helada. Le castañeteaban los dientes; se arrebujo en la vestidura blanca, se hizo un ovillo y cerró los ojos. Pero al cerrarlos, sintió miedo; se acordó de los cuervos; los chacales hambrientos comenzaban a aullar por todas partes, sintió que el desierto se movía como una fiera a su alrededor... Se aterró, abrió otra vez los ojos, el firmamento se había llenado de estrellas. Se consoló. «Éstos son los serafines —pensó—, éstas son las seis alas de luz que cantan en torno al trono de Dios. Pero están lejos, muy lejos, no las oímos. Han venido para hacerme compañía...». Su mente se iluminó con la luz de las estrellas, se olvidó de que tenía hambre y frío. Él era también un ser vivo, una luciérnaga efímera en la oscuridad y ensalzaba al Señor. Su alma era una pequeña luciérnaga, una hermana humilde y pobremente vestida, de los ángeles. Se sintió reconfortado al evocar sus elevados orígenes y vio a su alma erguida, junto a los ángeles en torno al trono de Dios. Entonces, en paz, sin miedo, cerró los ojos y se durmió.

Se despertó, levantó el rostro hacia oriente, vio un terrible horno, el sol que ascendía de la arena. «Éste es el rostro de Dios» —pensó, y se protegió la vista con la mano para no deslumbrarse—. «Señor —murmuró—, soy un grano de arena que habla, respira y te ama. Te ama y te llama Padre. No tengo más armas que el amor, con ellas he venido a luchar, ¡Socórreme!».

Dijo. Se levantó y trazó con la caña un círculo alrededor de la piedra en la que había dormido. «No saldré de este círculo —dijo en voz alta para que lo oyeran las potencias invisibles que lo acechaban—. No saldré de éste círculo si no escucho la voz de Dios. Pero he de escucharla claramente, no como un rumor impreciso, como es lo habitual, no como un canto de pájaro o un trueno. Claramente. Que me hable con palabras humanas y que me diga qué quiere de mí y qué puedo. O mejor, no qué puedo, sino qué debo hacer. Sólo entonces me levantaré para salir de

este círculo y volver a los hombres, si eso es lo que me ordena; para morir, si esa es su voluntad. Sea lo que él quiera, pero tengo que saberlo, ¡en el nombre de Dios!».

Se arrodilló en la piedra, con el rostro hacia oriente, hacia el gran desierto. Cerró los ojos, concentró todos sus pensamientos —todos cuantos habían quedado desperdigados por Nazaret, Magdala, Cafarnaúm, el pozo de Jacob, el río Jordán— y comenzó a alinearlos en orden de combate. Iba a la guerra.

Con el cuello tenso y los ojos cerrados, se sumergió en su propio interior. Un murmullo de agua, de cañas que susurran, de hombres que gimen. Los gritos y terrores llegaban a oleadas del Jordán, y también las remotas esperanzas ensangrentadas. Las tres largas noches que había pasado sobre el peñasco con el asceta salvaje fueron las primeras en acudir a su recuerdo, armadas de pies a cabeza, y se lanzaron al desierto para entrar en combate junto a él.

La primera noche saltó sobre él como una langosta gigante, con ojos duros, amarillos y cenicientos, con alas amarillas y cenicientas, con extrañas letras verdes en el vientre. Su aliento era como el del Mar Muerto. Se enganchó en él y sus alas empezaron a serrar el aire con rabia. Jesús lanzó un grito, se volvió: el Bautista estaba en pie, a su lado, tenía extendido su brazo esquelético en la noche profunda hacia Jerusalén.

—Mira, ¿qué ves?

—Nada.

—¿Nada? Ante ti está la santa Jerusalén, la puta. ¿No la ves? Está sentada sobre las recias rodillas del romano y se ríe. «¡No la quiero! —grita el Señor—, ¿ésa es mi esposa? ¡No la quiero!». Como el perro, tras las huellas del Señor, ladro yo: «¡No la quiero!». Doy vueltas alrededor de sus murallas de fuertes torres y le ladro: «¡Putas! ¡Putas!». Tiene cuatro grandes puertas fortificadas: en una está sentada el Hambre, en otra el Miedo, en la tercera, la Injusticia, en la cuarta, la del norte, la Ignominia. Entro, recorro sus calles empinadas, me acerco, examino a sus habitantes. Mira sus rostros: tres de ellos son pesados, grasientos, están ahítos, y tres mil están consumidos por el hambre. ¿Cuándo desaparece un mundo? Cuando tres amos

comen demasiado y tres mil, un pueblo entero, se mueren de hambre. Mira una vez más sus rostros: el Miedo está asentado sobre todos, sus narices aletean, husmean el día del Señor. Mira a las mujeres: la más honrada mira con lascivia a su sirviente, se relame y le hace señas: ¡Ven! He quitado el techo a sus palacios, mira: el rey tiene en sus rodillas a la mujer de su hermano y acaricia su desnudez ⁵³. ¿Qué dicen las Sagradas Escrituras?: «¡Muerte al que mira desnuda a la mujer de su hermano!». Sin embargo, no será ajusticiado él, el incestuoso. Seré asesinado yo, el asceta. ¿Por qué? ¡Porque ha llegado el día del Señor!

Toda aquella primera noche Jesús, sentado a los pies del Bautista, vio abiertas las cuatro puertas de Jerusalén y por ellas entraban y salían el Hambre, el Miedo, la Injusticia y la Ignominia. Las nubes llenas de ira y granizo se amontonaban sobre la santa prostituta.

La segunda noche, el Bautista volvió a extender la mano, delgada como una caña, con un golpe brusco abrió una brecha entre el tiempo y el espacio:

—Aguza el oído, ¿qué oyes?

—No oigo nada.

—¿Nada? ¿No oyes la Iniquidad, esa perra que ha perdido la vergüenza, ha subido al cielo y ladra a la puerta del Señor? ¿No has pasado por Jerusalén? ¿No has oído a los sacerdotes, a los sumos sacerdotes, a los escribas y fariseos que rodean el Templo y ladran? Pero Dios no soporta ya la desvergüenza de la tierra. Se levanta, pone el pie en las montañas, baja. Delante de él, la Ira; detrás, los tres perros de presa del cielo: el Fuego, la Lepra y la Locura. ¿Dónde está el Templo con sus soberbias columnas incrustadas de oro que lo sostenían y proclamaban?: ¡Eternidad! ¡Eternidad! ¡Eternidad! El Templo se ha reducido a cenizas, los sacerdotes, los sumos sacerdotes, los escribas y fariseos se han reducido a cenizas, sus amuletos santos, sus ropas tálares de seda, sus anillos de oro. ¡Cenizas! ¡Cenizas! ¡Cenizas! ¿Dónde está Jerusalén? Llevo en la mano un fanal encendido, busco entre las montañas, en las tinieblas del Señor, llamo: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Soledad, soledad absoluta, ni siquiera un cuervo responde. Los cuervos han comido y se han

ido. Me hundo hasta las rodillas en los cráneos y los huesos, vienen a dominarme las lágrimas, pero las repelo; las alejo de mí; río, me agacho, elijo los huesos más largos, hago flautas con ellos y ensalzo al Señor.

Durante toda aquella segunda noche el Bautista reía y contemplaba en las tinieblas de Dios el Fuego, la Lepra y la Locura. Jesús asió las rodillas del profeta:

—¿No es posible que la liberación descienda al mundo por medio del amor? —preguntaba—. ¿Por medio del amor, de la alegría, de la compasión?

El Bautista, sin volverse siquiera para mirarlo, le respondía:

—¿Tú no has leído nunca las Escrituras? El libertador para sembrar tritura los riñones, rompe los dientes, lanza fuego y reduce a cenizas los campos. Arranca las espinas, las cizañas, las ortigas. ¿Cómo se puede hacer desaparecer de la tierra la mentira, la infamia y la injusticia sin hacer desaparecer también a los injustos, los infames y los mentirosos? Es preciso que la tierra se purifique. No le tengas lástima. Ha de purificarse para que sea plantada una nueva semilla.

Pasó la segunda noche. Jesús callaba; esperaba la tercera, quizá la voz del profeta se dulcificara.

Durante la tercera noche, el Bautista daba vueltas sobre la peña, inquieto. No reía, no hablaba, examinaba a Jesús con angustia, le palpaba los brazos, las manos, la espalda, las rodillas; meneaba la cabeza, callaba, olía el aire. Al resplandor de las estrellas se veían sus ojos, que brillaban, a veces, verdes, a veces amarillos, y por su frente apergaminada corrían mezclados la sangre y el sudor. Por fin, de amanecida, cuando la lechosa luz del alba cayó sobre ellos, cogió las manos de Jesús, le miró a los ojos, frunció el entrecejo:

—Cuando te vi por primera vez —le dijo— salir de las cañas del río y venir derecho hacia mí, mi corazón brincó como un ternero. ¿Cómo brincó el corazón de Samuel cuando vio por primera vez a David, el joven pastor imberbe y pelirrojo? Así brincó mi corazón. Pero es de carne, ama la carne, no me fío de él. Esta noche te he examinado como si te viera por primera vez, te he oído y no encuentro sosiego. Miro tus manos, no son las

manos de un leñador, no son las manos de un libertador, son muy delicadas, muy compasivas. ¿Cómo van a emplear el hacha? Miro tus ojos. No son los ojos de un libertador; rebosan compasión.

Se levantó, suspiró:

—Tus caminos son tortuosos y sombríos, Señor —murmuró—. Tú puedes enviar una paloma blanca para incendiar, para reducir el mundo a ceniza. Nosotros miramos el cielo, esperamos que envíes un rayo, un águila, un cuervo. Y tú envías una paloma blanca. ¿Para qué indagar? ¿Para qué oponer resistencia? ¡Haz lo que quieras!

Abrió los brazos, abrazó a Jesús, le besó en el hombro derecho, luego en el hombro izquierdo:

—Si eres tú el que esperaba —dijo— has venido diferente a como imaginé. Entonces ¿he traído el hacha y la he puesto al pie del árbol para nada? ¿O acaso puede el amor empuñar también un hacha?

Se sumió en reflexiones:

—No puedo emitir un juicio —murmuró, al fin—. Moriré sin ver. No importa, ése es mi destino; es duro y me gusta.

Apretó la mano de Jesús:

—Buena suerte. Habla con Dios en el desierto, pero vuelve pronto, el mundo no puede quedarse solo.

Jesús abrió los ojos. El río Jordán, el Bautista, los bautizados, los camellos y los lamentos de los hombres se desvanecieron de golpe en el aire. Ante él se extendió el desierto. El sol estaba alto, quemaba. Las piedras humeaban como panes, sintió que el hambre segaba sus entrañas. «Tengo hambre —murmuró mirando las piedras—, tengo hambre». Se acordó del pan que les había dado la anciana samaritana, ¡qué rico era, dulce como la miel! Recordó la miel que les daban en las aldeas por donde pasaban, las aceitunas machacadas, los dátiles, la santa cena cuando, arrodillados a la orilla del lago Genesaret, apartaba de las trébedes los pescados alineados en la parrilla. Luego venían a su mente y lo atormentaban los higos, los racimos de uvas, las granadas...

Se le secó la garganta, tenía sed. ¡Cuántos ríos fluían por el mundo, cuántas aguas saltaban de peña en peña! El río Jordán, que iba de un extremo a otro de Israel, se vertía en el Mar Muerto y se perdía. ¡Y él no tenía ni una gota para beber! Pensó en toda aquella agua y su sed aumentó aún más. Se sintió mareado, pestañeó, dos demonios perversos, como gazapos, salieron de la tierra ardiente, se alzaron sobre sus patas traseras, bailaron, se dieron la vuelta, vieron al eremita, chillaron contentos, fueron acercándose a él a saltitos, se le subieron a las rodillas, se encaramaron a sus hombros. Uno era refrescante como el agua, el otro, caliente y fragante, como el pan, y, cuando él adelantó ansioso las manos para atraparlos, de un salto desaparecieron en el aire.

Cerró los ojos, volvió a concentrar sus pensamientos, que el hambre y la sed habían dispersado, pensó en Dios y dejó de tener hambre y sed. Pensó en la liberación del mundo. ¡Ah, si fuera posible que el día del Señor llegara por medio del amor! ¿No es Dios todopoderoso? ¿Por qué no iba a hacer el milagro de tocar los corazones y que florecieran, como toca por la Pascua cada año los sarmientos, las plantas y las espinas y florecen? ¡Ah, si fuera posible que una mañana los hombres se despertaran y sus entrañas hubieran florecido!

Sonrió. El mundo había florecido en su interior; el rey incestuoso había recibido el bautismo, su alma se había purificado y había apartado de su lado a su cuñada Herodías y ella había vuelto con su marido. Los sumos sacerdotes y los ricos propietarios habían abierto sus despensas y sus arcas y habían repartido sus bienes entre los pobres, y los pobres habían respirado, habían expulsado de sus corazones el odio, los celos y el miedo... Jesús se miró las manos, el hacha que le había entregado el Precursor había florecido, ahora empuñaba una rama de almendro en flor.

Con aquella alegría había terminado el día. Se echó en la piedra y se durmió. Durante toda la noche oyó en sueños aguas que corrían, pequeños gazapos que bailaban y susurros extraños y narices húmedas que lo olisqueaban... Hacia medianoche un chacal hambriento —eso le pareció— se había acercado y lo

había olfateado: ¿Estaba muerto? ¿Tenía vida? Se detuvo, indeciso, un instante y Jesús en sueños se apiadó de él, estuvo a punto de abrirle su pecho para alimentarlo, pero se contuvo. Guardó su carne para los hombres.

Se despertó antes del amanecer. Grandes estrellas se enredaban unas con otras, en el cielo, el aire era aterciopelado y azul. «En este momento se están despertando los gallos — pensó—, se están despertando las aldeas, los hombres abren los ojos y miran por la claraboya la luz que retorna una vez más; los niños de pecho se despiertan también, se ponen a llorar y sus madres se presionan el pecho y se lo acercan rebosante de leche...». Por un instante, el mundo se puso en movimiento en el desierto, con sus hombres, sus casas, sus gallos, sus criaturas y sus madres —hecho todo él de rocío matinal y de aire—. Y ahora iba a ascender el sol para sorberlo... El corazón del eremita se oprimió. «¡Si pudiera volver eterno este rocío!» —pensó. Pero el pensamiento de Dios es un abismo y su amor, un terrible precipicio. Planta un mundo, lo pisotea cuando está a punto de dar frutos y planta otro. «Quién sabe, quizá el amor pueda empuñar un hacha...». Recordó las palabras del Bautista y se estremeció. Miró el desierto, se había vuelto salvaje, completamente rojo, se movía bajo el sol, que aquel día había aparecido furioso, ceñido por un halo de calima. Sopló viento, a sus narices llegó un olor fétido a brea y azufre. Subieron a su mente, sumergidas en alquitrán, Sodoma y Gomorra, con sus palacios, sus teatros, sus tabernas y sus casas de lenocinio. «¡Ten piedad, Señor! —gritaba Abraham—, ¡no las quemes! ¿No eres bueno? ¡Apiádate de tus criaturas!»». «¡Soy justo! —le había respondido Dios—, ¡las quemaré!».

«¿Así pues, es ése el camino de Dios? ¿Entonces es una gran osadía que el corazón, ese puñado de arcilla tierna, se levante y grite “¡detente!”». ¿Cuál es nuestro deber? Mirar al suelo, distinguir en el suelo las huellas de Dios y seguirlas. Miro al suelo, distingo claramente sobre Sodoma y Gomorra la pisada de Dios. Todo el Mar Muerto es la huella de la pisada de Dios. Plantó el pie y hundió Sodoma y Gomorra con sus palacios, sus teatros, sus tabernas y sus casas de lenocinio. Plantará el pie

otra vez y la tierra se hundirá de nuevo. ¡Reyes, sumos sacerdotes, fariseos, saduceos, todos caerán en las profundidades!».

Sin darse cuenta, se había puesto a gritar. Su mente se había enardecido, se había vuelto feroz. Había olvidado que sus rodillas no podían sostenerlo e hizo ademán de levantarse, para ponerse en marcha siguiendo las huellas de Dios, pero cayó de espaldas, sin aliento. «No puedo, ¿no me ves? —gritó y alzó los ojos al cielo ardiente—, no puedo, ¿Por qué me has elegido a mí? ¡No tengo resistencia!». Y mientras gritaba apareció ante él el chivo negro, con el vientre despanzurrado sobre la arena, con las patas hacia arriba. Recordó: se había inclinado sobre los ojos turbios del animal y había discernido en ellos su rostro. «Yo soy el chivo —murmuró—. Yo. Dios lo puso en mi camino para que vea quién soy y adónde voy...». Y bruscamente estalló en sollozos: «No quiero... No quiero... No quiero... —murmuró—, no quiero estar solo, ¡socorro!».

Entonces, mientras estaba inclinado y lloraba, sopló una suave brisa, el hedor a alquitrán y a carroña desapareció, el mundo exhaló sus aromas. Oyó a lo lejos un tintineo de pulseras, risas y murmullos de agua, que se acercaban. Los párpados, las axilas y la garganta del eremita se refrescaron. Alzó los ojos. Ante él, sobre una piedra, una serpiente con ojos y pecho de mujer se relamía y lo miraba. El eremita retrocedió, aterrado. ¿Era una serpiente? ¿Una mujer? ¿O un espíritu maligno del desierto? Así era la serpiente que se había enroscado en el árbol prohibido del Paraíso y había hechizado al primer hombre y a la primera mujer, se habían apareado y habían engendrado el pecado... Se oyó una risa y una voz dulce y mimosa de mujer:

—Me he apiadado de ti, hijo de María, ¡Has gritado: «No quiero estar solo, socorro!». Me has dado pena y he venido. ¿Qué quieres de mí?

—No quiero nada de ti, no te he llamado. ¿Quién eres?

—Tu alma.

—¡Mi alma! —exclamó Jesús y se tapó los ojos, con pavor.

—Tu alma. Tienes miedo de quedarte solo. Tu antepasado Adán también tenía miedo. «¡Socorro!», gritó igual que tú. Su

carne y su alma se fundieron y de su costado salió la mujer para hacerle compañía...

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡Me acuerdo de la manzana que diste a comer a Adán, y del ángel y de la espada!

—Te acuerdas, por eso sufres, gritas y no puedes encontrar tu camino. Pero yo te lo mostraré. Dame la mano, no mires atrás, no recuerdes. Mira mi pecho que va delante, síguelo, esposo mío. Él conoce el camino y no yerra.

—Me llevarás al dulce pecado y al Infierno. No iré. Mi camino es otro.

Estalló una risita burlona y quedaron a la vista los dientes afilados, llenos de veneno.

—¿Tú, gusano, quieres seguir la huella de Dios, las huellas del águila? ¿Tú, hijo del carpintero, quieres cargar con los pecados de todo el pueblo? ¿No te bastan tus propios pecados? ¡Qué inmodestia, creer que tienes la obligación de salvar al mundo!

«Tiene razón... Tiene razón —pensó el eremita y se puso a temblar—, ¡qué inmodestia querer salvar al mundo!».

—Tengo que revelarte un secreto, hijo de María, querido mío —la serpiente dulcificó su voz, su mirada era seductora.

Se deslizó de la piedra, como si fuera agua y empezó a reptar y a acercarse haciendo resaltar los múltiples dibujos de su piel. Llegó a los pies del eremita, subió a sus rodillas, se enroscó en ellas, tomó impulso, llegó a sus muslos, a su cintura, a su pecho, se apoyó en su hombro y el eremita, sin quererlo, se inclinó para escuchar. La serpiente lamió la oreja de Jesús, que oyó una voz hechicera, muy lejos, como si viniera de Galilea, de los alrededores del lago de Genesaret:

—Magdalena... Magdalena... Magdalena...

—¿Qué? —dijo Jesús y se estremeció—. ¿Por qué Magdalena?

—... ¡Sálvala! —silbó ahora la serpiente imperiosamente—. A ella debes salvarla, a Magdalena, no a la Tierra, olvídate de la Tierra.

Jesús sacudió la cabeza para apartar de su cuerpo a la serpiente, pero ella se agitaba, hacía vibrar la lengua dentro de

su oído y le hablaba:

—Su cuerpo es hermoso, fresco, experto. Por él han pasado todas las naciones, pero Dios lo tiene reservado para ti desde tu infancia. ¡Tómalo! Dios ha hecho al hombre y a la mujer para que se acoplen como la llave y la cerradura. ¡Ábrela! Dentro de ella están tus hijos, yertos, y esperan que tú soples sobre ellos para desentumecerse, levantarse y salir a caminar al sol... ¿Oyes lo que te digo? Levanta la vista, hazme una señal, querido, y en ese momento te traeré a tu mujer sobre un fresco diván.

—¿Mi mujer?

—Tu mujer, del mismo modo, dice Dios: «yo desposé a la ramera Jerusalén. Las naciones pasaron sobre ella, pero yo la desposé para salvarla». Del mismo modo que el profeta Oseas desposó a la ramera Gomer [54](#), la hija de Diblaim, así Dios te ordena que duermas con María Magdalena, tu mujer, y tengas hijos con ella para salvarla.

La serpiente tenía ahora apoyado su pecho, duro, fresco, redondo, sobre el pecho de Jesús, se arrastraba, arqueando sus anillos, y lo envolvía. Jesús palideció, cerró los ojos, vio el cuerpo prieto, erguido, de Magdalena caminar contoneándose por la orilla de Genesaret, mirando a lo lejos, hacia el Jordán y suspirando. Tendía el brazo. ¡Lo buscaba a él! Su seno estaba lleno de niños, los hijos de Jesús. Él no tenía más que hacerle una seña con los ojos y al punto ¡Qué felicidad! ¡Cómo cambiaría su vida, se dulcificaría, se humanizaría! ¡Aquél era su camino! Volvería a Nazaret, a casa de su madre, abrazaría a sus hermanos. Eso de salvar al mundo, morir por los hombres, eran locuras de juventud, locuras. Pero ¡bendita Magdalena que lo había curado! Él había vuelto a su taller, había reanudado su antiguo querido trabajo, hacía de nuevo cunas, artesas, arados, tenía hijos, se había convertido en un hombre, un padre de familia. Los campesinos lo respetaban, se levantaban a su paso, trabajaba toda la semana y el sábado iba a la sinagoga con vestiduras limpias de lino y seda que había tejido su mujer, Magdalena, y llevaba en la cabeza un costoso pañuelo y, en el dedo, el anillo de oro de casado, y tendría su asiento reservado entre los notables de la aldea, en el que se sentaría a oír

apaciblemente, con indiferencia, a los escribas y fariseos que, excitados, medio locos, sudando, explicaban las Sagradas Escrituras... Él sonreía bajo el bigote y los miraba con condescendencia. ¡Qué descaminados iban aquellos eruditos! Él, tranquilo, seguro, explicaba las Sagradas Escrituras, desposando una mujer, teniendo hijos, fabricando cunas, artesas, arados...

Abrió los ojos, vio el desierto. ¡Cómo había pasado el día! El sol se inclinaba para ponerse. La serpiente, con el pecho pegado al de Jesús, esperaba. Emitía un silbido tranquilo, hechicero, quejumbroso, una tierna nana se extendía por el aire del crepúsculo y todo el desierto ondeaba y lo acunaba como una madre.

—Estoy esperando... Estoy esperando... —silbaba la serpiente, hechizándolo—. Ha caído la noche, tengo frío. Decídete, hazme una señal y se abrirá la puerta y entrarás en el Paraíso... Decídete, amado mío, Magdalena espera...

Las entrañas del eremita se paralizaron. Cuando iba a abrir la boca para decir sí, sintió sobre él a alguien que lo miraba, levantó la cabeza, aterrado, y vio en el aire dos ojos completamente negros y dos cejas blancas que se arqueaban y le hacían señas: ¡No! ¡No! ¡No! El corazón de Jesús se oprimió, volvió a mirar, suplicante, como si quisiera gritar: ¡Déjame! ¡Dame permiso! ¡No te enfurezcas! Pero los ojos se habían vuelto feroces y las cejas subían y bajaban amenazantes.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó entonces Jesús y dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos.

Bruscamente la serpiente se despegó de él, se retorció y reventó con un sordo estallido y el aire se inundó de un olor fétido.

Jesús cayó de bruces en tierra, sus labios, sus fosas nasales y sus párpados se llenaron de arena. No pensaba en nada, había olvidado que tenía hambre y sed y lloraba. Lloraba como si su mujer y sus hijos hubieran muerto, como si toda su vida estuviera perdida.

—¡Señor, Señor! —murmuró, mordiéndose la arena—. ¿No tienes piedad, Padre? ¡Que se haga tu voluntad! ¿Cuántas veces

te lo he dicho, cuántas te lo he de repetir? Toda mi vida lucharé, opondré resistencia y diré: ¡Que se haga tu voluntad!

Y así, murmurando, llorando, tragando arena, se durmió. Y al cerrarse los ojos de su cuerpo, se abrieron los de su alma y tuvo una visión: una serpiente gruesa como el cuerpo de un hombre, larga, de un extremo a otro de la noche, estaba echada en la arena y tenía abierta una enorme boca muy roja y ante aquella boca se estremecía temblorosa una perdiz irisada, que intentaba levantar el vuelo para escapar, pero no podía. La perdiz caminaba con paso vacilante, con las plumas erizadas por el miedo, lanzaba ajeos agudos y caminaba... La serpiente, inmóvil, con las fauces abiertas, tenía clavadas los ojos en ella, sin prisa, estaba segura. Lentamente, a pasitos cortos, la perdiz se dirigía derecha hacia las fauces abiertas y Jesús, de pie, miraba y temblaba como la perdiz... Al despuntar el día, la perdiz había llegado a la boca abierta, se agitó un momento, lanzó una rápida mirada a su alrededor —como si quisiera pedir ayuda— y bruscamente alargó el cuello y entró de cabeza en las fauces, con las patas juntas. La boca se cerró. Jesús veía bajar poco a poco hasta el vientre del dragón un ovillo de plumas, de carne y de patas color rubí, la perdiz...

Jesús se despertó sobrecogido. El desierto ondeaba, rosado. Despuntaba el día...

—Es Dios —murmuró temblando—, es Dios... Y la perdiz... — Su voz se quebró.

No tenía fuerza para expresar su pensamiento. Pero en su interior: «... es el alma del hombre —pensó—, ¡la perdiz es el alma del hombre!».

Quedó sumido en esta reflexión durante horas. El sol ascendía, incendiaba la arena, horadaba la carne de Jesús, entraba en él, secaba su cerebro, su garganta, su pecho. Sus entrañas quedaban colgando como los racimos sin uvas que quedan en las vides en otoño. La lengua se le había pegado al paladar, la piel se le caía a pedazos, asomaban los huesos, las puntas de los dedos se habían puesto azuladas.

En él, el tiempo se había vuelto breve como un latido del corazón, y grande como la muerte. Ya no sentía hambre ni sed,

no deseaba hijos ni mujer y toda su alma se había agolpado en sus ojos. Veía y nada más, veía. A veces, en pleno mediodía, sus ojos se enturbiaban, el mundo desaparecía, unas fauces gigantescas se abrían ante él: la quijada inferior era la tierra y la superior el cielo, y él avanzaba arrastrándose hasta aquella boca abierta, temblando, con el cuello estirado...

Pasaban los días y las noches como relámpagos blancos y negros, y una noche llegó un león, se detuvo ante él y sacudió altivamente la melena. Oyó su voz, como una voz humana:

—¡Doy la bienvenida a mi guarida y saludo al asceta que ha soportado la prueba y ha vencido las pequeñas virtudes, las pequeñas alegrías y la felicidad! No nos gustan las pruebas fáciles y seguras, nos mueven las difíciles. Magdalena nos viene pequeña como mujer, queremos desposar a la Tierra. La novia ha suspirado, novio, el cielo ha encendido sus luces, los invitados han llegado. Vamos.

—¿Quién eres?

—Tú. El león que siente hambre en tu corazón y en tus entrañas y merodea de noche en torno a los rediles, los reinos del mundo, y bascula para saltar a ellos para devorarlos. Saltó de Babilonia a Jerusalén y Alejandría, de Alejandría a Roma y gritó: «¡Tengo hambre! ¡Todo es mío!». Llega el día, vuelvo a meterme en tu pecho, me acurruco y me convierto, yo, el terrible león, en un cordero; aparento ser un humilde asceta que nada desea, que puede vivir con un grano de trigo, con un sorbo de agua, con un Dios candoroso y bien dispuesto, al que llama Padre para ponerlo de su parte. Pero mi corazón se enfurece en secreto, se siente avergonzado y ansía que llegue la noche para quitarme la piel de cordero y volver a rondar, a rugir y a plantar mis cuatro patas sobre Babilonia, Jerusalén, Alejandría y Roma.

—No te conozco. Jamás he deseado los reinos del mundo; me basta el reino de los cielos.

—No te basta; te engañas, compañero, no te basta. Pero no te atreves a mirar dentro de ti, en tus entrañas y en tu corazón, para verme... ¿Por qué te muestras receloso y desconfías? ¿Crees que soy una tentación y que vengo como enviado del Maligno para engañarte? Eremita insensato, ¿qué fuerza puede tener la

tentación que viene de fuera? El castillo sólo se conquista desde dentro. Yo soy la voz más profunda de tus entrañas, soy el león que hay dentro de ti. Te envolviste en una piel de cordero para que los hombres se sintieran confiados y se acercaran a ti y devorarlos. Recuerda, cuando eras niño una maga caldea te leyó la mano: «Veo muchas estrellas —dijo—, muchas cruces. Serás rey». ¿Por qué finges que lo has olvidado? Lo recuerdas día y noche. ¡Levántate, hijo de David, entra en tu reino!

Jesús, con la cabeza gacha, escuchaba. Poco a poco, reconoció la voz; recordó que la oía a veces en sueños, un día que Judas le había pegado cuando era niño, y también en otra ocasión en que había abandonado su casa y había vagado días y noches por los campos y el hambre lo había atenazado y había vuelto al hogar avergonzado. Dos de sus hermanos, Simón el cojo y Santiago el devoto estaban en la puerta y lo habían insultado. En aquellas ocasiones verdaderamente había oído en su interior al león que rugía... Y recientemente, cuando llevaba la cruz para que el zelote fuera crucificado y pasaba entre la multitud excitada y todos lo miraban con asco y lo abucheaban, el león había vuelto a saltar en él con tanta fuerza que lo había tirado al suelo.

Y ahora, aquella madrugada solitaria, el león de su interior, helo ahí, había salido y se había plantado ante él, rugiendo. Le rozaba, desaparecía, volvía a aparecer, como si entrara y saliera de dentro de él y lo golpeará con la cola mimosamente y jugará... Jesús sentía que su corazón se volvía cada vez más feroz. «Es cierto, el león tiene razón, basta ya. Estoy harto de sentir hambre, de hacerme el humilde, de poner la otra mejilla para que me la abofeteen. Estoy harto de engatusar a Dios, el devorador de hombres y llamarle Padre, de intentar que se ablande con halagos, de ver a mis hermanos insultarme, de ver llorar a mi madre y de que los hombres se mofen de mí cuando paso; estoy harto de andar descalzo, de cruzar el mercado y ver los dátiles, la miel, el vino y las mujeres y no poder comprar nada y de atreverme sólo en sueños a tener todo eso, saborearlo y abrazar el aire. ¡Estoy harto! Me levantaré, me ceñiré la espada de mis antepasados —¿acaso no soy hijo de David?— y entraré en mi

reino. El león tiene razón, ¡no más ideas, nubes y reino de los cielos! ¡Mi reino son las piedras, la tierra y la carne!

Se levantó. De algún sitio sacó fuerzas para alzarse y empezar a ceñirse —a ceñirse durante largo rato— una espada invisible, rugiendo como un león. Se ajustó el cinturón, gritó: «¡Vamos!». Se volvió, el león había desaparecido. Por encima de su cabeza oyó una sonrisa estrepitosa y una voz: «¡Mira!». Un relámpago rasgó la noche y permaneció en el cielo. Bajo el relámpago inmóvil había ciudades fortificadas, casas, calles, plazas y hombres, y alrededor, llanuras, montañas y el mar. A la derecha, Babilonia, a la izquierda, Jerusalén y Alejandría, a lo lejos, más allá del mar, Roma. Volvió a oír la voz: «¡Mira!».

Jesús levantó los ojos. Un ángel de alas amarillas irrumpió desde el cielo. Se oyó un lamento y en los cuatro reinos los hombres alzaban los brazos al cielo y los brazos caían roídos por la lepra. Abrían los labios para gritar: «¡Socorro!», y los labios caían roídos por la lepra. Las calles se llenaron de brazos, narices y labios.

Cuando Jesús tendía los brazos para gritar a Dios: «¡Piedad, ten compasión de los hombres!», un segundo ángel de alas abigarradas, con campanillas en los pies y en el cuello, irrumpió desde el cielo. Bruscamente estallaron risas y carcajadas en toda la tierra; los leprosos corrían poseídos por una especie de locura, y lo que quedaba de los cuerpos reventaba de risa.

Jesús se tapó los oídos para no oír; temblaba. Entonces un tercer ángel de alas rojas cayó del cielo como un meteorito. Se elevaron cuatro surtidores de fuego, cuatro columnas de humo, las estrellas desaparecieron, sopló una brisa ligera, el humo se dispersó, Jesús miró: los cuatro reinos eran cuatro puñados de cenizas.

Volvió a oír la voz: «Éstos son los reinos de la tierra que te dispones a conquistar, desdichado. Estos son mis tres ángeles amados: la Lepra, la Locura y el Fuego. ¡Ha llegado el día del Señor, mi día!» —bramó la voz y el relámpago desapareció.

* * *

El alba encontró a Jesús en el suelo con el rostro hundido en la arena. Debía haber llorado mucho durante la noche, tenía los ojos hinchados y le escocían. Miró a su alrededor. ¿Acaso aquella arena infinita era su alma? La arena se movía, estaba viva. Se oían gritos agudos, risas, burlas, llantos. Pequeños roedores, como liebres, ardillas, hurones, se acercaban a saltos a él. Todos tenían ojos rojos como rubíes. «La locura se ha puesto en marcha —pensó—, se ha puesto en marcha para devorarme». Lanzó un grito, las alimañas desaparecieron. Un arcángel, con una media luna colgada del cuello y una estrella titilante entre las cejas se irguió ante él y abrió sus alas verdes.

—¡Arcángel! —murmuró Jesús y se tapó los ojos con las manos para no deslumbrarse.

El arcángel plegó las alas. Sonrió:

—¿No me reconoces? —dijo—. ¿No te acuerdas de mí?

—¡No, no! ¿Quién eres? Aléjate, arcángel, me he deslumbrado.

—Recuerda, cuando eras niño, aún no sabías andar, te cogías a la puerta de tu casa, te cogías al vestido de tu madre para no caerte y gritabas para tus adentros, gritabas con fuerza: «¡Dios mío, hazme Dios! ¡Dios mío, hazme Dios! ¡Dios mío, hazme Dios!».

—No me hagas recordar aquella blasfemia impúdica, ¡la recuerdo!

—Yo soy aquella voz de tu interior; yo gritaba y continuó gritando aún, pero tú finges que no me oyes porque tienes miedo. Sin embargo, lo quieras o no, me oirás, ha llegado la hora. Antes de que nacieras te había elegido a ti entre todos los hombres. Actúo y brillo en ti, no te dejo entregarte a las pequeñas virtudes, a las pequeñas alegrías, a las dichas. Mira, ahora, a este desierto al que te he traído ha venido la mujer y yo la he expulsado, han venido los reinos y yo los he echado. Yo, no tú. Yo te he reservado un final mucho más grande, mucho más difícil.

—¿Más grande, más difícil?

—¿Qué ansiabas y pedías a gritos cuando eras niño? Convertirte en Dios. ¡En eso te convertirás!

—¿Yo? ¿Yo?

—No te acobardes, no gimas. En eso te convertirás. Ya te has convertido. ¿Qué palabras crees que profirió la paloma salvaje sobre ti en el Jordán?

—¡Dímelo! ¡Dímelo!

—«Tú eres mi hijo, mi hijo único». He ahí la nueva que te trajo la paloma. No era una paloma, era el arcángel Gabriel. ¡Salve, hijo único de Dios!

Dos alas se estremecieron en el pecho de Jesús, sintió que entre sus cejas ardía un gran lucero matutino. Una voz resonó en su interior: «No soy un hombre, no soy un ángel, no soy tu esclavo. Soy tu hijo, Adonai. Me sentaré en tu trono para juzgar a los vivos y a los muertos y sostendré en mi mano derecha una bola para jugar con ella: el mundo. ¡Hazme sitio para que me sienta!».

Una potente risa se oyó en el aire. Jesús se estremeció; el ángel había desaparecido. Jesús lanzó un grito desgarrador:

—¡Lucifer!

Y cayó de bruces en la arena.

—Hasta pronto —se oyó una voz burlona—. ¡Hasta pronto! ¡Y será muy pronto!

—¡Jamás! —rugió Jesús con el rostro hundido en la arena—. ¡Jamás, Satanás!

—¡Hasta pronto! —volvió a oírse la voz—. ¡Por Pascua, desdichado!

Jesús estalló en lamentos, sus lágrimas, gruesas, calientes, caían en la arena. Durante horas su alma se lavó, se limpió, se purificó por medio del llanto. Hacia el crepúsculo sopló una fresca brisa, el sol se suavizó, a lo lejos, las montañas adquirieron un tinte rosado. Entonces se oyó una orden compasiva y una mano invisible le tocó el hombro.

—Levántate, ha llegado el día del Señor. Corre a llevar la nueva a los hombres. ¡Estoy aquí!

[53](#) Alusión a Herodías, la esposa de Filipos, que vivía en concubinato con su cuñado, Herodes Antipas (Marcos 6, 16 y ss.). Según los Evangelios, la denuncia pública del Bautista de este adulterio fue la causa de su muerte. Pero Flavio Josefo dice: «Herodes temió que la fuerte influencia de Juan en el pueblo indujera alguna revuelta... y consideró mucho mejor eliminarlo antes que afrontar luego una situación difícil... y tener que lamentar su indecisión» (*Antigüedades de los judíos*, 18, 5, 2). Antipas, pues, mandó encarcelarlo en la fortaleza de Maqueronte y luego lo ejecutó.

[54](#) Gomer era la esposa del profeta Oseas. El libro de Oseas (1, 2) se refiere a ella alternativamente como «mujer promiscua» o como «ramera». Pero Dios le ordena a Oseas casarse con ella. También se describe como la hija de Diblaim. Gomer tuvo tres hijos, un hijo llamado Jezrael, una hija Lo-Ruhama y otro hijo Lo-Ammi. Todos los nombres se describen en el texto como si tuvieran un significado simbólico, que reflejan la relación entre Dios e Israel. Jezrael es el nombre del valle del mismo nombre. Lo-Ruhama simboliza el descontento de Dios por la infidelidad del pueblo de Israel, y Lo-Ammi indica el rechazo de su pueblo por Dios. Estos dos últimos hijos no lo son de Oseas, sino fruto del adulterio de Gomer. En 3, 1 se dice que ella es «amante de otro hombre y es una adúltera». La relación entre Oseas y Gomer se ha postulado como un paralelo de la relación entre Dios e Israel. A pesar de que Gomer se escapa de Oseas y se acuesta con otro hombre, él la ama de todos modos y la perdona. Del mismo modo, a pesar de que el pueblo de Israel adoraba a otros dioses, Dios siguió amándolo y no abandonó su pacto con él.

XVIII

¿C uándo había cruzado el desierto, había llegado al Mar Muerto, había regresado, se había adentrado en la tierra labrada y en el aire, denso por la respiración de los hombres? No era él quien caminaba, ¿dónde iba a encontrar la fuerza necesaria? Dos manos invisibles lo sostenían por las axilas. Una nube poco densa que había aparecido en el desierto se espesó, se oscureció, ocupó todo el cielo. Se oyeron truenos, cayeron las primeras gotas. La tierra se ensombreció, los caminos desaparecieron; súbitamente se abrieron las cataratas del cielo, Jesús recogió agua en el hueco de sus manos y bebió. Se detuvo. ¿Hacia dónde dirigirse? Los relámpagos rasgaban el cielo, el rostro de la tierra centelleaba —azul, amarillo, cerúleo—, y enseguida volvía a sumergirse en las sombras. ¿Hacia dónde caía Jerusalén? ¿Hacia dónde Juan el Bautista? ¡Y sus compañeros le esperaban en el cañaveral del río! «¡Dios mío —murmuró—, ilumíname, lanza un relámpago, muéstrame el camino!». Y nada más decirlo, un relámpago hendió el cielo justamente ante él. Dios le había hecho una señal y se dirigió hacia el relámpago con seguridad.

Llovía fuerte; las aguas viriles del cielo caían y se fundían con las aguas femeninas de la tierra, los ríos y los lagos. Tierra, cielo y lluvia, hechos uno, lo perseguían y le llevaban hacia los hombres. Chapoteaba en el fango, se enredaba en las ramas caídas en el suelo, pisaba las cárcavas. Al resplandor de un relámpago vio sobre él un granado cargado de frutos. Alargó el brazo, cortó una granada, la mano se llenó de rubíes, su garganta se refrescó. Cortó otra y otra más, comió, bendijo la mano que había plantado el granado; su carne se fortaleció, reanudó la marcha. Caminaba, caminaba, ¿era de día o de noche? Oscuridad absoluta. Le pesaban los pies a causa del barro, le parecía que levantaba la tierra entera al caminar. De

pronto, a la luz de los relámpagos, distinguió ante él, allá en lo alto de una colina, una pequeña aldea. Sus casas blancas se iluminaban y se apagaban con los relámpagos. El corazón le dio un brinco de alegría. En aquellas casas vivían hombres, hermanos, sintió deseos de tocar la mano de un hombre, de aspirar un aliento humano, de comer pan, beber vino y hablar. ¡Llevaba tantos años ansiando la soledad, vagando por los campos y los montes, hablando con los pájaros y con los animales salvajes, sin buscar a los hombres! Y ahora, ¡qué alegría el tocar la mano de un hombre!

Avivó el paso, tomó la cuesta empedrada, recobró fuerzas. Ahora sabía adónde iba, adónde lo llevaba el camino que Dios le había indicado. A medida que subía, las nubes se aclaraban, apareció un trocito de cielo, asomó el sol, que estaba poniéndose. Se oyeron cantar los gallos de la aldea, ladrar los perros, los gritos de las mujeres en los sobrados de las casas; un humo azul subía de los tejados y olió a leña quemada.

—Bendita la simiente del hombre... —murmuró Jesús al pasar por las primeras casas del pueblo y escuchar las conversaciones de los hombres.

Piedras, aguas, casas, resplandecían. No, no resplandecían, reían. La tierra que estaba sedienta, había saciado su sed, el sol, que había desaparecido, regresaba. Aquello había sido un diluvio; hombres y animales habían tenido miedo pero ahora las nubes comenzaban a dispersarse y el cielo aparecía completamente azul. Los corazones volvían a estar tranquilos. Jesús, completamente empapado caminaba feliz por las callejuelas estrechas donde gorgoteaban las aguas. Apareció una muchachita que tiraba de una cabra con las ubres hinchadas. Seguramente la llevaba a pacer.

—Muchacha, ¿cómo se llama vuestra aldea? —preguntó Jesús y le sonrió.

—Betania.

—¿A qué casa puedo llamar para pasar la noche? Soy forastero.

—Entra en la puerta que veas abierta —respondió la muchacha y se echó a reír.

«Entra en la puerta que veas abierta...». «Esta aldea tiene buen corazón, ama a los forasteros», pensaba Jesús y caminaba para encontrar la puerta abierta. Aquellas no eran callejuelas, se habían convertido en ríos, sólo las piedras más grandes sobresalían por encima del agua, Jesús iba saltando de piedra en piedra. Las puertas estaban cerradas a cal y canto, negras por la lluvia. Dobló la primera esquina, una portezuela arqueada, pintada de azul añil, estaba abierta de par en par. Una muchacha mofletuda, con papada, de labios carnosos, estaba en el centro del patio. Tenía el delantal lleno de grano y daba de comer a las gallinas. En la casa débilmente iluminada se veía otra joven que, sentada en el telar, tejía y tarareaba una canción.

Jesús se acercó, se detuvo en el umbral, se llevó la mano al corazón, saludó:

—Soy forastero —dijo—, de Galilea. Tengo hambre, no sé dónde dormir y tengo frío. Soy un hombre de bien, permitidme que pase la noche en vuestra casa. He encontrado la puerta abierta y he entrado. Perdonadme.

La muchacha se volvió, llevaba un puñado de grano en la mano, lo miró, tranquilamente, de pies a cabeza, sonrió:

—Faltaría más —dijo—, sé bienvenido.

La tejedora se levantó del telar, salió al patio. Era de tez pálida y de constitución fina, tenía unas trenzas negras atadas formando doble diadema en la cabeza, sus ojos eran grandes, aterciopelados y tristes y llevaba sobre el cuello un collar de turquesas contra el mal de ojo. Miró al visitante, enrojeció:

—Estamos solas —dijo—. Nuestro hermano Lázaro se encuentra fuera, ha ido al Jordán a hacerse bautizar.

—¿Y qué importa que estemos solas? —dijo la otra—. No nos va a comer. Entra buen hombre, no le hagas caso, es una miedica. Llamaremos a los campesinos para que te hagan compañía, y vendrán también los ancianos a preguntarte quién eres, adónde vas y qué nuevas nos traes. Entra en nuestra humilde casa... ¿Qué te ocurre? ¿Tienes frío?

—Tengo frío, tengo hambre y tengo sueño —respondió Jesús y cruzó el umbral.

—Las tres cosas encontrarán remedio —dijo la joven—, no te preocupes. Y para que lo sepas, me llamo Marta y mi hermana, María. ¿Y tú?

—Jesús de Nazaret.

—¿Eres un hombre de bien? —le dijo Marta para picarlo, y se echó a reír.

—Soy un hombre bueno —respondió Jesús, serio—. Bueno en la medida en que puedo, Marta, hermana.

Entró en la casucha. María encendió el candil, lo colgó en el lampadario, la casa se iluminó. Las paredes estaban enjalbegadas, limpiísimas. A lo largo del muro había un altillo de madera con cobertores y almohadas, dos arcas de madera de ciprés talladas y algunos taburetes; en un rincón, el telar; en otro, dos pequeñas tinajas para los cereales y el aceite, y al entrar, a la derecha, el cántaro de agua fresca en la cantarera y al lado, una gran toalla de lino colgada en un gancho de madera. La casa olía a madera de ciprés y a membrillo. Al fondo, un amplio hogar apagado y a su alrededor, los utensilios de cocina.

—Encenderé la lumbre para que te seques. Siéntate.

Dijo Marta y le puso un taburete junto al hogar. Corrió al patio, trajo una brazada de sarmientos y ramas de laurel y dos gruesos leños de olivo, y se puso en cuclillas, apiló la leña y encendió el fuego.

Jesús, inclinado, se había cogido la cabeza entre las manos y con los codos en las rodillas miraba: «¡Qué santo ritual es disponer la leña, encender fuego, que haga frío y que venga la llama a calentarnos como una hermana compasiva —pensaba—, y también entrar en una casa extraña hambriento, fatigado y encontrar dos hermanas desconocidas que te den consuelo». Sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Marta se levantó, fue a la despensa, trajo pan, aceitunas, miel y una jarra de latón con vino, y lo puso todo a los pies del forastero.

—Esto es el aperitivo —dijo—, para que te abra el apetito. Ahora pondré el puchero en el fuego para que comas un plato caliente y recuperes fuerzas. Debes venir de muy lejos, creo yo.

—De los confines del mundo —respondió él y se inclinó ávidamente sobre el pan, las aceitunas y la miel.

¡Qué maravilla, qué dones enviaba Dios tan generosamente a los hombres! Comía, comía y bendecía al Señor.

Entretanto María, de pie al lado del lampadario, miraba en silencio ya al fuego, ya al inesperado visitante o a su hermana, a la que habían salido alas por la alegría de tener un hombre en casa y servirle.

Jesús levantó la jarra de vino, miró a las dos muchachas:

—Marta y María, hermanas mías —dijo—, habréis oído decir que cuando tuvo lugar el Diluvio, en tiempos de Noé, todos los hombres eran pecadores y todos se ahogaron, pero unos pocos virtuosos entraron en el Arca y se salvaron. María y Marta, hermanas mías, os juro que si vuelve a haber un diluvio, os llamaré, si está en mi mano, para que entréis en la nueva Arca. Porque esta noche ha venido un visitante desconocido, desaliñado, descalzo y le habéis encendido lumbre y se ha calentado, le habéis dado pan y se ha saciado, le habéis dicho palabras de consuelo y el reino de los cielos ha entrado en su corazón. Bebo a vuestra salud, hermanas. ¡Bien halladas!

María se acercó y se sentó a sus pies:

—No me canso de oírte, forastero —dijo ruborizada—. Sigue hablando.

Marta acercó el puchero al fuego, puso la mesa, sacó agua fresca del pozo del patio, luego mandó a un niño vecino a preguntar a los tres ancianos notables de la aldea si tenían a bien ir a su casa, porque había llegado un visitante.

—Sigue hablando —repitió María al ver que Jesús callaba.

—¿Qué quieres que te diga, María? —dijo Jesús y rozó ligeramente sus trenzas negras—. El silencio es bueno; lo dice todo.

—El silencio no satisface a la mujer —objetó María—. La desdichada está necesitada de palabras reconfortantes.

—Las palabras reconfortantes tampoco satisfacen a la mujer. No le hagas caso —saltó Marta que ahora ponía aceite en la lámpara para que durara encendida toda la noche, pues iban a venir los ancianos a tratar de cosas graves—. Las palabras

reconfortantes tampoco satisfacen a la desdichada mujer. Ella quiere un hombre que cuando entre en la casa la haga tambalearse; un niño que mame de su pecho y se lo alivie... La mujer quiere muchas cosas, Jesús de Galilea, muchas ¡Pero qué vais a saber vosotros los hombres!

Intentó reír pero no pudo. Tenía treinta años y seguía soltera.

Callaron. Escuchaban el crepitar del fuego que devoraba los leños de olivo y lamía el puchero de barro que borbotaba. Los tres tenían los ojos fijos en las llamas. Al fin, María habló:

—¡Si supieras cuántas cosas pasan por la mente de una mujer cuando está sentada ante el telar e hila! ¡Si lo supieras, compadecerías a la mujer, Jesús de Nazaret!

—Lo sé —dijo Jesús sonriendo—. En cierta ocasión fui mujer, en otra vida, y tejía.

—¿Y en qué pensabas?

—En Dios. Nada más que en Dios, María. ¿Y tú?

María no respondió pero su pecho se hinchó. Marta escuchaba la conversación, murmuraba, suspiraba, pero se contenía, no intervenía. Al fin no pudo resistirse:

—No te preocupes, María y yo —dijo y su voz de repente se había vuelto grave—, María y yo y todas las mujeres del mundo que no tienen marido pensamos en Dios, pero lo ponemos sobre nuestras rodillas como a un hombre.

Jesús bajó la cabeza, no dijo nada, Marta apartó el puchero, la cena estaba lista. Entró en la bodega a buscar escudillas de barro para servir.

—Voy a contarte una cosa que se me ocurrió un día mientras hilaba —María hablaba en voz baja para que su hermana no la oyera desde la despensa—. Aquel día yo también pensaba en Dios y decía: «Dios mío, si alguna vez te dignaras entrar en esta pobre casa, tú serías el amo y nosotros las invitadas. Y ahora...».

Se aturrulló, calló.

—¿Y ahora? —dijo Jesús, inclinándose sobre ella para escuchar.

Marta apareció con las escudillas.

—Nada... —murmuró María y se levantó.

—Venid, vamos a comer —dijo Marta—. Los ancianos están a punto de llegar; que no nos encuentren comiendo.

Los tres se sentaron con las piernas cruzadas. Jesús cogió el pan, lo alzó y dijo la oración tan fervorosamente, con tanta pasión que las dos hermanas, sorprendidas, se volvieron a mirarlo y al verlo sintieron desasosiego. Su rostro resplandecía y tras su cabeza el aire se había incendiado y vibraba. María tendió el brazo:

—Señor —gritó—, tú eres el amo de esta casa y nosotras las invitadas. ¡Manda!

Jesús inclinó la cabeza para que no vieran su turbación. Aquel era el primer grito, la primera alma que le reconocía.

Se levantaban de la mesa en el momento en que la puerta se oscureció; un anciano gigantesco apareció en el umbral. Tenía una barba en cascada, unos huesos robustos, sus brazos eran secos y retorcidos como el tronco del olivo, su pecho, un bosque de pelos, como el carnero que guía la manada. Llevaba una vara con la parte superior curvada, más alta que él. No para apoyarse, sino para golpear y poner orden entre los hombres.

—Anciano Melquisedec —dijeron las dos muchachas y se prosternaron—, sé bienvenido a nuestra humilde casa.

Entró, el vano de la puerta quedó vacío, apareció otro notable de mucho años, éste delgado, con un rostro caballuno y larga cabellera, desdentado; pero sus ojillos chispeaban y no podías mirarlos mucho rato. La serpiente, dicen, tiene el veneno detrás de los ojos; aquel anciano detrás de los ojos tenía fuego, y detrás del fuego una mente retorcida y perversa.

Las jóvenes se inclinaron, le dieron la bienvenida y el anciano entró. Tras él apareció un tercer anciano, ciego, bajo y rechoncho. Adelantaba el bastón que tenía ojos y le guiaba, sorteando los obstáculos. Era bromista y de buen corazón. Cuando juzgaba a sus campesinos no era capaz de castigar a ninguno: «Yo no soy Dios —decía—, quien juzga será juzgado, reconciliaos muchachos, no vaya yo a tener líos en el otro mundo». Y unas veces pagaba de su peculio y otras iba él a la cárcel para que se librara el culpable. Unos le llamaban tonto, otros, santo y el viejo anciano Melquisedec no quería ni verlo.

Pero ¡qué iba a hacer! Era el propietario más poderoso de la aldea y pertenecía a la casta sacerdotal de Aarón...

—Marta —dijo Melquisedec y su vara llegaba hasta las vigas del techo—, Marta, ¿quién es el forastero que ha entrado en nuestra aldea?

Jesús se levantó del rincón del hogar donde estaba sentado junto al fuego.

—¿Tú? —dijo el anciano y lo examinó de pies a cabeza.

—Yo —respondió Jesús—. Soy de Nazaret.

—¿Galileo? —farfulló el segundo anciano, el de lengua viperina—. Nada bueno puede salir de Nazaret, lo dicen las Escrituras.

—No te metas con él, anciano Samuel —espetó el ciego—. Es cierto que los galileos son tontos, embaucadores, paletos, pero son buenas personas. Y nuestro huésped de esta noche es hombre de bien. Lo sé por su voz.

Se volvió hacia Jesús:

—Bienvenido, hijo mío —le dijo.

—¿Eres comerciante? —preguntó el viejo Melquisedec—. ¿Qué vendes?

Mientras los ancianos hablaban, iban entrando los hombres acomodados de la aldea, los honrados padres de familia. Se habían enterado de que había llegado un forastero, se habían puesto sus mejores galas y habían ido a darle la bienvenida, a ver de dónde venía, qué decía, para pasar el rato. Entraron y se sentaron en el suelo, detrás de los tres ancianos.

—No vendo nada —respondió Jesús—. Era carpintero en mi aldea, pero abandoné mi trabajo, me fui de casa de mi madre y me consagué a Dios.

—Has hecho bien, hijo mío —dijo el ciego—. Te has librado del mundo. Pero ten cuidado, desdichado. Ahora te las tienes que ver con un buen diablo: con Dios. ¿Cómo te vas a librar de él?

Dijo y soltó una carcajada.

El anciano Melquisedec al oírlo se inflamó de ira, pero no dijo nada.

—¿Eres monje? —dijo sibilinamente el segundo anciano en tono burlón—. ¿Eres uno de esos levitas, un zelote, un falso

profeta?

—No, no, anciano —respondió Jesús angustiado—. No, no.

—¿Pues qué eres entonces?

En ese momento entraban las mujeres, acicaladas para ver al forastero y que el forastero las viera. ¿Era viejo? ¿Apuesto? ¿Qué vendía? ¿Acaso podría ser un novio para las hermosas solteras Marta y María? «Ya va siendo hora de que un hombre las estreche entre sus brazos. Se volverán locas, las desdichadas. Vamos a verle». Se compusieron, fueron, se colocaron alineadas en pie, detrás de los hombres.

—¿Qué eres, entonces? —volvió a preguntar el anciano de lengua viperina.

Jesús acercó las palmas de las manos al fuego; de repente había sentido un escalofrío; su ropa estaba aún mojada, despedía humo. Permaneció un buen rato en silencio. «El momento es bueno para hablar —pensó—, para revelar la palabra que Dios me ha confiado; para despertar en estos hombres y en estas mujeres que se pierden en vanas esperanzas, a Dios que duerme en ellos. ¿Qué vendo? “El reino de los cielos, la salvación del alma, la vida eterna” —les responderé—, que den todo lo que tienen e incluso lo que no tienen para comprar esta gran perla».

Lanzó una rápida mirada. A la luz de la lámpara y al resplandor del fuego vio los rostros a su alrededor, ávidos, ruines, hechos de las angustias que corroen al hombre, arrugados por el miedo. Se compadeció de ellos. Tuvo intención de levantarse a hablar, pero aquella noche estaba muy cansado. Hacía muchas noches que no dormía bajo un techo humano, que su cabeza no había reposado en una almohada. Tenía sueño, se apoyó en la pared ahumada del hogar y cerró los ojos.

—Está cansado —aprovechó entonces para decir María y miró a los ancianos con aire suplicante—, está cansado, señores, no lo atormentéis.

—¡Tienes razón! —rugió Melquisedec y se apoyó en el bastón e intentó levantarse para irse—. Tienes razón, María; le hablamos como si lo juzgáramos. Olvidamos —se volvió al segundo anciano—, olvidas, viejo Samuel, que a menudo los

ángeles descienden a la tierra vestidos como hombres indigentes, con ropas humildes, descalzos, sin cayado, sin alforjas, como éste. De modo que no está de más que pensemos en comportarnos con el forastero como si fuera un ángel. Esto dice la prudencia.

—Esto dice la estupidez —intervino el ciego, dando risotadas— y yo también digo lo mismo que Melquisedec. Y no sólo debemos tratar como un ángel a este forastero, sino a todos los hombres. ¡Y hasta al viejo Samuel, aquí presente!

El de la lengua viperina se enfureció. Iba a abrir la boca pero se arrepintió. «Este cegato es rico —pensó—, puede que un día tenga necesidad de él, hagámonos el sordo. Esto dice la prudencia».

El suave resplandor del fuego caía sobre el pelo, el rostro fatigado y el pecho descubierto de Jesús y provocaba destellos azules en sus barbas ensortijadas, negras como ala de cuervo.

—Aunque sea pobre, es muy apuesto —cuchicheaban las mujeres entre sí—. ¿Te has fijado en sus ojos? No he visto en toda mi vida ojos más dulces. Ni siquiera los de mi marido cuando me tiene entre sus brazos.

—Yo no he visto ojos más salvajes —dijo otra—. Producen aprensión y pavor. Te dan ganas de abandonarlo todo e irte a las montañas.

—¿Y has visto, comadre, cómo Marta se lo comía con los ojos? La pobre va a enloquecer esta noche.

—Pero él miraba a hurtadillas a María —dijo otra—. Las dos hermanas se van a pelear, acordaos de lo que os digo. Somos sus vecinas, oiremos los gritos.

—¡Vámonos! —ordenó el anciano Melquisedec—. En vano nos hemos tomado la molestia de venir, el visitante tiene sueño. ¡Levantaos ancianos, vámonos!

Extendió el bastón para abrirse paso entre hombres y mujeres.

Pero cuando llegaba al umbral, se oyeron pasos precipitados en el patio, un hombre pálido, sin aliento, entró en la casa apresurado y se desplomó ante el hogar. Las dos hermanas se arrojaron sobre él asustadas y lo cogieron en sus brazos.

—Hermano —gritaban—, ¿qué te pasa? ¿Quién te persigue?

El primer anciano se detuvo, tocó al recién llegado con el bastón:

—Lázaro —dijo—, hijo de Manaheim, si traes alguna mala nueva, que las mujeres se vayan y se queden los hombres para oírla.

—El rey ha apresado a Juan el *Bautizador* y le ha cortado la cabeza —espetó Lázaro de golpe.

Se puso en pie, temblaba. Su rostro presentaba un color terroso, cetrino, las mejillas le colgaban flácidas y sus ojos, de un verde opaco, brillaban delante del fuego como los de un gato montés.

—La velada no ha sido en vano —dijo el ciego, satisfecho—. Al menos, entre esta mañana al levantarnos y ahora que vamos a acostarnos, ha sucedido algo. El mundo se ha removido. Sentémonos de nuevo para oír lo que vaya a decir. Me gustan las noticias aunque sean malas.

Se inclinó hacia Lázaro:

—Habla, hijo mío, te lo ruego. ¿Cuándo, cómo y por qué ha sucedido la desgracia? Cuéntalo todo ordenadamente, no te precipites. Pasaremos el rato. Cobra aliento, te escuchamos.

Jesús se había puesto en pie bruscamente. Miraba a Lázaro y sus labios temblaban. Aquella era una nueva señal que le enviaba Dios. El Precursor había partido de este mundo, ya no era necesario; había preparado el camino, había cumplido su deber y había partido... «Mi hora ha llegado... Mi hora ha llegado...», pensó Jesús sintiendo un escalofrío. Pero callaba y tenía los ojos clavados en los labios cerúleos de Lázaro.

—¿Lo ha matado? —rugió el anciano Melquisedec, golpeando airado el suelo con el bastón—. ¡Adónde hemos llegado! ¡El incestuoso mata al justo, el libertino, al asceta! ¡Ha llegado el fin de los tiempos!

El terror se apoderó de las mujeres; se pusieron a gritar. El ciego se compadeció de ellas:

—Hablas más de la cuenta, viejo Melquisedec —dijo—. ¡El mundo está bien asentado en sus pies! ¡No temáis, mujeres!

—El cuello del mundo ha sido cercenado, la voz del desierto se ha apagado. ¿Quién gritará ahora a Dios por nosotros, los

pecadores? —Lázaro se echó a llorar, las lágrimas corrían de sus ojos—. ¡El mundo se ha quedado huérfano!

—No hay que rebelarse contra el poder —bisbiseó el segundo anciano—. Hagan lo que hagan los poderosos hay que cerrar los ojos y no verlo. Dios lo ve, no hay que mezclarse en eso. ¡Él dará a cada cual su merecido!

—¿Entonces debemos ser esclavos? —bramó Melquisedec—. ¿Pero para qué le ha dado Dios la cabeza al hombre, si puede saberse? ¡Para alzarla contra los tiranos! ¡Esto es lo que digo yo!

—¡Ancianos, callad, escuchemos cómo ha sucedido la desgracia! —dijo el ciego fuera de sí—. Habla, Lázaro, hijo mío.

—Iba a que me bautizara por ver si recobraba la salud —comenzó Lázaro—. En los últimos tiempos no me encontraba bien, iba a peor, tenía mareos, los ojos hinchados. Y los riñones...

—Bien, bien, lo sabemos —le interrumpió el ciego—. Continúa.

—Llegué al Jordán, bajo el puente donde la gente se reúne y es bautizada. Oí gritos y sollozos y me dije: «No es nada, los hombres deben estar confesando sus pecados y lloran». Me acerqué y ¿qué veo? Hombres y mujeres estaban postrados de bruces en el fango del río y proferían lamentos. Pregunto: «¿Qué sucede, hermanos? ¿Por qué lloráis?». «¡Han matado al profeta!». ¿Quién? «El criminal Herodes, que no respeta la ley». ¿Cómo? ¿Cuándo? «Se había emborrachado y su impúdica hijastra, Salomé, bailó desnuda ante él y el crápula enloqueció ante su belleza: “¿Qué quieres que te dé?” —le dijo, sentándola sobre sus rodillas—. “¿Quieres la mitad de mi reino?” “No” —dijo ella—. “¿Entonces qué quieres?”. “La cabeza de Juan el *Bautizador*”. “Tómala” —respondió él y se la trajo en una bandeja de plata» [55](#) .

Lázaro interrumpió el relato y volvió a desplomarse. Todos callaban. El candil crepitó, tembló para apagarse. Marta se levantó, le puso aceite y la llama se reavivó.

—Esto es el fin de los tiempos... —repitió el anciano Melquisedec mesándose las barbas después de un gran silencio.

Durante todo este tiempo había sopesado el mundo, había recordado las ignominias y las infamias. Constantemente venían noticias de Jerusalén: los idólatras mancillaban el santo Templo, degollaban todas las mañanas un toro y dos carneros como sacrificio, no al Dios de Israel, sino al emperador ateo y maldito de Roma. Los ricos abrían sus puertas por la mañana, veían en el umbral a los hombres que habían muerto de hambre durante la noche, se recogían las vestiduras de seda, saltaban por encima de los cadáveres e iba a pasearse a los pórticos que rodean el Templo... Todo lo había sopesado en su interior el anciano Melquisedec y había pronunciado una sentencia: «Ha llegado el fin de los tiempos». Se volvió a Jesús:

—¿Y tú qué piensas? —le preguntó.

—Vengo del desierto —respondió él, cuya voz se había vuelto de repente muy grave y todos se volvieron a mirarlo—; vengo del desierto y he visto: ¡tres ángeles han partido ya del cielo para caer sobre la tierra! Los vi con mis propios ojos; aparecieron en el extremo del cielo, ¡ya llegan! El primero, la Lepra, el segundo, la Locura, el tercero, el más compasivo, el Fuego. Y oí una voz: «¡Hijo del carpintero, construye un arca y mete en ella a todos los virtuosos que encuentres. ¡Date prisa! El día del Señor ha llegado, mi día. ¡Ya estoy aquí!».

Los tres ancianos lanzaron un grito. Los hombres se levantaron del suelo donde estaban sentados; las mandíbulas les temblaban. Las mujeres, desencajadas, se lanzaron en tropel hacia la puerta para salir. Marta y María fueron a colocarse junto a Jesús, como si le pidieran protección. ¿No había jurado que las llevaría en su arca? Había llegado la hora.

El anciano Melquisedec se enjugó el sudor que corría por sus blancas sienes:

—¡Este forastero dice la verdad! —exclamó—. Escuchad el milagro, hermanos: Esta mañana al levantarme desenrollé, como acostumbro, las Sagradas Escrituras y caí sobre las palabras del profeta Joel [56](#) : «Tocad la trompeta de Sion. Que el monte santo repita su eco. ¡Temblad cuantos habitáis la tierra, porque llega el día del Señor acompañado de tinieblas y nubes! El fuego le precede. El fuego cierra su marcha. Como caballos que bajan al

galope por una ladera, como carros de guerra que retumban en las piedras, como crepitan las llamas en las cumbres de los montes cuando se propagan y devoran los cañaverales... ¡Así es el día del Señor!». Leí el terrible mensaje dos o tres veces y comencé a salmodiarlo en mi patio, descalzo. Luego caí de hinojos en tierra y exclamé: «Si vas a venir pronto, Señor, envíame una señal para que me prepare, me compadezca de los pobres, abra mis despensas y pague por mis pecados. Envíame un relámpago, una voz, un hombre que me lo diga para que tenga tiempo».

Se volvió hacia Jesús:

—Tú eres la señal —dijo—, Dios te envía. ¿Tendré tiempo o no? ¿Cuándo va a abrirse el cielo, hijo mío?

—Cada momento que pasa, anciano —respondió Jesús—, es un cielo preparado para abrirse. A cada instante la Lepra, la Locura y el Fuego dan un paso más y avanzan. Sus alas tocan ya mis cabellos.

Los ojos de Lázaro, verdes, desvaídos, estaban desmesuradamente abiertos. Miraban a Jesús. Avanzó hacia él, vacilando.

—¿Eres tú Jesús de Nazaret? —le preguntó—. Se dice que cuando el verdugo cogía el hacha para decapitar al *Bautizador*, el profeta extendió la mano hacia el desierto y gritó: «¡Jesús de Nazaret, abandona el desierto y ven hacia los hombres! Yo me voy ¡Ven! ¡El mundo no debe quedarse solo!». Si tú eres Jesús de Nazaret, bendita sea la tierra que pisas. Mi casa ha sido santificada, he sido bautizado y me he curado. ¡Caigo postrado a tus pies! —dijo y se echó al suelo para besar los pies de Jesús llenos de heridas.

El astuto Samuel no tardó en reaccionar. Por unos instantes su cerebro se había ofuscado. Pero enseguida se reafirmó de nuevo: «Encontramos en los profetas aquello que desea nuestro corazón —pensó—. En una columna del pergamino, el Señor se enoja con su pueblo y levanta el puño para aplastarlo. Y en la columna de al lado es todo azúcar y miel. Según el estado de ánimo que tenemos por la mañana, así buscamos la profecía que mejor nos va. No nos alarmemos...». Meneó la cabeza caballuna

y rio disimuladamente bajo sus bigotes, pero no abrió la boca para hablar. «¡Dejemos que el pueblo tenga miedo, eso le viene bien. ¡Si los pobres, que son la mayoría y los más fuertes, no tuvieran miedo estaríamos perdidos!».

Guardaba silencio y miraba con desprecio a Lázaro, que besaba los pies del visitante y le decía:

—Si los galileos, los que conocí en el Jordán, son tus discípulos, rabí, me han dado un encargo para ti, por si te encontraba: Se irán a Jerusalén y te esperarán allí, en la puerta de David, en la taberna de Simón el cirineo. Se han asustado con el asesinato del profeta y huyen para esconderse. Ha comenzado la persecución.

Mientras tanto, las mujeres tiraban de sus maridos para llevárselos. Ellas habían comprendido bien, el forastero tenía ojos de áspid, te miraba y tu mente se ponía a dar vueltas; te hablaba, y el mundo se derrumbaba. «¡Vayámonos de aquí!».

El ciego se apiadó una vez más de los hombres:

—Valor, muchachos —gritó—, es muy grave lo que oigo, pero no tengáis miedo; todo se solucionará pacíficamente, ya lo veréis. El mundo es sólido, está bien asentado; resistirá tanto como resista Dios. No escuchéis a los que tienen los ojos abiertos, escuchadme a mí. Soy ciego, por eso veo mejor que todos vosotros: la tribu de Israel es inmortal, ha firmado un pacto con Dios, Dios ha puesto en él su sello y nos ha dado como don toda la tierra. Así pues, no temáis. Es casi medianoche ¡Vayámonos a dormir! —dijo y adelantó el bastón para que le marcara el camino hacia la puerta.

Los tres ancianos salieron los primeros, les siguieron los hombres y tras ellos, las mujeres. La casa se quedó vacía de extraños

* * *

Las dos hermanas prepararon la cama al visitante en el altillo de madera. María sacó de su baúl las sábanas de lino y seda de su ajuar, Marta llevó el edredón de seda y algodón, relleno de plumas, que guardaba en su arca intacto desde hacía muchos

años, esperando la noche largamente deseada en que se cubriría con él junto a su marido. Llevó también hierbas aromáticas, albahaca y menta, y las esparció sobre la almohada.

—Esta noche dormiré como un novio —dijo, lanzando un suspiro.

María suspiró también pero guardó silencio. «Dios mío —se dijo para sí—, no me hagas caso, el mundo es hermoso aunque yo suspire. Es hermoso, solo que temo la soledad. Y este visitante me gusta mucho».

Las dos hermanas entraron en la pequeña habitación del fondo y se acostaron en sus lechos marchitos. Los dos hombres, uno en cada extremo del altillo de madera, con los pies en contacto. Lázaro estaba feliz. ¡Qué atmósfera de santidad y beatitud había en toda la casa! Respiraba tranquila y profundamente, rozaba los pies santos con sus pies, y sentía que por todo su cuerpo ascendía y se ramificaba una fuerza misteriosa, una certeza divina; ya no le dolían los riñones, su corazón ya no latía con dificultad, su sangre circulaba apacible, jubilosa, desde los pies hasta la cabeza y regaba aquel cuerpo macilento y agotado. «Esto debe ser por efecto del bautismo —pensaba—, esta noche he sido bautizado. Y también esta casa y mis hermanas han sido bautizadas. El río Jordán ha venido a mi casa».

Pero las dos hermanas, ¡qué iban a pegar ojo! Hacía años que un hombre ajeno a su familia no había dormido en su casa. Los forasteros se alojaban siempre en casa de algún notable de la aldea. ¿Cómo iban a recalar en su casucha, que estaba apartada y era humilde? Además, a su hermano, enfermizo y raro de carácter, no le agradaban las compañías. Pero aquella noche, ¡qué inesperado bien! Las aletas nasales de las mujeres se movían, olfateaban el aire. ¡Cómo había cambiado, qué aroma despedía! Pero no olía a albahaca y a menta, no; ¡olía a hombre!

—Al parecer, lo ha enviado Dios para que construya el Arca, y nos ha prometido que entraremos en ella... ¿Oyes lo que te digo, María, o duermes?

—No duermo —respondió María y se apretaba con las dos manos el regazo, que le dolía.

—Dios mío —prosiguió Marta—, que llegue pronto el fin del mundo para que entremos con él en el Arca. Yo le serviré, no me importa, y tú le harás compañía. Y el Arca bogará sobre las aguas eternas. Yo le serviré eternamente y tú estarás sentada eternamente a sus pies y le harás compañía. Así imagino el Paraíso, ¿y tú, María?

—Yo también —respondió María y cerró los ojos.

Hablaban y suspiraban. Jesús dormía profundamente, descansaba. Como si no fuera un sueño, como si hubiese entrado con todo su cuerpo, con toda su alma, en el río Jordán, se refrescaba, su cuerpo se desprendía de la arena del desierto, su alma se desprendía de las virtudes y de los vicios de los hombres y volvía a ser virgen. Por un instante, en sueños, le pareció que había salido del Jordán, que había tomado un sendero verde no hollado y que entraba en un huerto profundo, lleno de flores y frutos. Y que ya no era Jesús, el hijo de María, de Nazaret, sino Adán, la primera criatura. Acababa de salir de las manos de Dios; su carne era aún arcilla fresca y se había tendido en la hierba florida para secarse al sol y para que sus huesos se endurecieran, para que su rostro tomara color y las setenta y dos articulaciones de su cuerpo se reafirmaran y pudiera levantarse y caminar. Y mientras estaba tendido al sol y maduraba, los pájaros revoloteaban sobre su cabeza, iban de árbol en árbol, paseaban por la hierba primaveral, parloteaban entre ellos, gorjeaban, miraban, examinaban a la extraña nueva criatura que estaba tumbada en la hierba y cada uno de ellos decía una palabra y pasaba volando.

Él conocía el lenguaje de las aves y se regocijaba al oírlas. El pavo real desplegabla cola, orgulloso de su plumaje, daba vueltas arriba y abajo, lanzaba miradas oblicuas, zalameras, a Adán, que estaba tendido en la hierba y le explicaba: «Yo era una gallina; amé a un ángel y me convertí en pavo real. ¿Hay un ave más hermosa que yo? ¡No la hay!». La tórtola revoloteaba de árbol en árbol, levantaba el cuello al cielo y exclamaba: «¡Amor! ¡Amor! ¡Amor!». El tordo: «Yo soy el único de los pájaros que canta cuando el frío es más intenso y entro en calor». La golondrina: «Si yo no existiera, los árboles jamás florecerían». Y

el gallo: «Si yo no existiera, jamás amanecería». La alondra: «Cuando subo de mañana hacia el cielo a cantar me despido de mis polluelos porque no sé si voy a salir viva del canto». El ruiseñor: «No mires mis pobres vestidos. Tenía grandes alas brillantes, pero las convertí en canto». Un mirlo de pico encerado fue a posarse en el hombro de la primera criatura, se inclinó sobre su oído, le habló en voz baja, como si le confiara un gran secreto: «Las puertas del Paraíso y del Infierno están pegadas una a la otra. Las dos son idénticas; verdes las dos, hermosas las dos. ¡Ten cuidado, Adán!».

Y justo con el canto del mirlo se despertó al romper el alba.

[55](#) Este hecho aparece narrado en el Evangelio de Marcos (6, 17-29) y en *Antigüedades judías*, del historiador Flavio Josefo (*Ant.* 18, 5, 2, 116-119).

[56](#) Es el segundo de los doce profetas menores. Parece que profetizó en el reino de Judá, después de la ruina del de Israel, y el transporte de las diez tribus a Asiria. Su profecía, que no contiene más que cuatro capítulos, anuncia cuatro grandes acontecimientos. A saber: una nube de insectos que debía destruir los campos y producir una hambruna en el reino de Judá. Un ejército de extranjeros que debía venir y acabar de devastar Judea. (Es de presumir que fue el de Nabucodonosor que destruyó el reino de Judea y llevó los judíos a Babilonia). El tercero, la vuelta de esta cautividad y los beneficios con que Dios debía colmar después a su pueblo. Por último, la venganza sobre los pueblos enemigos de los judíos.

XIX

«**C**osas importantes suceden cuando Dios y el hombre se alían: sin el hombre, Dios no dispondría en este mundo de una mente que reflejara inteligentemente sus criaturas y que investigara con audacia y temor su sabio poder; no tendría en este mundo un corazón que sufriera por preocupaciones ajenas y que se esforzara por crear virtudes y angustias que Dios no quiso, olvidó o temió crear. Sin embargo, sopló sobre el hombre y le dio fuerza y osadía para continuar la creación.

»Por su parte, el hombre, sin Dios, desarmado, como está cuando nace, habría sido aniquilado por el hambre, el miedo y el frío. Y de haberse salvado de estos peligros, se arrastraría como una babosa, a medio camino entre los leones y los piojos. Y si lograra, tras una lucha incesante, mantenerse erguido sobre sus patas traseras, jamás podría liberarse del fuerte, cálido y tierno abrazo de su madre, la mona»..., pensaba Jesús, y aquel día sentía por primera vez muy profundamente que es posible que Dios y el hombre lleguen a fundirse en un solo ser.

Muy de mañana había emprendido el camino hacia Jerusalén y tocaba con los codos a Dios, que iba a su derecha y a su izquierda. Caminaban juntos y ambos tenían la misma preocupación: la tierra había perdido el rumbo, en lugar de subir al cielo, bajaba a los Infiernos. Era preciso que los dos juntos, Dios y el Hijo de Dios, se esforzaran por devolverla al camino recto. Por eso llevaba Jesús tanta prisa, acortaba el trayecto con grandes zancadas, deseando ardientemente reunirse con sus compañeros para empezar la lucha. El sol, que subía desde el Mar Muerto, los pájaros, a los que el impacto de la luz los incitaba a cantar, las hojas temblorosas de los árboles y el camino blanco que se desplegaba hasta las murallas de Jerusalén y lo arrastraba con él, todo, todo le gritaba: «¡Date

prisa! ¡Date prisa! ¡Perecemos!». «¡Lo sé! ¡Lo sé! —respondía Jesús—. ¡Lo sé! ¡Ya voy!».

Muy temprano, también sus compañeros se deslizaban pegaditos a la pared por las callejuelas aún desiertas de Jerusalén. No todos juntos, separados de dos en dos: Pedro con Andrés, Santiago con Juan. Judas iba delante solo. Tenían miedo, lanzaban miradas furtivas a todas partes para ver si los seguían; corrían. Se alzó ante ellos la puerta de David, doblaron a la izquierda por la primera calleja y se metieron como ladrones en la taberna de Simón el cirineo.

El tabernero, una gran bola de sebo, de nariz roja e hinchada y ojos rojos y abotagados, acababa de levantarse, somnoliento, de su jergón de paja. Bebía hasta bien entrada la noche con sus parroquianos borrachines, cantaba, discutía, se hacía el ronco en irse a dormir y por la mañana, hastiado, de mal humor, con un trapo húmedo, quitaba del mostrador los restos de la juerga. Estaba en pie pero todavía no se había despertado. Le parecía soñar que empuñaba un trapo húmedo y limpiaba el mostrador... Pero cuando se debatía entre la vigilia y el sueño, oyó que unos hombres jadeantes entraban en la taberna y se volvió. Los ojos le escocían, tenía la boca amarga y las barbas llenas de cáscaras de pipas de calabaza tostadas.

—¿Quiénes sois, malditos? —berreó con voz ronca—. ¿Es que no me vais a dejar tranquilo? ¿Dónde vais tan temprano a comer y beber? ¡No estoy de humor, ahuecad el ala!

A medida que gritaba se iba despertando y poco a poco empezó a distinguir a su viejo amigo Pedro y a sus compañeros galileos. Se acercó, los miró de cerca, soltó una risotada:

—¡Eh, vaya cara que traéis! ¡Meted la lengua, que la lleváis colgando! ¡Sujetaos la panza que se os va a abrir de miedo! ¡Puaj, que Dios os guarde, valientes galileos!

—En el nombre de Dios, Simón, no soliviantes a la gente con tus gritos —le respondió Pedro y alargó la mano para taponarle la boca—. Echa la tranca a la puerta. El rey ha matado al profeta, al *Bautizador*, ¿no te has enterado? Le cortó la cabeza y la colocó en una bandeja de plata...

—Ha hecho bien. Le había perforado los tímpanos diciéndole que había tomado a la mujer de su hermano. ¡Bien hecho! Es rey y hace lo que quiere. Y ya que hablamos, también a mí me había perforado los tímpanos: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos!». ¡Menudo elemento!

—Pero dicen que va a matar a todos los bautizados. Los pasará a cuchillo, y nosotros estamos bautizados, ¿comprendes?

—¿Y quién os dijo que os bautizarais, modorros? ¡Os está bien empleado!

—Pero tú también te hiciste bautizar, pellejo de vino —le reprendió Pedro—. ¡Nos lo contaste! ¿A qué esos gritos?

—Eso es otra cosa, puerco pescador. Yo no me hice bautizar. ¿Aquello fue un bautismo? Me metí en el agua, me di un baño y la cantinela del falso profeta me entraba por un oído y me salía por el otro. Así hacen los que tienen sesera. Pero vosotros, cabezas huecas... Allí donde hay falsos profetas y perros atados con longanizas, allí que vais vosotros los primeros y los más diligentes. Os dicen: «Sumergíos en el agua», y vosotros, ¡plaf!, os metéis y cogéis un resfriado. Os dicen: «No os despiojéis en sábado, es un gran pecado». Y vosotros no matáis los piojos que tenéis encima y ellos os matan a vosotros. «No paguéis el impuesto por cabeza». No lo pagáis, y, ¡crac!, os cortan la cabeza. ¡Os está bien empleado! Sentaos ahora a echar un buen trago para recuperaros. ¡También yo tengo que despertarme!

Dos gruesas barricas oscurecían el fondo de la taberna. En una había pintado un gallo rojo, en la otra un cerdo gris oscuro. Llenó una jarra de vino de la barrica del gallo, cogió seis vasos, los sumergió en un barreño de agua sucia para lavarlos, le dio el olor del vino y se despertó.

Apareció un ciego en la puerta de la taberna, se puso el bastón entre las piernas y empezó a afinar un viejo laúd, a carraspear y a escupir para aclararse la garganta. Eliacín había sido camellero en su juventud, y un día, al cruzar el desierto había visto bajo una palmera a una mujer desnuda cuando se lavaba en una charca. En vez de volver la cara, el desvergonzado había clavado los ojos en la hermosa beduina. Tuvo mala suerte, pues el marido estaba acuclillado detrás de un

risco, encendiendo lumbre para cocinar. Vio al camellero que se acercaba y se comía con los ojos la desnudez de su mujer, se lanzó contra él con dos ascuas y las apagó en los ojos del camellero... Desde aquel día, el pobre Eliacín se entregó al salmo y al canto. Recorría las tabernas y las casas de Jerusalén con su laúd. Unas veces ensalzaba la bondad de Dios y otras el cuerpo desnudo de la mujer. Le daban unos mendrugos de pan, un puñado de dátiles, dos aceitunas y se iba a otra parte.

Afinó el laúd, se aclaró la voz, alzó el cuello y empezó a tararear su salmo preferido:

*Señor, tu compasión es grande, ten piedad de mí,
Las manifestaciones de tu piedad, innumerables,
Borra mi pecado...*

En ese momento llegaba el tabernero con la jarra de vino y los vasos, escuchó la salmodia y montó en cólera:

—¡Ya está bien! ¡Basta ya! —rugió—. Tú también me has perforado los tímpanos, siempre la misma tabarra: «¡Ten piedad de mí... ten piedad de mí...!»». ¡Que te parta un rayo! ¿Acaso pequé yo? ¿Acaso fui yo quien levantó los ojos para mirar mujeres ajenas mientras se lavan? Dios nos ha dado los ojos para que no miremos, ¿aún no te has enterado? ¡Te está bien empleado! ¡Anda, lárgate a otra parte!

El ciego cogió el bastón, apretó el laúd bajo el brazo y sin decir nada se marchó.

—«Ten piedad de mí, Señor... Ten piedad de mí, Señor» — tarareó el tabernero fuera de sí—. David miró con ojos lascivos a las mujeres de otros y éste cegato miró con dulces ojos a la mujer de otro. ¡Y somos nosotros quienes pagamos el pato...! ¡Ah, no, amigo mío!

Llenó los vasos, bebieron; volvió a llenar el suyo, bebió otra vez.

—Ahora voy a ponerlos al horno una cabeza de cordero. ¡Un plato de primera! ¡Resucita a un muerto!

Dijo, y con paso ligero se dirigió al patio, donde él mismo había construido un horno pequeño. Trajo ramas y sarmientos, lo

encendió, metió la bandeja con la cabeza de cordero y volvió a donde estaban sus amigos. Se moría por darle al vino y a la lengua.

Pero los compañeros no estaban de buen talante. Apretados uno junto a otro ante el fuego, tenían los ojos fijos en la puerta. Estaban sobre ascuas, querían irse. Cambiaban dos palabras entre dientes e inmediatamente volvían a callarse. Judas se levantó, fue hacia la puerta. Le asqueaba ver a aquellos cobardes que estaban perdidos de miedo. ¡Cómo habían corrido! ¡Con qué velocidad habían llegado desde el Jordán a Jerusalén y habían ido a meterse, con el alma en la boca, en aquella taberna apartada! Y ahora, con las orejas tiesas como liebres, temblaban y levantaban los talones para huir. «¡Idos al diablo, galileos bravucones! Te agradezco, Dios de Israel, que no me hayas hecho de su pasta. Yo nací en el desierto y no estoy hecho de la tierra blanda galilea, sino de granito beduino. Todos vosotros que tanto lo mimabais, que le hacíais tantas promesas y le dabais tantos besos, ahora, ¡pies para qué os quiero! ¡A salvar el pellejo! Pero yo, el hombre feroz, el de mal pelaje, el matón, yo no lo abandono, le esperaré aquí hasta que vuelva del desierto del Jordán. Quiero ver qué trae. Entonces decidiré. Porque yo no me preocupo por mi pellejo. Sólo una cosa me abrasa: el sufrimiento de Israel».

Escuchó en la taberna discusiones en voz baja, se volvió:

—Yo digo que volvamos a Galilea. ¡Allí estamos seguros! ¡Acordaos de nuestro lago, muchachos! —decía Pedro y suspiraba.

Vio su barca verde balanceándose en las ondas azules y su corazón se hinchó. Vio los guijarros, las adelfas, los palangres cargados de peces y sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¡Vámonos, muchachos! —dijo—. ¡Vámonos!

—Le prometimos que lo esperaríamos en esta taberna. Por nuestro honor, hemos de mantener nuestra palabra —dijo Santiago.

—Le encargaremos al cirineo —propuso Pedro para arreglarlo — que si viene le diga...

—¡No, no! —se opuso Andrés—. ¿Cómo vamos a dejarlo solo en esta ciudad feroz? Le esperaremos aquí.

—Yo digo que volvamos a Galilea —insistió Pedro.

—Hermanos —dijo Juan y asió suplicante las manos y los hombros de los compañeros—, hermanos, pensad en las últimas palabras del Bautista. Extendió los brazos bajo la espada del verdugo y exclamó: «Jesús de Nazaret, ¡abandona el desierto y ven hacia los hombres! Yo me voy. ¡Ven! ¡El mundo no debe quedarse solo!». Estas palabras tienen un sentido profundo, compañeros. Que Dios me perdone si pronuncio alguna blasfemia, pero...

Se le cortó el aliento. Andrés le cogió la mano:

—Habla, Juan, ¿qué cosa terrible presientes y no te atreves a confesar?

—... Si nuestro maestro es... —balbució.

—¿Quién?

Débil, ahogada, llena de terror, se oyó la voz de Juan:

—... ¡El Mesías!

Todos se sobresaltaron. ¡El Mesías! ¡Tanto tiempo con él y no se les había ocurrido! Al principio le tenían por un hombre bueno, un santo que traía el amor al mundo; luego, por un profeta, pero no un profeta salvaje, como los antiguos, sino alegre y manso. Éste hacía bajar a la tierra el reino de los cielos, es decir, el bienestar y la justicia, y había llamado Padre al implacable Dios de Israel, al Jehová de sus antepasados. Y apenas le hubo llamado Padre, aquel Dios se había dulcificado y todos los hombres nos habíamos convertido en sus hijos... Y ahora, ¿qué era aquella palabra que se había escapado de los labios de Juan?: «¡Mesías!». Lo que significaba: ¡Espada de David, omnipotencia de Israel, guerra! ¡Y ellos, los discípulos, los primeros que le habían seguido, serían grandes señores, tetrarcas, patriarcas, alrededor de su trono! ¡Del mismo modo que Dios está rodeado en el cielo de los ángeles y los arcángeles, así ellos serían jefes de naciones y patriarcas sobre la tierra! Sus ojos brillaban.

—Retiro lo que dije, muchachos —rectificó Pedro, completamente ruborizado—. ¡Yo jamás le abandonaré!

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!

—¡Yo tampoco!

Judas escupió con rabia, dio un puñetazo en el marco de la puerta.

—¡Vaya, qué bravucones! —les gritó—. ¡Cuando lo creíais débil, corre que te corre, y ahora que habéis olfateado grandezas!: «¡Yo nunca le abandonaré!». Pues, bien, ¡todos le abandonaréis completamente algún día! ¡Acordaos de lo que os digo! Yo seré el único que no le traicionaré. ¡Simón de Cirene, tú eres testigo!

El tabernero, que los escuchaba y reía bajo sus bigotes caídos, guiñó el ojo a Judas:

—¡Vaya panda de pillos! —dijo—. ¡Y quieren salvar al mundo!

Pero le llegó a la nariz el olor del horno:

—¡La cabeza del carnero se está quemando! —gritó y de un salto se plantó en el patio.

Los compañeros se miraban unos a otros, confusos:

—¡Por eso el *Bautizador*, al verlo, se quedó pasmado! —dijo Pedro golpeándose la frente.

Se animaron, sus cerebros se inflamaron:

—¿Y visteis la paloma sobre su cabeza en el momento en que recibía el bautismo?

—No era una paloma, era un relámpago.

—¡No, no! ¡Era una paloma! ¡Zureaba!

—No zureaba, hablaba. Yo la oí con estos oídos. Decía: «¡Santo, Santo, Santo!».

—Era el Espíritu Santo —dijo Pedro y sus ojos se llenaron de alas doradas—. El Espíritu Santo descendió del cielo y todos nos quedamos helados. ¿No lo recordáis? Yo quise mover el pie para acercarme, pero estaba entumecido, ¡qué iba a poder moverme! Quise gritar, pero mis labios no se juntaban. El viento se detuvo, las cañas, el río, los hombres, los pájaros, todo, todo quedó petrificado de pánico, únicamente se movía la mano del *Bautizador*, lentamente, muy lentamente, y bautizaba...

—¡Yo nada vi!, ¡nada oí! —dijo Judas encolerizado—. Vuestros ojos, vuestros oídos estaban borrachos.

—¡No viste, pelirrojo, porque no querías ver! —le increpó Pedro.

—Y tú, memo, viste porque querías ver. Tenías deseos de ver al Espíritu Santo y viste al Espíritu Santo ¡Y mira tú ahora, haces que lo vean estos débiles mentales y los embarcas en tus visiones!

Hasta ese momento Santiago escuchaba sin hablar; se comía las uñas y callaba. Pero ya no pudo contenerse:

—Tranquilizaos, compañeros —dijo—, no ardamos como la yesca. Venid, analicemos bien la cuestión. ¿Decís que es cierto que el *Bautizador* pronunció esas palabras antes de que le cortaran la cabeza? A mí me parece muy difícil. En primer lugar, ¿quién de nosotros estaba allí para oírlo? En segundo lugar: aun cuando el *Bautizador* hubiera pensado aquellas palabras, jamás las habría pronunciado porque se hubiera enterado el rey y hubiera enviado espías para saber quién era aquel Jesús que estaba en el desierto, lo hubiera apresado y lo hubiera degollado igual que al Bautista. Dos y dos son cuatro, como dice mi viejo padre. Así que controlemos nuestra imaginación.

Pero Pedro se enfadó:

—¡Y yo digo que dos y dos son catorce! ¡La razón puede decir lo que quiera! ¡Maldita sea! Echa vino, Andrés. Bebamos. ¡Ahoguemos la razón en vino para ver!

Un jayán de mejillas hundidas, descalzo, envuelto en una sábana blanca, con una sarta de amuletos colgados del cuello entró en la taberna, se llevó la mano al pecho, saludó:

—¡Salud, hermanos! —gritó—. ¡Me voy! ¡Voy a encontrarme con Dios! ¿Tenéis algún encargo que darme para él?

Y sin esperar respuesta salió corriendo y entró en la casa de al lado.

En ese momento llegaba el tabernero con la bandeja del horno y el mundo se llenó de un delicioso olor. Vio al loco desgachado:

—¡Buen viaje! —exclamó—. ¡Saludos de mi parte! ¡Otro más! —dijo y soltó una carcajada—. ¡Vaya, verdaderamente ha llegado el fin de los tiempos! ¡El mundo se ha llenado de locos! Éste, al parecer, vio a Dios anteayer por la noche cuando iba a mear y desde entonces ya no se aviene a vivir, no quiere comer.

Dice: «Estoy invitado en el cielo, allí comeré». Se colocó encima la mortaja, va de puerta en puerta, recoge encargos para Dios, se despide y se va... Esto es lo que le pasa al que se acerca demasiado a Dios. Cuidado muchachos, os lo digo por vuestro bien, no os acerquéis demasiado a él. Yo me postro ante su gracia, pero de lejos. ¡Manteneos a distancia!

Colocó en el centro de la mesa la bandeja con la cabeza del cordero humeante. Sus labios, sus ojos, sus orejas reían.

—¡Una cabecita fresca! —gritó—. La de Juan el *Bautizador*. ¡Buen provecho!

Juan sintió náuseas y se apartó. Andrés dejó suspendida en el aire la mano que ya alargaba. La cabeza, colocada en la bandeja, con los ojos abiertos, inmóviles, turbios, los miraba uno por uno.

—¡Infame Simón —dijo Pedro—, vas a conseguir que nos dé asco y no la toquemos! ¿Cómo voy a sacarle ahora los ojos, que tanto me gustan como aperitivo? Creeré que me estoy comiendo los ojos del *Bautizador*.

El tabernero soltó la carcajada:

—No te preocupes, Pedro —dijo—, yo me los comeré. Pero antes me comeré su lengüita, que nos proclamaba, bendita sea: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! ¡Ha llegado el fin de los tiempos!». ¡Tu propio fin ha llegado antes, desdichado!

Dijo, sacó el cuchillo, cortó la lengua y se la comió de un bocado. Luego apuró el vaso de un trago y se puso a admirar sus dos barricas.

—Vaya, muchachos, me dais pena; cambiaré de tema para que dejéis de pensar en la cabeza del *Bautizador* y podáis comer la del cordero. Bien. ¿A que no sabéis quien ha pintado estas obras de arte, el gallo y el puerco, que admiráis en las barricas? Mi menda; con estas manitas. ¿Qué os creáis? ¿Y sabéis por qué un gallo y un puerco? ¡Qué vais a saberlo vosotros, galileos idiotas! ¡Os lo explicaré para que se abra vuestro pobre cerebro!

Pedro miraba la cabeza del cordero y se relamía, pero aún no se atrevía a tender la mano para sacarle los ojos y comérselos, seguía pensando en el Bautista. Así, igualito que el cordero, abría el profeta de par en par los ojos y miraba a los hombres.

—Escuchad, pues —prosiguió el tabernero— para que se abra vuestro pobre cerebro, os digo. Cuando Dios terminó de hacer el mundo —¡para qué se metería en ese lío, el bendito!—, y se limpió el barro de las manos, llamó a su presencia a todas las criaturas recién creadas y les preguntó, orgulloso de su obra: «Decidme, aves y animales, ¿qué os parece el mundo que he creado? ¿Le encontráis algún defecto?». Todos se pusieron a rebuznar, a mugir, a maullar, a aullar, a balar y a gorjear: «¡Ninguno! ¡Ninguno!». «Os doy mi bendición —gritó Dios—, yo tampoco, a fe mía, le encuentro defecto alguno. ¡Bien por mis manos!». Pero vio al gallo y al puerco que tenían la cabeza agachada y no decían palabra. «Eh, puerco —gritó Dios—, y tú, señor gallo, ¿por qué no decís nada? ¿Es que no os gusta el mundo que he creado? ¿Acaso le falta algo?». Pero ellos, ¡chitón! El diablo les había adiestrado, les había silbado al oído: «Le falta una cepa que dé uvas», le decís, «las uvas se pisan, se ponen en una barrica y se hace vino». «¿Por qué no habláis, animales?» —volvió a gritarles Dios y les levantó su gran manaza—. Entonces los dos animales —el diablo les infundió valor—, levantaron la cabeza: «¿Qué quieres que te digamos, maestro constructor? ¡Bien por tus manos, tu mundo es hermoso, escupe para que no se malogre! [57](#) . Pero le falta una cepa que dé uvas. Las uvas se pisan, se meten en una barrica y se hace vino». «¡Conque sí, eh! ¡Ahora os enseñaré yo, granujas! —dijo Dios cogiéndose un buen cabreo—, ¡de modo que queréis vino y borracheras y disputas y vómitos! ¡Hágase la vid!». Se remangó, cogió arcilla, modeló una cepa y la plantó. «La maldigo —dijo—, el que beba en exceso que tenga cerebro de gallo y hocico de puerco».

Los compañeros estallaron en carcajadas, olvidaron al Bautista, se lanzaron hacia la cabeza asada. Judas, que fue el primero en abrir el cráneo en dos, tenía en la mano un puñado de sesos. El tabernero, al ver el rebato, se alarmó: «No me van a dejar ni un huesecillo», pensó.

—Eh, muchachos —exclamó—, bien está que comáis y bebáis pero no olvidéis al difunto Juan el *Bautizador*. ¡Ay, su pobre cabecita!

Todos se quedaron con el bocado en la mano. Pedro, que ya había masticado el ojo y se disponía a tragárselo, se atragantó. Tragárselo le daba asco y escupirlo, pena. ¿Qué hacer? Sólo a Judas le importaba un bledo. El tabernero llenó los vasos:

—¡Por su eterno recuerdo! ¡Lloremos por su cabeza!
¡Brindemos por vosotros, muchachos!

—¡Y por ti, canalla! —dijo Pedro, y se tragó el ojo de golpe.

—Descuida, yo no tengo miedo —respondió el tabernero—. No me mezclo en los asuntos de Dios. ¡Me importa un pito salvar al mundo! Soy tabernero, no soy un ángel ni un arcángel, como vuestras señorías. ¡Ya me he librado de eso! —dijo, y agarró lo que quedaba de la cabeza.

Pedro abrió la boca pero se le quebró la voz. Un hombretón picado de viruelas, salvaje, estaba parado en la puerta y miraba dentro. Los compañeros se retiraron a un rincón y Pedro se escondió detrás de los anchos hombros de Santiago.

—¡Barrabás! —gruñó Judas y frunció el entrecejo—. ¡Entra!

Barrabás inclinó el grueso pescuezo, distinguió a los discípulos en la penumbra. Su rudo rostro rio con sarcasmo:

—¡Encantado de veros, borreguitos! —dijo—. Me he pateado medio mundo para dar con vosotros.

El tabernero se levantó refunfuñando, le llevó una copa.

—Sólo tú nos faltabas, capitán Barrabás —gruñó.

Le tenía manía porque cada vez que iba a la taberna se emborrachaba, se metía con los soldados romanos que pasaban y le creaba problemas.

—No empieces otra vez con lo de siempre, cabeza de gallo, hocico de puerco.

—¡Eh, eh, mientras los impuros pisen la tierra de Israel no me daré por vencido! ¡Quítatelo de la cabeza! ¡Trae un aperitivo, pellejo de vino!

El tabernero empujó hacia él la bandeja con los huesos.

—Come —dijo—, tienes dientes de perro, trituran huesos.

Barrabás apuró de un trago la copa, se retorció los bigotes, se volvió hacia los compañeros:

—¿Y dónde está el buen pastor, borreguitos? —dijo y los ojos le echaban chispas—. Tengo una cuenta pendiente con él.

—Estás borracho antes de beber —le dijo Judas con severidad—. Tus bravuconadas nos han acarreado muchos problemas. ¡Ya está bien!

—¿Qué tienes contra él? —se atrevió a decir Juan—. Es un hombre santo, hasta cuando camina mira al suelo por no pisar ni una hormiga.

—Di más bien que para que una hormiga no lo pise a él. Tiene miedo. ¿Eso es un hombre?

—¡Liberó a Magdalena de tus zarpas y no se te pasa el disgusto! —le echó en cara Santiago.

—Me ofendió —rugió Barrabás y sus ojos se enturbiaron—. ¡Me ofendió! ¡Me las pagará!

Pero Judas lo agarró por el brazo, lo llevó aparte; le habló en voz baja, apresuradamente, con furia:

—¿Qué vienes a buscar aquí? ¿Por qué has dejado las montañas de Galilea? La hermandad te asignó aquel territorio. Aquí, en Jerusalén, mandan otros.

—¿Acaso no luchamos por la libertad? —replicó Barrabás, furioso—. Yo soy libre, así que hago lo que quiero. Vine a ver quién es ese *Bautizador* que obra señales y prodigios. ¿Y si es Aquel que esperamos? ¡Que venga ya, que se ponga al frente, que empiece el degüello! Pero no llegué a tiempo, ya le habían cortado la cabeza. ¿Qué dices tú, Judas, mi capitán?

—Yo digo que te levantes y te vayas. ¡Que no te mezcles en asuntos ajenos!

—¿Qué me vaya? ¿Lo dices en tus cabales? Vine por el *Bautizador* y me encuentro con el hijo del carpintero. Hace mucho que lo persigo, y ahora que Dios me lo pone ante las narices, ¿voy a dejarlo?

—¡Vete! —le ordenó Judas—. Ése es asunto mío. No metas la mano.

—¿Qué te propones? La hermandad quiere liquidarlo. Lo sabes. Es un agente de los romanos, le pagan para que proclame el reino de los cielos, para que engañe al pueblo y que no piense en nuestra tierra y en nuestra esclavitud. Y ahora tú... ¿qué te propones?

—Nada. Es asunto mío. ¡Vete!

Barrabás se volvió, lanzó una última mirada a los compañeros, que habían aguzado el oído para escuchar lo que decían.

—Hasta pronto, borreguitos —les gritó con rabia—. ¡Nadie se libra fácilmente de Barrabás! ¡Volveremos a vernos! —dijo y desapareció por la Puerta de David.

El tabernero guiñó el ojo a Pedro.

—Le ha dado órdenes —le cuchicheó—. Es otro de la hermandad. Por un romano que sea asesinado, morirán diez israelitas. ¡Diez y hasta quince! ¡Tened ojo, muchachos!

Se inclinó, siseó en la oreja de Pedro:

—Y además escucha. No te fíes de Judas Iscariote. Esos pelirrojos...

Pero no siguió hablando. El pelirrojo estaba de nuevo sentado en el taburete.

Juan se levantó apenado; salió a la puerta, miró la calle arriba y abajo. Ni rastro del maestro. Ya era completamente de día, las calles se habían llenado de gente y al otro lado de la Puerta de David, soledad, piedras, cenizas, ni una sola hoja verde. Sólo piedras blancas puestas en vertical, estelas funerarias. El aire apestaba por las carroñas de perros y camellos... Tanta brutalidad asustó a Juan. Allí todo era piedra, piedra también los rostros de los hombres, piedra sus corazones, piedra hasta el Dios que adoraban. ¿Dónde estaba el Dios Padre, el Dios compasivo que le había traído el rabí? ¡Ah, cuándo iba a aparecer el amado maestro para volver a Galilea!

—¡Hermanos, vámonos! —dijo Pedro, que ya no resistía más y se levantó—. ¡No vendrá!

—Le oigo venir... —murmuró Juan tímidamente.

—¿Dónde le oyes, visionario? —dijo Santiago, a quien no le gustaban las fantasías oníricas de su hermano y estaba ya impaciente por volver a ver su lago y sus barcas—. ¿Dónde le oyes, si puede saberse?

—En mi corazón —respondió el hermano menor—. Él es el que primero oye, el que primero ve...

Santiago y Pedro se encogieron de hombros, pero el tabernero intervino:

—El muchacho tiene razón —dijo—, no os encojáis de hombros. Tengo oído que... ¿Qué creéis que era eso que llaman el Arca de Noé? ¡Era el corazón del hombre! Allí dentro estaba Dios con todas sus criaturas; todas se ahogaron y se fueron al fondo, únicamente el corazón navegó sobre las aguas con su carga. ¡El corazón del hombre lo sabe todo! ¡Sí señor! ¡El corazón del hombre! ¡No os riais!

Resonaron trompetas, la gente se hizo a un lado en la calle, se alzó un rumor. Los compañeros se inquietaron, se precipitaron a la puerta.

Bellos y aguerridos adolescentes levitas [58](#) portaban una litera con bordados de oro, en cuyo interior iba recostado, acariciándose la barba, vestido de seda con los dedos llenos de anillos de oro, y con un rostro lustroso, un mandatario muy obeso.

—¡Caifás! —dijo el tabernero—. ¡El morueco de los sacerdotes, el sumo sacerdote! Tapaos la nariz, muchachos, que el pescado hiede por la cabeza.

Se tapó la nariz, escupió.

—Va a sus huertos para comer, beber y jugar con sus mujeres y sus jovencitos. ¡Ay, si yo fuera Dios! El mundo pende de un cabello. Pues, bien, yo cortaré ese cabello. Sí, lo juro por el vino, lo cortaré, ¡Que el mundo se fuera al diablo!

—Vámonos —repitió Pedro—. Aquí no estamos seguros. Mi corazón tiene también oídos y ojos: «¡Vete!», me grita, «¡idos, desdichados!».

Dijo que había oído a su corazón y al decirlo lo oyó realmente, se asustó, se puso en pie de un salto, cogió un bastón que encontró en un rincón. Todos se levantaron precipitadamente, vieron el terror de Pedro y se aterrorizaron también ellos.

—Si viene, tú le conoces, Simón, le dices que vamos camino de Galilea —le encargó Pedro.

—¿Y quién va a pagar? —dijo el tabernero, inquieto—. La cabeza del cordero, el vino...

—¿Crees en la otra vida, Simón de Cirene? —preguntó Pedro.

—Creo, por supuesto.

—Pues bien, te doy mi palabra, si quieres te la doy por escrito, que te pagaré allá.

El tabernero se rascó la cabezota.

—¿Qué? ¿No crees en la otra vida? —dijo Pedro con severidad.

—Creo, Pedro, creo. Pero no hasta ese punto...

[57](#) Se trata de una superstición cretense. Se escupe para prevenir el mal de ojo que puede sufrir alguien o algo que es muy bueno o hermoso.

[58](#) Se trata de los descendientes de Leví, hijo de Jacob, una de las doce tribus de Israel. Desde tiempo de Moisés fueron consagrados por Dios para el servicio del Tabernáculo y, luego, del Templo de Jerusalén. Históricamente constituyeron la clase sacerdotal del judaísmo y poseían derechos exclusivos para aprender y enseñar a los demás judíos la Torá.

XX

Y en esto que hablaban, una sombra azul cayó sobre el umbral; todos retrocedieron bruscamente: Jesús es taba de pie en la puerta con los pies ensangrentados, la ropa cubierta de barro y el rostro irreconocible. ¿Quién era? ¿El dulce maestro o el *Bautizador* salvaje? Sus cabellos caían en guedejas retorcidas sobre sus espaldas, presentaba la piel quemada y agrietada, las mejillas hundidas, y sus ojos se habían agrandado y ocupaban todo el rostro. Mantenía el puño derecho apretado con fuerza. Idénticos, iguales a los del *Bautizador* eran aquel puño, aquellos cabellos, aquellas mejillas y aquellos ojos. Los discípulos le miraban con la boca abierta, sin decir palabra. ¿Se habían fundido los dos y se habían hecho uno?

«Ha sido él quien ha matado al *Bautizador* —pensó Judas y se echó a un lado para dejar pasar al inquietante recién llegado—, ha sido él... ha sido él...». Miraba a Jesús, cómo cruzaba el umbral, cómo clavaba severamente los ojos en cada uno, cómo se mordía los labios... «Todo, todo, se lo ha quitado —pensaba—, le ha saqueado el cuerpo. Pero ¿y el alma? Pero ¿y su palabra salvaje? Ahora abrirá la boca y veremos...».

Todos permanecieron en silencio largo rato. La atmósfera de la taberna había cambiado; el tabernero estaba inmóvil en un rincón y miraba a Jesús con ojos desorbitados. Él avanzaba lentamente, mordiéndose los labios, con las venas de la frente hinchadas. Y de pronto se oyó su voz, ronca, salvaje. Los compañeros sintieron un escalofrío. Aquella voz no era la suya, era la del terrible profeta, el *Bautizador*.

—¿Os marcháis?

Nadie respondió. Estaban atrincherados uno detrás del otro.

—¿Os marcháis? —volvió a preguntar con cólera—. ¡Habla, Pedro!

—Rabí —respondió él con voz insegura—, rabí, Juan oyó tus pasos en su corazón y nos hemos levantado para recibirte...

Jesús, frunció el ceño. Se sintió invadido por la amargura y la rabia, pero se contuvo.

—Vamos —dijo volviéndose hacia la puerta.

Vio a Judas que, de pie, apartado de los otros, lo miraba con sus ojos azules y duros.

—¿Vienes también tú, Judas? —le preguntó.

—Yo no te abandono, lo sabes bien. Contigo hasta la muerte.

—No es suficiente, ¿me oyes? No es suficiente. Incluso hasta más allá de la muerte. Vamos.

El tabernero salió apresuradamente de las barricadas donde estaba agazapado.

—¡Adiós, muchachos! —gritó—. ¡Que os sea leve! ¡Buen viaje, galileos, y cuando entréis en el Paraíso, Dios lo quiera, no olvidéis el vino con el que os convidé! ¡Ni la cabeza de cordero!

—Tienes mi palabra —le respondió Pedro y su rostro reflejaba seriedad y amargura.

Estaba avergonzado de haber mentido por miedo. Con toda seguridad el maestro se había dado cuenta, por eso había fruncido el entrecejo con tanta cólera. «¡Pedro, cobarde, mentiroso, traidor! —se recriminaba a sí mismo—. ¿Cuándo vas a ser un hombre? ¿Cuándo vencerás el miedo? ¿Cuándo dejarás de girar, molino de viento?». Estaba aún en la entrada de la taberna esperando a ver hacia dónde orientaría sus pasos el rabí. Pero éste, inmóvil, había aguzado el oído y escuchaba una monótona y amarga melodía de voces débiles y cascadas, proveniente del otro lado de la Puerta de David. Eran los leprosos, que, echados en el polvo, tendían sus brazos mutilados a los transeúntes y canturreaban las grandezas de David y la misericordia de Dios que les había enviado la lepra para poder pagar sus pecados aquí en la tierra y que algún día, en la vida futura, su rostro resplandeciera eternamente, como un sol.

Jesús sintió una gran amargura. Volvió el rostro hacia la ciudad. Las tiendas, los talleres, las tabernas habían abierto y las calles estaban llenas de gente. ¡Cómo se afanaban, cómo vociferaban, cómo el sudor los inundaba! Un rugido espantoso

producido por los caballos, los hombres, los cuernos, las trompetas. Aquella ciudad santa le parecía una fiera terrible, una fiera enferma con las entrañas llenas de lepra, de locura y de muerte.

Las calles rugían cada vez más y los hombres corrían cada vez más deprisa. «¿Por qué tienen tanta prisa? ¿Por qué corren? —pensaba Jesús—. ¿Adónde van?». Lanzó un suspiro, «todos, todos hacia el otro mundo».

Se turbó. Quizá su deber fuera quedarse allí, en aquella ciudad devoradora de hombres, subir al tejado del Templo y gritar: «¡Arrepentíos! ¡Ha llegado el día del Señor!». «Estos desdichados que recorren las calles de acá para allá, jadeantes, tienen más necesidad de arrepentirse y de ser consolados que los pescadores y los yunteros de Galilea, carentes de preocupaciones. ¡Aquí debo quedarme para proclamar la destrucción de la tierra y el reino de los cielos!».

Andrés no pudo contener su pena, se acercó a él:

—Rabí —le dijo—, han apresado al *Bautizador* y lo han matado.

—No importa —respondió Jesús con calma—. Tuvo tiempo de cumplir su deber. Ojalá nosotros lo tengamos también, Andrés.

Vio que los ojos del antiguo discípulo del Precursor se llenaban de lágrimas:

—No te aflijas, Andrés —le dijo, acariciándole el hombro—. No ha muerto. Sólo mueren los que no han tenido tiempo para convertirse en inmortales. Él tuvo tiempo, Dios se lo dio.

Y al decir esto su espíritu se iluminó. «Es cierto, todo en este mundo depende del tiempo; él hace madurar todas las cosas. Quien tiene tiempo consigue trabajar el barro humano que hay en él y transformarlo en espíritu. Entonces ya no teme a la muerte. Pero si no se tiene tiempo se está perdido... ¡Dios mío —suplicó Jesús para sus adentros—, Dios mío... sólo esto te pido, dame tiempo!». Aún sentía en él demasiado barro, se sentía demasiado humano. Aún se encolerizaba, tenía miedo, sentía celos. Y cuando pensaba en Magdalena, sus ojos se enturbiaban. Incluso la noche anterior, cuando miraba a hurtadillas a María, la hermana de Lázaro...

Se ruborizó, sintió vergüenza, y bruscamente tomó una decisión: «Tengo que dejar esta ciudad. Aún no ha llegado la hora de que muera, aún no estoy preparado... Dios mío —suplicó de nuevo— dame tiempo, nada más que tiempo...». Hizo una señal a sus compañeros:

—Compañeros de combate —dijo—, volvemos a Galilea. ¡En el nombre de Dios!

Como caballos fatigados y hambrientos que regresan a su añorado establo, así corrían los compañeros hacia el lago de Genesaret. Una vez más, Judas el pelirrojo iba delante. Silbaba, hacía años que no sentía el corazón tan alegre. Ahora, después de su regreso del desierto, le gustaba mucho el rostro, la fiereza y la voz del maestro... «Mató al Bautizador —decía una y otra vez—, se lo ha apropiado; cordero y lobo se han fundido y se han convertido en un solo ser. ¿Será el Mesías una mezcla de cordero y lobo, como las antiguas bestias?». Marchaba, silbaba y esperaba. «No es posible que siga en silencio, una de estas noches, antes de que regresemos al lago, abriré la boca y hablaré, nos dirá el secreto, qué hizo en el desierto, si vio al Dios de Israel y qué hablaron los dos. Entonces juzgaré».

Pero Jesús pasó la primera noche mirando las estrellas en silencio; a su alrededor, los compañeros, cansados, dormitaban, sólo los ojos azules de Judas brillaban en la oscuridad. Ambos velaban, uno frente al otro, sin hablar.

Se pusieron en camino al amanecer. Dejaron atrás los pedregales de Judea, llegaron a las tierras blancas de Samaria; el pozo de Jacob estaba desierto, ninguna mujer sacaba agua para darles de beber. Cruzaron rápidamente las tierras heréticas, aparecieron las amadas montañas: el Hermón cubierto de nieve, el agraciado Tabor, el santo Carmelo.

El día se apagaba. Se acostaron bajo un frondoso cedro, vieron el sol desaparecer; Juan dijo la oración de la tarde: «Ábrenos tu puerta, Señor. El día mengua, el sol cae, el sol desaparece. Estamos ante tu puerta, Señor, ábrenos. Te suplicamos, Eterno, que nos perdones. Te suplicamos, Eterno, que tengas piedad de nosotros. ¡Sálvanos, Eterno!».

El aire presentaba un tono azul oscuro, el cielo había perdido al sol y aún no había encontrado a las estrellas, descendía sobre la tierra sin sus adornos. En aquella incierta semioscuridad, resplandecían las manos blancas, finas, de dedos largos, de Jesús. La oración de la tarde flotaba aún en el ambiente y operaba en él. Oía las manos de los hombres que llamaban desesperadamente, temblorosas, a la puerta del Señor y la puerta no se abría. Los hombres llamaban a la puerta, gritaban. ¿Qué gritaban?

Cerró los ojos para oír mejor. Las aves diurnas habían vuelto a sus nidos, las nocturnas no habían abierto aún los ojos; las aldeas de los hombres estaban lejos. No se oía ni bullicio humano ni ladridos. Los compañeros farfullaron la oración vespertina, pero tenían sueño y las palabras santas se hundieron en ellos sin eco. Pero Jesús oía en su interior a los hombres llamar a la puerta del Señor: su corazón. Llamaban a su corazón cálido de hombre y gritaban:

—¡Ábrenos, ábrenos! ¡Sálvanos!

Jesús se llevó la mano al pecho, como si él mismo llamara a la puerta de su corazón y le suplicara que se abriera. Y mientras luchaba creyendo que estaba completamente solo, sintió que alguien detrás de él lo miraba. Se volvió. Los fríos ojos de Judas, que quemaban, estaban clavados en él. Jesús sintió un escalofrío. Aquel pelirrojo era una fiera indomable, orgullosa. Era al compañero que sentía más cerca y a la vez, más lejos. Se diría que a ningún otro tenía que dar cuentas, sólo a él. Jesús tendió la mano derecha:

—Judas, hermano —dijo—, ¿qué sostengo en la mano?

El pelirrojo alargó el cuello en la penumbra para ver mejor.

—Nada —respondió—. No veo nada.

—Pronto lo verás —dijo Jesús sonriendo.

—El reino de los cielos —dijo Andrés.

—La simiente —dijo Juan—. ¿Recuerdas, rabí, lo que nos dijiste la primera vez que nos hablaste en el lago?: «Salió el sembrador a echar su semilla...».

—¿Y tú Pedro? —preguntó Jesús.

—¿Qué quieres que te diga, maestro? Si pregunto a mis ojos, nada. Si pregunto a mi corazón, todo. Mi mente oscila entre los dos.

—¿Y tú, Santiago?

—Nada; no tienes nada, rabí, perdóname.

—¡Mirad! —dijo Jesús y alzó con violencia el brazo.

Y al levantar y bajar violentamente el brazo el maestro, los compañeros se asustaron. Judas enrojeció de alegría, todo su rostro resplandeció, agarró la mano de Jesús y la besó:

—¡Rabí! —exclamó—. ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! Tienes en la mano el hacha del *Bautizador*.

Pero enseguida sintió vergüenza. Se encolerizó por no haber podido contener su alegría, se apartó de nuevo y se apoyó en el tronco del cedro. La voz del maestro se oyó tranquila, grave:

—Me la trajo y la puso al pie del árbol podrido. Para eso nació, para traérmela. Él no podía llegar más allá. Yo vine, me agaché, cogí el hacha. Para eso nací. Ahora comienza mi deber: derribar el árbol podrido... Creía que yo era un novio y llevaba en la mano una rama de almendro en flor. Pero era un leñador. Recordáis cómo recorríamos Galilea, cómo bailábamos y proclamábamos: «La tierra es hermosa, tierra y cielo son una misma cosa, ahora se abrirá el Paraíso para que entremos en él». Compañeros, era un sueño, nos hemos despertado.

—¿No existe el reino de los cielos? —exclamó Pedro horrorizado.

—Existe Pedro, existe, pero en nosotros. El reino de los cielos está en nosotros. Fuera de nosotros, el Maligno. Los dos reinos combaten: ¡Guerra! ¡Guerra! Nuestro primer deber: derribar a Satanás con esta hacha.

—¿Qué Satanás?

—Este mundo que nos rodea. Ánimo, compañeros. No os invité a una boda sino a una guerra. No lo sabía, perdonadme. ¡Pero aquel de vosotros que piense en tener mujer, hijos, campos, felicidad, que se vaya! No tiene que avergonzarse por ello. Que se levante, se despida de nosotros tranquilamente y se vaya en paz. Aún está a tiempo.

Calló. Paseó la mirada por los compañeros; nadie se movió. El lucero de la tarde caía rodando por detrás de las negras ramas del cedro, como una gran gota de agua. Las aves nocturnas sacudieron sus oscuras alas, se despertaron. Una brisa fresca bajó de las montañas. De pronto, en medio de la dulzura del crepúsculo, Pedro se puso en pie bruscamente:

—Donde vaya la sogá iré el caldero, rabí —exclamó—. Lucharé junto a ti hasta la muerte.

—Has pronunciado palabras graves, Pedro. No me gusta. Emprendemos un camino difícil, Pedro, los hombres nos atacarán. ¿Quién quiere su propia salvación? ¿Existe un profeta que se haya alzado a salvar al pueblo y al que el pueblo no haya lapidado? Emprendemos un camino difícil. Contén tu alma, Pedro, que no se desmande. La carne es débil, no confíes en ella... ¿Me oyes? A ti te hablo, Pedro.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Pedro.

—¿No confías en mí, rabí? —musitó—. Pero yo, este que tienes delante, en quien tú no confías, un día moriré por ti.

Jesús adelantó la mano, cogió la rodilla de Pedro, la acarició:

—¡Es posible!... ¡Es posible! —murmuró—. Perdóname, Pedro, querido amigo.

Se volvió hacia los otros:

—Juan el Bautista bautizaba con agua —dijo— y lo mataron. Yo bautizaré con fuego; os lo digo claramente esta noche para que lo sepáis, para que luego no os quejéis cuando lleguen las horas negras. Antes de partir os digo a dónde vamos: a la muerte. Y después de la muerte a la inmortalidad. Este es el camino. ¿Estáis dispuestos?

Los compañeros enmudecieron. Aquella voz era severa, ya no jugaba, no reía, llamaba a las armas. ¿Era preciso, pues, pasar por la muerte para entrar en el reino de los cielos? ¿No había otro camino? Ellos eran hombres sencillos, pobres trabajadores incultos, y el mundo era rico y poderoso. ¿Cómo emprenderla contra él? ¡Si vinieran ángeles del cielo a socorrerlos! Pero ninguno de ellos había visto nunca un ángel caminar por la tierra y socorrer a los pobres y a los atribulados. Así pues, en sus adentros, sopesaban una y otra vez el peligro. Judas los

observaba de reojo y sonreía altivamente. Era el único que no vacilaba. Se lanzaba al combate despreciando la muerte, no se preocupaba por su cuerpo y tampoco por su alma. Él tenía una única gran pasión, era una gran alegría morir por ella.

Al fin Pedro abrió la boca:

—Rabí, ¿vendrán ángeles del cielo a socorrernos?

—Nosotros somos los ángeles de Dios en la tierra, Pedro —respondió Jesús—. No hay más ángeles.

—¿Pero vamos a arreglárnoslas solos? ¿Qué piensas tú, maestro? —preguntó Santiago.

Jesús se puso en pie, le temblaba el entrecejo:

—¡Idos! —exclamó—. ¡Dejadme solo!

Juan lanzó un grito:

—¡Rabí, yo no te dejo solo! ¡Te seguiré hasta la muerte!

—Ni yo, rabí —dijo Andrés abrazando la rodilla del maestro.

Dos gruesas lágrimas rodaron de los ojos de Pedro, pero no dijo nada. Santiago bajó la cabeza, era un valiente y estaba avergonzado.

—¿Y tú, Judas, hermano? —preguntó Jesús, al ver que el pelirrojo los miraba a todos torvamente, silencioso.

—Yo no largo discursos —respondió sin más— ni lloro como Pedro. Mientras empuñes el hacha estaré contigo. Si la dejas te abandonaré. No te sigo a ti, lo sabes bien, sigo al hacha.

—¿No te da vergüenza hablar así al rabí? —dijo Pedro.

Pero Jesús se regocijó:

—Judas tiene razón —dijo—. ¡Yo también sigo al hacha, compañeros!

Todos se echaron en el suelo, se apoyaron contra el cedro, las estrellas se multiplicaban en el firmamento.

—A partir de este momento —dijo Jesús— desplegamos el lábaro de Dios, partimos a la guerra. En el lábaro de Dios hay bordadas una estrella y una cruz. ¡Que sea en buena hora!

Todos callaban. Habían tomado ya la decisión y su corazón había cobrado valor.

—Os hablaré una vez más con parábolas —dijo Jesús a los compañeros, que estaban ya sumidos en la oscuridad—. Una parábola, la última, antes de partir a la batalla: La tierra, sabedlo,

descansa sobre siete pilares y éstas sobre el agua; el agua, sobre la nube; la nube, sobre el viento; el viento, sobre la tormenta y la tormenta sobre el rayo. Y el rayo está a los pies de Dios, como un hacha.

—No comprendo, rabí —dijo Juan, y se ruborizó.

—¡Comprenderás cuando seas viejo, cuando vayas a vivir como un asceta en una isla, los cielos se abran sobre ti y tu mente se incendie, Juan, hijo del Rayo! —respondió Jesús, acariciando los cabellos de su amado compañero.

Calló. Era la primera vez que veía claramente qué era el rayo de Dios: un hacha incandescente a los pies de Dios, y de esta hacha pendían arracimados la tormenta, el viento, la nube, el agua, la tierra entera. Había vivido años con los hombres, años con las Sagradas Escrituras y nadie le había revelado el terrible secreto: que el rayo es el hijo de Dios, el Mesías. Él vendría a purificar la tierra.

—Compañeros de lucha —dijo, y por un instante Pedro vio brotar de su frente dos llamas, como cuernos—, compañeros de lucha, fui al desierto, lo sabéis, para encontrarme con Dios. Sentía hambre, sentía sed, me abrasaba, estaba sentado hecho un ovillo sobre una piedra y pedía a gritos a Dios que apareciera. Los demonios se abatían sobre mí como olas, se rompían formando espuma y retrocedían. Primero los demonios del cuerpo, luego los del espíritu, y por último, los más omnipotentes, los demonios del corazón. Pero yo tenía a Dios como escudo de bronce, y la arena de mi alrededor se llenó de uñas, de dientes y de cuernos. Entonces se oyó una potente voz sobre mí: «¡Levántate, coge el hacha que te dejó el Precursor, golpea!».

—¿Nadie se salvará? —preguntó Pedro.

Pero Jesús no le oyó.

—De pronto sentí un peso en la mano, como si alguien hubiera puesto un hacha en mi puño. Me levanté, y al levantarme se oyó de nuevo la voz: «Hijo del carpintero, un nuevo diluvio va a descargar, pero no de agua, sino de fuego. Fabrica una nueva Arca, ¡escoge a los hombres virtuosos y mételos en ella!». La selección ha comenzado, compañeros, el Arca está lista y la puerta aún abierta. ¡Entrad!

Todos se rebulleron, se arrastraron y se amontonaron en torno a Jesús, como si fuera el Arca, para entrar.

—Oí de nuevo la voz: «¡Hijo de David, cuando las llamas se extingan y el Arca fondee en la Nueva Jerusalén, sube al trono de tus antepasados y gobierna a los hombres! La antigua Tierra habrá desaparecido, el antiguo cielo habrá desaparecido. Un cielo nuevo se extenderá sobre las cabezas de los virtuosos, y las estrellas brillarán siete veces más potentes, y también los ojos de los hombres brillarán siete veces más».

—Rabí —dijo Pedro—, que no muramos antes de ver ese día y de sentarnos, nosotros, todos tus compañeros de lucha a la derecha y a la izquierda de tu trono.

Pero Jesús no le oyó. Sumido en la visión ardiente del desierto prosiguió:

—Y oí por última vez sobre mi cabeza la voz: «¡Hijo de Dios, yo te bendigo!».

«¡Hijo de Dios! ¡Hijo de Dios!» —exclamaron todos para sus adentros, pero ninguno se atrevió a abrir la boca.

En esta ocasión aparecieron todas las estrellas en el firmamento; aquella noche descendieron mucho; quedaron suspendidas entre el cielo y los hombres.

—Y ahora, rabí —preguntó Andrés—, ¿dónde lucharemos primero?

—Dios —respondió Jesús— cogió tierra de Nazaret y moldeó mi cuerpo de hombre. Así pues, mi deber es comenzar el combate en Nazaret. Es allí donde mi cuerpo debe comenzar a transformarse en espíritu.

—Luego, en Cafarnaúm —dijo Santiago—, para salvar a nuestros padres.

—Y luego en Magdala —propuso Andrés—, para introducir también en el Arca a la pobre Magdalena.

—¡Y luego en el mundo entero! —gritó Juan, extendiendo los brazos a oriente y occidente.

Pedro escuchaba y se reía:

—Yo pienso en nuestra tripa —dijo—. ¿Qué comeremos en el Arca? Propongo que llevemos con nosotros sólo animales

comestibles. ¿Qué faltan nos hacen, por Dios, leones y mosquitos?

Tenía hambre y su pensamiento estaba en la comida. Todos se echaron a reír.

—No piensas más que en comer —lo increpó Santiago—. Estamos hablando de la salvación del mundo.

—Todos vosotros —replicó Pedro— pensáis en lo mismo que yo, pero no lo confesáis. Yo digo claramente lo que pienso, sea bueno o malo. Mi mente da vueltas, yo doy vueltas con ella, por eso las malas lenguas me llaman molino de viento. ¿No tengo razón, rabí?

El rostro de Jesús empezó a suavizarse, sonrió. Recordó una vieja historia:

—Había una vez un rabino que quería encontrar a un hombre que tocara el cuerno con maestría para que los fieles lo oyeran y acudieran a la sinagoga. Entonces hizo un pregón: que se presentaran todos los buenos tocadores de cuerno, el rabino les haría una prueba y elegiría al mejor. Se presentaron cinco, los mejores. Cada uno de ellos cogió el cuerno y lo hizo sonar. Cuando terminaron, el rabino los cogió uno por uno y les preguntó: «¿En qué piensas, hijo mío, cuando tocas el cuerno?». Uno respondió: «Yo pienso en Dios». Otro: «Yo en la salvación de Israel». Otro más: «Yo en los pobres que tienen hambre»... «Yo en los huérfanos y en las viudas». Sólo uno, el más humilde, estaba en un rincón detrás de los otros y no hablaba. «Y tú, hijo mío, ¿en qué piensas cuando tocas el cuerno?» —le preguntó el rabino—. «Anciano —respondió él enrojeciendo—, yo soy pobre e inculto, tengo cuatro hijas, no puedo darles dote para que se casen como las demás, pobrecillas, así que, cuando toco el cuerno, pienso: “Dios mío, ya lo ves, yo trabajo y me afo por ti, envíame cuatro novios para mis hijas”». «Recibe mi bendición —dijo el rabino—, te elijo a ti».

Jesús se volvió a Pedro riendo:

—Recibe mi bendición, Pedro —le dijo—. Te elijo a ti. Piensas en comer y hablas de comida; piensas en Dios y hablas de Dios. ¡Eso es honradez! Por eso te llaman molino de viento. Pero yo te

elijo a ti; eres el molino de viento que molerá el trigo para que se convierta en pan y coman los hombres.

Tenían un poco de pan. Jesús lo cogió y lo repartió. Tocó sólo un bocado a cada uno, pero lo había bendecido el rabí y se saciaron. Luego se apoyaron unos en otros hombro contra hombro y se durmieron.

* * *

De noche todo duerme, descansa y crece: las piedras, las aguas y las almas. Por la mañana, cuando los compañeros se despertaron, sus almas se habían expandido, había ocupado todo su cuerpo y lo habían llenado de alegría y de seguridad.

Se pusieron en marcha antes de rayar el alba. Aquel día el aire era fresco, las nubes se habían amontonado; el cielo estaba otoñado. Una bandada de grullas demoradas pasó llevando a las golondrinas hacia el sur. Los compañeros caminaban deprisa, el cielo y la tierra se habían fundido en sus corazones y hasta la piedra más humilde resplandecía llena de Dios.

Jesús iba delante solo, su espíritu estaba atrapado y pendía de la misericordia de Dios. Sabía que había quemado sus naves y que ya no podía dar marcha atrás; su destino iba por delante de él, él lo seguía, y que fuera lo que Dios hubiera decidido. ¿Su destino? De pronto volvió a oír las pisadas misteriosas que le habían seguido durante tanto tiempo, implacables. Aguzó el oído, escuchó atentamente. Aquellas pisadas eran rápidas, pesadas, decididas. Ahora no iban detrás de él, iban delante y lo guiaban... «Mejor —pensó—, mejor, ahora ya no puedo errar el camino...».

Se alegró, alargó el paso. Le pareció que las pisadas se apresuraban y se apresuró también él. Avanzaba tropezando en las piedras, saltando cañadas, corría: «¡Vamos! ¡Vamos!» —murmuraba al guía invisible y seguía avanzando—. De pronto dio un grito. Sintió terribles dolores en las manos y en los pies, como si se los traspasaran con clavos. Se dejó caer en una piedra, un sudor frío perló su frente... Por un instante su cerebro vaciló; la tierra se hundió bajo sus pies, se desplegó un mar tenebroso, salvaje, desierto. En él sólo navegaba una barquita roja, osada,

con las velas completamente hinchadas... Jesús la miraba y sonreía: «Es mi corazón —murmuraba—, es mi corazón...». Y su mente se reafirmaba de nuevo, sus dolores se calmaban.

Cuando llegaron sus discípulos, lo encontraron sentado tranquilamente en la piedra y les sonrió.

—¡Vamos, muchachos, démonos prisa! —dijo y se levantó.

XXI

Se dice que el sábado es un joven bien alimentado que descansa en las rodillas de Dios. Junto con él descan san las aguas, los pájaros no hacen sus nidos y los hombres no trabajan; se visten, se engalanan y van a la sinagoga a ver al rabino desenrollar el sagrado manuscrito, en el que está escrita con letras rojas y negras la Ley de Dios. También van a escuchar a los expertos que con gran pericia escudriñan cada palabra y cada sílaba para encontrar la voluntad de Dios.

Era sábado, los fieles acababan de salir de la sinagoga de Nazaret y sus ojos estaban aún deslumbrados por las visiones que había presentado ante ellos el anciano rabino Simeón. La luz había sido tan intensa que todos tropezaban como ciegos, se dispersaban por la plaza de la aldea y paseaban lentamente bajo las grandes palmeras, para recuperarse.

Aquel día el rabino había abierto las Escrituras al azar y había topado con el profeta Nahum [59](#) . Puso el dedo en el texto al azar y dio con estas sagradas palabras: «Mira, en los montes se han oído las pisadas del Mensajero que trae la buena nueva». El viejo rabino las leyó, las releyó y cobró ánimos:

—¡Es el Mesías! —exclamó—. ¡Ya llega! Mirad a vuestro alrededor, mirad dentro de vosotros. Por doquier hay señales de su venida: Dentro de nosotros, la cólera, la vergüenza y la esperanza. Dentro de nosotros, el grito: ¡Basta ya! ¡Fuera! Mirad: Satanás está sentado en el trono de la ecúmene; en una de sus rodillas sostiene y mima el cuerpo del hombre, que está corrompido; en la otra, el alma del hombre, que está prostituida. Han llegado los tiempos que anunciaron los profetas, la voz de Dios. Abrís las Escrituras, ¿qué dicen?: «Cuando Israel sea derribado de su trono y pies bárbaros pisoteen nuestras santas tierras, habrá llegado el fin de los siglos». ¿Qué más dicen las

Escrituras?: «El último rey será licencioso, inicuo y ateo. Sus hijos serán indignos y la corona se deslizará de la cabeza de Israel». El licencioso e inicuo rey ya está aquí: Herodes. Lo vi con mis propios ojos cuando me hizo ir a Jericó para que lo curara. Yo conocía plantas secretas, las cogí y me presenté ante él. Me presenté ante él y desde aquel día no he podido comer carne porque vi que su carne se pudría. Y no he podido beber vino porque vi su sangre llena de gusanos, y su hedor aún permanece en mis fosas nasales, después de más de treinta años... Murió, se pudrió, le sucedieron sus hijos, indignos y débiles. La corona real ha resbalado de sus cabezas...

»Las profecías se han cumplido, llega, pues, el fin de los siglos. Una voz se oyó en el Jordán: «¡Ya llega!». Un grito ha resonado dentro de nosotros: «¡Ya llega!». Hoy he abierto las Escrituras y las letras se han juntado y han gritado «¡Ya llega!». Me he hecho viejo, mis ojos están turbios, se me caen los dientes, las rodillas no me responden, pero estoy contento. Estoy contento porque Dios me hizo una promesa: «Simeón, no morirás antes de haber visto al Mesías». Así pues, cuando más próxima está mi muerte, más cerca está el Mesías. ¡Ánimo, hijos míos! No existe la esclavitud, no existe Satanás, no existen los romanos. Sólo existe el Mesías y ya llega. ¡Hombres, tomad las armas! ¡Mujeres, encended las lámparas, el novio ya llega! No sabemos la hora ni el momento concreto, quizá hoy, quizá mañana. ¡Permaneced vigilantes! En los montes cercanos oigo rodar las piedras a su paso. ¡Salid, puede que lo veáis!».

El pueblo salió a la calle y se dispersó bajo las grandes palmeras. Las palabras del rabino habían sido inquietantes y trataban de olvidarlas, de extinguir la llama viva que había despertado en ellos, de entregarse a los afanes cotidianos. Y mientras paseaban y anhelaban, ansiosos, que llegara el mediodía para volver a sus casas y que las conversaciones, las disputas y la comida les ayudaran a olvidar las sagradas palabras, he aquí que aparece el hijo de María con las vestiduras hechas jirones, descalzo y con el rostro refulgente. Tras él, acoquinados, amontonados como un rebaño, los cuatro

discípulos y, el último, solitario, con la mirada sombría, Judas el pelirrojo.

Los buenos padres de familia se quedaron boquiabiertos. ¿De dónde salían aquellos andrajosos? ¿No era el hijo de María el que iba en cabeza?

—Mira cómo camina. Extiende y mueve los brazos como si fueran alas.

—Dios le ha soliviantado las mientes e intenta volar.

—Se sube a una piedra y está indicando por señas que va a hablar.

—¡Vayamos a divertirnos!

Era cierto, Jesús se había subido a una piedra en el centro de la plaza. La gente se agolpó a su alrededor, riendo. Se alegraban de que hubiera llegado aquel iluminado para hacerles olvidar las duras palabras del rabino: «¡Guerra! —les había dicho—, ¡permaneced vigilantes! ¡Ya viene!». Aquella cantinela llevaba años resonando en sus oídos, estaban hartos. Ahora, alabado sea Dios, se divertirían un poco con el hijo de María.

Jesús agitaba los brazos, les indicaba por señas que se concentraran a su alrededor. El mundo se llenó de barbas, de mantos a rayas y gorros de tela. Unos comían dátiles para distraer el hambre, otros, pipas de girasol y los más viejos y temerosos de Dios, desgranaban largos rosarios hechos de pequeños nudos de tela azul, cada uno de los cuales contenía una frase de las Sagradas Escrituras.

Los ojos de Jesús refulgían y su corazón no sentía ningún temor ante aquella ingente multitud. Abrió la boca:

—Hermanos —gritó—, abrid los oídos, abrid vuestros corazones, escuchad lo que voy a deciros. Isaías anuncia: «El espíritu del Señor se ha derramado sobre mí, me ha elegido a mí para anunciar la buena nueva a los pobres; me ha enviado a mí para proclamar la libertad a los esclavos y la luz a los ciegos». El día profetizado ha llegado, hermanos. El Dios de Israel me ha enviado para traer la buena nueva. Me ungió lejos de aquí, en el desierto de Judea. ¡De allí vengo! Me confió el gran secreto. Lo recibí, atravesé montes y valles. ¿No habéis oído mis pisadas en los montes? Me apresuré a venir aquí, a la aldea donde nací

para proclamar la feliz nueva. ¿Qué feliz nueva? ¡Ha llegado el reino de los cielos!

Un viejo con doble joroba como un camello, levantó su rosario y soltó una risita:

—Lo que dices son palabras huecas, hijo del carpintero; palabras huecas: ¡Reino de los cielos, justicia, libertad! ¡La repanocha! ¡Ya estamos hartos! ¡Milagros, milagros! ¡Ahí te quiero ver yo! Haz milagros para que creamos en ti. De lo contrario, cállate la boca.

—¡Todo es un milagro, anciano! —respondió Jesús—. ¿Qué más milagros quieres? Baja la vista: hasta la más humilde brizna de hierba está asistida por un ángel de la guarda que la ayuda a crecer. Alza los ojos al cielo: ¡mira qué milagro es el cielo estrellado! Y si cierras los ojos, anciano, ¡qué milagro el mundo que hay dentro de nosotros! ¡Qué firmamento cribado de estrellas nuestro corazón!

Lo escuchaban y se miraban unos a otros, perplejos.

—¿Pero no es éste el hijo de María? ¿Cómo habla con tanta autoridad?

—Por su boca habla un demonio. ¿Dónde están sus hermanos para que lo aten y no muerda a nadie?

—Ha abierto la boca de nuevo, ¡callad!

—El día del Señor ha llegado, hermanos, ¿Estáis preparados? Os quedan pocas horas. Llamad a los pobres y repartidles vuestros bienes. ¿Por qué os preocupáis por los bienes de la tierra? ¡El fuego ya llega a quemarlos! El reino del fuego precederá al reino de los cielos. ¡En el día del Señor, las piedras con las que están edificadas las casas de los ricos se levantarán y aplastarán a sus amos; las monedas de oro que tenéis en vuestros cofres comenzarán a sudar y sobre ellas correrá el sudor y la sangre del pobre! Los cielos se abrirán, pero el diluvio, será esta vez de fuego, y la nueva Arca navegará sobre las llamas. ¡Yo tengo las llaves! ¡Yo abro el Arca, yo elijo! ¡Hermanos nazarenos, comienzo por vosotros, sois los primeros invitados! ¡Venid, entrad! ¡Las llamas de Dios ya han empezado a descender!

—¡Fuera! ¡Fuera! ¿El hijo de María es quien viene a salvarnos? —el pueblo lo abucheaba y se reían de él.

Algunos se agacharon, cogieron piedras y esperaban.

Por el extremo de la plaza apareció, apresurado, Felipe, el pastor. Había oído que habían llegado sus amigos y corrió a encontrarse con ellos. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, como si hubiera llorado, y las mejillas hundidas. El mismo día en que se había despedido de Jesús y de sus compañeros, en el lago, y les había dicho riendo: «Yo no voy. Tengo ovejas, ¿cómo voy a abandonarlas?», unos bandidos llegados del Líbano se las habían robado. Sólo le habían dejado el cayado, y ahora iba con él de aldea en aldea, de monte en monte, como un rey destronado, buscando a sus ovejas. Blasfemaba y amenazaba, afilaba una daga y decía que iría al Líbano. Pero cuando por la noche se quedaba solo lloraba. Al ver a sus viejos amigos, corrió a reunirse con ellos, contarles su disgusto y pedirles que fueran todos juntos al Líbano. Oyó las risas y los abucheos, «¿Qué sucede allí? —murmuró—, ¿por qué se ríen?». Se acercó. Jesús ahora estaba enfurecido:

—¿Por qué os reís? —los increpaba—. ¿Por qué queréis apedrear al Hijo del hombre? ¿Estáis muy orgullosos de vuestras casas, de vuestros olivares y de vuestras viñas? ¡Cenizas! ¡Cenizas! ¡Vuestros hijos e hijas, cenizas! ¡Las llamas, como fieros bandidos, se precipitarán desde las montañas para robaros los rebaños!

«¿Qué bandidos? ¿Qué ovejas? ¿Qué son esas llamas que nos traes?» —farfulló Felipe, que escuchaba con la barbilla apoyada en el bastón.

Jesús hablaba y de los barrios pobres no dejaba de llegar gente. Habían oído decir que había venido un nuevo profeta que hablaba a los menesterosos, y se apresuraban a acudir. Al parecer, llevaba en una mano fuego del cielo para quemar a los ricos, y en la otra, una balanza para repartir sus bienes entre los desposeídos. Era el nuevo Moisés y traía una Ley nueva más justa. Y ahora le escuchaban entusiasmados. ¡Había llegado, había llegado el reino de los pobres!

Y en el momento en que Jesús abría otra vez los labios para hablar, cuatro brazos cayeron sobre él y lo agarraron, lo bajaron de la piedra y una gruesa soga se enrolló rápidamente a su alrededor. Jesús se volvió, eran sus hermanos, los hijos de José [60](#) , Simón el cojo y Santiago el beato.

—¡A casa! ¡A casa, poseso! —le ordenaron a gritos, tirando de él con rabia.

—No tengo casa, dejadme. ¡Ésta es mi casa, éstos son mis hermanos! —gritaba Jesús señalando a las gentes.

—¡A casa! ¡A casa! —exclamaban también los ricos, y se reían.

Uno de ellos levantó la mano y lanzó la piedra que empuñaba. La piedra alcanzó superficialmente la frente de Jesús, brotó la primera gota de sangre. El viejo de doble joroba se puso a gritar:

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Es un brujo, hace sortilegios! ¡Invoca al fuego para que venga a quemarnos y vendrá!

—¡Muerte! ¡Muerte! —se oyeron gritos por todas partes.

Pedro no pudo contenerse:

—¡Qué vergüenza! —gritó—. ¿Qué os ha hecho? ¡Es inocente!

Un mocetón se le echó encima:

—¿Tú también eres uno de los suyos, creo? ¿No es así? —y lo agarró por el pescuezo.

—¡No, no, no! —aulló Pedro—. ¡Yo no soy uno de ellos! —y se esforzaba por desembarazarse de la manaza que tenía aferrada al cuello.

Los otros tres compañeros de Jesús estaban completamente anonadados. Santiago y Andrés calculaban sus fuerzas, los ojos de Juan se habían arrasado en lágrimas. Pero Judas se abrió paso a codazos entre la multitud, liberó al rabí de los dos hermanos enfurecidos y desenrolló la soga.

—¡Marchaos! —les gritó—. ¡Os las veréis conmigo! ¡Largo!

—¡Vete a tu tierra a dar órdenes! —rugió Simón el cojo.

—¡Doy órdenes allí donde llegan mis brazos, tullido!

Se volvió hacia los cuatro discípulos:

—¿No os da vergüenza? —les increpó—. ¿Ya habéis renegado de él? ¡Adelante, rodeémosle, que nadie le toque!

Los cuatro se sintieron avergonzados, los pobres y andrajosos intervinieron también:

—Estamos con vosotros, hermanos —gritaron—. ¡Nos los merendaremos!

—¡Yo también estoy con vosotros! —se oyó una voz salvaje: Felipe agitaba el cayado y apartaba a la multitud para hacerse paso—. ¡Voy con vosotros!

—Bienvenido, Felipe —le respondió el pelirrojo—. ¡Ven con nosotros! ¡Pobres y oprimidos, vayamos todos juntos!

Los propietarios, al ver a los pobres alzar la cabeza, se enfurecieron. «El hijo de María ha venido a soliviantar las mentes de los pobres, a invertir el orden del mundo. Trae una Ley nueva, dice. ¡Muerte! ¡Muerte!».

Se enardecieron, se lanzaron contra él, unos con bastones, otros con cuchillos, algunos con piedras. Los viejos se quedaban detrás y vociferaban para infundir coraje a los otros. Los amigos de Jesús se atrincheraron detrás de los plátanos que rodeaban la plaza; otros atacaron a pecho descubierto. Jesús se encontraba entre ambos bandos, abría los brazos y exclamaba: «¡Hermanos! ¡Hermanos!». Pero nadie le escuchaba. Las piedras volaban con furia y los primeros heridos gemían.

Una mujer salió precipitadamente de una callejuela. Llevaba el rostro cubierto por un manto de seda de color violeta. Se le veía sólo la mitad de la boca, la nariz y los grandes ojos negros anegados en lágrimas.

—¡En el nombre de Dios! —lanzó un débil grito—. ¡No le matéis!

—¡María! —se oyeron voces—. ¡Su madre!

Pero los viejos no se compadecieron de la madre. Estaban rabiosos.

—¡Muerte! ¡Muerte! —aullaban—. Ha venido a soliviantar al pueblo, a provocar una revolución, a repartir nuestros bienes entre los harapientos y los menesterosos. ¡Muerte!

Ahora se habían enzarzado cuerpo a cuerpo. Los dos hijos de José rodaban por el suelo y rugían. Santiago había cogido una piedra y les había partido la cabeza. Judas había sacado la daga, se había puesto delante de Jesús y no permitía que nadie

se le acercara. Felipe se había acordado de sus ovejas, su mirada se había ensombrecido y descargaba el bastón contra las cabezas, como un ciego.

—¡En el nombre de Dios! —se oyó otra vez la voz de María—. ¡Está enfermo, enfermo! ¡Está mal de la cabeza, tened piedad de él!

Pero su voz se perdía. Judas había agarrado al mozo más fuerte y le tenía puesto el cuchillo en la garganta, pero Jesús se anticipó y contuvo su brazo.

—Judas, hermano mío —gritó—. ¡Sangre no! ¡Sangre no!

—¿Entonces qué, agua? —le recriminó el pelirrojo, furioso—. Empuñas un hacha, ¿lo has olvidado? ¡Ha llegado la hora!

Pedro, exacerbado por los palos que había recibido, cogió una piedra y arremetió contra los viejos. María se metió en medio de los que peleaban, se acercó a su hijo, lo cogió de la mano:

—Hijo mío, ¿qué te ocurre? ¿Cómo has llegado a esto? —le preguntó—. Ven a casa a lavarte, a cambiarte de ropa y a ponerte las sandalias. ¡Estás herido, hijo mío!

—No tengo casa —dijo él—. No tengo madre ¿Quién eres?

La madre se desató en un llanto incontenible, se clavó las uñas en las mejillas y no dijo nada más.

Pedro lanzó la piedra, que cayó en el pie del viejo de la doble joroba y se lo aplastó. El viejo bramó de dolor y se arrastró cojeando por las callejuelas hasta la casa del rabino. En ese momento, el rabino apareció, jadeante. Había oído el tumulto y súbitamente había dejado de leer las Sagradas Escrituras, en las que intentaba encontrar la voluntad de Dios entre las letras y las sílabas. Pero al oír el griterío, había cogido el cayado sacerdotal y había corrido a ver qué sucedía. En el camino había encontrado a algunos heridos que le habían informado de todo. Se abrió paso entre la gente, llegó hasta el hijo de María.

—¿Qué es esto, Jesús? —le dijo con severidad—. ¿Eres tú el que trae el amor? ¿Es éste el amor que traes? ¿No te da vergüenza?

Se volvió hacia la multitud:

—Regresad a vuestras casas, hijos míos —dijo—. Él es mi sobrino, el pobre está enfermo, enfermo desde hace años. No le

guardéis rencor por lo que ha dicho, perdonadlo. No es él quien habla; es otro el que habla por su boca.

—¡Es Dios! —dijo Jesús.

—¡Calla! —le ordenó el rabino, tocándole con el cayado sacerdotal de forma imperativa.

Se dirigió de nuevo al pueblo:

—Dejadlo, muchachos. No os enojéis con él, no sabe lo que dice. Todos, pobres y ricos, todos somos de la simiente de Abraham. No os enfrentéis unos a otros. Ya es mediodía, volved a vuestras casas. Yo curaré a este desdichado.

Se volvió hacia María:

—María, vete a casa; ahora iremos nosotros.

La madre lanzó una última mirada anhelante a su hijo, como si se despidiera de él para siempre. Suspiró, mordió el manto que cubría su cabeza y se perdió en las estrechas callejuelas.

Las nubes habían cubierto el cielo mientras los hombres se mataban; la lluvia estaba a punto de caer para refrescar la tierra. Se levantó viento, las últimas hojas de los plátanos y de las higueras se desprendían y cubrían el suelo. La plaza se había quedado vacía. Jesús se volvió hacia Felipe y le tendió la mano:

—Felipe, hermano, bienvenido —dijo.

—Me alegro de volver a verte, rabí —respondió el otro, y le estrechó la mano con fuerza.

Le entregó el cayado:

—Cógelo para apoyarte —dijo.

—Vamos, compañeros de lucha —dijo Jesús—. Sacudíos el polvo de los pies. ¡Adiós Nazaret!

—Os sacaré hasta las afueras de la aldea para que nadie os moleste —dijo el anciano rabino.

Cogió a Jesús de la mano y los dos se pusieron en cabeza. El rabino sentía la mano ardiente de Jesús en la suya.

—Hijo mío, no cargues sobre ti las preocupaciones ajenas —dijo—. Te devorarán.

—No tengo preocupaciones propias, anciano, y no me importa que las de otros me devoren —respondió Jesús.

Llegaron a las afueras de Nazaret, aparecieron las huertas y más allá, los campos cultivados. Los discípulos se detuvieron

unos instantes y se lavaron las heridas en una fuente. Iban con ellos algunos menesterosos y tullidos y dos ciegos. Esperaban que el nuevo profeta hiciera el milagro. Todos hablaban, alegres y excitados, como si volvieran de un arduo combate.

Pero los cuatro discípulos marchaban en silencio, inquietos; tenían prisa por acercarse al rabí para que les consolara. Nazaret, la patria del maestro, los había insultado y los había expulsado. ¡La gran empresa comenzaba mal! «Si nos expulsan de Caná —pensaban—, de Cafarnaúm y de todas las aldeas en torno al lago de Genesaret, ¿qué va a ser de nosotros? ¿Adónde iremos? ¿A quién proclamaremos la palabra de Dios? Si el pueblo de Israel nos rechaza y nos insulta, ¿a quiénes nos dirigiremos? ¿A los infieles?».

Miraban al rabí pero ninguno de ellos despegaba los labios para hablarle. Jesús vio el miedo en sus ojos y cogió a Pedro de la mano:

—Pedro, hombre de poca fe —le dijo—, en tus pupilas está agazapada una fiera negra con el pelo erizado y tiembla: el Miedo. ¿Estás asustado?

—Cuando estoy lejos de ti, maestro, tengo miedo. Por eso me he acercado ahora, por eso todos nos hemos acercado. Hablemos para que nuestro corazón se reconforte.

Jesús sonrió:

—Cuando me inclino sobre el fondo de mi alma —dijo— no sé cómo ni por qué, la verdad sale de mí en forma de parábola. Os hablaré una vez más valiéndome de una historia, compañeros:

—Una vez un gran señor iba a casar a su hijo y ordenó preparar un suculento banquete en su palacio. Cuando los toros estuvieron degollados y las mesas preparadas, envió a sus criados a decirles a los invitados: «Todo está dispuesto, venid, si lo deseáis, a la boda». Pero cada uno de los invitados encontró un pretexto para no ir: «He comprado un campo y tengo que ir a verlo» —dijo uno—. «Me acabo de casar, no puedo ir» —dijo otro—. «He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos» —respondió un tercero... Los sirvientes regresaron y dijeron a su amo: «Ninguno de los invitados puede venir. Están ocupados, dicen». El señor se enfureció: «Corred a las plazas y a las

encrucijadas, reunid a los pobres, cojos, ciegos y lisiados y traedlos aquí. He invitado a mis amigos y rehúsan mi invitación, de modo que llenaré mi casa con los que no han sido invitados para que coman, beban y se regocijen con la felicidad de mi hijo».

Jesús calló. Había comenzado a hablar tranquilo, pero a medida que continuaba pensaba en los nazarenos y en los hebreos y la cólera subía a sus cejas. Los discípulos lo miraban atónitos.

—¿Quiénes son los invitados y quiénes los no invitados? ¿Qué es la boda? No comprendemos, rabí, perdónanos —se excusó Pedro, rascándose, desesperado, la cabezota.

—Comprenderéis —dijo Jesús —cuando llame a los invitados a entrar en el Arca y se nieguen porque tienen campos, viñas y mujer, y sus ojos, sus oídos, sus labios, sus narices y sus manos son yuntas de bueyes que labran. ¿Qué es lo que labran? ¡El Infierno!

Suspiró, miró a los compañeros, sintió que estaba completamente solo en el mundo.

—Yo hablo —murmuró— ¿Pero a quién hablo? Al aire. Hablo y soy el único que escucha lo que digo. ¿Cuándo el desierto tendrá oídos para oírme?

—Perdónanos, rabí —insistió Pedro—. Nuestro cerebro es un puñado de arcilla. Ten paciencia y florecerá.

Jesús se volvió, miró al anciano rabino, pero él tenía los ojos clavados en el suelo, había adivinado el terrible sentido oculto y sus viejos ojos sin pestañas se habían llenado de lágrimas.

A la salida de Nazaret, frente a un tenderete de madera estaba el aduanero que recaudaba los impuestos ⁶¹, se llamaba Mateo. Todas las mercancías que entraban o salían pagaban un impuesto a los romanos. Mateo era grueso, bajito y de tez cetrina. Tenía manos blandas y amarillentas, con los dedos manchados de tinta, y las uñas negras y las orejas peludas. Su voz era atiplada, como de eunuco. Toda la aldea lo odiaba y le tenía asco. Nadie le daba la mano y cuando pasaban delante de su tenderete volvían la cara. ¿Acaso no decían las Escrituras «sólo a Dios debemos pagar tributo, no a los hombres»? Aquel

hombre estaba al servicio del tirano, era un recaudador, pisoteaba la Ley, vivía de la ilegalidad. El aire estaba contaminado siete millas a su alrededor.

—Apresuremos el paso, compañeros —sugirió Pedro—. Contened la respiración, volved el rostro.

Pero Jesús se detuvo. Mateo, de pie ante el tenderete tenía entre los dedos el cálamo, respiraba entrecortadamente y no sabía qué hacer: no se atrevía a quedarse allí y tampoco quería entrar en la choza. Hacía tiempo que deseaba ardientemente ver de cerca al nuevo profeta que proclamaba que todos los hombres son hermanos. ¿No era él el que había dicho un día?: «Dios ama más a un pecador que se arrepiente que a un hombre que nunca ha pecado». ¿Y no había dicho otro día?: «Yo no he venido al mundo por los virtuosos sino por los pecadores. Con ellos me gusta hablar y comer». Y en otra ocasión en que le preguntaron: «Rabí, ¿cuál es el verdadero nombre de Dios?», él había respondido: «Amor».

Durante muchos días y noches, Mateo había rumiado aquellas palabras en su corazón y decía suspirando: «¿Cuándo lo veré para caer a sus pies?». Y ahora que estaba ante él le daba vergüenza alzar la vista para mirarlo. Permanecía con la cabeza gacha, inmóvil, y esperaba. ¿Qué esperaba? Ahora iba a marcharse y lo perdería para siempre.

Jesús avanzó un paso, se acercó a él:

—Mateo —le dijo en voz baja, con tanta ternura que el publicano sintió que se le derretía el corazón.

El publicano levantó los ojos. Jesús estaba ante él y lo miraba. Su mirada dulce y poderosa penetraba en el fondo de las entrañas del recaudador y el corazón de aquel hombre se apaciguaba, su mente se iluminaba, lo más hondo de su ser temblaba, y ahora el sol caía sobre él y lo calentaba. ¡Qué gozo, qué seguridad, qué reconciliación! ¿Así de simple era el mundo? ¿Tan fácil la salvación?

Mateo entró, cerró los cuadernos de cuentas, cogió bajo el brazo uno en blanco, se metió en el ceñidor el tintero de bronce y se colocó el cálamo en la oreja, cerró la puerta y tiró la llave a la huerta. Se acercó a Jesús. Las rodillas le temblaban, se detuvo.

¿Debía acercarse o no? ¿Le daría la mano el maestro? Alzó los ojos, miró a Jesús como si le suplicara: ¡Perdóname! Jesús le sonrió y le tendió la mano:

—Bienvenido, Mateo —le dijo—. Ven conmigo.

Los discípulos se sintieron molestos y se apartaron. El anciano rabino se inclinó al oído de Jesús:

—Hijo mío —dijo—, ¡es un publicano! Es una grave falta; debes obedecer la Ley.

—Anciano —respondió él—, obedezco a mi corazón.

Habían salido de Nazaret, dejaron atrás los huertos, entraron en los campos cultivados. Soplaban un viento frío, a lo lejos resplandecía el monte Hermón salpicado de las primeras nieves.

El rabino cogió de nuevo la mano de Jesús, no quería separarse de él antes de hablarle... ¿Pero qué iba a decirle? ¿Por dónde empezar? Al parecer, Dios en el desierto de Judea le había puesto el fuego en una mano y la simiente en la otra. Él quemaría el mundo y sembraría otro nuevo... El rabino miraba furtivamente a Jesús ¿Debía creerle? ¿No dicen las Escrituras que el Elegido de Dios es semejante a un árbol raquítico que creció entre las piedras, despreciado y abandonado por los hombres? «Quizá, quizá sea él...», pensó el anciano. Se apoyó en su sobrino:

—¿Quién eres? —le preguntó quedamente, para que le oyeran los otros.

—Llevas a mi lado desde que nací, ¿y aún no me conoces, tío Simeón?

Al rabino se le cortó el aliento:

—Mi mente no puede entenderlo —murmuró—. No tiene capacidad...

—¿Y tú corazón, tío Simeón?

—No escucho al corazón, hijo mío. Lleva al hombre al borde del abismo.

—Le lleva al abismo de Dios, a la salvación —dijo Jesús, mirando al anciano compasivamente.

Y al poco rato:

—¿No recuerdas, venerable anciano, el sueño de la tribu de Israel, el que una noche vio el profeta Daniel en Babilonia? El

que Es antes de los tiempos estaba sentado en su trono; sus vestiduras eran blancas como la nieve, sus cabellos como el vellón blanco de un cordero. Su trono estaba hecho de llamas y un río de fuego corría a sus pies. A su derecha y a su izquierda se sentaron los Jueces. Entonces los cielos se abrieron y ¿quién descendió sobre las nubes? ¿Quién? ¿Lo recuerdas venerable anciano?

—El Hijo del hombre —respondió el anciano rabino, que llevaba generaciones alimentándose de este sueño, e incluso había habido noches en que lo había soñado él mismo.

—¿Y quién es este Hijo del hombre, venerable anciano?

Al rabino le temblaron las rodillas. Miró aterrado al joven:

—¿Quién? —murmuró pendiente de los labios de Jesús—. ¿Quién?

—Yo —respondió él sosegadamente, y posó la mano sobre la cabeza del anciano, como si la bendijera.

El anciano rabino quiso hablar, pero sus labios no se juntaron.

—Adiós, venerable anciano —dijo Jesús, y le tendió la mano—. Dichoso tú que te ha sido concedido ver, antes de morir, lo que has anhelado toda tu vida. ¡Dios ha cumplido su palabra, tío Simeón!

El rabino permaneció inmóvil, abrió desmesuradamente los ojos, lo miraba... ¿Qué era aquel mundo a su alrededor? ¿Los tronos, las alas, los destellos blancos, las nubes que descendían y el Hijo del hombre sobre ellas? ¿Estaba soñando? ¿O acaso era el profeta Daniel y las puertas del futuro se abrían ante él y veía? Aquello no eran tierras, sino nubes. Aquel joven que le tendía la mano y le sonreía no era el hijo de María ¡Era el Hijo del hombre!

Sintió vértigo. Clavó el cayado sacerdotal en el suelo, se apoyó sobre él para no caer y miró. Miraba a Jesús que con su cayado de pastor pasaba bajo los árboles otoñales. El cielo había bajado, la lluvia ya no podía contenerse en las nubes, caía. Las ropas del anciano rabino estaban empapadas, se le habían pegado al cuerpo, el agua le resbalaba por los cabellos, tiritaba; pero permanecía inmóvil en medio del camino mientras Jesús y sus compañeros desaparecían entre los árboles. En medio de la

llovía y el viento el anciano rabino seguía viendo aún a aquellos hombres andrajosos y descalzos que caminaban, que subían... ¿Adónde iban? ¿En pos de qué? ¿Eran aquellos andrajosos, aquellos hombres descalzos, analfabetos, quienes iban a prender fuego al mundo? Los designios de Dios son un abismo... —¡Adonai! —murmuró—. Adonai... —y las lágrimas corrían por sus mejillas.

[59](#) Profeta menor originario de Galilea que, hacia el año 626 a.C., escribió el libro de su nombre, un texto del Antiguo Testamento que profetiza la inminente desaparición del Imperio neosirio y la destrucción de Nínive, su capital. Anuncia la justa ira de Dios y la destrucción de esta ciudad impía, presentando a un Dios celoso y vengador en toda su majestad.

[60](#) Algunos de los textos apócrifos, concretamente la *Historia de José el carpintero* (4, 4) y el *Protoevangelio de Santiago* (9, 2) afirman que Santiago y Simeón eran hijos de José, de un matrimonio anterior, aunque María al casarse con el patriarca los adoptó y cuidó como hijos propios.

[61](#) Se trata de uno de los publicanos (*telonai* en griego), tanto romanos como judíos, que arrendaban a Roma el cobro de los tributos. Sus beneficios era lo que les quedaba después de pagar el arriendo, lo que, de hecho, lograban sacar explotando al pueblo. Para ejecutar la recaudación tenían a su servicio siervos, o incluso esclavos, que trabajaban a las puertas de algunas ciudades y en los puestos fronterizos de las grandes vías comerciales, donde se cobraban tasas de peaje al tránsito de mercancías de importación o exportación. Por los Evangelios sabemos que era a estos publicanos empleados a los que se acercaba Jesús, no a los ricos recaudadores.

XXII

Roma está asentada sobre las naciones con sus todo poderosos e insaciables brazos abiertos y recibe los navíos, las caravanas, los dioses y los frutos de toda la tierra y de todos los mares. No cree en ningún Dios y recibe en su patio, sin temor, con irónica condescendencia, a todos los dioses: de la lejana Persia adoradora del fuego, a Mitra, hijo de Ahura-Mazda, cuyo rostro es un sol montado en el toro sagrado que va a morir; del país del Nilo, de muchas ubres, a Isis, que busca en primavera, en los campos floridos, los catorce trozos de su esposo y hermano Osiris, al que descuartizaron los Tifones; de Siria, en medio de gemidos desgarradores, al bellissimo Adonis; de Frigia, a Atis, tendido sobre un tela bordada, cubierto de violetas marchitas; de la impúdica Fenicia, a Astarté, la de los mil esposos; a todos los dioses y demonios de Asia y África; y de Grecia, al Olimpo, blanco en su cumbre, y al negro Hades.

Recibe a todos los dioses, ha abierto calzadas, ha limpiado el mar de piratas y la tierra de bandidos, ha traído la paz y el orden al mundo. Por encima de ella no hay nadie, ni siquiera Dios; bajo ella, todos: dioses y hombres, ciudadanos y esclavos romanos. El Tiempo está enrollado en su mano como un pergamino con mil ilustraciones, y también el Espacio: «Soy eterna», dice jactanciosa mientras acaricia el águila bicéfala, que también ha plegado sus alas ensangrentadas y reposa a los pies de su ama. «¡Qué esplendor, qué gozo inalterable ser todopoderosa e inmortal!», piensa Roma y una amplia sonrisa se extiende por su rostro carnoso y lleno de afeites.

Sonríe, satisfecha, y ni se le ocurre pensar para quién ha abierto las rutas de la tierra y del mar; para quién se ha esforzado durante tantos siglos en llevar al mundo seguridad y paz. ¿Para quién vencía, promulgaba leyes, se enriquecía, se extendía por toda la tierra? Para un hombre descalzo que ahora

sube por el camino desierto que une Nazaret con Caná, seguido de una turba de desheredados. No tiene dónde dormir, ni con qué vestirse ni nada que comer. Todas sus despensas, sus caballos y sus vestiduras de seda se encuentran aún en el cielo. Pero ya han comenzado a bajar a la tierra.

Camina en medio del polvo y de las piedras, sus pies están ensangrentados, empuña un humilde cayado de pastor y a veces se detiene, se apoya en él, y en silencio recorre con la mirada las montañas circundantes, y por encima de ellas ve una luz, Dios, que está en pie y vigila desde lo alto a los hombres. Levanta el cayado, lo saluda y continúa la marcha.

Llegaban a Caná. En el pozo que hay en las afueras de la aldea, una mujer joven, con el vientre abultado, pálida, feliz, sacaba agua y llenaba su cántaro. La reconocieron, era la muchacha a cuya boda habían asistido en el verano y a la que habían deseado que tuviera un hijo.

—Nuestra súplica ha surtido efecto —dijo Jesús y sonrió.

Ella se ruborizó, les preguntó si tenían sed. No tenían sed, se asentó el cántaro sobre la cabeza, entró en la aldea y desapareció.

Pedro se adelantó y se puso a llamar a todas las puertas. Corría de casa en casa. Una misteriosa embriaguez le dominaba. Bailaba y gritaba:

—¡Abrid! ¡Abrid!

Las puertas se abrían, salían las mujeres; estaba anocheciendo, los campesinos volvían de los campos y preguntaban, alarmados:

—¿Qué ocurre, muchachos? ¿Por qué llamáis a las puertas?

—¡Ha llegado el día del Señor! —respondía Pedro—. Viene el diluvio y nosotros traemos la nueva Arca. Entrad dentro todos los fieles. ¡Este que veis aquí es el maestro y tiene la llave! ¡Daos prisa!

Las mujeres se impresionaron, los hombres se acercaron a Jesús, que ahora estaba sentado en una piedra y dibujaba con el bastón cruces y estrellas en el suelo.

Se congregaron allí los enfermos y tullidos de toda la aldea.

—Rabí, tócanos para que sanemos. Dinos palabras bondadosas para que olvidemos que somos leprosos, ciegos y tullidos.

Una anciana esbelta, de aspecto señorial, vestida completamente de negro, exclamó:

—Tenía un hijo y lo crucificaron. ¡Resucítalo!

¿Quién era aquella noble anciana? Los campesinos se volvieron, sorprendidos. Nadie de su aldea había sido crucificado. Miraron hacia el sitio de donde venía la voz: la anciana había desaparecido en el crepúsculo.

Jesús, inclinado hacia el suelo, dibujaba cruces y estrellas y escuchaba una trompeta de guerra que descendía de la colina de enfrente. Se oyó una marcha pesada, rítmica, y bajo el sol de la tarde brillaron de repente escudos y cascos de bronce. Los campesinos se volvieron, sus rostros se ensombrecieron.

—El maldito vuelve de la caza. Ha vuelto a salir a capturar rebeldes.

—Trajo a nuestra aldea a su hija paralítica para que el aire puro le ayudara a curarse. Pero el Dios de Israel tiene libros de cuentas, anota y no perdona. ¡La tierra de Caná la devorará!

—¡No gritéis, desdichados! ¡Ahí está!

Tres jinetes iban en cabeza; en el centro, el centurión de Nazaret, Rufo. Espoleó al caballo, se acercó a la muchedumbre de campesinos, levantó el látigo:

—¿Por qué estáis reunidos? —les ordenó—. ¡Dispersaos!

Su rostro reflejaba su aflicción; en pocos meses había envejecido, los cabellos se le habían vuelto grises. La desgracia de su única hija, a la que una mañana había encontrado paralítica en la cama, lo había destrozado. Cuando hacía caracolear a su caballo, dispersando a los campesinos vio a Jesús, que estaba sentado en una piedra y por un instante su rostro se iluminó. Picó espuelas, se acercó a él:

—Hijo del carpintero —dijo—, bienvenido de Judea. A ti te buscaba.

Se volvió a los campesinos:

—¡Tengo que hablar con él! ¡Marchaos!

Vio a los discípulos y a los indigentes que le seguían desde Nazaret, reconoció a algunos, frunció las cejas:

—Hijo del carpintero —dijo—, tú has crucificado; ándate con cuidado, no sea que te crucifiquen a ti. No soliviantes al pueblo, no les infundas ideas de sublevación. Mi mano es dura y Roma, inmortal.

Jesús sonrió. Él sabía bien que Roma no era inmortal, pero no dijo nada.

Los campesinos se dispersaron refunfuñando, se detuvieron a distancia y miraban a los tres rebeldes que los legionarios habían capturado, a los que arrastraban cargados de cadenas: un anciano alto de barba ahorquillada y sus dos hijos. Con la cabeza erguida, los tres miraban por encima de los cascos romanos y no veían nada: sólo al Dios de Israel erguido en el aire, furioso.

Judas los reconoció; eran viejos compañeros de lucha. Les hizo señas, pero ellos, cegados por el resplandor de Dios, no lo vieron.

—Hijo del carpintero —dijo el centurión, inclinándose sobre él desde el caballo—, hay dioses que nos odian y nos matan, otros que no se dignan inclinarse para mirarnos, y otros benévolos, muy compasivos, que curan a los desdichados mortales de sus enfermedades. Hijo del carpintero, ¿a cuáles de ellos pertenece tu Dios?

—No hay más que un Dios —respondió Jesús—. ¡No blasfemes, centurión!

Rufo meneó la cabeza:

—No quiero enzarzarme contigo en discusiones sobre dioses —dijo—. Los judíos me repugnan, perdóname. No hacéis otra cosa que hablar sin cesar de Dios. Yo sólo quería preguntarte: ¿Puede tu dios...?

Se detuvo, se avergonzó de rebajarse a pedir un favor a un judío. Pero inmediatamente acudió a sus ojos una camita virginal y, postrada en ella, inmóvil, el cuerpo pálido de una adolescente con dos grandes ojos verdes que lo miraban, lo miraban y le suplicaban...

Se tragó la vergüenza, se inclinó aún más desde la silla del caballo:

—¿Puede tu dios, hijo del carpintero, curar enfermos? ¿Puede?

Miraba a Jesús lleno de angustia.

—¿Puede? —volvió a preguntar, al ver que Jesús callaba.

Jesús se levantó lentamente de la piedra en la que estaba sentado, se acercó al jinete.

—Las acciones de los padres tienen consecuencias en sus hijos. Tal es la Ley de mi Dios.

—¡Es injusta! —exclamó el centurión, sintiendo un escalofrío.

—¡Es justa! —replicó Jesús—. Padre e hijo son una única cepa. Juntos suben al cielo; juntos bajan al infierno. Golpeas a uno de ellos y los dos resultan heridos. Si uno de ellos peca, los dos sufren el castigo. Tú, centurión, nos persigues y nos matas, y el Dios de Israel hiere y paraliza a tu hija.

—Tus palabras son duras, hijo del carpintero. Una vez te oí hablar en Nazaret y lo que decías me pareció más dulce de lo que conviene a un romano. Y ahora...

—Entonces hablaba del reino de los cielos. Ahora hablo del fin del mundo. Desde el día en que me oíste, centurión, el Juez se sentó en su trono, abrió los libros de cuentas, llamó a la Justicia y ella se sentó a su lado con la espada en la mano.

—¿Es que tu Dios no va más allá de la justicia? —exclamó el centurión con rabia—. ¿Ahí se ha detenido? ¿Qué era, entonces, la buena noticia que predicabas en Galilea este verano: Amor, Amor? Mi hija no necesita la justicia de tu Dios, necesita su amor. Busco un Dios que sobrepase la justicia y pueda curar a mi hija. Por eso he revuelto medio mundo buscándote. Amor, ¿me oyes? Amor, no justicia.

—Centurión romano, implacable y sin amor, ¿quién pone esas palabras en tu boca feroz?

—El amor de mi hija, el sufrimiento. Busco un dios que cure a mi hija para creer en él.

—Dichosos quienes creen en Dios sin necesidad de milagros.

—Dichosos, sí. Pero yo soy un hombre duro y no creo fácilmente: he visto muchos dioses en Roma, tenemos miles de

ellos en jaulas y estoy hastiado.

—¿Dónde está tu hija?

—Aquí, en la parte alta de la aldea, en un huerto.

—¡Vamos!

El centurión bajó del caballo de un salto y echó a andar con Jesús. Los discípulos les seguían a cierta distancia, y, tras ellos, la multitud de campesinos. En aquel instante, de la cola de la patrulla romana salió Tomás, exultante de alegría. Iba detrás de los soldados y les vendía bien sus mercancías.

—Eh, Tomás —le gritaron los discípulos—, ¿aún no vienes con nosotros? Ahora verás el milagro y creerás.

—Primero tengo que ver —respondió Tomás—. Ver y tocar.

—¿Tocar qué, comerciante bribón?

—La verdad.

—¿Acaso tiene cuerpo la verdad? ¿Qué bobadas estás diciendo, majadero?

—Si no tiene cuerpo, ¿cómo voy a palparla? —dijo Tomás, soltando una risotada—. Yo necesito tocar. No me fío de mis ojos ni de mis oídos, me fío únicamente de mis manos.

Llegaron a la parte alta de la aldea, a una alegre casita enjalbegada. Entraron.

Una adolescente de unos doce años estaba postrada en una cama blanca, con unos grandes ojos verdes abiertos. Vio a su padre y su cara se iluminó. El alma de la niña se esforzó en levantar aquel cuerpo paralizado, sin conseguirlo, y la alegría se apagó en el rostro de la joven. Jesús se inclinó sobre la muchacha, le cogió la mano; toda su fuerza se concentró en su puño. Toda su fuerza, todo su amor y toda su compasión. No hablaba; clavaba la mirada en aquellos ojos verdes y sentía que el alma se le derramaba impetuosamente por la punta de los dedos y entraba en el cuerpo de la niña. Ella lo miraba anhelante, con la boca abierta, y le sonreía.

Los discípulos entraron de puntillas en la habitación; el primero, Tomás, con el hatillo de las mercancías a la espalda y el cuerno al cinto. Los campesinos se encontraban diseminados por los alrededores del huerto y en la estrecha calleja. Todos

contenían el aliento y esperaban. El centurión, apoyado contra la pared, miraba a su hija e intentaba ocultar su nerviosismo.

Poco a poco, las mejillas de la muchacha empezaron a tomar color, su pecho se hinchó, un suave hormigueo la recorrió desde la mano hasta el corazón y desde el corazón hasta la planta de los pies. Sus entrañas susurraban y se estremecían como las hojas del álamo cuando comienza a soplar una suave brisa. Jesús sentía latir la mano de la niña, como un corazón que revivía en su propia mano. Entonces desplegó los labios y habló:

—Muchacha —le ordenó con dulzura—, ¡levántate!

La muchacha se movió lentamente, como si hubiese estado entumecida y empezara a desentumecerse; se desperezó como si acabara de despertar, sus manos se apoyaron en la cama, levantaron su cuerpo y de un salto se encontró en los brazos de su padre. Tomás abrió desorbitadamente sus ojos bizcos, alargó el brazo, tocó a la muchacha como si quisiera asegurarse de que era real. Los discípulos quedaron perplejos, se asustaron. El pueblo, que se había agolpado a su alrededor, lanzó un breve rugido e inmediatamente calló, espantado. Sólo se oía la fresca risa de la joven que abrazaba y besaba a su padre.

Judas se acercó al maestro. La expresión de su rostro era feroz y malvada:

—Empleas tu poder —le recriminó— en curar a los infieles; haces el bien a nuestros enemigos. ¿Éste es el fin de los siglos que nos traes? ¿Éstas son las llamas?

Pero Jesús estaba muy lejos, flotando en cielos tenebrosos y no le oyó. Él se había asustado más que nadie al ver a la muchacha saltar de la cama. Los discípulos lo rodearon; bailaban, no podían contener su alegría; habían hecho bien al dejarlo todo y seguirle, se podía creer en él, hacía milagros. Tomás había sacado mentalmente la balanza y pesaba. En un platillo ponía sus mercancías, en el otro el reino de los cielos. Los platillos bascularon durante largo rato, finalmente se detuvieron, el reino de los cielos pesó más, era un negocio más lucrativo, doy cinco y puede que gane cien. ¡Adelante, pues, en el nombre de Dios! Se acercó al maestro:

—Rabí —dijo—, para complacerte sin reservas, repartiré mis mercancías entre los pobres. Te suplico que no lo olvides cuando el día de mañana venga a la tierra el reino de los cielos. ¡Lo sacrifico todo y te sigo! Hoy he visto y tocado la verdad.

Pero Jesús estaba aún muy lejos. Lo oyó pero no respondió.

—Me quedaré sólo con el cuerno —prosiguió el antiguo mercader— para tocarlo y congregar al pueblo. ¡Vendemos gratis nuevas mercancías inmortales!

El centurión se acercó a Jesús con su hija en brazos:

—Hombre de Dios —dijo—, has resucitado a mi hija, ¿qué gracia quieres que te conceda?

—He liberado a tu hija de las cadenas de Satanás —respondió Jesús—. Centurión, libera tú a los tres rebeldes de las cadenas de Roma.

Rufo bajó la cabeza, lanzó un suspiro:

—No puedo —murmuró afligido—; de verdad, no puedo. He hecho un juramento al emperador de Roma, del mismo modo que tú se lo has hecho al Dios que adoras. ¿Es correcto que violemos nuestro juramento? Pídeme cualquier otro favor que quieras. Pasado mañana parto hacia Jerusalén y quiero concedértelo antes de irme.

—Centurión —respondió Jesús—, un día volveremos a encontrarnos en horas difíciles, en la santa Jerusalén. Entonces te pediré una gracia. Hasta entonces espera.

Posó la mano sobre los rubios cabellos de la muchacha, cerró los ojos y sintió el calor de su cabeza, la suavidad de su pelo, la dulzura de la mujer.

—¿Cuál es el camino recto, hombre de Dios? —preguntó la muchacha.

—El amor.

El centurión dio instrucciones, trajeron viandas y bebida, prepararon mesas:

—Sois mis invitados —dijo a Jesús y a sus discípulos—. Esta noche comeréis y beberéis en esta casa. Celebro la resurrección de mi hija. Hacía años que no me sentía contento; hoy mi corazón rebosa alegría. ¡Bienvenidos!

Se inclinó hacia Jesús:

—Debo enorme gratitud al Dios que adoras —dijo—. Dámelo para que lo envíe a Roma junto con los otros dioses.

—Irá por sí mismo —respondió Jesús, y salió al patio a respirar.

Se hizo de noche, las estrellas comenzaron a encenderse en el cielo, y abajo, en la pequeña aldea, también se encendieron las luces e hicieron brillar los ojos de los hombres. Aquella noche las conversaciones cotidianas adquirieron un tono más elevado: sentían que Dios, como un león bueno, había entrado en su aldea.

Cuando las mesas estuvieron dispuestas, Jesús se sentó entre sus discípulos y repartió el pan en silencio. Su alma, inquieta, aleteaba aún en su interior, como si se hubiese salvado de un gran peligro o como si hubiese culminado una inesperada hazaña. A su alrededor, los discípulos también callaban, pero sus corazones brincaban de alegría. ¡Todo aquello, el fin de los siglos, el reino de los cielos, no era un sueño ni una ilusión! ¡Era verdad! ¡Y el joven moreno y descalzo que comía, hablaba, reía y dormía como ellos, como todos los hombres, era verdaderamente un enviado de Dios!

Cuando terminó la cena y todos se fueron a dormir, Mateo se sentó en el suelo bajo el candil, sacó del seno el cuaderno en blanco, cogió el cálamo que llevaba en la oreja, se inclinó sobre el papel y permaneció largo rato pensativo. ¿Cómo comenzar? ¿Por dónde? Dios lo había puesto junto a aquel hombre santo para que registrara fielmente por escrito las palabras que decía y los milagros que hacía, a fin de que no se perdieran y las conocieran las generaciones futuras y tomaran, también ellas, el camino de la liberación. Con toda seguridad, aquella era la misión que le había confiado Dios. Era instruido, así que tenía una gran responsabilidad, tenía que recoger con su cálamo lo que iba a perderse y dejarlo registrado en el papel para hacerlo inmortal. Le daba igual que los discípulos lo aborrecieran y no quisieran trato con él porque antes había sido publicano. Ahora él les demostraría que es mejor un pecador que se arrepiente que el que nunca ha pecado.

Metió el cálamo en el tintero de bronce, oyó un frufrú de alas a su derecha, como si un ángel se acercara a su oído y le dictara, y empezó con mano firme y rápida a escribir: «*Libro de los orígenes de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró...*». Escribió, escribió hasta que el oriente empezó a presentar un resplandor lechoso y se oyó el primer canto del gallo.

* * *

Se pusieron en marcha, Tomás iba en cabeza, llevaba el cuerno, lo hacía sonar, despertaba a la aldea: «Adiós —gritaba—, hasta pronto, en el reino de los cielos». Detrás iba Jesús con los discípulos y con un tropel de menesterosos y tullidos que lo habían seguido desde Nazaret o desde Caná y que esperaban. «No podía ser de otro modo —pensaban—, llegaría el día bendito en que se volvería hacia ellos y los liberaría del hambre y de la enfermedad». Aquel día Judas iba rezagado. Había encontrado un gran morral, se detenía en las puertas de las casas, sorprendía a las mujeres y les hablaba medio suplicando, medio amenazante:

—Nosotros trabajamos por vosotras, para que os salvéis, desdichadas. Ayudadnos vosotras para que no muramos de hambre. Los santos también necesitan comer para reponer fuerzas y salvar a los hombres. Un pan, un puñado de aceitunas, queso, pasas, dátiles, lo que sea, Dios lo apunta y paga en el otro mundo. Por cada aceituna que deis os pagará con un olivar.

Y si un ama de casa se resistía a abrir su despensa:

—¿Por qué eres tan tacaña? —le voceaba—. Mañana, pasado mañana quién sabe si esta noche se abrirán los cielos, caerá fuego y de todos tus bienes sólo te quedará lo que hayas dado. ¡Y si te salvas, desdichada, se lo deberás al pan, a las aceitunas y a la botella de aceite que me diste!

Las mujeres se asustaban, abrían las despensas, y el morral de Judas, antes de llegar a las afueras del pueblo, estaba repleto de limosnas.

Había entrado el invierno, la tierra tiritaba; muchos árboles se habían quedado desnudos, tenían frío. Otros, el olivo, la palmera, el ciprés, bendecidos por Dios, conservaban intacto su atuendo en invierno y en verano, y los hombres, los que eran pobres, sentían frío como los árboles pelados. Juan había echado su manto de lana sobre los hombros de Jesús y ahora tiritaba él. Estaba impaciente por llegar a Cafarnaúm para abrir las arcas de su madre. La anciana Salomé había tejido mucho en su vida, su corazón era noble y no escatimaba en dádivas. Repartiría ropa de abrigo entre los compañeros, por mucho que protestara el avariento Zebedeo. Era ella la que gobernaba la casa con su tesón y su dulzura.

Felipe también tenía prisa. Pensaba en su amigo íntimo Natanael, que vivía en Cafarnaúm y que se pasaba el día inclinado sobre zuecos de cuero, arreglándolos y remendándolos. Así dejaba irse su vida, ¡cómo iba a quedarle tiempo para elevar la mente hacia Dios, apoyar en el cielo la escala de Jacob y subir! «Cuando llegue —pensaba Felipe— le revelaré el gran secreto para que se salve también él, ¡pobrecillo!».

Tomaron un atajo, dejaron a la izquierda la ciudad de Tiberiades, detestada por Dios, con el condenado tetrarca [62](#) que había asesinado al Bautista. Mateo se acercó a Pedro para preguntarle qué recordaba del río Jordán y del bautismo y registrarlo detalladamente. Pero Pedro retrocedió y volvió la cara para no aspirar el aliento del publicano. Mateo se sintió dolido, apretó su cuaderno bajo el brazo y se quedó atrás. Encontró a dos arrieros que iban con frecuencia a Tiberiades y les preguntó cómo había sucedido el impío asesinato para informarse y dejar constancia por escrito. ¿Era cierto que el tetrarca se había emborrachado y que su hijastra Salomé había bailado desnuda?... Mateo tenía que conocer los detalles para inmortalizarlos en el papel.

Entretanto, llegaron al gran pozo que estaba en las afueras de Magdala, el sol estaba cubierto; la faz de la tierra, pálida y desvalida; los hilos negros de la lluvia bajaron y unieron el cielo con la tierra. Magdalena alzó los ojos hacia el tragaluz, vio

oscurecerse el cielo: «El invierno se ha echado encima —murmuró—, tengo que darme prisa». Giró de golpe el huso y comenzó a hilar apresuradamente el vellón blanco selecto para tejer un manto abrigado, para que el amado no tuviera frío. De vez en cuando contemplaba orgullosa el granado del patio cargado de frutos. Magdalena los reservaba. No los cortaba; los guardaba todos para Jesús. «Dios es compasivo», pensaba, y un día el amado volvería a pasar por su calle, y entonces ella llenaría su regazo de granadas y las pondría a sus pies. Él se inclinaría, cogería una y se refrescaría la garganta. Hilaba, contemplaba orgullosa el granado y evocaba su vida. Toda ella empezaba y terminaba en Jesús, el hijo de María. ¡Cuántas amarguras, cuántas alegrías! ¿Por qué la había abandonado? La última noche en su casa había abierto la puerta como un ladrón y se había marchado. ¿Adónde? ¿Seguiría aún luchando con las sombras en vez de cavar la tierra, trabajar la madera o faenar en el mar y tener una mujer —la mujer también procede de Dios— con la que dormir? ¡Ah, si volviera a pasar por Magdala, correría con las granadas en el delantal para refrescarlo!

Y cuando devanaba todos estos pensamientos, mientras hacía girar el huso con mano diestra y rápida, se oyeron en la calle voces y pisadas y resonó un cuerno:

—Eh, ¿no es el del bizco Tomás, el vendedor ambulante?

Y se oyó una voz atiplada: «¡Abrid las puertas, abrid; ha llegado el reino de los cielos!».

Magdalena se levantó de un brinco, su pecho se alteró: «¡Está aquí, está aquí!». Sintió escalofríos por todo el cuerpo. Echó a correr sin manto en la cabeza, con el pelo suelto por la espalda, cruzó el patio, se asomó a la puerta, vio al Señor. Dio un grito de alegría y cayó a sus pies:

—¡Rabí, rabí! —zureaba como una paloma—. ¡Bienvenido! — y tiraba de él suavemente hacia su casa.

Jesús se inclinó, la cogió de la mano, la levantó. Retenía la mano de Magdalena entre las suyas, fascinado y retraído, como un novio inexperto retiene la de su novia. Su cuerpo se regocijaba desde lo más hondo. No era Magdalena hacia la que se había inclinado y la que había levantado del suelo, era el alma

humana y él era su novio. Magdalena temblaba, se ruborizaba y se extendía los cabellos sobre su pecho para ocultarlo. Todos la miraban asombrados: ¡cómo se había consumido, qué pálida estaba! Dos círculos de color violeta cercaban sus ojos, y su boca, otrora jugosa, se había marchitado como una flor que no recibe agua. Caminaban los dos cogidos de la mano y les parecía que era un sueño, que no caminaban sobre la tierra, que iban flotando en el aire. ¿Aquello era una boda y los andrajosos que ocupaban toda la calle y les seguían eran el cortejo nupcial? ¿Y aquel granado del patio, cargado de frutos, era un espíritu benévolo, una divinidad del hogar, o una simple mujer colmada de felicidad que había parido hijos e hijas y ahora estaba en medio del patio admirándolos?

—Magdalena —le dijo Jesús quedamente—, todos tus pecados han sido perdonados porque has amado mucho.

Ella se inclinó llena de alegría y quería decir: «¡Soy virgen!», pero el gozo no la dejaba abrir la boca. Corrió hasta el árbol, cogió las granadas, llenó su delantal, amontonó los frutos rojos y frescos a los pies del Amado y ocurrió exactamente lo que con tanto anhelo había imaginado: Jesús se inclinó, cogió una granada, la abrió, llenó su mano de granos y se refrescó la garganta. Luego se inclinaron también los discípulos, cogieron cada uno una granada y se refrescaron.

—Magdalena —dijo Jesús—, ¿por qué me miras con tanta preocupación? Parece como si te despidieras de mí.

—Te doy la bienvenida y te despido a cada instante desde que nací, Amado —respondió Magdalena, tan en voz baja, que sólo Jesús y Juan que estaban cerca de ella la oyeron.

Calló y al cabo de un momento:

—Yo debo mirarte a ti —prosiguió— porque la mujer ha nacido del hombre y aún no puede separar su cuerpo de él. Pero tú debes mirar al cielo porque eres un hombre y al hombre lo creó Dios. Deja, pues, que te mire, hijo mío.

Dijo aquella gran palabra «hijo mío» en voz tan baja que ni siquiera Jesús la oyó. Pero el seno de Magdalena se hinchó y se agitó, como si estuviera dando de mamar a un hijo.

Se levantó un murmullo entre la multitud; llegaban nuevos enfermos, el patio se llenó.

—Rabí —dijo Pedro—, el pueblo murmura, está impaciente.

—¿Qué quiere?

—Una palabra reconfortante, un milagro. Míralo.

Jesús se volvió. En medio del fuerte viento que anunciaba tempestad, distinguió una multitud de ojos que lo miraban con angustia y de bocas entreabiertas, anhelantes. Un anciano salió de entre la multitud. Sus ojos sin pestañas eran como dos heridas, de su cuello esquelético colgaban diez amuletos y en cada uno de ellos había escrito un mandamiento del Decálogo. Se detuvo en el umbral, se apoyó en su bastón ahorquillado:

—Rabí —dijo con voz quejumbrosa y llena de ira—, rabí tengo cien años, siempre llevo ante los ojos, colgados del cuello los diez mandamientos de Dios; no he violado ninguno de ellos. Todos los años subo a Jerusalén y ofrezco un carnero en sacrificio al Santo Sabaoth, enciendo cirios y quemo incienso. De noche no duermo, canto salmos, miro las estrellas o las montañas y espero que el Señor descienda para verlo; no quiero otra recompensa... Así, años y años. Pero, en vano. Tengo ya un pie en la tumba y aún no lo he visto ¿Por qué? ¿Por qué? Siento una gran frustración, rabí. ¿Cuándo veré al Señor? ¿Cuándo recobraré el sosiego?

A medida que hablaba aumentaba su cólera; golpeaba el suelo con el bastón y vociferaba.

Jesús sonrió:

—Anciano —le respondió—,había una vez en la puerta de oriente de una poderosa ciudad, un trono de mármol. En aquel trono se habían sentado mil reyes tuertos del ojo derecho y mil reyes tuertos del ojo izquierdo y mil reyes que veían con los dos ojos. Y todos clamaban a Dios que se presentara para verlo, pero todos bajaron a la tumba sin conseguirlo. Una vez que los reyes hubieron desaparecido vino a sentarse en el trono un pobre hombre, descalzo y hambriento, y musitó: «Dios mío, los ojos del hombre no resisten mirar de frente al sol, se quedan ciegos. ¿Cómo van a poder mirarte cara a cara a ti, que eres todopoderoso? ¡Apiádate de mí, Señor, suaviza tu poder, rebaja

tu resplandor para que yo, pobre y desvalido, pueda verte!». Y entonces, escucha anciano, Dios se convirtió en un trozo de pan, en un vaso de agua fresca, en un cálido vestido, en una cabaña y en una mujer que daba de mamar a su hijo en la puerta de la cabaña. El pobre abrió los brazos, sonrió, feliz: «Gracias, Señor —murmuró—, te has rebajado por mí, te has convertido en pan, en vestido cálido, en una mujer y su hijo para que te vea y te he visto. ¡Me prosterno y adoro tu rostro de mil caras, tu rostro amado!».

Todos callaron, el anciano resolló como un búfalo, adelantó el bastón y desapareció entre la gente. Un joven recién casado levantó entonces el puño y gritó:

—Dicen que tú tienes fuego para incendiar el mundo, para quemar nuestras casas y a nuestros hijos. ¿Es ése el amor que dices traernos? ¿Es esa la justicia, el fuego?

Los ojos de Jesús se anegaron en lágrimas, se apiadó del recién casado. ¿Era realmente aquella la justicia que traía al mundo, el fuego? ¿No había otro camino que llevara a la liberación?

—Habla con claridad. ¿Qué debemos hacer para salvarnos? —gritó un rico y apartó a la concurrencia a codazos para acercarse y oír la respuesta, pues era duro de oído.

—¡Abrid vuestros corazones! ¡Abrid vuestras despensas! ¡Repartid vuestros bienes entre los pobres! —bramó Jesús—. ¡Ha llegado el día del Señor! El que sea avaro y conserve para sus últimos días un pan, una tinaja de aceite, una parcela de tierra, que sepa que ese pan, esa tinaja, esa tierra, se colgarán de su cuello y lo precipitarán en los Infiernos.

—Me zumban los oídos —dijo el rico—. ¡Siento vértigo! ¡Me voy, discúlpame!

Se encaminó furioso hacia su rica mansión: «¡Escucha lo que dice: que repartamos nuestros bienes entre los tiñosos! ¿Esto es justicia? ¡Que se vaya al Infierno!» —decía para sí y blasfemaba mientras caminaba.

Jesús lo veía alejarse, suspiró:

—Ancha es la puerta del Infierno —dijo—; ancho y sembrado de flores, el camino que a ella conduce; la puerta del reino de

Dios es estrecha y su camino, cuesta arriba. Mientras vivimos podemos elegir: vida significa libertad. Pero cuando llegue la muerte, lo hecho, hecho está, ya no hay salvación...

—Si quieres que te crea —gritó un hombre con muletas— haz un milagro. Cúrame. ¿Voy a entrar cojo en el reino de los cielos?

—¿Y yo leproso?

—¿Y yo manco?

—¿Y yo ciego?

Los lisiados avanzaron todos juntos, se detuvieron, amenazantes, ante Jesús. Se envalentonaron, se pusieron a gritar. Un viejo ciego levantó el bastón:

—¡O nos curas —aulló— o esta noche no saldrás vivo de nuestra aldea!

Pedro le arrancó el bastón de las manos:

—¡Con un alma así jamás verás la luz, maldito ciego!

Los tullidos se alborotaron, se pusieron furiosos. Los discípulos también se enfurecieron, se colocaron junto a Jesús. Magdalena alargó el brazo, aterrada, para echar la tranca a la puerta, pero Jesús la detuvo.

—Magdalena, hermana —dijo—, esta generación es desdichada, pura carne. Los hábitos, las faltas y la grasa ahogan su alma. Aparto la carne, los huesos, las entrañas para buscar su alma y no la encuentro. ¡Ah, creo que sólo el fuego puede curarlos!

Se volvió hacia la multitud. Su mirada ahora era feroz, implacable:

—Lo mismo que quemamos los rastrojos antes de sembrar para que la buena simiente germine, así también Dios quemará la tierra. No tendrá compasión por las zarzas, la bardana y el serpentón. ¡Esto es la justicia! ¡Adiós!

Se volvió hacia Tomás:

—¡Sopla el cuerno, Tomás, nos vamos!

Adelantó el bastón. El pueblo se apartó, contrariado, y le dejó pasar. Magdalena entró en la casa, cogió el manto, dejó la lana a medio hilar, el puchero de barro en el fuego, las gallinas del corral sin alimento, tiró las llaves de la casa en medio de la calle

y, sin mirar atrás, siguió al hijo de María en silencio, envuelta en el manto.

[62](#) A la muerte de Herodes el Grande, Augusto repartió el poder entre los hijos de este rey vasallo de Roma. A Arquelao le confió Idumea, Judea y Samaria; a Filipo, Galaunítide, Traconítide y Auranítide, tierras gentiles poco habitadas al norte y al este de Galilea, y a Herodes Antipas, que recibió el título de tetrarca, le asignó Galilea y Perea, al este del Jordán. Ninguno de ellos recibió el título de rey.

XXIII

Empezaba a anochecer cuando llegaron a Cafarnaúm. La tempestad había pasado sobre sus cabezas; había soplado viento del norte y la había empujado hacia el sur.

—Dormiremos todos en nuestra casa —dijeron los dos hijos de Zebedeo—. Es amplia, cabemos todos. Allí estableceremos nuestro puesto.

—¿Y el viejo Zebedeo? —dijo Pedro riendo—. Creo que no da un vaso de agua ni a su ángel de la guarda.

Juan se puso rojo:

—Tengo confianza en el maestro —dijo—. Su talante influirá en él para bien, ya lo verás.

Jesús iba delante y no lo oía. Sus ojos estaban llenos de ciegos, de leprosos, de tullidos... «¡Ah, si pudiera soplar en cada alma —pensaba— para gritarle: “¡Despierta!”. Entonces, si despertara, el cuerpo se transformaría en alma y se curaría...».

Cuando llegaron a la aldea, Tomás se llevó la trompeta a la boca para hacerla sonar, pero Jesús tendió la mano:

—No —dijo—, estoy cansado...

Verdaderamente estaba pálido, tenía ojeras. Magdalena llamó a la primera puerta y pidió un vaso de agua. Jesús bebió, recuperó fuerzas.

—Te debo un vaso de agua fresca, Magdalena —le dijo con una sonrisa en los labios.

Recordó lo que había dicho a la otra mujer, la samaritana, en el pozo de Jacob.

— Te daré en pago un vaso de agua inmortal—dijo igualmente a Magdalena.

—Me la diste hace mucho tiempo, rabí —respondió Magdalena, y se ruborizó.

Pasaban ante la casucha de Natanael. La puerta estaba abierta, el dueño de la casa estaba en el patio, podando las

ramas secas de la higuera, Felipe se separó apresuradamente del grupo y entró.

—Natanael —dijo—, tengo que hablarte. Deja de podar.

Entraron en la casa, Natanael encendió el candil.

—Deja tus candiles, tus higueras y tu casa —le dijo Felipe—. Vente conmigo.

—¿Adónde?

—¿Adónde? ¿Pero aún no te has enterado? ¡Ha llegado el fin del mundo! De un día a otro se abrirán los cielos y el mundo será reducido a cenizas. Ven rápido a entrar en el Arca para salvarte.

—¿En qué Arca?

—En el seno de nuestro rabí, el hijo de María, el hijo de David, de Nazaret. Acaba de volver del desierto. Allí se reunió con Dios, los dos hablaron, decidieron la destrucción y la salvación del mundo. Dios posó la mano en los cabellos de nuestro rabí y le dijo: «Vamos, elige a los que se salvarán. Tú eres el nuevo Noé. Aquí tienes la llave del Arca para abrirla y cerrarla». Y le dio una llave de oro. La lleva colgada al cuello pero el ojo humano no puede verla.

—Explícate Felipe, me has dejado pasmado. ¿Cuándo han ocurrido todas esas maravillas?

—Hace poco, te digo, en el desierto del Jordán. Mataron al *Bautizador* y su alma entró en el cuerpo de nuestro maestro. Cuando lo veas no lo vas a reconocer. Está cambiado, se ha vuelto terrible; sus manos echan chispas. Hace nada, en Caná, tocó a la hija del centurión de Nazaret, la paralítica, y súbitamente ella se puso en pie y empezó a bailar. ¡Sí, por nuestra amistad! ¡No perdamos tiempo! ¡Vente conmigo!

Natanael suspiró:

—Hombre, Felipe, me iba muy bien, tenía muchos encargos, mira cuántas sandalias y zuecos de cuero tenía que arreglar. Mis negocios iban de primera. Y ahora...

Miró lentamente a su alrededor, sus queridas herramientas, el taburete donde se sentaba a remendar, las chairas, las leznas, los cabos encerados, los clavos...

Volvió a suspirar:

—¿Cómo voy a dejarlo todo? —murmuró.

—Allá arriba encontrarás herramientas de oro. No te preocupes. Remendarás las sandalias de oro de los ángeles, tendrás encargos innumerables ¡Dale que te pego por toda la eternidad! Pero date prisa, ve a decirle al maestro: «¡Estoy contigo!». Nada más. «¡Estoy contigo y te seguiré adonde vayas, hasta la muerte!». Es lo que hemos jurado todos.

—¡Hasta la muerte! —dijo el zapatero, con los pelos de punta. Su cuerpo era enorme pero su corazón era como el de un pajarito.

—¡Es una forma de hablar, desdichado! —le aclaró el pastor para tranquilizarlo—. Es lo que hemos jurado todos. Pero no temas, no vamos a la muerte, vamos a la pompa y el boato. Amigo mío, este no es un hombre, no. Es el Hijo del hombre.

—¿Y qué? ¿Acaso no es lo mismo?

—¿Lo mismo? ¿No te da vergüenza decir eso? ¿Nadie te ha leído nunca al profeta Daniel? ¡Hijo del hombre significa Mesías; es decir, rey! Pronto se sentará en el trono de la ecúmene y nosotros, todos los que hemos sido listos y le hemos seguido, nos repartiremos los honores y las riquezas. Ya no andarás descalzo, sino que llevarás sandalias de oro y los ángeles se agacharán para atarte los cordones. Te digo, Natanael, que es un buen negocio. No te lo dejes ir de las manos. Con decirte que hasta Tomás se ha unido a nosotros; olfateó el asado, el muy astuto, repartió todo lo que tenía, y más, entre los pobres y se apresuró. Apresúrate también tú. Ahora está en casa de Zebedeo, ¡Vamos!

Pero Natanael no acababa de decidirse.

—Serás responsable de lo que me suceda, Felipe —dijo al fin—. Pero si veo que la cosa se pone fea, si te he visto no me acuerdo, que lo sepas. Todo lo que tú quieras, pero a mí no me van a crucificar.

—Bien, bien —dijo Felipe—, nos retiraremos juntos. ¿Qué te crees, que estoy loco? De acuerdo. ¡Vamos!

—¡Entonces, en el nombre de Dios!

Cerró la puerta de su casa, se metió la llave en el seno y ambos se encaminaron cogidos del brazo a casa de Zebedeo.

* * *

Jesús y los discípulos estaban sentados a la lumbre. La anciana Salomé iba y venía, pletórica. Todas sus enfermedades habían sanado; ponía la mesa, no se cansaba de contemplar con orgullo a sus hijos y de servir a aquel hombre santo que iba a traer el reino de los cielos.

Juan se inclinó, habló a su madre al oído, señalándole con la mirada a los discípulos, que tiritaban vestidos aún con ropas de lino, de verano. Su madre sonrió, entró en una habitación, abrió las arcas, sacó ropa de abrigo y, rápidamente, antes de que llegara su marido, la distribuyó entre los compañeros. El manto más grueso, de lana blanca, lo echó tiernamente sobre las espaldas de Jesús.

Él se volvió y le sonrió:

—Bendita seas, señora Salomé —le dijo—. Es acertado y justo que nos preocupemos del cuerpo; es el camello sobre el que va montada el alma mientras cruza el desierto. Preocupémonos, pues, de él para que resista.

Entró el viejo Zebedeo, miró a los inesperados visitantes, saludó entre dientes y se sentó en un rincón. Aquellos bandidos —así los llamaba— no le gustaban nada. ¿Quién los había invitado a tomar posesión de su casa? ¡Y vaya festín por todo lo alto les había preparado la manirrota de su mujer! ¡Maldita la hora en que había aparecido aquel nuevo iluminado! Por si fuera poco que les hubiera quitado a sus dos hijos, encima, por su culpa tenía broncas continuas con la tonta de su mujer, que se ponía de parte de sus hijos. «Hacen bien —decía—, éste es un verdadero profeta. Llegará a ser rey, expulsará a los romanos y se sentará en el trono de Israel. Y entonces, a su derecha se instalará Juan y a su izquierda, Santiago, como grandes señores; nada de pescadores y barqueros, de eso nada. Grandes y poderosos señores. ¿Es que iban a pudrirse en aquellas aguas toda su vida?». Con estas y otras cosas por el estilo le daba la tabarra día y noche la mema de su mujer, pataleando y gritando. Él, unas veces, blasfemaba y rompía lo que se le ponía por delante, y otras, cogía la puerta y recorría las orillas del lago,

fuera de sí. Además, últimamente se había dado a la bebida. Y mira por donde, aquella noche todos aquellos bandidos se habían presentado en su casa sin ser invitados. ¡Nueve bocas de tomo y lomo que, encima, llevaban con ellos a la muy hacendosa Magdalena, mil veces besuqueada! Se habían arrellanado en torno a la mesa y ni se volvían a mirarlo a él, ¡el dueño de la casa!, para pedirle permiso... ¡El colmo de los colmos! ¿Para aquellos gorriones habían trabajado durante tantos años él y sus padres? Tenía un sofocón de mil demonios. Se levantó de un salto:

—Decidme, valientes muchachos —les gritó—, ¿de quién es esta casa, vuestra o mía? ¡Dos y dos son cuatro! ¡Quiero que me lo digáis!

—De Dios —respondió Pedro, que se había echado al colete lo suyo, y estaba de muy buen humor—. Es de Dios, viejo Zebedeo, ¿no te has enterado de las nuevas? Ya no existe lo tuyo y lo mío, ¡todo es de Dios!

—La Ley de Moisés... —comenzó Zebedeo.

Pero Pedro le cortó en seco:

—¿Qué? ¡Mira lo que dice! ¿La Ley de Moisés? ¡Olvídate de ella, viejo Zebedeo! ¡Se acabó! Ahora tenemos la Ley del Hijo del hombre, ¿comprendes? ¡Todos somos hermanos! Nuestro corazón se ha expandido, y con él se ha ampliado la Ley y ahora abraza a todos los hombres. ¡La tierra entera es la Tierra Prometida! ¡Se acabaron las fronteras! Yo, aquí donde me ves, viejo Zebedeo, iré a proclamar la palabra de Dios a las naciones. Llegaré hasta Roma. Sí, no te rías. Cogeré al emperador por el pescuezo, lo arrojaré del trono y me sentaré yo en él, ¿qué te crees? El maestro lo ha dicho: Ya no somos pescadores que capturamos peces, como tú, somos pescadores de hombres. Y te lo digo por tu bien, trátanos como es debido, tráenos vino y comida en abundancia porque un día seremos grandes señores. Y será muy pronto. Por un trozo de pan que nos des te pagaremos con toda una hornada de hogazas el día de mañana. ¡Y qué hogazas! ¡De pan inmortal! Comerás, comerás y no se acabará nunca.

—Te veo crucificado cabeza abajo, desgraciado —rugió Zebedeo, que por momentos empezaba a asustarse con las palabras de Pedro y volvió a acurrucarse en un rincón.

«Más vale que cierre el pico —pensó—, nunca se sabe lo que puede pasar, el mundo es una bola y da vueltas. Quizá un día estos locos... Dejemos una puerta abierta».

Los discípulos se reían disimuladamente bajo sus bigotes. Sabían que Pedro estaba algo bebido y bromeaba, pero en su interior abrigaban secretamente las mismas expectativas, sólo que aún no estaban borrachos para confesarlo: distinciones y honores, vestidos de seda, anillos de oro, opíparos banquetes: He ahí el reino de los cielos. Y sentir el mundo bajo el pie judío.

El viejo Zebedeo bebió otro vaso de vino, tomó coraje:

—Y tú, maestro, —dijo— ¿no dices nada? Atizas el fuego y luego te metes en un arroyo para refrescarte. Pero dime, por Dios, ¿puedo ver cómo se dilapidan mis bienes sin ponerme a gritar?

—Anciano Zebedeo —respondió Jesús—, había una vez un hombre muy rico. Segó, vendimió, recogió la aceituna, llenó sus tinajas, comió, se sació y se tendió boca arriba en su patio: «Alma mía, tienes muchos bienes —dijo—, come bebe, solázate!». Y nada más lo hubo dicho, oyó una voz en el cielo: «¡Insensato, insensato, esta noche irás al Infierno! ¿Qué harás con los bienes que juntaste?». Anciano Zebedeo, tienes oídos, oyes lo que te digo, tienes cerebro, entiendes lo que quiero decir. ¡Que esa voz del cielo esté sobre ti, día y noche, viejo Zebedeo!

El viejo propietario agachó la cabeza y no volvió a hablar.

En ese momento, la puerta se abrió y apareció en el umbral Felipe y, tras él, enorme, desgarrado, Natanael. Su corazón ya no daba bandazos, había tomado la decisión. Se acercó a Jesús, se agachó, le besó los pies.

Jesús puso la mano sobre aquella cabeza bovina y rizada:

—Rabí, estoy contigo hasta la muerte —dijo.

—Bienvenido, Natanael —dijo—, que haces sandalias para la gente y tú vas descalzo. Eso me gusta mucho. ¡Ven conmigo! —dijo, lo hizo sentar a su derecha, le dio una rebanada de pan y una copa de vino.

—Come este trozo de pan —le dijo—, bebe esta copa de vino para que te conviertas en uno de los míos.

Natanael comió el pan, bebió el vino y al punto sintió que sus huesos y su alma se fortalecían. El vino le subió al cerebro y lo sonrosó. Vino, pan y alma se fundieron.

Natanael estaba en ascuas, quería hablar pero le daba vergüenza.

—Habla, Natanael —dijo el maestro—, abre tu corazón para sentirte aliviado.

—Rabí —respondió él— quería decirte, para que lo sepas, que yo siempre he sido pobre, he vivido con lo mínimo, nunca he tenido tiempo para estudiar la Ley. Soy ciego, rabí, perdóname. Esto es lo que quería decirte, para que lo sepas. Lo he dicho y me siento aliviado.

Jesús tocó cariñosamente las anchas espaldas del recién incorporado. Se echó a reír.

—Natanael —dijo—, no suspires. Dos senderos llevan al seno de Dios. Uno es el sendero de la mente, el otro, el del corazón. Escucha la historia que voy a contarte:

«Un pobre, un rico y un tarambana murieron el mismo día y a la misma hora, y comparecieron ante el tribunal de Dios. Ninguno de ellos había estudiado la Ley en toda su vida. Dios frunció el ceño, preguntó al pobre:

»—¿Por qué no estudiaste la Ley mientras vivías?

»—Señor —le respondió—, era pobre, tenía hambre, trabajaba día y noche para mantener a mi mujer y a mis hijos. No tenía tiempo.

»—¿Eras más pobre que mi fiel servidor Jilel? —dijo Dios, encolerizado—. No tenía dinero para pagar la entrada a la sinagoga a oír la explicación de la Ley, así que se subió al tejado y, echado boca abajo, escuchaba por el tragaluz. Pero un día se puso a nevar y, absorto como estaba, no se percató. A la mañana siguiente, cuando el rabino entró en la sinagoga, vio que estaba oscura, alzó los ojos y vio el cuerpo de un hombre sobre el tragaluz. Subió al tejado, quitó la nieve, desenterró a Jilel, lo cogió en brazos, encendió fuego y lo reanimó. Desde entonces le dio permiso para entrar sin pagar y escuchar gratis. Jilel se

convirtió en un célebre rabino, todo el mundo había oído hablar de él. ¿Qué tienes que decir a esto?

»—Nada, Señor —murmuró el pobre, y se echó a llorar.

»Dios se dirigió al rico:

»—¿Y tú, por qué no estudiaste la Ley mientras vivías?

»—Yo era muy rico, tenía muchas huertas, muchos negocios, muchas preocupaciones. ¿Cómo iba a tener tiempo?

»—¿Eras acaso más rico que Eleazar —le interrumpió Dios—, el hijo de Jarsón, a quien su padre dejó mil aldeas y mil barcos? Eleazar lo abandonó todo y fue allí donde sabía que había un sabio que explicaba la Ley. ¿Qué tienes que decir a esto?

»—Nada, Señor —murmuró el rico, y se echó también a llorar.

»Dios se dirigió al tarambana:

»—¿Y tú, bello galán, por qué no estudiaste la Ley?

»—Yo era demasiado apuesto y muchas mujeres caían sobre mí. Tenía que ir a multitud de fiestas ¿Cómo iba a encontrar tiempo para estudiar la Ley?

»—¿Eras tú más bello que José, del que se enamoró la mujer de Putifar? Era tan bello que decía al sol: “Brilla para que yo resplandezca”. Cuando José desenrollaba la Ley, las letras se abrían como puertas y su sentido salía vestido de luz y de llamas. ¿Qué tienes que decir a esto?

»—Nada, Señor —murmuró el juerguista, y también éste se echó a llorar.

»Dios dio una palmada, hizo venir del Paraíso a Jilel, Eleazar y José. Llegaron.

»—Juzgad a estos hombres —les dijo— que a causa de su pobreza, de su riqueza y de su hermosura no estudiaron la Ley. Habla Jilel, juzga al pobre:

»—Señor —respondió Jilel—, ¿cómo puedo juzgarlo? Yo sé lo que es la pobreza, conozco el hambre. ¡Debe ser perdonado!

»—Y tú, Eleazar —dijo Dios—, aquí tienes al rico, te lo entrego.

»—Señor —respondió Eleazar—, ¿cómo puedo juzgarlo? Yo sé lo que es ser rico. ¡Es la muerte! ¡Debe ser perdonado!

»—José, te toca a ti, aquí tienes al guaperas.

»—Señor, ¿cómo puedo juzgarlo? Yo sé qué lucha, qué terrible martirio supone vencer la belleza del propio cuerpo. ¡Debe ser perdonado, Señor!».

Jesús calló; sonreía y miraba a Natanael. Y éste, inquieto:

—¿Y entonces? —preguntó—. ¿Qué hizo Dios?

—Lo que hubieras hecho tú —respondió Jesús y se echó a reír.

El buenazo del zapatero se rio también:

—¡Vaya, entonces estoy salvado!

Cogió las dos manos del maestro; las apretó con fuerza:

—Rabí —exclamó—, he comprendido. Has dicho que dos senderos llevan al seno de Dios: el sendero de la mente y el del corazón. ¡Yo tomé el sendero del corazón y te he encontrado!

Jesús se puso en pie, se acercó a la puerta. Se había levantado un fuerte viento, el lago bramaba. En el cielo había una playa interminable de arena fina: las estrellas. Se acordó del desierto, sintió un escalofrío. Cerró la puerta:

—La noche es un gran regalo de Dios —dijo—. Es la Madre del hombre. Llega en silencio, suavemente, y lo cubre. Le pone en la frente su mano fresca y borra del alma y del cuerpo las preocupaciones del día. Es hora, hermanos, de que nos entreguemos en sus brazos.

La anciana Salomé le oyó y se levantó. Magdalena se levantó también del rincón, junto al fuego, desde el que, agachada, oía feliz la voz del Amado. Las dos mujeres extendieron las esteras y llevaron cobertores. Santiago salió al patio, trajo una brazada de leños de olivo y los colocó en el hogar. En pie, en el centro de la casa, con el rostro vuelto hacia Jerusalén, Jesús alzó los brazos y con voz profunda dijo la oración de la noche: «Ábrenos tu puerta, Señor. El día mengua, el sol cae, el sol desaparece. Estamos ante tu puerta, Señor, ábrenos. Te suplicamos, Eterno, que nos perdones. Te suplicamos, Eterno, que tengas piedad de nosotros. ¡Sálvanos, Eterno!».

—Y envíanos bellos sueños, Señor —dijo Pedro—. ¡Concédeme ver en mi sueño mi vieja barca verde transformada en una nueva, con una vela roja!

Había bebido, estaba de buen humor.

Jesús se acostó en el centro, a su alrededor, los discípulos; ocuparon todo lo ancho y largo de la casa. El viejo Zebedeo y su mujer no cabían y se fueron a otra dependencia anexa a la casa y Magdalena les acompañó. El viejo gruñía: lo habían privado de sus comodidades. Se volvió furioso hacia su mujer y le dijo en voz alta, para que lo oyera Magdalena:

—¡Míranos! ¡De fuera vendrá quien de tu casa te echará!
¡Adónde hemos llegado!

Pero la vieja se volvió hacia la pared y no le respondió.

Aquella noche Mateo tampoco fue a dormir con los demás. Se acuclilló bajo el candil, se sacó del seno el cuaderno de anotaciones y se puso a escribir cómo había entrado Jesús en Cafarnaúm, cómo Magdalena había ido con ellos y cómo el maestro había dicho la parábola: «Había una vez un hombre muy rico»... Acabó de escribir, apagó el candil y se acostó también él para dormir, aunque un poco aparte, porque los discípulos aún no se habían acostumbrado a su aliento.

Pedro se quedó dormido antes de cerrar los ojos. Enseguida llegó un ángel del cielo, le abrió con mucho cuidado las sienes y metió en su cabeza una especie de sueño: Había —le pareció— mucha gente en la orilla del lago. El maestro se encontraba allí y contemplaba, admirado, una barca verde con la vela roja, completamente nueva, balanceándose en el agua. Pintado en la popa resplandecía un pez, idéntico al que Pedro llevaba tatuado en el pecho. «¿De quién es esta hermosa barca?» —preguntó el maestro—. «Mía» —respondió Pedro con orgullo—. «Anda, Pedro, coge a los demás compañeros y navegad aguas adentro. He de admirar vuestro valor». «Encantado, rabí» —dijo Pedro. Soltó amarras, saltó a la barca; saltaron también los demás discípulos, sopló una brisa de popa que hinchó la vela roja, se adentraron en el lago, cantando.

Entonces, repentinamente, se levantó un viento huracanado, la barca giraba en remolino, las cuadernas crujían, a punto de partirse, empezó a hacer agua y a zozobrar. Los discípulos, echados de bruces en el fondo de la barca, se pusieron a gemir. Pedro se había agarrado al mástil y gritaba: «¡Rabí, rabí, socorro!». Y he aquí que, en medio de la densa oscuridad vio al

rabí todo vestido de blanco que se acercaba caminando sobre las olas. Los discípulos alzaron la cabeza y lo vieron: «¡Un fantasma!» —se pusieron a gritar aterrorizados—. «¡No tengáis miedo! —les gritó Jesús—, ¡soy yo!». Pedro le respondió: «Señor, si de verdad eres tú, ¡ordéname que camine sobre las olas y vaya a tu encuentro!». «¡Ven!» —le ordenó Jesús. Pedro saltó de la barca, puso el pie en el agua, echó a andar, pero, al ver el lago embravecido, el miedo lo paralizó y empezó a hundirse. «¡Señor, sálvame! —gritó—, ¡me ahogo!». Jesús le tendió la mano, lo levantó: «Hombre de poca fe —le dijo—, ¿por qué te has asustado? ¿No crees en mí? ¡Mira!». Alzó la mano sobre las olas y dijo: «¡Calmaos!», y súbitamente el viento cesó, las aguas se calmaron y Pedro estalló en sollozos. Su alma había sido puesta a prueba una vez más, y de nuevo se había cubierto de vergüenza.

Lanzó un fuerte grito, se despertó. Tenía la barba empapada por las lágrimas. Se sentó en la estera, apoyó la espalda en la pared, suspiró. Mateo, que aún no se había dormido, le oyó.

—¿Por qué suspiras, Pedro? —le preguntó.

Pedro pensó por un momento en hacerse el sordo, para no responderle. Seguramente no quería hablar con publicanos. Pero el sueño le angustiaba, tenía que contárselo a alguien para sentirse aliviado. Se arrastró, pues, hasta Mateo y empezó a contárselo. Y, según iba narrando, adornaba su relato. Mateo escuchaba con avidez, lo registraba en la mente. Al día siguiente, en cuanto amaneciera, lo pasaría al papel.

Pedro terminó de narrar el sueño, pero su corazón se balanceaba en él, como su barca. De repente se sobresaltó aterrado:

—¿Y si realmente el maestro vino durante la noche a buscarme y me llevó a navegar para ponerme a prueba? Nunca en mi vida vi un mar más vivo, ni una barca más real ni sentí un miedo más palpable. ¿Y si no fue un sueño? ¿Qué piensas tú, Mateo?

—Seguramente no fue un sueño. Quizá el milagro sucedió —respondió Mateo y empezó a pergeñar cómo contarlo por escrito al día siguiente.

Era muy difícil, porque no estaba completamente seguro de que fuera un sueño. Pero tampoco de que fuera un hecho real. Eran las dos cosas a la vez. Aquel milagro había ocurrido, aunque no en la tierra ni en el mar de este mundo, en otra parte. Pero ¿dónde?

Cerró los ojos para reflexionar y encontrar una respuesta, pero llegó el sueño y se apoderó de él.

* * *

Aquel día se desató una fuerte tempestad. Los pescadores no salieron a faenar; encerrados en sus cabañas remendaban las redes y hablaban del extraño visitante que se hospedaba en casa del viejo Zebedeo. Dicen que es Juan el *Bautizador*, que ha resucitado. Nada más cortarle el verdugo la cabeza, el profeta se agachó, la cogió, se la pegó al cuello otra vez y ¡pies para qué os quiero! Pero para que Herodes no volviera a encarcelarlo y lo degollara, fue y se metió en el hijo del carpintero de Nazaret, y al parecer se han fundido en uno solo. «No das crédito a lo que ves ¿Es uno? ¿Son dos? Tu mente no sabe qué pensar. Si se le mira de frente es un hombre bueno y te sonrío; pero si te mueves un poco, uno de sus ojos presenta un aspecto feroz, como si quisiera devorarte, y el otro te anima a acercarte. Si te acercas, sientes vértigo, no sabes ya qué te sucede; abandonas tu casa y tus hijos y te vas con él». Un viejo pescador que escuchaba meneó la cabeza:

—Eso les pasa —dijo— a los que no se casan y sólo quieren salvar al mundo a toda costa. La simiente se les sube a la cabeza y les ataca el cerebro. Hay que casarse, muchachos, descargar la energía con una mujer, tener hijos, para calmarse.

La tarde anterior, el viejo Jonás había oído la noticia y esperaba en su casucha. «No es posible —pensaba—; mis hijos vendrán a ver si sigo vivo o he muerto». Esperó toda la noche, esperó y se desengañó, y a la mañana siguiente se puso las botas altas de capitán, que había mandado hacer cuando se casó, y que sólo lucía en las grandes ocasiones, se arrebuja bien

en un capote impermeable y se encaminó bajo la lluvia a la casa de su amigo Zebedeo. Encontró la puerta abierta y entró.

El hogar estaba encendido y ante el fuego, sentados con las piernas cruzadas, se encontraban una decena de hombres y dos mujeres. A una de ellas la reconoció, era la vieja Salomé; la otra era joven, la había visto en alguna parte, pero no recordaba dónde. La casa estaba en penumbra. Al resplandor de la lumbre —un momento que volvieron la cabeza y les dio la luz en la cara— reconoció a sus dos hijos, Pedro y Andrés. Pero nadie le había oído entrar, nadie se volvió a mirarlo. Todos, con el cuello extendido y con la boca abierta, escuchaban a un hombre que tenía el rostro inclinado sobre ellos y les hablaba. ¿Qué les decía? El viejo Jonás tensó las orejas y abrió la boca para escuchar. De vez en cuando pillaba alguna palabra: «justicia, Dios, reino de los cielos...». ¡Siempre lo mismo! ¡Ya estaba harto! ¡Tantos años con la misma monserga! En vez de hablar de cómo coger peces, remendar la vela, calafatear la barca o de cómo no coger frío, no mojarse con la lluvia o no pasar hambre, aquéllos se sentaban a hablar sobre el cielo. «¿Es que no tenéis nada que decir sobre la tierra o sobre el mar?». El viejo Jonás se enfadó, tosió para que lo oyeran y se volvieran, pero nadie se volvió. Extendió las piernas, golpeó el suelo con sus botas de capitán, pero fue en vano. Todos estaban pendientes de los labios del hombre demacrado que hablaba.

Sólo se volvió la vieja Salomé, lo miró, pero no lo vio, así que Jonás avanzó, llegó hasta el hogar y se puso en cuclillas detrás de sus dos hijos. Adelantó la manaza, tocó a Pedro en el hombro, lo sacudió. Pedro se volvió, vio a su padre, se llevó un dedo a los labios para decirle por señas que no hablara, y volvió de nuevo el rostro hacia el joven pálido. ¡Cómo si él, Jonás no fuera su padre, como si no llevara meses sin verlo! Primero sintió una gran pena, luego ira. Se quitó las botas, que empezaban a apretarle, para lanzárselas al maestro a la cara. ¡Que se callara de una vez, que él tenía que hablar con sus hijos! Alzaba ya los zapatos, tomaba impulso para lanzarlos, cuando una mano lo contuvo por detrás. Se volvió, vio a Zebedeo:

—Levántate, viejo Jonás —le dijo en voz baja—. Vamos dentro, desdichado. Tengo que hablar contigo.

El viejo pescador cogió las botas bajo el brazo y siguió a Zebedeo. Entraron en los adentros de la casa, se sentaron uno junto al otro sobre un arca.

—Viejo Jonás —empezó Zebedeo, tartamudeando, porque había bebido más de la cuenta para ahogar la rabia—, viejo Jonás, desdichado, tenías dos hijos, pero no cuentes con ellos. Yo también tenía dos hijos y he dejado de contar con ellos. Al parecer su padre es Dios. Nosotros ya no pintamos nada. Nos miran como diciéndonos: «¿Quién eres tú, anciano?». ¡El fin del mundo, desdichado Jonás!

»Al principio me enfadaba, me daban ganas de coger el arpón y echarlos de casa. Pero luego comprendí que no había salvación, de modo que recogí velas y tragué. Mi mujer está de acuerdo con ellos. Se ha idiotizado, la pobre. ¡Así que, chitón, viejo Zebedeo! ¡Chitón, viejo Jonás! Esto quería decirte. ¡No puedes negar la evidencia! Dos y dos son cuatro. ¡Arreglados estamos!

El viejo Jonás se puso las botas, se envolvió en el capote, miró a Zebedeo para ver si tenía algo más que decirle. No lo tenía, de modo que abrió la puerta, escudriñó el cielo y observó la tierra. Había una oscuridad negra como la pez, llovía, hacía frío; sus labios se movieron: «¡Maldita sea —murmuró—, maldita sea!...». Y se encaminó a su ruinosa casa, chapoteando en los charcos.

Mientras el viejo Jonás caminaba, resollando, el hijo de María tendía las manos hacia el fuego, como si implorara al espíritu de Dios, que estaba oculto en las llamas y calentaba a los hombres. Tendía las manos y su corazón se había abierto, hablaba:

—No creáis que he venido para derogar las leyes y los profetas —les decía—. No he venido para abolir los antiguos mandamientos, he venido a ampliarlos. Habéis visto grabado en las tablas de Moisés: «¡No matad!». Y yo os digo: «El que se enemista con su hermano y le levanta la mano o tan sólo le lanza una palabra dura, se precipitará en las llamas del Infierno». Habéis visto grabado en las tablas de Moisés: «¡No cometas

adulterio!». Y yo os digo: «El que tan solo mira a una mujer y la desea, ya ha cometido adulterio en su corazón. La mirada turbia hace caer al licencioso en lo más hondo del Infierno»... «¡Honra a tu padre y a tu madre!», ordena la Ley antigua. Y yo: «No enterréis vuestro corazón en la casa de vuestra madre y de vuestro padre. Dejad que salga al exterior, que entre en todas las casas, que ocupe toda la tierra de Israel, desde el monte Hermón hasta el desierto de Idumea, y más lejos aún, Oriente y Occidente, toda la ecúmene. Nuestro padre es Dios, nuestra madre, la Tierra, somos mitad tierra, mitad cielo. Honra a tu padre y a tu madre quiere decir: honra al Cielo y a la Tierra».

La anciana Salomé suspiró:

—Rabí, tus palabras son duras, muy duras para una madre.

—La palabra de Dios siempre es dura, mujer —le respondió Jesús.

—Toma a mis dos hijos —murmuró la madre, cruzando los brazos—. Tómalos, tuyos son.

Jesús oyó a la madre despojada de sus hijos y sintió que de su cuello pendían los hijos e hijas del mundo. Se acordó otra vez del macho cabrío negro que había visto en el desierto, de cuyo cuello pendían, entre amuletos azules, todos los pecados del pueblo. Se inclinó, silencioso, hacia la anciana Salomé, que le ofrecía sus dos hijos, como si le dijera: «Aquí tienes mi cuello, cuelga de él a tus hijos».

Echó al hogar una brazada de sarmientos y el fuego se avivó. Jesús permaneció largo rato mirando a las llamas que devoraban los sarmientos, crepitando. Se volvió otra vez hacia sus discípulos:

—El que ame a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de venir conmigo. El que ame a su hijo y a su hija más que a mí, no es digno de venir conmigo. Los antiguos mandamientos se nos han quedado estrechos, y también los antiguos afectos.

Y al poco rato:

—El hombre es una frontera: es el punto en que termina la tierra y comienza el cielo. Pero esta frontera se desplaza sin cesar, avanza hacia el cielo, y con ella se desplazan y avanzan

los mandamientos de Dios. Yo tomo los mandamientos de Dios que están en las tablas de Moisés y los llevo más lejos.

—¿La voluntad de Dios cambia entonces, rabí? —dijo Juan desconcertado.

—No, Juan, querido. Pero el corazón del hombre se ensancha y abarca más exigencias.

—¡Adelante! ¡Vayamos, pues, a proclamar al mundo los nuevos mandamientos! —exclamó Pedro, poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué hacemos sentados aquí?

—Espera que deje de llover, desdichado. Nos vamos a mojar —dijo Tomás, burlonamente.

Judas, enfurecido, meneó la cabezota.

—Primero tenemos que expulsar a los romanos —dijo—, hay que liberar antes los cuerpos. Y las almas después. Cada cosa a su tiempo. No se puede empezar la casa por el tejado; lo primero, los cimientos.

—Los cimientos son el alma, Judas.

—Y yo digo que los cimientos son el cuerpo.

—Si el alma no cambia dentro de nosotros, Judas, nunca cambiará el mundo de fuera. El enemigo está dentro de nosotros mismos; los romanos están dentro de nosotros. ¡La salvación comienza desde dentro!

Judas se puso en pie violentamente. Hervía. Hacía mucho tiempo que contenía su corazón para que no gritara: escuchaba, escuchaba, se contenía, pero ya no podía resistir más.

—¡Primero tenemos que expulsar a los romanos! —exclamó con un grito ahogado—. ¡Primero, los romanos!

—¿Pero cómo los vamos a echar? —intervino Natanael, que había empezado a inquietarse y miraba de reojo hacia la puerta—. ¡Ya me dirás cómo, Iscariote!

—¡Rebelión! —gritó Judas—. Acordaos de los Macabeos. Ellos expulsaron a los griegos. Ahora nos toca a nosotros, los nuevos Macabeos, expulsar a los romanos. Luego, cuando ya estemos solos, arreglaremos los asuntos de ricos y pobres, opresores y oprimidos.

Nadie decía nada. Tenían ante sí dos opciones y no sabían por cuál decidirse. Miraban al maestro y esperaban. Pero él

miraba las llamas de la lumbre, pensando: «¿Cuándo comprenderán los hombres que en el mundo, en el visible y en el invisible, no hay más que una sola cosa: el alma?».

Pedro se levantó:

—Yo no comprendo las conversaciones complicadas —dijo—. Perdonadme. Cuáles sean los cimientos, lo veremos en la práctica, mirando y actuando. Maestro, danos tu autorización para que llevemos la Buena Nueva a los hombres nosotros solos. A la vuelta volveremos a hablar.

Jesús alzó la cabeza, paseó la mirada por cada uno de sus discípulos, hizo una señal a Pedro, a Juan y a Santiago. Se acercaron. Con gesto grave puso las manos sobre sus cabezas.

—Id con mi bendición —dijo—. Proclamad la Buena Nueva a los hombres. No temáis, Dios os sostiene y no permite que os perdáis. Ni siquiera un gorrión cae del cielo sin su voluntad. Y vosotros valéis mucho más que los gorriones. ¡Dios sea con vosotros! Volved pronto, y que millares de almas cuelguen de vuestros cuellos. Vosotros sois mis apóstoles.

Los tres apóstoles recibieron la bendición, abrieron la puerta y salieron en medio de la tempestad. Cada uno tomó un camino diferente.

* * *

Pasaron los días. El patio del viejo Zebedeo se llenaba de gente por la mañana y se vaciaba por la noche. De todas partes llegaban enfermos, poseídos y tullidos. Unos lloraban, otros se mostraban violentos; exigían a gritos que el Hijo del hombre hiciera un milagro y los curara. ¿No lo había enviado Dios para eso? ¡Que saliera al patio! Él se apenaba al oírlos, salía al patio, tocaba y bendecía a cada uno.

—Hay dos clases de milagros, hermanos —les decía—, los milagros del cuerpo y los del alma. Confiad sólo en los milagros del alma. Arrepentíos, purificad vuestra alma y se purificará también vuestra carne. El alma es el árbol. La enfermedad y la salud, el Paraíso y el Infierno son sus frutos.

Muchos creían y nada más creer sentían que su sangre fluía y llenaba su cuerpo marchito, tiraban las muletas y se ponían a bailar. Otros, cuando Jesús ponía la mano sobre sus ojos apagados, sentían que de la punta de sus dedos brotaba una luz, abrían los párpados y lanzaban un grito de alegría: ¡veían!

Mateo, con el cálamo en la mano y los ojos y los oídos bien abiertos, no dejaba escapar ni una palabra, las recogía todas y las registraba en el papel. Así, poco a poco, día a día, se iba articulando en su interior el Evangelio, la Buena Nueva. Arraigaba, echaba ramas, se convertía en un árbol que daría frutos para alimentar a los hombres, a los nacidos y a los por nacer. Mateo se sabía de memoria las Escrituras y veía que lo que decía y hacía el maestro era idéntico a lo que, desde hacía siglos, habían anunciado los profetas. Y si alguna vez las profecías no concordaban con los hechos era porque el cerebro humano tenía dificultad en comprender el sentido oculto que encerraba el texto sagrado. La palabra de Dios tiene siete niveles y Mateo se esforzaba en encontrar en cuál de ellos podía hacer concordar lo que estaba en contradicción. Y si alguna vez se veía obligado a forzar las cosas, Dios lo perdonaría. No sólo lo perdonaría, más aún, era Dios el que quería que lo hiciera. ¿Acaso, cada vez que cogía el cálamo no venía un ángel, se inclinaba sobre su oído y le dictaba lo que debía escribir?

Aquel día, Mateo por primera vez había encontrado por dónde tenía que comenzar y cómo debía abordar la vida y hechos de Jesús: ante todo, dónde había nacido, quiénes fueron sus padres y sus abuelos hasta la decimocuarta generación. Nació en Nazaret ⁶³, de padres pobres, de José el carpintero y de María, la hija de Joaquín y de Ana. Mateo cogió el cálamo e invocó a Dios para que iluminara su mente y le diera fuerzas. Pero cuando empezaba a escribir las primeras palabras, la mano se le paralizó. El ángel se la había cogido y Mateo oyó un ala que batía furiosa en el aire y una voz de trompeta en su oído: «¡No es hijo de José! ¿Qué dice el profeta Isaías? ¡He aquí que la virgen concebirá y parirá un hijo! Escribe: María era virgen, el arcángel Gabriel descendió del cielo a su casa antes de que ningún hombre la tocara y le dijo: “¡Salve, María, llena de gracia, el

Señor es contigo!”. Y al punto su vientre dio fruto. ¿Me oyes? ¡Eso es lo que tienes que escribir! Y no nació en Nazaret, en Nazaret no. Acuérdate del profeta Miqueas: *Y tú, Belén, pequeña entre las mil hijas de Judá, de ti germinará Aquél que reinará sobre Israel y cuya raíz se mantiene desde la eternidad.* Así, pues, Jesús nació en Belén y en un establo. ¿Qué dice el salmo infalible?: *Lo sacó del establo donde mamaban los corderos para convertirlo en pastor de los rebaños de Jacob.* ¿Por qué te detienes? ¡He soltado tu mano, escribe!». Pero Mateo se enfadó. Se volvió hacia el ala invisible, a su derecha, gruñó en voz baja para que no lo oyeran los discípulos que dormían. «¡No es cierto! ¡No quiero! ¡No voy a escribir!». Una risa burlona se oyó en el aire y una voz: «¿Qué sabes tú, puñado de tierra, lo que es verdad? La verdad tiene siete niveles; en el nivel más elevado está entronizada la verdad de Dios y ésta no se parece en absoluto a la verdad del hombre. Y esa es la verdad que te soplo al oído, Mateo evangelista. Escribe: “Siguiendo una estrella llegaron tres magos para adorar al recién nacido...”».

El sudor corría a chorros por la frente de Mateo. «¡No escribiré! ¡No escribiré!» —gritaba—. Pero su mano escribía a toda velocidad.

Jesús oyó en sueños la lucha de Mateo y abrió los ojos. Lo vio inclinado bajo el candil, resoplando. El cálamo corría furioso sobre el papel y chirriaba, a punto de partirse.

—Mateo, hermano —le dijo en voz baja—, ¿por qué refunfuñas? ¿Quién está encima de tu cabeza?

—Rabí —respondió, mientras el cálamo seguía escribiendo—, no me hagas preguntas. Tengo mucha prisa, duérmete.

«Dios debe estar sobre él» —imaginó Jesús y cerró los ojos para no turbar la santa posesión.

[63](#) En efecto, debió haber nacido en Nazaret. Sólo en los *Evangelios de la Infancia*, el de Mateo y el de Lucas, se nos habla de su nacimiento en Belén, seguramente por razones teológicas, para que concordara el hecho con las profecías de Miqueas (siglo III a.C.). Por lo demás, todas las fuentes dicen que provenía de Nazaret (Marcos 19; Mateo 21, 11; Juan 1, 45-46; Hechos 10, 38)

y que era llamado Jesús el nazareno (Marcos 1, 29; 10, 47; 14, 67; 16, 6; y Lucas 4, 34; 24, 19).

XXIV

Los días y las noches pasaban. Llegó una luna, pasó, llegó otra; lluvias, frío, fuego en el hogar, santas ve ladas en casa de la anciana Salomé. Todas las tardes, después de la jornada de trabajo, iban allí los pobres y desamparados de Cafarnaúm y escuchaban al nuevo Consolador. Llegaban pobres y sin consuelo, y volvían a sus miserables chozas ricos y reconfortados. Él trasladaba de la tierra al cielo sus viñas, sus barcas y sus alegrías, les explicaba que el cielo es mucho más seguro que la tierra, y el corazón de los desdichados se llenaba de paciencia y esperanza. Hasta el salvaje corazón de Zebedeo empezó a domesticarse. Poco a poco las palabras de Jesús penetraban en él, embriagaban sutilmente su espíritu, su mundo se diluía, un nuevo mundo flotaba sobre su cabeza; un mundo hecho de riquezas imperecederas y de eternidad. Y en aquel mundo nuevo y extraño, Zebedeo, sus hijos y la anciana Salomé, y hasta sus cinco caiques y sus arcas repletas, vivirían eternamente. Así que no debía protestar al ver que aquellos huéspedes a quienes él no había invitado pasaban días y noches en su casa y se arrellanaban en torno a su mesa. No había duda, la recompensa llegaría.

En pleno invierno vinieron los días soleados del alción; el sol calentó el esqueleto de la tierra, y el almendro del patio de Zebedeo se confundió, creyó que había llegado la primavera y empezó a brotar. Los alciones esperaban aquellos días compasivos para confiar sus huevos a las rocas. Todas las aves de Dios ponen los huevos en primavera, pero los alciones los ponen en pleno invierno. Dios se compadeció de ellos y les prometió que permitiría al sol salir bien caliente algunos días del invierno, por ellos. Y ahora, aquellos adornos del mar estaban felices y revoloteaban gorjeando sobre las aguas y en las peñas

de Genesaret, agradeciéndole a Dios que un año más hubiera mantenido su palabra.

Con el buen tiempo, los discípulos que no habían partido ya se dispersaron por las aldeas vecinas y por los caiques para probar también ellos sus alas. Felipe y Natanael, por tierra, fueron a encontrarse con sus amigos campesinos y pastores para predicarles la palabra de Dios. Andrés y Tomás orientaron sus pasos hacia el lago en busca de los pescadores. Judas partió en solitario hacia la montaña para aplacar su cólera. Eran muchas las actitudes del maestro que le gustaban pero había otras que no podía soportar. Ora el salvaje *Bautizador* bramaba por su boca, ora el antiguo hijo del carpintero continuaba balando: «¡Amor! ¡Amor!». «¿Qué amor, iluminado? ¿A quién había que amar? El mundo se ha gangrenado, necesita un cuchillo: ¡Eso es lo que digo yo!».

Mateo era el único que se quedaba en la casa. No quería alejarse del maestro por si hablaba, para que el viento no se llevara sus palabras. Y si hacía un milagro, Mateo tenía que verlo con sus propios ojos para contarlo. Y además, ¿adónde iba a ir? ¿A quién iba a hablar? Nadie se acercaba a él porque antes había sido un impuro publicano. Así pues, permanecía en la casa en un rincón y miraba a hurtadillas a Jesús, que, sentado en el patio bajo el almendro reverdecido, conversaba con Magdalena echada a sus pies. Le hablaba en voz baja, y Mateo tensaba la oreja para pillar alguna palabra, pero no lo conseguía. Sólo veía la mano del rabí rozar de vez en cuando los cabellos de Magdalena, y su rostro severo y afligido.

Aquel sábado muy de mañana habían llegado peregrinos desde aldeas lejanas, propietarios de Tiberiades, pescadores de Genesaret, pastores de las montañas, para oír al nuevo profeta hablarles del Infierno y del Paraíso, de los desdichados hombres y de la misericordia de Dios. Aquel día brillaba el sol, una bendición de Dios, lo llevarían a la montaña verdeante, se tenderían sobre la hierba tibia para escucharlo y quizá echar un sueñecito en el verde prado. Se reunieron, pues, en la calle, la puerta estaba cerrada y llamaron a gritos al maestro para que saliera.

—Magdalena, hermana —dijo Jesús—, escucha. Los hombres han llegado a buscarme.

Pero Magdalena, perdida en los ojos del rabí, no oyó. Tampoco había oído nada de lo que antes le había estado diciendo el maestro durante tanto rato. Sólo con su voz ya quedaba encantada; el sonido de la voz se lo decía todo. Ella no era un hombre, no tenía necesidad de palabras. Un día le había dicho: «¿Por qué me hablas de vidas futuras, rabí? Las mujeres no somos como los hombres; no necesitamos otras vidas, vidas eternas. Para nosotras, las mujeres, un solo instante con el hombre que amamos es un Paraíso eterno, y un instante lejos del hombre que amamos, un Infierno eterno. Nosotras las mujeres vivimos la eternidad en esta tierra».

—Magdalena, hermana —repitió Jesús—, los hombres han venido a buscarme. Debo ir con ellos.

Se levantó y abrió la puerta. La calle estaba llena de ojos anhelantes, de bocas que vociferaban, de enfermos que gemían y tendían las manos... Magdalena se asomó, se puso la mano en la boca para no gritar. «El pueblo es una fiera, una fiera sanguinaria, lo devorará...» —murmuró mientras lo miraba ponerse al frente, sereno, seguido de la multitud, que bramaba...

Con grandes y firmes zancadas Jesús avanzaba hacia el collado que domina el lago, donde una vez había abierto sus brazos a la multitud y había gritado: «¡Amor! ¡Amor!». Luego su espíritu se había vuelto feroz, el desierto le había endurecido el corazón, y aún sentía sobre sus labios los labios del Bautista como dos brasas. Las profecías centelleaban dentro de él, resucitaban los gritos divinos e inhumanos y veía a las tres hijas de Dios, la Lepra, la Locura y la Hoguera, rasgar el cielo y bajar a la tierra.

Cuando llegó a la cima de la colina y abrió la boca para hablar el antiguo profeta emergió de su interior y empezó a clamar:

—«Ya llega el terrible ejército rugiendo desde los confines de la tierra. Ya llega, terrible y rápido. Ninguno de sus guerreros desfallece de cansancio; ninguno tiene sueño; ninguno duerme. Ninguna correa está floja, ninguna cinta de sandalia, rota. ¡Flechas puntiagudas! ¡Arcos bien tensados! Los cascos de sus

caballos son duros como piedras, las ruedas de los carros, huracanes. Ruge como una leona y amenaza. A quien atrapa lo levanta entre sus dientes y nadie puede salvarlo».

—¿Qué ejército es ése? —gritó un viejo, cuyos cabellos blancos se habían puesto de punta.

—¿Y vosotros, hombres sordos, ciegos e insensatos, preguntáis qué ejército es ése?

Jesús alzó la mano hacia el cielo:

—¡El ejército de Dios, desdichados! De lejos, los guerreros de Dios parecen ángeles, pero de cerca son llamas. Yo mismo los tomé por ángeles el verano pasado en esta misma piedra en la que estoy ahora; los tomé por ángeles y exclamé: «¡Amor! ¡Amor!». Pero el Dios del desierto me abrió los ojos y vi: ¡Son llamas! «¡Ya no os soporto! —clama Dios—, ¡voy a bajar a la tierra!». Un lamento se oyó en Jerusalén y en Roma; un lamento flota sobre las montañas y sobre los sepulcros. La tierra llora a sus hijos. Mis ángeles descienden a la tierra incendiada, buscan con faroles el sitio donde estaba Roma, donde estaba Jerusalén, deshacen las cenizas entre sus dedos, las huelen. Esto debía ser Roma —dicen—. Y esto Jerusalén; y esparcen las cenizas al viento.

—¿No hay salvación? —exclamó una joven madre, apretando a su criatura contra el pecho—. No hablo por mí, hablo por mi hijo.

—¡La hay! —le respondió Jesús—. En cada Diluvio, Dios construye un Arca y a ella confía el fermento del mundo futuro. ¡Yo tengo la llave!

—¿Quiénes se salvarán como fermento? ¿A quiénes salvarás? ¿Tenemos tiempo? —volvió a gritar un viejo, al que le temblaba la mandíbula.

—La ecúmene desfila ante mí y yo escojo. En un lado pongo a todos los que han comido en exceso, han bebido en exceso y han gozado en exceso. En otro, a los hambrientos y a los oprimidos del mundo. A ellos, a los hambrientos y a los oprimidos, los elijo. Ellos son las piedras con las que edificaré la Nueva Jerusalén.

—¿La Nueva Jerusalén? —rugió el pueblo con los ojos en llamas.

—Sí, la Nueva Jerusalén. Tampoco yo lo sabía, Dios me confió el secreto en el desierto. Sólo después de las llamas viene el Amor. Este mundo se convertirá primero en cenizas, y luego Dios plantará su nueva viña. No hay abono mejor que la ceniza.

—¡No hay abono mejor que la ceniza! —resonó como un eco una voz ronca y jubilosa.

Jesús se volvió, sorprendido; le pareció que estaba oyendo su propia voz aunque más grave y más alegre. Vio a Judas detrás de él y se asustó: su rostro irradiaba un resplandor como si las llamas futuras cayeran sobre él y le iluminaran. Fue corriendo a coger la mano de Jesús:

—Rabí —murmuró con inesperada ternura—, rabí...

Nunca en su vida Judas había hablado con tanta ternura a un hombre. Sintió vergüenza. Se agachó, hizo como que buscaba algo en el suelo, encontró una pequeña anémona temprana y la cortó.

* * *

Por la noche, cuando Jesús volvió, se sentó de nuevo ante el fuego y permaneció contemplando fijamente las llamas. Sintió de repente que el Dios de su interior se impacientaba; ya no podía esperar. La pena, la indignación y la vergüenza se apoderaron de él. Aquel día había vuelto a hablar y había agitado llamas sobre la cabeza de los hombres; los pescadores y los campesinos ingenuos se habían asustado por un momento pero no habían tardado mucho en tranquilizarse. Todas aquellas amenazas les habían parecido un cuento y algunos se habían adormecido sobre la hierba cálida arrullados por su voz.

Contemplaba inquieto y en silencio el fuego. Magdalena, de pie en un rincón, lo miraba y quería hablarle, pero no se atrevía. A veces las palabras de la mujer calman al hombre, pero a veces lo exasperan. Magdalena lo sabía y callaba.

Quietud. La casa olía a pescado y a romero. La ventana del patio estaba abierta; en algún lugar cerca de allí debía haber

nísperos en flor y la brisa nocturna traía su aroma dulce y picante.

Jesús se levantó, cerró la ventana. Todos aquellos olores de primavera eran el aliento de la tentación, no eran el aire de su alma. Era ya hora de que partiera y entrara en el aire que le convenía. Dios tenía prisa.

La puerta se abrió, entró Judas. Sus ojos azules enseguida vieron a Jesús con la mirada fija en el fuego, a la esbelta Magdalena, a Zebedeo, que se había quedado dormido y roncaba, y al chupatintas que bajo el candil arañaba y emborrataba el papel... Meneó la cabezota. ¿Aquel era su gran ejército? ¿Así iban a conquistar el mundo? ¿Un iluminado, una furcia, algunos pescadores, un zapatero, un buhonero y un gandul reunidos en Cafarnaúm? Se acurrucó en un rincón. La vieja Salomé ya había puesto la mesa.

—No tengo hambre —gruñó—, tengo sueño.

Y cerró los ojos para no ver.

Los otros se sentaron a cenar. Una palomita de la luz entró por la puerta, revoloteó alrededor de la llama del candil, mariposeó sobre los cabellos de Jesús y luego se paseó por toda la casa.

—Vamos a tener un visitante —dijo la anciana Salomé—. Será bienvenido.

Jesús bendijo el pan, lo repartió, empezaron a comer. Nadie hablaba; el viejo Zebedeo a quien habían despertado para comer no podía soportar tal mutismo, su corazón se angustiaba.

—Hablad, muchachos —dijo, golpeando la mesa con el puño—. ¿Qué es esto? ¿Es que estamos ante un muerto? ¿No habéis oído decir que cuando tres o cuatro están sentados a comer y no hablan de Dios es como si estuvieran en un banquete fúnebre? Me lo dijo una vez el viejo rabino de Nazaret, ¡bendito sea!, y todavía lo recuerdo. Habla, pues, hijo de María. ¡Trae de nuevo a Dios a mi casa! Discúlpame, te llamo hijo de María porque aún no sé cómo llamarte. Unos te llaman hijo del carpintero, otros, hijo de David, hijo de Dios, Hijo del hombre. No saben a qué carta quedarse. Parece que la gente aún no se ha decidido.

—Anciano Zebedeo —respondió Jesús—, innumerables ejércitos de ángeles baten alas en torno al trono de Dios, sus voces son de oro, de plata y de agua cristalina y alaban al Señor desde lejos, pero sólo uno se atreve a acercársele.

—¿Cuál? —dijo Zebedeo, abriendo desorbitadamente los ojos, cargados por el vino.

—El ángel del Silencio —respondió Jesús y volvió a callar.

Al viejo dueño de la casa se le atragantó lo que tenía en la boca, llenó su copa de vino y se la bebió de un trago.

«Este huésped es feroz —pensó—, es como si uno estuviera sentado a la mesa con un león». Y nada más pensarlo, sintió miedo y se levantó.

—Iré a ver al viejo Jonás para charlar un rato como hombres —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

Pero en ese momento se oyeron ligeras pisadas en el patio.

—Aquí está el visitante —dijo la anciana Salomé y se levantó.

Todos se volvieron. En el umbral estaba el anciano rabino de Nazaret.

Había envejecido mucho, estaba consumido. Sólo le quedaban los huesos cubiertos por una piel apergaminada; estrictamente lo justo para que el alma tuviera donde agarrarse y no partir. En los últimos tiempos, el anciano rabino no podía dormir. Y si a veces se quedaba dormido al amanecer y tenía un sueño extraño, siempre era el mismo: ángeles, llamas y Jerusalén, que era una fiera herida, había trepado al monte Sion y aullaba. Hacía dos días, de amanecida, había tenido el mismo sueño. No pudo resistir más, saltó de la cama, salió de su casa, se dirigió al campo, cruzó la llanura de Esdrelón y ante él se alzó el monte Carmelo, hollado por Dios. El profeta Elías seguramente debía estar en la cima y era él quien le había llevado hasta allí y quien le daba fuerza para subir. El sol caía cuando el anciano rabino llegaba a la cumbre de la montaña. Sabía que en la cima sagrada se erguían tres grandes pedruscos, un altar, y a su alrededor, los huesos y los cuernos de las víctimas de los sacrificios... Pero cuando el anciano rabino se acercó y abrió los ojos, dio un grito: no eran piedras. Aquella noche, en la cumbre de la montaña, había tres hombres

gigantescos completamente vestidos de blanco como la nieve y sus rostros eran de luz. En el centro se encontraba Jesús, el hijo de María; a su izquierda, el profeta Elías que empuñaba brasas, y a su derecha, Moisés, con cuernos retorcidos, que sostenía en las manos dos tablas grabadas con letras de fuego... El rabino cayó de bruces en tierra: «¡Adonai! ¡Adonai!» —murmuró temblando—. Sabía que Elías y Moisés no habían muerto, que se presentarían de nuevo en la tierra el día terrible del Señor: Era la señal de que se acercaba el fin de los siglos: se habían presentado, estaban allí. El rabino temblaba. Alzó los ojos para ver: en el crepúsculo brillaban las tres enormes piedras, bañadas por los rayos del sol poniente.

Hacía años que el anciano rabino abría las Escrituras, aspiraba en ellas el aliento de Jehová, y, tras las cosas visibles e invisibles, sabía descubrir el oculto sentido de Dios. Ahora había comprendido. Había cogido del suelo el cayado sacerdotal —¿dónde había encontrado tanta fuerza aquel cuerpo ruinoso?—, y se había encaminado a Nazaret, a Caná, a Magdala, a Cafarnaúm, buscando, pertinaz, al hijo de María. Había sabido que había vuelto del desierto de Judea, y ahora, el rabino, siguiendo sus huellas en Galilea, veía cómo los campesinos y los pescadores iban modelando la leyenda del nuevo profeta —los milagros que hacía, las cosas que decía, cómo la piedra en la que se había subido para hablar se había cubierto de flores...—. Encontró a un viejo en el camino, le preguntó. El viejo alzó los brazos al cielo:

—Era ciego, él me tocó los párpados y me devolvió la luz. «No se lo digas a nadie» —me ordenó—, pero yo recorro los pueblos y lo cuento.

—¿Y ahora dónde está, anciano? ¿Puedes decírmelo?

—Lo dejé en casa del viejo Zebedeo, en Cafarnaúm. Date prisa si quieres encontrarlo antes de que suba al cielo.

El anciano rabino se había puesto en marcha inmediatamente y lo había sorprendido la noche, había encontrado en la oscuridad la casa del viejo Zebedeo y había entrado. La anciana Salomé se levantó para recibirlo.

—¡Salomé! —dijo el rabino al cruzar el umbral—, que la paz reine en esta casa. ¡Que sus dueños gocen de los bienes de Abraham y de Isaac!

Se volvió hacia Jesús y sus ojos se deslumbraron.

—Sobre mí pasan muchos pájaros y me traen noticias de ti. El camino que has tomado es duro y muy largo, hijo mío. ¡Que Dios te asista!

—¡Amén! —respondió Jesús con voz profunda.

El viejo Zebedeo se llevó la mano al corazón para saludarlo:

—¿Qué viento te trae a mi casa, anciano? —dijo.

Se sentó junto al fuego; estaba cansado, tenía frío y hambre, pero no quería comer. Dos o tres caminos se abrían ante él y no sabía cuál coger... ¿Por qué había ido? ¿Para contarle a Jesús la visión? ¿Y si aquella visión no procedía de Dios? El anciano rabino sabía bien que la Tentación puede tomar el rostro de Dios para confundir a los hombres. Si revelaba a Jesús lo que había visto, el demonio de la vanidad podía adueñarse de su alma y entonces se perdería..., y el rabino sería el responsable. ¿No le revelaría el secreto y lo seguiría adonde fuera? ¿Pero era correcto que él, el rabino de Nazaret, siguiera a aquel subversivo osado que se jactaba de traer una nueva Ley? Ahora, cuando venía, ¿no había encontrado a Caná soliviantada a causa de unas palabras contrarias a la Ley que Jesús había pronunciado? Al parecer había salido al campo el santo día del sábado y había visto a un hombre que estaba trabajando, abría acequias, regaba su huerto: «Buen hombre, si sabes lo que haces, dichoso tú, pero si no lo sabes, maldito seas, porque violas la Ley». El anciano rabino se había quedado perplejo al oírlo. «Este rebelde es peligroso —pensaba—, ¡mucho ojo, Simeón, no vayas a perderte ahora a la vejez!».

Jesús fue a sentarse a su lado. Judas, echado en el suelo, había cerrado los ojos, y Mateo, había vuelto a su sitio bajo el candil y esperaba con el cálamo en la mano. Pero Jesús no hablaba. Contemplaba el fuego que devoraba los leños y sentía jadear junto a él al anciano rabino como si aún estuviera caminando.

Entretanto, la anciana Salomé preparaba la cama del rabino para que se acostara; era un hombre viejo, necesitaba un colchón blando y una almohada. Le puso al lado una botija de agua por si sentía sed durante la noche. El viejo Zebedeo comprendió que el nuevo visitante no había ido por él, cogió su garrote y fue a buscar a Jonás para respirar aliento humano. Su casa se había llenado de leones. Magdalena se retiró con Salomé a las habitaciones de dentro para dejar solos al rabino y a Jesús. Presentían que los dos tenían que hablar de grandes secretos.

Sin embargo, ellos no hablaban. Ambos sabían bien que las palabras nunca pueden descargar el corazón del hombre y aliviarlo; eso sólo lo consigue el silencio, y callaban. Las horas pasaban. Mateo se quedó dormido con el cálamo en la mano, Zebedeo se cansó de hablar, volvió a su casa y se acostó junto a su mujer. A medianoche, el rabino se hartó de tanto silencio. Se levantó:

—Hemos hablado mucho esta noche, Jesús —murmuró—. ¡Mañana seguiremos!

Y se fue a la cama con las rodillas vacilantes.

* * *

El sol ascendió, remontó hacia el cielo, era cerca del mediodía y el rabino aún no había abierto los ojos. Jesús estaba en la orilla del lago, hablaba a los pescadores. Se subió a la barca de Jonás para echarle una mano con la pesca. Judas deambulaba solitario, como un perro pastor.

La anciana Salomé se inclinó sobre el rabino para escuchar si respiraba aún. Respiraba. «Gracias a Dios —murmuró—, aún vive». Ya se iba, pero el anciano rabino abrió los ojos, la vio inclinada sobre él, comprendió y sonrió:

—No temas, vieja Salomé —dijo—, no estoy muerto; todavía no puedo morirme.

—Hemos envejecido —respondió Salomé severamente—, los dos somos viejos, nos alejamos de los hombres, nos acercamos

a Dios. Nadie puede saber la hora y el momento. Es un pecado, creo yo, decir: «Todavía no puedo morirme».

—Todavía no puedo morirme, señora Salomé —insistió el rabino—. El Dios de Israel me dio su palabra: «Simeón, no morirás antes de haber visto al Mesías».

Al decirlo sus ojos se dilataron desmesuradamente. ¿Y si ya había visto al Mesías? ¿Y si el Mesías era Jesús? En ese caso, ¡le había llegado la hora de morir! Un sudor frío lo inundó. No sabía si alegrarse o gemir. Su alma se regocijaba: ¡había llegado el Mesías! Pero su cuerpo achacoso no quería morir...

Se levantó resollando, se arrastró hasta el umbral y se sentó para calentarse al sol y se sumergió en sus reflexiones.

Hacia el anochecer volvió Jesús, agotado. Había pescado durante todo el día con el viejo Jonás, la barca estaba a rebosar de peces. Jonás, loco de contento, había abierto la boca para hablar pero se había arrepentido. Se metió hasta la rodilla en los peces que aún saltaban, miraba a Jesús y reía.

* * *

Aquella misma noche, los discípulos regresaron de las aldeas vecinas. Se sentaron en cuclillas alrededor de Jesús y empezaron a contarle todo lo que habían visto y hecho: habían proclamado a los campesinos y a los pescadores que había llegado el día del Señor. Ahuecaban la voz para asustarles. Pero los otros escuchaban sin inmutarse, mientras remendaban las redes o cavaban el huerto; de vez en cuando sacudían la cabeza, decían: «Ya veremos... Ya veremos...», y cambiaban de conversación.

Y mientras hablaban, he aquí que llegan los tres Apóstoles. Al verlos Judas, que estaba sentado aparte, callado, no pudo contener la risa:

—¡Vaya facha que traéis, Apóstoles! —exclamó—. ¡Os han debido moler a palos, desgraciados!

Y era verdad. Pedro tenía hinchado el ojo derecho y le lloraba, las mejillas de Juan estaban llenas de arañazos y de sangre y Santiago cojeaba.

—Rabí —dijo Pedro, lanzando un profundo suspiro—, ¡la palabra de Dios es un quebradero de cabeza! ¡Un grave problema!

Todos se echaron a reír. Pero Jesús los miraba pensativo.

—Nos han zurrado bien la badana —prosiguió Pedro, que estaba impaciente por contarle todo y relajarse—. En un principio acordamos que cada cual tomara un camino, pero luego nos dio miedo ir solos, volvimos a juntarnos los tres y empezamos la predicación. Yo me subía a una piedra o a un árbol de la plaza del pueblo, daba unas palmadas o me ponía los dedos en la boca y silbaba y la gente acudía. Cuando había muchas mujeres hablaba Juan, por eso tiene las mejillas llenas de arañazos. Cuando había muchos hombres hablaba Santiago, con su vozarrón, y cuando se quedaba ronco me levantaba a hablar yo. ¿Qué decíamos? Lo que dices tú mismo. Pero a nosotros nos recibían con cáscaras de limones y nos abucheaban porque llevábamos, según ellos, el fin del mundo, caían sobre nosotros, las mujeres con las uñas, los hombres con los puños, ¡y mira cómo venimos!

Judas volvió a reír a mandíbula batiente, pero Jesús se volvió, lo miró severamente y cerró su insolente boca.

—Sabía que os enviaba como corderos a los lobos —dijo—. Os insultarán, os lapidarán, os llamarán inmorales porque lucháis contra la inmoralidad, os calumniarán diciendo que queréis destruir la fe, la familia y la patria, porque nuestra fe es más pura, nuestra casa más amplia y nuestra patria, el mundo. Apretaos bien el ceñidor, compañeros, despedíos del pan, de la alegría y de la seguridad. ¡Vamos a una guerra!

Natanael se volvió, miró a Felipe, inquieto, pero este le hizo un gesto como diciéndole: «No temas, habla así para ponernos a prueba...».

El rabino había vuelto a echarse en la cama, estaba muy cansado, pero mantenía la mente despierta y lo veía y oía todo. Había tomado una decisión y estaba tranquilo. Una voz se había alzado en su interior —¿la suya?, ¿la de Dios? Puede que fuera la de ambos—, y le había ordenado: «¡Simeón, síguelo a donde vaya!».

Pedro se disponía a reanudar su relato, tenía más cosas que contar, pero Jesús tendió la mano:

—¡Es suficiente! —dijo.

Se levantó. Ante sus ojos se irguió Jerusalén, salvaje, ensangrentada, en el colmo de la desesperación, que es por donde comienza la esperanza. Cafarnaúm desapareció, y también los ingenuos pescadores y campesinos, el lago de Genesaret se hundió en sus entrañas. La casa de Zebedeo menguó, las cuatro paredes se acercaron, lo tocaron, sentía que se asfixiaba. Se dirigió a la puerta, la abrió.

¿Qué hacía allí, comiendo y bebiendo mientras las mujeres le encendían la lumbre para que se calentara y le ponían la mesa mañana y tarde, y se pasaba el día pescando? ¿Así iba a salvar el mundo? ¿No le daba vergüenza?

Salió al patio. Soplaban una brisa cálida que agitaba suavemente el follaje de los árboles. Las estrellas formaban guirnaldas en el cuello y en los brazos de la noche. Y bajo sus pies sentía en la tierra un cosquilleo, como si innumerables bocas mamaran de sus ubres.

Volvió el rostro hacia el sur, hacia la santa Jerusalén. Parecía que escrudiñaba, como si quisiera distinguir en la oscuridad su rostro duro, hecho de piedras ensangrentadas. Y en el momento en que su espíritu anhelante, desesperado, cruzaba como un torrente las montañas y los campos y estaba a punto de tocar la Ciudad Santa, de repente le pareció como si una gran sombra se hubiera movido en el patio bajo el almendro repleto de brotes, y súbitamente se alzó en el aire oscuro, más tenebrosa aún que las tinieblas —por eso la distinguió— su gigantesca compañera de viaje. En la quietud de la noche oía con toda claridad su respiración profunda. No se asustó: hacía mucho tiempo que estaba acostumbrado a su aliento; esperaba. Y lentamente, imperiosamente, oyó bajo el almendro una voz sosegada:

—¡Vamos!

Juan había salido al patio, estaba inquieto, le parecía haber oído una voz en la oscuridad.

—Rabí —murmuró—, ¿con quién hablas?

Pero el maestro entraba ya en la casa, alargó la mano, cogió del rincón el cayado de pastor:

—¡En marcha, compañeros! —dijo.

Se dirigió a la puerta sin volverse a mirar si alguien le seguía.

El rabino saltó de la cama, se ajustó firme el ceñidor, cogió el cayado sacerdotal.

—Voy contigo, hijo mío —dijo y se encaminó el primero hacia la puerta.

La anciana Salomé que estaba hilando se levantó, puso la rueca sobre el arca.

—Yo también voy —dijo—. Zebedeo, te dejo las llaves. ¡Adiós!

Se desenganchó las llaves del ceñidor y se las entregó a su marido. Se cubrió la cabeza con el manto, miró la casa toda en rededor, meneó la cabeza, se despidió de ella. Su corazón se transformó de pronto en un corazón de veinte años. Magdalena, silenciosa, feliz, se levantó.

Los discípulos también se levantaron, se miraban unos a otros, alterados.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tomás, colgándose la trompeta en el cinturón.

—¡Estas no son horas! ¿Por qué tanta prisa? ¿No es mejor mañana por la mañana? —dijo Natanael y miró malhumorado a Felipe.

Pero Jesús ya había cruzado el patio a grandes zancadas y se dirigía hacia el sur.

XXV

Se tambalearon los cimientos del mundo porque el corazón del hombre fue sacudido. Estaba aplastado bajo esas piedras llamadas Jerusalén, bajo profecías, juicios finales, maldiciones, fariseos, saduceos, ricos ahítos y pobres hambrientos, y también bajo el Dios Jehová, de cuyas barbas y bigotes chorreaba hacia el abismo la sangre de los hombres por los siglos. Desde cualquier parte que intentaras acercarte a él, rugía. Si se le decía una palabra amigable, alzaba el puño: «¡Quiero carne!» —gritaba—. Y si se le ofrecía en sacrificio un cordero o al propio primogénito: «¡No quiero carne! —gritaba— ¡no rasguéis vuestras vestiduras, desgarrad vuestro corazón, transformad vuestra carne en espíritu y el espíritu en oración y esparcidla al viento!».

El corazón estaba aplastado bajo el peso de los seiscientos trece mandamientos escritos de la Ley y bajo los mil mandamientos no escritos y no podía latir. Estaba sepultado bajo los Génesis, los Levíticos, los Números, los Jueces, los Reyes y no podía latir.

Y de repente, en el momento menos esperado, sopló una leve brisa, procedente no del cielo, sino de la tierra, y las entretelas del corazón del hombre se agitaron. De pronto, esas piedras llamadas Jerusalén, las profecías, las maldiciones, los fariseos, los saduceos, los Jueces y los Reyes, se rajaron, se inclinaron y empezaron a desmoronarse, primero en el corazón, luego en el cerebro y por último, sobre la tierra, y el soberbio Jehová volvió a ceñirse el delantal de cuero de Maestro Albañil, volvió a coger el nivel de agua y la medida, bajó a la tierra y se puso a derribar el pasado y a construir con los hombres el futuro. Y comenzó por el Templo de los hebreos, en Jerusalén.

Todos los días Jesús, de pie sobre las losas regadas de sangre, miraba aquel abigarrado Templo y sentía que su corazón

daba golpes como si fuera un martillo y lo derribaba. Aún permanecía erguido, brillando al sol, como un toro coronado de cuernos dorados. Con los muros recubiertos de arriba abajo de mármol con vetas azules, el Templo parecía que navegaba en un mar proceloso. Tres terrazas se escalonaban a sus pies, la inferior, la más vasta, destinada a los idólatras; la de en medio para el pueblo de Israel, y la superior para los veinte mil levitas que lavaban, almohazaban, iluminaban, apagaban y lustraban el Templo... Día y noche se quemaban siete clases de incienso y el humo era tan denso que los carneros estornudaban en siete millas a la redonda.

La humilde Arca ancestral que los antepasados nómadas habían transportado en el desierto y que contenía la Ley, había anclado en aquella cima de Sion, había echado raíces, había crecido, se había recubierto de maderas de ciprés, de oro y de mármol y se había transformado en un Templo. Al principio, el Dios salvaje del desierto no aceptaba entrar y vivir en una casa, pero le gustó tanto el olor de la madera de ciprés, del incienso y del humo de la carne asada de los sacrificios que un día tendió el pie y entró.

Hacía dos lunas que Jesús había llegado de Cafarnaúm y todos los días se situaba ante el Templo y lo contemplaba y cada día le parecía verlo por primera vez y esperaba encontrarlo destruido y poder caminar sobre sus ruinas y pasar. Ya no lo quería ni le tenía respeto. En su corazón ya estaba derribado.

Un día que el anciano rabino le había preguntado por qué no entraba en el Templo a orar como los demás, había sacudido la cabeza y había respondido:

—Durante años he girado alrededor del Templo, ahora el Templo gira a mi alrededor.

—Has dicho palabras graves, Jesús —le respondió el rabino, metiendo la anciana cabeza entre los hombros—. ¿No tienes miedo?

—Cuando digo «yo» —respondió Jesús— no habla este cuerpo, que es arcilla; no habla el hijo de María, que también es arcilla con una pequeña chispa de fuego dentro. «Yo» en mis labios, anciano rabino, quiere decir Dios.

—¡Es una blasfemia aún más terrible! —clamó el anciano, cubriéndose el rostro.

—Soy el Santo Blasfemador, no lo olvides —respondió Jesús riendo.

Otro día que vio a sus discípulos mirar extasiados el soberbio edificio, montó en cólera:

—¿Admiráis el Templo? —les dijo en tono sarcástico—. ¿Cuántos años tardaron en construirlo? ¿Veinte años, diez mil obreros? Yo lo derribaré en tres días. ¡Miradlo bien por última vez, decidle adiós, porque no quedará de él piedra sobre piedra!

Los discípulos retrocedieron aterrados. ¿Había perdido el juicio el maestro? En los últimos tiempos se había vuelto intransigente y extraño, y sobre todo terco. Sobre él soplaban vientos extraños y mudables, a veces su rostro resplandecía como el sol naciente y todo a su alrededor era como una alborada. Otras veces, su semblante era sombrío y sus ojos rebosaban desesperación.

—Rabí —se atrevió a decir Juan—, ¿no te da pena de él?

—¿De quién?

—Del Templo. ¿Por qué quieres derribarlo?

—Para construir uno nuevo. En tres días construiré uno nuevo, pero antes éste ha de dejarme vacío el lugar que ocupa.

Empuñaba el cayado de pastor que le había regalado Felipe y lo batía en las losas. El viento de la ira soplaba sobre él. Miraba a los fariseos que pasaban tropezando y se golpeaban contra los muros, como si el resplandor de Dios, demasiado intenso, los cegara:

—¡Hipócritas! —les gritaba—. ¡Si Dios cogiera el cuchillo y desgarrara vuestro corazón, saldrían de él serpientes, escorpiones e inmundicias!

Los fariseos le oían y se enfurecían, y tomaban la secreta decisión de sellar con tierra aquella boca temeraria.

El anciano rabino tapó con su mano los labios de Jesús para que no gritara:

—¿Te estás buscando la muerte? —le había dicho un día, con los ojos llenos de lágrimas—. Los escribas y fariseos van

continuamente a casa de Pilato y le piden tu muerte, ¿no lo sabes?

—Lo sé, anciano —respondió Jesús—. Lo sé. Pero también sé otras cosas, otras muchas cosas.

Ordenaba a Tomás que tocara el cuerno, subía a la explanada acostumbrada, en el pórtico de Salomón, y se ponía a predicar:

—¡Ya llega, ya está aquí, el día del Señor!

Todos los días gritaba, de la mañana a la puesta de sol, para obligar al cielo a abrirse y lanzar sus llamas. Porque él sabía muy bien que la voz del hombre tiene irresistibles poderes mágicos: se grita al fuego y al frescor, al Infierno y al Paraíso: «¡Ven! ¡Ven!», y vienen. Del mismo modo llamaba él al Fuego. El Fuego purificaría el mundo, abriría camino al Amor. Los pies del Amor siempre se alegran de caminar sobre cenizas.

—Rabí —le dijo un día Andrés—, ¿por qué ya no ríes? ¿por qué no te muestras amable como antes? ¿por qué constantemente estás enfurecido?

Pero él no respondió ¿Qué iba a decirle? Y además, ¿cómo podría comprender el corazón ingenuo de Andrés? «Este mundo tiene que ser aniquilado de raíz para plantar en su lugar uno nuevo; la antigua Ley debe ser destruida, ¡yo la destruiré! Es preciso grabar una nueva Ley sobre las tablas del corazón y seré yo quien la grabe. ¡Ampliaré la Ley para que en ella tengan cabida enemigos y amigos, judíos e idólatras, y para que florezcan los diez mandamientos! Por eso he venido a Jerusalén. Aquí se abrirán los cielos. ¿Qué será lo que baje del cielo? ¿El gran milagro o la muerte? Será lo que Dios quiera. Yo estoy preparado para ascender al cielo o precipitarme en el reino de los muertos. ¡Decide tú, Señor!».

Se acercaba la Pascua. Una dulzura primaveral inesperada se había extendido por el duro rostro de Judea. Las rutas de la tierra y del mar se habían abierto y llegaban peregrinos desde los cuatro extremos del mundo hebreo. Las terrazas del Templo bramaban; apestaban por el olor de los animales degollados, del estiércol y de los hombres.

Aquel día se habían reunido ante el pórtico de Salomón gran número de menesterosos y tullidos, rostros macilentos y

hambrientos, ojos que abrasaban. Miraban torvamente a los saduceos bien alimentados, a los ricos propietarios satisfechos y a sus mujeres cargadas de pesadas joyas de oro.

—¿Hasta cuándo vais a reír a carcajadas? —gruñó un hombre—. No vamos a tardar en degollarlos. Lo ha dicho el maestro: «Los pobres matarán a los ricos y se repartirán sus bienes».

—No entendiste bien, Manasés —le dijo un hombre pálido, con ojos y pelo de oveja—. Ya no habrá ricos y pobres, todos serán uno. Esto quiere decir reino de los cielos.

—Reino de los cielos quiere decir —selló otro jayán— que se vayan los romanos. El reino de los cielos no es posible con los romanos.

—No has comprendido las palabras del maestro, Aarón —dijo un hombre entrado en años con labios de liebre, meneando la pelada cabeza—. No hay israelitas y romanos y griegos y caldeos, ni beduinos. Todos somos hermanos.

—¡Todos ceniza! —exclamó otro—. Eso es lo que entendí yo, lo escuché con mis propios oídos. El maestro dijo: «Los cielos se abrirán, el primer diluvio fue de agua, este será de fuego. ¡Todos, ricos y pobres, israelitas y romanos quedarán reducidos a cenizas!».

—«El olivo será sacudido, pero quedarán dos o tres aceitunas en las ramas altas». Lo ha dicho el profeta Isaías. ¡Ánimo, muchachos! Nosotros seremos las aceitunas que quedarán en el árbol. Sólo hace falta que mantengamos cerca al maestro, ¡que no se nos escape! —dijo un hombre negro como un tizón, con ojos de grillo, y clavó la vista en el blanco y polvoriento camino de Betania—. Hoy se está retrasando —murmuró—, se está retrasando... ¡Estad alerta, muchachos, que no se nos escape!

—¿Adónde habrá ido? —dijo el viejo de labios de liebre—. Dios le dijo que luchara en Jerusalén. ¡Aquí luchará!

El sol estaba ya en lo alto del cielo, las baldosas humeaban y con el fuerte calor, el hedor se hacía más intenso. Santiago, el fariseo, pasó con los brazos llenos de amuletos pregonando las propiedades de cada uno de ellos: «Estos curan la viruela, el prurito, la erisipela. Éstos expulsan los demonios del cuerpo; éste, el más poderoso, el más caro, mata a tus enemigos...». Vio

a los menesterosos y a los tullidos y los reconoció. Su boca venenosa soltó una risa maliciosa:

—¡Idos al diablo! —y escupió tres veces al aire.

Mientras los menesterosos y tullidos discutían, tergiversando cada uno las palabras del maestro según los deseos de su corazón, un anciano gigantesco y respetable, con un bastón largo, surgió ante ellos sudoroso, lleno de polvo y su rostro ancho y sin arrugas resplandecía.

—¡Melquisedec! —exclamó el de los labios de liebre—. ¿Qué buenas nuevas traerá de Betania? Su rostro está radiante.

—Alegraos y regocijaos, hijos míos —exclamó el anciano notable, y se puso a abrazarlos a todos y a llorar—. ¡Ha resucitado un muerto; lo vi con mis propios ojos, salió de la tumba y caminó! ¡Le dieron agua y la bebió, le dieron pan y se lo comió! ¡Habló!

—¿Quién? ¿Quién ha resucitado? ¿Quién ha sido resucitado?

Todos cayeron sobre el anciano acribillándolo a preguntas. La gente que estaba en los pórticos cercanos le oyó y acudieron; se acercaron también algunos levitas y fariseos. Barrabás pasaba por allí, vio el alboroto y se acercó también. Melquisedec se sintió satisfecho de que tanta gente estuviera pendiente de sus labios, se apoyó en el bastón y empezó a hablar con orgullo:

—Lázaro, el hijo de Eliacín —¿quién lo conoce?—. Murió hace unos días y lo enterramos. Pasó un día, pasaron dos, tres y lo olvidamos. Cuando al cuarto día oímos unas voces en el camino, salgo precipitadamente, veo a Jesús, el hijo de María, de Nazaret, y a las dos hermanas de Lázaro, echadas a sus pies, besándoselos, y llorando por su hermano.

»—Rabí, si hubieras estado con él no habría muerto... — gritaban, mesándose los cabellos.

»—¡Tráelo del mundo de los muertos, rabí! ¡Llámallo y vendrá!

»Jesús las tomó de la mano, las levantó del suelo.

»—Vamos —dijo.

»Todos corrimos detrás de ellos, llegamos a la tumba. Jesús se detuvo, la sangre le subió a la cabeza. Sus ojos se pusieron a girar, perdieron el iris, se quedaron en blanco, profirió un mugido, como si fuera un toro. Todos nos aterrorizamos.

»De pronto, mientras todo él temblaba puesto en pie, lanzó un grito salvaje, su voz era distinta, como de otro mundo. Así deben gritar los arcángeles cuando están encolerizados.

»—¡Lázaro, sal fuera!

»Súbitamente oímos que en la tumba la tierra se movía y se agrietaba, la losa sepulcral empezó a desplazarse y a elevarse lentamente, muy lentamente. Un terror, un espanto. Jamás en mi vida he temido tanto a la muerte como temí aquella resurrección. Os lo juro, si me preguntaran: «¿Qué prefieres ver, un león o una resurrección?». Diría: «Un león».

—¡Señor, ten piedad! ¡Señor, ten piedad! —clamaba el pueblo, llorando—. ¡Sigue hablando, sigue hablando, Melquisedec!

»Las mujeres chillaban, muchos hombres se ocultaron detrás de las piedras, y los que nos quedamos allí, temblábamos. La losa se iba elevando lentamente; vimos dos brazos amarillentos y luego una cabeza verdosa, agrietada, llena de tierra; después, el cuerpo esquelético envuelto en el sudario... Adelantó un pie, luego el otro, salió. Era Lázaro».

El anciano notable se detuvo. Se enjugó con la ancha manga el sudor que lo bañaba. A su alrededor el pueblo aullaba; unos lloraban, otros bailaban. Barrabás levantó su velluda manaza:

—¡Mentiras! ¡Mentiras! —gritó—. Es un emisario de los romanos. Lo tenía todo preparado con Lázaro. ¡Abajo los traidores!

—¡Cállate! —se oyó una voz feroz a sus espaldas—. ¿Qué dices de los romanos?

Todos se volvieron e inmediatamente retrocedieron. El centurión Rufo se dirigía hacia Barrabás con el látigo en alto. Una niña pálida y rubia lo retenía por el brazo. Había oído lo que decía Melquisedec y de sus ojos verdes fluían abundantes lágrimas. Barrabás se deslizó por entre la masa humana y desapareció. Tras él corrió Santiago, el fariseo, con los amuletos; lo alcanzó detrás de una columna. Allí, con las cabezas unidas, mantuvieron una conversación en voz baja. Bandido y fariseo se hermanaron. Barrabás fue el primero en hablar:

—¿Tú crees que es cierto? —le preguntó inquieto.

—¿Qué?

—Que ha resucitado a un muerto...

—Escucha bien lo que voy a decirte: Yo soy fariseo, tú, zelote. Hasta ahora yo decía que Israel sólo se salvará por medio de la oración, los ayunos y la santa Ley. Pero ahora...

—¿Ahora? —preguntó el zelote y sus ojos lanzaban chispas.

—Ahora, zelote, te doy la razón. La oración y el ayuno no bastan. Ahora es preciso el puñal. ¿Comprendes?

Barrabás sonrió:

—¿A mí me lo vas a decir? No hay mejor oración que el puñal. ¿Entonces?

—Comencemos por éste.

—¿Por quién? Habla claro.

—Por Lázaro. Es absolutamente necesario que lo hagamos bajar de nuevo a la tumba. Mientras el pueblo siga viéndolo dirá: «Estaba muerto y el hijo de María lo resucitó». Y la fama del falso profeta crecerá... ¡Tienes razón, Barrabás! Es un agente de los romanos y proclama: «¡No os preocupéis por el reino de la tierra, mirad al cielo!». Y así, mientras nosotros miramos al cielo con la boca abierta, los romanos seguirán sentados en nuestro cogote, ¿comprendes?

—¿Entonces? ¿Debemos matarlo aunque sea tu hermano?

—No es mi hermano. Yo no lo quiero. ¡Te lo entrego! —gritó el fariseo e hizo ademán de rasgarse las vestiduras—. ¡Te lo entrego!

Dijo, se alejó de la columna y se puso de nuevo a pregonar sus amuletos. Había enardecido a Barrabás, estaba satisfecho.

La turba de pobres congregada en el pórtico de Salomón desistió de esperar a Jesús y empezó a dispersarse. El anciano Melquisedec compró dos pichones blancos para ofrecérselos en sacrificio al Dios de Israel, para agradecerle que se hubiera apiadado de su pueblo y le hubiera enviado, después de tantos años, un nuevo profeta.

Las piedras echaban fuego, los rostros de los hombres perdieron nitidez en aquella intensa luz. De pronto se alzó una polvareda en el camino de Betania, se oyeron voces de júbilo, todo el pueblo se había puesto en marcha y se dirigía a Jerusalén. Delante iban los niños con palmas y ramas de laurel,

detrás de las palmas, Jesús, cuyo rostro resplandecía, y tras él, los discípulos, sobreexcitados, como si cada uno de ellos hubiera resucitado a un muerto. Los últimos, los habitantes de Betania, afónicos de tanto gritar. Todos corrían hacia el Templo. Jesús subió los peldaños de dos en dos, cruzó la primera terraza, llegó a la segunda. Su rostro y sus manos irradiaban una luz salvaje y nadie podía acercársele. Por un instante, el anciano rabino, que corría sin resuello detrás de él, intentó cruzar el círculo invisible en torno al maestro, pero al punto retrocedió como si las llamas lo hubieran lamido.

Ahí estaba, recién salido del horno de Dios, y su sangre todavía estaba hirviendo. No podía aún creerlo, no quería, ¿tan grande era la fuerza de su alma? ¿Podía ordenar a las montañas «¡venid!», y las montañas irían? ¿Obligar a la tierra a abrirse y dejar salir a los muertos? ¿Destruir el mundo en tres días y en tres días volver a construirlo? Pero si la fuerza del alma era tan poderosa, entonces todo el peso de la perdición o de la salvación recaían sobre las espaldas del hombre. Las fronteras entre Dios y el hombre se confundían... Un pensamiento aterrador, peligroso. Las sienas de Jesús crujían.

Había dejado a Lázaro envuelto en el sudario, de pie sobre la tumba y se había dirigido con una prisa extraña hacia el Templo de Jerusalén. Por primera vez sentía de forma indefectible que aquel mundo tenía que acabarse para que de las tumbas surgiera una nueva Jerusalén. Había llegado el momento. Aquella era la señal que esperaba: el mundo completamente corrompido era un Lázaro, había llegado la hora de gritar: «¡Mundo levántate!». Tenía una misión. Y lo que era más terrible, tenía además la fuerza para llevarla a cabo. Ahora lo sentía. Ya no le era posible zafarse diciendo «¡no puedo!». Podía, y si el mundo no se salvaba, sobre él debía caer toda la culpa.

La sangre se agolpó en la cabeza de Jesús, vio a su alrededor a las desarrapados y oprimidos que lo miraban y tenían puestas en él todas sus esperanzas. Dio un terrible grito, saltó a la escalinata. El pueblo se agolpó a su alrededor, los ricos y bien alimentados se detuvieron a escucharlo riendo por lo bajo. Jesús se volvió, los vio, levantó el puño:

—¡Escuchad, ricos —gritó—, escuchad, poderosos de este mundo, la injusticia, la ignominia y el hambre no pueden seguir prevaleciendo! Dios frotó mis labios con un ascua ardiendo y gritó: «¿Hasta cuándo permaneceréis tendidos en vuestros lechos de marfil, en vuestros mullidos colchones? ¿Hasta cuándo vais a seguir devorando la carne del pobre y bebiéndoos su sudor, su sangre y sus lágrimas? ¡Ya no puedo soportaros más! —grita mi Dios—, ¡llega el fuego y los muertos resucitan! ¡Ha llegado el fin de los siglos!».

Dos gigantes andrajosos lo cogieron, se lo llevaron en volandas. La muchedumbre se apretujó, agitando las ramas. La cabeza ardiente del profeta humeaba:

—¡No he venido a traer paz al mundo, sino una daga! —gritó—. ¡Introduciré la discordia en las familias y por mi causa el hijo levantará la mano contra su padre, la hija contra su madre y la nuera contra la suegra! El que me sigue a mí, lo deja todo; el que por mí pierde esta vida temporal gana la eterna.

—¿Qué dice la Ley, subversivo? —resonó una voz violenta—. ¿Qué dicen las Sagradas Escrituras, Lucifer?

—¿Qué dicen los grandes profetas Jeremías y Ezequiel? —respondió Jesús y sus ojos refulgían—. ¡Aboliré la Ley que está grabada en las tablas de Moisés y grabaré una nueva Ley en el corazón de los hombres! ¡Extraeré el corazón de piedra que ahora tienen los hombres y les introduciré un corazón de carne, y en él plantaré una nueva esperanza! ¡Yo grabo en los nuevos corazones la nueva Ley y yo soy la nueva esperanza! Amplió los límites del amor; abro las cuatro grandes puertas de Dios —el oriente, el occidente, el norte y el sur— para que entren todas las naciones. ¡El seno del Señor no es judío, en él tiene cabida todo el mundo! ¡Dios no es israelita, es un espíritu inmortal!

El anciano rabino se ocultó el rostro entre las manos. Quería gritar: «¡Jesús, cállate, es una terrible blasfemia!», pero no tuvo tiempo: estallaron feroces alaridos, los pobres aullaban de alegría, los levitas proferían insultos y Santiago, el fariseo, se rasgó las vestiduras y lanzó un escupitajo. El rabino se marchó: «Está perdido —murmuraba y lloraba mientras caminaba—. Está perdido, ¿Qué demonio, qué Dios grita dentro de él?».

Caminaba, los pies se le enredaban de cansancio. Durante aquellos días y aquellas semanas que iba tras Jesús, intentando comprender quien era, su ruinoso cuerpo se había consumido del todo, no le quedaban sino huesos cubiertos por una piel apergaminada. A ellos estaba aferrada el alma y esperaba. ¿Era o no era aquel el Mesías que Dios le había prometido? Los milagros que hacía podía hacerlos Satanás; él también podía resucitar a los muertos, de modo que los milagros no bastaban al rabino para sacar una conclusión. Tampoco le bastaban las profecías. Satanás es un arcángel todopoderoso y muy astuto, y puede hacer que las palabras y las obras de Jesús se ajusten perfectamente a las santas profecías para engañar a los hombres. Por eso el rabino no podía dormir por la noche y pedía a Dios que se compadeciera de él y le diera una señal segura... ¿Qué señal? El rabino lo sabía bien: la muerte, su propia muerte. Pensaba en esta señal y sentía un escalofrío.

Corría en medio del polvo, tropezando. En lo alto del cerro apareció, devorada por el sol, Betania. Comenzó a subir la cuesta, resollando.

La casa de Lázaro estaba abierta y continuamente entraban y salían campesinos para ver y tocar al resucitado, comprobar si respiraba, si hablaba, si verdaderamente estaba vivo o era un fantasma. Lázaro, fatigado, estaba sentado en silencio en el rincón más hondo de la casa porque le molestaba la luz. Tenía los pies, los brazos y el vientre hinchados, de un color verdoso, como un cadáver de cuatro días. Su rostro abotagado estaba completamente agrietado y rezumaba una aguaza amarillenta que le manchaba el sudario blanco que aún llevaba —se le había pegado a la piel y no podía quitárselo.

Al principio despedía un olor horrible y los que se le acercaban se tapaban la nariz, pero poco a poco el hedor había ido disminuyendo y ahora sólo olía a tierra húmeda y a incienso. De vez en cuando se sacudía con la mano la hierba que tenía enredada en la barba y en los cabellos. Sus hermanas, Marta y María, le quitaban la tierra y los pequeños gusanos que habían quedado sobre él. Una vecina compasiva le había llevado una gallina y ahora la anciana Salomé, acuclillada ante el hogar,

estaba haciendo caldo para que el resucitado lo bebiera y recobraba las fuerzas. Los campesinos llegaban, se sentaban un rato, lo observaban atentamente y le hablaban, y él respondía con aire aburrido, «sí», «no», dos palabras. Y venían otros de la aldea o de aldeas vecinas... Aquel día había llegado el notable ciego, había tendido ávidamente la mano para palparlo, se había echado a reír.

—¿Lo has pasado bien en el otro mundo? —le preguntó—. Te felicito, Lázaro, ahora conoces todos los secretos del mundo subterráneo, pero no los reveles, desdichado, no vaya a ser que la gente de aquí arriba se vuelva loca.

Se inclinó sobre su oído:

—¿Gusanillos, eh? Nada más, ¿eh? —le preguntó medio en broma, medio asustado.

Esperó un buen rato, pero Lázaro no respondió. El ciego se enfadó, agarró el bastón y se marchó.

Magdalena, en la puerta de la casa, oteaba a lo lejos el camino que lleva a Jerusalén. Su corazón lloraba como el de un niño de pecho. Todas las noches tenía malos sueños: soñaba que Jesús se había casado y esto significa muerte, y la noche última había soñado que era un pez volador que había abierto las alas, había saltado fuera del agua y había caído en tierra. Se agitaba sobre los guijarros de la orilla, intentaba abrir otra vez las alas, no podía y se asfixiaba. Sus ojos se pusieron vidriosos, se volvió y la miró, ella corrió a cogerlo para devolverlo al mar, pero cuando se inclinó y lo cogió ya estaba muerto. Y mientras lo tenía en las manos y lo lloraba y sus lágrimas caían sobre él, crecía, ocupaba sus brazos y se transformaba en un hombre muerto.

—No permitiré que vaya a Jerusalén..., no lo permitiré... —suspiró y miraba hacia el camino blanco por si aparecía.

Pero en lugar de Jesús, en el camino de Jerusalén apareció su anciano padre, el rabino, encorvado, tambaleándose. «Pobre viejo —pensó Magdalena—, en el estado en que está quiere seguir al rabí a donde vaya, como un perro fiel. De noche le oigo levantarse, salir al patio, prosternarse y gritar a Dios: “¡Ayúdame,

mándame una señal!”. Pero Dios lo abandona y lo martiriza, él supone que porque lo ama, y así se consuela el desdichado...».

Ahora lo veía subir la cuesta, apoyado en el cayado, deteniéndose de vez en cuando para mirar atrás, a Jerusalén, y abrir los brazos para cobrar aliento... En aquellos días en Betania, en los que habían estado juntos padre e hija, los dos habían olvidado el pasado, ahora se hablaban. El anciano había visto que su hija había dejado el mal camino y la había perdonado. Las lágrimas lavan todas las faltas, el rabino lo sabía bien, y Magdalena había llorado mucho.

El anciano llegó desfallecido, Magdalena se apartó de la puerta para dejarle pasar, pero él se detuvo y le cogió las manos, suplicante:

—Magdalena, hija mía —le dijo—, eres mujer, tus lágrimas tienen un gran poder. Suplícale que no vuelva a Jerusalén. Hoy los escribas y los fariseos estaban aún más furiosos que otros días; vi que hablaban en secreto entre ellos, sus labios destilaban veneno, están tramando su muerte.

—¡Su muerte! —dijo Magdalena y su pecho se acongojó—. ¡Su muerte! ¿Pero él puede acaso morir, padre?

El anciano rabino miró a su hija, sonrió amargamente:

—Eso decimos siempre de los hombres que amamos —murmuró y calló.

—Pero el rabí no es un hombre como nosotros. ¡No lo es! —dijo Magdalena desesperada—. ¡No lo es! —decía y repetía para conjurar su pavor.

—¿Cómo lo sabes? —dijo el anciano y sus corazón palpitó violentamente porque tenía confianza en los presentimientos de la mujer.

—Lo sé —respondió Magdalena—. No me preguntes cómo, pero estoy segura. No temas, padre, ¿quién va a atreverse a tocarlo ahora que ha resucitado a Lázaro?

—Ahora que ha resucitado a Lázaro, los fariseos están mucho más furiosos todavía. Antes le oían predicar y se encogían de hombros, pero ahora que se ha difundido el milagro, el pueblo se ha envalentonado y exclama: «¡Éste es el Mesías! ¡Resucita a los muertos! ¡Tiene un poder que procede de Dios! ¡Sigámoslo!».

Hoy, grupos de hombres y mujeres corren tras él con palmas, y los tullidos han levantado sus muletas y amenazan, los pobres han alzado la cabeza... Los escribas ven todo esto y se encolerizan. «Si se lo permitimos por más tiempo —dicen—, estamos perdidos». Van y vienen de Anás a Caifás y de Caifás a Pilato, y están cavando su tumba. ¡Hija mía, Magdalena, abrázate a sus rodillas, no lo dejes volver a Jerusalén, regresemos a Galilea!

Le vino al pensamiento un rostro picado de viruelas, sombrío.

—Magdalena —dijo—, cuando venía hacia aquí he visto a Barrabás merodeando, y su rostro era siniestro, como el de la muerte. Al oír mis pisadas, se ocultó detrás de unos matorrales. ¡Mala señal!

Su débil cuerpo desfalleció; su hija lo cogió entre sus brazos y lo metió en la casa; le llevó un taburete, el anciano se sentó y ella se arrodilló a su lado.

—¿Dónde está ahora? —preguntó—. ¿Dónde lo dejaste, padre?

—En el Templo. ¡Vocifera! ¡Sus ojos echan llamas, va a quemar el santo edificio! ¡Y qué cosas dice, Dios mío, qué blasfemias!: «¡Destruiré la Ley de Moisés! —dice—, ¡traeré una nueva Ley! ¡No iré a buscar a Dios en la cima del Sinaí, lo encontraré en mi corazón!».

El anciano bajó la voz:

—Algunas veces, hija mía —prosiguió, temblando—, algunas veces temo que se haya vuelto loco. O acaso Lucifer...

—Calla —dijo Magdalena y puso la mano en los labios del anciano.

Aún hablaban, cuando aparecieron en el umbral, uno tras otro, los discípulos. Magdalena se levantó bruscamente, miró: Jesús no estaba con ellos.

—¿Y el rabí? —preguntó con voz acongojada—. ¿Dónde está el rabí?

—No temas —le respondió Pedro con la cabeza gacha—, no temas. Ahora llegará.

María se puso en pie de un salto —estaba echada a los pies de su hermana— y se acercó, inquieta, a los discípulos —sus

rostros estaban mudos y conturbados—. Se apoyó en la pared.

—¿Y el rabí? —murmuró, sin aliento.

—Ahora vendrá, María, ya viene... —respondió Juan—. ¿Crees que si le hubiera sucedido algo íbamos a dejarlo?

Los discípulos, malhumorados, se dispersaron por la casa alejados unos de otros.

Mateo sacó del seno los papeles y se dispuso a escribir.

—Habla tú, Mateo —dijo el anciano rabino—. Habla te doy mi bendición.

—Anciano —respondió Mateo—, cuando volvíamos todos juntos el centurión Rufo nos detuvo en la Puerta de Jerusalén.

»—¡Deteneos! —gritó—. ¡Tengo una orden!

»Nosotros palidecimos de miedo, pero el rabí tendió la mano con calma al romano.

»—Me alegro de verte, amigo —dijo—, ¿qué quieres de mí?

»—No soy yo quien te reclama —respondió Rufo—, es Pilato. Te ruego que vengas conmigo.

»—Iré —dijo Jesús tranquilamente y volvió el rostro hacia Jerusalén.

»Pero nosotros caímos sobre él:

»—¿Adónde vas, rabí? —gritamos—. ¡No te dejaremos!

»El centurión intervino:

»—No temáis, es por su bien —nos dijo—. Os doy mi palabra.

»—Idos —nos ordenó el maestro—, no tengáis miedo. Mi hora aún no ha llegado.

»Pero Judas dio un salto:

»—Yo iré contigo, maestro —dijo—; no te abandono.

»—Ven —le dijo el maestro—, tampoco yo te abandono.

»Se encaminaron a Jerusalén, Jesús y el centurión delante, Judas, detrás, como un perro pastor».

Mientras Mateo hablaba, los discípulos se iban acercando y se sentaban en el suelo, en silencio.

—Vuestros rostros están turbados —dijo el rabino—. Nos ocultáis algo.

—Tenemos otras preocupaciones, anciano —murmuró Pedro—, otras diferentes —y calló de nuevo.

Y era cierto. Mientras venían de Jerusalén, demonios sombríos habían entrado en ellos. Los muertos habían empezado a resucitar, el día del Señor se acercaba; el rabí subiría al trono, así pues, se acercaba la hora de repartirse los honores. Los discípulos se habían puesto a discutir por el reparto.

—Yo me sentaré a su derecha —decía uno—. A mí me ama mucho más...

—¡No, a mí! ¡A mí! ¡A mí! —saltaron todos vociferando.

—Yo fui el primero en verlo —dijo Andrés.

—A mí se me aparece en sueños más a menudo —objetó Pedro.

—A mí me llama amado... —dijo Juan.

—¡Y a mí! ¡Y a mí! ¡Y a mí! —volvieron a oírse voces.

La sangre de Pedro se inflamó:

—¡Ya podéis despediros! —gritó—. ¿No fue a mí a quien dijo ayer: «Pedro, tú eres la piedra sobre la que edificaré la Nueva Jerusalén?».

—¡No dijo la Nueva Jerusalén! Tengo escritas aquí sus palabras —intervino Mateo y se golpeó el pecho, donde llevaba el cuaderno.

—¿Qué me dijo, entonces, chupatintas? ¡Yo oí eso! —le conminó Pedro, furioso.

—Dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia». ¡Mi iglesia, no Jerusalén! ¡Hay una gran diferencia!

—¿Y qué más me prometió? —vociferó Pedro—. ¿Por qué te has detenido? ¿No te interesa continuar? Lo de las llaves... ¡Di lo que dijo de las llaves!

Mateo cogió el cuaderno, displicente, lo abrió y leyó: «Y te daré las llaves del reino de los cielos».

—¡Sigue! ¡Sigue! —gritó Pedro con aire triunfal.

Mateo tragó saliva, se inclinó sobre el cuaderno:

—«Lo que ates en la tierra será atado en el cielo y lo que desates en la tierra será desatado en el cielo...». Ya está, eso es todo.

—¿Y te parece poco? —dijo Pedro mirando por encima del hombro a los discípulos y ahuecándose como un cuervo—. ¿Te

parece poco? Yo tengo las llaves, todos lo habéis oído. Yo abro y cierro el Paraíso. Si quiero os dejo entrar. Y si a mí no me da la gana, no entráis.

Entonces los discípulos habían estallado. Y habrían llegado a las manos de no haber estado ya cerca de Betania. Sintieron vergüenza ante los campesinos y se tragaron la cólera. Pero sus rostros estaban aún sombríos.

XXVI

Mientras tanto, Jesús y el centurión iban delante y detrás, el perro pastor, Judas. Se adentraron en las callejuelas estrechas y tortuosas de Jerusalén, se dirigían a la torre cercana al Templo [64](#), donde Poncio Pilato tenía su palacio. El primero en despegar los labios y hablar fue el centurión:

—Rabí —dijo conmovido—, mi hija está muy bien de salud y piensa constantemente en ti. Cada vez que se entera de que hablas al pueblo, sale de casa a escondidas y corre a escucharte. Hoy mismo la tenía cogida de la mano, te escuchábamos juntos en el Templo y quería correr a besarte los pies.

—¿Por qué no se lo permitiste? —le preguntó Jesús—. Un instante basta para salvar el alma del hombre. ¿Por qué dejaste pasar ese instante y se fue sin conseguirlo?

«¡Una romana besar los pies de un judío!» —pensó Rufo, avergonzado, pero no dijo nada.

Llevaba una fusta y apartaba a la chusma ruidosa. Hacía un calor sofocante, los cuerpos se mareaban, había una nube de moscas. El centurión respiraba con repugnancia el aire judío. Tantos años en Palestina y aún no se había acostumbrado al hedor judío. Ahora cruzaban el mercado, cubierto de sombrajos de paja; allí hacía fresco, apresuraron el paso.

—¿Cómo puedes hablar a estos perros? —dijo el centurión.

Jesús se puso rojo:

—No son perros —respondió—, son almas, chispas de Dios. Dios es un incendio, centurión, y cada alma es una chispa. Debes respetarlas.

—Yo soy romano —respondió Rufo— y mi dios también es romano. Abre caminos, construye cuarteles, lleva el agua a las ciudades, se reviste de bronce y va a la guerra. Él va en cabeza

y nosotros detrás. En nosotros el alma de que hablas y el cuerpo son una sola cosa y llevan impreso el sello de Roma. Cuando morimos, cuerpo y alma mueren juntos y quedan nuestros hijos, ellos son para nosotros la inmortalidad. Y eso que dices del reino de los cielos nos parecen cuentos, perdóname.

Calló, y al poco rato:

—Nosotros estamos hechos para gobernar hombres —dijo—, y a los hombres no se les gobierna con el amor.

—El amor no está desarmado —dijo Jesús mirando los fríos ojos azules del centurión, sus mejillas recién afeitadas, los gruesos dedos de sus manos—. El amor va a la guerra y se lanza al asalto.

—Entonces no es amor —objetó el centurión.

Jesús bajó la cabeza: «Tengo que encontrar nuevos odres para poner en ellos un nuevo vino —pensó—, nuevas palabras».

Llegaban ya. Fortaleza y palacio a la vez, se alzaba ante ellos la torre que protegía al soberbio gobernador romano, Poncio Pilato. La raza hebrea le provocaba náuseas, cada vez que caminaba por las calles de Jerusalén o se veía obligado a hablar con judíos se tapaba la nariz con un pañuelo perfumado. No creía ni en dioses ni en hombres, ni tampoco en Poncio Pilato. No creía en nada. Llevaba siempre colgada al cuello una cadenita de oro de la que pendía una pequeña navaja afilada para abrirse las venas cuando ya estuviese hastiado de comer, de beber y de gobernar, o cuando el emperador lo enviara al destierro. Constantemente oía a los judíos desgañitarse llamando al Mesías para que viniera a liberarlos; y él se reía, mostraba la navajita afilada y le decía a su mujer: «Éste es mi Mesías; él me liberará». Pero su mujer le volvía la cara y no le respondía.

Jesús se detuvo ante la gran puerta de la torre:

—Centurión —dijo—, me debes un favor, ¿lo recuerdas? Ha llegado la hora de cobrártelo.

—Toda la dicha de mi vida te la debo a ti, Jesús de Nazaret —respondió Rufo—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Si me detienen, me encarcelan o me matan, no hagas nada por salvarme. ¿Me das tu palabra?

Cruzaban en ese momento la puerta de la torre. Los centinelas alzaron la mano, saludaron al centurión.

—¿Eso que me pides es un favor? —preguntó Rufo, desconcertado—. No comprendo a los judíos.

Dos negros gigantes hacían guardia ante la puerta de Pilato.

—Es un favor, centurión —dijo Jesús—. ¿Me das tu palabra?
Rufo indicó por señas a los negros que abrieran la puerta.

* * *

Enjuto, afeitado, de frente estrecha, ojos grises y duros, labios finos como espadas, Pilato alzó la cabeza y miró a Jesús, que se encontraba ante él. Estaba sentado en un alto trono decorado con águilas toscamente esculpidas, y leía.

—¿Eres tú Jesús de Nazaret, el rey de los judíos? —dijo burlonamente, llevándose el pañuelo perfumado a la nariz.

—No soy rey —respondió Jesús.

—¿Cómo? ¿No eres el Mesías? ¿Y el Mesías no es el que tus compatriotas, los descendientes de Abraham, esperan desde hace tantas generaciones para que los libere y se siente en el trono de Israel? ¿Para que nos expulse a nosotros, los romanos? Entonces, ¿por qué dices «no soy rey»?

—Mi reino no está en la tierra.

—¿Pues dónde está? ¿En el agua? ¿En el aire? —dijo Pilato, soltando una carcajada.

—En el cielo —respondió Jesús con serenidad.

—¡Bien! —dijo Pilato—. ¡Para ti el cielo, pero la tierra no la toques!

Se quitó del dedo el anillo de oro que llevaba, lo levantó al trasluz, miró la piedra roja engastada en la que había grabada una calavera rodeada con la inscripción: «Come, bebe, disfruta. En esto que ves te convertirás mañana».

—Me dan asco los judíos —dijo—; no se lavan nunca y tienen un dios con su misma facha: sucio, con largas guedejas, rapaz, fanfarrón y vengativo como el camello.

—Ese Dios, entérate, ha levantado ya el puño contra Roma — dijo con calma Jesús.

—Roma es inmortal —le respondió Pilato y bostezó.

—Roma es la estatua gigantesca que contempló el profeta Daniel en una visión.

—¿Una estatua? ¿Qué estatua? Los hebreos veis en sueños lo que ansiáis despiertos. Vivís y morís en medio de visiones.

—Así, con visiones, comienza el combate del hombre y poco a poco la sombra se hace densa y consistente; el espíritu se reviste de carne y baja a la tierra. El profeta tuvo aquella visión y, puesto que la tuvo, se cumplirá, se encarnará, bajará a la tierra y destruirá a Roma.

—No sé si admirar tu osadía o tu estupidez, Jesús de Nazaret. Parece que no temes a la muerte, por eso hablas con tanta libertad. Me agradas. Cuéntame la visión de Daniel.

—El profeta Daniel vio una noche una inmensa estatua. Tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las pantorrillas de hierro, pero sus pies eran de barro. De repente, una mano invisible lanzó una piedra contra los pies de barro y los rompió, y súbitamente toda la estatua, oro, plata, bronce, hierro, se desplomó... La mano invisible, Poncio Pilato, es el Dios de Israel, la piedra soy yo y la estatua es Roma.

Pilato bostezó de nuevo.

—He comprendido —dijo aburrido—; comprendo tu juego, Jesús de Nazaret, rey de los judíos. Insultas a Roma para que me encolerice y te crucifique y de este modo convertirte en un héroe. Lo has tramado todo a propósito. Sé que has empezado a resucitar muertos, preparas el camino. Así tus discípulos proclamarán después que no estás muerto, que resucitaste y subiste al cielo... Pero has llegado muy tarde, astuto amigo. Tu truco no cuela ya, busca otro. No voy a matarte, no voy a convertirte en un héroe, y tú no vas a convertirte en dios. Quítatelo de la cabeza.

Jesús guardaba silencio. Por la ventana abierta veía brillar bajo el sol el Templo de Jehová, inmenso, como una fiera devoradora de hombres, inmóvil, y los hombres, como rebaños abigarrados, venían de todas partes y entraban en sus fauces

negras abiertas. Pilato jugaba con la cadenita de oro, sin decir palabra; le daba vergüenza pedir un favor a un judío, pero se lo había prometido a su mujer.

—¿Algo más? —dijo Jesús y se dirigió hacia la puerta.

Pilato se volvió:

—No te vayas —dijo—. Tengo que decirte algo, para eso te he mandado llamar. Mi mujer dice que te ve todas las noches en sueños ⁶⁵. Antes de que haya cerrado los ojos, te presentas tú, te quejas a ella, le dices que van a matarte y cada noche le suplicas que hable conmigo para que no permita que tus compatriotas Anás y Caifás te maten. Anoche mi mujer se despertó sobresaltada, lanzó un grito y se echó a llorar. Dice que le das lástima, no sé por qué; no me meto en tonterías de mujeres. Se arrojó a mis pies y me suplicó que te hiciera venir y te dijera que huyas y te salves. ¡El aire de Jerusalén no es bueno para tu salud, Jesús de Nazaret, vuelve a Galilea! No quiero obligarte por la fuerza, te lo digo por las buenas: ¡Vuelve a Galilea!

—La vida es guerra —respondió Jesús, siempre con la misma voz tranquila y firme—; es guerra y tú lo sabes porque eres soldado y romano. Pero lo que no sabes es que Dios es el capitán y nosotros sus soldados. Desde el momento en que el hombre nace, Dios le muestra la tierra, y en la tierra, una ciudad, un pueblo, una montaña, el mar o el desierto y le dice: «¡Aquí lucharás!». Gobernador de Judea, una noche Dios me cogió por los cabellos, me levantó y me trajo a Jerusalén, me dejó ante el Templo y me dijo: «¡Aquí lucharás!». Y no voy a desertar, gobernador de Judea, ¡aquí lucharé!

Pilato se encogió de hombros. Ya estaba arrepentido de haberle pedido el favor y de haber revelado a un judío un secreto de su casa. Hizo, como solía, el gesto de lavarse las manos.

—Haz lo que te parezca —dijo—. Yo me lavo las manos. ¡Vete!

Jesús alzó la mano, saludó. En el momento en que cruzaba la puerta:

—Eh, Mesías —le gritó Pilato en tono burlón—, ¿cuál es la terrible nueva que he oído que traes al mundo?

—El fuego —volvió a responder Jesús con sosiego—. El fuego, para purificar la tierra.

—¿De romanos?

—No, de infieles, de injustos, de infames, de saciados.

—¿Y después?

—Después, en la tierra quemada, purificada, será construida la nueva Jerusalén,

—¿Y quién construirá esa nueva Jerusalén?

—Yo.

Pilato soltó una carcajada:

—¡Vaya! —dijo—. Con cuánta razón le decía yo a mi mujer que estás como una cabra. Ven a verme de vez en cuando, para echar un rato. Ahora vete, ya me he cansado de ti.

Dio unas palmadas, los dos negros gigantescos entraron y condujeron a Jesús fuera.

* * *

Judas esperaba en la puerta de la torre, intranquilo. Un gusano misterioso corroía en los últimos tiempos al maestro. Su rostro estaba cada día más arrugado y parecía más feroz, y sus palabras se hacían más tristes y amenazadoras. A menudo subía sólo al Gólgota, un cerro a las afueras de Jerusalén, donde los romanos crucificaban a los rebeldes, y permanecía allí durante horas. Y cuanto más veía que los sacerdotes y sumos sacerdotes se enfurecían contra él y le cavaban la tumba, tanto más él los atacaba y les decía: «¡Víboras venenosas, mentirosos, hipócritas, que os echáis a temblar por tragáros un mosquito y os tragáis un camello!». Todos los días, de la mañana a la noche, permanecía ante el Templo y pronunciaba palabras violentas, como si buscara su muerte. Y unos días atrás, cuando Judas le había preguntado cuándo se quitaría de una vez la piel de cordero y mostraría al león en todo su esplendor, Jesús había movido la cabeza y Judas nunca había visto una sonrisa más amarga en los labios de un hombre. Desde aquel día Judas no se retiraba de él, y cuando le veía subir al Gólgota lo seguía a

escondidas, no fuera a ser que un enemigo emboscado lo agrediera.

Judas ahora paseaba de un lado a otro ante la torre maldita y miraba torvamente a los centinelas romanos revestidos de bronce, con rostros duros de campesinos, inmóviles, detrás de los cuales ondeaba en altas astas el estandarte imperial con las águilas. «¿Para qué le había mandado llamar Pilato? —se preguntaba—, ¿qué quería de él?». Judas sabía —se lo habían dicho los zelotes de Jerusalén— que Anás y Caifás iban con frecuencia a aquella torre y acusaban a Jesús de querer promover una revolución para expulsar a los romanos y convertirse en rey. Pero Pilato se resistía. «Está loco de remate —decía—, él no se mezcla en los asuntos de los romanos. Una vez mandé hombres expresamente a preguntarle: “¿Quiere el Dios de Israel que paguemos el impuesto a los romanos? ¿Qué piensas tú?”. Y él, muy acertadamente, con mucha inteligencia, respondió: “¡Dad al César lo que pertenece al César y a Dios lo que pertenece a Dios!”». Pilato se echaba a reír: «No es un loco de atar, está enloquecido. Si pisotea vuestra religión, castigadlo. Yo me lavo las manos. Pero a Roma que no la toque». Esto les decía y los despedía. Pero, ¿y si ahora había cambiado de opinión?

Se detuvo, se apoyó en el muro de enfrente, abría y cerraba los puños, crispado.

De repente, se sobresaltó. Se oyeron trompetas, la multitud se echó a un lado. Llegaron cuatro levitas y depositaron suavemente ante la puerta de la torre una litera con aplicaciones de oro. Se abrieron las cortinillas de seda y descendió lentamente Caifás, grueso, fofo, con grandes bolsas bajo los ojos, vestido con una túnica amarilla de seda. Las pesadas hojas de la puerta se abrieron en el preciso instante en que salía Jesús. Los dos se encontraron cara a cara en el umbral. Jesús, descalzo, con la túnica blanca remendada, se detuvo y miró profundamente, fijamente, al sacerdote. Él levantó los pesados párpados, lo reconoció, lo miró de soslayo, furtivamente, sus labios de chivo se movieron:

—¿Qué buscas aquí, subversivo?

Pero Jesús, inmóvil, mantenía clavados sobre él sus grandes ojos severos y afligidos.

—No te tengo miedo, sumo sacerdote de Satán —le respondió.

—¡Echadlo de aquí! —ordenó a gritos Caifás a sus cuatro portadores y entró en el patio. Era patizambo y tenía un enorme trasero.

Los cuatro levitas se lanzaron sobre Jesús, pero Judas intervino:

—¡Abajo esas manos! —rugió.

Los apartó, cogió a Jesús por el brazo:

—Vámonos —dijo.

Judas apartaba los camellos, los hombres, las ovejas y abría camino para que Jesús pasara. Franquearon la puerta de la muralla, bajaron al valle del Cedrón, subieron la ladera de enfrente, tomaron el camino de Betania.

—¿Qué quería de ti? —dijo Judas, apretando angustiada el brazo del maestro.

—Judas —respondió Jesús, después de un profundo silencio —, esta noche te confiaré un secreto terrible.

Judas inclinó la cabezota pelirroja, estupefacto y esperó.

—Tú eres más fuerte que los otros compañeros, creo que eres el único que puedes resistirlo. A los demás no les he dicho nada ni se lo voy a decir. No son fuertes.

Judas se puso rojo de satisfacción.

—Gracias, rabí —dijo—, por confiar en mí. Habla, ya verás como no te avergonzarás de mí.

—Judas, ¿sabes por qué abandoné la amada Galilea y vine a Jerusalén?

—Sí —respondió Judas—, porque lo que ha de suceder, sucederá aquí.

—Sí, de aquí partirá la llama del Señor. No podía dormir; me despertaba sobresaltado a medianoche, miraba al cielo para ver si se había abierto. «¿Aún no han comenzado a saltar las llamas?». Despuntaba el día, corría al Templo, hablaba, amenazaba, señalaba al cielo, ordenaba, suplicaba, conjuraba al

fuego para que bajara. Mi voz se perdía, el cielo permanecía cerrado, mudo, inmóvil sobre mí. Y de pronto un día...

Se le quebró la voz. Judas se inclinó sobre él para oír, pero sólo escuchó una respiración ahogada y los dientes de Jesús que castañeteaban.

—¿Y entonces? ¿Entonces? —preguntaba Judas sin respiración.

Jesús tomó aliento, volvió a hablar:

—Un día que estaba tendido, solo, en la cima del Gólgota, se alzó en mi mente el profeta Isaías. No en mi mente, no. Lo vi en carne y hueso ante mí, sobre las piedras del Gólgota. Llevaba en las manos la piel de un chivo con sus cuatro patas, su cabeza, sus cuernos y los amuletos colgados en el cuello, como el chivo negro que había encontrado en el desierto, y sobre la piel unas letras. «¡Lee!» —me dice imperativamente, extendiendo ante mí en el aire la piel del chivo—. Al oír la voz, el profeta y el chivo desaparecieron y sólo quedaron en el aire las letras, negras con las mayúsculas en rojo.

Jesús clavó los ojos en la luz. Palideció. Apretó el brazo de Judas y se aferró a él.

—¡Ahí están! —murmuró, aterrado—. ¡Han llenado el aire!

—¡Lee! —dijo Judas, temblando también.

Jesús empezó a deletrear con voz ronca, entrecortada, como si las letras fueran fieras vivas, que él perseguía y ellas le oponían resistencia. No dejaba de deletrear y de enjugarse el sudor:

—«Cargó con nuestras culpas, nuestros pecados lo hirieron, nuestras iniquidades lo destrozaron, y él, afligido, sufriendo, no abrió la boca. Abandonado y despreciado por todos, marchó sin oponer resistencia, como un cordero al que llevan al matadero para degollarlo».

Jesús calló. Estaba lívido.

—No comprendo —dijo Judas. Se detuvo y se puso a remover las piedras con el dedo del pie—. No comprendo. ¿Quién es el cordero que llevan al matadero? ¿Quién va a morir?

—Judas —respondió lentamente Jesús—, Judas, hermano, soy yo.

—¿Tú? ¿Tú? —exclamó Judas, retrocediendo—. ¿Entonces no eres el Mesías?

—Lo soy.

—¡No comprendo! —volvió a gritar Judas, y se desolló los dedos del pie con los guijarros.

—Ése es el camino, Judas, no grites. Para que el mundo se salve es preciso que yo muera voluntariamente. Ni yo mismo lo sabía, Dios me enviaba señales en vano. Unas veces, visiones, otras, sueños, o un chivo muerto en el desierto que llevaba colgando del cuello todos los pecados del pueblo. Y desde el día que me fui de la casa de mi madre, una sombra me sigue como un perro o corre delante de mí y me marca el camino. ¿Qué camino? La cruz.

Jesús lanzó una larga y sostenida mirada a su alrededor. A sus espaldas, Jerusalén, semejante a una montaña de cráneos completamente blancos. Ante él, piedras, algunos olivos de hojas plateadas y cedros negros. El sol se estaba poniendo, totalmente ensangrentado.

Judas se arrancaba pelos de la barba y los tiraba. Él esperaba a un Mesías completamente diferente, con una espada. Lanzaría un grito y se levantarían de las tumbas del valle de Josafat todas las generaciones de hebreos muertos y se mezclarían con los vivos. Con ellos resucitarían los caballos y los camellos de los judíos, y todos, infantes y jinetes, se arrojarían contra los romanos y los degollarían. El Mesías se sentaría en el trono de David apoyando los pies sobre la ecúmene, como si fuera un cojín. Este era el Mesías que esperaba Judas Iscariote, éste, y ahora...

Miró a Jesús torvamente, se mordió los labios para que no se le escapara una palabra dura. Y se puso de nuevo a remover las piedras con los talones. Jesús lo vio y se apiadó de él.

—¡Ten valor, Judas, hermano! —le dijo dulcificando la voz—. Yo también lo tengo. No puede ser de otro modo, ése es el camino.

—¿Y luego? —dijo Judas con los ojos clavados en las piedras—. ¿Y luego?

—Volveré en toda mi gloria para juzgar a vivos y muertos.

—¿Cuándo?

—Muchos de esta generación no morirán sin haberme visto.

—¡Vamos! —dijo Judas y aceleró el paso.

Jesús caminaba detrás de él, jadeando, esforzándose en alcanzarle. El sol estaba a punto de hundirse detrás de las montañas de Judea. Se oyeron los primeros chacaques que se despertaban a lo lejos, por el lado del mar Muerto.

Judas caminaba tropezando y gruñendo. En su interior se había producido un terremoto, todo se derrumbaba. No confiaba en la muerte. Le parecía el peor camino y Lázaro, que había resucitado, le producía náuseas. Le parecía más muerto que todos los muertos y más repugnante. Y el propio Mesías, ¿cómo iba a salir de su combate con la muerte? ¡No, no, él no confiaba en la muerte!

Se volvió para contradecir a Jesús, para lanzarle las palabras violentas que se le enredaban en la lengua, para ver si le hacía cambiar de camino, que no tuviera que pasar por la muerte. Pero cuando se volvió, lanzó un grito de terror; una sombra gigantesca caía del cuerpo de Jesús. No era la sombra de un hombre, era una enorme cruz. Agarró a Jesús por el brazo:

—¡Mira! —le dijo señalándole la sombra.

Jesús sintió un escalofrío.

—Calla —le dijo quedamente—, calla, Judas, hermano.

Y así, cogidos del brazo, subieron la suave pendiente en dirección a Betania. A Jesús le flaqueaban las rodillas y Judas lo sostenía. Ambos guardaban silencio. En un determinado momento, Jesús se agachó, cogió del suelo una piedra tibia, la mantuvo un buen rato empuñada con fuerza, ¿era una piedra o la mano de un ser amado? Miró a alrededor. ¡Cómo se había llenado de hierba y había florecido la tierra, que estaba muerta en invierno!

—Judas, hermano —dijo—, no te aflijas. ¿No ves como el trigo penetra en la tierra y Dios envía la lluvia, y del suelo esponjado surge la espiga que alimenta a los hombres? ¿Si el grano de trigo no muriera, podría resucitar la espiga? Lo mismo puede decirse del Hijo del hombre.

Pero Judas no se consolaba, subía la cuesta sin decir nada. El sol cayó detrás de las montañas, la noche ascendió del suelo, las primeras luces parpadearon, trémulas, en lo alto de la loma.

—Acuérdate de Lázaro... —añadió Jesús.

Pero Judas sintió náuseas y aceleró el paso, escupiendo.

* * *

Marta encendió el candil y Lázaro se llevó la palma de la mano a los ojos, la luz todavía le molestaba. Pedro había cogido por el brazo a Mateo y ambos estaban sentados bajo la luz. La anciana Salomé había encontrado una madeja de lana negra, hilaba y pensaba en sus dos hijos. ¡Por Dios, cuánto tardaba en llegar el día en que los vería resplandecer con una cinta de oro en los cabellos, dueños de todo el lago de Genesaret!

Magdalena iba sendero abajo. El rabí se tardaba. Su pena era tan grande que no cabía en la casa y había salido para ver si encontraba a su amado. Los discípulos, en cucullas en el patio, miraban hacia la puerta sin pronunciar palabra. Aún hervía en ellos la cólera. Tranquilidad absoluta en la casa, no se oía una mosca, era un buen momento. Desde hacía tiempo Pedro ansiaba ver qué escribía el publicano en su cuaderno por las noches. Aquella noche, después de la discusión con sus compañeros no pudo resistir más. Tenía que saber qué decía de él. Los escribas eran gente de mala ralea, tenía que asegurarse de que no lo ridiculizara ante las generaciones futuras. Si se atrevía a hacer tal cosa, le arrojaría al fuego los cuadernos y los cálamos aquella misma noche. Así, pues, lo cogió del brazo con zalamerías, se sentaron los dos en el suelo bajo el candil.

—Mateo, por favor, léeme lo que escribes —le suplicó—. Quiero saberlo.

Mateo, al oírle, se sintió muy satisfecho. Se sacó del pecho con mucho cuidado el cuaderno, que ahora llevaba envuelto en una pañoleta bordada de mujer que le había regalado María, la hermana de Lázaro, lo desenvolvió con atención, como si fuera un ser vivo herido, lo abrió, comenzó a balancear el cuerpo hacia

adelante y hacia atrás, tomó impulso y, medio recitando, medio salmodiando, se puso a leer:

—*Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judas y a sus hermanos, Judas engendró a Farés y a Sara...*

Pedro cerró los ojos; escuchaba. Las generaciones de hebreos desfilaban ante él, de Abraham a David, catorce generaciones; de David al cautiverio de Babilonia, catorce generaciones; del cautiverio de Babilonia a Cristo, catorce generaciones ⁶⁶ ... ¡Cuánta gente, qué ejército innumerable, inmortal! ¡Qué gran alegría, qué orgullo, ser uno de los hebreos! Pedro echó atrás la cabeza contra el muro. Escuchaba. Las generaciones habían pasado, habían llegado los años de Jesús. ¡Cuántos milagros habían tenido lugar y él ni siquiera se los había oído! De modo que Jesús había nacido en Belén, y su padre no era José el carpintero, sino el Espíritu Santo. Y tres Magos habían ido a adorarlo y, ¿qué palabras eran aquellas que había lanzado la paloma desde el cielo en su bautismo? Él, Pedro, no las había oído. ¿Quién se las había dicho a Mateo, que no estuvo allí? Casi sin darse cuenta dejó de oír las palabras. Ahora escuchaba una música arrulladora, monótona, triste, bajo cuyo efecto se fue quedando dormido... Ahora, en sueños, oía claramente la música y las palabras. Pero cada palabra le parecía como una granada, como aquellas granadas que había comido el año anterior en Jericó, que estallaban en el aire y de su interior saltaban llamas, o ángeles, y también alas y trompetas...

De repente, en la inmensa dulzura del sueño, oyó un alboroto y voces alegres; se despertó sobresaltado. Vio ante él a Mateo que, con el cuaderno en las rodillas, continuaba leyendo. Se acordó y se avergonzó de haberse quedado dormido, se arrojó a los brazos de Mateo y lo besó en la boca.

—Perdóneme, hermano Mateo —le dijo—, pero mientras te escuchaba, entré en el Paraíso.

Jesús apareció en el umbral seguido de Magdalena que resplandecía de alegría; sus ojos, sus labios y su cuello desnudo

despedían llamas. Jesús vio a Pedro abrazar y besar al publicano y su semblante se dulcificó. Señaló a los dos hombres que se abrazaban:

—He aquí el reino de los cielos —dijo.

Se acercó a Lázaro, éste intentó levantarse, pero le crujieron las costillas, temió que se le fracturaran y volvió a sentarse. Extendió el brazo y tocó con la punta de los dedos la mano de Jesús, que se estremeció. La mano de Lázaro estaba muy fría y negra y olía a tierra.

Jesús salió de nuevo al patio para respirar. Aquel resucitado se encontraba aún entre la vida y la muerte, Dios no terminaba de vencer la putrefacción que había en él. Jamás la muerte había mostrado de forma tan patente lo poderosa que era como lo mostraba en aquel resucitado. El pánico se apoderó de Jesús y también una gran tristeza.

La anciana Salomé, con la rueca bajo el brazo, se acercó a Jesús y se puso de puntillas para hablarle al oído, en secreto:

—Rabí... —le dijo, y él se inclinó para oírla.

—Habla, señora Salomé...

—Rabí, cuando subas al trono..., te pido un favor... Has visto cómo nos hemos portado contigo.

—Habla, mujer... —el corazón de Jesús se oprimió. Pensó: «¿Cuándo se darán cuenta los hombres de que una buena acción no admite recompensa?».

—... Ahora que vas a subir al trono, hijo mío, pon a tu derecha a Juan y a tu izquierda a Santiago, mis hijos...

Jesús se mordió los labios para no hablar y clavó la mirada en el suelo.

—¿Has oído, hijo mío? A Juan...

De una brusca zancada Jesús entró en la casa. Se detuvo junto al candil, vio a Mateo, que con el cuaderno abierto aún sobre sus rodillas, había cerrado los ojos y seguía sumido en cuanto había leído.

—Mateo —dijo Jesús—, trae aquí tus cuadernos. ¿Qué escribes?

Mateo se levantó, contento y le alargó sus escritos:

—Rabí —dijo—, aquí narro tu vida y tus obras, para los hombres venideros.

Jesús se sentó en el suelo bajo la luz del candil y empezó a leer.

Desde las primeras palabras se sobresaltó. Pasaba violentamente las hojas; leía ávidamente, su rostro enrojecía, se mostraba feroz. Al verlo Mateo se agazapó en un rincón, aterrorizado, y esperó. Jesús pasaba y pasaba las hojas y ya no pudo contenerse. Se puso en pie, tiró al suelo el Evangelio de Mateo, indignado.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¡Mentiras, mentiras, mentiras! El Mesías no necesita milagros. ¡Él mismo es el milagro, no necesita otro! Nací en Nazaret, no en Belén, jamás en mi vida he puesto el pie en Belén. No me acuerdo de ningún Mago; nunca he ido a Egipto, y eso que escribes que me dijo la paloma en el momento que me bautizaba: «Este es mi hijo amado», ¿quién te lo ha revelado? Ni yo mismo lo oí con claridad, así que tú, que no estabas allí, ¿cómo lo has averiguado?

—El ángel me lo reveló—respondió Mateo, temblando.

—¿El ángel? ¿Qué ángel?

—El que viene todas las noches cuando cojo el cálamo. Se inclina sobre mi oído y me dicta y yo escribo.

—¿Un ángel—dijo Jesús turbado—. ¿Un ángel te dicta y tú escribes?

Mateo cobró valor:

—Sí, un ángel. A veces incluso lo veo y siempre lo oigo. Sus labios rozan mi oreja derecha y oigo sus alas, que me envuelven. Como un recién nacido envuelto en pañales, yo estoy envuelto por las alas del ángel mientras escribo. Mejor dicho, no escribo, copio lo que me dice. ¿Qué crees, que yo solo hubiera podido escribir todas esas maravillas?

—¿Un ángel? —volvió a murmurar Jesús, y se hundió en una reflexión.

Belén, Magos, Egipto, «Tú eres mi hijo amado...». ¿Y si todo aquello fuera la verdad verdadera? ¿Y si todo aquello fuera el grado más alto de la verdad, en el que sólo Dios habita? ¿Y si a lo que nosotros llamamos verdad, Dios lo llamara mentira?

Calló, se agachó, recogió del suelo con cuidado los escritos que había tirado y se los entregó a Mateo. Él los envolvió de nuevo en la pañoleta bordada y se los metió en el seno, en contacto directo con la carne.

—Escribe lo que te dicte el ángel —dijo Jesús—. Yo ya...

Pero no acabó la frase.

Entretanto, los discípulos habían rodeado a Judas en el patio y lo interrogaban para que les dijera qué quería Pilato del rabí y para qué les había mandado llamar. Pero Judas ni siquiera se dignó mirarlos; salió y se quedó en la puerta de la calle. Le repugnaba verlos y oírlos. Ya sólo podía hablar con el maestro, un secreto terrible los unía y los separaba de los demás... Judas miró la noche, que había devorado el mundo; por encima de él empezaban a encenderse las primeras velas del firmamento.

«Dios de Israel —rugió para sí—, ayúdame para que no me vuelva loco».

Magdalena, inquieta, se acercó a Judas. Éste quiso huir pero Magdalena lo agarró por el borde de la túnica.

—Judas —dijo—, a mí puedes revelarme sin miedo el secreto. Me conoces.

—¿Qué secreto? Pilato lo llamó para advertirle que tuviera cuidado. Caifás...

—No, ese secreto no. El otro.

—¿Qué otro secreto? Te has acalorado de nuevo; tus ojos son dos ascuas.

Río sin gana.

—Llora —le dijo—, llora para que se apaguen.

Pero Magdalena mordió su pañoleta, la desgarró con los dientes.

—¿Por qué te habrá elegido a ti, a ti, Judas Iscariote? —murmuró.

El pelirrojo entonces se encolerizó. Agarró a Magdalena por el brazo:

—¿A quién querías que eligiera, María de Magdala? ¿Al veleta de Pedro? ¿Al bobalicón de Juan? ¿O acaso querías que te eligiera a ti, una mujer? Yo soy un pedernal del desierto y tengo resistencia. ¡Por eso me eligió a mí!

Los ojos de Magdalena se anegaron de lágrimas:

—Tienes razón, soy una mujer, una criatura incompleta y herida... —murmuró, entró en la casa, se acurrucó junto al hogar, hecha un ovillo.

Marta había puesto la mesa para la cena. Los discípulos, que estaban en el patio, se acercaron, se sentaron. Lázaro había bebido el caldo de la gallina, que se transformó en sangre en su interior, y se había animado. Poco a poco, gracias al aire, a la luz, a los alimentos, su cuerpo apergaminado se iba hidratando y se recuperaba.

La puerta interior se abrió y apareció el anciano rabino, pálido, etéreo como un fantasma. Se apoyaba pesadamente en el báculo porque sus rodillas se negaban ya a sostenerle. Vio a Jesús, le indicó con un gesto que quería hablarle. Jesús se levantó, lo cogió y lo hizo sentarse al lado de Lázaro.

—Anciano —le dijo—, yo también tengo que hablarte.

—Hoy tengo que hacerte un reproche, hijo mío —dijo el anciano rabino y lo miró con una severa ternura—. Lo digo abiertamente ante todos. Que nos oigan mujeres y hombres, y también Lázaro, que salió de la tumba y debe conocer muchos secretos. Que nos oigan todos y juzguen.

—¿Qué pueden saber los hombres? —respondió Jesús—. Un ángel revolotea por esta casa y oye, preguntad a Mateo, que juzgue él. ¿Cuál es el reproche, anciano?

—¿Por qué quieres destruir la santa Ley? Hasta ahora la respetabas como debe el hijo respetar a su anciano padre. Hoy ante el Templo levantaste tu propio estandarte. ¿Hasta dónde llegará la rebeldía de tu corazón?

—Hasta el amor, anciano. Hasta los pies de Dios. Allí se apoyará y reposará.

—¡No puedes llegar hasta este punto con la santa Ley! ¿No sabes lo que dicen nuestras Sagradas Escrituras? Novecientas catorce generaciones antes de que Dios creara el mundo, la Ley estaba escrita. Pero no en pergaminos, entonces no existían aún animales para dar su piel; ni en madera, no existían aún árboles; ni en piedra, no existían aún piedras. Estaba escrita con llamas

negras sobre un fuego blanco, en el brazo izquierdo del Señor. Dios creó el mundo según esa santa Ley, entérate.

—¡No, no! —exclamó Jesús no pudiendo ya contenerse.

El anciano rabino lo cogió de la mano con ternura:

—¿Por qué gritas de ese modo, hijo mío?

Jesús enrojeció; se sintió avergonzado. Había perdido las riendas, no podía dominar su alma, era como si estuviera herido de pies a cabeza. Al tocarle en cualquier parte del cuerpo, gritaba de dolor, por muy suavemente que se le tocara.

Ahora había gritado y se había aliviado un poco. Tomó la mano del rabino, bajó la voz:

—Las Santas Escrituras, anciano —dijo—, son las hojas de mi corazón. Las demás hojas las he roto.

Pero nada más decir esto, se arrepintió:

—No soy yo... no soy yo... —murmuró—. Dios me envió.

El anciano rabino, así como estaba sentado al lado de Jesús, cuyas rodillas le tocaban, sentía que del cuerpo de Jesús se desprendía una fuerza abrasadora, y cuando de repente entró una ráfaga de viento por la ventana abierta y apagó el candil, el rabino vio en la oscuridad que el hijo de María refulgía, deslumbrante, erguido como una columna de fuego en medio de la casa. Miró a su derecha y a su izquierda, por si volvía a ver a Moisés y a Elías, pero no vio a nadie. Jesús estaba circundado sólo, por el resplandor, su cabeza llegaba al techo de cañas y lo incendiaba.

En el momento en que el anciano rabino iba a dar un grito, Jesús extendió los brazos. Ahora se había convertido en una cruz a la que lamían las llamas.

Marta se levantó, encendió el candil. Súbitamente todo volvió a la normalidad; Jesús seguía sentado con la cabeza inclinada, meditabundo. El rabino rastreó con la mirada su alrededor, nadie había visto nada en la oscuridad, todos estaban sentados en torno a la mesa y se disponían tranquilamente a cenar. «Dios me tiene en sus manos y juega conmigo —pensó el anciano—, la verdad tiene siete niveles: me lleva de un nivel a otro sin cesar y siento vértigo...».

Jesús no tenía hambre, no se sentó a comer, y tampoco lo hizo el anciano rabino; los dos permanecieron junto a Lázaro, que tenía los ojos cerrados y parecía estar dormido. Pero no dormía, reflexionaba. ¿Qué extraño sueño había tenido? Soñaba que había muerto, lo habían enterrado y de repente había oído una voz terrible: «¡Lázaro, sal fuera!». Se había puesto en pie bruscamente envuelto en el sudario y había salido. Y se había despertado, pero se había encontrado envuelto en el sudario, exactamente igual que lo había visto en el sueño. ¿O no había sido un sueño? ¿Había descendido realmente al mundo de los muertos?

El anciano rabino se inclinó hacia Jesús:

—¿Por qué lo sacaste de la tumba, hijo mío?

—No quería hacerlo —respondió Jesús en voz baja—. No quería hacerlo, anciano. Cuando lo vi levantar la losa de piedra, me horroricé. Estuve a punto de salir corriendo de allí, pero me dio vergüenza. Me quedé temblando de miedo.

—Puedo soportar cualquier cosa —dijo el rabino—, cualquier cosa excepto la fetidez de un cuerpo que se pudre. He visto otro cuerpo horripilante que aún vivía, comía, hablaba, suspiraba y se pudría: el rey Herodes; una gran alma condenada. Mató a la mujer que amaba, la hermosa Mariana; mató a sus amigos, a sus generales, a sus hijos. Conquistó reinos, construyó fortalezas, palacios, ciudades y el santo Templo de Jerusalén, más fastuoso que el antiguo Templo de Salomón. Grabó profundamente su nombre en las piedras, en el bronce, en el oro. Tenía sed de inmortalidad. Y, de repente en la cima de su gloria, le tocó en el cuello el dedo de Dios y su cuerpo empezó a pudrirse. Tenía hambre, comía sin cesar y nunca se sentía saciado. Sus intestinos eran una larga llaga fétida, y le dolían tanto que los chacales oían de noche sus bramidos y temblaban. Su vientre, sus pies, sus sobacos empezaron a hincharse; salían gusanos de sus testículos, que fueron los primeros en pudrirse, y el hedor era tal que nadie podía acercarse a él. Los esclavos se mareaban. Lo llevaron a las fuentes termales de Calirroe, cerca del Jordán, pero empeoró. Lo sumergieron en aceite caliente, seguía empeorando. Por entonces yo tenía fama de que curaba

y exorcizaba las enfermedades, se lo dijeron al rey y me mandó llamar. Lo tenían en los huertos de Jericó ⁶⁷. Su fetidez llegaba de Jerusalén al Jordán. La primera vez que me acerqué a él, me desvanecí. Preparé ungüentos y le unté el cuerpo. Bajaba disimuladamente la cabeza y vomitaba. «¿Éste es un rey? —decía—. ¿Así que esto es el hombre, inmundicia y hedor? ¿Dónde está el alma para poner orden?».

El rabino hablaba muy bajito, los demás no debían oír semejantes palabras mientras comían. Jesús escuchaba inclinado, desesperado. Precisamente aquel era el favor que quería pedirle esa noche al rabino, que le hablara de la muerte para infundirse valor. Debía tener ante sí la muerte para hacerse a la idea. Pero ahora... Intentó adelantar el brazo, detener al anciano rabino, gritarle: ¡basta ya! ¡Pero él, qué iba a contenerse! Estaba ansioso por hablar de toda aquella inmundicia, sacarla de su recuerdo para purificarse.

—Los ungüentos no servían de nada; también los devoraban los gusanos. Pero el demonio estaba entronizado en medio de aquella inmundicia y daba órdenes. Decretó que todos los ricos y poderosos de Israel se reunieran en su patio. Se estaba muriendo y gritó a su hermana Salomé: «¡Cuando expire, mátalos a todos para que no se regocijen por mi muerte!». Murió. Murió Herodes el Grande, el último rey de Judá. Yo me oculté tras los árboles y me puse a bailar. Había muerto el último rey de Judá; había llegado la hora bendita que profetizó Moisés en su testamento: «Al final vendrá un rey licencioso y crápula y sus hijos serán indignos. De Occidente llegarán ejércitos bárbaros y un rey para ocupar la Tierra Santa. ¡Y entonces llegará el fin de los siglos!». Esto es lo dice el profeta Moisés. Todo se ha cumplido, ha llegado el fin del mundo.

Jesús se sobresaltó. Era la primera vez que oía aquella profecía.

—¿Dónde está escrito? —exclamó—. ¿Cuál es el profeta? ¡Es la primera vez que lo oigo!

—No hace muchos años se encontró un viejo pergamino en un cántaro de arcilla, en una cueva del desierto de Judea. Lo halló un monje, lo desenrolló, en la parte superior vio escrito con letras

rojas: «Testamento de Moisés» [68](#) . Antes de morir, el gran patriarca había llamado a su sucesor, Josué, hijo de Nun, y le había dictado todo lo que iba a cumplirse. Y he aquí, hemos llegado a los años que profetizó: el rey licencioso era Herodes, los ejércitos bárbaros, los romanos y el fin del mundo, si alzas la cabeza lo verás entrar por la puerta.

Jesús se puso en pie; la casa le venía pequeña. Pasó entre sus compañeros, que comían despreocupados, salió al patio, alzó la cabeza. En aquel momento, la luna, grande y afligida, ascendía de las montañas de Moab. Faltaba poco para que estuviera completamente llena, para que se produjera el plenilunio que trae la Pascua.

Jesús miró la luna estupefacto, como si la viera por primera vez. ¿Qué era aquello que ascendía de las montañas ante lo que los perros se asustaban, metían la cola entre las patas y ladraban? Aquella cosa se alzaba silenciosa en la más aterradora soledad y chorreaba hiel. El corazón del hombre se convertía en un pozo y se llenaba de hiel. Jesús sentía en sus mejillas, en su cuello y en sus brazos que una lengua venenosa le lamía y envolvía su rostro y su cuerpo con una luz blanca, como un blanco sudario.

Juan presintió el sufrimiento del rabí y salió al patio. Lo vio bañado de pies a cabeza por la luz de la luna.

—Rabí —dijo quedamente para no asustarlo y se acercó de puntillas.

Jesús se volvió y lo miró. El tierno e imberbe adolescente desapareció; en pie en el centro del patio, bajo la luna, había ahora un anciano muy viejo que sostenía en una mano un libro abierto no escrito, y en la otra un cálamo largo como una lanza con la punta de cobre; las barbas le caían, completamente blancas, hasta las rodillas.

—Hijo del Trueno —le gritó Jesús extasiado—, escribe: Yo soy el Alfa y la Omega, el que era, el que es y será, el Señor de las Potencias. ¿Has oído una voz potente como una trompeta?

Juan se asustó. ¡La mente del rabí desvariaba! Sabía que la luna embriaga, por eso había salido al patio para hacerle entrar en la casa. Pero, ¡ay!, había llegado demasiado tarde.

—Rabí —dijo—, calla. Soy yo, Juan, a quien amas. Entremos. Esta es la casa de Lázaro.

—¡Escribe! —volvió a oírse imperiosa la voz de Jesús—. Hay siete ángeles alrededor del trono de Dios, y cada ángel se lleva a la boca una trompeta. ¿Los ves, hijo del Trueno? Escribe: El primer ángel cayó a la tierra: granizo y fuego mezclados con sangre. Un tercio de la tierra, un tercio de los árboles y un tercio de la hierba verde se quemaron. El segundo ángel tocó la trompeta: una montaña de fuego cayó en el mar; un tercio del mar se transformó en sangre, un tercio de los peces murió y un tercio de los navíos se hundió. El tercer ángel tocó la trompeta: una gran estrella cayó del cielo y un tercio de los ríos, de los lagos y de los manantiales quedó envenenado. El cuarto tocó la trompeta: un tercio del sol se oscureció, un tercio de la luna y un tercio de los astros. El quinto tocó la trompeta: otro astro se precipitó, se abrió el abismo y se levantó una nube de humo y dentro de la nube había langostas que se lanzaron, no sobre las plantas ni sobre los árboles, sino sobre los hombres; sus cabellos eran largos, como de mujer, y sus dientes eran de león; llevaban armaduras de hierro y sus alas producían un estruendo como carros de muchos caballos que irrumpen contra los enemigos. El sexto ángel tocó la trompeta...

Pero Juan ya no podía resistir más. Estalló en sollozos y cayó a los pies de Jesús.

—Rabí —gritó—, calla... calla...

Jesús oyó el llanto y se estremeció. Se inclinó, vio a sus pies a su amado discípulo:

—Juan, querido, ¿por qué lloras?

Juan sintió vergüenza de confesar que por influjo de la luna la mente del maestro había desvariado un instante.

—Rabí —dijo—, entremos. El anciano pregunta dónde estás y los discípulos te reclaman.

—¿Y por eso lloras, Juan, querido? Vamos dentro.

Entró y volvió a sentarse junto al anciano rabino. Estaba muy cansado, tenía las manos sudorosas; estaba ardiendo y tiritaba. El anciano lo miró aterrado.

—No mires la luna, hijo mío —le dijo, y le cogió la mano empapada en sudor—. Dicen que es el seno de la Noche, la gran amante de Satanás que se derrama...

Pero Jesús tenía la mente en la muerte.

—Anciano —dijo—, creo que has hablado muy mal de la muerte. La muerte no tiene el rostro de Herodes. No; ella es una gran señora, el ama de llaves de Dios y abre la puerta. Anciano, acuérdate de otras muertes y consuélame.

Los discípulos habían acabado de comer, interrumpieron las conversaciones intrascendentes para escuchar a Jesús y al rabino. Marta quitó la mesa, las dos Marías estaban echadas a los pies del rabí hechas un ovillo y de vez en cuando cada una de las dos miraba furtivamente los brazos, el pecho, los ojos, la boca y los cabellos de la otra y aquilataba, inquieta, cuál de ellas era más hermosa.

—Tienes razón, hijo mío —dijo el anciano—. He hablado muy mal del arcángel negro de Dios. Siempre toma el rostro del agonizante. Si está muriendo Herodes, se convierte en Herodes, pero si es un santo el que muere, su rostro resplandece como un sol de siete de brazos. La muerte es una gran señora, llega con su carro y levanta al santo del suelo y lo lleva al cielo. Hombre, si quieres ver tu rostro eterno, mira cómo la muerte se presentará ante ti en tu última hora.

Todos escuchaban con la boca abierta y cada cual, inquieto, sopesaba en su interior su propia alma. Durante un buen rato reinó el silencio, como si cada uno de ellos se esforzara en ver el rostro de su propia muerte. Al fin Jesús despegó los labios:

—Anciano —dijo—, un día, cuando tenía doce años, te oí en la sinagoga contar al pueblo de Nazaret cómo habían martirizado y matado al profeta Isaías, pero de esto hace muchos años y lo he olvidado. Y esta noche ardo en deseos de volver a oír el relato de su muerte para que mi alma se serene y para reconciliarme con la muerte. Porque has asustado mucho a mi alma al hablar de Herodes, anciano.

—¿Por qué quieres que esta noche continuemos hablando de la muerte, hijo mío? ¿Era ése el gran favor que querías pedirme?

—Sí. No hay otro más grande.

Se volvió hacia los discípulos:

—¡No temáis a la muerte, compañeros! ¡Bendita sea! ¿Si no existiera, cómo podríamos estar con Dios para siempre? Lo que os digo es cierto, ella tiene las llaves y abre la puerta.

El anciano rabino lo miró sorprendido.

—Jesús, ¿cómo hablas de la muerte con tanto amor y tanta seguridad? Hace mucho tiempo que no oía tu voz tan dulce.

—Háblanos de la muerte del profeta Isaías y verás que tengo razón.

El viejo rabino se desplazó de donde estaba sentado para no tocar a Lázaro:

—El rey inicuo, Manasés, olvidó los mandatos de su padre, el piadoso Ezequías. Satanás entró en él y lo poseyó. Manasés no podía ya oír la voz de Dios: Isaías. Envió, pues, asesinos por toda Judea para que lo encontraran y lo degollaran y así impedirle vociferar. Pero Isaías estaba oculto en Belén, en el tronco de un cedro gigantesco. Ayunaba y oraba para que Dios se apiadara y salvara a Israel. Un día pasó por allí un samaritano herético. La mano del profeta, que estaba orando, salía fuera del árbol. El samaritano fuera de la Ley la vio e inmediatamente corrió a decírselo al rey. Apresaron al profeta y lo llevaron ante el monarca. «¡Traed la sierra con la que se sierran los árboles y serradlo!» —ordenó el maldito—. Tendieron en el suelo al profeta y dos hombres cogieron cada uno un extremo de la sierra y empezaron a serrar. «¡Retráctate de tus profecías si quieres que te perdone la vida!» —le ordenó el rey—. Pero Isaías ya había entrado en el Paraíso, no oía las voces de la tierra. «¡Reniega de Dios, y obligaré a mi pueblo a que caiga a tus pies y te adore!» —volvió a ordenarle el rey—. «No tienes poder más que para matar mi cuerpo —le respondió entonces el profeta Isaías—, no puedes tocar mi alma ni ahogar mi voz. Ambas son inmortales: una asciende a Dios y la otra, mi voz, permanecerá eternamente en la tierra y gritará» —dijo y llegó la muerte en un carro de fuego con una corona de cedro dorada en los cabellos y se lo llevó.

Jesús se levantó; sus ojos brillaban. Un carro de fuego se encontraba detenido sobre él.

—Compañeros —dijo, mirando a sus discípulos uno por uno —, queridos compañeros de viaje, si me amáis, escuchad lo que voy a deciros esta noche: estad siempre alerta, prestos. Los que tenéis sandalias, con las sandalias puestas; los que tenéis bastón, con el bastón empuñado, preparados para el gran viaje. ¿Qué es el cuerpo? La tienda de campaña del alma. ¡Desmontamos las tiendas y partimos!, decid a cada instante: «Partimos, volvemos a la patria». ¿Qué patria? ¡El cielo! Compañeros, también quería deciros esto, lo último que digo esta noche. Cuando os halléis ante la tumba de un ser querido no os pongáis a llorar. Tened siempre en vuestra mente este gran consuelo: la muerte es la puerta de la inmortalidad. No existe otra puerta. El ser querido no está muerto. Se ha convertido en inmortal.

[64](#) La Torre Antonia, construida por Herodes para controlar el área del Templo, especialmente durante las fiestas de Pascua.

[65](#) El historiador judío Flavio Josefo cuenta que Jesús curó a Procla, la esposa de Poncio Pilato, de los fortísimos dolores que la aquejaban. Este episodio aparece también en el *Evangelio de Nicodemo (Hechos de Pilato)* donde se cuenta que Procla manda un recado a su esposo diciéndole que no se meta con ese justo porque durante la noche ha sufrido mucho por su causa.

[66](#) La genealogía de Mateo, compuesta por tres grupos de catorce, parece totalmente artificiosa, tanto que se ha pensado que el evangelista utiliza un procedimiento usual judío de interpretación de la Escritura que consiste en jugar con el valor numérico de las letras hebreas. Las tres consonantes que forman el nombre de Daniel representan en hebreo el número catorce. Mateo compuso entonces artificialmente su genealogía para demostrar que los tres grupos de antepasados, en número de catorce, precisamente, indican que Jesús es hijo de David.

[67](#) La residencia real, en el oasis amurallado de Jericó, era envidiada en todo el Imperio.

[68](#) Esta obra, llamada también *Asunción de Moisés*, contiene una parte que es un apocalipsis. Se trata de las palabras de despedida, a modo de testamento, dirigidas a su sucesor Josué, por el personaje a punto de morir.

En él Moisés predice la historia de Israel desde la entrada en el país de Canaán hasta el final de los tiempos, insistiendo de forma especial en los hechos que van desde el rey Herodes el Grande hasta el incendio del Templo de Jerusalén, en la revuelta judía tras la muerte de Herodes, en el año 4 a.C., que acabó con la muerte de muchos israelitas a manos de los romanos. Tras estos hechos vendrá pronto el fin del mundo. El texto se nos ha conservado incompleto, escrito en latín, y en un único manuscrito traducido del griego, cuyo original se remonta a un material en hebreo o en arameo. Parece que fue compuesto entre los años 7 y 30 de nuestra era por un autor afín a las creencias esenias. Lo más original de este escrito es que presenta una doctrina escatológica sin Mesías. El enviado especial que introduce los últimos tiempos es una figura angélica y el misterioso personaje que con su proceder hace que Dios apresure el final del mundo es un levita, un judío piadoso, que cree en la retribución divina y que está dispuesto incluso a sufrir el martirio por ser fiel a la Ley y a la Alianza con el Dios de Israel.

XXVII

Desde el alba, durante todo el día, pero mucho más por la noche, cuando nadie la veía, la primavera, pasito a pasito, apartaba las piedras y la tierra y ascendía desde el suelo de Israel. En una sola noche las llanuras de Sarón, en Samaria, y de Esdrelón, en Galilea, se cubrieron de margaritas amarillas y de lirios silvestres. Y entre las adustas piedras de Judea brotaron gruesas gotas de sangre, efímeras anémonas. Las vides echaron patitas y en cada yema verde rosácea tomaban impulso para saltar los granos en agraz, las uvas y el vino nuevo; y aún más profundamente, en el corazón de cada yema, las canciones de los hombres. Cada hojita estaba asistida por un ángel de la guarda que la ayudaba a crecer. Se diría que volvían los primeros días de la creación, cuando cada palabra de Dios que caía sobre las tierras recién nacidas estaba preñada de árboles, flores silvestres y verdor.

En el pozo de Jacob, al pie de la montaña sagrada de Guerizín, aquella mañana la samaritana llenó el cántaro y miró a lo lejos, hacia el camino de Galilea, como si deseara ardientemente que apareciera el joven pálido que un día le había hablado del agua inmortal. Ahora, en primavera, la viuda casquivana llevaba aún más descubierto el pecho de dos cumbres lleno de sudor.

Aquella noche primaveral el alma inmortal de Israel se metamorfoseaba, se convertía en ruiseñor, se posaba en la ventana abierta de cada mocita judía y cantaba hasta el alba sin dejarla dormir. «¿Por qué duermes sola? —le gorjeaba, regañándole—, ¿para qué crees que te he dado largos cabellos, dos senos y caderas anchas y redondas? Levántate, engalánate, asómate a la ventana, ponte en la puerta temprano, coge el cántaro y ve al pozo. Guiña el ojo a los mozos hebreos que encuentres en el camino y haz con ellos hijos para mí. Los

hebreos tenemos muchos enemigos pero mientras mis hijas tengan hijos yo seré inmortal. Odio los campos sin labrar y los árboles sin injertar en la tierra de Israel y también las vírgenes».

Y en el Hebrón guardado por Dios, en el desierto de Idumea, en torno a la santísima tumba de Abraham, despertaron los niños hebreos y desde muy de mañana se pusieron a jugar al Mesías. Habían hecho arcos de mimbre, lanzaban flechas de caña hacia el cielo y pedían a gritos que descendiera ya el rey de Israel, el Mesías, con una larga espada y un casco de oro. Habían extendido sobre la sagrada tumba una piel de oveja, un trono para que se sentara. Le habían compuesto además una canción y hacían palmas para que se presentara. Súbitamente, tras la tumba, se oyeron laudes y vítores y apareció pavoneándose, con el rostro feroz, pintarrajeado, con barbas y bigotes hechos de pelos de mazorca de maíz, rugiendo, el Mesías. Empuñaba una larga espada de hojas de palmera y golpeaba en el cuello a los niños puestos en fila, y todos caían degollados.

Despuntaba el día y en Betania, en la casa de Lázaro, Jesús no había pegado ojo. Su angustia había durado demasiado y ningún camino se abría ante él, salvo la muerte. «De mí hablaban las profecías —pensaba—, yo soy el cordero que debe cargar con los pecados del mundo y que debe ser degollado esta Pascua. Pues bien, quisiera ser degollado cuanto antes; la carne es débil, no tengo confianza en ella, puede que en el último momento se eche atrás. Ah, ¡cuándo va a romper el día! ¡Tengo que ir al Templo y acabar hoy mismo con él!».

Había tomado la decisión y su espíritu se sosegó. Cerró los ojos, se quedó dormido y tuvo un sueño: le pareció que el cielo era un huerto cercado con rejas y lleno de fieras. Él mismo era una fiera y jugaba con ellas. Y mientras jugaban, saltó la cerca y cayó en la tierra. Al verlo, los hombres se aterrorizaron, las mujeres se pusieron a gritar y recogieron de la calle a sus hijos para que la fiera no los devorara. Los hombres cogieron lanzas, piedras, espadas y lo persiguieron... La sangre le corría por todo el cuerpo y de pronto cayó de bruces en tierra. Entonces lo rodearon unos jueces para juzgarlo. Pero no eran hombres, eran zorros, perros, cerdos y lobos. Lo juzgaron y lo condenaron a

muerte. Pero cuando lo llevaban a matarlo, se acordó de que él no podía morir, que era una fiera del cielo, inmortal. Y al recordarlo, una mujer que le pareció María Magdalena, le cogió la mano y le sacó de la ciudad, al campo: «No vayas al cielo —le dijo—, ha llegado la primavera, quédate con nosotros...». Caminaron, caminaron, llegaron a las fronteras de Samaria y apareció la samaritana con el cántaro al hombro. Le dio de beber y luego le cogió a su vez de la mano y le llevó en silencio hasta las fronteras de Galilea. Entonces, bajo los viejos olivos en flor apareció su madre. Llevaba un manto negro y lloraba. Lo vio ensangrentado, herido, y una corona de espinas en sus cabellos. Alzó los brazos: «Así como tú me hiciste sufrir —le dijo—, Dios te hará sufrir a ti. Me has puesto en boca de los hombres y la gente está escandalizada. Te has levantado contra la Patria, contra la Ley, contra el Dios de Israel ¡No has temido a Dios ni te has avergonzado ante los hombres! ¡No pensaste en tu madre y en tu padre! ¡Yo te maldigo!» —dijo, y desapareció.

Se despertó sobresaltado bañado en sudor. Los discípulos, acostados junto a él, roncaban. Fuera, en el patio, cantó el gallo. Pedro lo oyó, entreabrió los ojos. Vio a Jesús de pie.

—Rabí —dijo—, en el momento en que cantaba el gallo yo veía un sueño: Habías cogido dos trozos de madera en cruz y en tus manos se habían transformado en una lira y un arco y la tocabas y cantabas. Y de los confines del mundo acudían las fieras a escucharte... ¿Qué significará? Se lo preguntaré al anciano rabino.

—El sueño no termina ahí, Pedro —respondió Jesús—. ¿Por qué te despertaste antes de tiempo? El sueño continúa.

—¿Continúa? No comprendo. ¿Es que tú lo has soñado íntegro, rabí?

—Las fieras, después de oír la canción, se arrojaron contra el cantor y lo devoraron.

Pedro abrió desmesuradamente los ojos. Su corazón tuvo un presentimiento, pero su mente ni se percató.

—No comprendo —dijo.

—Lo comprenderás otra mañana —respondió Jesús—, cuando oigas cantar de nuevo al gallo.

Empujó con el pie, uno por uno, a los compañeros.

—Despertad, perezosos —dijo—. Hoy tenemos mucho trabajo.

—¿Nos vamos? —dijo Felipe restregándose los ojos—. Yo digo que regresemos a Galilea, a lo seguro.

Judas rechinó los dientes pero no habló.

Se despertaron las mujeres, se las oyó hablar en el interior de la casa. La anciana Salomé salió para encender la lumbre, los discípulos estaban ya en el patio esperando a Jesús, que, inclinado, hablaba en voz baja con el anciano rabino, que gravemente enfermo, estaba acostado en una habitación interior de la casa.

—¿Adónde vas ahora, hijo mío? —le preguntaba el anciano—. ¿Adónde vas a combatir? ¿Otra vez a Jerusalén? ¿Vas a levantar la mano de nuevo para destruir el Templo? Porque tú sabes bien que la palabra se transforma en acción cuando sale de un alma grande. Tu alma es grande, tú eres responsable de lo que dices. Si dices: ¡El Templo será destruido, un día será destruido! ¡Mide tus palabras!

—Mido mis palabras, anciano. El mundo entero está en mi mente cuando hablo. Elijo lo que quedará y lo que perecerá. Asumo la responsabilidad.

—¡Ah, si pudiera conservar aún la vida para ver quién eres! Pero soy viejo, el mundo se ha convertido en un fantasma, ronda mi cabeza, quiere entrar; pero todas las puertas están cerradas.

—Resiste aún unos días más, anciano, hasta la Pascua. Retén tu alma entre los dientes y verás. Aún no ha llegado la hora.

El rabino movió la cabeza:

—¿Cuándo llegará esa hora? —murmuró quejándose—. ¿Me habrá engañado Dios? ¿Dónde está la palabra que me dio? Me muero, me muero, y ¿dónde está el Mesías?

El anciano rabino se agarró a los hombros de Jesús con todas las fuerzas que le quedaban.

—Resiste hasta la Pascua, anciano. Verás que Dios mantiene su palabra.

Dijo, se desenganchó de los garfios del anciano y salió al patio.

—Natanael —dijo—, y tú, Felipe, id hasta las afueras de la aldea y en la última casa encontraréis una burra con su borriquillo atada a la aldaba de la puerta. Desatadla y traedla. Si alguien os pregunta: «¿Adónde la lleváis?», responded: «El rabí la necesita. Luego la devolveremos».

—Me parece que nos vamos a meter en un lío —murmuró Natanael a su amigo.

—Vamos —dijo Felipe—, haz lo que te dice y ¡que sea lo que Dios quiera!

Mateo había cogido desde muy temprano el cálamo y era todo ojos y oídos.

«Dios de Israel —pensaba—, ¡cómo va encajando todo según lo anunciaron los profetas por iluminación divina! ¿Qué dice Zacarías?: “¡Alégrate y regocíjate, hija de Sion, grita de júbilo, hija de Jerusalén! ¡Mira, tu rey viene a tu encuentro montado en un borriquillo, lleno de humildad, aunque es un vencedor!”».

—Rabí —dijo Mateo para ponerlo a prueba—, ¿estás cansado? ¿No puedes ir a pie a Jerusalén?

—No —respondió Jesús—, ¿por qué me lo preguntas? De repente he sentido el deseo de ir en una cabalgadura.

—¡Debes ir en un caballo blanco! —espetó Pedro—. ¿No eres el rey de Israel? Tienes que entrar en tu capital a lomos de un caballo blanco.

Jesús lanzó una rápida mirada a Judas y no respondió.

Entretanto, apareció Magdalena y se detuvo en la puerta de la calle. No había dormido en toda la noche y sus grandes ojos mostraban fatiga. Se apoyó en el quicio de la puerta y se puso a mirar a Jesús. Lo miraba intensamente, inconsolable, ¡como si se despidiera de él! Quería decirle: «¡no te vayas!», pero su garganta estaba sellada. Mateo la vio mover la boca sin poder pronunciar palabra y comprendió: «Los profetas no la dejan hablar —pensó—, no le permiten que impida al rabí cumplir lo que ellos han profetizado. Montará en el asno e irá a Jerusalén, quiera o no quiera Magdalena, quiera o no quiera el propio rabí. Está escrito».

En ese momento entraban muy contentos Felipe y Natanael. Arrastraban tras ellos con una cuerda a la madre con el

borriquillo, sin aparejo.

—Sucedió exactamente como lo dijiste, rabí —dijo Felipe—. Monta ahora y vámonos.

Jesús se volvió. Las mujeres, la anciana Salomé, las dos hermanas y Magdalena estaban de pie, con los brazos cruzados, tristes pero silenciosas, y lo miraban.

—Marta, ¿hay algún látigo en la casa? —preguntó Jesús.

—No, rabí —respondió Marta—, sólo la agujada de los bueyes de mi hermano.

—Dámela.

Los discípulos habían puesto sus ropas sobre el manso animal para que el maestro se sentara más cómodamente. Marta echó encima un cobertor rojo que había tejido, adornado en los bordes con pequeños cipreses negros.

—¿Todos listos? —dijo Jesús—. ¿Estais prestos?

—Lo estamos —respondió Pedro y se puso en cabeza cogiendo la cuerda del animal para conducirlo.

Las gentes de Betania oían el tropel que pasaba y abrían las puertas.

—¿Adónde vais, muchachos? ¿Por qué el profeta va hoy montado en un jumento?

Los discípulos se inclinaban y les confiaban el secreto al oído:

—Hoy va a sentarse en su trono.

—¿En qué trono?

—Cállate, es un secreto. Este hombre que veis es el rey de Israel.

—¿Qué decís? —gritaban las mujeres—. ¡Sigámosle!

Y cada vez se sumaba más gente.

Los niños cortaban palmas, se ponían en cabeza y cantaban con gran alborozo: «¡Bendito el que viene en nombre el Señor!». Y los hombres se quitaban el manto y lo extendían sobre la calle para que pasara. ¡Cómo corrían! ¡Qué primavera! ¡Qué cantidad de flores había aquel año! ¡Cómo gorjeaban los pájaros por la mañana y volaban tras ellos hacia Jerusalén!

Santiago se inclinó hacia su hermano:

—Nuestra madre le habló ayer para que nos pusiera a su derecha y a su izquierda, ahora que va a subir al trono de la

gloria. Pero él no respondió. Puede que le molestara. Me pareció que su rostro se ensombreció.

—Seguro que se enfadó —respondió Juan—. No tenía que haberle dicho nada.

—¿Por qué no? ¡Estaría bien que nos dejara así y le diera la preminencia a Judas Iscariote! ¿Has visto cómo todos estos días hablaban los dos en secreto y no se separaban? Espabila, Juan, anda, ve y háblale tú para que no salgamos perjudicados. Se acerca el momento del reparto de honores.

Pero Juan meneó la cabeza:

—Hermano —dijo—, mira lo triste que está. Es como si se encaminara a la muerte.

«Quisiera saber —pensaba Mateo, que caminaba solo detrás de los otros—, lo que va a ocurrir ahora. Los profetas no lo dicen con claridad. Unos hablan de un trono, otros de muerte. ¿Cuál de las dos profecías se cumplirá? Nadie puede explicar una profecía más que cuando lo que anuncia se ha cumplido. Sólo entonces comprendemos qué quiso decir el profeta. Tengamos paciencia, veamos qué ocurre y por la noche, cuando volvamos, escribiré. Así acertaré».

Entretanto, la buena nueva había echado alas y había volado a las aldeas vecinas y a las cabañas dispersas en los olivares y viñedos. Los campesinos acudían de todas partes, extendían en el suelo sus mantos y las campesinas, sus pañoletas para que el profeta pasara sobre ellos... Multitud de tullidos, enfermos, menesterosos. De vez en cuando Jesús volvía la cabeza y miraba a su ejército. De repente sintió una gran soledad. Se volvió, gritó:

—¡Judas!

Pero el discípulo hosco iba el último y no le oyó.

—¡Judas! —repitió Jesús desesperado.

—¡Aquí estoy! —respondió el pelirrojo y apartó a los discípulos para pasar—. ¿Qué quieres de mí, rabí?

—Quédate a mi lado, Judas, hazme compañía.

—No te preocupes, no te abandonaré, rabí —dijo y arrancó la cuerda de la mano de Pedro y tiró del animal.

—No me dejes solo, Judas, hermano —repitió Jesús.

—¿Por qué iba a dejarte, rabí? ¿No hemos quedado de acuerdo?

Se acercaban ya a Jerusalén. La Ciudad Santa se alzó ante ellos sobre el monte Sion, completamente blanca bajo el sol implacable. Pasaban por un villorrio y de uno al otro extremo de las casas oyeron lamentos de duelo, serenos, dulces como tibia lluvia de primavera.

—¿A quién lloran? ¿Quién ha muerto? —preguntó Jesús estremeciéndose.

Pero los campesinos que le seguían se echaron a reír:

—No te angusties, maestro, no ha muerto nadie. Son las muchachas de la aldea que, mientras trabajan en el molino, entonan lamentaciones.

—Pero ¿por qué?

—Para acostumbrarse, maestro. Para saber cómo proceder cuando les llegue el momento de hacerlo.

Subieron el camino pedregoso, entraron en la ciudad devoradora de hombres. Ruidosos y abigarrados rebaños de hombres venidos de todas las tierras hebreas del mundo, portando cada cual los aromas y hedores de su país, se abrazaban y se besaban. Dos días después tendría lugar la fiesta inmortal, y todos los judíos se sentían hermanos. Veían a Jesús montado en un humilde borrico y, tras él, la turba con palmas, y se reían:

—¿Quién es éste?

Los tullidos, los enfermos, los menesterosos, levantaban el puño y amenazaban:

—Ahora veréis. ¡Éste es Jesús de Nazaret, el rey de los judíos!

Jesús se apeó, subió de dos en dos las gradas del Templo, tenía prisa. Llegó al pórtico de Salomón, se detuvo. Miró a su alrededor. Habían instalado barracas, miles de personas vendían, compraban, regateaban, discutían, pregonaban sus mercancías, comerciantes, cambistas, taberneros, prostitutas. Los ojos de Jesús se inyectaron de ira; un furor sagrado se apoderó de él. Alzó la aguijada, arrolló tenderetes, puestos de comida, baratillos. Derribaba las mesas, aguijoneaba a los

mercaderes y seguía avanzando. «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!», gritaba blandiendo la aguijada. Y en su interior, una súplica inusitada, muy amarga: «Señor, Señor, lo que has decidido que debe ocurrir, que ocurra, pero pronto. No te pido otro favor: que ocurra pronto, ahora que aún puedo soportarlo».

Tras él gritaba también la chusma enfurecida: «¡Fuera! ¡Fuera!», y saqueaba las barracas. Jesús se detuvo en el pórtico real, que da al valle del Cedrón. Todo su cuerpo humeaba, sus largos cabellos, negros como ala de cuervo, ondeaban en su espalda, sus ojos despedían llamas.

—¡He venido a incendiar el mundo! —gritó—. Juan proclamaba en el desierto: «¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! ¡Se acerca el día del Señor!». Yo os digo: «¡Ya no tenéis tiempo de arrepentiros, el día del Señor ha llegado! Ha llegado. ¡Soy yo! Juan bautizaba con agua en el desierto. Yo bautizo con fuego. Bautizo a los hombres, a las montañas, a las ciudades, a los barcos, y ya veo que el fuego ocupa los cuatro costados de la tierra, los cuatro costados del alma, y me lleno de gozo: ¡Ha llegado el día del Señor, mi día!».

—¡Fuego! ¡Fuego! —vociferaba la chusma—. ¡Prendamos fuego al mundo, quemémoslo!

Los levitas cogieron lanzas y espadas y el hermano de Jesús, Santiago, se puso en cabeza, con los amuletos colgados del cuello. Se arrojaron sobre Jesús para atraparlo pero el pueblo se enfureció, los discípulos se envalentonaron y atacaron a su vez todos juntos, rugiendo. En lo alto de la torre del palacio los centinelas romanos los miraban y reían.

Pedro cogió de un tenderete una antorcha encendida:

—¡Caigamos sobre ellos, hermanos! —gritó—. ¡Fuego, muchachos, ha llegado la hora!

En ese momento se habría vertido mucha sangre en el patio de Dios si las trompetas de los romanos no hubieran resonado amenazantes en la torre de Pilato. El gran sumo sacerdote, Caifás, salió del Templo y ordenó a los levitas que depusieran las armas. Él mismo, con gran habilidad, había cavado el foso del rebelde e iba a caer en él sin escándalos y con toda seguridad.

Los discípulos habían rodeado a Jesús y lo miraban con angustia. ¿Iba a dar la señal o no? ¿Qué esperaba? ¿Hasta cuándo esperaría? ¿Por qué tardaba, y en vez de alzar la mano y hacer un signo al cielo, miraba al suelo, a la tierra? Él podía no tener prisa, pero ellos eran pobres, lo habían sacrificado todo y había llegado la hora de cobrárselo.

—¡Rabí —dijo Pedro encendido—, decídate ya! ¡Da la señal!

Jesús, inmóvil, había cerrado los ojos y el sudor corría por su frente. «Tu día se acerca, Señor, ha llegado el fin de los tiempos. Yo lo traeré, lo sé. Yo, pero muriendo...» —se decía y se repetía, para infundirse valor.

Santiago se acercó a él, le tocó en el hombro para que abriera los ojos, lo sacudió:

—Si no das ahora la señal, estamos perdidos —dijo—. Lo que has hecho hoy significa la muerte.

—Significa la muerte —intervino Tomás—, pero nosotros no queremos morir, entérate bien.

—¡Morir! —exclamaron Felipe y Natanael, aterrorizados—. ¡Nosotros hemos venido aquí para ser reyes!

Juan se apoyó en el pecho de Jesús:

—Rabí —dijo—, ¿en qué piensas?

Pero Jesús lo apartó:

—Judas, ven junto a mí —dijo y se apoyó en su fuerte brazo.

—Ánimo, rabí —murmuró el de la barba pelirroja—. Ha llegado la hora; que no tengamos que avergonzarnos.

Santiago miró con odio a Judas. Antes, el maestro ni se volvía para mirarlo, y ahora, ¿qué eran aquellas amistades y aquellos cuchicheos secretos?

—Traman algo entre los dos... ¿Qué dices tú, Mateo?

—Yo no digo nada. Escucho lo que vosotros decís y hacéis y lo escribo. Éste es mi trabajo.

Jesús apretó el brazo de Judas. Por un instante sintió vértigo. Judas lo sostuvo:

—¿Estás cansado, rabí? —le preguntó.

—Sí, estoy cansado.

—Acuérdate de Dios para sentirte reconfortado —le respondió el de la barba pelirroja.

Jesús se recuperó, se volvió hacia los discípulos:

—Vamos —dijo.

Pero los discípulos vacilaban. No querían irse. ¿Adónde iban a ir? ¿A Betania otra vez? ¿Hasta cuándo? Ya estaba bien de idas y venidas.

—Creo que se burla de nosotros —dijo Natanael en voz baja a su amigo—. ¡Yo no voy a ninguna parte!

—Ten paciencia —le respondió Felipe.

—¿Más paciencia? —gruñó Natanael—. ¡Que aguante el pobre todo lo que al amo le venga en gana! ¡Yo no voy a ninguna parte! —dijo y siguió a los demás discípulos que, malhumorados, regresaban a Betania.

Tras ellos, los levitas y fariseos se partían de risa. Un levita joven, feo y jorobado, lanzó una cáscara de limón que le dio a Pedro en toda la cara:

—¡Buena puntería, Saulo! —se oyeron gritos—. ¡Has dado en el blanco!

Pedro hizo ademán de volverse para atacar al levita, pero Andrés lo contuvo:

—Ten paciencia, hermano —le dijo—, ya nos tocará a nosotros.

—¿Cuándo, Andrés? —murmuró Pedro—. ¿Cuándo? ¿No ves que estamos hechos polvo?

Humillados, silenciosos, se pusieron en marcha. La gente que antes llevaban detrás se había dispersado, blasfemando. Ya nadie les seguía, nadie extendía sus harapos para que pasara el rabí. Ahora Felipe tiraba de la burra y Natanael le sujetaba la cola; los dos estaban impacientes por devolvérsela a su amo, para no tener problemas. El sol quemaba, soplaba un viento caliente, se había levantado una polvareda y los asfixiaba. Al acercarse a Betania se tropezaron con Barrabás que iba con dos correligionarios, dos salvajes de enormes bigotes:

—¿Adónde lleváis a vuestro maestro? —les increpó—. ¡Eh, está muerto de miedo!

—¡Lo llevan a Lázaro para que lo resucite! —respondieron los compañeros de Barrabás y estallaron en grandes risotadas.

Cuando llegaron a Betania y entraron en la casa, encontraron al anciano rabino agonizando. Las mujeres, arrodilladas a su alrededor, lo miraban partir, silenciosas e inmóviles. Sabían que no podían hacer nada para que volviera a la vida. Jesús se acercó, puso la mano en la frente del anciano, y él sonrió, pero no abrió los ojos.

Los discípulos se acuclillaron en el patio; su boca destilaba amargura, callaban. Jesús hizo una señal a Judas:

—Judas, hermano, ha llegado la hora. ¿Estás preparado?

—Te lo pregunto una vez más, rabí, ¿por qué me elegiste a mí?

—Eres el más fuerte, lo sabes. Los demás no pueden resistir. ¿Fuiste a hablar con el sumo sacerdote Caifás?

—Le hablé. Quiere saber dónde y cuándo.

—Dile que la noche de Pascua, después de la cena pascual, en Getsemaní. Ten valor, Judas, hermano. Yo también intento tenerlo.

Judas sacudió la cabeza, no dijo nada. Salió a la calle y esperó que saliera la luna.

—¿Qué ocurrió en Jerusalén? —preguntó la anciana Salomé a sus hijos—. ¿Qué os pasa que no habláis?

—Creo, madre, que hemos edificado sobre la arena —respondió Santiago—. ¡Creo que nos ha engañado!

—¿Y el rabí? ¿Y las glorias? ¿Y los vestidos de seda y oro? ¿Y los tronos? ¿Nos engañó entonces? —preguntaba la vieja; miraba a sus hijos, batía las manos, pero nadie le respondía.

La luna apareció, afligida, completamente redonda por las montañas de Moab. Se detuvo un instante en la ceja del monte, vacilante miró el mundo, y súbitamente tomó una decisión, se despegó de la montaña y comenzó a ascender. El sombrío villorrio de Lázaro brilló completamente blanco, como si de repente lo hubieran encalado.

* * *

Amaneció Dios, los discípulos se agruparon en torno al maestro. Él no les hablaba, los miraba uno a uno, como si los

viera por primera o por última vez. Hacia el mediodía abrió los labios:

—Quiero, compañeros, celebrar con vosotros la santa Pascua. Tal día como hoy nuestros antepasados se pusieron en marcha, dejaron atrás la tierra de la esclavitud y entraron en la libertad del desierto ⁶⁹. En esta Pascua nosotros saldremos por primera vez de otro tipo de esclavitud y entraremos en otra libertad. ¡Quién tenga oídos que oiga!

Todos callaban; sus palabras eran oscuras ¿Qué nueva esclavitud? ¿Qué nueva libertad? No comprendían. Al cabo de un momento, Pedro habló:

—Yo sólo comprendo una cosa, rabí. No hay Pascua sin un cordero. ¿Dónde encontraremos el cordero?

Jesús sonrió con un rictus de amargura:

—El cordero está listo, Pedro. En este momento él mismo va a que lo degüellen para que los pobres del mundo celebren la nueva Pascua. Así pues, no sufras por el cordero.

Lázaro, que estaba sentado en un rincón y no hablaba, se levantó, se llevó la esquelética mano al pecho y habló:

—Rabí —dijo—, te debo la vida que, aun siendo como es, es mejor que las tinieblas del mundo de los muertos. Así pues, yo os regalaré el cordero pascual. Tengo un amigo pastor en la montaña; iré allí.

Los discípulos se miraron sorprendidos. ¿De dónde había sacado tantas energías aquel medio-vivo, medio-muerto para ponerse en pie y dirigirse a la puerta? Sus dos hermanas cayeron sobre él para impedirle que se fuera, pero él las rechazó, tranquilo, cogió una caña para apoyarse y cruzó el umbral.

Se internó en las callejuelas de la aldea, las puertas se abrían a su paso, salían las mujeres asustadas, atónitas, y se admiraban de que sus piernas delgadas como cañas caminaran y de que su cintura, que se cimbreaba, no se partiera. Sentía dolor pero se infundía valor a sí mismo, y de vez en cuando intentaba silbar para demostrar que estaba vivo de nuevo, pero sus labios no se unían del todo. Desistió, pues, de silbar y tomó,

taciturno, la pendiente del monte en dirección al aprisco de su amigo.

Aún no había avanzado un tiro de piedra cuando Barrabás surgió ante él de entre las retamas en flor. Hacía muchos días que rondaba por el pueblo esperando ese momento: que aquel maldito que había resucitado sacara las narices de su casa para acabar con él y que los hombres no lo vieran y se acordaran del milagro. Porque el hijo de María se había crecido mucho desde el día que lo había resucitado. ¡De modo que tenía que hundirse de nuevo en el hoyo para que ellos se liberaran!

—¡Eh, desertor del Infierno —le gritó—, me alegro de verte! Dime, por tu Dios, ¿cómo lo pasaste allí abajo? ¿Qué es mejor, la vida o la muerte?

—Son poco más o menos —respondió Lázaro, e intentó seguir adelante.

Pero Barrabás extendió el brazo y le cerró el paso.

—Perdóname, espectro —dijo—, pero llega la Pascua, no tengo cordero y esta mañana juré a Dios que degollaría en lugar del cordero al primer ser vivo que me encontrase en mi camino, para celebrar la Pascua como los demás. Alarga, pues, el pescuezo, has sido afortunado, vas a ser una víctima ofrecida a Dios.

Lázaro se puso a gritar. Barrabás le agarró por el cuello, pero se asustó. Había asido una cosa blanda, como algodón, más blanda aún, como aire. Las uñas de Barrabás se hundían en aquello y salían sin una gota de sangre. «¿Y si es un fantasma?» —pensó, y su grueso rostro picado de viruelas palideció.

—¿Te duele? —le preguntó.

—No —respondió Lázaro, y se deslizó de las manos de Barrabás para irse.

—¡Detente! —gruñó Barrabás y lo agarró ahora por los pelos.

Pero se quedó con los cabellos y con el cuero cabelludo en la mano y el cráneo de Lázaro brilló amarillento bajo sol.

—¡Maldito seas! —murmuró Barrabás temblando—. ¡Eres un fantasma!

Lo cogió por el brazo derecho y lo zarandeó.

—¡Di que eres un fantasma para que te suelte!

Mientras lo zarandeaba se quedó con el brazo de Lázaro en la mano. El pánico se apoderó de Barrabás, arrojó el brazo podrido a las retamas en flor y escupió con asco. Se le erizaron los cabellos de miedo. Cogió el cuchillo, tenía prisa por liquidarlo para librarse de él. Lo asió con cuidado por la nuca, le apoyó el cuello en una piedra e intentó degollarlo. Rajaba, rajaba, pero el cuchillo no penetraba, como si degollara un vellón de lana. A Barrabás se le heló la sangre. «Creo que estoy degollando a un muerto» —pensó—. Echó a correr cuesta abajo, pero vio que Lázaro aún se movía y temió que su maldito amigo lo encontrara y volviera a resucitarlo. Dominó el pánico, lo cogió por ambas extremidades, lo torció como escurrimos la ropa mojada para tenderla, lo retorció; bruscamente se le quebró por la cintura en dos pedazos. Barrabás los arrojó a las retamas y huyó corriendo. Corría, corría, era la primera vez en su vida que sentía miedo; no se atrevía a volverse. «¡Ah, ojalá tenga tiempo de entrar en Jerusalén y encuentre a Santiago para que me dé el amuleto que conjura al demonio!» —murmuraba.

* * *

Entretanto, en la casa de Lázaro, Jesús se inclinaba sobre sus discípulos e intentaba infundir un poco de luz en sus mentes para que no se espantaran por lo que iban a ver y se dispersaran.

—Yo soy el camino —les decía— y la casa a donde vais. Yo soy también el caminante. Yo soy aquel a cuyo encuentro se va. Tened confianza en mí, no temáis, veáis lo que veáis, porque yo no puedo morir. ¿Me oís? Yo no puedo morir.

Judas se había quedado solo en el patio y desenterraba los guijarros con los dedos del pie. Jesús volvía a cada instante los ojos hacia él, lo miraba y en su rostro se extendía una tristeza indecible.

—Rabí —dijo Juan, quejoso—, ¿por qué lo llamas continuamente junto a ti? Si miras en sus pupilas verás un puñal.

—No, querido Juan —respondió Jesús—, no es un puñal, es una cruz.

Los discípulos se miraron, alarmados.

—¡Una cruz! —dijo Juan, reclinándose sobre el pecho de Jesús—. Rabí, ¿quién es el crucificado?

—Todo el que se incline sobre aquellas pupilas y mire, verá su propio rostro en la cruz. Yo me he inclinado y he visto el mío.

Los discípulos no comprendieron, algunos de ellos se echaron a reír.

—¡Has hecho bien en decírnoslo, rabí! —dijo Tomás—. Yo jamás me inclinaré sobre los ojos del pelirrojo.

—Se inclinarán tus hijos y tus nietos, Tomás —respondió Jesús y observó por la ventana a Judas, que ahora estaba de pie en la puerta, mirando hacia Jerusalén.

—Tus palabras son oscuras, rabí —dijo disgustado Mateo, que sostenía el cálamo en la mano desde hacía un buen rato y no podía comprender nada para escribirlo—. Son oscuras, ¿cómo quieres que las anote en mis papeles?

—No hablo para que tú escribas, Mateo —respondió Jesús con amargura—. Con razón a los chupatintas os llaman gallos. Creéis que el sol no sale si no lo llamáis. ¡Me dan ganas de coger tus papeles y tus cálamos y arrojarlos al fuego!

Mateo recogió rápidamente sus papeles y se anonadó. La furia de Jesús duraba aún:

—¡Yo digo una cosa, vosotros escribís otra, y otra muy distinta entienden quienes os leen! Yo digo: cruz, muerte, reino de los cielos, Dios, ¿y qué entendéis? Cada uno de vosotros pone en cada una de esas santas palabras sus pasiones, sus intereses y sus conveniencias, y mi palabra se pierde, mi alma se pierde. ¡Ya no puedo más!

Se levantó, se ahogaba. De repente sintió que su mente y su corazón se llenaban de arena.

Los discípulos se quedaron abatidos. Parecía que el rabí aún empuñaba la aguijada y los aguijoneaba, como si fueran bueyes perezosos que se negaran a moverse. El mundo era una carreta a la que ellos estaban uncidos, Jesús los pinchaba, ellos daban un respingo, pero no se movían. Jesús los miraba y se consumía. El camino de la tierra al cielo es largo ¡y ellos no se movían!

—¿Hasta cuándo me tendréis entre vosotros? —exclamó—. Los que de vosotros tengáis una pregunta importante apresuraos a preguntarme; los que de vosotros tengáis una palabra tierna que decirme, decídmela cuanto antes, me hará bien. Que cuando me vaya no os quejéis y digáis: «¡Ah, no nos dio tiempo de decirle una palabra cariñosa!».

Las mujeres, agrupadas en un rincón, escuchaban con la barbilla metida en las rodillas. De vez en cuando suspiraban, ellas lo comprendían todo, pero no podían decir nada. De pronto, Magdalena lanzó un grito, era la primera que había intuido, y un lamento fúnebre estalló en su interior. Se puso en pie de un salto, entró en la habitación del fondo, buscó bajo la almohada un frasco de cristal lleno de costoso perfume de Arabia que le había regalado uno de sus amantes por una noche de placer. Lo había llevado siempre consigo cuando seguía a Jesús y la desdichada se decía: «Quién sabe, Dios es grande, puede que llegue el día en que unte con este costoso perfume los cabellos de mi amado. Puede que llegue el día en que quiera permanecer a mi lado como esposo». Tales ocultos anhelos albergaba en su interior y ahora tras el cuerpo del amado había visto la muerte, no el amor, la muerte. Y la muerte, como la boda, requería perfumes. Cogió el frasco de cristal de debajo de la almohada, se lo apoyó contra el seno y se puso a llorar. Lloraba silenciosamente para que no la oyeran, lo apretaba contra su seno y lo acunaba como si fuera un niño de pecho. Luego se enjugó los ojos, salió y cayó a los pies de Jesús. Y antes de que él tuviera tiempo de inclinarse para levantarla, ella había roto el frasco y había vertido el perfume sobre los pies sagrados. A continuación se desató los cabellos y le enjugó, llorando, los pies perfumados, y el perfume que quedaba lo vertió sobre la cabeza amada. Inmediatamente volvió a desplomarse a los pies del rabí y se puso a besarlos.

Los discípulos se escandalizaron.

—Qué lástima desperdiciar un perfume tan caro —dijo Tomás el mercader—. Si lo hubiéramos vendido habríamos podido alimentar a muchos pobres.

—Y ayudar a huérfanos —dijo Natanael.

—O comprar ovejas —dijo Felipe.

—Mala señal —murmuró Juan, lanzando un suspiro—. Con aromas así se perfuma a los difuntos ricos. No debías haberlo hecho, María. ¿Y si la muerte olisqueara su perfume preferido y viniera?

Jesús sonrió:

—A los pobres siempre los tendréis con vosotros —dijo—, pero a mí no. Así que no importa que se haya derrochado un frasco de perfume por mí. Hay momentos en que el Derroche sube al cielo y se sienta junto a su muy señorial hermana, la Nobleza. Y tú, amado Juan, no te aflijas. La muerte siempre llega, mejor que nos coja con los cabellos perfumados.

La casa olía como la tumba de un rico. Apareció Judas y lanzó una rápida mirada al rabí —¿acaso había revelado el secreto a los discípulos y ellos habían perfumado con mirra funeraria al que iba a morir?—. Pero Jesús sonrió:

—Judas, hermano, más rápido que el ciervo, en la tierra, vuela la golondrina, en el aire, y más rápido que la golondrina, vuela la mente del hombre, y más rápido que la mente del hombre, vuela el corazón de la mujer.

Dijo, y señaló con la mirada a Magdalena.

Pedro abrió la boca:

—Hemos dicho muchas cosas, pero hemos olvidado lo más importante. ¿Dónde celebraremos la Pascua en Jerusalén, rabí? Yo propongo que en la taberna de Simón el cirineo.

—Dios lo ha dispuesto de otro modo —dijo Jesús—. Levántate Pedro, ve con Juan a Jerusalén, veréis a un hombre con un cántaro al hombro. Seguidlo. Entrará en una casa, entrad también vosotros y decidle al propietario: «Nuestro maestro te saluda y te pregunta: ¿Dónde están preparadas las mesas para que celebre la Pascua con mis discípulos?». Él responderá: «Mis respetos a vuestro maestro. Todo está dispuesto. Será bienvenido».

Los discípulos se miraron, admirados, como niños. A Pedro se le salieron los ojos de las órbitas:

—¿Es cierto lo que dices, rabí? ¿Todo está dispuesto? ¿El cordero, el asador, el vino, todo?

—Todo —respondió Jesús—. Id, tened confianza. Nosotros estamos aquí sentados charlando, pero Dios no se sienta, no charla; trabaja por los hombres.

En ese momento se oyó un estertor muy débil en un rincón al fondo de la casa. Todos miraron hacia allí, avergonzados. Habían olvidado durante todo aquel tiempo al anciano rabino, que agonizaba. Acudió Magdalena, seguida de las tres mujeres, llegaron también los discípulos. Jesús puso de nuevo la mano sobre la boca helada del anciano. Éste abrió los ojos, lo vio y sonrió. Agitó la mano y con un gesto dijo a las mujeres y a los hombres que se fueran. Cuando se quedaron solos, Jesús se inclinó, le besó la boca, los ojos y la frente. El anciano miraba en el fondo de sus ojos y su rostro resplandecía.

—He vuelto a veros a los tres —murmuró—, a Elías, a Moisés y a ti. Ahora estoy completamente seguro. Me voy.

—Adiós, anciano. ¿Estás satisfecho?

—Lo estoy. Dame tu mano para que la bese.

Cogió la mano de Jesús y pegó a ella durante largo tiempo sus labios helados. Lo miraba arrobado, se despedía de él, callaba. Y al poco rato:

—¿Cuándo irás tú allá arriba? —le preguntó.

—Mañana, día de la Pascua. ¡Hasta pronto, anciano!

El anciano rabino cruzó las manos:

—Ahora, despide a tu siervo, Señor —murmuró—. ¡Mis ojos han visto a mi Salvador!

[69](#) La gran fiesta de Pascua (*Pésaj*) atraía a Jerusalén a miles de peregrinos procedentes de todo el mundo. La víspera del primer día se degollaba el cordero pascual y al anochecer se celebraba una cena en familia que conmemoraba la liberación del pueblo judío de la esclavitud de Egipto. La fiesta duraba siete días y había alegría, pero también tensa esperanza por recuperar la libertad perdida bajo el yugo de Roma.

XXVIII

El sol había bajado y se inclinaba, bermellón, hacia el poniente. En el extremo opuesto del cielo, el oriente empezó a clarear. Pronto aparecería, enorme y silenciosa, la luna de Pascua. Todavía penetraban, pálidos, los rayos del sol e iluminaban oblicuamente el rostro delgado de Jesús, rozaban la frente, la nariz, las manos de los discípulos e iban a acariciar, en el rincón, el rostro sereno, jubiloso, inmortal ya, del anciano rabino. María estaba sentada en el telar, hundida en la sombra y nadie veía las lágrimas que se deslizaban lentamente desde sus mejillas y su mentón hasta la tela a medio tejer. La casa aún olía a perfume y los dedos de Jesús goteaban mirra.

De pronto, mientras estaban sentados en silencio y, a medida que iba anocheciendo, se oprimía cada vez más el corazón de cada uno de ellos, una golondrina entró por la ventana planeando, dio tres vueltas sobre sus cabezas, gorjeó alegremente, se volvió hacia la luz y salió de nuevo como una flecha. Apenas tuvieron tiempo de ver sus alas en forma de tijera y su vientre blanco.

Como si estuviera esperando aquella señal secreta, Jesús se levantó:

—Ha llegado la hora —dijo.

Paseó lentamente la mirada por el hogar, por los aperos de trabajo, los utensilios de la casa, el candil, el cántaro, el telar, y luego por las cuatro mujeres: la anciana Salomé, Marta, Magdalena y María, la tejedora. Después, miró al anciano, cerúleo ya, que había entrado en la inmortalidad.

—Adiós —dijo agitando el brazo.

Ninguna de las tres muchachas pudo responder; únicamente la anciana Salomé.

—No nos mires así, hijo mío, como si te despidieras de nosotras para siempre —dijo.

—Adiós —repitió Jesús, y avanzó hacia las mujeres.

Posó la mano sobre los cabellos de Magdalena, luego sobre los de Marta. Entonces la tejedora se levantó, se acercó e inclinó la cabeza. Era como si las bendijera, como si las abrazara, como si las llevara a las tres con él. Y bruscamente las tres irrumpieron en lamentos fúnebres.

Salieron al patio. Los discípulos seguían a Jesús. Una madreselva había florecido en la tapia, sobre el pozo, y ahora, con la noche, se expandió su olor. Jesús alargó la mano, cortó una flor y se la puso entre los dientes: «Que Dios me dé fuerza —pidió en el fondo de su corazón—, que Dios me dé fuerzas para mantener entre los dientes esta flor delicada sin morderla en la terrible angustia de la crucifixión».

Ya en la puerta de la calle se detuvo en el umbral, alzó la mano:

—¡Mujeres —exclamó con voz profunda—, mujeres, adiós!

Ninguna de ellas respondió. Sus lamentos estallaron en el patio. Jesús abrió la marcha en dirección a Jerusalén. La luna llena ascendía de los montes de Moab, el sol descendía tras las montañas de Judea. Durante un instante, aquellos dos ornatos del cielo se detuvieron y se miraron, luego uno ascendió y el otro se hundió.

Jesús hizo una señal a Judas y él fue a ponerse a su lado. Los dos debían tener cosas que decirse, cosas secretas, porque hablaban en voz baja. A veces Jesús se inclinaba hacia Judas y otras veces era Judas quien lo hacía hacia Jesús, y ambos medían sus palabras antes de responder al otro.

—Perdóname, Judas, hermano —decía Jesús—, pero es necesario.

—Rabí, te pregunto una vez más, ¿no hay otro camino?

—No, Judas, hermano. Yo también lo hubiera deseado. Hasta ahora tenía esa esperanza y aguardaba que así fuera. Pero ha sido en vano. No hay otro camino. Ha llegado el fin de los siglos. Este mundo, el reino del Maligno, se desplomará, vendrá el reino de los cielos, yo lo traeré. ¿Cómo? Muriendo. No hay otro camino. No te alarmes, Judas, hermano mío. Dentro de tres días resucitaré.

—Me lo dices para consolarme, para obligarme a traicionarte sin que se me desgarre el corazón. Dices que yo soy fuerte para infundirme valor. Pero no lo soy. ¡A medida que nos acercamos al momento terrible me faltan las fuerzas, rabí!

—Resistirás, Judas, hermano. Dios ha de darte la fuerza que te falte, porque es necesario; es necesario que yo muera y que tú me traiciones. Nosotros dos debemos salvar al mundo. Ayúdame.

Judas bajó la cabeza y al cabo de un momento:

—Si fueras tú el que tuvieras que traicionar a tu maestro, ¿lo harías?

Jesús permaneció pensativo largo rato. Al fin:

—No —le respondió—, me temo que no podría. Por eso Dios se apiadó de mí y me confió la misión más fácil: ser crucificado.

Jesús lo había cogido del brazo y le hablaba en voz baja, seductora: «No me dejes solo, ayúdame. ¿Hablaste con el sumo sacerdote Caifás? ¿Están listos y armados los servidores del Templo que van a apresarme? ¿Se ha cumplido todo como lo habíamos dispuesto, Judas, hermano mío? Celebremos, pues, la Pascua todos juntos esta noche y yo te haré una señal para que te levantes y vayas a traerlos. Los días negros serán tres, pasarán como un relámpago ¡Y todos juntos nos regocijaremos y bailaremos el tercer día! ¡El día de la resurrección!».

—¿Y los otros lo sabrán? —preguntó Judas, señalando con el pulgar a los discípulos que estaban detrás de ellos, en la penumbra.

—Se lo diré esta noche para que no opongan resistencia a los soldados y a los levitas que vayan a apresarme.

Judas frunció los labios con desprecio:

—¿Oponer resistencia estos? —dijo—. ¡Vaya selección de miedicas que hiciste. Ni uno se salva!

Jesús bajó la cabeza y no respondió.

La luna ascendía, se derramaba sobre la tierra, lamía las piedras, los árboles, los hombres. Las sombras azul oscuro caían sobre la tierra. Tras ellas, los discípulos, agrupados, charlaban y discutían. Unos se relamían pensando en las mesas llenas de comida, otros, inquietos, comentaban las palabras de doble

sentido del rabí. Tomás, por su parte, se acordó del pobre anciano rabino.

—Otro que se fue —dijo—. ¡Hasta que nos toque a nosotros!

—¿Cómo? ¿Es que vamos a morir también nosotros? —dijo Natanael despavorido—. ¿No dijimos que nos dirigíamos hacia la inmortalidad?

—Así es. Pero parece ser que antes hemos de pasar por la muerte —le explicó Tomás.

Natanael movió la cabezota:

—Mal camino tomamos para la inmortalidad —murmuró—. Tendremos líos allá abajo, entre los muertos ¡Acordaos de lo que os digo!

Jerusalén se alzaba ahora ante ellos, llena de luna, completamente blanca y transparente, como un fantasma. Inmersas en la luz de la luna, parecía que las casas se hubieran despegado del suelo y flotaran en el aire. Se oía cada vez con mayor claridad un bullicio confuso, mezcla de hombres que salmodiaban y de animales que eran degollados.

En la puerta de oriente se encontraban Pedro y Juan esperándolos. Sus rostros resplandecían bañados por los rayos de luna. Salieron jubilosos a su encuentro:

—Todo ocurrió como nos habías dicho, rabí. Las mesas están preparadas. ¡Entrad a comer!

—Y si preguntáis por el dueño de la casa —dijo Juan riendo—, lo preparó todo y desapareció.

Jesús sonrió:

—Esta es la suprema hospitalidad —dijo—, que el huésped desaparezca.

Todos apresuraron el paso. Las calles estaban llenas de gente, de fanales y de ramas de mirto. Tras las puertas cerradas se oía triunfal el himno de Pascua:

Cuando Israel salió de Egipto,

Cuando la casa de Jacob se liberó de los bárbaros,

El mar lo vio y se alejó

Y el Jordán remontó su curso en sentido contrario.

*Los montes brincaron como carneros,
Los collados como corderos,
¿Qué te sucede, mar, que huyes?
¿Y a ti, Jordán, que remontas tu curso al revés?
¿Qué os pasa, montes, que brincáis como carneros?
¿Y a vosotros, collados, que retozáis como corderos?
¡Tiembra, Tierra, ante el señor,
Ante el Dios de Israel!
¡Él toca las rocas y se tornan lagunas,
Y la piedra, un manantial de agua fresca!*

Los discípulos pasaban ante las casas, oían el salmo pascual y se ponían a entonarlo ellos. Pedro y Juan iban delante para indicarles el camino. Todos, excepto Jesús y Judas, habían olvidado sus inquietudes y sus temores y corrían hacia las mesas preparadas.

Pedro y Juan se detuvieron, empujaron una puerta marcada con sangre del cordero degollado y entraron. Tras ellos, Jesús y la hambrienta compañía. Cruzaron el patio, subieron una escalera de piedra, llegaron al primer piso. Las mesas estaban puestas y tres candelabros de siete brazos iluminaban el cordero, el vino, el pan ácimo y los aperitivos, y también los bastones que debían empuñar mientras comían, como si se dispusieran a emprender un largo viaje.

—¡Bien hallado! —dijo Jesús. Alzó la mano y bendijo al huésped invisible.

Los discípulos se echaron a reír:

—¿A quién saludas, rabí?

—Al Invisible —respondió Jesús y los miró uno por uno severamente.

Se ciñó un amplio paño en la cintura, cogió agua, se arrodilló y se puso a lavar los pies a los discípulos.

—Rabí, no consentiré que tú me laves los pies a mí —exclamó Pedro.

—Pedro, si no te lavo los pies no entrarás conmigo en el reino de los cielos.

—Entonces, rabí, no sólo los pies, también las manos y la cabeza —respondió Pedro.

Se sentaron en torno de las mesas. Tenían hambre, pero ninguno de ellos se atrevía a tender la mano hacia las viandas. Aquella noche, el rostro del maestro era adusto y sus labios presentaban un rictus amargo. Jesús miraba uno por uno a sus discípulos, a Pedro, a su derecha, a Juan, a su izquierda, a todos. Frente a él, su áspero y duro colaborador de barba pelirroja.

—Antes de nada —dijo— bebamos el agua salada para recordar las lágrimas que nuestros padres derramaron en la tierra de la esclavitud.

Tomó la cántara con el agua salada, llenó hasta el borde el vaso de Judas en primer lugar, luego vertió algunas gotas en los vasos de los demás y por último hizo rebosar la suya.

—¡Recordemos las lágrimas, el sufrimiento y la lucha del hombre por liberarse! —dijo y apuró de un trago su vaso lleno.

Los otros bebieron también e hicieron muecas de desagrado. Judas, por su parte, apuró de un trago su vaso, se lo mostró a Jesús, lo puso boca abajo. No había quedado ni una gota.

—Eres un valiente, Judas —le dijo sonriéndole—. Puedes soportar la mayor amargura.

Tomó el pan ácimo y lo repartió. Luego, el cordero y lo repartió. Cada uno alargó la mano y echó en su ración de cordero las hierbas amargas que prescribe la Ley: orégano, ajedrea y laurel. A continuación rociaron la carne con una salsa roja para recordar los ladrillos rojos que sus antepasados hacían en la esclavitud. Comían deprisa, como manda la Ley, y cada uno de ellos empuñaba el bastón y mantenía un pie levantado, prestos para partir.

Jesús los miraba comer pero no comía. Empuñaba también el bastón y tenía levantado el pie derecho, preparado para el gran viaje. Todos callaban. Sólo se oían las mandíbulas que trituraban, las lenguas que lamían los huesos y el choque de los vasos al brindar. Por el tragaluz entraba la luna; la mitad de las

mesas estaba bañada por su luz, la otra mitad, hundida en una penumbra violácea.

Después de un profundo silencio Jesús abrió la boca:

—Pascua, mis fieles compañeros de viaje, significa paso. Paso de las tinieblas a la luz; de la esclavitud a la libertad. Pero la Pascua que festejamos esta noche tiene un significado más profundo. La Pascua de esta noche quiere decir paso de la muerte a la inmortalidad. Yo voy delante, compañeros, y os abro el camino.

Pedro se sobresaltó.

—Rabí —dijo—, vuelves a hablar de la muerte. De nuevo tus palabras son un puñal de doble filo. Si sobre ti pende alguna desgracia, habla claramente. Somos hombres.

—Es cierto; tus palabras son más amargas que estas hierbas —dijo Juan—. Apiádate de nosotros y háblanos claramente.

Jesús cogió su ración de pan, intacta, la repartió entre sus discípulos:

—Tomad y comed —dijo—; éste es mi cuerpo.

Cogió un vaso lleno de vino, lo pasó de boca en boca y todos bebieron.

—Tomad y bebed —dijo—; ésta es mi sangre.

Cada uno de los discípulos comió un trocito de pan y bebió un sorbo de vino y su mente sintió vértigo. El vino les pareció espeso y salado, como sangre, y el bocado de pan bajó a sus entrañas como un ascua. Súbitamente todos sintieron con pavor que Jesús echaba raíces dentro de ellos y les devoraba las entrañas. Pedro apoyó los codos en la mesa y se echó a llorar. Juan se reclinó sobre el pecho de Jesús.

—Quieres partir, rabí —balbució—, quieres partir... Partir...

No era capaz de decir otra cosa.

—¡No irás a ninguna parte! —gritó Andrés—. Anteayer dijiste: «El que no tenga puñal que venda su ropa y compre uno». Venderemos nuestra ropa, nos armaremos. ¡Y que venga la muerte a tocarte si se atreve!

—Todos me abandonaréis —dijo Jesús sin tono de reproche—. Todos.

—¡Yo, jamás! —gritó Pedro, enjugándose las lágrimas—. ¡Jamás!

—Pedro, Pedro, antes de que cante el gallo habrás renegado de mí tres veces.

—¿Yo? ¿Yo? —rugió Pedro, golpeándose el pecho con el puño—. ¿Renegar yo de ti? ¡Te seguiré hasta la muerte!

—¡Hasta la muerte! —clamaron todos los discípulos sobrecogidos y se pusieron en pie.

—Sentaos —dijo Jesús pausadamente—. Aún no ha llegado la hora. En este día de Pascua tengo que confiaros un gran secreto. ¡Abrid vuestras mentes, abrid vuestros corazones, no os asustéis!

—Habla, rabí —murmuró Juan, y su corazón temblaba como una hoja de caña.

—¿Habéis comido? ¿Ya no tenéis hambre? ¿Habéis saciado vuestro cuerpo? ¿Puede al fin dejar a vuestra alma escuchar tranquila?

Todos quedaron pendientes de los labios de Jesús, temblando:

—Compañeros queridos —gritó—, ¡adiós! ¡Parto!

Los discípulos dieron un grito, se lanzaron sobre él, lo sujetaron para que no se fuera. Muchos de ellos lloraban.

Pero Jesús se volvió tranquilamente a Mateo:

—Mateo —dijo—, tú sabes de memoria las Escrituras. Levántate y diles en voz alta las palabras proféticas de Isaías para que sus corazones se afiancen. Recuerda: «Se alzó ante los ojos del Señor como un débil arbolito...».

Mateo se sintió muy contento, se puso en pie de un salto. Era jorobado, patizambo, escuchimizado, y sus largos y finos dedos siempre estaban manchados de tinta. Pero de repente se enderezó su espalda, se encendieron sus mejillas, su cuello se volvió vigoroso y las palabras del profeta resonaron en el alto techo de la estancia, llenas de amargura y de fuerza:

*Se alzó ante los ojos del Señor como un débil arbolito
Que brota de la tierra árida.*

No tenía ni hermosura ni esplendor que nos moviera a mirarlo.

*Su aspecto nada ofrecía que pudiera gustarnos.
Despreciado, abandonado por los hombres,
Alma doliente, llena de sufrimiento,
Le volvimos el rostro y lo menospreciamos.
Y, sin embargo, él cargó con todos nuestros
sufrimientos,
Fue martirizado por nuestras faltas,
Fue humillado por nuestras ignominias.
Y sus heridas nos curaron.
Lo azotaron, lo martirizaron,
Y no abrió la boca.
Como el cordero al que llevan al degüello,
No abrió la boca...*

—Es suficiente —dijo Jesús y lanzó un suspiro.

Se volvió hacia sus compañeros:

—Soy yo —dijo serenamente—. Es de mí de quien habla el profeta Isaías. Yo soy el cordero; me conducen al matadero y no abriré la boca.

Calló, y poco después:

—Desde que nací me conducen al matadero —dijo.

Los discípulos lo miraban atónitos, pasmados. Se esforzaban por comprender qué les estaba diciendo, y de repente, todos a la vez, postraron el rostro sobre las mesas y prorrumpieron en lamentos.

El corazón de Jesús se acongojó por un instante. ¿Cómo marcharse y abandonar a aquellos compañeros que no cesaban de llorar? Alzó la vista, miró a Judas, que hacía rato tenía clavados los duros ojos azules en Jesús. Había adivinado lo que sucedía en su interior y hasta qué punto el amor podía paralizar sus fuerzas. Por un instante, ambas miradas se encontraron y lucharon en el aire. Una, severa, implacable; la otra, implorante, afligida. Fue sólo un instante; inmediatamente Jesús sacudió la

cabeza, sonrió con amargura a Judas y se volvió de nuevo hacia los discípulos.

—¿Por qué lloráis? —les dijo—. ¿Por qué teméis a la muerte que es el más compasivo arcángel de Dios, el que más ama al hombre? Es preciso que yo sufra martirio, que sea crucificado, que baje al mundo de los muertos. Pero a los tres días me levantaré de la tumba, subiré al cielo y me sentaré junto al Padre.

—¿Volverás a abandonarnos? —exclamó Juan, llorando—. ¡Llévanos contigo al otro mundo y después al cielo, rabí!

—La tarea en la tierra también es dura, querido Juan. Todos vosotros debéis quedaros aquí, en la tierra, y trabajar. ¡Luchad en este mundo, amad y esperad! ¡Yo volveré!

Pero Santiago ya se había hecho a la idea de la muerte del rabí y devanaba en su mente qué harían cuando se quedaran en la tierra sin el maestro.

—No podemos oponernos a la voluntad de Dios —dijo— ni a la voluntad del maestro. Tu deber, rabí, es morir, como dicen los profetas; el nuestro es vivir: no permitir que se pierdan las palabras que dijiste, fijarlas en nuevas Sagradas Escrituras, hacer leyes, construir nuestras propias sinagogas, elegir a nuestros sumos sacerdotes, a nuestros escribas y fariseos.

Jesús se aterrorizó:

—¡Así crucificas el espíritu, Santiago! —gritó—. ¡No, no quiero!

—Sólo así el espíritu no se convertirá en aire y se perderá —replicó Santiago.

—¡Pero ya no será libre! ¡Ya no será espíritu!

—No importa. Se parecerá al espíritu y esto es suficiente para nuestro trabajo, rabí.

Un sudor frío inundó a Jesús. Lanzó una rápida mirada a los discípulos; ninguno de ellos alzó la cabeza para contradecir a Santiago. Pedro miraba al hijo de Zebedeo con admiración. «Su cerebro es de mujer; le ha cogido el tranquillo al mando gobernando las barcas de su padre. Ahora se va a ver. ¡Va a poner firme al propio rabí...!».

Jesús, desesperado, extendió las manos, como para pedir ayuda:

—Os enviaré al Paráclito —dijo—, el espíritu de la verdad. Él os guiará.

—Envíanos al Paráclito cuanto antes —exclamó Juan— ¡para que no nos extraviemos y podamos reunirnos contigo, rabí!

Santiago sacudió su dura y obstinada cabeza:

—Él, el espíritu de la verdad del que hablas, también será crucificado. Mientras haya hombres el espíritu será crucificado, rabí, entérate bien. Pero no importa, siempre queda algo y con eso nos basta, como te he dicho.

—¡Pero no me basta a mí! —exclamó Jesús desesperado.

Santiago se turbó al oír aquel grito doloroso. Se acercó al maestro, le cogió la mano:

—No te basta, rabí —dijo—, y por eso te crucifican. Perdóname por haberte contradicho.

Jesús posó la mano sobre aquella cabezota testaruda.

—Si esa es la voluntad de Dios, que el espíritu sea eternamente crucificado en la tierra, ¡bendita sea la cruz! Carguémosla sobre nuestros hombros con amor, con paciencia, con confianza. Esa cruz sobre nuestros hombros algún día se convertirá en alas.

Callaron. Ahora la luna había subido a lo más alto del cielo. Un resplandor fúnebre se derramó sobre las mesas. Jesús cruzó los brazos:

—La jornada ha terminado —dijo—. Lo que tenía que hacer lo he hecho; lo que tenía que decir lo he dicho. Creo que he cumplido mi deber; ahora cruzo los brazos.

Dijo, e hizo una señal a Judas, que estaba frente a él. Judas se levantó, se apretó el ceñidor de cuero, empuñó el nudoso bastón.

Jesús movió la mano como para despedirse de él.

—Esta noche iremos a orar bajo los olivos de Getsemaní —dijo—, al otro lado del valle del Cedrón. Judas, hermano, vete con la bendición de Dios, y que Él te acompañe.

Judas abrió la boca, iba a decir algo, pero se arrepintió. La puerta estaba abierta, salió apresuradamente. Las fuertes pisadas se oyeron firmes en la escalera de piedra.

—¿Adónde va? —preguntó Pedro, inquieto, e hizo ademán de levantarse para seguirlo.

Pero Jesús le detuvo:

—La rueda de Dios se ha puesto en movimiento —dijo—. No te metas por medio.

Se había levantado viento, las llamas de los candelabros de siete brazos temblaron. De pronto sopló una fuerte ráfaga y se apagaron. Toda la luna entró en la habitación. Natanael se asustó, se inclinó hacia su amigo:

—Eso no era viento, Felipe. Alguien ha entrado. ¡Ay! ¿Y si es la muerte?

—Aunque fuera ella. ¿Qué te importa a ti? —le respondió el pastor—. No viene por nosotros.

Dio unos golpecitos en la espalda de su amigo, que aún no conseguía tranquilizarse.

—Las grandes tempestades son para los barcos grandes —dijo—. Nosotros, gracias a Dios, somos barquichuelas, cáscaras de nuez.

La luna se había apoderado del rostro de Jesús y lo había devorado. No quedaban más que dos ojos negríssimos. Juan se asustó. Tendió a escondidas la mano hacia el rostro del rabí para ver si estaba allí.

—Rabí —murmuró—, ¿dónde estás?

—Aún no me he ido, querido Juan —respondió Jesús—. Desaparecí un segundo porque pensaba en las palabras que un asceta me dijo un día en el santo monte Carmelo: «Yo —me dijo— estaba hundido en las cinco charcas de mi cuerpo como un cerdo». «¿Y cómo te liberaste, abuelo? —le pregunté—, ¿luchaste mucho?». «En absoluto —me respondió—, una mañana vi un almendro en flor y me sentí liberado». Un almendro en flor, querido Juan, me pareció la muerte esta noche por un instante.

Se levantó:

—Vamos —dijo—. Ha llegado la hora.

Jesús se puso en cabeza, detrás los discípulos, pensativos.

—Huyamos —dijo Natanael en voz baja a su amigo—. Me huelo complicaciones.

—Ya lo había pensado —respondió Felipe—. Pero llevémonos a Tomás.

Buscaron a Tomás a la luz de la luna, pero él se había metido ya por los callejones. Ambos se quedaron rezagados y en el momento en que entraban en el valle del Cedrón dejaron que los demás se adelantaran más y echaron a correr.

Jesús bajó al valle del Cedrón con los que aún le quedaban, subió la otra ladera, tomó el sendero que conduce al olivar de Getsemaní. ¡Cuántas veces habían pasado la noche bajo aquellos viejos olivos, conversando sobre la misericordia de Dios y las iniquidades de los hombres!

Se detuvieron. Aquella noche, los discípulos habían comido y bebido en exceso y tenían sueño. Alisaron con los pies el terreno, lo limpiaron de piedras y se dispusieron a tenderse.

—Faltan tres —dijo el maestro, mirando a su alrededor—. ¿Qué ha sido de ellos?

—Han huido... —respondió Andrés, encolerizado.

Jesús sonrió:

—No los juzgues, Andrés —dijo—. Un día volverán, ya lo verás. ¡Volverán los tres y cada uno llevará una corona, la más majestuosa de las coronas, hecha de espinas y de amarantos!...

Dijo, y se apoyó en un olivo, porque de pronto había sentido un gran cansancio.

Los discípulos ya se habían acostado. Habían encontrado grandes piedras como almohadas, se habían acomodado.

—Ven, rabí, acuéstate entre nosotros —dijo Pedro, bostezando—. Andrés hará guardia.

Jesús se separó del árbol:

—¡Pedro, Santiago, Juan —dijo—, venid conmigo!

Su voz estaba llena de tristeza y de mando.

Pedro fingió no haber oído, se estiró en el suelo y volvió a bostezar. Pero los dos hijos de Zebedeo lo cogieron por los brazos y lo levantaron.

—Vamos —dijeron—, ¿no te da vergüenza?

Pedro se acercó a su hermano:

—Andrés, nunca se sabe qué puede pasar. Dame tu puñal.

Jesús iba delante. Salieron de los olivos, llegaron a un claro. Jerusalén resplandecía frente a ellos revestida de luna, completamente blanca. Sobre sus cabezas, un cielo lechoso y sin estrellas; la luna llena que antes veían alzarse presurosa, colgaba ahora, inmóvil, del centro del firmamento.

—Padre —murmuró Jesús—, Padre que estás en el cielo, Padre que estás en la tierra; el mundo que has creado y que vemos es hermoso, y el mundo que no vemos es hermoso también. Perdóname Padre, perdóname, pero no sé cuál de los dos es más hermoso.

Se agachó, cogió un puñado de tierra, lo olió. Su aroma penetró profundamente en sus entrañas. Por allí cerca debía haber lentisco y la tierra olía a resina y a miel. Lo apretó contra la mejilla, contra el cuello, contra los labios.

—¡Qué aroma! —murmuró—. ¡Qué calor, qué fraternidad!

Lo dominó el llanto. Apretaba la tierra en la mano, sin querer desprenderse de ella.

—Juntos —murmuró—, juntos entraremos en la muerte, hermana. No tengo otra compañera.

—No puedo más —dijo Pedro, hastiado—. ¿Adónde nos lleva? Yo no sigo andando. Me acuesto aquí.

Pero, mientras buscaba allí cerca un hueco cómodo donde acostarse, vio a Jesús que iba lentamente hacia ellos. Pedro recobró fuerzas inmediatamente y se adelantó a encontrarse con él.

—Se acerca la medianoche, maestro —dijo—. Este lugar está bien para acostarnos.

—Hijos míos —dijo Jesús—, mi alma siente una aflicción como de muerte. Id vosotros a acostaros bajo los árboles, yo permaneceré aquí, al raso, orando. Os ruego que no os durmáis. Velad y orad conmigo esta noche. Ayudadme, hijos míos, a pasar esta hora difícil.

Los discípulos se alejaron un tiro de piedra y se metieron bajo los olivos. Él cayó en tierra, con la boca comprimida contra el suelo. Su mente, su corazón, sus labios, no se despegaban de la tierra. Se habían convertido en tierra.

—Padre —murmuró—, Padre, aquí estoy bien, tierra contra tierra. Déjame. La copa que me das a beber es amarga, muy amarga, no puedo resistirla... Si es posible, Padre, apártala de mis labios,

Calló. Aguzó el oído por si oía en medio de la noche la voz del Padre. Cerró los ojos. ¿Quién sabe? Dios es bueno, quizá viera en su interior al Padre sonreírle compasivamente y hacerle una señal. Esperaba, esperaba y temblaba. No oyó nada. Miró a su alrededor; estaba completamente solo. Se asustó, se puso en pie bruscamente para buscar a sus compañeros y que su corazón se reconfortara. Encontró a los tres dormidos. Movié con el pie a Pedro, luego a Juan y a Santiago.

—¿No os da vergüenza? —les dijo, lleno de amargura—. ¿Es que no podéis resistir un momento para orar conmigo?

—Rabí —dijo Pedro, que no podía mantener los párpados abiertos—, rabí, el espíritu está pronto pero la carne es débil. Perdónanos.

Jesús regresó al claro del olivar y cayó de rodillas en las piedras:

—Padre —volvió a exclamar—, la copa que me ofreces es muy amarga, muy amarga. Apártala de mis labios.

Y al decirlo, vio a la luz de la luna un ángel muy pálido y muy severo, que descendía. Sus alas eran de luna y llevaba en las manos un cáliz de plata. Jesús ocultó el rostro entre las manos y se desplomó en el suelo.

—¿Ésta es tu respuesta, Padre? ¿No tienes compasión?

Esperó unos momentos. Apartó, despavorido, los dedos lentamente para ver si el ángel estaba aún sobre él. Había bajado aún más y el cáliz rozaba ahora los labios de Jesús. Lanzó un grito, extendió los brazos y cayó de espaldas en tierra.

Cuando volvió en sí, la luna se había desplazado un palmo en el cielo y el ángel se había esfumado en su luz. A lo lejos, en el camino de Jerusalén, aparecieron luces desperdigadas, como de antorchas encendidas, que se movían. ¿Se acercaban? ¿Se alejaban? ¿Adónde iban? El miedo volvió a dominarle, y también el deseo de ver hombres, de oír una voz humana, de tocar manos queridas. Fue corriendo a buscar a los tres compañeros.

Los tres seguían durmiendo; sus rostros, bañados por la luz de la luna, serenos, estaban enlazados. Juan usaba como almohada el hombro de Pedro, y Pedro estaba reclinado sobre el pecho de Santiago, que apoyaba la cabeza de negro cabello en una piedra. Tenía los brazos abiertos y entre los bigotes y la barba, negros como ala de cuervo, se veían brillar sus dientes. Debía estar soñando algo agradable pues sonreía. Jesús se compadeció de ellos y esta vez no los sacudió para despertarlos, se dio la vuelta, caminando de puntillas. Cayó otra vez de bruces en la tierra y se puso a llorar.

—Padre —dijo en voz muy baja, como si quisiera que Dios no le oyera—, Padre, que no se haga mi voluntad, no, sino la tuya.

Se levantó, volvió a mirar hacia el camino de Jerusalén. Las luces se habían acercado, ahora se veían claramente unas sombras que se movían en torno a ellas, y armaduras de bronce que brillaban.

—Ya llegan... ya llegan... —murmuró. Y se le doblaron las rodillas.

Justamente en ese momento un ruiseñor fue a posarse en un ciprés joven, frente a Jesús. El ruiseñor se había sentido embriagado por la luna llena, los aromas primaverales y la noche cálida y húmeda; tenía dentro de sí un Dios todopoderoso —el mismo Dios que había creado el cielo, la tierra y las almas de los hombres— y se había puesto a cantar. Jesús alzó la cabeza y escuchó atentamente. ¿Sería realmente aquel Dios el verdadero Dios de los hombres, el que ama la tierra, los débiles pechos de los pájaros y los abrazos refrescantes? De su interior saltó hasta lo más alto de sus entrañas de sus entrañas otro ruiseñor que respondió al reclamo del primero y se puso a su vez a cantar las penas eternas y las eternas alegrías: Dios, el amor, la esperanza...

El ruiseñor cantaba y Jesús temblaba. No sabía que en él hubiera tantas riquezas, tantas dulces alegrías ocultas, tantos pecados. Florecieron sus entrañas, el ruiseñor se enredó en las ramas en flor, ya no podía ni quería salir del árbol. ¿Adónde ir? ¿Por qué partir? Aquella tierra era el Paraíso... Y mientras Jesús seguía el canto de los dos ruiseñores y sin despojarse del

cuerpo, entraba en el Paraíso, oyó voces graves. Se acercaban las antorchas encendidas y las armaduras de bronce, y en medio del resplandor y del humo, le pareció distinguir a Judas y sintió que dos fuertes brazos lo abrazaban, y que una barba roja le pinchaba en el rostro. Lanzó un grito, por un momento le pareció que se desvanecía. Pero tuvo tiempo de sentir el fuerte aliento de la boca de Judas que estaba pegada a la suya y de oír su voz ronca, desesperada:

—¡Salud, rabí!

La luna estaba a punto de rozar las lechosas montañas de Judea. Se había levantado un gélido relente y las uñas y los labios de Jesús presentaban un color violáceo. Jerusalén se erguía ciega y pálida en medio del resplandor de la luna.

Jesús se volvió, miró a los soldados y a los levitas:

—Bienvenidos, enviados de Dios —dijo—. ¡Vamos!

Durante un momento, en medio de la confusión, vio a Pedro que había desenvainado el puñal para cortar la oreja de un levita:

—Envaina el puñal —le ordenó—. Si respondemos al puñal con el puñal, ¿cuándo cesarán en el mundo las cuchilladas?

XXIX

Apresaron a Jesús profiriendo gritos; lo arrastraron sobre las piedras, entre los cipreses y los olivos, lo bajaron al valle del Cedrón; entraron en Jerusalén, llegaron al palacio de Caifás. El Sanedrín, reunido allí, esperaba al rebelde para juzgarlo.

Hacía frío, los sirvientes habían encendido hogueras en el patio y se calentaban. Cada cierto tiempo salían de dentro levitas y traían las noticias: los cargos de los que lo acusaban ponían los pelos de punta. ¡Qué blasfemias había proferido el maldito contra el Dios de Israel, contra la Ley de Israel y contra el santo Templo! ¡Había dicho que lo destruiría y sembraría sal en el terreno!

Bien encapuchado, con la cabeza baja, Pedro se deslizó en el patio. Tendió las manos al fuego, se calentaba y escuchaba temblando las noticias. Pasó una sirvienta, lo vio y se detuvo:

—Eh, viejo —le increpó—, ¿por qué te ocultas? Alza la cabeza que te veamos. Creo que tú también estabas con él.

Algunos levitas oyeron lo que decía y se acercaron. Pedro tuvo miedo, levantó la mano:

—¡Juro que no conozco a ese hombre! —dijo, y se dirigió a la puerta.

Pasó una segunda sirvienta, lo vio cuando intentaba irse, extendió las manos:

—Eh, viejo, ¿adónde vas? Tú también estabas con él. Yo te vi.

—¡No conozco a ese hombre! —volvió a gritar Pedro, apartó a la muchacha y pasó, pero en el umbral lo detuvieron dos levitas, lo cogieron por los hombros y lo zarandearon:

—Tu forma de hablar te traiciona —le gritaron—. ¡Eres galileo, discípulo suyo!

Entonces Pedro se puso a jurar, a maldecir, a gritar:

—¡No conozco a ese hombre!

En ese momento cantó el gallo del patio. Pedro lanzó un rugido. Había recordado las palabras del rabí: «Pedro, Pedro, antes de que cante el gallo renegarás de mí tres veces...».

Salió fuera, se desplomó en tierra, hecho un mar de lágrimas.

Estaba amaneciendo. El cielo se tornó rojo, todo él sangre. Un levita pálido salió de dentro muy alterado:

—El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras. Esto es lo que el malhechor ha dicho: «Soy Cristo, el hijo de Dios». Todos los ancianos se pusieron en pie de un salto, se rasgaron las vestiduras y gritaron: «¡Muerte! ¡Muerte!».

Salió otro levita:

—Ahora lo van a llevar ante Pilato. Sólo él tiene potestad de condenar a muerte. Apartaos para que pasen. ¡Ya abren las puertas!

Se abrieron las puertas, salieron los prebostes de Israel, el primero, caminando despacio, encendido, el sumo sacerdote Caifás. Tras él, una multitud de barbas, ojos malévolos, bocas desdentadas, lenguas perversas: los Ancianos. Todos echaban humo de rabia, se tambaleaban. Les seguía Jesús, tranquilo, afligido, su cabeza chorreaba sangre porque le habían golpeado.

En el patio estallaron abucheos, risas, blasfemias. Pedro se sobresaltó, se apoyó en el quicio de la puerta de la calle y le corrían las lágrimas: «¡Pedro, Pedro —murmuraba—, cobarde, mentiroso, traidor! ¡Levántate y grita!: “¡Soy uno de los suyos! Aunque te maten”». Imprecaba a su alma, la azuzaba, pero su cuerpo, inerte, seguía apoyado en el quicio de la puerta y temblaba.

En el umbral, Jesús tropezó, se tambaleó, extendió el brazo para agarrarse a algo y se asió al hombro de Pedro. Éste quedó petrificado de espanto, no dijo ni palabra; no se movió. Sentía la mano del rabí aferrada a él y no lo soltaba. Aún no era de día, había una oscuridad azulada y Jesús se volvió a ver dónde se había agarrado para no caer. Recuperó las fuerzas y reanudó la marcha, detrás de los Ancianos y rodeado por los soldados, en dirección a la torre de Pilato.

Pilato se había levantado, se había lavado y se había frotado con aceite aromático, recorría de un extremo a otro la alta solana

de la torre, muy nervioso. Nunca le había gustado aquel día de Pascua. Los judíos, embriagados por su Dios, se excitarían una vez más y la emprenderían contra los soldados romanos. Aquel año podía desencadenarse una matanza y eso no le convenía a Roma. Aquella Pascua había además otros problemas, los judíos estaban empeñados en crucificar a toda costa al desdichado nazareno, ese pobre loco. ¡Raza indigna!

Pilato apretó el puño. Se le había metido en la cabeza salvar a aquel chiflado, no porque fuera inocente —¿qué más daba que fuera inocente?—, ni porque se compadeciera de él —sólo le faltaba compadecerse ahora de todos los judíos—, sino porque quería hacer rabiar aquella indigna raza judía.

Se oyó un gran griterío bajo las ventanas de la torre. Pilato se inclinó, vio que el patio estaba lleno de judíos y que los pórticos y las terrazas del Templo estaban desbordados de una multitud enloquecida que empuñaba bastones y hondas y daba empellones y patadas a Jesús y lo insultaban. Los soldados romanos le escoltaban y lo empujaban hacia la gran puerta de la torre.

Pilato entró, se sentó en su trono toscamente tallado. Se abrió la puerta y los dos negros gigantes empujaron adentro a Jesús. Sus vestiduras estaban hechas jirones, su rostro lleno de sangre, pero mantenía la cabeza erguida y en sus ojos brillaba una luz serena y misteriosa.

Pilato sonrió:

—Vuelvo a verte ante mí, Jesús de Nazaret, rey de los judíos. Parece que quieren matarte.

Jesús miraba al cielo por la ventana, pero su espíritu y su cuerpo ya se habían marchado. No dijo nada.

Pilato se encolerizó:

—¡Deja el cielo! —le gritó—. ¡Mírame a mí! ¿No sabes que tengo poder para liberarte o para matarte?

—No tienes ningún poder sobre mí —respondió Jesús pausadamente—. Sólo Dios lo tiene.

Abajo se oyeron gritos furiosos:

—¡Muerte! ¡Muerte!

—¿Por qué están tan furiosos? —preguntó Pilato—. ¿Qué les has hecho?

—Les proclamé la verdad —respondió Jesús.

Pilato sonrió:

—¿Qué verdad? ¿Qué quiere decir «verdad»?

El corazón de Jesús se oprimió. Aquél era el mundo, aquéllos eran los señores del mundo, Pilato preguntaba qué era la verdad y reía.

Pilato se asomó a la ventana. Recordó que precisamente el día anterior habían apresado a Barrabás porque había asesinado a Lázaro. Era una antigua costumbre que el día de Pascua los romanos liberaran a un condenado.

—¿A quién queréis que libere —gritó—, a Jesús, el rey de los judíos, o a Barrabás, el bandido?

—¡A Barrabás! ¡A Barrabás! —aulló la turbamulta.

Pilato llamó a sus guardias, les señaló a Jesús, y les ordenó:

—Azotadlo, ponedle una corona de espinas, envolvedlo en un trapo rojo y dadle una caña larga para que la empuñe como si fuera un cetro. Es un rey. ¡Vestidlo como un rey!

Ideó presentarlo en tal estado al pueblo por ver si se compadecía de él.

Los guardias lo cogieron, lo ataron a una columna y se pusieron a azotarle y a escupirle; le trenzaron una corona de espinas, se la incrustaron en la cabeza, la sangre brotó de la frente y de las sienes de Jesús. Le echaron sobre la espalda un trapo rojo, le pusieron en las manos una caña larga y lo condujeron ante Pilato. Éste, al verlo, no pudo contener la risa.

—¡Bienvenido, majestad! —dijo—. Ven para que te muestre a tu pueblo.

Lo cogió de la mano. Salieron a la terraza.

—¡He aquí al hombre! —les gritó.

—¡Que lo crucifiquen! ¡Que lo crucifiquen! —volvió a aullar la chusma.

Pilato ordenó que le llevaran una jofaina y un jarro de agua. Se inclinó, se lavó las manos ante la multitud:

—Me lavo las manos —dijo—. No soy yo quien derramo su sangre. Soy inocente. ¡Que la culpa caiga sobre vosotros!

—¡Que su sangre caiga sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de nuestros hijos! —rugió la turbamulta.

—¡Lleváoslo! —dijo Pilato—. ¡Que os vaya bien!

Lo cogieron, lo cargaron con la cruz. Le escupían, lo golpeaban, lo empujaban a puntapiés hacia el Gólgota. Él se tambaleaba, la cruz era pesada, miraba a su alrededor tratando de ver a algún discípulo y hacerle una señal para que se compadeciera de él. Miraba, miraba. Nadie. Lanzó un suspiro:

—¡Bendita sea la muerte! —murmuró—. ¡Gloria a ti, Señor!

* * *

Entretanto, los discípulos se habían refugiado en la taberna de Simón el cirineo; esperaban a que terminara la crucifixión y cayera la noche para huir sin que nadie los viera. Agazapados detrás de los toneles, mantenían el oído tenso y escuchaban a la multitud, que pasaba con gran alborozo. Todos, hombres y mujeres, corrían hacia el Gólgota. Habían festejado bien la Pascua, habían comido carne en abundancia, se habían saciado de vino y ahora se distraerían con la crucifixión, por eso corrían.

Los discípulos escuchaban el bullicio de la calle y temblaban. De vez en cuando se oía el llanto ahogado de Juan, y a veces Andrés se levantaba, iba y venía por la taberna y profería amenazas. Pedro blasfemaba, se insultaba a sí mismo porque era un cobarde y no tenía valor para salir a la calle y ser crucificado con el maestro... ¡Cuántas veces le había jurado!: «¡Te seguiré hasta la muerte, rabí!». Y ahora que se había presentado la muerte, él se había refugiado detrás de los toneles.

Santiago se exasperó:

—Deja ya de llorar, Juan —dijo—. Eres un hombre. Y tú, Andrés, valentón, ¡no te retuerzas los bigotes y siéntate! Venid todos aquí, tenemos que tomar una decisión. ¿Y si en verdad es el Mesías? Si después de tres días resucita, ¿con qué cara vamos a presentarnos ante él? ¿Habéis pensado en eso? ¿Qué dices tú, Pedro?

—Si es el Mesías la hemos hecho buena, eso es lo que digo —respondió Pedro desesperado—. Ya os lo he dicho, renegué de él tres veces.

—Pero si no es el Mesías, también estamos perdidos —dijo Santiago—. ¿Qué dices tú, Natanael?

—Yo digo que nos larguemos. Sea o no sea el Mesías, estamos perdidos.

—¿Y lo vamos a abandonar así, indefenso? ¿Cómo va a soportarlo nuestro corazón? —dijo Andrés, e hizo ademán de precipitarse hacia la puerta.

Pero Pedro lo agarró por la ropa:

—¡Déjalo ya! Te harán picadillo, desdichado. Busquemos otra solución.

—¿Qué solución, hipócritas y fariseos? —desaprobó Tomás—. Hablemos francamente, sin tapujos. Hemos invertido en un negocio. Hemos puesto en él todo nuestro capital. ¡Sí, un negocio! ¿Por qué me miráis furiosos? Hemos hecho un negocio, toma y daca. Yo di mis mercancías, peines, bobinas de hilo, espejitos, para conseguir a cambio el reino de los cielos. Y vosotros habéis hecho otro tanto: Uno, su barca, otro, sus ovejas, otro, su buena vida. Ahora el negocio se ha ido al diablo; hemos entrado en bancarrota, nuestro capital se ha ido a paseo. ¡Mucho ojo, no vayamos a perder también la vida! De modo que, ¿cuál es mi consejo? ¡Sálvese quien pueda!

—¡De acuerdo! —exclamaron Felipe y Natanael—. ¡Sálvese quien pueda!

Pedro se volvió, inquieto, hacia Mateo, que estaba sentado aparte, había aguzado el oído y escuchaba sin respirar:

—Por Dios, Mateo —le pidió—, no escribas esto, hazte el sordo. ¡No nos dejes en ridículo por los siglos de los siglos!

—No te preocupes —respondió Mateo—, conozco mi oficio. Veo mucho, escucho mucho, pero selecciono. Únicamente os digo por vuestro bien: tomad una decisión viril, mostraos valientes para que pueda escribirlo y consigáis buena fama, desdichados. ¡Sois apóstoles, no es ninguna broma!

En ese momento, Simón el cirineo dio un empujón a la puerta de la taberna y entró. Llevaba la ropa hecha jirones, la cara y el

pelo ensangrentados, el ojo derecho hinchado y le lloraba. Blasfemaba, gruñía. Se quitó los harapos que le quedaban, metió la cabeza en el cubo donde lavaba los vasos de vino, cogió un trapo y se secó el torso sin dejar de gruñir y escupir. Luego puso la boca en la pipa del barril y bebió. Oyó ruido detrás de los toneles, se agachó, vio a los discípulos acurrucados allí. Se puso furioso:

—¡Puaj! ¡Ojalá reventéis, miserables! —les chilló—. ¡De modo que así abandonan a su jefe! ¡Así se escaquean de la lucha los sucios galileos, los sucios samaritanos, los muy canallas!

—Nuestra alma quería luchar, Simón —se atrevió a replicar Pedro—, nuestra alma quería, bien lo sabe Dios, pero el cuerpo...

—¡Chitón, fanfarrón! Cuando el alma quiere, ¿qué puede decir el cuerpo? ¡Todo se convierte en alma, el garrote que empuñas, la ropa que llevas, las piedras que pisas! ¡Todo, todo! ¡Miradme, malditos caguetas, estoy lleno de moratones, tengo la ropa hecha jirones y poco me ha faltado para quedarme sin ojos! ¿Por qué? ¡Ojalá reventéis, sucios discípulos! Porque defendí a vuestro maestro, me las tuve que ver contra toda una turba, ¡yo, yo, el tabernero, el puerco cirineo! ¿Y por qué lo hice? ¿Porque creía que era el Mesías y mañana me haría grande y poderoso? ¡En absoluto! ¡Lo hice porque me picó el pundonor, maldita sea, y no me arrepiento!

Iba y venía de arriba abajo, tropezaba con los taburetes, escupía, blasfemaba. Pero Mateo estaba en ascuas; quería saber lo que había sucedido en el palacio de Caifás y ante Pilato, lo que había dicho el maestro, lo que gritaba el pueblo, para consignarlo todo en sus papeles.

—Si crees en Dios, hermano Simón —le dijo—, cálmate y cuéntanos lo que ha sucedido, cómo, cuándo y dónde y si el maestro dijo alguna palabra.

—Por supuesto que las dijo —respondió Simón—: «¡ldos a paseo, discípulos!». Eso es lo que dijo. De modo que escríbelo. ¿Por qué me miras así? Coge el cálamo y escribe: «¡ldos a paseo!».

Detrás de los toneles se levantó un lamento, Juan rodaba por el suelo y chillaba, Pedro se golpeaba la cabeza contra la pared.

—Si crees en Dios, Simón —volvió a suplicar Mateo—, di la verdad para que la escriba. ¿No comprendes que en este instante el mundo pende de tus labios?

Pedro continuaba golpeándose la cabeza contra la pared.

—Eh, no te desespere, Pedro —le dijo el tabernero—. Te diré lo que tienes que hacer para ser glorificado por los siglos de los siglos. Escucha. Ahora le harán pasar por aquí, ya oigo el bullicio. Levántate, abre la puerta como un valiente, ve a cogerle la cruz y carga con ella a tus espaldas. Es muy pesada, maldita sea, y vuestro Dios es muy delicado, está desfallecido.

Se echó a reír, empujó bruscamente a Pedro con el pie:

—¿Lo vas a hacer? ¡Ahí te quiero ver!

—Lo haría, te lo juro, si no fuera por esa turbamulta —lloriqueó Pedro—. ¡Me harán picadillo!

El tabernero escupió, furioso:

—¡Qué os parta un rayo! —les gritó—. ¿Ninguno de vosotros va a hacerlo? ¿Tú, fornido Natanael? ¿Y tú, Andrés, pendenciero? ¿Ninguno? ¿Ninguno? ¡Puaj! ¡Que os parta un rayo! ¡Pobre Mesías! ¡Vaya generales que elegiste para conquistar el mundo! ¡Tenías que haberme elegido, a mí! Aunque sea un canalla de mucho cuidado, al menos tengo pundonor. Y cuando uno tiene pundonor, ¿qué importa ser un borrachín, un canalla o un mentiroso? Se es un hombre. Pero cuando no se tiene pundonor, ¿de qué te sirve no tener vicios? ¡Puaj! ¡No vales un pimiento!

Volvió a escupir, fue a abrir la puerta y se detuvo en el umbral, resollando. Las calles se habían llenado de gente, hombres y mujeres corrían gritando:

—¡Ya viene, ya viene, ya viene el rey de los judíos! ¡Uh, uh, uh!

Los discípulos volvieron a refugiarse detrás de los toneles. Simón se volvió:

—Infames —les recriminó—, ¿no vais a salir para verlo? ¿Para que el desdichado os vea y se consuele? Pues bien,

saldré yo y le haré una señal diciéndole: «Aquí estoy yo, Simón el cirineo, ¡presente!».

Dijo, y de un salto se plantó en la calle. Pasaban oleadas y oleadas de gente. Delante, los jinetes romanos, detrás, Jesús cargado con la cruz; la sangre le chorreaba por el cuerpo, la ropa le colgaba, hecha jirones. Ya no tenía fuerzas para caminar, tropezaba continuamente. El cuerpo se le inclinaba hacia adelante, a punto de caer, volvían a ponerlo derecho a fuerza de patadas y seguía avanzando. Detrás de él iban los cojos, los ciegos, los tullidos, furiosos porque no los había curado; lo escarnecían y le golpeaban con las muletas y los garrotes. De vez en cuando miraba a su alrededor: ¿Es que no iba a aparecer algún compañero? ¿Qué había sido de sus amigos amados? En la puerta de la taberna se volvió, vio al tabernero que le agitaba la mano. Su corazón se alegró. Intentó mover la cabeza para devolverle el saludo, pero tropezó en una piedra y se desplomó en el suelo con la cruz sobre la espalda. Aulló de dolor.

El cirineo corrió, levantó a Jesús, cogió la cruz, la cargó sobre sus hombros, se volvió, le sonrió:

—¡Ánimo! —le dijo—. Aquí estoy yo, no temas.

Salieron por la Puerta de David, comenzaron a subir la cuesta. Estaban a punto de llegar a la cima del Gólgota, donde todo eran piedras, espinos y huesos. Allí crucificaban a los rebeldes, los dejaban sobre la cruz y las aves de rapiña los devoraban; el aire hedía a carroña.

El cirineo dejó la cruz en el suelo. Dos soldados se pusieron a cavar para hundirla bien entre las piedras. Jesús se sentó en un pedrusco y esperaba. El sol golpeaba en lo alto, el cielo estaba bruñido, candente y además, cerrado: ni llamas ni ángeles ni la más mínima señal de que allá arriba había alguien que veía lo que estaba sucediendo en la tierra. Y mientras estaba sentado y esperaba, desmenuzando entre los dedos un terroncito de tierra, sintió que había alguien ante él que lo miraba pausadamente, sin prisa. Levantó la cabeza, la vio y la reconoció:

—Bienvenida —murmuró—, fiel compañera de viaje. Aquí termina nuestra andadura. Se ha cumplido lo que querías, se ha cumplido lo que también yo quería. Toda mi vida he anhelado

convertir la Maldición en bendición. Lo he hecho; nos hemos reconciliado. ¡Adiós, Madre! —dijo y se despidió de la terrible sombra esbozando un ligero movimiento de cabeza.

Dos soldados agarraron a Jesús por los hombros.

—¡Ponte en pie, majestad! —le gritaron—. ¡Sube a tu trono!

Lo desnudaron, quedó a la vista su cuerpo delgado, lleno de sangre. Hacía un gran bochorno; la muchedumbre estaba cansada de desgañitarse y miraba en silencio.

—Dale de beber vino para que recobre el valor —dijo un soldado.

Pero Jesús rechazó la copa y extendió los brazos hacia la cruz.

—Padre —murmuró—, hágase tu voluntad.

—¡Embustero! ¡Canalla! ¡Embaucador del pueblo! —aullaban los ciegos, los leprosos y los tullidos.

—¿Dónde está el reino de los cielos? ¿Y los hornos con las hogazas de pan? —aullaban los menesterosos, y lanzaban cáscaras de limón y piedras.

Jesús extendió los brazos, abrió la boca para clamar: «¡Hermanos!», pero los soldados lo cogieron y lo subieron a la cruz. Llamaron a los gitanos que tenían los clavos. Cuando levantaron el martillo y se oyó el primer golpe, el sol ocultó el rostro. Al oírse el segundo martillazo, el cielo se ensombreció y aparecieron las estrellas. No eran estrellas, eran gruesas lágrimas y caían gota a gota sobre la tierra.

El pánico se adueñó del pueblo. Los caballos que montaban los romanos se asustaron, se levantaron sobre las patas traseras y corrieron al galope, desbocados, pisoteando a los judíos. Súbitamente, la tierra, el cielo y el aire enmudecieron, como cuando va a producirse un terremoto. Simón el cirineo cayó de bruces sobre las piedras; el mundo había temblado muchas veces bajo sus pies y sintió pánico.

—¡Ay! —murmuró—. ¡Ahora se abrirá la tierra y nos tragará!

Alzó la cabeza, miró a su alrededor. Parecía que el mundo se hubiera desmayado y brillara pálido en medio de las tinieblas azuladas. Las cabezas de la multitud habían desaparecido y sólo sus ojos, dos agujeros negros, perforaban el aire. Una densa

bandada de cuervos, que había husmeado la sangre y se había dirigido al Gólgota, huía ahora espantada. De la cruz venía un débil estertor, un quejido. El cirineo se armó de valor, alzó los ojos y miró. Lanzó un grito: no eran gitanos los que clavaban al crucificado, una multitud de ángeles habían descendido del cielo, empuñaban martillos y clavos, volaban alrededor de Jesús, y gozosos, a golpe de martillo, fijaban con clavos sus manos y sus pies a la cruz. Otros ataban fuertemente el cuerpo del crucificado con gruesas cuerdas para que no cayera y un angelito de mejillas sonrosadas y rizos dorados atravesaba el corazón de Jesús con una lanza.

—¿Qué es esto? —murmuró el cirineo, temblando—. ¡El propio Dios, el propio Dios lo crucifica!

* * *

Y entonces, Simón el cirineo sintió el miedo más grande y el dolor más intenso de su vida, un fuerte grito hendió el aire de arriba abajo, desgarrador, lleno de reproches:

—*Eli ... Eli ...*

No pudo seguir gritando; quería, pero no podía; se le cortó la respiración. El Crucificado inclinó la cabeza.

Se desvaneció.

XXX

Pestañeó, alegre, sorprendido. Aquello no era una cruz, era un árbol gigantesco que llegaba de la tierra hasta el cielo; era primavera y el árbol estaba completamente florecido. Y en la punta de cada rama, sobre el abismo, se había posado un pájaro y cantaba... Y él, en pie, estaba apoyado con todo el cuerpo en el árbol en flor, había levantado la cabeza y los contaba: uno, dos, tres...

—Treinta y tres —murmuró—, tantos como mis años. Treinta y tres pájaros que cantan.

Sus ojos se agrandaron, se expandieron, ocuparon todo su rostro y sin volverse, veía el mundo en flor desde todos los ángulos. Sus oídos, dos caracolas en espiral, recibían el clamor, las blasfemias y el llanto del mundo y lo transformaban en una canción. Su corazón, traspasado por una lanza, manaba sangre.

Una a una, tiernamente, sin que soplara viento, las flores se deshojaban sobre sus cabellos, entremezclados con espinas y sobre sus manos ensangrentadas. Y mientras se esforzaba, en medio del intenso gorjeo, en recordar quién era y dónde se encontraba, de repente el aire formó un torbellino y se adensó: un ángel se presentó ante él. En ese momento amanecía.

Había visto muchos ángeles en sueños y despierto, pero jamás había visto un ángel como aquél: ¡qué belleza tan cálida y humana, qué bozo suave y rosado en sus mejillas y sobre el labio superior! ¡Cómo centelleaban sus ojos juguetones, llenos de pasión, como los de una mujer enamorada, como los de un adolescente enamorado! Su cuerpo era esbelto y firme y sus pantorrillas y sus torneados muslos estaban cubiertos por una inquietante pelusilla negra con reflejos azules. Sus axilas olían a sudor humano, tan querido por él.

Jesús se turbó:

—¿Quién eres? —le preguntó, y su corazón latía con fuerza.

El ángel sonrió y todo su rostro se dulcificó, como un rostro humano. Plegó sus dos anchas alas verdes, como si no quisiera asustar a Jesús:

—Soy como tú —le respondió—: soy tu ángel de la guarda. Confía en mí.

Su voz era profunda y acariciadora, compasiva y reconocible, como la de un ser humano. Hasta entonces, las voces de ángeles que había oído en otro tiempo eran severas y le regañaban. Se alegró. Miró al ángel, suplicante, y esperó que continuara hablando.

Él lo adivinó y accedió al deseo del hombre, sonriendo.

—Dios me ha enviado para endulzar tus labios. Los hombres y el cielo te han dado a beber muchas amarguras; has sufrido, has luchado, no has conocido en toda tu vida un día de dulzura. Tu madre, tus hermanos, tus discípulos, los pobres, los tullidos, los oprimidos, todos, todos te abandonaron en el último momento terrible. Te quedaste solo, indefenso, en lo alto de una roca, entre tinieblas. Entonces el Padre Dios se apiadó de ti: «Eh, qué haces ahí de brazos cruzados —me gritó—, ¿no eres su ángel de la guarda? Desciende y sálvalo. No quiero que sea crucificado. ¡Ya es suficiente!». «Señor de las Potencias —le respondí temblando—, ¿acaso no lo enviaste a la tierra para que lo crucificaran y salvara así a los hombres? Por eso yo permanecía inactivo, porque creía que esa era tu voluntad». «Que sea crucificado en sueños —respondió Dios—, experimentará el mismo espanto y el mismo dolor».

—Ángel de la guarda —exclamó Jesús, cogiéndole la cabeza con las dos manos para que no se le escapara—, ángel de la guarda, muchacho, mi mente desvaría... ¿Entonces no me han crucificado?

El ángel posó su blanca mano en el corazón alterado de Jesús para apaciguarlo:

—Tranquilízate, amado —le dijo, y sus pícaros ojos reían—. No, no te han crucificado.

—¿Entonces, la cruz, los clavos, el dolor, el sol que se ocultó, han sido un sueño?

—Un sueño. Has vivido toda tu pasión en sueños. Subiste a la cruz, te clavaron en sueños, y en tus manos, en tus pies, en tu corazón se abrieron las cinco llagas con tal fuerza que, mira, aún chorrean sangre...

Jesús miró a su alrededor, como trastornado. ¿Dónde se hallaba? ¿Qué era aquella llanura, aquellos árboles en flor, aquellas aguas? ¿Y Jerusalén? ¿Y su alma? Se volvió hacia el ángel, le palpó el brazo, ¡qué carne tan firme y fresca!

—Ángel de la guarda, muchacho —le dijo—, a medida que hablas mi carne se hace más ligera, la cruz se convierte en la sombra de una cruz, los clavos en la sombra de los clavos, y la crucifixión boga por el cielo encima de mí, como una nube.

El ángel lo tomó en sus brazos:

—Vamos —dijo, y se puso a volar sobre la hierba llena de flores—. Inmensas alegrías te aguardan, Jesús de Nazaret. Dios me ha dado libertad para hacerte saborear todas las alegrías que anhelaste secretamente durante tu vida, querido... La tierra es buena, ya lo verás, el vino es bueno, y también lo son la risa, los labios de la mujer y el arrullo del primer hijo sobre tus rodillas... Nosotros los ángeles, créeme, a menudo nos asomamos desde el cielo, vemos la tierra y sentimos envidia.

Agitó sus grandes alas verdes, lo envolvió:

—Vuelve la cabeza —le dijo—, mira a tus espaldas.

Jesús volvió la cabeza; ¿y qué vio? En lontananza, muy alto, brillaba la colina de Nazaret bajo el sol que nacía. Las puertas de la muralla estaban abiertas y las cruzaban millares de personas, todos señores y damas, vestidos con trajes de oro; montaban caballos blancos y hacían ondear estandartes de seda blancos como la nieve, con lirios dorados. Descendían entre montañas en flor, pasaban ante castillos reales, zigzagueaban, se embreñaban en los montes, cruzaban ríos, se oía un bullicio mezclado de risas, de conversaciones en voz baja y, detrás de los árboles más tupidos, dulces suspiros...

—Ángel de la guarda, muchacho —dijo Jesús, abrumado—, ¿qué es esa multitud de señores? ¿Quiénes son esos reyes y esas reinas? ¿Adónde van?

—Es un cortejo nupcial real —respondió el Ángel, sonriendo—. Van a una boda.

—¿Quién se casa?

Los coquetuelos ojos del Ángel centellearon:

—Tú —respondió—. Ésta es la primera alegría que te doy.

A Jesús se le agolpó la sangre en la cabeza. De pronto adivinó quién era la novia. Toda su carne se regocijó. Ahora tenía prisa.

—Vamos —dijo.

E inmediatamente vio que él también montaba en un caballo blanco con silla y riendas doradas. Se miró el cuerpo, ¿en qué momento sus pobres vestiduras llenas de remiendos se habían vuelto de terciopelo y oro? Una pluma azul ondeaba en lo alto de su cabeza.

—¿Es éste el reino de los cielos que yo anunciaba a los hombres aquí? —preguntó—. ¿Es éste, muchacho?

—No, no —respondió riéndose el ángel—. Ésta es la tierra.

—¿Y cómo ha cambiado así?

—No ha cambiado. Eres tú el que ha cambiado. En otro tiempo tu corazón no la quería, tu corazón iba contra la voluntad de la tierra. Ése es todo el secreto: el reino de los cielos es la armonía entre la tierra y el corazón, Jesús de Nazaret... Pero, ¿por qué perdemos el tiempo hablando? Vamos, la novia espera.

El ángel montaba ahora un caballo blanco. Galopaban. A sus espaldas, las montañas relinchaban por el cortejo real que descendía, las risas de las mujeres se habían multiplicado. Los pájaros surcaban el aire, todos se dirigían hacia el sur cantando: «¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ya viene!». El corazón de Jesús era también un pájaro que se había aferrado a sus cabezas y cantaba: «¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ya viene!».

Mientras galopaba, en medio de aquel gran jolgorio, de pronto se acordó de sus discípulos. Se volvió, se puso a examinar al cortejo de señores, tratando de encontrarlos entre ellos pero no los encontró. Miró perplejo a su compañero:

—¿Y mis discípulos? —le preguntó—. No los veo. ¿Dónde están?

Una risa burlona le respondió:

—Se han dispersado.

—¿Por qué?

—Por miedo.

—¿Y Judas también?

—¡Todos, todos! Volvieron a sus caiques, se ocultaron en sus casuchas, juran que no te han visto nunca, que no te conocen... No mires atrás, no pienses en ellos. Mira adelante.

Un embriagador aroma a azahar embalsamó el aire.

—Hemos llegado —dijo el ángel, y se apeó.

El caballo se transformó en luz, desapareció.

Un mugido profundo, quejumbroso, se oyó en medio del olivar, lleno de dolor y de dulzura. Jesús se turbó, como si fuesen sus entrañas las que hubiesen gritado. Miró: atado al tronco de un olivo, con los cuernos coronados, con doble grupa, la cola levantada y la testuz blanca, resplandecía un toro. Jesús no había visto jamás semejante fuerza y brillo ni unas carnes tan prietas y unos ojos tan negros y tan llenos de vigor. Se asustó. «No es un toro —pensó—, es uno de los rostros tenebrosos e inmortales del Dios Todopoderoso».

El ángel estaba junto a él y le sonreía maliciosamente.

—No te asustes, Jesús de Nazaret, es un toro, es un novillo joven virgen. Mira, mete y saca la lengua, se lame las húmedas fosas nasales, se inclina y embiste al olivo. Se sacude para romper la cuerda y huir... Mira allá, a la pradera, ¿qué ves?

—Terneritas, terneritas... que pacen.

—No pacen. Esperan que el ternero rompa la cuerda. Escucha cómo muge de nuevo: ¡qué ternura qué súplica, qué fuerza! Realmente parece un dios tenebroso y herido... ¿Por qué tu rostro se ha vuelto feroz, Jesús de Nazaret? ¿Por qué me miras con ojos tan severos y sombríos?

—Vamos —rugió en voz baja Jesús, y su voz estaba llena de ternura, de súplica y de fuerza.

—Antes desataré al toro —respondió el ángel, riendo —¿No te da pena de él?

Se acercó, soltó la cuerda, durante un instante la bestia virgen permaneció inmóvil. De pronto comprendió, estaba libre, dio un salto y se lanzó a la pradera.

Justamente en ese instante, en el limonar, se oyó un dulce tintineo de brazaletes y collares de monedas. Jesús se volvió: ante él, se encontraba María Magdalena, tímida, trémula, coronada de azahar.

Jesús se lanzó hacia ella, la rodeó con sus brazos:

—Magdalena, mi amor —exclamó—, ¡cuántos años hace que anhelo este momento! ¿Quién se interpuso entre nosotros y nos separó? ¿Fue Dios? ¿Por qué lloras?

—¡Porque siento una gran alegría, amado mío, y un fuerte deseo! ¡Vamos!

—¡Vamos, guíame tú!

Se volvió para despedirse de su compañero; el ángel había desaparecido en el aire. El gran cortejo real que lo seguía — señores, damas, reyes, caballos blancos y lirios blancos— se había esfumado. Abajo, en el prado, el toro montaba a las terneras.

—¿A quién buscas, amado? ¿Por qué miras atrás? Sólo nosotros dos quedamos en el mundo. Beso las cinco llagas de tus manos, de tus pies, de tu corazón. ¡Qué alegría! ¡Qué Pascua! El mundo ha resucitado. ¡Ven!

—¿Adónde? ¡Dame la mano, guíame! Confío en ti.

—A un huerto profundo. Te persiguen para apresarte. Todo estaba preparado: la cruz, los clavos, el pueblo, Pilato... Y de pronto llegó un ángel y te arrebató. Ven antes de que el sol levante y te vean. Están rabiosos, piden tu muerte.

—¿Qué les hice?

—Buscabas su bien, su salvación. ¿Cómo quieres que te perdonen eso? Dame la mano, amado mío, sigue a la mujer, ella nunca yerra, siempre encuentra el camino.

Lo tomó de la mano; su velo rojo de fuego se hinchaba al pasar apresurada bajo los limoneros en flor. Sus dedos, entrelazados con los dedos del varón, ardían. Su boca olía a hojas de limonero.

Se detuvo un instante, jadeante, miró a Jesús y él se estremeció: había visto centellear los ojos de la mujer, seductores, maliciosos, como los del ángel. Pero ella le sonrió:

—No tengas miedo, amado mío —le dijo—. Durante años y años tuve a flor de labios unas palabras que quería decirte, pero nunca me atreví a hacerlo. Ahora te las diré.

—¿Qué palabras? Habla sin miedo, amada mía.

—Si estás en el séptimo cielo y un transeúnte te pide un vaso de agua, baja del séptimo cielo y dáselo. Si eres un santo asceta y una mujer te pide un beso, baja de tu santidad y dáselo. De lo contrario no te salvarás.

Jesús la cogió, le echó hacia atrás la cabeza y la besó en la boca.

Los dos palidieron, les fallaron las rodillas, no podían ir más allá y rodaron bajo un limonero en flor.

El sol fue a detenerse sobre ellos. Se levantó viento y algunos azahares cayeron sobre los cuerpos desnudos. Un lagarto verde con el cuerpo comprimido contra una piedra enfrente de ellos, los miraba con sus ojos redondos e inmóviles. De vez en cuando, a lo lejos, se oía el mugido del toro que ahora reposaba saciado. Lloviznaba suavemente, las gotas caían sobre los dos cuerpos ardientes y los refrescaban. Olía a tierra mojada.

María Magdalena abrazaba al hombre, no lo dejaba separarse, ronroneaba.

—Nunca me había besado un hombre, nunca había sentido en mis labios ni en mis mejillas la barba de un hombre, ni entre mis rodillas las rodillas de un hombre. ¡Hoy he nacido! Amor mío, ¿lloras?

—No sabía, mujer amada, que el mundo era tan hermoso y la carne tan santa, hija de Dios también ella, y hermana llena de gracia del alma. Y tampoco sabía que el goce del cuerpo no es un pecado.

—¿Por qué partiste a conquistar el cielo y suspirando anhelas el agua inmortal? Yo soy el agua inmortal. Te has inclinado sobre mí, has bebido y te has apaciguado. Amor mío, ¿aún suspiras? ¿Qué piensas?

—Mi corazón es una rosa de Jericó marchita que resucita y abre sus pétalos con el agua. La mujer es un manantial de agua inmortal. Ahora lo he comprendido.

—¿Qué, amado mío?

—Que éste es el camino.

—El camino, ¿qué camino, Jesús, amado mío?

—El que lleva al ser mortal a convertirse en inmortal. El que hace que Dios baje a la tierra en forma de hombre. Me había extraviado; buscaba el camino fuera de la carne, en las nubes, en los grandes pensamientos, en la muerte. Mujer, preciada colaboradora de Dios, perdóname. Me inclino y me prosterno ante ti, Madre de Dios. El hijo que tengamos, ¿cómo lo llamaremos?

—Llévalo al Jordán y bautízalo con el nombre que quieras. Es tu hijo.

—Llamémoslo Paráclito.

—Calla. He oído un ruido entre los árboles. Alguien viene. Debe ser mi fiel negrito. Lo puse a vigilar por los alrededores para que nadie se acercara. ¡Ahí está!

—Señora, Saulo...

Los ojos del negrito bailaban, en blanco, y su vigoroso cuerpo estaba bañado por completo en sudor, como un caballo que ha corrido. Magdalena se levantó bruscamente y le tapó la boca con la mano.

—¡Cállate!

Se volvió hacia Jesús:

—Esposo amado —dijo—, estás cansado. Duérmete. Regresaré pronto.

Pero él había cerrado ya los ojos, un dulce sueño se había derramado sobre sus párpados y sus sienes, y no vio a Magdalena marcharse bajo los limoneros y perderse en el camino desierto.

* * *

Pero su espíritu de golpe abandonó en tierra a la carne, que dormía, y fue en persecución de Magdalena. ¿Adónde iba? ¿Por qué sus ojos se habían arrasado en lágrimas repentinamente y el mundo se había enturbiado? Volaba sobre ella como un halcón y no la dejaba escapar.

El negrito corría delante, zigzagueando aterrorizado. Dejaron atrás el olivar. El sol aún no se había puesto, entraron en el prado, las terneras rumiaban, echadas en la hierba; bajaron a un desfiladero sombrío y pedregoso. Se oyeron gritos, ladridos de perros y jadeos de hombres. El negrito se aterró:

—¡Me voy! —dijo y echó a correr.

Magdalena se quedó sola, miró a su alrededor: piedras, rocas de pedernal, algunas zarzas, una higuera silvestre sin frutos en la pared del precipicio, dos cuervos en la roca más alta, como vigías. Al ver a Magdalena se pusieron a graznar como para llamar a sus compañeros.

Las piedras se desprendían, unos hombres subían por la abrupta pendiente, un perro negro con manchas rojas apareció, con la lengua fuera. El desfiladero se pobló de cipreses y ramas de laurel, como un cementerio. Se oyó una voz serena, feliz:

—¡Bienvenida!

Magdalena se volvió:

—¿Quién habla? ¿Quién me da la bienvenida?

—Yo.

—¿Y quién eres tú?

—Dios.

—¡Dios! Extiendo mis cabellos y cubro con ellos mi pecho. Vuelve el rostro, no mires mi desnudez, Señor, me da vergüenza. ¿Por qué me has traído a este desierto salvaje? ¿Dónde estoy? No veo más que cipreses y ramas de laurel.

—Lo que es preciso. Muerte e inmortalidad. Te he traído, Gran Mártir, adonde yo quería. Prepárate para morir, Magdalena, para convertirte en inmortal.

—No quiero morir; no quiero ser inmortal. Quiero vivir aún en la tierra; luego, redúceme a cenizas.

—La muerte es una caravana cargada de especias y perfumes; no tengas miedo. Sube al camello negro y entra en el desierto del cielo, Magdalena.

—Oh, ¿quiénes son esos caminantes enfurecidos que han aparecido detrás de los cipreses?

—No temas, Magdalena, son mis arrieros. Ponte la mano en la frente formando visera. ¿No ves el camello negro que traen

enjaezado con una silla de terciopelo rojo para que montes en él? No ofrezcas resistencia.

—Señor, no temo a la muerte, pero me siento afligida. Por primera vez hoy mi carne y mi alma han gozado juntos de los mismos labios. Por primera vez hoy han sido besadas las dos juntas ¡Y tengo que morir!

—Este es un buen momento para que mueras, Magdalena. Otro mejor no encontrarás, no opongas resistencia.

—Oh, ¿qué son esos gritos, esas amenazas y esas risotadas que oigo? ¡Señor, no me abandones! ¡Me matarán!

Y se oyó muy lejos ahora, pero siempre serena y feliz, la voz:

—Magdalena, has disfrutado del sublime goce de la vida. Más allá no puedes llegar. La muerte es buena. ¡Hasta pronto, Protomártir!

La voz se perdió y en un recodo del desfiladero apareció la turbamulta: levitas furiosos y sanguinarios esclavos de Caifás con puñales y hachas. Vieron a Magdalena y hachas, perros y hombres se lanzaron sobre ella.

—¡María Magdalena, puta! —aullaban y se reían a carcajadas. Una nube negra cubrió el sol, el mundo se oscureció.

—¡No lo soy, no lo soy! —gritaba la desdichada—. ¡Lo fui, pero ya no lo soy! ¡Lo juro! ¡No me matéis!

—Lo fui, pero ya no lo soy. Lo juro. ¡No me matéis, tened piedad! ¿Quién eres tú, el de la cabeza calva, la gruesa barriga y las piernas torcidas, tú, el jorobado? ¡No me toques!

—María Magdalena, puta. Soy Saulo. El Dios de Israel me ha enviado desde Damasco y me ha dado el poder de matarlo.

—¿A quién?

—¡A tu amante!

Se volvió a su turba:

—¡Caed sobre ella, muchachos, es su amante, debe saber dónde está! Dinos, desvergonzada, ¿dónde lo has escondido?

—¡No lo diré!

—¡Te mataré!

—¡En Betania!

—¡Embustera! Venimos de allí. Lo tienes oculto aquí, en alguna parte. ¡Di la verdad!

—¡No me agarres por los pelos! ¿Por qué quieres matarlo?
¿Qué te ha hecho?

—¡El que se rebela contra la santa Ley debe morir!

El jorobado hablaba y la miraba con deseo, no dejaba de acercársele. Su aliento abrasaba. Los ojos de Magdalena pestañearon maliciosamente.

—Saulo —dijo—, mira mi pecho, mis brazos, mi cuello. ¿No es una pena que desaparezcan? ¡No los destruyas!

Saulo se acercó aún más. Su voz era ahogada, ronca:

—Confiesa dónde está y no te mataré. Me gustan tus pechos, tus brazos, tu cuello. ¡Apiádate de tu belleza! ¡Confiesa! ¿Por qué me miras así? ¿En qué piensas?

—¡Pienso —y suspiró— en los milagros que harías, Saulo, si Dios lanzara de repente su rayo sobre ti y vieras la verdad! Discípulos como tú debería haber tenido mi amado para conquistar el mundo, y no pescadores, buhoneros y pastores. ¡Hombres de fuego, como tú, Saulo!

—¡Para conquistar el mundo! ¿Quería conquistar el mundo? ¿Cómo? Habla, Magdalena. Yo también quiero conquistarlo.

—Con el amor.

—¿Con el amor?

—Saulo, escucha lo que voy a decirte. Aleja a los otros para que no nos oigan. ¡El que persigues y quieres matar es el hijo de Dios, el Salvador del mundo, el Mesías! ¡Sí, por mi alma, que voy a entregar a Dios!

Un levita flaco, tísico, con una barbita gris rala, bisbiseó:

—Saulo, Saulo, sus brazos son cepos que atrapan a los bobos. ¡Ten cuidado!

—¡Vete!

Se volvió de nuevo hacia Magdalena:

—¿Con el amor? Yo también quiero conquistar el mundo. Bajo a los puertos, veo los navíos que parten y mi corazón se abrasa. Quiero ir a los confines del mundo, pero no como un mendigo judío, un esclavo, sino como un rey, con mi espada. Mas ¿cómo? No puedo y me dan ganas de matarme de rabia. Entretanto, mato para sentirme aliviado.

Calló y, al poco rato, acercándose aún más a la mujer:

—¿Dónde está tu maestro, Magdalena? —preguntó con voz tierna—. Confiésalo, iré a buscarlo para hablarle, para que me diga qué es el amor, qué amor es ese que dominará el mundo. ¿Oyes lo que te digo? ¿Por qué lloras?

—Porque quiero revelarte dónde está para que os encontréis los dos. Él es todo dulzura, tú puro fuego, los dos dominaréis el mundo. Pero no me fío de ti, Saulo. No me fío de ti, por eso lloro.

Aún hablaba cuando una piedra que silbó y rasgó el aire partió la barbilla de Magdalena.

—¡Hermanos, en el nombre del Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob, golpead! —se oyó aullar al levita tísico. Era él el primero que había cogido la piedra y la había lanzado.

Se oyeron truenos en el cielo y a lo lejos, el poniente se ensangrentó.

—¡Dadle en esa boca, mil veces besada! —vociferó un siervo de Caifás, y los dientes de Magdalena se esparcieron por el suelo.

—¡Yo le apuntaré al vientre!

—¡Yo le daré en el corazón!

—¡Yo, entre los ojos!

Magdalena metió la cabeza entre los hombros para protegerla. La sangre le corría por la boca, por el pecho, por el vientre. Llegó el estertor de la muerte.

El halcón batió las alas, sus ojos redondos lo vieron todo, dio un graznido estridente y regresó. Encontró el cuerpo de Jesús que estaba echado aún bajo los limoneros y entró en él. Jesús pestañeó, una gruesa gota de lluvia cayó en sus labios y se despertó. Se sentó en la dura tierra, pensativo. ¿Qué había soñado? No se acordaba. En su memoria sólo habían quedado piedras, una mujer y sangre... ¿Era Magdalena aquella mujer? Su rostro era cambiante, fluía como el agua, no podía fijarlo para verlo. Y mientras se esforzaba por distinguirlo, las piedras y la sangre se transformaron en un telar y la mujer estaba sentada ahora ante el telar, tejiendo y cantando. Su voz era muy dulce, llena de reproches.

Entre las hojas oscuras del limonero, bajo su cabeza, brillaban los limones completamente dorados. Apoyó las palmas de las

manos en el suelo húmedo, sintió su frescura y su calor primaveral, lanzó una rápida mirada a su alrededor; nadie lo veía, se inclinó y besó la tierra:

—Madre —le dijo quedamente—, sostenme con cariño entre tus brazos, yo también te abrazo con cariño. Madre, ¿por qué no puedes ser tú mi Dios?

* * *

Las hojas de los limoneros se agitaron, sobre la tierra húmeda se oyeron ligeras pisadas, un mirlo invisible silbó. Jesús alzó los ojos y vio ante él al Ángel de la guarda de los ojos verdes, satisfecho, sonriente. El vello rizado de su cuerpo brillaba débilmente bajo el sol oblicuo, que se ponía.

—Bienvenido —le dijo Jesús—. Tu rostro resplandece. ¿Qué buena nueva me traes? Confío en ti; tus alas son verdes como la hierba de la tierra.

El ángel rio, plegó las alas y se acuclilló junto a él. Estrujó una flor de azahar, aspiró su olor con fruición. Miró hacia el poniente, que se había vuelto carmesí. De la tierra se levantó una suave brisa y todas las hojas de los limoneros susurraron gozosas; se pusieron a bailar.

—¡Qué felices debéis ser vosotros, los hombres! —dijo—. Estáis hechos de tierra y de agua, y todo en este mundo está hecho de tierra y de agua. Por eso hombres y mujeres, carne, hierba y frutos gozáis de tanta armonía entre vosotros... ¿No sois la misma tierra?, ¿la misma agua? Todos queréis uniros. Mira, cuando venía he oído a una mujer que te llamaba.

—¿Por qué me llamaba? ¿Qué quería de mí?

El ángel sonrió:

—Su agua y su tierra llaman a tu agua y a tu tierra. Está sentada ante el telar, teje y canta. Su canción rasga las montañas, se derrama por la llanura y te busca. Escucha, ahora llegará aquí, a los limoneros. Calla, escúchala, ¿La oyes? Creía que cantaba. No canta, entona un lamento fúnebre. Aguza el oído ¿Qué oyes?

—Oigo a los pájaros que regresan a sus nidos. Ha anochecido ya.

—¿Nada más? Reúne todas tus fuerzas, deja que tu alma escape de tu cuerpo para que pueda escuchar.

—¡Oigo! ¡Oigo! Es una voz de mujer, muy lejos, muy lejos, y llora, pero no distingo las palabras.

—Yo las oigo claramente. Escúchalas tú también. ¿Por qué se lamenta?

Jesús se irguió, reunió todas sus fuerzas, su alma escapó, llegó a la aldea, entró en la casa. Se detuvo en el patio.

—Oigo... —dijo Jesús y se puso el dedo en la boca.

—Dice:

Sepulcro de plata, sepulcro de oro, sepulcro dorado,

*No devores sus labios rojos, no devores sus ojos
negros,*

*No devores su pequeña lengua, que cantaba como un
ruiseñor...*

—¿Has reconocido su voz, Jesús de Nazaret?

—Sí.

—Es María, la hermana de Lázaro. Aún sigue tejiendo su ajuar. Cree que has muerto y te llora. Su cuello de nieve está descubierto, su collar de piedras azules pesa sobre su pecho, todo su cuerpo está bañado en sudor y huele. Huele como el pan recién sacado del horno, como el membrillo maduro, como la tierra mojada. Levántate, vamos a consolarla.

—¿Y Magdalena? —exclamó Jesús, aterrado—. ¿Y Magdalena?

El ángel asió a Jesús del brazo, le hizo sentarse en el suelo.

—¿Magdalena? —dijo serenamente—. Es cierto, me había olvidado decírtelo, Magdalena ha muerto.

—¿Ha muerto?

—La han matado. ¡Eh! ¿Adónde vas, Jesús de Nazaret, con los puños cerrados? ¿A quién vas a matar? ¿A Dios? Es el quien la ha matado. ¡Siéntate! La Suma Bondad lanzó una piedra que la alcanzó en la más alta cima de la felicidad y Magdalena quedó

ahí, en la cima, inmortal. ¿Existe mayor alegría para una mujer? No verá marchitarse el amor ni amilanarse el corazón ni descomponerse la carne. Yo estaba allí cuando la mataba y la vi. Alzó los brazos al cielo y exclamó: «¡Gracias, Dios mío, esto es lo que quería!».

Pero Jesús se había encendido:

—Tal deseo de sumisión —exclamó— sólo lo tienen los perros y los ángeles. Yo no soy un perro ni un ángel, soy un hombre y grito: ¡Es injusto, injusto, injusto, Todopoderoso, que la hayas matado! Hasta los leñadores más rudos tiemblan al talar un árbol en flor, ¡y Magdalena estaba en flor de la raíz a la cima!

El ángel lo tomó en su regazo; se puso a acariciarle los cabellos, los hombros, las rodillas. Le hablaba en voz baja, tiernamente. Oscurecía ya. Sopló una brisa. Las nubes se dispersaron y apareció una gran estrella. Debía ser el lucero vespertino.

—Ten paciencia —le dijo—, sométete, no desesperes. En el mundo no existe más que una sola mujer, una sola, con innumerables rostros. Cae uno, asciende otro. María Magdalena ha muerto pero María, la hermana de Lázaro, vive y nos espera, te espera. Es la misma Magdalena con otro rostro. Escucha: ha vuelto a suspirar. Vamos a consolarla. Ella guarda en su seno, guarda para ti, Jesús de Nazaret, la mayor alegría: el hijo. Tu hijo, ¡vamos!

El ángel acariciaba tiernamente a su amigo, lo levantaba de la tierra poco a poco, ahora los dos estaban en pie bajo los limoneros. El lucero vespertino descendió sobre ellos y reía.

El corazón de Jesús se iba calmando paulatinamente, el rostro de María Magdalena y de María, la hermana de Lázaro, se confundían en la penumbra húmeda y se convertían en uno solo... Llegó la noche cargada de perfumes y los cubrió.

—¡Vamos! —balbució el ángel, y enlazó la cintura de Jesús con su torneado y velludo brazo.

Su aliento olía a tierra mojada y a nuez moscada. Jesús se reclinó sobre él, cerró los ojos para aspirar profundamente y que el aliento del Ángel de la guarda le penetrara en lo más profundo de las entrañas.

El ángel desplegó sonriendo una de sus alas. Con la noche había comenzado a caer una fuerte helada y envolvió a Jesús con sus alas tupidas para que no tuviese frío. Se oyó de nuevo en el aire húmedo, como una suave llovizna de primavera, el canto fúnebre de la mujer: «Sepulcro de plata, sepulcro de oro...».

—Vamos —dijo Jesús y sonrió.

XXXI

Envuelto en el ala verde, agarrando con fuerza la cintura del ángel, Jesús voló durante toda la noche a ras de tierra. Una luna grande había subido al cielo. Era una luna extraña, risueña, aquella noche; sobre ella no se veía a Caín y Abel matándose, sino una amplia boca feliz, dos ojos tranquilos y dos mejillas rollizas inundadas en luz. Era el rostro redondo de una mujer enamorada que vaga de noche. Los árboles huían, las aves nocturnas hablaban como seres humanos, las montañas se abrían, arrebatában en su interior a los dos viajeros y volvían a cerrarse tras ellos.

—¡Qué felicidad! ¡Vuelo a ras de tierra lo mismo que volamos en los sueños!

«¿La vida se ha convertido en un sueño y eso es el Paraíso?»
—iba a preguntarle al ángel, pero calló, temió despertarse si hablaba.

Miró a su alrededor, ¡qué etéreos se habían vuelto los espíritus de la piedra, del aire, de la montaña! Era como cuando estás sentado con amigos y te encuentras angustiado, pero llega el vino fresco y bebes y tu espíritu poco a poco se vuelve ligero, flota en el aire, boga por encima de tu cabeza, se transforma en una nube rosada sobre la que se refleja el mundo vuelto boca abajo, lleno de oro y aire.

Iba a volverse otra vez para hablarle al ángel, pero éste le puso el dedo en la boca, le sonrió y le dijo tiernamente:

—¡Calla!

Se acercaban a una aldea, cantaron los gallos: despuntaba el día. La luna había rodado ahora detrás de las montañas; la aurora iluminó plácidamente el mundo. La tierra salió de su embriaguez, el tiempo volvió a sentar la cabeza, la montaña, la aldea, el olivar, regresaron y volvieron a situarse en el lugar en el que los había puesto Dios para esperar el fin de los tiempos. Allí

estaba el camino amado, la aldea compasiva en medio de los olivos, las higueras y las vides, Betania. Allí estaba la casa fresca de la amistad, con el santo telar, el hogar encendido y las dos hermanas, dos llamas siempre alerta...

—Hemos llegado —dijo el ángel.

El humo subía por la chimenea, las dos hermanas ya debían estar levantadas y habían encendido la lumbre.

—Jesús de Nazaret —dijo el ángel, liberando a Jesús de sus alas—, las dos hermanas han encendido fuego, han ordeñado muy de mañana y te están preparando la leche. ¿Qué es el Paraíso? ¿No querías preguntarme esto en el camino? Es un cúmulo de pequeñas alegrías, Jesús de Nazaret: llamar a una puerta, que te abra una mujer, sentarte ante el hogar, que te ponga la mesa y, cuando llega la noche, que apague el candil y te estreche en sus brazos. Así, poco a poco, de abrazo en abrazo, de hijo en hijo, llega la liberación. Éste es el camino.

—Comprendo —dijo Jesús; se detuvo ante la puerta de color añil, cogió la aldaba para llamar.

Pero el ángel lo detuvo.

—No te apresures —dijo—, escucha. No quiero que volvamos a separarnos; temo dejarte solo, indefenso. Iré contigo. Me transformaré en un negrito, el negrito que viste bajo los limoneros y dirás que soy tu esclavo, tu chico de los recados. No quiero que vuelvas a tomar el mal camino y que te pierdas.

Dijo, y al instante se encontró ante él un negrito que le llegaba hasta las rodillas, con grandes dientes blancos y dos aros de oro en las orejas. Llevaba en las manos un cesto rebosante de presentes.

—Amo —dijo sonriendo—, aquí tienes regalos para las dos hermanas: vestidos de seda, pendientes, pulseras y abanicos de preciosas plumas; todas las armas de la mujer. Ahora llama a la puerta.

Jesús llamó a la puerta, oyó las sandalias en el patio y una voz dulce:

—¿Quién es?

Jesús enrojeció, había reconocido la voz: era la de María. La puerta se abrió, las dos hermanas cayeron a sus pies:

—¡Rabí, nos postramos ante tu pasión! Saludamos tu santa resurrección. ¡Sé bienvenido!

—Déjame tocarte el pecho, rabí, para ver si eres tú realmente —dijo María.

—Es de carne y hueso, María —dijo Marta—, de carne como nosotras, ¿no lo ves? Mira su sombra en el umbral.

Jesús las escuchaba y sonreía. Sentía que las dos hermanas le tocaban, le olían, y se regocijaba.

—Marta, María, llamas gemelas, me alegro de veros. Casa tranquila, humilde, acogedora, me alegro de verte. ¡Aún vivimos, aún tenemos hambre, reímos y lloramos! ¡Alabado sea Dios!

Hablaba, saludaba. Entraron en la casa.

—¡Me alegro de veros hogar, telar, artesa donde se amasa el pan, mesa, cántaro, candil amado! Sois servidores fieles y amigos de la mujer. Me inclino y me postro ante vuestra gracia. Cuando la mujer llegue a la puerta del Paraíso se detendrá y preguntará: «¿Entrarán también mis compañeros, Señor?». «¿Qué compañeros? —le preguntará Dios—. Éstos, la artesa, la cuna, el candil, el cántaro, el telar. Si ellos no entran, tampoco entraré yo». Y Dios, que tiene buen corazón, reirá: «Sois mujeres —dirá—, ¿cómo puedo negaros un favor? Entrad todos, el Paraíso está lleno de artesas, de cunas y de telares, ya no tengo donde meter a los santos».

Las dos mujeres se echaron a reír. Se volvieron, vieron al negrito con el cesto cargado.

—¿Quién es este negrito, rabí? —dijo María—. Me gustan sus dientes.

Jesús se sentó ante el hogar. Le llevaron, leche, miel y pan de trigo candeal.

Los ojos de Jesús se empañaron de lágrimas:

—Los siete cielos me resultaban pequeños —dijo— y también las siete grandes virtudes, las siete grandes ideas. Y ahora, ¡qué milagro, hermanas mías! Una casita, un bocado de pan, unas sencillas palabras de mujer me resultan amplios.

Iba y venía por la casa como si fuera el dueño. Cogió una brazada de sarmientos del patio, avivó el fuego, hizo saltar llamas, se inclinó sobre el pozo, sacó agua, bebió. Extendió los

brazos, los apoyó en los hombros de Marta y de María y tomó posesión de ellas.

—Cambiaré de nombre, queridas Marta y María —dijo—. Mataron a vuestro hermano, que yo había resucitado, voy a sentarme en el lugar que él ocupaba, aquí en el rincón; cogeré su agujada, labraré la tierra, sembraré y cosecharé sus campos. Volveré al anochecer, mis hermanas me lavarán los pies fatigados, me prepararán la mesa. Me sentaré ante el hogar en su taburete. Me llamo Lázaro.

Hablaba y el negrito lo hechizaba con sus grandes ojos. Y a medida que lo miraba el rostro de Jesús iba cambiando, su cuerpo, su pecho, sus muslos, sus manos y sus pies. Cada vez se parecía más a Lázaro. Pero a un Lázaro maduro, rebosante de salud y de fuerza: un pecho curtido por el sol, unas manazas encallecidas, un cuello de toro. Las dos hermanas lo veían en la penumbra transformarse de ese modo y temblaban.

—Cambio de cuerpo y cambio de alma. ¡Me alegro de veros! Declaro la guerra al ayuno, a la castidad y a la pobreza. El alma es una bestia viva y quiere comer. Y esta boca entre mi barba y mi bigote es su boca; otra boca no tiene. En el seno de cada mujer hay un niño mudo, tembloroso, no nacido, con dos manitas tendidas hacia la luz y quiere escapar. El hombre tiene la llave, ¡abridle las puertas! Quien no da a luz, mata. ¿Lloras, María?

—¿Cómo quieres que te responda de otro modo, rabí? Nosotras, las mujeres, no tenemos otra respuesta.

Marta abrió los brazos:

—Nosotras las mujeres somos dos brazos abiertos, sin remedio —dijo—. Entra, rabí, siéntate y ordena. Tú eres el amo.

El rostro de Jesús resplandecía:

—Ya no lucho con Dios —dijo —; nos hemos reconciliado. No volveré a fabricar cruces; haré artesas, cunas y caballetes. Haré traer mis herramientas de Nazaret y mi afligida madre vendrá a criar a sus nietos y se endulzarán los labios de la desdichada.

Una de las dos mujeres apoyaba su pecho en las rodillas de Jesús, la otra le cogía la mano y no se la soltaba. El negrito había apoyado la mejilla sobre sus rodillas y fingía dormir ante el fuego, pero sus ojos negros miraban a través de sus largas

pestañas a Jesús y a las dos mujeres y sonreía malicioso y satisfecho.

María tenía el pecho apoyado en las rodillas de Jesús y le hablaba:

—Estaba sentada en el telar y tejía el dibujo de tu Pasión en un cobertor blanco: una cruz rodeada de millares de golondrinas. Pasaba los hilos negros y rojos y entonaba un lamento de duelo. Y tú me oíste, te compadeciste de mí y viniste.

Marta esperó pacientemente a que María hubiese concluido sus palabras y comenzó ella:

—Yo sólo sé amasar pan, lavar la ropa y decir «sí». Otras cualidades no tengo, rabí. Presiento que elegirás por mujer a mi hermana, pero permíteme respirar junto a vosotros el aire nupcial, hacer y deshacer vuestro lecho y ocuparme de la limpieza de la casa.

Calló, suspiró, y al poco rato:

—Las mocitas de nuestra aldea cantan una canción, una canción muy amarga, en primavera, los días en que las aves incuban los huevos. Te la cantaré para que comprendas. Porque su son está lleno de amargura:

*Oh, vosotros, jóvenes imberbes,
Estoy cansada de vender y de venderme
Y de no encontrar comprador.
Malvendo y me malvendo,
¡El primero que llegue, que compre!
A quien me dé un huevo de golondrina
Le entregaré mis labios.
A quien me dé un huevo de águila,
Le entregaré mi pecho.
A quien me dé una puñalada,
¡Le entregaré mi corazón!*

Sus ojos se arrasaron en lágrimas. María extendió los brazos y enlazó la cintura del hombre, como si temiese que se lo

arrebataran. Marta sintió un puñal clavado en el corazón, pero se armó de valor y siguió hablando:

—Rabí, voy a decirte algo más y me levantaré para dejarte solo con María: en otro tiempo vivía cerca de aquí, en Belén, un rico señor muy potente, Booz. Era verano, sus criados habían segado, trillado, aventado y amontonado en la era la cosecha, a la derecha el grano, a la izquierda la paja, y el amo se había quedado dormido entre el grano y la paja. A medianoche, una pobre mujer, de nombre Ruth, fue a echarse a sus pies sin hacer ruido para no despertarlo. Era viuda, no tenía hijos y sufría. El hombre sintió en sus pies el calor del cuerpo de la mujer, bajó la mano, buscó, la encontró y la subió hasta su pecho... ¿Comprendes, rabí?

—Comprendo. Calla —respondió Jesús.

—Me voy —dijo Marta, y se levantó.

Quedaron solos Jesús y María. Cogieron una estera y el cobertor en el que estaban tejidas la cruz y las golondrinas y subieron a la terraza de la casa. Una nube compasiva cubrió el sol. Se ocultaron bajo el cobertor bordado para que no los viera Dios y comenzaron a acariciarse... Y en un momento que se destaparon, Jesús abrió los ojos y vio al negrito sentado en el voladizo del tejado. Tenía en las manos un caramillo y miraba a lo lejos, hacia Jerusalén, tocándolo...

Al día siguiente, toda la aldea pasó por la casa para admirar al nuevo Lázaro. El negrito corría, se afanaba en hacer las tareas que le encargaban, sacaba agua del pozo, ordeñaba las ovejas, ayudaba a Marta a encender la lumbre y luego se ovillaba en el umbral y tocaba el caramillo. Los campesinos llegaban con sus presentes: leche, mazorcas de maíz, dátiles, miel, para darle la bienvenida al extraño visitante que tanto se parecía a Lázaro. Veían al negrito en el umbral, se metían con él y se reían. Y él reía también.

Entró el notable ciego, extendió la manaza, palpó las rodillas, los muslos, la espalda de Jesús, sacudió la cabeza y estalló en una risotada:

—Eh, ¿os habéis quedado ciegos? —gritó a los campesinos, que habían llenado el patio—. Éste no es Lázaro. Su aliento

huele diferente, su carne tiene otra textura diferente, sus huesos están bien unidos a la carne. Ni un hacha podría separarlos.

Sentado en el patio, Jesús trenzaba verdades y mentiras, riendo:

—No soy Lázaro, muchachos, no temáis. ¡Él está muerto! Sólo que yo también me llamo Lázaro, maestro Lázaro; soy carpintero. ¡Un ángel de alas verdes me trajo a esta casa y aquí estoy! —dijo y miró al negrito que se partía de risa.

El tiempo fluía como el agua inmortal y regaba el mundo. Las espigas maduraron, las uvas comenzaron a brillar, las aceitunas se llenaron de aceite y los granados en flor se cargaron de frutos. Se extendió el otoño, llegó el invierno y nació el hijo. María, la tejedora, recién parida, reposaba y contemplaba orgullosa a su recién nacido y no se cansaba de admirarle. ¿Cómo era posible que aquella maravilla hubiera salido de sus entrañas? «He bebido el agua inmortal —pensaba María—, he bebido el agua inmortal, no moriré».

Es noche profunda; llueve y la tierra se abre y recibe al cielo en su seno y lo transmuta en barro. El maestro Lázaro, en su taller, tendido sobre las virutas, entre cunas a medio terminar, en la noche cerrada, piensa en su hijo recién nacido, piensa en Dios, escucha la lluvia y se complace. Por primera vez, Dios ha tomado en su mente la forma de un niño; en la habitación de al lado lo oye llorar, reír y saltar en las rodillas de su madre. «¿Así que tan cerca de nosotros está Dios? —piensa y se acaricia la negra barba—, ¿tan tiernos son sus pies rosados?, ¿tan fácil es que el Todopoderoso tenga cosquillas y se ría cuando lo acarician los dedos del hombre?».

El negrito, que fingía dormir en el otro rincón, junto a la puerta, bostezó. Oía los arrullos del recién nacido y sonreía satisfecho. Ahora, de noche, cuando nadie lo veía, se había vuelto a convertir en ángel, había extendido las alas verdes sobre las virutas y descansaba.

—Jesús —susurró en la oscuridad—, Jesús, ¿duermes?

Jesús aparentó no oírle porque le encantaba escuchar al recién nacido en el silencio de la noche. Se limitó a sonreír. Quería mucho a aquel negrito, que todo el día le hacía recados,

le ayudaba a trabajar la madera y, al atardecer, cuando terminaba la jornada, se sentaba en el umbral y le tocaba el caramillo. Jesús le escuchaba y se olvidaba de la fatiga del día. Y cuando lucía el primer lucero del alba, comían todos juntos sentados a la misma mesa y el negrito reía sin parar y gastaba bromas, se metía con la pobre Marta, excitaba su virginidad y reía.

—Nosotros, allí en mi patria, en África —decía, y miraba a Marta de reojo con ojos zalameros—, lo que deseamos ardientemente no lo ocultamos para que se pudra, como vosotros los hebreos, lo decimos sin dobleces, a las claras, y lo hacemos. Si quiero comerme un plátano, ¿qué importa que sea mío o ajeno?, me lo como. Si quiero nadar, nado. Si quiero besar a una mujer, la beso. Y nuestro Dios no nos riñe; él también es negro, ama a los negros, lleva aros de oro en las orejas y él mismo hace lo que quiere. Es nuestro gran hermano y él y nosotros tenemos la misma madre: la Noche.

—¿Y vuestro dios muere, negrito? —le preguntó una noche Marta para hacerle rabiar.

—¡Mientras haya un negro vivo vivirá él! —respondió el negrito y se inclinó para hacer cosquillas a Marta en la planta de los pies.

Todas las noches, cuando se apagaban las luces, el Ángel de la guarda desplegaba las alas en la oscuridad e iba a echarse junto a su compañero. Hablaban en voz baja para que no los oyeran y el Ángel le daba consejos para el día siguiente. Luego volvía a convertirse en negrito, se deslizaba entre las virutas y se dormía. Pero aquella noche no tenía sueño.

—Jesús —repitió más fuerte—, Jesús, ¿duermes?

Y al ver que no recibía respuesta, se levantó de un salto, se acercó a él y lo sacudió.

—Eh, maestro Lázaro, sé que no duermes, ¿por qué no me respondes?

—No quiero hablar. Soy feliz —respondió Jesús, y cerró los ojos.

—¿Estás satisfecho de mí? —preguntó el Ángel, dándose importancia—. ¿Tienes alguna queja?

—Ninguna, muchacho, ninguna.

Su corazón se animó, se levantó:

—¡Qué errado camino había tomado! —murmuró—. ¡Qué desierto, qué cuesta llena de precipicios para encontrar a Dios! Clamaba, mi voz resonaba en la montaña desierta, volvía a mí y yo creía que era una respuesta.

El Ángel se echó a reír:

—Un hombre solo no puede encontrar a Dios. Hacen falta dos, un hombre y una mujer. Tú no lo sabías y yo te lo he enseñado. Así, con María, has encontrado al Dios que buscabas desde hacía tantos años. Ahora estás sentado en la oscuridad y le oyes reír y llorar y eres feliz...

—Esto quiere decir Dios, esto quiere decir hombres, éste es el camino —murmuró Jesús, y volvió a cerrar los ojos...

Su vida anterior pasó por su mente como un fogonazo. Suspiró. Tendió la mano, buscó la del ángel:

—Ángel de la guarda —dijo tiernamente—, muchacho, si me faltaras estaría perdido. No me dejes nunca.

—No me iré, no temas. No te dejaré; me agradas.

—¿Hasta cuándo durará esta felicidad?

—Todo el tiempo que yo esté junto a ti; todo el tiempo que tú estés junto a mí, Jesús de Nazaret.

—¿Eternamente?

El ángel se rio:

—¿Qué significa eternamente? ¿Aún no has podido liberarte de las grandes palabras, Jesús de Nazaret? ¿De las grandes palabras, de las grandes ideas, de los reinos de los cielos? ¿Ni siquiera tu hijo ha podido curarte?

Dio una fuerte palmada en el suelo:

—¡Éste es el reino de los cielos: la tierra! ¡Éste es Dios: tu hijo! ¡Ésta es la eternidad: cada instante, Jesús de Nazaret, cada instante que pasa! ¿No te sacia el instante? Entonces, entérate bien, tampoco te saciará la eternidad.

Calló. En el patio se oyeron unas pisadas ligeras, unos pies descalzos que se acercaban.

—¿Quién es? —dijo Jesús, incorporándose.

—Una mujer —respondió el Ángel sonriendo, y fue a descorrer el cerrojo de la puerta.

—¿Qué mujer?

El Ángel movió el dedo, como si le regañara:

—Te lo dije en otra ocasión, ¿lo has olvidado? En el mundo no hay dos mujeres, hay sólo una; una sola mujer con innumerables rostros. Y uno de estos rostros es el que viene, levántate para recibirla. Yo me voy.

Se arrastró como una serpiente sobre las virutas y desapareció.

Los pies descalzos se detuvieron delante de la puerta. Jesús se volvió hacia la pared, cerró los ojos y fingió que dormía. Una mano empujó la puerta y la abrió y una mujer se deslizó en el taller, conteniendo la respiración. Avanzó lentamente, llegó al rincón donde estaba acostado Jesús y, sin decir palabra, sin hacer ruido, se acurrucó a sus pies.

Jesús sintió que el calor de la mujer le subía desde los pies hasta las rodillas, hasta los muslos, hasta el corazón y hasta el cuello. Bajó la mano, encontró las trenzas de la mujer, buscó en la oscuridad su rostro, su cuello, su pecho. Y ella se entregaba, llena de esperanza y de sumisión, y callaba. No hacía más que temblar y todo su cuerpo estaba bañado en sudor.

Débil, tierna, llena de compasión, se oyó la voz del hombre:

—¿Quién eres?

La mujer temblaba, no decía nada. Jesús se arrepintió de haberle preguntado. Había vuelto a olvidar las palabras del Ángel. ¿Qué importaba cómo se llamaba, de dónde había venido, cuál era la forma, el color, la belleza o la fealdad de su rostro? Era el rostro hembra de la tierra, su pecho estaba oprimido, en ella había multitud de hijos y de hijas que se ahogaban, no podían salir y habían ido a buscar al hombre para que les abriera. El corazón de Jesús se desbordó de compasión.

—Ven —le dijo quedamente, y la subió hasta su pecho—, perdóname por haberte preguntado quién eres.

—Soy Ruth —murmuró la mujer, temblando,

—¿Qué Ruth?

—Marta.

XXXII

Transcurrían los días, los meses, los años y los hijos y las hijas se multiplicaban en la casa del maestro Lázaro. Marta y María rivalizaban sobre cuál de las dos paría más. El hombre, en el taller, luchaba con el pino, con el roble y el ciprés, los domeñaba y los obligaba a convertirse en herramientas. Y en los campos luchaba con los vientos, con los topos y con las ortigas. Al caer el sol, volvía agotado y se sentaba en el patio; sus mujeres iban a lavarle los pies y las pantorrillas, encendían el fuego, ponían la mesa y le abrían los brazos. Y él, lo mismo que trabajaba la madera y sacaba de ella las cunas, lo mismo que trabajaba la tierra y sacaba de ella las uvas y las espigas, así trabajaba a las mujeres y sacaba de dentro de ellas a Dios.

«¡Que felicidad! —pensaba Jesús—, ¡qué profunda correspondencia del cuerpo y del alma, del hombre y la tierra!». Marta y María extendían las manos, palpaban toda aquella felicidad y aquella dulzura para ver si eran reales; para ver si eran reales el hombre que amaban y los hijos que salían de su seno y se parecían al padre. Toda aquella dicha les parecía demasiado grande y temblaban de miedo. Una noche, María tuvo un sueño espantoso: Se levantó, salió al patio, vio a Jesús que se había lavado y estaba sentado en el suelo con las manos apoyadas en la tierra, feliz. Se acercó, se sentó a su lado:

—Rabí —le dijo en voz baja—, ¿qué son las ensoñaciones? ¿De qué están hechas? ¿Quién las envía?

—No son ni ángeles ni demonios —le respondió Jesús—. Cuando Lucifer se rebeló contra Dios, las ensoñaciones se mantuvieron indecisas entre los demonios y los ángeles, y Dios las arrojó a los abismos del sueño... ¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué has soñado, María?

Pero María prorrumpió en sollozos y no dijo nada. Jesús le acarició la mano:

—Mientras la retengas dentro de ti, María, la ensoñación te roerá las entrañas. ¡Sácala a la luz para que se vaya!

María se disponía a narrar el sueño, pero le faltó el aliento. Jesús la acarició y le infundió valor:

—Durante la noche pasada había mucha luna y no he podido dormir. Pero al alba debió vencerme el sueño porque vi un pájaro. No, no era un pájaro, tenía seis alas de fuego; debía ser uno de esos serafines que rodean el trono de Dios... Llegó, revoloteó a mi alrededor y de repente se precipitó sobre mí y me envolvió la cabeza en sus alas... Puso el pico en mi oreja y me habló... Rabí, caigo a tus pies y los beso. Ordéneme callar.

—Ánimo, María, ¿acaso no estoy junto a ti? ¿Qué temes? Te habló, ¿qué te dijo?

—Que todo esto, rabí, es...

Volvió a cortársele el aliento. Asió las rodillas de Jesús y las apretó con fuerza entre sus brazos.

—Que todo esto es... ¿Qué es, María, querida?

—Un sueño... —murmuró ella y estalló en lamentos.

Jesús se sobresaltó:

—¿Un sueño? —dijo.

—Sí, rabí, todo esto es un sueño...

—¿Qué quieres decir con «todo esto»?

—Tú, yo, Marta, los abrazos durante la noche y los hijos... Todo, todo, todo es mentira. Lo forjó la Tentación para extraviarnos. Tomó sueño, muerte y aire y lo forjó... ¡Rabí, ayúdame!

Rodó por el suelo, se retorció durante un instante y de repente se quedó rígida. Marta acudió enseguida, llevó vinagre de rosas, le frotó las sienes y recobró el sentido. Abrió los ojos, vio a Jesús, se agarró a él.

—Ha movido los labios, rabí —dijo Marta—. Inclínate, quiere decirte algo.

Jesús se inclinó, le alzó la cabeza. María movía los labios y hablaba...

—¿Qué has dicho, María, querida? No lo he oído.

María reunió todas sus fuerzas;

—Que tú —murmuró—, tú, rabí querido...

—¿Qué yo?... ¡Habla!

—... ¡Fuiste crucificado! —dijo, y cayó de nuevo, desmayada.

La acostaron en su cama y Marta permaneció junto a ella. Jesús abrió la puerta, salió a los campos, se ahogaba.

Oyó pasos tras él y se volvió. Era el negrito.

—¿Qué quieres? —le gritó encolerizado—. Quiero estar solo.

—No quiero dejarte solo, Jesús de Nazaret —respondió el negrito, con los ojos centelleantes—. Este momento es difícil. Tu espíritu puede vacilar

—Eso quiero, que vacile. Hay momentos en que el espíritu, maldito sea, me impide ver.

El negrito se echó a reír.

—¿Eres una mujer? —dijo—. ¿Crees en los sueños? Deja que lloren las mujeres. Son mujeres, no pueden soportar una alegría excesiva y lloran. Pero nosotros, los hombres, resistimos, ¿no es así?

—¡Resistimos! ¡Calla!

Caminaban deprisa. Subieron a un collado verde; en la hierba florecían anémonas y margaritas amarillas. La tierra olía a tomillo. Jesús distinguió su casa entre los olivos. El humo ascendía, apacible, del tejado, el alma de Jesús se apaciguó. «Las mujeres han recuperado el sentido —pensó—, se han acucillado ante el hogar y han encendido la lumbre».

—Volvamos —dijo al negrito —y sella tu boca. Son mujeres, apiádate de ellas.

Pasaron unos días. Una tarde se presentó un extraño caminante medio borracho. Era sábado, Jesús no trabajaba, estaba sentado a la puerta de la casa y tenía sobre sus rodillas a su hijo y a su hija pequeña y jugaba con ellos. Por la mañana había llovido y por la tarde el tiempo se había despejado, y ahora algunas nubes dispersas de color cereza bogaban hacia poniente, y entre ellas el cielo estaba completamente verde, como un prado. Dos palomas zureaban en la terraza, María estaba sentada junto a él, con pesados pechos colgando.

El caminante se detuvo, lanzó una mirada oblicua a Jesús y se echó a reír:

—Eh, maestro Lázaro —le dijo con la lengua estropajosa—, eh, maestro Lázaro, ¡quién tuviera tu suerte! Los años pasan por delante de tu puerta, se van, y tú sigues sentado como el patriarca Jacob con sus dos mujeres, Lía y Raquel. Tú tienes, como él, dos mujeres, Marta y María. Una de ellas, tengo oído, se ocupa de las tareas de la casa y la otra de cuidarte a ti. Y tú te encargas de todas las faenas: la madera, la tierra, la mujer y también Dios. Pero sal fuera, asoma la nariz al exterior, ponte la mano sobre las cejas a modo de visera y otea lo que sucede allá lejos, en el mundo... ¿Has oído hablar de Pilato, Poncio Pilato? ¡Que sus huesos ardan en el Infierno!

Jesús, que había reconocido al caminante medio borracho, sonrió:

—¡Simón de Cirene —dijo—, hombre de Dios y del vino, bienvenido! Toma un taburete, siéntate. Marta, trae un tazón de vino para el viejo amigo.

El caminante se sentó en el taburete, sostuvo el tazón en el hueco de las dos manos.

—Todo el mundo me conoce —dijo lleno de orgullo—. Todos han pasado por mi taberna para orar. Tú también has debido pasar, maestro Lázaro. Pero no desvíes la conversación. Te he preguntado: ¿has oído hablar de Pilato, de Poncio Pilato? ¿Lo has visto alguna vez?

Apareció el negrito, se apoyó en el quicio de la puerta y se puso a escuchar.

—Una nube desvaída —respondió Jesús, esforzándose por recordar—, una nube desvaída cruza mi mente; dos ojos fríos de color ceniza, como los de un halcón, una risa llena de sarcasmo y un anillo de oro. No recuerdo nada más. Y que le llevaron una jofaina de plata y se lavó las manos. Nada más. Debió ser un sueño, una bruma de la mente; se levantó el sol y desapareció. Pero ahora que me lo traes de nuevo a la cabeza, lo recuerdo, cirineo. En el sueño me atormentó mucho.

—¡Maldito sea! Tengo oído decir que a los ojos de Dios los sueños tienen más peso que la realidad del día. Pues bien, Dios torturó a Pilato, ¡fue crucificado!

Jesús dio un grito:

—¡Fue crucificado!

—¿Por qué te has asustado? ¡Se lo merecía! Ayer, de amanecida lo encontraron crucificado. Su cerebro se había perturbado. No podía pegar ojo, se levantaba, cogía una jofaina y se pasaba la noche lavándose las manos y gritando: «¡Me lavo y me froto las manos, soy inocente!». Pero la sangre no desaparecía de sus manos y volvía a coger agua y a lavarse otra vez... Salía a la calle, daba vueltas por los alrededores del Gólgota, no hallaba reposo. Tenía dos fieles servidores negros y todas las noches les ordenaba: «¡Tomad mi látigo, azotadme!». Recogía espinas, hacía una corona, se la clavaba en la cabeza y chorreaba sangre.

—Me acuerdo... me acuerdo... me acuerdo... —murmuraba Jesús y de cuando en cuando lanzaba una mirada furtiva al negrito que, apoyado en el quicio de la puerta, escuchaba atentamente.

—Luego se dio a la bebida. Recorría las tabernas, iba también a la mía. Bebía, se convertía en gallo, se convertía en puerco... Su mujer le cogió asco y lo abandonó. Llegó una orden de Roma, lo destituyeron... ¿Me oyes, maestro Lázaro? ¿Por qué suspiras?

Jesús tenía la cabeza inclinada hacia el suelo y no respondió. El negrito volvió a llenar el tazón de Simón el cirineo.

—¡Cállate y vete! —le silbó al oído.

Pero Simón se enfadó.

—¿Por qué tengo que callarme? En dos palabras. Ayer, de amanecida, encontraron al bueno de Pilato en la cima del Gólgota, ¡crucificado!

Jesús sintió de pronto una puñalada en el corazón, como si le clavarán una lanza. Las cuatro marcas azules de sus manos y sus pies se hincharon y enrojecieron.

María lo vio palidecer, se acercó, le acarició las rodillas:

—Querido mío —le dijo—, estás cansado. Entra a echarte en la cama.

El sol se había puesto, el aire se hizo más fresco. El negrito cogió por el brazo a Simón que, completamente borracho, ya se había cansado de hablar y se había quedado dormido, lo levantó bruscamente y lo sacó de la aldea.

—Has hablado más de la cuenta ¡Vete! —le ordenó, lleno de ira, y le señaló el camino que llevaba a Jerusalén.

El negrito volvió a la casa, inquieto. Jesús estaba acostado en el taller, con los ojos clavados en el tragaluz. Marta preparaba la cena y María amamantaba a su último retoño y miraba en silencio a Jesús. El negrito entró; sus ojos aún lanzaban destellos de cólera.

—Se ha ido —dijo—. Estaba completamente borracho, no sabía lo que decía.

Jesús se volvió, miró al negrito con angustia. Se mordió los labios, temiendo que hablaran. Se volvió de nuevo hacia el negrito, como si le pidiera ayuda. Pero él se llevó el dedo a la boca y le sonrió:

—Duerme —dijo—, duerme...

Jesús cerró los ojos, sus labios se relajaron, su frente perdió las arrugas, se sumergió en el sueño. Al día siguiente, cuando se despertó al alba, sintió alegría y alivio, como si se hubiera liberado de un gran peligro. El negrito se había despertado ya y limpiaba el taller riendo en silencio.

—¿De qué te ríes, negrito? —le preguntó Jesús, guiñándole el ojo.

—Me río de los seres humanos, Jesús de Nazaret —respondió en voz baja, para que no le oyeran las mujeres—. ¡Qué terrores tiene que padecer vuestro desdichado espíritu a cada instante! ¡A la derecha, un abismo, a la izquierda, otro abismo; detrás de vosotros, uno más, y únicamente delante hay una cuerda tendida sobre el abismo!

—Por un instante —dijo Jesús, y se rio también— mi espíritu se tambaleó sobre la cuerda de la que hablas y a punto estuve de caer al abismo. ¡Pero me salvé!

Entraron las mujeres; las conversaciones cambiaron. Se encendió el fuego, el día tomó su ritmo, un tropel de niños irrumpió en el patio; reían y jugaban a la gallinita ciega.

—María —dijo Jesús riendo—, ¿cuántos hijos tenemos? Marta, el patio se ha llenado. Tendremos que ampliar la casa o dejar de tener hijos.

—Ampliaremos la casa —respondió Marta.

—Falta poco para que trepen por los muros y los árboles del patio como ratones y ardillas. Hemos declarado la guerra a la muerte, María. Benditas sean las entrañas de la mujer. Están repletas de huevos, como las de los peces, y cada huevo es un hombre. La muerte no podrá con nosotros.

—La muerte no podrá con nosotros, amado mío. Bendito seas tú —respondió María.

Jesús estaba de buen humor, quería hacerle rabiar. Además, aquel día María, así como estaba, recién levantada, peinándose ante él, le parecía muy atractiva.

—María —le dijo—, ¿tú no piensas nunca en la muerte? ¿No pides a Dios misericordia? ¿No te preocupa qué será de ti en el otro mundo?

María sacudió los largos cabellos, se echó a reír:

—Esas son preocupaciones de hombre —dijo—. No pido a Dios misericordia. Soy mujer, pido misericordia al hombre. No llamo a la puerta de Dios para mendigar alegrías eternas del Paraíso. Abraza al hombre que amo y no quiero otro Paraíso. Las alegrías eternas son para los hombres.

—¿Las alegrías eternas son para los hombres? —dijo Jesús, acariciando el hombro desnudo de María—. Amada mía, la tierra es como una era muy pequeña, ¿cómo puedes encerrarte en ella y no desear huir?

—La mujer sólo es feliz dentro de límites, lo sabes bien, rabí. La mujer es un aljibe, no una fuente.

Marta entró corriendo:

—Alguien está buscando nuestra casa —dijo—, viene hacia aquí. Es un hombre rechoncho, jorobado, con la cabeza pelada como un huevo. Camina enredándose en sus propias piernas. Ya llega.

El negrito entró a su vez, sin aliento:

—No me gusta su aspecto. Le voy a cerrar la puerta. Éste vendrá a trastornarlo todo.

Jesús miró torvamente al negrito:

—¿De qué tienes miedo? —dijo—. ¿Quién es para que lo temas? ¡Abre la puerta!

El negrito le guiño el ojo:

—¡Échale! —le dijo en voz baja.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—¡Échale! —repitió el negrito—. ¡Y no hagas preguntas!

Jesús se enfadó:

—¿No soy libre? ¿No hago lo que quiero? ¡Abre la puerta!

Entretanto se oyeron pasos en la calle. Se detuvieron. Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Jesús, y salió al patio.

—¡Un enviado de Dios! ¡Abrid! —se oyó una voz débil y cascada.

La puerta se abrió, en el umbral estaba un hombre rechoncho, jorobado, calvo, joven aún. Sus ojos despedían llamas. Las dos mujeres, que habían corrido a verlo, retrocedieron.

—¡Alegraos y regocijaos, hermanos! —dijo el visitante abriendo los brazos—. ¡Os traigo la Buena Nueva!

Jesús lo miraba, intentaba recordar dónde le había visto. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Quién eres? Creo que te he visto en alguna parte. ¿En el palacio de Caifás? ¿En alguna crucifixión?

El negrito, hecho un ovillo en un rincón del patio, soltó una risita:

—¡Vaya! ¡Es Saulo, Saulo el sanguinario!

—¿Eres Saulo? —dijo Jesús con pavor.

—Lo fui; ya no soy el sanguinario Saulo. Vi la verdadera luz. Soy Pablo. ¡Alabado sea el nombre del Señor! Me salvé y me entregué a salvar el mundo. No a salvar a Judea. No a salvar a Palestina, ¡al mundo entero! La Buena Nueva que llevo conmigo precisa mares y ciudades lejanas, un gran espacio. No sacudas la cabeza, maestro Lázaro, no te rías, no te burles. ¡Lo salvaré!

—Yo vengo de allí a dónde tú vas, muchacho —respondió Jesús—. Cuando era joven como tú, recuerdo que también me entregué a salvar el mundo. ¿No significa eso ser joven? ¡Salvar el mundo! Vagaba descalzo, vestido de harapos, ceñido con una correa con clavos, como los antiguos profetas, y clamaba: «¡Amor! ¡Amor! ¡Amor!». Y otras muchas cosas de las que no quiero acordarme. Me lanzaron cáscaras de limones, me

molieron a palos y poco faltó para que me crucificaran. ¡Lo mismo te ocurrirá a ti, muchacho!

Se había animado, había olvidado que representaba el papel del maestro Lázaro y estaba descubriendo sus secretos a un extraño.

El negrito se asustó, intervino para desviar la conversación.

—No le hables, amo. Tengo algo que decirle, deja que le hable yo.

Se volvió hacia el forastero:

—¿No eres tú, maldito, el que mató injustamente, sin motivo, a María de Magdala? Tus manos gotean sangre. ¡Sal de nuestro honrado patio!

—¿Tú? ¿Tú? —dijo Jesús, sintiendo un escalofrío.

—Yo —respondió Pablo, suspirando profundamente—. Me doy golpes de pecho, me rasgo las vestiduras y grito: «¡He pecado! ¡He pecado!». Recibí órdenes escritas de matar a quien violara la Ley de Moisés. Maté a todo el que puede y regresaba de Damasco cuando, de repente, un relámpago cayó del cielo sobre mí y me tiró al suelo. Su fuerte resplandor me dejó ciego. No veía. Oía sobre mi cabeza una voz llena de reproches: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¿Qué te he hecho yo?». «¿Quién eres, Señor? —grité—, soy Jesús, al que tú persigues. Levántate, entra en Damasco y allí mis fieles te dirán lo que debes hacer». Me levanté de un salto y temblaba, tenía los ojos abiertos pero no veía, mis compañeros me cogieron de la mano y me hicieron entrar en Damasco. En la humilde casa en que fui a hospedarme se presentó un discípulo de Jesús, Ananías, ¡bendito sea! Puso la mano sobre mi cabeza y musitó una oración: «¡Cristo, dale la luz a sus ojos para que recorra la ecúmene predicando la Buena Nueva!». Apenas hubo dicho esta plegaria, las escamas cayeron de mis ojos. Vi la luz y me hice bautizar. Fui bautizado, me convertí en Pablo, Apóstol de los Naciones, predico por tierra y por mar la Buena Nueva.

»¿Por qué me miras con esos ojos desorbitados? ¿Por qué te has puesto en pie, turbado, maestro Lázaro?».

Jesús recorría el patio de un extremo a otro con los puños apretados y los labios espumeantes. Vio a las mujeres que

permanecían en un rincón, pálidas, vio a los hijos, que lloraban agarrados a sus madres.

—¡Idos! —ordenó—. ¡Dejadnos solos!

El negrito, excitado, se acercó para hablarle, pero él lo apartó con cólera:

—¿No soy libre? —le dijo—. ¡Ya no resisto más, hablaré!

Se volvió hacia Pablo, le temblaba la voz:

—¿Qué Buena Nueva? —rugió.

—Jesús el nazareno —habrás oído hablar de él— no era hijo de José y de María, era hijo de Dios. Bajó a la tierra, se encarnó como hombre para salvar al hombre. Los inicuos sacerdotes y los fariseos lo prendieron, lo condujeron ante Pilato y lo crucificaron. Pero al tercer día resucitó y subió al cielo. ¡La muerte ha sido vencida, hermanos; los pecados han sido perdonados, las puertas del Paraíso se han abierto!

—¿Tú viste resucitado a Jesús el nazareno? —rugió Jesús—. ¿Lo viste con tus propios ojos? ¿Cómo era?

—Era un relámpago. Un relámpago que hablaba.

—¡Embustero!

—Sus discípulos lo vieron. Después de la crucifixión estaban reunidos en un desván, las puertas estaban cerradas, y de repente llegó y se presentó entre ellos y dijo: «¡La paz sea con vosotros!». Todos lo vieron y quedaron deslumbrados. Tomás no lo creía, metió el dedo en sus llagas, le dio a comer pescado...

—¡Embustero!

Pero Pablo se había animado; su cuerpo encorvado se había enderezado y sus ojos refulgían.

—No nació de un hombre y su madre era virgen. El ángel Gabriel bajó del cielo y le dijo: «¡Salud, María!» y sus palabras cayeron como una semilla en sus entrañas. Así nació Jesús.

—¡Embustero! ¡Embustero!

Pablo se detuvo, estupefacto. El negrito se levantó, echó la tranca a la puerta. Los vecinos habían oído los gritos, entreabrieron las puertas y aguzaron el oído. Las dos mujeres habían salido de nuevo al patio, asustadas, pero el negrito volvió a encerrarlas en la casa. Jesús estaba sobreexcitado, ya no

podía dominar su corazón, se acercó a Pablo y lo agarró por el hombro, lo zarandeó:

—¡Embustero! ¡Embustero! —le gritaba—. Yo soy Jesús de Nazaret. Nunca fui crucificado. Nunca resucité; soy hijo de María y de José, el carpintero de Nazaret. No soy hijo de Dios, yo soy hijo de un hombre, como los demás. ¿Qué son esas blasfemias, esas infamias, esas mentiras? ¿Con semejantes falsedades te atreves a salvar el mundo, canalla?

—¿Tú? ¿Tú? —murmuró Pablo, atónito.

Mientras el maestro Lázaro hablaba, hecho una furia, Pablo había percibido en sus manos y en sus pies marcas azules, como de clavos, y una herida junto al corazón.

—¿Por qué abres así los ojos? —gritó Jesús—. ¿Por qué miras mis manos y mis pies? Estas marcas que ves me las hizo Dios —¿Dios o la Tentación?, aún no puedo saberlo— en sueños. Soñé que estaba crucificado y que sufría. Pero lancé un grito, me desperté y me tranquilicé. ¡Lo que debía padecer despierto, lo padecí en sueños y me libré!

—¡Cállate! ¡Cállate! —rugió Pablo, y se apretó las sienes para que no le estallaran—. ¡Cállate!

¡Pero Jesús no podía callarse! Era como si hubiera tenido aquellas palabras embalsadas en el pecho durante muchos años y ahora su corazón se abría y se desbordaban. El negrito se colgó de su brazo: «¡Cállate, cállate!» —le decía—. Pero Jesús lo tiró al suelo de un empujón. Se volvió hacia Pablo:

—¡Sí, sí, lo diré todo! ¡Tengo que sentirme aliviado! Lo que tenía que padecer despierto lo padecí en sueños. Me libré de la crucifixión y vine a esta aldea con otro nombre, con otro cuerpo. Vivo la vida como cualquier hombre: como, bebo, trabajo, tengo hijos. Los grandes incendios se consumieron y yo me convertí como los demás en un fuego apacible y tranquilo; estoy acurrucado ante el hogar mientras mi mujer hace la comida de nuestros hijos. Salí a conquistar el mundo y eché anclas en esta artesa doméstica. Así ha sido, no puedo quejarme. Soy hijo de un hombre, te digo, no soy hijo de Dios. Y no recorras la ecúmene pregonando mentiras. ¡Me levantaré y proclamaré la verdad!

Entonces Pablo estalló a su vez:

—¡Cierra esa boca desvergonzada! —le gritó y arremetió contra él—. ¡Cállate! ¡Que no te oigan los hombres y se les hiele la sangre! En medio de la podredumbre, la injusticia y la pobreza de este mundo, Jesús el Crucificado, Jesús el Resucitado, era el máspreciado consuelo del hombre honrado y oprimido. Mentira o verdad, ¿qué me importa? ¡Basta con que el mundo se salve!

—Es mejor que el mundo se pierda por causa de la verdad a que se salve por la mentira. En el corazón de semejante salvación se encuentra el gran Gusano, Satanás.

—¿Y qué significa «verdad»? ¿Qué significa «mentira»? Verdad es lo que da alas al hombre, lo que genera grandes acciones y grandes almas y lo que hace que nos elevemos sobre la tierra. Mentira es lo que corta las alas del hombre.

—¿No vas a callarte, hijo de Satanás? Las alas a las que te refieres son las de Lucifer.

—No me callaré. A mí me traen sin cuidado las verdades o las mentiras; si lo vi o no lo vi; si fue crucificado o no fue crucificado. Yo, a base de obstinación, de deseo y de fe, fabrico la verdad. No me esfuerzo por encontrarla; la fabrico. La fabrico más grande que la estatura del hombre, y así hago más grande al hombre.

»Es necesario, ¿me oyes?, es absolutamente necesario que tú seas crucificado para que el mundo se salve. Y yo te crucificaré, lo quieras o no. Ya puedes quedarte en esta aldea haciendo cunas, artesas y niños. Yo, entérate bien, obligaré al aire a tomar tu figura, tu cuerpo, la corona de espinas, los clavos, la sangre. Todo esto forma parte de los instrumentos de la salvación y son imprescindibles. Innumerables ojos en los confines de la tierra se alzarán y te verán crucificado en el aire. Llorarán y sus lágrimas purificarán a las almas de todos sus pecados. Pero al tercer día te resucitaré, porque sin resurrección no hay salvación. El último, el más terrible enemigo es la muerte. Yo acabaré con ella. ¿Cómo? ¡Resucitándote, Jesús, hijo de Dios, Mesías!

—¡No es verdad! Me levantaré y gritaré: «¡No he sido crucificado, no he resucitado, no soy Dios!». ¿Por qué te ríes?

—Grita hasta que te aburras. No te tengo miedo, y además tampoco te necesito ya. La rueda que has puesto en movimiento ha tomado impulso, ¿quién puede ahora controlarla? En verdad, por un instante, mientras hablabas, tuve deseos de lanzarme sobre ti y asfixiarte, temiendo que fueras a confesar quién eres y que los desdichados hombres vieran que no fuiste crucificado. Pero enseguida me tranquilicé. Me trae sin cuidado que grites. Tus fieles te cogerán y te quemarán en la hoguera por blasfemo.

—Yo sólo dije una palabra, no traje más que un mandato: «Amor, Amor». Nada más.

—Dijiste «Amor» y liberaste a todos los ángeles y a todos los demonios que duermen en las entrañas del hombre. No es, como crees, una palabra sencilla y apacible. Encierra mucha sangre, ejércitos que se matan, ciudades que son incendiadas. Ríos de sangre, ríos de lágrimas. Ha cambiado la faz de la tierra. Ahora puedes desgañitarte y gritar: «¡Yo no quise decir esto! ¡Esto no es amor! ¡No os matéis unos a otros! ¡Todos somos hermanos, deteneos!». ¿Crees que van a detenerse, desdichado? ¡Ya no es posible!

—Ríes como un demonio.

—Río como un apóstol: Yo me convertiré en tu apóstol, lo quieras o no. Yo te fabricaré a ti, tu vida, tu enseñanza, tu crucifixión y tu resurrección como yo quiera. No te engendró José, el carpintero de Nazaret, te engendré yo, Pablo, el escribano de Tarso, en Cilicia.

—¡No quiero! ¡No quiero!

—¿Quién te ha preguntado si quieres o no? No necesito tu permiso. ¿Por qué te entrometes en mi obra?

Jesús se desplomó en la solana del patio; metió la cabeza entre las rodillas desesperado. ¿Cómo podía enfrentarse a semejante demonio?

—¿Cómo puede ser salvado el mundo por ti, maestro Lázaro?

—Pablo se encontraba en pie ante Jesús, que estaba desplomado en el suelo, y le hablaba con desprecio—. ¿Qué elevado ejemplo das al mundo para que te siga, para que sobrepase su propia naturaleza y haga que su alma forje alas? ¡El mundo me escuchará a mí si quiere salvarse! ¡A mí!

Miró a su alrededor. El patio estaba desierto; el negrito, acurrucado en un rincón, ponía los ojos en blanco y aullaba como un perro amarrado; las mujeres se habían escondido, los vecinos se habían ido. Pero Pablo, como si viera ante él un patio infinito, una enorme plaza llena de hombres, se subió de un salto a la solana y comenzó a predicar a la multitud invisible:

—Hermanos, alzad los ojos, mirad. De un lado está el maestro Lázaro, del otro yo, el servidor de Cristo. Elegid: si vais con él, con el maestro Lázaro, vuestra vida seguirá un camino de pobreza, rutinario. Viviréis y moriréis como viven y mueren las ovejas, que dejan tras ellas algo de lana, algunos balidos y mucho estiércol. Si me seguís a mí, ¡amor, lucha, guerra! ¡Conquistaremos el mundo! Elegid: ¡De un lado Cristo, el hijo de Dios, la salvación del mundo! Del otro, ¡el maestro Lázaro!

Estaba enardecido. Rastreó con sus ojos redondos de águila la multitud invisible. Le hervía la sangre. El patio se derrumbó, el negrito y el maestro Lázaro desaparecieron. Se oyó una voz en el aire:

—Apóstol de las Naciones, alma grande que modelas la mentira con tu sangre y tus lágrimas y la conviertes en verdad, ¡ponte al frente y guíanos! ¿Hasta dónde llegaremos?

Pablo abrió los brazos, abrazó al mundo, exclamó:

—¡Hasta donde abarca el ojo del hombre! ¡Más lejos aún, hasta donde llega el corazón del hombre! El mundo es grande, ¡alabado sea Dios! Más allá de la tierra de Israel se encuentran Egipto, Siria, Fenicia, Oriente, Grecia y las grandes islas ducales, Chipre, Rodas y Creta. Más allá, Roma, y más lejos aún, los bárbaros de largas trenzas rubias, con hachas de doble filo... ¡Qué alegría ponernos en marcha muy de mañana, que el aire de la montaña o del mar nos dé en la cara, llevar en las manos la cruz, plantarla en las piedras y en los corazones y conquistar el mundo! ¡Qué alegría que nos abucheen, que nos golpeen, que nos arrojen a pozos secos y que nos maten por Cristo!

Volvió en sí, se calmó, la multitud invisible se esfumó en el aire, se volvió y vio a Jesús que, apoyado ahora en la pared, lo escuchaba espantado.

—¡Por Cristo, no por ti, maestro Lázaro, por el verdadero, por el mío!

Jesús no pudo contenerse y estalló en sollozos.

El negrito se acercó a él:

—Jesús de Nazaret —le dijo en voz baja—, ¿estás llorando? ¿Por qué lloras?

—¿Cómo puede nadie, compañero secreto, ver cuál es el único medio de salvar el mundo y no echarse a llorar? —murmuró Jesús.

Pablo bajó de la solana. Los escasos pelos de su cabeza echaban humo. Se quitó las sandalias, les sacudió el polvo, se dirigió hacia la puerta de la calle.

—He sacudido de mis sandalias el polvo de tu casa. ¡Adiós! —dijo a Jesús que permanecía en pie, atónito, en medio del patio—. ¡Come bien, bebe bien, haz el amor, maestro Lázaro! ¡Que tengas buena vejez! Y no te atrevas a mezclarte en mi obra porque estarás perdido. ¿Me oyes, maestro Lázaro? ¡Estarás perdido! No obstante, no creas, me he alegrado mucho de haberte encontrado, me he liberado. Era lo que quería, liberarme de ti y me he liberado. Ahora soy libre, no tengo a nadie sobre mí. ¡Adiós!

Dijo, quitó la tranca a la puerta, dio un salto y tomó el camino principal que lleva a Jerusalén.

—¡Qué prisa lleva, cómo se ha arremangado y corre como un lobo hambriento! ¡Devorará el mundo...! —dijo el negrito, que se asomó a la puerta y lo miró con furia.

Se volvió para enredar a Jesús con zalamerías y conjurar así al espíritu peligroso del cielo que había ido a tentarlo. Pero Jesús ya había franqueado el umbral, se encontraba en medio de la calle y miraba con angustia, con anhelo, al fiero discípulo que se alejaba corriendo. Terribles, inolvidables deseos y anhelos subían del fondo de sus entrañas.

El negrito se asustó. Lo agarró por el brazo:

—Jesús —le dijo en voz baja e imperiosa—, Jesús de Nazaret, tu mente está perturbada. ¿Qué miras? Entra en la casa.

Pero Jesús, silencioso, pálido, se sacudió bruscamente de encima la mano del ángel.

—¡Entra! —volvió a ordenarle con ira—. Escucha lo que te digo. Sabes bien quién soy.

—¡Déjame! —rugió Jesús con los ojos clavados en Pablo, que ya desaparecía por el extremo del camino.

—¿Quieres ir con él?

—¡Déjame! —volvió a rugir Jesús, rechinando los dientes con rabia. De repente lo había recorrido un escalofrío.

—¡María! —gritó el negrito—. ¡Marta!

Tenía a Jesús agarrado por la cintura para que no se fuera. Las dos mujeres lo oyeron y acudieron presurosas y tras ellas, el tropel de niños. Las puertas de los alrededores se abrieron, salieron los vecinos, rodearon a Jesús. Él estaba en medio de la calle, amarillo, como una moneda de cobre. De pronto se apagó el brillo de sus pupilas y suavemente, sin aspavientos, rodó por tierra.

Sintió que lo levantaban, lo tendían en la cama, le humedecían las sienes con agua de azahar, le daban a oler vinagre de rosas. Abrió los ojos, vio a sus dos mujeres, sonrió. Vio al negrito, le cogió la mano:

—Sujétame fuerte —dijo—, no me dejes marchar. Aquí estoy bien.

XXXIII

Jesús estaba sentado bajo la vieja parra del patio, sus blancas barbas se derramaban como un torrente sobre su pecho descubierto. Era el día de Pascua, se había lavado, se había puesto ropa limpia, se había perfumado los cabellos, la barba y las axilas. La puerta estaba cerrada, no había nadie cerca de él; sus mujeres, sus hijos y sus nietos reían y jugaban dentro de la casa. El negrito se encontraba encaramado en el caballete del tejado desde el alba y miraba hacia Jerusalén, silencioso y mohíno.

Jesús se miró las manos, eran gruesas y deformadas, resaltaban las venas secas y azules, y en ambos dorsos, las viejas heridas misteriosas habían empezado a borrarse y a desaparecer... Meneó la cabeza bien formada, completamente blanca y suspiró:

—¡Qué rápido han pasado los años! ¡Cómo he envejecido! También han envejecido mis mujeres, los árboles del patio, las puertas, las ventanas y las piedras que piso...

Se asustó, cerró los ojos. Oía caer el Tiempo desde su coronilla, pasaba por su cuello, su pecho, sus riñones, sus muslos y se derramaba por las plantas de sus pies, como una fina lluvia.

Oyó pasos en el patio y abrió los ojos; era María. Lo había visto inmerso en sus pensamientos y había ido a sentarse a sus pies. Jesús posó la mano sobre sus cabellos que negros como ala de cuervo en otro tiempo, ahora eran blancos. Lo invadió una indecible ternura. «Sus cabellos se han vuelto blancos en mis brazos —pensó—, se han vuelto blancos en mis brazos». Se dirigió a ella, le habló:

—¿Recuerdas, amada María, cuántas veces han vuelto las golondrinas desde el día bendito que pisé como dueño y señor el umbral de vuestra casa? ¿Cuántas veces hemos sembrado,

hemos segado, hemos vendimiado, hemos recogido la aceituna? Tus cabellos se han vuelto blancos, dulce María, y también se han vuelto blancos los de la valiente Marta.

—Sí, amado mío, nuestros cabellos se han vuelto blancos —respondió María—. Los años pasan. Esta parra bajo cuya sombra estamos ahora sentados la plantamos el año que vino el maldito jorobado que empleó contigo su magia y te desvaneciste. ¿Lo recuerdas? ¿Cuántos años hace que comemos sus uvas?

El negrito se deslizó sin hacer ruido desde el alero del tejado, apareció ante ellos, María se levantó y se fue. No le gustaba aquel extraño joven sirviente que no se hacía adulto, no envejecía. No era un hombre, era un espíritu, un espíritu maligno que había entrado en la casa y ya no quería irse. No le gustaban sus ojillos burlones y chanceros, ni sus cuchicheos en voz baja con Jesús por la noche.

El negrito se acercó, sus ojos rebosaban burla, sus dientes puntiagudos y blanquísimos relucían.

—Jesús de Nazaret —dijo en voz baja—, se acerca ya el fin.

Jesús se volvió sorprendido:

—¿Qué fin?

El negrito se llevó el dedo a los labios:

—Se acerca ya el fin —repitió. Se sentó en cuclillas frente a Jesús y se puso a mirarlo sonriendo.

—¿Me vas a abandonar?

Súbitamente Jesús sintió una alegría y un alivio extraños.

—Sí. Ha llegado el fin. ¿Por qué sonríes, Jesús de Nazaret?

—Buen viaje, negrito. Lo que quería lo he conseguido, ya no te necesito.

—¿Así te despides de mí, ingrato? ¿De modo que han sido en vano mis esfuerzos de estos años por darte todos los placeres que anhelas?

—Si tu propósito era ahogarme como a la abeja en la miel, tus intenciones se han ido al traste, negrito. Comí toda la miel que quería o que podía pero no hundí en ella mis alas.

—¿Qué alas, iluminado?

—Mi alma.

El negrito soltó una risa malévola:

—¿Crees que tienes alma, desdichado?

—Sí. Y no necesita ningún ángel de la guarda ni ningún negrito. Es libre.

El ángel de la guarda se enfureció:

—¡Rebelde! —aulló. Arrancó una piedra del patio, la trituró entre los dedos, la convirtió en polvo y dejó deslizarse el polvo en el aire.

—Bien, ya veremos —dijo, y se dirigió hacia la puerta, profiriendo juramentos.

* * *

Se oyeron gritos salvajes, gemidos y lamentos, relinchos de caballos, la calzada general se llenó de rebaños de hombres que corrían y gritaban:

—¡Jerusalén está ardiendo! ¡Han entrado en Jerusalén! ¡Estamos perdidos!

Hacía meses que los romanos la tenían sitiada [70](#), pero Israel tenía puestas sus esperanzas en Jehová, se sentía segura: ¡La Ciudad Santa no podía ser incendiada, la ciudad santa nada tenía que temer; en cada una de las puertas de su muralla había un ángel empuñando una espada! Y ahora...

Las mujeres salieron a la calle, mesándose los cabellos y aullando. Los hombres se rasgaban las vestiduras y clamaban a Dios que apareciera.

Jesús se levantó, cogió a María y a Marta de la mano, las llevó dentro y echó la tranca a la puerta:

—¿Por qué lloráis? —les preguntó compasivamente—. ¿Por qué oponéis resistencia a la voluntad de Dios? Escuchad lo que voy a deciros y no os asustéis: el Tiempo es una hoguera, amadas mujeres, el Tiempo es una hoguera y Dios tiene el espetón y cada año pone a asar un cordero pascual. Este año el cordero pascual es Jerusalén, el año que viene será Roma, el siguiente...

—¡Calla, rabí! —gritó María—. Olvidas que somos mujeres y que no somos capaces de resistir...

—Perdóname, María —dijo Jesús—, lo había olvidado. El corazón olvida, el corazón no tiene compasión cuando toma la empinada cuesta...

Mientras hablaban se oyeron pasos en la calle, pechos que jadeaban y gruesos bastones que golpeaban violentamente la puerta.

El negrito se precipitó hacia ella, cogió la tranca, miró a Jesús y sonrió burlescamente:

—¿Abro? —preguntó, conteniendo a duras penas la risa—. Son tus antiguos compañeros.

—¿Mis antiguos compañeros?

—¡Ahora vas a verlos! —dijo el negrito y abrió la puerta de par en par.

Apareció en el umbral y se arrastró hasta el patio un grupo de viejecitos sin rasgos, irreconocibles, apoyándose unos en otros, como si estuvieran pegados y no pudieran separarse.

Jesús avanzó un paso y se detuvo. Iba a tender la mano para darles la bienvenida, pero de pronto una amargura insoportable oprimió su alma, una amargura, una rabia y una piedad intolerables. Apretó los puños y esperó. Sintió un denso hedor, un olor a grasa quemada, a pelos chamuscados y a heridas abiertas. El aire apestaba. El negrito, subido al poyete de piedra, los miraba y se reía.

Jesús avanzó otro paso, se volvió hacia el anciano, que se arrastraba en cabeza del grupo:

—Ven aquí, tú, jefe del grupo —dijo—, detente para que aparte los míseros despojos que el tiempo ha echado sobre ti y pueda ver quién eres. Mi corazón late con fuerza pero no reconozco esas carnes que cuelgan y esos ojos rijosos.

—¿No me reconoces, rabí?

—¡Pedro! ¿Tú eres la piedra sobre la que en otro tiempo, en la locura de mi juventud, quería edificar mi iglesia? ¡En lo que te has convertido, hijo de Jonás! ¡Ya no eres una piedra, sino una esponja con mil agujeros!

—Los años, rabí...

—¿Cómo los años? La culpa no la tienen los años. Cuando el alma se mantiene en pie, sostiene al cuerpo en alto y no deja

que los años lo toquen; ¡lo que ha caído es tu alma, Pedro, tu alma!

—He sufrido las penalidades de la vida. Me casé, tuve hijos, fui herido, vi arder Jerusalén. Soy un hombre, todo eso ha causado en mí estragos.

—Eres un hombre y te has hundido... —murmuró Jesús, con compasión—. ¡Pobre Pedro! El mundo ha llegado a tal estado de degradación que no basta con ser hombre, ¡hay que ser demonio o Dios para resistir!

Se volvió hacia el siguiente, que asomaba detrás del hombro de Pedro:

—¿Y tú? —dijo—. Te han cortado la nariz, tu rostro se ha convertido en una calavera, no tiene más que agujeros, ¿cómo quieres que te reconozca? Habla, viejo compañero, grita: ¡rabí!, y quizá recuerde quién eres tú.

Aquella piltrafa humana lanzó un tremendo grito:

—¡Rabí!

Bajó la cabeza y guardó silencio.

—¡Santiago! ¡El hijo mayor de Zebedeo, la vieja cabeza cuadrículada, el fuerte hombretón!

—Lo que queda de él, rabí —dijo Santiago resoplando—. Una terrible tempestad me quebrantó; el fondo de la barca se rajó, las cuernas se abrieron, el mástil se quebró. Regreso al puerto como náufrago.

—¿A qué puerto?

—A ti, rabí.

—¿Y qué puedo hacerte yo? No soy un astillero para calafatearte. Lo que voy a decirte es duro, pero justo: para ti, Santiago, ya no queda más puerto que el fondo del mar. Dos y dos son cuatro, como decía tu padre, Zebedeo.

Sintió una pena súbita y una gran rabia. Se volvió hacia otro puñado de viejos:

—¿Y vosotros tres? Eh, cuerpo desdichado: ¿tú no eras en otro tiempo Natanael? Te has hinchado como un odre, tus muslos, tu barriga y tu papada están fofos y te cuelgan... ¿Qué ha sido de tus carnes prietas, Natanael? Ahora no eres más que el armazón de una casa de tres plantas. Sólo han quedado los

andamios. Pero no te angusties, eso es suficiente, Natanael, para subir al cielo.

Pero Natanael se irritó:

—¿A qué cielo? No te guardo rencor porque haya perdido las orejas, los dedos y un ojo. Lo que no te perdono es que todo aquello con lo que nos embriagabas, el esplendor, la palabrería, los reinos de los cielos, todo aquello, era una borrachera y nos hemos desemborrachado, ¿qué dices tú, Felipe? ¿No tengo razón?

—¿Qué quieres que te diga, Natanael? —respondió suspirando un viejecito entre el montón—. ¿Qué quieres que te diga, hermano? ¡Me siento culpable por ti!

Jesús sacudió la cabeza compasivamente, cogió de la mano al viejecito que se llamaba Felipe:

—Te había amado demasiado, Felipe, mayoral de la rehala, porque no tenías ovejas, no tenías más que un cayado y estabas lleno de ilusiones. Por la noche fantaseabas, encendías hogueras en tu mente, ponías sobre ellas grandes calderos, hervías la leche y la derramabas desde la cima del monte hasta la llanura para que alimentara a los pobres. Todas las riquezas las tenías en el corazón. Afuera, pobreza, soledad, injurias y hambre. ¡Eso es ser discípulo mío! Y ahora... Felipe, Felipe, mayoral de la rehala, ¡cómo te has degradado! ¡Deseaste, pobre de ti, ovejas de verdad, con lana tangible, con carne palpable y te perdiste!

—¡Tengo hambre! —respondió Felipe—. Tengo hambre, ¿qué quieres que haga?

—¡Piensa en Dios, así te saciarás! —respondió Jesús. De repente su corazón se había endurecido.

Se volvió hacia un vejete jorobado que se había derrumbado en una artesa y tiritaba. Levantó los harapos que lo cubrían y apartó sus tupidas cejas, no podía saber quién era. Le echó hacia atrás el pelo, dejó al descubierto una gran oreja y sobre ella un viejo cálamo roto. Se echó a reír:

—¡Bienvenida seas, gran oreja! —dijo, saludándole—. Grande, tensa, peluda, se movía como la de una liebre, llena de espanto, de curiosidad y de hambre. ¡Bienvenidos, dedos manchados de

tinta, y tú, corazón, que eres el tintero! ¿Aún sigues emborronando papeles, Mateo, chupatintas? Todavía llevas el cálamo roto en la oreja. ¿Con esa lanza has luchado?

—¿Por qué te burlas de mí? —respondió Mateo con aspereza—. ¿Vas a seguir poniéndonos en ridículo? Había empezado con gran solemnidad a escribir tu vida y tus hechos y me haría inmortal contigo ¡Y ahora, mira...! El pavo perdió las plumas. No era un pavo, era una gallina, ¡lástimas de mis afanes!

Jesús sintió de pronto que le fallaban las rodillas, bajó la cabeza. Pero enseguida la levantó con furia, señaló con el dedo a Mateo, amenazándolo:

—¡Cállate, boca desvergonzada! —le increpó.

Un viejecillo raquítico y bizco asomó por entre las piernas de Natanael y soltó una risita. Jesús se volvió, lo vio y lo reconoció:

—¡Tomás, escuerzo, bienvenido! ¿Dónde has sembrado tus dientes? ¿Qué ha sido de los dos pelos que tenías en el coco? ¿A qué chivo has arrancado la barbita grasienta que cuelga de tu mentón? ¿Eres tú, hombre astuto, ojo avizor, taimado?

—El mismo que viste y calza. Sólo me faltan los dientes. Se me cayeron en el camino, y los dos pelos. Todo lo demás está en su sitio.

—¿Y la mente?

—Es un gallo. Se sube a un montón de estiércol, sabe bien que no es él quien hace salir el sol, sin embargo, canta cada mañana y lo hace salir. Porque sabe cuándo tiene que cantar.

—¿Y tú, el más valiente de los hombres, también luchaste para salvar a Jerusalén?

—¿Luchar yo? ¿Crees que soy tonto? Yo hice de profeta.

—¿De profeta? ¿Entonces, tu mente, esa hormiguita, echó alas? ¿Sopló Dios sobre ti?

—¿Qué tiene que ver Dios en esto? Mi mente descubrió sola el secreto.

—¿Qué secreto?

—En qué consiste ser profeta. Tu señoría lo sabía antes, pero creo que lo olvidaste.

—Recuérdamelo, taimado Tomás. Puede ser que me haga falta. ¿Qué es ser un profeta?

—Un profeta es aquel que cuando todos desesperan, él espera y cuando todos esperan, él desespera. ¿Por qué?, me preguntarás. Porque conoce el Gran Secreto: que la Rueda gira.

—Es peligroso hablar contigo, Tomás —dijo Jesús y le guiñó el ojo—. En tus ojillo bizcos y vivarachos veo una cola y dos cuernos. Una chispa de luz que quema.

—La verdadera luz quema, rabí. Tú lo sabes, pero te apiadas de los hombres. El corazón es compasivo, por eso el mundo se encuentra en tinieblas, pero la mente no es compasiva, por eso el mundo arde... Con un gesto me indicas que me calle. Tienes razón, me callo. No debemos descubrir los secretos ante estos pobres ingenuos, no tienen resistencia. Sólo uno puede resistir: éste.

—¿Quién es éste?

Tomás se arrastró hasta la puerta de la calle, señaló sin tocarlo a un hombre gigantesco que permanecía de pie en el umbral; un enorme árbol seco de cabellos y barbas rojos hasta la raíz.

—¡Éste! —dijo y retrocedió—. ¡Judas! ¡Sólo él se mantiene aún fuerte, vigoroso, sin doblegarse! Ten cuidado, rabí, háblale suavemente, gánatelo por las buenas. Mira, su cabezota humea de ira.

«Domestiquemos, pues, al león del desierto para que no nos dé una dentellada. ¡Adónde hemos llegado!».

Alzó la voz:

—Judas, hermano, el tiempo es un tigre real y devora hombres. Devora ciudades y reinos y, ¡que Dios me perdone! devora también a los dioses. Sin embargo, a ti ni te ha tocado. No has perdido fiereza, no te has acomodado. Distingo aún en tu seno el puñal implacable y en tus ojos las grandes llamas de la juventud: el odio, la cólera, la esperanza. ¡Bienvenido!

—Judas —murmuró Juan, que se había derrumbado a los pies de Jesús, irreconocible, con la barba blanca por completo y dos profundas heridas en las mejillas y en la garganta—, Judas, ¿no has oído? El maestro te está saludando, correspóndele.

—Es testarudo, retorcido —dijo Pedro—. Se muerde los labios para no hablar.

Pero Jesús tenía los ojos clavados en su antiguo compañero y le hablaba con dulzura:

—Judas, los pájaros mensajeros de múltiples trinos pasaron por mi casa y dejaron caer las noticias en mi patio. Que te echaste al monte para luchar contra el tirano, el tirano judío y el extranjero. Luego bajaste a Jerusalén, apresabas a los traidores saduceos, les pasabas una cinta roja por el cuello y los degollabas como corderos en el altar del Dios de Israel. Eres un alma grande, sombría y desesperada. Desde que nos separamos, hermano Judas, no has conocido un solo día apacible. Te he echado mucho de menos. ¡Bienvenido!

Juan miraba con pavor a Judas, que seguía mordiéndose los labios para no hablar.

—El humo se adensa cada vez más y forma volutas sobre su cabeza —murmuró y retrocedió.

—Ten cuidado, rabí —dijo Pedro—. Te mira desde todos los ángulos y calcula por dónde caer sobre ti.

—Te estoy hablando, hermano Judas —continuó Jesús—. ¿No oyes? Te saludo. ¿No te vas a llevar la mano al corazón para decir: «Me alegro de verte?». ¿Te tiene aturdido el dolor por Jerusalén? ¡No te muerdas los labios! ¡Eres un hombre! ¡Resiste! ¡No estalles en lamentos! Cumpliste tu deber con valentía, las profundas heridas de tus brazos, de tu pecho, de tu rostro, todas en la parte delantera de tu cuerpo, proclaman que luchaste como un león. Pero ¿qué puede un hombre contra Dios? Luchaste contra Dios cuando combatiste para salvar Jerusalén. Llevaba años reducida a cenizas en las entrañas de Dios.

—Ha dado un paso —murmuró Felipe, atemorizado—, ha hundido la cabeza entre los hombros, ahora atacará.

—Apartémonos, muchachos —dijo Natanael—. Ahora levanta el puño.

—¡Rabí, rabí! —exclamaron Marta y María avanzando hacia él—. ¡Ten cuidado!

Pero Jesús seguía hablando con calma; sin embargo, sus labios habían empezado a temblar ligeramente.

—Yo también luché según mis posibilidades, Judas, hermano. Cuando era joven, como un joven: me entregué a salvar el

mundo. Luego, cuando mi mente maduró, entré en la senda de los hombres: trabajé, labré la tierra, cavé pozos, planté viñas y olivos, tomé en mis manos el cuerpo de la mujer y creé hombres. Vencí a la muerte. ¿No era esto lo que siempre decía? Mantuve mi palabra. ¡Vencí a la muerte!

De pronto Judas, con un ademán brusco, apartó a Pedro y a las mujeres que se habían colocado ante él y lanzó un grito salvaje:

—¡Traidor!

Todos quedaron petrificados. Jesús palideció, se llevó las manos al pecho:

—¿Yo? ¿Yo, Judas? —murmuró—. Has dicho una palabra muy grave. ¡Retírala!

—¡Traidor! ¡Desertor!

Los viejecitos se quedaron lívidos, se volvieron hacia la puerta de la calle. Tomás había cruzado ya el umbral. Las dos mujeres intervinieron:

—Hermanos —gritó María—, no os vayáis. Satanás ha alzado la mano contra el rabí. ¡Ahora va a golpearle!

—Pedro, ¿adónde vas? —dijo Marta, agarrando a Pedro, que se deslizaba hacia la puerta para huir—. ¿Otra vez, otra vez vas a renegar de él?

—Yo no me meto en esto —dijo Felipe—. Iscariote tiene mano dura y yo soy viejo. ¡Vámonos, Natanael!

Judas estaba ahora ante Jesús, cara con cara. Su cuerpo humeaba, olía a sudor y a heridas infectadas.

—¡Traidor! —volvió a gruñir—. ¡Desertor! Tu puesto estaba en la cruz. Ese era el lugar que te había asignado el Dios de Israel para combatir. Pero te inundó un sudor frío y en el momento en que entrevistaste ante ti a la muerte, ¡huiste a toda velocidad! ¡Corriste a meterte bajo las faldas de Marta y María, cobarde! ¡Hasta cambiaste de rostro y de nombre, falso Lázaro, para salvarte!

—Judas Iscariote —intervino entonces Pedro, a quien las mujeres habían infundido coraje—, Judas Iscariote, ¿así se habla al rabí? ¿No tienes respeto?

—¿Qué rabí? —aulló Iscariote, adelantando el puño—. ¿Éste? ¿Pero no tenéis ojos para verlo? ¿No tenéis cabeza para juzgarlo? ¿Éste es un rabí? ¿Qué nos decía? ¿Qué nos prometía? ¿Dónde está el ejército de ángeles que bajarían a salvar a Israel? ¿Dónde está la cruz desde la que tomaríamos impulso para subir al cielo? Cuando este falso Mesías se vio frente a la cruz se quedó atónito, se desvaneció, se lo llevaron las mujercitas y lo pusieron a hacerles hijos... Que luchó como los demás, dice, que luchó valientemente. Eso es lo que cacarea. Pero sabes bien, desertor, que tu puesto estaba sobre la cruz. Que otros roturen la tierra y a las mujeres, ¡por lo que a ti respecta tu deber estaba sobre la cruz! ¡Esto es lo que te digo! Te jactas de haber vencido a la muerte, ¡pobre de ti! ¿Así se vence a la muerte? ¡Has engendrado hijos, un bocado para la muerte! ¡Te has convertido en su carnicero y le proporcionas carne para que coma! ¡Traidor, desertor, cobarde!

—Judas, hermano —murmuró Jesús y empezó a temblar de pies a cabeza—, Judas, hermano, habla con más clemencia...

—Me has partido el corazón, hijo del carpintero —bramó Judas—. Me has partido el corazón, ¿cómo quieres que te hable con más clemencia? ¡Me vienen deseos de estallar en lamentos fúnebres como una viuda y golpearme la cabeza contra las piedras! ¡Maldito sea el día en qué naciste, el día en que nací yo, el día en que te conocí y me llenaste el corazón de esperanzas! Cuando ibas en cabeza y nos llevabas tras de ti y nos hablabas de la tierra y del cielo, ¡qué alegría, qué libertad, qué riqueza! Las uvas nos parecían grandes, como niños de doce años, y nos saciábamos con un grano de trigo. Un día teníamos sólo cinco panes y dimos de comer a miles de personas y aún sobraron doce cestos. Y las estrellas, qué brillo tenían, ¡qué fulgor había en el cielo! No eran estrellas, eran ángeles. ¡No eran ángeles, éramos nosotros, nosotros, tus discípulos, que nacíamos por oriente y nos poníamos por occidente! ¡Tú estabas en el centro, inmóvil, como la estrella polar, y todos nosotros danzábamos a tu alrededor! Me estrechabas en tus brazos, ¿recuerdas?, y me suplicabas:«¡Traicióname, traicióname para que sea crucificado, para que resucite y salvemos al mundo!».

Judas calló un instante, lanzó un suspiro profundo, sus heridas se abrieron y empezaron a sangrar.

Los viejecitos volvieron a apretarse unos contra otros, agacharon la cabeza intentando recordar y revivir el pasado.

Una lágrima brotó en los ojos de Judas; él la aplastó con rabia. Su corazón no se había saciado, empezó a vociferar de nuevo:

—«Soy el cordero de Dios —balabas— y me haré degollar para salvar el mundo... Judas, hermano, no tengas miedo, la muerte es la puerta de la inmortalidad, debo pasar por esa puerta, ¡ayúdame!». Te amaba tanto, confiaba tanto en ti, que dije sí y me dispuse a traicionarte... Y tú... tú...

Sus labios echaban espumarajos, agarró a Jesús por los hombros, lo zarandeó violentamente, lo arrinconó contra la pared. Volvió a rugir.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has sido crucificado? ¡Cobarde, desertor, traidor! ¿Esto es todo? ¿No te da vergüenza? Alzo el puño y te pregunto: ¿Por qué, por qué no has sido crucificado?

—¡Calla! ¡Calla! —suplicaba Jesús. Sus cinco llagas comenzaron a manar sangre.

—Judas Iscariote —Pedro intervino de nuevo—, ¿no tienes piedad? ¿No ves sus pies y sus manos? Pon tu mano en su costado si no crees. Está sangrando.

Pero Judas soltó una risa irónica, escupió en el suelo, gritó:

—¡Hijo del carpintero, a mí no me engañas! Tu ángel de la guarda llegó de noche...

Jesús se sobresaltó:

—¿Mi Ángel de la guarda? —murmuró con los vellos erizados.

—Tu Ángel de la guarda, Satanás, te marcó esas manchas rojas en las manos, en los pies y en el corazón para engañarnos y engañarte a ti mismo... ¿Por qué me miras así? ¿Por qué no respondes? ¡Cobarde, desertor, traidor!

Jesús cerró los ojos, sintió como un leve desvanecimiento, pero lo dominó y se mantuvo en pie:

—Judas —dijo con voz trémula—, siempre fuiste inconformista y feroz, jamás aceptaste los límites del hombre. Olvidas que el

alma humana es una flecha, sube al cielo tan alto como puede, pero vuelve a caer. La vida terrenal significa pérdida de las alas.

Al oírlo Judas, enloqueció de ira:

—¡Qué vergüenza! —rugió—. ¡Qué bajo has caído tú, hijo de David, hijo de Dios, Mesías! La vida terrenal quiere decir: comer pan y transformar el pan en alas; beber agua y transformar el agua en alas. La vida terrenal quiere decir que te crezcan alas. Es lo que tú nos decías, tú, traidor. No son palabras mías, son tuyas. ¡Y si las has olvidado, te las recuerdo yo!

»¿Dónde estás, Mateo, chupatintas? ¡Ven aquí! Abre tus cuadernos, los llevas siempre contra el pecho como yo llevo el puñal. ¡Abre tus escritos! ¡Los han roído el tiempo, la polilla y el sudor, pero todavía se distinguen algunas letras! Abre tus escritos y lee, Mateo, para que el susodicho oiga y recuerde: Una noche, un poderoso notable de Jerusalén llamado Nicodemo fue a buscarlo en secreto y le preguntó «¿Quién eres? ¿A qué te dedicas?». Y tú, hijo del carpintero, le respondiste, acuérdate: «Forjo alas». Y apenas lo dijiste todos sentimos que nos crecían alas en la espalda. Y ahora, ¡qué bajo has caído, gallo desplumado! Lloriqueas y dices: «La vida terrenal significa perder las alas». ¡No! ¡Quítate de mi vista, cobarde! Si la vida no es un relámpago y un rayo, ¿para qué la quiero? No te acerques a mí, Pedro, veleta. Ni tú tampoco, Andrés, bravucón, y vosotras, mujeres, no chilléis. No voy a molestarlo. ¿Para qué voy a levantar la mano contra él? Está muerto; es un cadáver. Aún se mantiene en pie, habla, llora, pero está muerto. ¡Que Dios le perdone! ¡Dios, sí, porque yo no puedo! ¡Que caigan sobre su cabeza la sangre, las lágrimas y las cenizas de Israel!

Los viejecitos no pudieron resistir, se desplomaron en el suelo todos juntos. Se despertó en ellos la memoria, comenzaron a revivir. Se acordaron del reino de los cielos, de los tronos, de las grandezas y prorrumpieron en sollozos. Se lamentaban, lloraban, se golpeaban la frente contra las piedras.

De pronto Jesús estalló en un llanto convulsivo, fue a arrojarse en los brazos de Judas, exclamó:

—¡Judas, hermano, perdóname!

Pero Judas retrocedió de un salto, adelantó los brazos, no lo dejó acercarse:

—¡No me toques! —gritó—. ¡Ya no creo en nada, no creo en nadie! ¡Me has partido el corazón!

Jesús se tambaleó; miró a su alrededor, buscando dónde agarrarse. Las mujeres, postradas de bruces en tierra, se mesaban los cabellos y chillaban. Los discípulos alzaban la vista y lo miraban con rabia y con ira. El negrito había desaparecido.

—Soy un traidor —murmuró—, un desertor, un cobarde... ¡Ahora me doy cuenta! ¡Estoy perdido! Sí, sí, tenía que haber sido crucificado, pero desfallecí y hui... Hermanos, perdonadme, os engañé... ¡Ah! ¡Si pudiera volver a comenzar mi vida desde el principio!

Mientras hablaba se derrumbó en el suelo y empezó a golpearse la cabeza contra las piedras del patio.

—¡Compañeros, viejos amigos, decidme una palabra de cariño, consoladme, desvarío, estoy perdido! Tiendo los brazos, ¿ninguno de vosotros se levanta para coger mi mano y decirme una palabra de cariño? ¿Ninguno? ¿Ni siquiera tú, querido Juan? ¿Ni tú, Pedro?

—¿Cómo puedo hablar? ¿Qué voy a decirte? —gimió el discípulo amado—. ¿Con qué sortilegios nos hechizaste, hijo de María?

—Nos engañaste —dijo a su vez Pedro, enjugándose las lágrimas—, nos engañaste, Judas tiene razón. Pisoteaste tu palabra. Nuestra vida se fue al traste.

Y súbitamente, de aquel montón de viejecitos se alzó un confuso rumor plañidero:

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

Por su parte Mateo se puso a gemir:

—¡Qué pena, qué pena, qué lástima de mis afanes! ¡Con qué maestría había hecho concordar con los profetas tus palabras y tus obras! Era difícil, pero lo había conseguido. Me decía: los fieles abrirán en las sinagogas futuras gruesos libros encuadernados en oro que dirán: «Lectura del Santo Evangelio según Mateo». Esto me daba alas y escribía. Pero ahora todas

estas glorias se han convertido en humo y la culpa es tuya: ¡ingrato, ignorante, traidor! ¡Debías haber sido crucificado, aunque fuera sólo por mí, para que esos escritos se salvaran!

Del grupo de viejecitos volvió a alzarse un rumor confuso, plañidero:

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

En ese momento, Tomás dio un salto desde la puerta:

—Yo no te abandono, rabí, ahora que todos te abandonan y te gritan traidor, yo, Tomás, el profeta, no te abandono. Lo dijimos: la Rueda gira. Pues, bien, no me voy de tu lado, espero que la Rueda siga girando.

Pedro se levantó:

—¡Vayámonos nosotros! —gritó—. ¡Judas, ponte en cabeza y guíanos!

Los viejecitos se levantaron, resollando, tendieron los puños hacia Jesús que, echado de bruces en el suelo con los brazos abiertos, ocupaba todo el patio.

—¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor! —le gritaban uno tras otro—. ¡Cobarde! ¡Desertor! ¡Traidor!

Y desaparecieron.

* * *

Jesús alzó los ojos con angustia; miró a todas partes. Se había quedado solo, el patio, la casa, los árboles, las puertas de la aldea, la aldea misma, habían desaparecido y sólo quedaban piedras ensangrentadas bajo sus pies, y a lo lejos, más abajo, en la oscuridad, miles de cabezas humanas.

Reunió todas sus fuerzas para ver dónde estaba, quién era, por qué sufría. Quería terminar el grito, gritar: «*Lamá sabactaní...*». Intentó mover los labios pero no pudo, sintió vértigo, estaba a punto de desvanecerse, se hundía en el fondo de su mente y desaparecía...

Pero de pronto, mientras se hundía y desaparecía, alguien, allá abajo, en la tierra, debió apiadarse de él, le alargó una caña con una esponja empapada en vinagre, se la apoyó en los labios

y en las fosas nasales. Aspiró profundamente el fuerte olor y volvió en sí, hinchó el pecho, miró al cielo y lanzó un grito desgarrador:

—*¡Lamá sabactaní!*

Al punto inclinó la cabeza, exhausto.

Sintió terribles dolores en las manos, en los pies, en el corazón. Sus ojos se despejaron, vio la corona de espinas, la sangre, la cruz, y en el sol oscurecido brillaron dos aros de oro y dos filas de dientes puntiagudos y blanquísimos. Se oyó una risa fresca y burlona, aros de oro y dientes desaparecieron. Jesús quedó suspendido en el aire, solo.

Sacudió la cabeza y súbitamente recordó dónde estaba, quién era, por qué sufría. Una alegría salvaje, indomable, se apoderó de él. No, no era cobarde, ni desertor ni traidor. No, no. Estaba clavado en la cruz, se había mantenido íntegro hasta el fin, había cumplido su palabra.

En lo que dura un relámpago, en el instante en que había gritado «*Eli, Eli*» y se había desmayado, la Tentación se había aferrado a él y lo había confundido. Las alegrías, las bodas y los niños eran mentira, y también eran mentira los viejecitos decrepitos y envilecidos que le gritaban cobarde, desertor, traidor. ¡Todo, todo, eran visiones provocadas por el Maligno! Sus discípulos estaban vivos y sanos, se habían lanzado a tierras y mares y pregonaban la Buena Nueva. Todo había sucedido como debía. ¡Bendito sea Dios!

Lanzó un grito de triunfo:

—¡Todo se ha consumado!

Y era como si dijera: «Todo comienza».

[70](#) Se refiere al asedio de Tito en el año 70.

ANEXO

NOTA INFORMATIVA DEL EDITOR-
RESPONSABLE DE LA EDICIÓN, DR.
PÁTROCLOS STAVRU

NICOS CASANDSAKIS
Y «LA ÚLTIMA TENTACIÓN»

La primera vez que Nicos Casandsakis pensó en escribir este libro sobre la vida novelada de Cristo fue durante la ocupación alemana, en mayo de 1942, en Egina, donde el escritor cretense vivió aproximadamente veinte años, de 1926 a 1946. Lo titularía *Las Memorias de Cristo*. En una carta que desde Egina dirige a Pandelis Prevelakis, en Atenas, fechada el 16 de mayo de 1942, escribe:

Un nuevo demonio se ha lanzado sobre mí y he decidido escribir un libro: *Las Memorias de Cristo*. Ya he comenzado la *documentation* con la intención, naturalmente, de olvidarla mientras estoy creando. Será una buena obra, si soy capaz de conseguirlo. Y en la medida de mis posibilidades no iré con prisas ¹.

Es interesante señalar que, cronológicamente, nos encontramos en el segundo año de la ocupación alemana, y Casandsakis había tomado la firme determinación de abandonar durante algunos años la escritura y ayudar, en la medida de sus posibilidades, a «nuestra raza», en aquel momento crítico. Aquella decisión no fue el resultado de una reflexión racional; maduró de forma silente y espontánea, como el fruto de un árbol. Se entregaría en cuerpo y alma a la acción directa tan pronto como se le presentara la ocasión —escribió desde Egina a Pandelis Prevelakis, en Atenas, con fecha 8 de enero de 1942 ²—. Y con la expresión «ayudar a nuestra raza» se refería a su implicación activa, es decir, un acto de oposición consistente en el abandono de la escritura. Sus sentimientos, su actitud, los describe su, entonces, sin par compañera, desde 1924, que sería su esposa desde 1945, en el sincero y valioso libro sobre su

biografía, *Nicos Casandsakis. El disidente*. Él mismo había escrito: «Ya me he atrincherado». Y ella continuó sus palabras: «Sí, Casandsakis se atrincheró para escribir; para escribir sin que nadie lo perturbara y que los demás se midieran con mil demonios y se mataran entre sí». Todavía una vez más se enfurece consigo mismo por «su pasividad», como él lo llamaba, y quiere tomar parte en la lucha común. Trasíbulos Andruliadis se prepara para partir al monte en secreto. Casandsakis le pide que diga a los guerrilleros que él «está dispuesto a unirse a ellos» ³ .

Eleni nos explica a continuación por qué finalmente Casandsakis no se fue a las montañas ni tampoco en la ciudad participó de forma activa en la lucha: «Sabe hasta qué punto las derechas sospechan de él y lo acusan de comunista pagado por Moscú. Sabe también muy bien que las izquierdas no lo quieren porque es... un místico. Sin embargo, aún no sabía que los dirigentes del Partido Comunista griego lo acusaban de ser un agente del Servicio de Inteligencia» ⁴ .

Además, Casandsakis es más útil a la patria con su mente. En otras circunstancias, a principios de siglo, su padre le había dicho:

Es una gran pena que tú no estés hecho para las armas; estás hecho para las letras, ¡qué se le va a hacer! Ese es tu camino, ¡síguelo! ¿Has comprendido? Estudia para ayudar a Creta a liberarse. ¡Este es el objetivo! De lo contrario, ¡al diablo las letras; no quiero que seas ni maestro ni cura ni sabio Salomón! Métetelo bien en la cabeza; yo he tomado ya mi decisión; toma tú la tuya. Y si no vales ni para las armas ni para las letras, lástima de pan que te comas ⁵ .

Ahora que, a pesar de sus sesenta años, él mismo quería entregarse a las armas, eso le resultó imposible. Así, puso «las letras», que conocía bien, al servicio de Grecia, un círculo y un horizonte más amplios que la Creta de su infancia.

Y de este modo se volvió a uncir a la infatigable tarea intelectual. Por medio de sus textos, que beben de la tradición nacional e histórica de la tierra, transmite fuerza al espíritu de lucha, a la perseverancia ante las adversidades, a la lucha por la justicia, por la libertad y por la integridad del hombre. Junto con

Janis C. Cacridís traduce la *Ilíada* y la *Odisea* , de Homero. Escribe la trilogía *Prometeo (Prometeo portador del fuego, Prometeo encadenado, Prometeo liberado)*, *Capodistrias*, *Constantino Paleólogo*, organiza todo el trabajo previo para *El Acrita* ⁶ , «una epopeya bizantina que iba a constituir la pareja de su *Odisea*» ⁷ , un poema épico equiparable también en extensión, cuyo título está tomado de las canciones acrílicas de Chipre, que él consideraba las mejores del helenismo.

En pocas palabras, en los terribles años de la ocupación alemana, N. Casandsakis busca consuelo, fortaleza y liberación en la tradición nacional. Y a ella añade además a Cristo, que siempre «le perseguía». Al mismo tiempo que se le ocurre por primera vez traducir la *Ilíada* y busca ayudas para ello, simultáneamente, en las mismas circunstancias, planea escribir *Las Memorias de Cristo*. Y sólo por esta coincidencia ya se hace evidente la transparencia, la limpieza y la piedad de sus pensamientos. *Las Memorias de Cristo* finalmente recibirán el título de *La última tentación* .

No se apresuró, sin embargo, y dejó que la idea de la novela se gestara en su interior durante ocho años. En relación a esto tenemos su propio testimonio, una vez más en una carta suya dirigida a su amigo Pandelis Prevelakis, fechada el 11 de noviembre de 1950, desde Antibes en el sur de Francia, mientras sentía en sus entrañas los «dolores del parto» del *Tercer Fausto*:

Pero para 1951 me daré por satisfecho con *La última tentación*, probable título del libro que he comenzado ⁸ .

La escritura continúa con el inicio del nuevo año, como se atestigua en una nueva carta suya a Prevelakis, el 25 de enero de 1951, una vez más desde Antibes:

Ahora estoy escribiendo una nueva novela: *La última tentación* . Tenía cinco o seis preparadas en mente, pero esta se ha anticipado en su nacimiento. Cuando Eleni haya descansado le pediré que le copie el capítulo I, para que se haga usted una idea. Sin embargo, ya estoy impaciente por terminarla para empezar otra. Me doy tanta prisa con las novelas porque aún no estoy listo para mi tercera gran obra: el *Tercer Fausto* ⁹ .

El cinco de julio de 1951 anuncia a su amigo la feliz noticia:

He terminado un nuevo libro, *La última tentación*, sobre Cristo. Quería liberarme de este tema, cuya saga ha durado en mí tanto tiempo. Me he liberado [10](#) .

Liberado ya, piensa subir a la montaña —acostumbraba a tomarse «vacaciones» creativas y acampadas en la montaña— para empezar el *Tercer Fausto*. Pero, según su costumbre, escribía y volvía a escribir los libros hasta darles la forma definitiva, y *La última tentación* no iba a ser una excepción. El 22 de octubre de 1951 comunica de nuevo por carta a su amigo que ha terminado «la última escritura de *La última tentación*» [11](#) .

Ha terminado la obra y busca editor. Casandsakis se la envió a su amigo Kimon Ceodorópulos, que tenía una nueva editorial, *Aetós*, que había sucedido a *Pirsós*. *Pirsós* le había editado su *Odisea*, en diciembre de 1938. Sin embargo, luego considera que no era el momento adecuado para proceder a la edición del libro en Grecia. Así, el 4 de mayo de 1953, en París, dicta a Eleni, y ella escribe (porque, como ella misma señala, Casandsakis no debía entonces cansar la vista) a Prevelakis:

Le ruego encarecidamente que recoja inmediatamente [a Kimon Ceodorópulos] el texto de *La última tentación* . Se le entregará mucho después, junto con *Cristo de nuevo crucificado* [12](#) .

Por esa misma época, se interesa por la edición de *La última tentación* otro editor ateniense, Mijalis Vergadís, que quería también las obras *Vida y hechos de Alexis Sorbás* y *Cristo de nuevo crucificado* .

El asunto no prosperó y hacia final de año, la Casa Editorial de D. Dimitracos, a quien Casandsakis considera poco fiable, muestra un vivo interés. El 18 de diciembre de 1953 escribe a Prevelakis desde Antibes:

En una carta anterior respondí con cierta premura, justificada en cierto modo, que ya no puedo tener tratos con una editorial que me ha engañado tantas veces. He recibido una nueva carta, que le adjunto. Las propuestas serían interesantes si pudiéramos comprometer [a Dimitracos] para que no incumpla sus compromisos. Si piensa usted

que se puede conseguir un contrato con tales condiciones, le ruego que me escriba y hable con Agnί [Rusopulu]. Naturalmente, no es aceptable la edición por fascículos [13](#) .

El editor le hablaba también de sus *Obras completas*, y Casandsakis consideraba la ocasión única. En la misma carta escribe:

Creo que es una ocasión única de ver mis *Obras Completas* antes de morir. Ojalá con su ayuda pueda tener una buena edición: papel, letra, cubierta, formato, etc. Propongamos nuestras condiciones [a Dimitracos], con la esperanza de que las acepte. Lo importante es hallar el modo de que cumpla sus compromisos. Y tenemos que saber al cabo de cuántos años quedarán libres mis libros, para sacar, si es posible, la edición perfecta que deseamos [14](#) .

Confía a su abogada de Atenas, Agnί Rusopulu, que quede recogido ese requisito en el contrato, de tal manera que Dimitracos «no pueda incumplir sus compromisos». Y no quiere que la edición se haga en fascículos. A pesar de esto, cinco meses después, y tras muchas vacilaciones, él mismo dará *El Pobrecillo de Dios* al periódico *Libertad*, de Atenas, para que se publique por entregas, como un folletín. Por esa época, Marios Ploritis había viajado a Antibes y le había pedido un libro para *Libertad* . La publicación de *El Pobrecillo de Dios* se inició el 6 de junio de 1954. Por supuesto, era lógico que Casandsakis tuviera exigencias diferentes a las que tendría con una Casa Editorial. Calculaba que la edición de sus *Obras Completas*, se haría en dieciséis tomos, a lo largo de cuatro años. La edición de *La última tentación* se fijó para el segundo año. Entretanto, Dimitracos es rechazado y surge como editor Yanis Gudelis, con su editorial *Difros*.

* * *

Nos encontramos en mayo de 1954 y Casandsakis recibe de su editor alemán la noticia de que el Papa ha incluido *La última tentación* en el *Índice de libros prohibidos*, el famoso *Index* . El 9

de mayo, Casandsakis escribe desde Antibes a Prevelakis, en Atenas:

Mi editor alemán me escribió un telegrama anteayer en el que me comunica, entusiasmado, que el Papa ha incluido *La última tentación* en el *Índex*. ¡Qué hipocresía! ¡Qué grado de descomposición debe tener este mundo para no poder tolerar un libro escrito con tanto ardor e inocencia! ¡Qué degradada debe estar intelectual y éticamente Grecia para considerarme [...] un inmoral y un traidor! Me temo que la Iglesia ortodoxa no va a tardar mucho en excomulgarme. Será una inmensa alegría, un gran orgullo y una liberación. Me alegra ver que acosan y lanzan dardos contra mi persona [15](#) .

La Iglesia de Grecia intensifica el ataque a Casandsakis, pese a que *La última tentación* no se ha editado aún en griego. Casandsakis vuelve a escribir a Prevelakis, en mayo de 1954:

He puesto un telegrama al Vaticano, al Dicasterio del *Índice*, con la expresión de Tertuliano: «*Ad tuum, domine, tribunal apello*». Y he enviado la misma expresión a la Iglesia ortodoxa: «¡A tu tribunal apelo, Señor!».

A nuestros metropolitanos y obispos añado lo siguiente: «Me habéis maldecido, Santos Padres. Pero yo os doy mi bendición. Os deseo que vuestra conciencia esté tan limpia como la mía, y que seáis tan éticos y tan religiosos como yo» [16](#) .

Los periódicos solicitan a Casandsakis *La última tentación*, pero él no se la entrega. En 1955 se edita por fin con formato de libro en Atenas y Prevelakis se la envía a Antibes. El 27 de diciembre, Casandsakis le dice en una carta:

En este momento recibo *La Ú[ltima] Tentación*. Es la obra que me conmueve de forma más especial porque sé cómo ha sido escrita. No quería que se editara ahora, pero me intimidaba la idea de que fuera traducida del alemán y vendida en fascículos. También me daba miedo ver mi obra en una lamentable lengua demótica [17](#) .

Llegados a este punto, es preciso subrayar la inquietud, e incluso la angustia, de Casandsakis ante las traducciones de sus obras a lenguas extranjeras. Pero también la traducción al griego desde lenguas extranjeras.

La última tentación la había escrito en griego y, por supuesto, temía que se produjera una eventual traducción pirata y su correspondiente edición.

Dos hechos paralelos corroboran la enorme importancia de lo que decimos: uno es la traducción de *La Ascética* al francés, que generalmente se considera realizada por Octave Melier, y que editó el Instituto Francés de Atenas, en 1951. Sin embargo, las dos terceras partes de esta traducción fueron hechas por el propio Nicos Casandsakis. Por tanto, habría sido justo que los dos aparecieran como sus traductores. Algo similar sucedió con la *Odisea* de los 33.333 versos. Su traductor al inglés fue Kimon Friar. Pero hizo la traducción bajo la supervisión de Casandsakis; trabajaron juntos. Sería, pues, justo que los dos aparecieran como traductores. Con estos dos hechos queda patente, repito, la actitud de Casandsakis sobre una buena traducción de sus obras. Tras su muerte, esta preocupación por las traducciones pasó a su viuda, quien me la transmitió a mí.

La última tentación no tardó en dar la vuelta al mundo en traducciones a lenguas extranjeras. Primero fue traducida al sueco por Börje Knös, y al noruego por Aksel Akselson, en 1952, y editada en Estocolmo y en Oslo, respectivamente. La primera edición en griego tuvo lugar tres años después, en octubre de 1955, por *Difros*.

* * *

La novela *La última tentación* es una obra de madurez de Nicos Casandsakis. La terminó con 68 años, justamente seis años antes de su muerte. Desde sus años de infancia, Cristo había estado siempre presente ante sus ojos y en su alma. Había escrito en una nota que Cristo siempre lo «perseguía», como ya hemos referido, en el sentido de que continuamente era objeto de preocupación para él, siempre lo tenía presente en su pensamiento. En la novela autobiográfica *Informe al Greco* escribe mucho sobre esto. De pequeño le gustaba leer Sinaxarios y quería escribir vidas de santos, como la vida de su

abuelo, que luchaba contra los turcos por la libertad. Los domingos, dice, iba a la iglesia y veía:

En un icono del iconostasio a Cristo que ascendía de la tumba, llevaba una bandera blanca y estaba suspendido en el aire. En la parte de abajo se veían los guardianes, caídos boca arriba y lo miraban con terror.

En su mente de niño identificaba a Cristo con su abuelo, el combatiente, ya que:

Había oído hablar muchas veces de rebeliones y luchas de Creta; se me había dicho que el padre de mi padre fue un gran capitán, y poco a poco, cuanto más observaba al Cristo resucitado más me convencía de que él era mi abuelo. Pues bien, reunía a mis amigos ante el icono: «Este es mi abuelo —les decía—, lleva la bandera, va a la guerra; y ahí abajo, tumbados boca arriba, tenéis a los turcos» [18](#) .

No sé si existe otro escritor que haya identificado de una forma tan sencilla, tan extraordinaria y tan loable, la divinidad y la santidad con la libertad y la patria. Nació con la semilla de la ética en su interior:

Nací un viernes, el 18 de febrero, día de los difuntos, y la vieja matrona me agarró entre sus manos, me llevó a la luz y me examinó atentamente, como si viera en mí signos secretos, me levantó en alto y dijo: «Este niño, acordaos de lo que os digo, un día llegará a obispo».

Cuando supe, más tarde, esta profecía de la matrona, la encontré tan acorde con mis anhelos secretos que la creí. Desde entonces me sentía abrumado por una gran responsabilidad y no quería hacer nada que no haría un obispo [19](#) .

Cuando Casandsakis era pequeño, intentó escaparse de casa para ir al Monte Atos a hacerse santo. Sin embargo, en el puerto, el patrón del barco al que se había dirigido con esa intención lo echó burlonamente. Dice de nuevo en su *Informe al Greco*:

Hay otras palabras que, para nosotros, los niños que vivíamos en aquella época, chorrean sangre y lágrimas y sobre ellas está crucificado un pueblo entero; son las palabras libertad, san Menas, Cristo, revolución [20](#) ...

Más tarde, cuando quiso conocer el mundo, comenzó por Grecia:

 Mi peregrinación por Grecia duró tres meses. Montañas, islas, pueblos, monasterios, costas. Incluso ahora, después de tantos años, al evocarlos, mi corazón se agita, feliz e inquieto; es una gran dicha recorrer y ver Grecia; una dicha y un martirio [21](#) .

Dando un gran salto cronológico, vital e ideológico, en la década de 1950 lo encontramos en el sur de Francia, exiliado de Grecia definitivamente. En mayo de 1957, la cadena radiofónica Radio París, en seis emisiones, una por semana, transmitió una larga entrevista realizada a Casandsakis por Pierre Siprió sobre su vida, su obra y sus ideas. Respondiendo a una pregunta de Siprió sobre el tema que nos ocupa, Casandsakis dijo, entre otras cosas:

 Desde niño me interesó la figura de Cristo, esa unión tan misteriosa y tan real del hombre con Dios, esa idea tan humana y tan sobrehumana de una reconciliación y una fusión de Dios y el Hombre. Quise liberarme de aquella idea obsesiva por medio de una obra literaria. Escribí poemas líricos sobre la figura de Cristo, y más tarde, una tragedia. Sin embargo, aquellas obras no hicieron que me sintiera aliviado. Tuve que hacer frente de nuevo a este tema en mi poema épico *La Odisea*, dedicándole un canto completo. Pero tampoco esto me procuró la liberación. Más tarde volví a intentarlo de nuevo y escribí una novela que está enteramente dedicada a la vida de Cristo, *La última tentación* . En mi reciente libro *Cristo de nuevo crucificado*, este fantasma divino merodea alrededor del personaje de la obra y se mete en el alma de mi héroe. No obstante, pese a estos intentos desesperados, el tema sigue siendo inagotable para mí porque inagotable es el misterio de la unión del hombre con Dios, de la carne y el espíritu, de la Muerte y de la Inmortalidad.

Cristo era Dios y hombre, un Dios-hombre, esto es lo que afirman el dogma y la tradición de la Iglesia. En su persona dual, la materia se opone al espíritu, la condición mortal del hombre, a la inmortalidad de la divinidad. La superación de la primera condición lleva a que prevalezca la segunda, que es la que además predomina y se impone. En el monte de los Olivos y más

concretamente, en el terreno que llamaban de Getsemaní, en el huerto de Getsemaní, nos hemos acostumbrado a decir:

Jesús cayó postrado en tierra, orando y diciendo: «Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Y según la interpretación del profesor Panayotis Trebelas:

Cayó postrado en tierra, oraba y decía: Padre, si es posible conciliar tu plan con el de la salvación de los hombres, que pase de mí este cáliz de sufrimiento. Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya [22](#) .

Por medio de la prueba, el hombre alcanza la perfección y su semejanza con Dios.

Esta lucha siempre perturbaba a Casandsakis, que escribió que su vida fue una escarpada cuesta arriba para encontrar la mole tenebrosa de Dios y unirse con él. La palabra «tenebrosa» quiere decir «lo grande», «lo infinito», «lo misterioso». Nicos Casandsakis no era profesor de dogma en una Escuela de Teología o maestro de catequesis en un colegio. Era un pensador libre, un investigador del espíritu, un filósofo, un literato, un poeta y un prosista; un diseccionador del alma humana. Por otra parte, siempre le conmovía la mansedumbre de Jesús, el Hijo de Dios que se hizo hombre. Su visión de Cristo había invadido toda su existencia, y un pequeño icono de la Madre de Dios que lleva al Niño en brazos, la Virgen Madre del Dios-hombre, era su permanente compañero de viaje.

Su particular visión de la Virgen se encuentra también en su libro *Viajando: Italia, Egipto, Sinaí, Jerusalén, Chipre, Morea*, en el capítulo «Pascua», de la unidad «Jerusalén», cuando evocaba su visita al Monte Atos, en 1914, donde quiso permanecer, hacerse monje y llevar una vida de ascesis. «Sentía —dice— que estaba rodeado de presencias invisibles, los querubines y los serafines, que se deslizaban desde la cúpula y lo tocaban, palpándolo. Y «en medio de aquella fresca penumbra, enormes, tristes, desesperados, relucían los ojos de la Virgen y brillaba su firme mentón en el aire cargado por el incienso».

Palabras tuyas, también éstas, como las que siguen:

Virgen del dulce beso, Señora del mar —decía, puesto en pie ante ella—, oh corazón del hombre, que albergaste a Aquel que cielo y tierra no pueden abarcar, oh Acción, décima Musa, Virgen de la respuesta, lanzaste un grito avisando del peligro, como un vigía de fronteras que desde lejos ha atisbado a los árabes avanzar como un ejército de hormigas y pisotear la sagrada luz.

Y te alzaste, Generala, blandiendo suavemente el bastón de abigeo y retumbaron tus campanillas de guerrera y los adornos de plata que llevabas cruzados en el pecho y tu seno virginal resplandeció, como una luna llena,

¡Y todos los jóvenes, maduros para el goce de Dios y de la muerte se levantaron bruscamente e irrumpieron siguiéndote a ti, Amazona!

Porque en mi corazón ondeaste como una Victoria cristiana que no teme la sangre y que con fuerte estrépito, a grandes zancadas, sigue al Dios, que milita en la tierra [23](#) .

Ésta era la Virgen de Casandsakis. Y los monjes le cedieron para vivir:

Un eremitorio solitario que dominaba el mar, el eremitorio del Precursor. Incrustado sobre un precipicio, apartado, sin agua ni árboles.

Tenía a su disposición:

Dos celdas y una capilla antigua de muros agrietados, repleta de pinturas murales.

Parece que vivió allí algunos meses, quizá seis, dividiéndose a sí mismo

En dos facciones contrapuestas: la de arriba y la de abajo, la luminosa y la sombría, el alma y el cuerpo,

... luchando por vencer a la carne y transformarla en espíritu. Jamás podrá «narrar» —nos dice— su sufrimiento y su indecible dulzura. Al cabo de tres meses ya no podía mantenerse en pie a causa del ayuno y las privaciones; sus ojos estaban hundidos, le zumbaban los oídos, sus pies y sus brazos se habían convertido en los de un saltamontes. Son palabras tuyas [24](#) . Pero un buen día decidió marcharse de allí para descender al mundo, y —creo

y añadido yo— para que lo persiguieran los frívolos «zelotes», junto con su *Última tentación*, piadosa ofrenda a su Cristo.

Después de su estancia en el Monte Atos, Casandsakis escribió además una tragedia titulada *Cristo*, que fue publicada íntegramente en 1928 por *El Pensador* . Ofrezco aquí algunos versos del primer acto:

Cristo se encuentra, como el pan, en la encrucijada.
Los hambrientos se lanzan sobre él,
Pobres, ciegos, tullidos y leprosos,
Y él se compadece de ellos y reparte
¡A trozos su cuerpo entre todos, sin discriminar!
[...].
¡Señor, Señor [...]!
Desciende, como fuego para purificar
El corazón, las entrañas y la mente del hombre! [...]
¡Desciende, Invisible, a la tierra y encárnate por medio del pan y
Del Vino!
[...]
Virgen Madre, en cuyo cuerpo jamás besado,
Prendió la simiente como espíritu,
Y el Verbo se hizo carne
Gozando de tu seno inmaculado, como un niño de pecho [25](#) .

Y por supuesto, Nicos Casandsakis escribió además la novela *Cristo de nuevo crucificado*, un contrato de justicia social y humanidad, que se editó en griego por primera vez en 1954, tras haber sido traducida previamente a lenguas extranjeras.

La emoción que Nicos siente mientras escribe *La última tentación* se la revela a su fiel amigo Börje Knös, en Estocolmo, que sigue su novelística, y al que informa con regularidad. Casandsakis le escribe desde Antibes, el 1 de enero de 1951:

Estoy tan profundamente inmerso en el gozo y en la angustia de *La última tentación*, que no puedo levantar la cabeza, y el tiempo pasa, las lunas se encienden y se apagan como relámpagos. Mi mujer se

encuentra en el balneario de Vichy, así que estoy completamente solo, he vuelto a meterme, sin obstáculo alguno ya, en la salvaje soledad, mi auténtico ambiente. Mi mujer me retiene aún en contacto con los hombres y no deja que me vuelva un salvaje. Una vez que fui al monte Sinaí, los monjes querían cederme un eremitorio en el desierto, con una pequeña iglesia, tres celdas y una minúscula fuente de agua. El monasterio de Santa Catalina guardaba muchos manuscritos y debía leerlos para que se publicaran los más importantes. Esto me propusieron los monjes. Desde entonces, aquel eremitorio se yergue ante mí en el aire, y si no existiera mi mujer, hace mucho tiempo que me habría marchado al desierto. Nada en mi vida me pareció tan tentador y tan atractivo como el desierto de Arabia...

Pero, afortunadamente, dentro de veintidós días usted vendrá aquí y me reconciliará con los hombres...» [26](#) .

La conclusión de *La última tentación*, después de la novela *Cristo de nuevo crucificado*, crea en Casandsakis un sentimiento de alerta moral interior, un deber para con el «Invisible», «un impulso para avanzar un paso más y subir más alto». Las dos novelas cristológicas supusieron este paso, le infundieron gran responsabilidad para empezar un libro nuevo. Pero su cuerpo «se cansó de seguir al espíritu». Se fue, pues, a la montaña para recobrar fuerzas [27](#) . Hablar sobre *La última tentación* le hechizaba. Y mucho más reveladora aún es otra carta suya a Tea Anemoyanis. Sus padres eran de Barbari, Iraclion (Creta), como los de Casandsakis, y ella lo había hospedado en su casa de Atenas, en la calle Mavromateon, núm. 2. Le escribe desde Utrecht, el 27 de noviembre de 1952:

He leído su última carta con gran emoción y me alegro de que le haya gustado *La última tentación*. Yo mientras la escribía sentía una gran conmoción y una gran ternura y a menudo mis ojos se anegaban en lágrimas. Aquí, en Holanda, he tenido diferentes conversaciones con pastores sobre el carácter teológico de la obra. Algunos se han escandalizado de que Cristo tuviera tentaciones. Pero yo, al escribir este libro sentí lo que sentía Cristo, me convertía en Cristo y sabía fehacientemente que a él acudían grandes, atractivas y, a menudo, legítimas tentaciones y le obstaculizaban el camino hacia el Gólgota. ¡Pero cómo iban a saber esto aquellos teólogos...! [28](#) .

¡Tenía razón! Eleni N. Casandsakis escribe al respecto que en Holanda, en esa época, en 1952, conocieron a «un sacerdote católico con amplia formación, el misionero J. van Geloven, que nos visitaba con frecuencia y conversaba con Nicos sobre *La última tentación*, y sobre temas religiosos, en general, que les preocupaban» [29](#) .

Casandsakis, terrible devorador de libros de todas partes del mundo y respetuoso con todas las religiones del mundo, tenía una información y formación únicas sobre temas y libros religiosos. Por otra parte, durante los once meses que estuvo destinado en la UNESCO (del 1 de mayo de 1947 al 25 de marzo de 1948) trabajó como asesor de Literatura en el departamento que debía seleccionar los mejores libros del pensamiento mundial para ser traducidos, de forma que constituyeran un patrimonio de toda la humanidad [30](#) . Pero nunca se presentó como un teórico estudioso de las religiones, como quizá algunos lo consideraban.

Un teórico del cristianismo, en el sentido convencional del término, es considerado Pablo, el Apóstol de los Gentiles, que en su Epístola a los Hebreos, capítulo 4, versículos 14, 15, 16, escribe acerca de las tentaciones humanas de Cristo:

14-. Puesto que, según cuanto hemos dicho, tenemos un gran Sumo Sacerdote, que además ha pasado por los cielos y ha entrado en la eternidad, donde nos espera, es decir, Jesús, que no es un simple hombre, sino que es también el Hijo de Dios, hagamos profesión de fe en él.

15-. Que no nos pase jamás por la mente, una vez que él está ahora en los cielos, que no mostrará interés por nosotros. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que, por no conocer todo cuanto nos sucede o por encontrarse tan alto, no pueda comprender nuestras debilidades morales y naturales. Sino que tenemos un Sumo Sacerdote que fue tentado de todas las formas con las que puede ser tentada la naturaleza humana. Fue tentado exactamente igual que nosotros pero sin haber sucumbido a ningún pecado.

16-. Y siendo nuestro Sumo Sacerdote tal, acerquémonos con valor y osada confianza a su trono real, del que brota la gracia, para que recibamos el perdón de nuestros pecados y hallemos favor y dones que

nos proporcionen la ayuda precisa en cada momento crítico de tentación ³¹ .

En *La última tentación*, de Casandsakis, el Cristo crucificado se nos muestra en su doble naturaleza, divina y humana, como un hombre que sufre y se atormenta terriblemente por someter la condición humana y alcanzar la absoluta divinidad. En ese instante humano del tiempo fugaz, según el relato novelado de Casandsakis, Cristo se hunde en el letargo del sufrimiento abismal y tiene un sueño, también fugaz: sueña que era un hombre como los demás, que disfrutaba de las pequeñas y las grandes alegrías humanas, que era el cabeza de familia en su santo hogar. Todas estas «visiones venidas del Maligno» fueron breves, como un relámpago. Inmediatamente supera el estado inconsciente de su naturaleza humana y vuelve plenamente al carácter divino de su misión, la entrega y el sacrificio por la salvación del mundo. Y Casandsakis elige como final de su novela:

¡Todo, todo, eran visiones provocadas por el Maligno! Sus discípulos estaban vivos y sanos, se habían lanzado a tierras y mares y pregonaban la Buena Nueva. Todo había sucedido como debía. ¡Bendito sea Dios!

Este es el Cristo de Nicos Casandsakis. La «Buena Nueva» es el Evangelio, es también todo lo que comienza con su muerte en la cruz, la divulgación de su Palabra divina por toda la ecúmene. Con el «Todo se ha consumado» comienza a difundirse su enseñanza y su religión. Su «última tentación» se presenta fugaz y pasajera en los momentos de su agonía humana en la cruz. Allí, por un instante, en medio de su sufrimiento, piensa como un hombre. Antes de decir «Todo se ha consumado», sufre la tentación, pero no sucumbe a ella. Y en esto no difiere de lo que nos enseña el apóstol Pablo: «Tentado exactamente igual que todos nosotros, pero sin sucumbir al pecado». Aquella tentación de Cristo de la que habla Casandsakis fue además la última de su vida en la tierra.

Por el Nuevo Testamento conocemos las tentaciones de Jesús en el desierto, a donde lo había conducido el Espíritu Santo. Las

refieren los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, no Juan.

Ofrezco los fragmentos relativos a ellas, según la traducción oficial al griego moderno [32](#) .

Del evangelista Mateo, capítulo 4, versículos 1-11:

Entonces Jesús fue conducido al desierto por el Espíritu para enfrentarse a las tentaciones del diablo. -2- Durante cuarenta días y cuarenta noches, Jesús no comió nada. Pero finalmente sintió hambre. -3- Entonces se presentó el que tienta a los hombres y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes». -4- Mas Jesús respondió: «El hombre, dice la Escritura, no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». -5- Luego el diablo lo llevó a la Ciudad Santa, a Jerusalén, lo subió a la parte más alta del templo -6- y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque la Escritura dice: Dará una orden a sus ángeles y ellos te llevarán en sus brazos para que tu pie no tropiece en piedra alguna». -7- Pero Jesús le dijo: «Sin embargo, en otro lugar dice la Escritura: No debes tentar al Señor tu Dios». -8- De nuevo el diablo lo llevó a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y su esplendor. -9- Luego le dijo: «Todo esto te daré, si te postras ante mí y me adoras». -10- Mas Jesús le respondió: «Apártate de mí, Satanás, la Escritura dice claramente: Sólo al Señor, tu Dios, adorarás y únicamente a él rendirás culto». -11- Entonces el diablo dejó a Jesús y unos ángeles de Dios llegaron y le servían [33](#) .

Del evangelista Marcos, capítulo 1, versículos 12-13:

12-Inmediatamente el Espíritu conduce a Jesús al desierto. -13- Allí, en el desierto, permaneció cuarenta días y se enfrentó a las tentaciones de Satanás. Vivía entre las fieras y los ángeles le servían [34](#) .

Y finalmente, del evangelista Lucas, capítulo 4, versículos 1-13:

Jesús se marchó del Jordán lleno de Espíritu Santo. El Espíritu lo condujo al desierto -2- donde durante cuarenta días se enfrentó a las tentaciones del diablo. Durante aquellos cuarenta días no comió nada y cuando se cumplieron sintió hambre. -3- Entonces el diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en un pan». -4- Jesús le respondió: «La Escritura dice que el hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». -5- Luego el

diablo lo subió a un monte muy alto, le mostró en un momento todos los reinos de la tierra -6- y le dijo: «Te daré todo el poder y el esplendor de estos reinos. Me han sido entregados a mí y yo se los doy a quien quiero. -7- Así pues, si me adoras, todo será tuyo». -8- Jesús le respondió diciéndole: «¡Apártate de mí, Satanás! La Escritura dice: Al Señor, tu Dios, adorarás y sólo a él rendirás culto». -9- Entonces el diablo lo llevó a Jerusalén y lo puso en la parte más elevada del Templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo -10- porque la Escritura dice: Te encomendará a sus ángeles para que te protejan -11- y además: Te llevarán en sus brazos para que tu pie no tropiece en piedra alguna». -12- Y Jesús le respondió: «La Escritura dice que no debes tentar al Señor, tu Dios». -13- Cuando el diablo hubo terminado con todas las tentaciones, se alejó de él por el momento [35](#) .

En consecuencia, hubo tentaciones y la referencia a ellas, junto con la resistencia victoriosa de Cristo, constituyen el fundamento de la religión cristiana. La misma victoriosa y efectiva resistencia de Cristo ante la tentación, admite, cree y escribe Casandsakis en esta novela suya, inventando otra tentación más, una tentación lógica y natural, la del santo matrimonio, bendecido por Dios.

Nicos Casandsakis amaba a Cristo no menos que cualquier otro autoproclamado, o dirigido, defensor Suyo, portador de la maza. En cualquier caso, no son muestras de amor cristiano las violentas e intolerantes reacciones de los llamados salvadores de la fe contra la proyección de la película cinematográfica del mismo título, de Martin Scorsese, basada en *La última tentación*, de Nicos Casandsakis. La película comenzó a proyectarse en 1988, después de dieciséis años de reflexiones y preparativos. De importancia decisiva fue el encuentro, en una comida de trabajo, de Eleni N. Casandsakis y yo mismo con Martin Scorsese, el 18 de octubre de 1983, en Hollywood, encuentro en el que se delimitaron los marcos de nuestra colaboración y nuestro acuerdo al respecto. En aquella comida estaba también Mary Pat Kelly, asesora de relaciones públicas, a quien Scorsese había contratado para que se encargara de hacer frente a las reacciones en contra de la película por parte de los «piadosos», cosa que ya se veía venir. Martin Scorsese se ganó toda nuestra

confianza. Antes de iniciar la película nos envió el guion para su aprobación e intercambiamos correspondencia sobre él.

En esa época Eleni N. Casandsakis y yo mismo recorríamos América de costa a costa, hablando en actos sobre Nicos Casandsakis, con motivo del centenario de su nacimiento. Entonces inauguramos, el 24 de octubre de 1983, la cátedra Casandsakis en la Universidad Estatal de San Francisco, la única cátedra Casandsakis que existe hasta hoy en todo el mundo. Eleni N. Casandsakis y el rector de la Universidad, Chia-Wei Woo, cortaron la cinta inaugural y yo mismo pronuncié el discurso solemne. El primer profesor de la cátedra, que se fundó con el único mecenazgo del compatriota Ángelos Tsacópulu y de Eleni N. Casandsakis, fue Zanasias Mascaleris, quien cosechó brillantes éxitos.

Merece la pena señalar que durante la primera fase de los rodajes, a iniciativa de Martin Scorsese, tuvo lugar en el estudio un miniconcilio de famosos profesores de Teología de los cuatro dogmas cristianos (católicos, protestantes, evangélicos y luteranos) en el que durante tres horas hubo un intercambio de opiniones sobre la novela, la película y la religión. Uno de los profesores, el protestante, en aquel concilio tildó a Scorsese de «hiper ortodoxo» (*hyper-orthodox*). Martin Scorsese no era un irreverente. Su primera inclinación fue hacerse sacerdote, no era ajeno a la teología y ya desde su época de estudiante había comenzado a soñar con hacer una película sobre la vida de Cristo. Scorsese dijo en aquella ocasión que el cine y la religión eran toda su vida, ni más ni menos. Dijo también que al rodar esta película era como si rezara. Cuando la película se materializó tropezó con una «globalizada» reacción en contra, que promovió una asociación religiosa de mujeres de América, con el envío de quinientas cartas diarias a la Paramount, que era la que iba a distribuirla.

* * *

La condena de *La última tentación* por la Iglesia católica y su inscripción en el llamado *Index Librorum Prohibitorum* (Índice de

libros prohibidos), despertó un interés internacional por el libro. Por otra parte, diferentes obras importantes de la ciencia y del pensamiento, y también de los filósofos europeos más significativos de los últimos cuatro años, tuvieron la misma suerte. Entre los muchos escritores cuyas obras fueron prohibidas e inscritas en el *Índice de libros prohibidos* del Vaticano, junto con Nicos Casandsakis, se encuentran: Francis Bacon, Honoré de Balzac, Simone de Beauvoir, Henri Bergson (profesor de Casandsakis en sus estudios de posgrado, en París), Nicolás Copérnico, Erasmo, Charles Darwin, René Descartes, Alejandro Dumas, Anatole France, Galileo, Graham Greene, Victor Hugo, Emmanuel Kant, Nicolás Maquiavelo, John Milton, Carlos Marx, Ernest Renan, Jean-Jacques Rousseau, Spinoza, Voltaire, Émile Zola, Jean-Paul Sartre. Galileo fue condenado fundamentalmente por decir que la Tierra gira alrededor del Sol (y no el Sol alrededor de la Tierra). Las obras de algunos de ellos, como Zola y Sartre, fueron inscritas en su totalidad en el *Índice*. De Spinoza, todas las editadas después de su muerte. El primer *Índice de libros prohibidos* se editó en 1559, en época del papa Pablo IV, y el segundo, en 1564. La última edición del *Índice* se hizo en 1948. Por tanto, *La última tentación* no está incluida en un Índice editado. El número total de libros inscritos asciende a 4.200. Quizá es interesante destacar que existe además un *Índice de libros expurgados* (*Index Expurgatorius* o *Index Librorum Expurgandorum*), que contiene libros de los que sólo se han prohibido fragmentos, los cuales deben ser eliminados para impedir su lectura. Se trata de una censura preventiva. Los libros del primer *Índice* están prohibidos en su totalidad.

En junio de 1966, en el pontificado de Pablo VI, se constató oficialmente una «relajación» en la inscripción de obras en el *Índice de libros prohibidos*, «por razones prácticas». Por supuesto, se hizo público que no habría otra edición del *Índice* y que el existente había dejado de ser vinculante para los católicos. Se trataba, en esencia, de la abolición del *Índice*. Ya no vuelven a hacerse inscripciones de libros en él y el *Catálogo* deja de tener fuerza de ley orgánica del Vaticano. Ahora se

permite a un católico leer un libro «prohibido» en el pasado, pero teniendo siempre presente, no obstante, que ese libro fue considerado peligroso y condenable por no ser compatible con el dogma y la moral católicos.

Parece que la apelación de Casandsakis a Dios (*Ad tuum, Domine, tribunal apello*) para que *La última tentación* no fuera incluida en el *Índice de libros prohibidos*, fue atendida. En el primer *Índice de libros prohibidos*, el de 1559, se encuentra *El Príncipe*, de Maquiavelo, obra que fue traducida por Casandsakis en 1944. Es decir, en la primera edición del *Índice de libros prohibidos* del Vaticano estuvo incluida la primera obra de Maquiavelo y en la última edición, lo estuvo la última obra, posiblemente, condenada o una de las últimas, *La última tentación*, de Nicos Casandsakis, traductor de *El Príncipe*. La primera edición de la traducción de *El Príncipe* hecha por Casandsakis fue realizada en 1961 por Ediciones Galaxía, del diario ateniense *Cacimeriní*, como también la segunda, en 1968. Actualmente, desde diciembre de 2006, circula una nueva edición hecha por Ediciones Casandsakis, con prólogo, comentarios, análisis y documentación, y también con imágenes.

Hoy en día, con internet, que nos brinda el acceso a bases de datos internacionales, podemos recabar abundante información sobre muchos temas, y a la red hemos recurrido en lo que se refiere al tema que nos ocupa. Personalmente, desde 1998, empecé a intentar reunir información del Vaticano sobre la inscripción de *La última tentación* en el *Índice de libros prohibidos*. Por esa época se habían iniciado los preparativos y las comunicaciones oficiales sobre la celebración del segundo milenio del nacimiento de Jesucristo, y fue anunciado oficialmente por el Vaticano (diarios del 2 de agosto de 1998) que el papa Juan Pablo II iba a hacer profesión pública de arrepentimiento por determinadas actuaciones de los responsables de la Iglesia Católica Romana, sobre todo en época de la Inquisición, en los siglos XV y XVI, y que además «se espera tenga lugar un gesto de alto significado simbólico referido a la necesidad de perdón». Por supuesto, no se excluía, dijeron fuentes informadas, según los periódicos, que fueran restituidos

y quizá santificados, los predicadores Girolamo Savonarola y Jan Hus, ambos quemados en la hoguera por herejes, en el siglo XV . En enero de 1998 tuvo lugar en el Vaticano un simposio, en el transcurso del cual se informó de que se abrirían a los historiadores los archivos de la Santa Sede, especialmente los que se refieren al periodo de la Inquisición, desde 1542 (diario ateniense *To Vima*, 2 de agosto de 1998). Esta información me condujo a una pequeña peripecia de seis años, los cuales no son nada comparados con la eternidad.

El 12 de agosto de 1998 envié una carta al profesor Vittorio Peri, de la Biblioteca del Vaticano, solicitando información sobre el caso de *La última tentación*. Le volví a escribir el 20 de noviembre de 1998. El 21 de noviembre de 1998 escribí sobre el mismo tema al primer nuncio de la Santa Sede en Jerusalén, y al nuncio en Nicosia, arzobispo Pietro Sambì, enviándole copias de mis cartas dirigidas a Vittorio Peri, todas ellas sin respuesta. El 18 de mayo de 1999 volví a escribir al profesor Vittorio Peri sin recibir respuesta. El 16 de noviembre de 1999 escribí otra vez al nuncio Pietro Sambì, tras un encuentro personal con él, habido quince días antes en la recepción que ofreció en Nicosia el 1 de noviembre de 1999, con motivo del veintiún aniversario del pontificado de Juan Pablo II. He de decir que el nuncio detenta el cargo de embajador, ya que el Vaticano además de ser una ciudad independiente, es un Estado. El 11 de enero de 2000 escribí nuevamente al profesor Vittorio Peri, al Vaticano, y a los pocos días, el 23 de enero, volví a enviarle un escrito quejándome de su arbitrario silencio de seis meses y de su arrogancia y formulándole la pregunta de si esta actitud suya era cristiana o si me consideraba «hijo de un Dios inferior» o si yo era un cristiano de segunda categoría y él un supercristiano. Al parecer hasta con los santos hay que recurrir a las amenazas... Al cabo de un mes recibí una carta del arzobispo Pietro Sambì, con fecha 22 de febrero de 2000, en la que me decía «que la Oficina competente de la Santa Sede había ordenado que se me informara de que los archivos del Vaticano se abren a los investigadores después de cien años. En consecuencia, puesto que el libro en cuestión había sido inscrito en el *Índice* en 1953,

el material archivado referente a esta obra no estaba aún disponible para una investigación y una consulta (*consultation*). El 28 de febrero de 2000 escribí una vez más al arzobispo Pietro Sambì pidiéndole simplemente una aclaración cronológica, si la proscripción e inscripción en el *Índice* de *La última tentación* se había producido en 1953 o en abril de 1954, para tener una información, es de suponer, fiable. No recibí respuesta. ¡Así pues, debo esperar a que llegue en 2053 o 2054! ¡Dios proveerá!

Entretanto, cayó en mis manos un libro de Rigas Gartaganis (Arcadio) titulado *Decadencia de la cultura actual y el fenómeno N. Casandsakis*, editado por O Kerameus, Atenas, 1954. En página no numerada, al principio, se publica en latín el Decreto del Vaticano por el que se proscribe *La última tentación*, y en la página siguiente, en dos columnas, a la derecha, la traducción del Decreto y a la izquierda el Comunicado del Santo Sínodo de la Iglesia de Grecia sobre Nicos Casandsakis, con algunas erratas, por supuesto.

El Comunicado, firmado por el Primado del Santo Sínodo, arzobispo de Atenas y de toda Grecia, Spiridón está publicado, naturalmente, en el boletín quincenal *Iglesia*, el «Boletín Oficial de la Iglesia de Grecia, año XXXI (1954). En Atenas, de la Imprenta del Diaconato Apostólico de la Iglesia de Grecia», fascículo 15 de junio-1 de julio 1954. número 12-13, páginas 221-222. En la página 221, la fecha recogida en el boletín es 15 de junio-5 de julio y en la página 222, la fecha que aparece es 15 de junio-1 de julio, que es la correcta. Y el «escritor» aparece como «escritos». Pero no tiene mayor importancia, nadie es infalible. En el Boletín Oficial el Comunicado es el siguiente:

EL SANTO SÍNODO SOBRE LA CUESTIÓN N. CASANDSAKIS

«El Santo Sínodo, habiendo tratado exhaustivamente en repetidas sesiones sobre las novelas editadas del escritor N. Casandsakis, *El Capitán Mijalis* y *La última tentación*, en la sesión de 30 de junio aprobó por unanimidad la edición y publicación del siguiente Comunicado:

»El Santo Sínodo de la Iglesia de Grecia, con motivo de los libros últimamente editados del escritor griego Nicolás Casandsakis, *El Capitán Mijalis* y *La última tentación*, y tras la perturbación provocada por ellos en las conciencias de los fieles, ha entendido, en su competencia, tomar las medidas espirituales que tiene en su poder en pro de la iluminación y la protección del pío rebaño, en lo que respecta a la retractación y rectificación del escritos [*sic*].

»Y puesto que estos dos libros constituyen un escarnio contra la enseñanza del dogma y la moral de la Iglesia ortodoxa — especialmente el segundo, distorsiona y pervierte el relato evangélico inspirado por Dios y ofende de forma desvergonzada, impía y sacrílega a la persona divina y humana del Señor y los momentos de la Pasión en la Cruz del Salvador—, por todo ello, el Santo Sínodo dirige a los piadosos hijos de la Iglesia una amonestación paternal para que eviten estos libros, que no sólo no contribuyen a su edificación espiritual, sino que además, a causa de la seducción que el arte provoca, envenenan de forma insospechada las almas.

»En lo que respecta al escritor Nicolás Casandsakis, el Santo Sínodo remite el asunto al procedimiento establecido por el Derecho Canónico. Es decir, lo deriva al Poder eclesiástico correspondiente para que sea él quien inste al escritor a que se retracte y reniegue de las blasfemias que, como se ha dicho, contienen sus libros, pero se reserva para más tarde [*sic*] publicar además su veredicto sobre este mismo escritor».

El Comunicado, publicado también en la revista eclesiástica quincenal *Parroquia* del año IX, número 176-177, Atenas, 16 de julio de 1954, página 218, va acompañado de un comentario: «Parece que el escritor Nicos Casandsakis será citado a declarar por la Iglesia de Creta, dado que, como es sabido, procede de Creta. Si esto no fuera considerado posible, no se excluye que el escritor sea citado a declarar ante el comité del Sínodo».

Es una suerte que dispongamos de la respuesta del «escritos» Nicos Casandsakis al Comunicado del Santo Sínodo. Por esa época, el periodista del diario ateniense *Acenaikí*, G. V. Bucuvalas, tuvo con él un encuentro en Antibes y le pidió una

entrevista que fue publicada en la hoja del 15 de julio de 1954. De esta entrevista, que toca diferentes temas de la actualidad del momento, tomamos lo siguiente:

Pido a Casandsakis que me diga qué piensa sobre la decisión del Santo Sínodo de condenar sus dos libros e instarlo a disculparse.

—Es lamentable —me dijo— que el Santo Sínodo se ocupe de Casandsakis porque supuestamente insulta las luchas de Creta, cuando en Atenas circulan miles de textos pornográficos. Me incitan a hacer ruido. Me niego a disculparme y a hacer comentario alguno. No juzguéis, dijo Cristo. Para mí es halagador responder pero también es muy negativo para la Iglesia, a la que honro. Bastante expuesta ha sido ya y convertida en instrumento de periódicos histéricos y de personas restringidas al ámbito nacional. Hacer ruido no va con mi carácter. Que me dejen tranquilo. No obstante, siempre estoy dispuesto a debatir aquí con quien haga falta. Basta con que haya leído alguno de mis libros con un mínimo de buena fe. No pienses —me subraya Casandsakis— que lo que ahora estamos hablando son declaraciones mías. No. Yo respondo con mis libros. Respondo con mi *San Francisco*.

En este punto, Casandsakis cierra nuestra conversación sobre la reciente actuación del Santo Sínodo. Psijaris en otro tiempo había deseado «gloria y puñetazos» con los griegos. El eremita de Antibes detesta el ruido y desea tranquilidad.

Vayamos al Decreto del Vaticano sobre *La última tentación*, tal y como aparece publicado en el —parcial y hostil hacia Casandsakis— libro de Gartaganis:

SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

RESOLUCIÓN

Proscripción de un libro

Miércoles, 16 de diciembre de 1953

En sesión plenaria de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, los ilustrísimos y reverendísimos cardenales responsables

supremos de los asuntos de la fe y las costumbres, tras la propuesta de los beatísimos consejeros, han reprobado e incluido en el *Índice de libros prohibidos* el libro titulado:

Nicos Casandsakis

La última tentación

Die Letgte Sersulung, Roman, Berlín.

Grunewala, F. A. Serlags buhlanqbung

(Walter Kahnert) [36](#)

Y el 1 de enero 1954. Su Santidad Pío XII, Papa por la gracia divina, en audiencia concedida al ilustrísimo cardenal vicesecretario de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, ratificó la Resolución arriba mencionada y autorizó su publicación.

Se dató en Roma, en la Secretarías [sic] de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, el 12 de enero 1954.

Volví a escribir inmediatamente al arzobispo Pietro Sambì, el 28 de octubre de 2000 preguntándole si la referencia a *La última tentación*, tal y como aparece en el libro antes mencionado era correcta. No obtuve respuesta. Volví a «golpear» con una nueva carta mía, la última, dirigida al reverendísimo Giovanni Danzi, Secretario General del Gobierno (*Governatore*) del Estado Vaticano. Le expuse el asunto, hacía referencia a la apelación de Casandsakis a Dios y le rogaba: «Que eliminaran *La última tentación*, de Nicos Casandsakis, del *Índice de libros prohibidos*, sin mediar disculpa ni arrepentimiento del autor, como una cuestión de orden y justicia». Le pedí que me expusiera las razones por las que habían incluido este libro en el *Índice*. No obtuve respuesta. No tengo pruebas de que este texto sobre la Resolución del Vaticano sea auténtico, pero tampoco las tengo de que no lo sea. Merece la pena resaltar que en 1897, después de la revisión del *Índice*, fueron sacados de él 1.600 libros, entre ellos, *El Príncipe*, de Maquiavelo.

En el boletín oficial *Iglesia*, a excepción de este comunicado concreto del Santo Sínodo sobre Casandsakis, de 1954, no existe ninguna referencia al nombre del escritor en los años

1955, 1956 y 1957, como si no hubieran tenido lugar aquellos numerosos y terribles hechos que sucedieron y convulsionaron Grecia. Ni siquiera dejaron constancia de su muerte, de modo que se tranquilizaran las conciencias de los fieles. Si se cree que he dedicado más interés al tratamiento del tema por el Papa, me limitaré a decir que ¡la Iglesia de Grecia copió al Vaticano, las publicaciones al respecto son infinitas y el escándalo levantado interminable!

El 4 de mayo de 2001, el papa Juan Pablo II pasó por Atenas. En su encuentro con el arzobispo de Atenas y de toda Grecia, Jristódulos —que también ha muerto, el 28 de enero de 2008—, pidió perdón por las dolorosas heridas que los católicos habían infringido a los ortodoxos, como entonces recogieron los medios de comunicación.

La Iglesia de Grecia no condenó sólo *La última tentación*, sino también *El Capitán Mijalis y Cristo de nuevo crucificado*, y pidió la prohibición de la circulación de los libros de Nicos Casandsakis. Incluso fueron aún más lejos «en la escala del mal», como diría Costas Palamás: Prepararon su excomunió. Llegaron hasta el colmo de la actuación abominable, pero afortunadamente no se atrevieron a llevarla a cabo. Dijeron como coartada que lo juzgara la Iglesia de Creta, dado que Casandsakis era cretense y la Iglesia de Creta depende del Patriarcado Ecuménico. Dijeron también que lo juzgara el Patriarcado Ecuménico, ya que el escritor vivía en Europa. Existe la creencia generalizada de que Nicos Casandsakis fue excomulgado por el Santo Sínodo de la Iglesia de Grecia. No. Nunca hubo excomunió, lo llevo diciendo y escribiendo desde hace treinta años.

Añadiré que la cuestión fue también debatida entonces en el Parlamento griego en las sesiones del 11 y el 18 de marzo, del 4 de mayo y del 25 de noviembre de 1955. El debate se inició a raíz de la pregunta del entonces diputado por Janiá, Constandinos Mitsotakis, dirigida al Presidente del Gobierno, mariscal Aléxandros Papagos, al ministro de Educación Nacional y Religión, Ajileas Yerocostópulos, y al ministro de Justicia, Cleancis Ceofanópulos. El diputado por Janiá les preguntaba si

era cierta la información de que el Santo Sínodo había solicitado al Gobierno que prohibiera la circulación de los libros de Nicos Casandsakis. Por supuesto, la información era cierta. Publicamos como Anexo en esta edición los debates habidos en el Parlamento en aquellas cuatro sesiones, que se refieren a Casandsakis y la actitud del Estado y de la Iglesia frente a él.

Es interesante conocer que Casandsakis fue informado de la prohibición de su libro y cómo reaccionó. El 1 de mayo de 1954 escribe desde Antibes a su amigo, el helenista sueco, escritor y traductor, Börje Knös:

Ayer recibí un telegrama del editor en Alemania: *¡Letzte Versuchung auf päpstlichem Index...!* [*¡La última tentación en el Índice de libros prohibidos!*]

Siempre me provoca sorpresa la estrechez de miras y la mezquindad de los hombres: he aquí un libro que he escrito con una profunda exaltación religiosa, con un ferviente amor a Cristo, y ¡el representante de Cristo, el Papa, no comprende nada, no detecta el amor cristiano con el que ha sido escrito y lo condena! Y sin embargo, está de acuerdo con la vileza y la servidumbre del mundo actual en condenarme [37](#) ...

En otra carta dirigida a Knös el 14 de mayo de 1954, añade:

El Capitán Mijalis aún agita tempestuosamente la sangre de los griegos. El obispo metropolitano de Quíos [Pandelemon, se llamaba] lo denuncia como indecente, traidor y antirreligioso, y dice ¡que insulta... a Creta! ¡Imagine usted en qué grado de barbarie se revuelca mi patria, es decir, los griegos oficiales, las autoridades griegas religiosas y políticas! También la Iglesia Ortodoxa de América ha entrado en razón y ha condenado *La última tentación* como libro «indecente en extremo», ateo y traidor, aunque reconoce que no lo ha leído, sino que se ha basado en los artículos de *Estía* [38](#) .

Lo divertido es que en esa época el Santo Episcopado de América del Norte y del Sur, con el arzobispo Mijail, condenó con calificativos análogos *¡El Capitán Mijalis Mavridis!* Mavridis fue el primer editor de *El Capitán Mijalis*, en octubre de 1953, ¡pero lo consideraron parte del título! Añadiré también que además de

Estía, otro diario, *O eznicós Kirix*, ganó entonces la contrata contra Casandsakis.

El arzobispado de América depende del Patriarcado Ecuménico, que se había distanciado de toda la persecución y condena de la Iglesia de Grecia contra Casandsakis. El propio patriarca ecuménico, Atenágoras, declaró más tarde que las obras de Casandsakis honran la biblioteca del Patriarcado y recriminó a la Iglesia de Grecia por sus actuaciones contra Casandsakis, según las publicaciones de la época. Que la Iglesia de Grecia haga públicos sus archivos para que conozcamos la verdad. No quiero pedir perdón.

En cuanto a la Iglesia de Chipre, se mantuvo al margen de censuras y condenas de las obras de Nicos Casandsakis. Cabeza de la Iglesia, de 1955 a 1977, fue el arzobispo y jefe de la nación, Macarios, hombre lúcido e ilustrado. Más tarde, Macarios, también como Presidente de la República de Chipre, de 1960 a 1977, recibía con gran simpatía y respeto a Eleni N. Casandsakis, cuando iba a Chipre. Y estuvo yendo regularmente desde 1967 hasta 1988. Por supuesto, durante la invasión turca, el 20 de julio de 1974, se encontraba en Kerinia con mi esposa y mi hija, su ahijada, y fueron detenidas por los turcos. Permanecieron en sus manos cinco días. Se salvaron cuando la Fuerza de Paz de las Naciones Unidas en Chipre (UNFICYP) procedió a la evacuación y expatriación de turistas extranjeros. Salieron con ellos y se salvaron. La actitud y el comportamiento de Eleni N. Casandsakis en aquellas horas trágicas fue noble y valiente. Macarios diría más tarde: «Esta mujer estaba a la altura de Casandsakis».

Desde entonces, las cosas han cambiado mucho. En nuestra época hay jerarcas que estudian a Casandsakis, escriben ensayos sobre su obra y hasta poemas sobre él. Su obra se enseña a los estudiantes de Teología y *La última tentación* se ha convertido en tema de tesis doctorales en las Universidades. Pero la intolerancia permanece activa. ¡El alma del hombre es un abismo!

En una de sus cartas a su amigo chipriota Emilios Jurmusios, en Atenas, eminente periodista e ilustre hombre de letras, Nicos

Casandsakis escribe, con fecha 30 de mayo de 1954:

Trabajo con quietud de espíritu, con la conciencia tranquila, como un hombre que cumple su deber... Con toda seguridad... soy una naturaleza profundamente religiosa, pero incapaz de permanecer en un redil. De vez en cuando entro para devorar algún cordero. O mejor dicho, para llevarme algún cordero y enseñarle a convertirse en lobo...

Nicos Casandsakis consideraba *La última tentación* una obra de fervor hacia Cristo. En una carta fechada el 13 de noviembre de 1951, dirigida a Börje Knös, escribe:

Le envió esta obra mía con gran emoción. Tenga paciencia para leerla y con toda seguridad, poco a poco le dominará la misma emoción que yo sentí en el fondo de mi ser cuando la escribía. He querido renovar y completar el sagrado Mito en el que se basa la gran cultura cristiana de Occidente. No es una simple «Vida de Cristo», es un esfuerzo, un santo intento creativo de reencarnar la esencia de Cristo apartando las herrumbres, las mentiras y las mezquindades que le han echado encima y con las que lo han deformado todas las Iglesias y todos los portadores de sotana de la Cristiandad. Mis manuscritos se emborronaban de tinta muchas veces mientras la escribía porque no podía contener las lágrimas. Parábolas que no era posible que Jesús las consintiera como las cuentan los Evangelios, las he completado y les he dado el final elevado y lleno de compasión que concuerda con el corazón de Jesús. Palabras que no sabemos si pronunció las pongo en su boca porque quizá las hubiera pronunciado si sus discípulos hubieran tenido su fuerza espiritual y su pureza. Y por doquier, poesía, amor a los animales, a las plantas, a los hombres, confianza en el alma, certeza de que la luz vencerá...

Pasé un año sacando de la biblioteca de Cannes todos los libros que se han escrito sobre Cristo, sobre los judíos de aquella época, las crónicas, el Talmud, etc., de tal manera que todos los detalles son ciertos históricamente. Aunque reconozco al poeta el derecho a no seguir servilmente la historia. Poesía es algo más filosófico que historia

[39](#) ...

Casandsakis escribía y siempre albergaba en sí la preocupación —digamos también esto— de si encontraría en Atenas editor para sus obras, mientras que las cosas eran más fáciles en el extranjero. Sea como fuere, en una carta escrita

desde Antibes a su amigo, el poeta Minas Dimakis, en Atenas el 27 de noviembre de 1950, dice:

Me avergüenza que la novela *Cristo de nuevo crucificado* vaya de editor en editor, y te ruego que se la devuelvas a Tea [Anemoyanis] para que me la guarde [...] Ahora estoy escribiendo otra: *La última tentación*, completamente diferente [40](#) .

En una carta de Casandsakis, fechada el 27 de noviembre de 1948 y dirigida a Minas Dimakis, que le enviaba a Antibes periódicos y revistas para que se mantuviera informado, se encuentra también la conocida expresión suya:

Tengo a Grecia entera presente ante mis ojos. Creo que no me falta nada [41](#) .

Mientras que en otra carta del 29 de mayo de 1950 le escribe:

Me consideran un erudito, un intelectual, un chupatintas. Pero no soy nada de eso. Cuando escribo, mis dedos no se manchan de tinta, se manchan de sangre. Creo que no soy más que esto: un alma insumisa que no acepta chupar caramelos [42](#) .

Sobre Eleni, a la que Casandsakis se refiere constantemente en sus cartas, escribe Dimakis:

Eleni, la segunda esposa de Casandsakis, ángel custodio, sostén, ayudante valiosísima en la creación de una gran obra, que vivía el duro y difícil combate de él en las escarpadas crestas del espíritu [...] [43](#) .

* * *

Nicos Casandsakis dedicó *La última tentación* a María Bonaparte, escritora y princesa de Jorge de Grecia. El lector encontrará esta dedicatoria en la página 7 del libro [44](#) . Nicos Casandsakis, en algún momento del año 1955 —en los últimos años permanentemente—, tuvo relación con la pareja real, que vivía en París. Por otra parte, Casandsakis además, vivió con Eleni los últimos diez años de su vida en Francia. El príncipe Jorge y María Bonaparte se habían establecido en París después

del levantamiento de Gudi de 1909 ⁴⁵ . Sabido es que el príncipe Jorge de Grecia fue nombrado por las Grandes Potencias Alto Comisionado de Creta y llegó a Suda el 9 de diciembre de 1898. La llegada de Jorge fue considerada como el anuncio de la *Énosis* de Creta con Grecia y se identificó con su libertad. Los ojos de Casandsakis se anegaban en lágrimas cuando pensaba en aquel día, «uno de los días más sublimes de su vida». La proclamación oficial de la Unión de Creta con Grecia se produjo quince años después, el 1 de diciembre de 1913. Casandsakis y Jorge murieron el mismo año, en 1957.

María Bonaparte, apenas un año mayor que Casandsakis (había nacido en 1882) fue alumna brillante de Sigmund Freud (1856-1939), fundador del psicoanálisis, y seguidora de su obra. Estaba en la mejor situación para apreciar la genialidad, la grandeza, y también la inocencia, de Nicos Casandsakis, como también la malicia de sus persecuciones. A través de la reina Federica, jugó un decisivo papel mediador ante el Gobierno griego y ante la Iglesia de Grecia. Evitó la excomunión de Casandsakis y pidió que terminaran las persecuciones contra él. Sobre este asunto existe una carta de Casandsakis a Prevelakis, con fecha 25 de abril de 1955:

[...] Ayer tuve una inesperada «Alta» visita que me aseguró que no habría ninguna persecución del Gobierno contra mí. Supongo que esta información tendrá la misma fuente que la suya [...].

En las notas explicativas a pie de página, Prevelakis escribe:

La «Alta» visita era la esposa del príncipe Jorge de Grecia (María Bonaparte) ⁴⁶ .

De este modo, por medio de una doble actuación en el mismo año, María Bonaparte contribuyó a que quedara a salvo el maltrecho honor de Grecia: no sólo del Estado, que como un Cronos que devora a sus hijos, le abortó el Premio Nobel, sino también de la Iglesia, que lo martirizaba y lo injuriaba de forma nada cristiana. Por tanto, Casandsakis dedicó este libro a María Bonaparte con toda justicia.

Añado en este punto el testimonio auténtico de Eleni N. Casandsakis:

¿Quién impidió a la Iglesia ortodoxa caer en el error de anatematizar a Casandsakis y su obra y convertirse así en objeto de mofa en todo el mundo religioso? Si nuestras informaciones son ciertas ¡la propia reina de Grecia, una alemana!

Un griego que se avergonzaba del ataque difamatorio que habían puesto en marcha contra Casandsakis envió sus libros a la princesa María Bonaparte y le rogó que los leyera. Increíblemente inteligente y de mente abierta, la princesa de Jorge de Grecia —este era su título oficial—, escritora ella misma, psicoanalista, seguidora y amiga fiel de Freud (consiguió salvarlo de los hornos crematorios nazis comprando su vida por una fuerte suma de dinero) leyó los «escandalosos» libros, le gustaron, los adoptó y los recomendó a su sobrina, la reina Federica...

María Bonaparte era francesa y liberal. Princesa de casa reinante, jamás aceptó que este título se convirtiera en una jaula de oro que la esclavizara. Y tampoco imaginó nunca que un título conceda privilegios no escritos sobre otros hombres. Por eso escribió a Casandsakis y le pidió permiso para ir a conocerle. La primera vez fue sola, con una mochila con sus obras. Volvió con su hija, la princesa Eugenia. La tercera vez fue con el príncipe Jorge.

La llegada del príncipe Jorge a Creta la había descrito Nicos en su *Informe al Greco* como el acontecimiento más feliz de su vida. ¡El príncipe de Grecia, que llevaba la muy ansiada libertad! Pasaron los años. Los dos hombres, aunque en bandos completamente opuestos, seguían considerando aquel día como el más feliz de su vida. Nicos porque amaba mucho la libertad y a Creta; el príncipe porque, a su manera, amaba mucho a Creta y creía además que la había servido del mejor modo. Prudentes los dos, nunca hicieron alusión a aquel delicado asunto» [47](#) .

* * *

La obra de Casandsakis es vasta y polifacética, pero él consideraba SU OBRA —así la llamaba— su *Odisea*, que escribió, en siete escrituras sucesivas, durante quince años ininterrumpidos, y que editó en 1938. Una edición idéntica a la primera fue sacada por Ediciones Casandsakis desde diciembre de 2005 hasta febrero de 2006. En el Canto XXI presenta a

Odiseo a la orilla del mar «observando» a los pescadores y, «en medio de ellos resplandece, como un cisne negro, un joven que canta con cuello estirado y afligido» ⁴⁸ (versos 1211-1212). Es Cristo. El diálogo entre Odiseo y Cristo es conmovedor. De modo que ni siquiera en la *Odisea*, la Obra de su vida, olvida Casandsakis a Cristo.

Nicos Casandsakis fue siempre un nostálgico y un entusiasta de Cristo y el libro que le dedicó refleja y plasma su idea y su visión de las cosas, el angustioso combate entre la materia y el espíritu, la lucha entre el cuerpo y el alma, el conflicto entre la contingencia y la inmortalidad. Para Casandsakis el hombre perfecto es el que es héroe y santo al mismo tiempo. Es, pues, natural que amara de forma especial esta novela suya sobre el Dios-hombre, Cristo.

Aquí creo que tiene cabida una pequeña anécdota verídica: La esposa de Nicos Casandsakis, Eleni Samíu, y la esposa de Emilios Jurmusios, Marica Papaioanu, tenían estrechas relaciones humanas e intelectuales. Por hablar de las humanas, fue Marica Papaioanu, famosa pianista, quien animó a Eleni Samíu a ir a Dexamení, el 18 de mayo de 1924, para encontrarse por primera vez con el renombrado Nicos Casandsakis, que acababa de llegar del extranjero y estaba muy solicitado. Ella acudió, y desde ese día permaneció para siempre con él como su compañera y amiga. Más tarde, en correspondencia, digamos, Casandsakis «arregló el casamiento» de Marica Papaioanu con Emilios Jurmusios. Los dos hombres partieron un día de este mundo y sus viudas permanecieron siendo amigas de por vida. En casa de Marica Papaioanu, en la calle Bucurestiu núm. 25, un día que había ido de visita con Eleni, mientras revisaba su biblioteca, encontré una copia de *La última tentación* con una dedicatoria de puño y letra de Casandsakis: «Regalo a Milio y Marica este libro, que amé más que ningún otro».

Diciembre de 2007-enero de 2008
PÁTROCLOS STAVRU

[1](#) Τετρακόσια γράμματα του Καζαντζάκη στον Πρεβελάκη, Εκδόσεις Ελένη Ν. Καζαντζάκη, Β' έκδοση, με επιμέλεια Πατρόκλου Σταύρου, Αθήνα, 1984, σελ. 508 [*Cuatrocientas cartas de Casandsakis a Prevelakis*, Ediciones Eleni N. Casandsakis, 2.^a ed., con estudio de Pátroclos Stavru, Atenas 1984, pág. 508].

[2](#) *Ibíd.*, págs. 502-503.

[3](#) Eleni N. Casandsakis, *Nicos Casandsakis. El disidente. Biografía basada en sus cartas y escritos inéditos*, Ediciones Eleni N. Casandsakis, 2.^a ed., con estudio de Pátroclos Stavru, Atenas, 1983, pág. 476.

[4](#) *Ibíd.*, págs. 476-477.

[5](#) *Informe al Greco*, cap. XI, «Naxos», pág. 96, Ediciones Casandsakis, 17.^a ed., Atenas, 2007 [en la edición en español, Madrid, Cátedra, 2014, pág. 196].

[6](#) Τετρακόσια γράμματα [*Cuatrocientas cartas*], *op. cit.*, pág. 515. Casandsakis desde Egina escribe a Prevelakis, en Atenas, el 2 de marzo de 1944.

[7](#) *Ibíd.*, pág. 388.

[8](#) *Ibíd.*, pág. 630.

[9](#) *Ibíd.*, pág. 633.

[10](#) *Ibíd.*, pág. 638.

[11](#) *Ibíd.*, pág. 641.

[12](#) *Ibíd.*, pág. 653.

[13](#) *Ibíd.*, págs. 661-662.

[14](#) *Ibíd.*, pág. 662.

[15](#) *Ibíd.*, págs. 667-668.

[16](#) *Ibíd.*, pág. 669.

[17](#) *Ibíd.*, pág. 700.

[18](#) *Informe al Greco*, *op. cit.*, cap. VIII, «Naxos», pág. 74 [en la edición en español, *op. cit.*, pág. 170].

[19](#) *Ibíd.*, pág. 75 [en la edición en español, *op. cit.*, pág. 171].

[20](#) *Ibíd.*, cap. X, «Degüello», pág. 90 [en la edición en español, *op. cit.*, pág. 189).

[21](#) *Ibíd.*, cap. XVII, «Peregrinación a Grecia», pág. 157 [en la edición en español, *op. cit.*, pág. 271].

[22](#) *Nuevo Testamento* (con breve interpretación), por † Pan. N. Trebelas, 44.^a ed. Congregación de Teólogos «El Salvador», Atenas, noviembre de 1998, págs. 118-119. La edición está aprobada por el Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, por el Santo Sínodo de la Iglesia de Grecia, los Patriarcados de Antioquía, Alejandría y Jerusalén y por el Arzobispado de Chipre.

[23](#) Ταξιδεύοντας: Ιταλία, Αίγυπτος, Σινά, Ιερουσαλήμ, Κύπρος, Ο Μωριάς, Δ΄ΙΕΡΟΥΣΑΛΗΜ, ΙΙΙ, Πάσχα [*Viajando: Italia, Egipto, Sinaí, Jerusalén, Chipre, Morea* , Jerusalén. ΙΙΙ Pascua], Atenas, Ediciones Casandsakis, 2004, pág. 159.

[24](#) *Ibíd.*, págs. 160-161.

[25](#) Nicos Casandsakis. ΘΕΑΤΡΟ Β΄ - Τραγωδίες με βυζαντινά θέματα: Χριστός, Ιουλιανός ο Παραβάτης, Νικήφορος Φώκας, Κωνσταντίνος Παλαιολόγος, Αθήνα Εκδόσεις Ε. Ν. Καζαντζακη , 1998, σελ . 9 10, 11 και 39 [*Teatro II. Tragedias de tema bizantino: Cristo, Juliano el Apóstata, Nicéforo Focas, Constantino Paleólogo*, Atenas, Ediciones Casandsakis, 1998, págs. 9-10, 11 y 39. Reimpresión de la primera edición del tomo, que se hizo en 1956 en Atenas, bajo la supervisión de Enmanuil J. Casdagli].

[26](#) Nicos Casandsakis. *El inconformista*, *op. cit.*, pág. 580.

[27](#) *Ibíd.*, págs. 595-596, Carta de Casandsakis a Knös, 30 de enero de 1952.

[28](#) *Ibíd.*, pág. 604.

[29](#) *Ibíd.*, pág. 598.

[30](#) Y he asumido un ingente trabajo preparatorio que consiste en asesorar sobre cómo debe organizarse la traducción a diferentes lenguas de todas las obras excepcionales, de todas las épocas, en el ámbito de la literatura, las ciencias naturales, la sociología, etc. *Carta de Casandsakis a Tea Anemoyanis*, del 15 de mayo de 1947, *ibíd.*, págs. 541-542.

[31](#) *Nuevo Testamento* (con interpretación resumida), pág. 874.

[32](#) Nuevo Testamento, texto original con traducción en demótica. Compañía Bíblica Griega. Atenas, 2003. En el Prólogo de la edición se hace constar lo siguiente: Con las bendiciones del Venerable Patriarcado Ecuménico de Constantinopla y de la Iglesia de Grecia, así como de los Patriarcados de Alejandría y Jerusalén.

[33](#) *Ibíd.*, pág. 8.

[34](#) *Ibíd.*, pág. 82.

[35](#) *Ibíd.*, págs. 139-140.

[36](#) Ofrezco los elementos ortográficamente correctos de la edición alemana de *La última tentación: Die letzte Versuchung*, Roman, Berlin Grunewald. F. A. Herbig Verlagsbuchhandlung (Walter Kahnert).

[37](#) *Nicos Casandsakis. El disidente, op. cit.*, pág. 613.

[38](#) *Ibíd.*, págs. 613-614.

[39](#) *Ibíd.*, pág. 591.

[40](#) Καζαντζάκης- Επιστολές τουΚαζαντζάκη στον Μήνα Δημάκη- Σχόλια, σειρά εκδόσεων «Το Ελληνικό βιβλίο», Αθήνα , 1975, σελ , 29.

[41](#) *Ibíd.*, pág. 18.

[42](#) *Ibíd.*, pág. 27.

[43](#) *Ibíd.*, pág. 66.

[44](#) El dr. Stavru se refiere a la edición griega de 2010.

[45](#) El golpe de Estado de Gudi fue un pronunciamiento militar llevado a cabo por la Liga Militar griega, el 15 de agosto de 1909, para forzar al Gobierno a aplicar ciertas medidas encaminadas a fortalecer las fuerzas armadas. Tras el golpe, comenzó un periodo de control indirecto de la política griega por parte de los militares de la Liga. Este golpe ha recibido tradicionalmente el beneplácito de la historiografía griega. Para los conservadores, la intervención de la Liga supuso el comienzo de la preparación militar que llevó a las victorias y a la expansión territorial durante las Guerras Balcánicas. Para los liberales, significó la llegada de Veniselos, con los cambios sociales y económicos que conllevó. *[Nota de la traductora]*.

[46](#) Τετρακόσια γράμματα, *op. cit.*, pág. 687.

[47](#) Nicos Casandsakis. *El inconformista*, *op. cit.*, págs. 621-622.

[48](#) *La Odisea*, Atenas, Ediciones Casandsakis, 1984, pág. 789.

APÉNDICE

FRAGMENTOS DEL «DIARIO DE SESIONES
DEL PARLAMENTO GRIEGO» SOBRE NICOS
CASANDSAKIS

Todo lo dicho y debatido sobre Nicos Casandsakis en las cuatro sesiones del Parlamento griego, celebradas los días 11 y 18 de marzo, 4 de mayo y 25 de noviembre de 1955, lo hemos tomado del *Diario de Sesiones del Parlamento griego* . El papel protagonista lo desempeñó Constandinos Mitsotakis, pero también dieron muestras de sensibilidad y firmeza otros muchos diputados. Además de en el *Diario de Sesiones del Parlamento*, los debates están recogidos en las *Actas* del mismo, con idénticas fechas, pero de forma resumida.

Lo que se dijo y se debatió, transcrito aquí fielmente, «habla por sí solo» y el lector sacará sus propias conclusiones sin dificultad. Por eso eludimos añadir comentarios u ofrecer información complementaria.

Agradecemos a Petros Runyeri, responsable del Departamento de Libros de la Biblioteca del Parlamento griego, su valiosa ayuda en esta cuestión. Asimismo, damos las gracias a nuestra colaboradora Evangelía Sofianú por su cooperación en este tema.

PÁTROCLOS STAVRU

Sesión 56.
Viernes, 11 de marzo de 1955
Presidencia Sr. K. G. Rodópulos
(Hora 6.45 p. m.)

[...]

PRESIDENTE . Pasamos al

ORDEN DEL DÍA
DE LAS MOCIONES Y PREGUNTAS

Se debaten las mociones y preguntas dirigidas al Sr. ministro de Justicia.

[...]

PRESIDENTE. El Sr. C. Mitsotakis tiene la palabra en relación a su pregunta, dirigida a los señores presidente del Gobierno, ministro de Educación Nacional y ministro de Justicia, por la que solicita se le informe sobre si es cierta la noticia publicada en la prensa, según la cual el Santo Sínodo ha pedido al Gobierno la [sic] prohibición de la circulación de los libros de Nicos Casandsakis.

La que está inscrita con el núm. 22, por error, se refiere al Sr. presidente del Gobierno.

C. MITSOTAKIS. También va dirigida al ministro de Justicia. Ha habido un error en la reimpresión. Si el Sr. ministro de Justicia no está preparado para responder, aplacemos el debate para otra sesión. La pregunta va dirigida al Sr. presidente del Gobierno y al ministro de Justicia.

P. CANELOPULOS (vicepresidente del Gobierno-ministro de Defensa). Exponga la cuestión.

C. MITSOTAKIS . Señorías, la cuestión a la que hace referencia mi pregunta interesa a la opinión pública griega, en general, —y

si se me permite decirlo— interesa de forma muy especial a la opinión pública de mi patria, Creta. A raíz de difundirse la información de que el Santo Sínodo ha pedido la prohibición de la circulación de los libros de Nicos Casandsakis, han sido numerosísimas las manifestaciones de los medios de que dispone la opinión pública. No es baladí ni casual que, por una parte, se hayan remitido al Gobierno gran cantidad de escritos de protesta, y por otra, que la casi totalidad de la prensa griega se haya pronunciado en contra de esta persecución.

Señores diputados, Nicos Casandsakis es uno de los más grandes escritores griegos contemporáneos, es un intelectual cuya fama ha sobrepasado las fronteras de nuestro país y cuyos libros se leen con un interés especial en todo el mundo. Es significativo el hecho de que sus libros hayan sido traducidos a trece lenguas y que se lean en toda Europa y por doquier, puedo decir, desde Grecia hasta los países escandinavos y desde América hasta Francia e Inglaterra. Sin embargo, en mi opinión, Nicos Casandsakis no es sólo un gran literato, es al mismo tiempo un auténtico patriota, como queda de manifiesto en sus últimos libros. El libro *El Capitán Mijalis*, cuya prohibición ha pedido el Santo Sínodo —si mis informaciones son exactas— es, y puede corroborarlo cualquiera que lo haya leído, un verdadero canto épico a Creta, un libro cuyo título cuando fue traducido a las lenguas extranjeras era *Libertad o Muerte*. Describe la Creta sublevada [*sic*] y ofrece un retrato del alma de Creta. Narra las luchas que hemos mantenido por la libertad y ha logrado captar como ningún otro escritor, y ha transmitido la idea del alma de Creta, de la Creta sublevada contra el tirano.

A esto hay que añadir, señores diputados, que Nicos Casandsakis es, en mi opinión, además, un auténtico cristiano. Tiene un profundo y noble sentimiento religioso, como demuestra su último libro, *Cristo de nuevo crucificado*, que ha circulado en Grecia. Nicos Casandsakis es un auténtico cristiano porque tiene un verdadero sentimiento religioso y puedo decir que probablemente sea más cristiano que muchos de sus acusadores.

Señores colegas, en los últimos tiempos, la Iglesia griega ha revelado ciertos aspectos de su forma de actuación que han suscitado comentarios públicos y han provocado muchas críticas. La Iglesia tiene muchos problemas a los que hacer frente y es su deber afrontar estos problemas prioritariamente, antes que abordar e intervenir en este asunto y en cosas que no le conciernen directamente. Y no puede dar la impresión de que se adentra en caminos tortuosos, caminos que pueden conducir a la abolición de la libertad de pensamiento y de expresión.

No puedo aceptar, pese a las informaciones, que el Santo Sínodo haya pedido tarde, con tanto retraso y después de un debate tan prolijo, la prohibición de la circulación de las obras de Nicos Casandsakis. Sin embargo, quiero creer que el Gobierno griego, que es el Gobierno de un país libre y democrático que siempre ha abanderado la libertad de pensamiento y de expresión, no caerá en el desliz de proceder a la prohibición de la circulación de estos libros, porque de lo contrario, dará la impresión de que en nuestro país se ha implantado el oscurantismo y de que en la tierra en la que nació la libertad, ya no se tolera la libertad de pensamiento y de expresión.
[Aplausos].

PRESIDENTE .El Sr. ministro de Justicia tiene la palabra.

C. CEOFANOPULOS (ministro de Justicia). Hace unos días se ha recibido en el Ministerio de Justicia un escrito del Santo Sínodo en el que se ponen de manifiesto las deliberaciones y conclusiones de sus pesquisas sobre el libro del escritor y hombre realmente sabio, como usted lo califica, Sr. Casandsakis. Consideré que el Ministerio debía prestar especial atención a las quejas de la Iglesia, así como al texto, digamos, acusatorio. En estos dos o tres días, mis ocupaciones en el Ministerio no me han permitido estudiar la cuestión y remitirla a los poderes correspondientes para que se pronuncien. Deseo asegurar al Parlamento y de forma muy especial al ilustre y respetable colega, que los jueces, que son respetuosos con los poderes eclesiásticos, pero que también mantienen íntegra su ética y sus criterios, saben prodigar igualmente el debido respeto a quienes se dedican a escribir. Y, en lo que respecta a los libros del Sr.

Casandsakis, que gozan de tanto éxito, quiero asegurarle a usted que esté absolutamente tranquilo de que —si llegara a ser necesario, en caso de que el ministro resolviera someter la cuestión a la consideración de los jueces— los jueces procederán de manera que sea juzgado con espíritu liberal y cristiano, de modo que no debe albergarse temor alguno de que sea menoscabado ningún valor espiritual. *[Aplausos en las bancadas del partido en el poder]*.

C. MITSOTAKIS .Esperaremos, Sr. presidente, la decisión final del Gobierno para exponer lo que pensamos.

[...]

[Diario de Sesiones del Parlamento griego.

Pleno 56, del 11 de marzo de 1955,
págs. 291, 293, 295-296]

SESIÓN 61.

Viernes, 18 de marzo de 1955

Presidencia Sr. C. Y. Rodopulu

(Hora 6.45 p. m.)

[...]

PRESIDENTE [...]

Se ruega al secretario, Sr. A. Nkelestacis, lea las mociones y demás medios de control al Gobierno presentados ante la Cámara.

A. NKELESTACIS (secretario) [*Lee*].

[...]

Respuestas de los diferentes ministerios a las preguntas de los señores diputados.

[...]

III. Del Ministerio de Justicia.

Sobre la pregunta del diputado, Sr. C. Mitsotakis.

En relación a su escrito registrado con el núm. 1827/ 978, del año, y a la pregunta del Sr. C. Mitsotakis formulada en él, tenemos el honor de poner en su conocimiento, que el escrito del Santo Sínodo sobre la petición de la prohibición de la circulación de las obras del Sr. N. Casand[s]akis, ha sido remitido al Ministerio Fiscal de la Audiencia de Atenas para que, de acuerdo a sus atribuciones [*sic*], obre según las disposiciones [*sic*] en vigor.

En Atenas, 11 de marzo de 1955.

El ministro C. CEOFANOPULOS

[Diario de Sesiones del Parlamento griego.

Pleno 61, del 18 de marzo de 1955,

págs. 394-395]

SESIÓN 84.

Miércoles, 4 de mayo de 1955

Presidencia Sr. C. Y. Rodopulu

(Hora 6.45 p. m.)

[...]

PRESIDENTE. Pasamos al

ORDEN DEL DÍA DE LAS MOCIONES Y PREGUNTAS

Se tratan las mociones y preguntas dirigidas al ministro de Educación Nacional.

[...]

PRESIDENTE. El Sr. Lulacakis tiene la palabra sobre las mociones de las Corporaciones Municipales de Iracion, Récimno, y la Asociación de Jueces «Cnosós», que han protestado por la persecución del escritor N. Casandsakis.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Señor presidente, permítame hacer la observación de que en la sesión de 11-3-55, el ministro de Justicia, Sr. Ceofanopulos, dio cumplida respuesta a esta pregunta. Opino que la respuesta fue absolutamente satisfactoria, de modo que no hay razón para volver a tratar el tema en la Cámara.

E. LULACAKIS . Con posterioridad, disponemos de resoluciones de las Corporaciones Municipales.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Señoría, no existen elementos nuevos. Las resoluciones de las Corporaciones Municipales de las que usted habla se refieren a la información que ha servido de pretexto para traer la cuestión ante la Asamblea Nacional. No creo, pues, que tengamos que volver a hablar de un asunto sobre el que el ministro competente ha dado la debida respuesta satisfactoria.

E. LULACAKIS . Puesto que hay una nueva petición, está usted obligado a escucharla.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Yo no me niego a escuchar, pero someto la cuestión al criterio del presidente y de la Asamblea y pienso que no debería fatigarse a la Asamblea con un tema que está agotado.

E. LULACAKIS. No es un tema que vaya a importunar. En todo caso, que se pregunte a la Asamblea si está de acuerdo.

PRESIDENTE. No se puede preguntar a la Asamblea si se niega al debate de una pregunta. Porque, en tanto existe una pregunta, el diputado tiene derecho a exponerla en cinco minutos. La cuestión es el correcto desarrollo de las tareas de la Cámara y del Parlamento, y, siendo que anteriormente se ha dado ya una respuesta, por qué ha de responderse de nuevo. Por otra parte, bajo ningún concepto puedo yo negarle la palabra a usted ni a cualquier otro. Pero el Sr. ministro ya le ha dado una respuesta y le ha dicho que no tiene nada más que añadir, por lo tanto su pregunta va a ser simplemente una exposición de sus opiniones.

E. LULACAKIS . No es una pregunta mía. Es la pregunta de veinte colegas.

PRESIDENTE. El tema está agotado. El Sr. ministro de Justicia ha dado una respuesta y el Sr. ministro de Educación le ha dicho: «Yo no tengo nada más que decir». El Sr. ministro tiene derecho a remitirse a una respuesta ya dada. Esto no puede usted impedirselo. Si los oradores saben de antemano que no hay respuesta, ¿por qué razón debatir?

E. LULACAKIS . Hay elementos nuevos. No veo por qué no haya que debatir la pregunta, puesto que aparece en el Orden del Día.

PRESIDENTE. Nadie puede privarle de hablar cinco minutos.

E. LULACAKIS . Señores diputados, las Corporaciones Municipales de Iraclion, Janiá, Sitía y Récimno han protestado por la injusta persecución de las obras del literato Nicólaos Casandsakis y piden que se levante la prohibición de circulación de sus libros y sea desestimada cualquier tipo de sanción espiritual por parte de la Iglesia. Las Corporaciones Municipales de estas ciudades tenían el derecho y el deber de debatir un asunto de excepcional importancia intelectual y social, y me

sorprende que exista un servidor público que acuse a los Representantes Municipales que trataron este asunto en el Pleno de las Corporaciones Municipales.

I. NICOLITSAS (ministro del Interior). ¿Me permite señor diputado? ¿En las Corporaciones Municipales se trató la cuestión de hasta qué punto el Santo Sínodo tenía derecho a manifestar la opinión que ha manifestado? Este tema no figura entre las competencias de los Consejos Sociales y Municipales.

E. LULACAKIS . ¿Tiene la Iglesia derecho a juzgar obras intelectuales?

I. NICOLITSAS (ministro del Interior). Los derechos de las Corporaciones Sociales y Municipales están regulados por el artículo 21 de la Legislación Social y Municipal. La ley dice cuáles son los asuntos de su competencia. Esta cuestión les es ajena.

E. LULACAKIS . Es una cuestión que provoca la indignación del pueblo griego.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Pienso que hay que volver al tema principal, porque lo que ahora debatimos es una cuestión secundaria.

E. LULACAKIS . Este asunto provoca un gran escándalo.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Le he interrumpido porque se ha desviado hacia otro tema.

E. LULACAKIS . No me he desviado hacia otro tema, simplemente he expresado mi estupor, Sr. ministro.

Señores diputados, los libros cuya circulación ha dictaminado el Santo Sínodo que deben prohibirse son: *El Capitán Mijalis*, *Cristo de nuevo crucificado* y *Die letzte Versuchung* , es decir, *La última tentación* . He analizado estos tres libros, que han sido traducidos a todas las lenguas, y he constatado que *El Capitán Mijalis* constituye una epopeya de las luchas cretenses y es una obra patriótica y profundamente religiosa. También he leído *Cristo de nuevo crucificado* y he visto que asimismo esta obra está imbuida de un alto sentido religioso y de un excepcional patriotismo y narra de una forma trágica las persecuciones a las que está sometida la Raza en las tierras no liberadas...

Igualmente *La última tentación*, que fue editada en alemán y ha sido traducida al griego, es una obra profundamente religiosa. Por otra parte, las críticas de los extranjeros son encomiásticas.

Les referiré lo que ha dicho el secretario de la Academia de Dresde. Ha dicho: «La obra de Nicólaos Casandsakis es una de las más grandes obras de la literatura contemporánea... [lee] ...». También el crítico del diario *Tager Blatt*, de Berlín, expresa su admiración por la obra de Nicólaos Casandsakis y dice: «que es... [lee] ...». Igualmente un diario de Berlín dice que «Es un fenómeno en la literatura mundial»... [lee] ... Y no sólo estos críticos, sino también los austriacos y todos los críticos de Europa se han ocupado de su obra y todos están de acuerdo en que Casandsakis es una gran personalidad de la literatura contemporánea y del mundo intelectual.

Y mientras la crítica internacional es tal, nosotros, aquí, condenamos su obra y prohibimos la circulación de unos libros que han sido tan encarecidamente encomiados por la crítica mundial.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Sr. Presidente, permítame expresar mi más enérgica protesta, porque lo que se ha dicho dista mucho de la realidad. No se ha prohibido ningún libro de Casandsakis, no se ha ejercido ninguna persecución ni se ha pensado en prohibir la circulación de los libros o en perseguir al autor de los mismos.

E. LULAKAKIS . Se ha pedido su prohibición.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). No debe contribuirse a crear ideas previas falsas con afirmaciones de que se persigue a un escritor.

E. LULAKAKIS . No creamos ideas previas falsas. Esa persecución existe realmente.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). ¿Quién es el agente de la persecución?

E. LULAKAKIS . El Santo Sínodo.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). ¿Porque el crítico A o el crítico B se hayan manifestado en desacuerdo con

estas obras, podemos afirmar seriamente que existe una persecución?

E. LULACAKIS . Veo que este debate sobre las obras de Casandsakis ha provocado una marejada en la bancada del Gobierno. No sé por qué motivo. Lo deploro, pero el Sr. ministro de Educación...

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Sólo entre los Representantes Municipales de Atenas.

E. LULACAKIS . No. Está confundido. También entre los del Pireo, los de Tesalónica y otros. Siento que el Sr. ministro de Educación se exprese de ese modo. Insto al Gobierno a que nos diga qué medidas se propone tomar para que la obra de N. Casandsakis quede indemne y sus libros circulen libremente en Grecia.

PRESIDENTE. El Sr. Cozris tiene la palabra.

E. COZRIS . La deposición de las resoluciones de las Corporaciones Municipales de Creta así como las de las sucesivas resoluciones de las Corporaciones Municipales de todas las grandes ciudades representadas en el Parlamento, significan que no hemos quedado satisfechos con la respuesta que el Sr. ministro de Justicia ha dado a la pregunta del diputado de Janiá. Se trata de una cuestión que con total justicia ha agitado a toda Grecia, y aún más, a los ambientes intelectuales de todo el mundo, y los Representantes Municipales han pensado con toda razón que tenían la obligación de protestar, expresando el sentir de los ciudadanos, por el evidente propósito del Gobierno de detener la circulación de estas obras.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Señores diputados, vuelvo a expresar mi más enérgica protesta, porque el Gobierno no ha procedido a ninguna actuación.

E. COZRIS . Es manifiestamente cierto que el Gobierno no ha consumado este propósito a causa de la indignación de la opinión pública.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación) Sr. presidente, reitero mi enérgica protesta porque se están diciendo cosas contrarias a la verdad.

E. COZRIS . La deposición, repito, hay que entenderla como una protesta, no sólo por este atentado, sino también por la sanción que se ha intentado imponer a los Representantes Municipales por haberse atrevido a manifestar mediante una resolución de la Corporación Municipal, el espíritu que reinó y la justa indignación de sus ciudadanos. Este, Sr. presidente, es el sentido de mi protesta contra el Gobierno, que ha demostrado ser contrario al espíritu y al alma del pueblo griego.

PRESIDENTE. Por lo que he colegido, el litigio está entre las Corporaciones Municipales y el Santo Sínodo. Puesto que el Sr. ministro de Educación manifiesta su protesta y afirma que yo no he tomado ninguna medida y que no se puede tomar medidas contra el Santo Sínodo. En consecuencia, situemos la cuestión en el Santo Sínodo. Por otra parte, el Santo Sínodo tiene además cierta competencia, quizá mayor que la de los Representantes Municipales. Por tanto, centremos el tema en el Santo Sínodo y no en el Gobierno.

El Sr. Mitsotakis tiene la palabra.

C. MITSOTAKIS. Señores diputados, debo decir que la respuesta de hoy del ilustre Sr. ministro de Educación no ha sido la única respuesta diplomática, según la expresión del ilustre presidente de la Cámara. Diplomática fue también la respuesta del ilustre Sr. ministro de Justicia cuando se debatió mi pregunta sobre esta cuestión. Y no diré que estoy completamente de acuerdo con el diputado de Lasiciú. No obstante, tengo que decir que, ante la indiscutible gravedad de la cuestión, que ha alarmado a amplios sectores de la opinión pública griega, el Gobierno no sólo no se ha pronunciado, sino que, por el contrario, con su modo de proceder, ha dado pie a pensar que está de acuerdo con la actuación de quienes pretenden la prohibición de la circulación de las obras de Nicolás Casandsakis. Porque no es sólo que se haya negado a pronunciarse cuando el asunto fue promovido por el Santo Sínodo, sino que ha dejado clara su posición al presentar una denuncia contra los Consejeros Sociales y contra los Representantes Municipales que habían participado en la publicación de resoluciones de protesta contra la persecución de

las obras de N. Casandsakis. Nadie que sea objetivo puede negar que este modo de proceder revela una actitud desfavorable y deja patente la sintonía del Gobierno con quienes pretenden que se prohíba la circulación de estos libros. Señores diputados, en la sesión precedente tuve la ocasión de decir con muy pocas palabras unas simples verdades muy concretas que, creo, están en consonancia con el sentir de la opinión pública griega. Nicolás Casandsakis es un escritor cuya fama ha rebasado con creces las estrechas fronteras de nuestra patria y que en este momento está considerado uno de los primeros literatos en la estima mundial. Creo que para toda Grecia, para la Grecia oficial actual —se exprese ésta a través del Gobierno o de los representantes de la Iglesia, o lo haga a través de los portavoces de la opinión pública, es decir, la prensa griega, aunque se trate de una considerable minoría parcial— constituye un grave error el hecho de que en nuestra patria, donde siempre se ha respetado la libertad de espíritu, se haya manifestado esta disposición a favor de la persecución de las obras de Nicolás Casandsakis. Y tuve, además, la ocasión de afirmar, y considero mi deber repetirlo de nuevo, que especialmente la Iglesia de Grecia no tenía ninguna razón para volverse contra N. Casandsakis. Porque, como demuestran sus obras, y sobre todo la que ha circulado últimamente, *Cristo de nuevo crucificado*, Nicolás Casandsakis es un auténtico cristiano con un sentimiento religioso espontáneo y verdadero, y en cualquier caso —lo dije entonces y lo repito ahora—, yo personalmente, que he leído sus obras, lo considero más cristiano que muchos de sus perseguidores. En consecuencia, pienso que no es posible que el Gobierno de nuestro país despache este asunto con una vaga declaración, como la que ha hecho el ministro de Justicia, diciendo que la cuestión se remitirá a los Tribunales para que se pronuncien. Indiscutiblemente, la Justicia griega cumplirá su deber y no existe la menor duda de que la circulación de las obras de Nicolás Casandsakis no va a ser prohibida por los Tribunales griegos. Sin embargo, el hecho de que el Gobierno griego permanezca, cuando menos, neutral, desfavorablemente neutral, en el debate de la cuestión, no creo que diga muy bien

de él. Pienso que expreso el sentir común del pueblo griego y, en especial de mi distrito electoral, si digo que exigimos al Gobierno que adopte una postura correcta y ponga fin a estas persecuciones que dejan a Grecia en una posición muy negativa, y que precisamente en el lugar donde nació la libertad, dan muestras de intolerancia y acoso a las libertades de pensamiento.

PRESIDENTE. El Sr. Marís tiene la palabra.

Sr. MARÍS . Sr. presidente, aprovecho las resoluciones de las Corporaciones Municipales de Creta y de otros distritos del territorio nacional para expresar nuestra indignación por el cobarde y malintencionado ataque contra un importante hijo de nuestra tierra, como es Nicolás Casandsakis. Este país, en lugar de alegrarse porque un intelectual hijo suyo haya adquirido fama mundial, todo lo contrario, sus mentes estériles, valiéndose de medios mezquinos, se empeñan en dar pruebas ante el mundo de que en la tierra donde nació la libertad, hoy día se persigue el espíritu. Y esto desgraciadamente no nos honra.

PRESIDENTE. El Sr. Jluverakis tiene la palabra.

M. JLUVERAKIS . La decisión del Santo Sínodo ha sido injusta. Pienso que no habrá que llegar a los tiempos pasados de la excomuni3n. La obra de Casa[n]dsakis constituye la quintaesencia del alma griega. Pienso que en las democracias no puede haber restricciones a la libertad de pensamiento y de palabra, dado que las obras de los escritores, como es el caso de las obras de Casandsakis, se encuentran enmarcadas en ámbitos nacionales. Será necesario que, en lo que respecta al tema en cuesti3n, la Justicia cumpla con su deber.

PRESIDENTE. El Sr. Sorbás tiene la palabra.

N. SORBÁS . La pregunta objeto de debate tiene una gran importancia porque últimamente se viene observando en nuestro país algo que es inaceptable. Hace unos meses, determinados 3rganos policiales procedieron a la detenci3n de un ciudadano a causa de una obra suya, y cuando fue juzgado, fue absuelto por la Justicia. Se trata de Livaditos, que permaneci3 detenido seis meses. Antes que él, tambi3n Papanutsos trat3 de dar una conferencia en mi demarcaci3n electoral y el clero se moviliz3

para impedírselo, argumentando que en su *Ética* escribe que es apátrida. Cuando se les indicó que ese capítulo se refiere al monstruo de la inmoralidad y que era el monstruo de la inmoralidad el que es apátrida, condescendieron. Se persigue a determinados hombres por sus obras aunque ni siquiera se han leído. Lo mismo sucede con Casandsakis. No creo que, cuando el mundo entero reconoce y honra su valía intelectual, tengamos que venir nosotros a condenarlo aquí. Y no puede decirse que el Gobierno carece de responsabilidad, cuando ha sancionado a los Representantes Municipales que se han atrevido a protestar. El Gobierno tiene una responsabilidad y debe proceder de modo que nuestra cultura intelectual tenga garantizada la libertad, porque por ella luchamos y por ella vencemos.

E. SANIS . La postura que tome el Gobierno en este tema probará su talante democrático y que respeta la libertad de espíritu en el país donde ésta nació.

Y. GRIGORIU . Es inaceptable que en el siglo XX se persiga la libertad de espíritu y más aún cuando se trata de un escritor que honra nuestra patria en todo el mundo. El Gobierno ha cometido un error al sancionar a los Representantes Municipales por haber abordado asuntos ajenos a sus obligaciones. El Gobierno da muestras de firmeza y controla a los Representantes Municipales cuando estos tienen una actitud favorable a la oposición. El Gobierno está obligado a pronunciarse en la cuestión que nos ocupa. Si se mantiene neutral, está admitiendo la persecución de la libertad de espíritu en nuestro país.

Y. TSATSANIS . Cualquier país que contara con una gran figura intelectual de la inmensa valía literaria de Casandsakis, le tributaría honores. Sin embargo, en el país de la cultura y del pensamiento, el escritor griego es perseguido. Y yo no puedo aceptar que no se está persiguiendo la obra de Casandsakis, puesto que se han tomado medidas contra él, y prueba de ello es la sanción impuesta a los Representantes Municipales de Tesalónica. La Iglesia de Grecia que tendría que preocuparse de tantos otros temas, no debería haber tomado tal decisión, debería haber dictaminado ella, en lugar de remitir la obra al Patriarcado. Sobre esta cuestión se ha presentado una

interpelación y será entonces cuando expongamos extensamente nuestros puntos de vista y censuremos al Gobierno por su postura en todo este asunto. Esperaremos una respuesta para conocer las medidas que se van a tomar.

P. DEDIDAKIS . Pienso que un escritor candidato al Premio Nobel no puede ser perseguido.

D. PAPASPIRU . Me veo obligado a hacer dos observaciones. Primero: ha sido impropio la decisión de trasladar el escrito del Santo Sínodo al fiscal de la Audiencia. Y segundo: ha sido impropio la sanción en bloque a los Representantes Municipales. Sobre el primer hecho, una vez oídas las protestas de algunos compañeros, permítaseme no estar de acuerdo con la afirmación de que el Sr. ministro estaba obligado a tomar esa medida porque nadie puede hacer gala de ser infalible. Sr. ministro, fueron las altas jerarquías de la Iglesia las que promovieron la persecución del gran Veniselos. Fueron las altas jerarquías de la Iglesia las que promovieron la persecución de Roídis. De ello no se deduce, señores, que el poder político tenga que estar sometido a la voluntad y al conservadurismo de determinados órganos de la Iglesia.

En temas intelectuales no se pueden marcar directrices con las que nuestro país queda en entredicho de forma irreparable. Ésta es la realidad, al margen de escolasticismos y de juicios mezquinos de las cosas, y queremos hacer una seria llamada de atención al Gobierno en su conjunto.

PRESIDENTE. El Sr. Vabulis tiene la palabra.

L. VABULIS . Sr. presidente, la libertad de pensamiento tiene como patria a Grecia y es respetada en todo el mundo ilustrado. En esta libertad y en este respeto se basan todo progreso y todo avance de la cultura. Precisamente por esta razón es inaceptable que se prohíba esta libertad, y especialmente en Grecia.

En cuanto a la cuestión que nos ocupa, se trata de la persecución de las obras de un insigne escritor que honra a Grecia fuera de las fronteras de su patria. El Ministerio de Educación debía y debe pronunciarse y poner interés en que cesen el ruido y el escarnio. No pretendemos censurar al Gobierno por una acción que no ha llevado a cabo, pero si le

pedimos que no permanezca inactivo. Y tengan en cuenta los interesados que con la persecución y la prohibición no se consigue lo que se pretende. La ignorancia y el misterio inducen a equívocos y solo la luz, la luz de la verdad, que brillará con la libertad de pensamiento, puede promover la cultura. Vuelvo, pues, a rogar al ministro de Educación que no permanezca inactivo y no insista en la idea de que este asunto no concierne al Ministerio de Educación. Por el contrario, debe tomar una postura clara para impedir que el escándalo sea aún más perjudicial.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Sr. Presidente, como le he dicho anteriormente, mi ilustre colega de Justicia ya ha dado cumplida respuesta a las protestas que se han escuchado en esta sala. Únicamente quiero añadir algo a fin de informar a los diputados, que probablemente han sido inducidos a conclusiones erróneas por todo lo que se ha dicho aquí. Jamás el Gobierno ni ningún otro poder han tenido la intención de perseguir ni la obra de Casandsakis ni al propio Casandsakis. Si ha habido órganos dependientes del Ministerio del Interior que han tomado medidas contra los Representantes Municipales, lo han hecho porque sin duda creían que debían penalizar acciones punibles. No me corresponde a mí dar una respuesta a los señores diputados, dado que, por otra parte, no dispongo de ninguna información fidedigna acerca de las razones que han obligado a las autoridades competentes a imponer sanciones.

C. MITSOTAKIS. Es significativo que por segunda vez el Gobierno eluda dar una respuesta y tomar una posición ante una cuestión de esta naturaleza. Especialmente el ministro de Educación. *[Alboroto]*.

PRESIDENTE. Silencio, por favor. Permitan hablar al orador.

C. MITSOTAKIS. Concretamente, en el caso del Sr. ministro de Educación se da la circunstancia de que además de ser un representante del Gobierno, tiene competencias en temas eclesiásticos y creo que puedo decir que ha sido muy mal visto por la opinión pública griega el que el Santo Sínodo, cuando tenía que preocuparse por temas mucho más serios —y debía haberse ocupado en esos temas, porque últimamente son

demasiados los asuntos que han llegado a la luz pública que no honran a la Iglesia— han encontrado la cuestión Casandsakis para agotar en ella su acción. Repito que no sólo la Iglesia de Grecia, también el Gobierno de Grecia tienen la obligación de tomar partido en este asunto.

A. YEROCOSTOPULOS (ministro de Educación). Tengo que protestar enérgicamente por las insinuaciones expresadas por el Sr. diputado contra la Iglesia oficial. La Iglesia de Grecia siempre cumple con su deber. Se ocupa de los asuntos que atañen a su competencia y que producen alarma en la opinión pública y en el pueblo practicante. No obstante, paralelamente, se ocupa también de aquellos asuntos que considera que competen al poder que detenta, y que piensa que ponen en peligro el sentimiento cristiano y religioso del pueblo griego. El que eventualmente se equivoque al valorar determinados hechos concretos no es algo que permita a los representantes del Estado expresarse de forma tan irrespetuosa contra la Iglesia oficial. *[Fuertes aplausos]*.

[...]

[Diario de Sesiones del Parlamento griego.

Sesión 84, del 4 de mayo de 1955,
págs. 166, 168, 169-173]

SESIÓN 6.

Viernes, 25 de noviembre de 1955

Presidencia Sr. C. Y. Rodopulu

(Hora 6.15 p. m.)

PRESIDENTE. Comienza la sesión. Que se abran las tribunas. Se ruega al Sr. secretario, I. Iliópulos, dé lectura ante la Asamblea a las mociones, etc.

I. ILIÓPULOS (secretario) *[Lee]*.

[...]

PRESIDENTE. El Sr. N. Sorbás tiene la palabra a propósito de su interpelación dirigida a los Srs. Pr. C. y al vicepresidente de Interior, en relación a la persecución de las obras de Casandsakis, etc.

N. SORBÁS . Sr. presidente, desde hace un tiempo, se viene observando una persecución del espíritu en Grecia. Se prohíbe la circulación de ciertos libros sin mediar una ley. Se detiene y encarcela a escritores, los cuales sufren una serie de meses en prisión por haber editado una Antología de poesías que, posteriormente, cuando se juzga en los Tribunales, se demuestra que no contienen nada reprobable, y que no es otra cosa que una obra de arte, un poema que expresa el pensamiento del escritor.

Esta persecución del espíritu en Grecia socava nuestra cultura. Mientras todos en esta sala afirmamos que somos demócratas, que la Democracia impera, que reina la libertad de pensamiento, en determinadas ocasiones, el espíritu sufre un claro e implacable acoso.

Un escritor griego que honra a Grecia en el extranjero y cuyas obras han atraído la atención de la intelectualidad mundial, N. Casa[n]dsakis, en Grecia es considerado por determinados

sectores intelectuales y políticos como alguien que ataca la cultura griega, como alguien que arremete contra el pensamiento griego, como alguien colérico. Es decir, dejamos que este espíritu tome cuerpo, cosa que va en menoscabo de nuestra cultura y en contra de la auténtica democracia que es su servidora.

Y el viceministro de Información no se ha limitado a ejercer esta persecución [sic] exclusivamente a los libros de determinados escritores, como Casandsakis, Livaditis, etc., sino que hace un año vi publicarse una resolución conjunta de los viceministros de Información, Sr. Lijnus, y de Interior, Sr. E. Calandsís, que en base a una determinada ley, impone la censura preventiva a las diferentes obras de teatro.

Esto es el colmo de la intervención política en la libertad de espíritu. Esta medida ha puesto en pie de guerra la conciencia de todos los ciudadanos griegos, ha puesto en pie de guerra la conciencia de todos cuantos se dedican al teatro y ha levantado protestas por doquier, pidiendo la derogación de esta orden represiva y antidemocrática.

Un decreto de ley que fue promulgado en el periodo de la ocupación alemana y que probablemente tenía como objetivo proteger a los invasores, y que refleja el espíritu represivo que imperaba en aquella época, no puede admitirse hoy. Constituye una falta de respeto contra el parlamentarismo y contra la Democracia el que se restaure y se aplique esta ley y basándose en ella se promulguen órdenes que imponen la censura a las obras de teatro.

Pienso que esta medida es represiva, antidemocrática y anticonstitucional. Nuestra democracia, nuestra cultura y nuestra Grecia nada tienen que temer de la libertad de pensamiento. En ella radica la luz, por ella todo se dice claramente y todo vive en la luz.

En consecuencia, al imponer, por medio de medidas coercitivas, restricciones que hacen daño a Grecia damos la ocasión a nuestros enemigos de acusarnos en el extranjero de que no tenemos democracia. Es deber de todos los gobiernos, de toda la clase política, consagrar la libertad de espíritu. Porque

aquí nació la libertad, aquí nació el espíritu y aquí puede vivir sin sufrir menoscabo alguno y puede contribuir a un mayor progreso y desarrollo de Grecia.

Pienso que tales medidas no deben ser tomadas [*sic*]. Semejantes disposiciones, propias de la Ocupación, si existen, deben ser abolidas, y hemos de exigir la total libertad de espíritu. Contribuiremos al progreso en nuestra tierra y no albergaremos peligros.

Si la acción de determinados hombres, ya sean intelectuales o políticos, supone un peligro político, el Estado tiene a su disposición medidas para protegerse. Pero el perseguir una Antología de poesía o acosar como a anticristos a las personas que ensalzan la obra de Casandsakis, ciertamente no contribuye al avance de nuestra cultura.

No sé si esta orden que impuso la censura sigue vigente aún. Si sigue vigente, ruego al señor ministro de la Presidencia del Gobierno que la derogue inmediatamente, pues nada hay que temer de la libre expresión del lenguaje del teatro. Aquí, desde los tiempos de Aristófanes hasta ahora, todas las obras de teatro han contribuido de forma increíble al avance de nuestra cultura. ¿Vamos a temer a los escritores contemporáneos?

No creo que los escritores contemporáneos puedan apartarse del espíritu secular en el que se mueven, se desarrollan y luchan. Creo que no se pueden tomar tales medidas.

PRESIDENTE. El Sr. Y. Tsatsanis tiene la palabra.

Y. TSATSANIS . También es afín la que consta con el núm. 12.

A. VULUDIMOS . Sr. presidente, en relación con la interpelación debatida está también la inscrita con el núm. 12 del Orden del Día, la cual hemos registrado conjuntamente con el colega Sr. Tsatsanis. Ruego por tanto que sea considerada así.

PRESIDENTE. Por supuesto, Sr. diputado, tiene la palabra también en lo que se refiere a la interpelación registrada en el Orden del Día con el núm. 12, que tiene relación en su contenido con la del Sr. Sorbás. El Sr. A. Vulodimos tiene la palabra.

A. VULUDIMOS . Señores diputados, a primeros de octubre había registrado una interpelación referida a la antidemocrática y oscurantista persecución del libro por parte de algunos órganos

del Estado, que también iba referida a la resolución del Santo Sínodo por la que se solicita que se prohíba la circulación de los libros del eminente y mundialmente famoso escritor Nicos Casandsakis. Esta actitud antidemocrática del Gobierno ha causado realmente sorpresa no sólo en nuestro país, sino también en el extranjero. Es sabido, señores diputados, que el ilustre líder de los liberales, Sr. Papandreu, había propuesto que el autor de *Alexis Sorbás*, Nicos Casandsakis, escritor de fama mundial, ocupe por decreto un sillón en la Academia de Atenas, juntamente con nuestro gran poeta nacional, Ánguelos Sikelianós. He aquí también los comentarios de la prensa diaria ateniense, que ha reaccionado en contra de esta táctica del Gobierno. Concretamente, el diario *Ta Nea* escribe lo siguiente:

Es significativo que los diarios más importantes de Atenas hayan censurado en artículos y comentarios la decisión tomada; uno de los líderes del partido democrático, el profesor Sr. Svolos, ha subrayado en una declaración las desastrosas consecuencias que tendría la hipotética materialización de la propuesta del Santo Sínodo. Entretanto, en el extranjero se suceden los testimonios de aprecio y valoración de la obra de Nicos Casandsakis, quien, como hemos escrito ya el martes que ha pasado [*sic*], contrariamente a lo que se publica en determinados diarios, goza de buena salud. Así, en el último número de la más importante revista egipcia y órgano del Consejo Revolucionario, es decir, del Gobierno, *Al Tajrir*, se publica un artículo que ocupa una página completa con una fotografía reciente de Casandsakis, en el que el conocido escritor egipcio Amid al Amar analiza la novela *Cristo de nuevo crucificado* y entre otras cosas, dice que es totalmente opuesta al espíritu materialista actual.

Nos escriben desde Berlín que, con motivo del septuagésimo aniversario del nacimiento de Nicos Casandsakis (18 de febrero), toda la prensa alemana se ocupa del escritor griego al que dedica elogiosos comentarios, especialmente por la edición en alemán de su libro *Libertad o Muerte* . Excepcionalmente encomiásticas son también las críticas publicadas en los diarios *Noticias*, de Stuttgart, *Diario Nacion* al, de Basilea *El día*, de Berlín, *El Sur*, de Dusseldorf, *La Obra*, de Zúrich, *El Bibliófilo*, de Fráncfort, *El Mundo*, de Hamburgo, etc. Entre los comentarios, merece ser destacado el escrito en el diario *Noticias* de Stuttgart

que dice: «Cuando un cliente pregunta a su librero qué libro, qué novela perfecta, o en general, qué obra debe comprar para hacer un buen regalo, éste responderá rotundamente: “Compre una obra de Casandsakis”[»]. También *El Cartero*, de Berlín dice que gracias a Casandsakis el prestigio de la Grecia actual, cuyas manifestaciones ponía en duda hasta ahora Occidente, se ha impuesto en toda la Europa occidental. *El Bibliófilo* de Fráncfort señala también que cada nueva traducción de los libros de Casandsakis al alemán asegura la presencia de un gran prosista que lo tiene todo: es decir, el fascinante realismo de los americanos, el Romanticismo alemán, el humor fino de los ingleses, la sutileza francesa y, sin embargo, conserva una personalidad propia, como todos los grandes de la Literatura universal».

El diario *Acenaiki*, escribe lo siguiente sobre Casandsakis:

La periodista suiza Luisa Rinzer publica en la última página de la revista *Die Weltwoche*, de Zúrich, sus impresiones de una entrevista mantenida con Nicos Casandsakis. Recogemos los puntos más significativos del interesante artículo de la señora Rinzer: «En 1951 — escribe la periodista suiza— se publicó en Alemania un libro con el título *Pasión griega* ¹. El nombre del escritor, Nicos Casandsakis, era hasta entonces casi desconocido. Hoy día, este hombre es candidato al Premio Nobel y sus libros han sido traducidos a todas las lenguas europeas».

Y por si todo esto no fuera suficiente, tenemos además la injerencia de la Iglesia en las obras intelectuales, cosa que provoca la indignación de todo hombre que piensa. Nosotros, desde niños, por tradición familiar, respetamos a la Iglesia y sentimos muy profundamente el carácter sagrado de su apostolado. Pero en este punto, nos van a permitir que pensemos que su injerencia no es una simple intervención contra los libros, sino que denota una actitud absolutamente reaccionaria contra todo lo bueno y lo bello. Un hecho así socava nuestra cultura neogriega y lo que es más, nuestra existencia como Estado. La Iglesia lleva a cabo una obra prudente, nacional y santa si centra su atención en su deber, respetable ante los dioses y los hombres, como hace en este momento una

gigantesca personalidad de la Iglesia griega, el jefe de la nación, Macarios, en la atribulada Chipre. El intento de la Iglesia de confiscar las excelentes obras de la fantasía creativa del extraordinario intelectual griego N. Casandsakis, no es otra cosa que una vuelta a la Edad Media. Sólo los inquisidores podían llevar a cabo tal acción. Así pues, que la Iglesia imite a los grandes conductores del rebaño y a los mártires de la raza, que fueron los ejemplos más luminosos que imitar por las generaciones venideras, y que ahogue los residuos del Medievo. Que arremeta contra aquellas obras y actuaciones que dañan a la Raza y al país, porque de no ser así, queda devaluada la Iglesia y su luminosa historia. Llegados a este punto, permítanme leerles unos párrafos concretos de un memorable artículo del diario *Elefcería* titulado «La Iglesia»:

La inmensa mayoría del pueblo griego es practicante sincero y acepta el dogma sin que le corroa la carcoma del escepticismo y abraza la moral cristiana con un profundo sentido de su perfección. Pese a esto, no se encuentra en armonía ni en sintonía espiritual con su Iglesia.

Se oyen muchos murmullos. Y la conciencia de los fieles es continuamente escandalizada por acciones y omisiones del alto clero, especialmente, acciones y omisiones que tienen un efecto corrosivo sobre la psicología del pueblo. Los griegos no van a dejar de ser creyentes por ello. Sin embargo, puede que un buen día dejen de respetar a aquellos que por tradición han asumido el papel de representantes de la religión y defensores de la fe. Y entonces se derrumbará una gran institución que en nuestro país no es únicamente religiosa sino también nacional.

El pueblo griego tiene desde hace muchos años una doble y muy dolorosa experiencia a causa del comportamiento de la Iglesia: primero, las manifestaciones oficiales —colegiadas o personales— como Iglesia beligerante. Recientemente, una manifestación de esa naturaleza es la resolución medieval del Santo Sínodo de pedir en nombre de la fe la prohibición de la circulación de determinadas obras del insigne escritor griego, cuyo nombre honra internacionalmente a nuestro país y que es completamente ignorado y silenciado por todos los arzobispos que alguna vez han empuñado el báculo pastoral en este vanidoso mundo.

Son muchos, frecuentes y angustiosos los escándalos que provocan los pastores de la Iglesia debido a su modo de proceder colectiva o individualmente. Y estos escándalos no se ven contrarrestados por una actuación filantrópica de la institución. En este terreno las autoridades eclesiásticas —muy dinámicas en otro sentido— están dominadas por un profundo letargo. Recuerdan el Evangelio, a los Padres de la Iglesia y la tradición sólo cuando se trata de extraer de todo ello medidas para censurar las creaciones intelectuales libres, o de obtener argumentos para preservar sus privilegios, que hace mucho tiempo que entraron en conflicto con el interés social. El mandamiento del amor, del afecto activo, de la empatía para con los oprimidos y de la acción creadora para aliviar el dolor humano, que constituye la más elevada justificación de la religión, los utilizan únicamente como hojarasca retórica.

La Iglesia de Grecia se aleja poco a poco de su rebaño. Porque no sólo no consigue ya conmoverlo y ejercer su control sobre él por medio de su ejemplo y de sus actos, sino que, por el contrario, a causa del comportamiento de sus representantes, genera a diario dudas catalizadoras. La prueba más elocuente de este hecho es la enérgica protesta que se desprende de las columnas de la prensa claramente religiosa. Y el síntoma más inquietante de esta parálisis es la considerable apatía con la que los representantes de la Iglesia afrontan las estremecedoras denuncias de esta prensa.

Quien tenga oídos para oír que oiga: la Iglesia ha olvidado su misión. Y alberga en su seno a no pocos indignos. Y si no vuelve a dirigir su atención a las obras creativas y si no se sana a tiempo, se convertirá en una asociación de clérigos con incrustaciones de oro, a la que el pueblo griego mirará con total indiferencia.

No voy a referirme a continuación al elevado número de protestas de las Corporaciones Municipales de la mayoría de las ciudades, motivadas por la actitud de la Iglesia y del Estado contra las obras de Nicolás Casandsakis, protestas que han llevado a sus ediles a ser sancionados por los gobernadores civiles. Me van a permitir únicamente que les lea una propuesta

de la Asociación de Escritores Griegos, en la que se dice lo siguiente:

«Informaciones procedentes de Estocolmo refieren que, según se ha sabido allí, Nicos Casandsakis ha perdido este año el Premio Nobel sólo por tres votos. Este hecho ha movido a determinados miembros de la Academia de Estocolmo, de los que apoyan al candidato griego, a mostrar a la Asociación de Escritores Griegos el escrito enviado a la Academia sueca mediante el cual se presenta oficialmente la candidatura del escritor de *El Capitán Mijalis*». Así se cumple además el requisito estatutario que establece el reglamento de la Academia sueca, según el cual es conveniente que la presentación de un escritor como candidato vaya acompañada de la recomendación de una organización intelectual de su país.

El escrito que envió la Asociación de Escritores Griegos a la Academia sueca dice lo siguiente:

Señor presidente:

Nuestra organización, fundada hace veintidós años y que acoge como miembros a los más reconocidos de los escritores griegos, tiene el honor de dirigirse a su Academia, por tercera vez en los últimos años, para solicitar formalmente que el Premio Nobel de Literatura sea concedido al escritor griego N. Casandsakis, mundialmente reconocido como una de las cumbres de la Literatura contemporánea, cuyas obras han sido en gran parte traducidas a lenguas extranjeras.

Desgraciadamente, hasta ahora Grecia no ha sido honrada con el Premio Nobel, pese a que las candidaturas de nuestros grandes poetas y escritores, como la del inolvidable Sikelianós, habían sido apoyadas repetidas veces por importantes personalidades de muchas grandes naciones.

Estamos seguros de que su Academia ya tiene constancia del indudable reconocimiento nacional e internacional de la obra de Nicos Casandsakis, poeta, novelista y dramaturgo. No obstante, si precisan de elementos complementarios, estamos dispuestos a informarles sobre lo que consideren necesario.

Tenemos el honor, señor presidente, de presentarle de nuevo hoy, una vez más, su candidatura y le rogamos acepte la expresión de nuestros más profundos sentimientos de estima hacia usted y hacia toda la Academia.

Ayis Ceros, Vicepresidente
Stratís Ducas, Secretario General

Entretanto, nos enteramos de que el telegrama enviado desde París, informando de que el insigne escritor era acogido en casa del príncipe Jorge y que había tenido un encuentro con los reyes griegos, con los que compartió un almuerzo, había provocado viva impresión entre los miembros de la Academia de Atenas.

De este modo, con ocasión de la siguiente convocatoria de concurso para cubrir dos sillones de Literatura, ha vuelto a ser sometido a debate el nombramiento de Casandsakis como académico.

Concretamente, hay información de que determinados académicos tomaron la decisión de proponer la candidatura de Casandsakis, y es de esperar que esta vez lo consiga, dado que el favor real ha sido la mejor respuesta a cuantos llevados por los más variopintos móviles intentaban presentar a Casandsakis como «un activista antipatriótico».

S. MERCURIS . Señor diputado, ¿puede referirse a alguna acción gubernamental concreta?

A. VULUDIMOS . La escuchará a continuación, Sr. diputado. Vamos primero a tratar sobre la persecución de los demás libros. Paradójicamente se ha prohibido la circulación de libros de los grandes escritores, Gorki, Dostoievski, Victor Hugo, Balzac, Heine, etc. La obra de Gorki no tiene nada reprobatorio porque de ser así se hubiera prohibido su circulación también en época de los zares. Dostoievski es un místico cristiano y en su libro *Pobres gentes* y en otras obras, presenta la miseria humana. Sin embargo, a pesar de ello, sus libros han estado prohibidos, como también los de Victor Hugo, el gran cantor de la libertad, que, por supuesto, mantenía vivo un torrente de entusiasmo por nuestro país y a propósito de Misolongui escribió los siguientes versos en una de sus obras:

Misolongui no existe ya

.....

Habéis sido vencidos en la tierra

Pero venceréis en la historia.

Para no pasar a analizar más obras y a más escritores, permítaseme detenerme en este punto. Sin embargo, señores diputados, siento la necesidad de expresar mi desaliento porque no he visto a los trabajadores intelectuales de nuestro país protestar contra esta actitud medieval de los órganos competentes. Excepcionalmente, no obstante, existen también algunos signos luminosos. El diario *Elefcería* escribe lo siguiente a propósito de la Asociación de Escritores:

Una comisión del Consejo de la Asociación de Escritores Griegos presentó ayer al viceministro del Interior, Sr. Calandsís, un dossier de protesta a causa de las incautaciones de libros griegos y extranjeros — que, por supuesto, circulan libremente desde hace mucho tiempo— llevadas a cabo por los órganos de Seguridad.

En el dossier, se dice, entre otras cosas, lo siguiente:

Estas acciones que no son más que una forma fehaciente de persecución del libro literario serio, griego y extranjero, no sólo no se justifican bajo ningún concepto, sino que además constituyen un grave peligro de descrédito para nuestra patria —cuya historia es un compendio de combates y sacrificios por la libertad intelectual—. Seremos vistos como un país en el que, a contracorriente de la actualidad, se pretende restaurar métodos irrevocablemente condenados en la conciencia mundial. Hemos considerado nuestro deber hacer estas reflexiones, también hoy, por supuesto, tras el debate habido en la Asamblea Nacional y tras la última resolución del Tribunal de Apelación por la que se ha eximido de toda imputación a escritores cuyas obras fueron consideradas reprobables por los órganos de Seguridad. Asimismo, hemos considerado nuestro deber pedirle que, asumiendo personalmente este caso, se ocupe de que se ponga fin a estas acusaciones y sea garantizada al espíritu la vida en libertad en nuestro país.

Sin embargo, la Justicia muestra una excepcional actitud ante la persecución del libro y declara inocente al poeta Livaditis y al editor Pancalos.

El diario *Ta Nea* escriben [*sic*] lo siguiente a propósito de la persecución del libro:

No puede permitirse que sean calificados de «subversivos» con tanta facilidad y por poderes que en absoluto poseen los criterios precisos para valoraciones de esta índole. En otras palabras, es intolerable para la sensibilidad democrática actual, el que los libros, productos del espíritu, se conviertan en objeto de persecución. Es decir, las formas de la creación humana que por su propia naturaleza son libres por excelencia. Incluso cuando los libros contengan ideas progresistas que con frecuencia parecen peligrosas a los ojos de ciertos poderes. Esto es algo muy negativo. En primer lugar, porque, como ha sido corroborado por la historia, frecuentemente las ideas progresistas a menudo no son más que verdades inmaduras. Y en segundo lugar, porque, independientemente del deber que todos tenemos de mantener vivo en nosotros el ideal de la nación, un país de nuestro tiempo no puede vivir aislado en el interior de las murallas chinas del conservadurismo, sin comunicarse siquiera con las grandes corrientes intelectuales del mundo actual.

Y también otros diarios continuamente han escrito sobre la persecución del libro. El diario *Ezno*, por ejemplo, escribe:

Un poeta y un traductor fueron juzgados anteayer porque el primero escribió y el segundo tradujo libros cuyo contenido fue calificado de «subversivo». El fiscal, sin embargo, persona inteligente, dijo que el revuelo creado en torno a ideas subversivas, etc., ha tenido como resultado la difamación de estos libros tontos y la heroización [*sic*] de los escritores —se refería a la excomunión de Róidis por su *Papisa Juana*, como un precedente de lo que decía—. Los acusados, naturalmente, fueron declarados inocentes y este episodio servirá —esperemos— de enseñanza a quienes con frecuencia, en ocasiones similares se anticipan frívolamente como policías.

Pero incluso antes que la Justicia, muchos diarios — *Cacimerini*, *Elefcería*, *Vima*, y también *Estía* — han condenado en los últimos tiempos la arbitrariedad del macartismo. La conclusión que se deduce es que el Gobierno debe poner fin inmediatamente a la persecución, liberar a los escritores, editores y traductores detenidos y ordenar a sus órganos que dejen de actuar como censores de la producción intelectual, tal y como determinan la Constitución y las Leyes.

Pero en lugar de esto, el Estado permite que circulen libremente escritos soeces, de gánsteres y películas nocivas, que

estas son también como libros abiertos que corrompen el alma infantil. A causa de ello leemos cada día en los medios de comunicación que A. M., por ejemplo, estudiante de diecisiete años, ha sido detenido por formar una banda con E. P., de dieciocho, con el fin de recaudar dinero y viajar a Bulgaria. El Gobierno tiene que prestar atención a esto y tomar medidas pertinentes, y dejar libres el arte y el pensamiento, en general, porque la libertad de pensamiento es lo que fundamentalmente diferencia al hombre de los animales. Hay que dejar libres a los literatos neogriegos para que se dediquen a su importante trabajo, puesto que el libro es un espejo del desarrollo de un pueblo. He aquí lo que sobre el libro dicen ilustres líderes del mundo intelectual:

«El libro da la pauta de la cultura de un pueblo».

(Paul Valery)

«Los libros son como los hombres».

(Voltaire)

«La lectura de los buenos libros es una conversación con los hombres más perfectos del pasado».

(Descartes)

«Los sabios y los poetas por medio de sus libros salen de sus tumbas, se sitúan a nuestro lado y nos dictan leyes».

(Edward Bulwer-Lytton)

«Casa sin libros, habitación sin ventanas».

(George Büchner)

«Un intelectual sin libros es como un sastre sin aguja».

(Adamandios Corais)

«Instrumentos de la educación es el uso de los libros». [Sic]

(Plutarco)

«El libro disipa las tinieblas y mitiga nuestro dolor».

(Gorki)

«El libro es el arca de la recta moral y las buenas leyes».

(Besarión)

«El libro obsceno e inmoral ha servido para perpetrar crímenes
contra las costumbres».

(Georges Guilhermet)

«Los libros son los mejores amigos de los viejos y los maestros
de la juventud».

(Samuel Smiles)

No es posible, señores diputados, que aquí, en nuestro país, la tierra donde nació la libertad de pensamiento y de palabra, en pleno siglo XX se estrangulen los derechos del hombre.

PRESIDENTE. El Sr. Tsatsanis tiene la palabra.

Y. TSATSANIS . Es un hecho, señores diputados, que la dilatada historia de este lugar, cuna de la libertad y de la democracia, del espíritu, de la virtud y de todo avance intelectual puede presentar multitud de personalidades excepcionales del más alto nivel intelectual cuyas obras han ilustrado al mundo entero y gozan de total reconocimiento en todas partes. Esta tradición, es decir, la tradición del más alto nivel intelectual y del más alto espíritu, permanece hoy día. En nuestro tiempo, Grecia puede presentar personalidades excepcionales, entre las cuales N. Casandsakis ocupa el primer puesto, no sólo del mundo intelectual de nuestro país, sino de toda la faz de la tierra, y son infinitos los elogios a su persona, considerándolo una flor de la inteligencia y del pensamiento. Sin embargo, desgraciadamente, aquí, en el país donde nació, donde se crio y al que honró y sigue honrando, se observa la extraña situación de que se persigue su obra intelectual.

Por más que queramos encubrirnos, inhibiéndonos tácitamente de la persecución de sus obras, no estamos eximidos de la responsabilidad de la persecución que se ha llevado a cabo, no solo por los órganos inferiores del Estado, los cuales, a fin de cuentas no estarían en situación de juzgar la indignidad de su actuación, sino también por la más alta institución espiritual de nuestro Estado, la Iglesia oficial de Grecia a través del Santo Sínodo, cuyo fin es tutelar y enaltecer el mundo espiritual del país, y no retrotraerlo de nuevo al oscurantismo.

Como es sabido, el Santo Sínodo, por medio de un escrito dirigido al Ministerio de Justicia ha solicitado la inculpación penal y la condena de las obras de Casandsakis, hecho que constituye una mancha en su brillante historia. Sin embargo no ha tenido el atrevimiento de decretar por sí mismo la excomunión de Casandsakis, sino que ha decidido remitirla al Patriarcado Ecuménico. Éste, actuando correctamente, ha devuelto el caso a la Iglesia de Grecia, dándole así además una lección de que debe asumir las responsabilidades de sus actos errados. Respeto y honro a la Iglesia como pocos, pero, por una vez, no puedo alabar su actuación. Pues el hecho de contarme entre quienes creen en su gran misión y en su función salvadora de la sociedad no me priva del derecho a condenar sus actuaciones cuando son contrarias a sus fines. La cuestión Casandsakis, como es sabido, ha puesto en pie de guerra no sólo a la intelectualidad y a la sociedad griegas, sino también a la intelectualidad y a la sociedad mundiales y son conocidas las resoluciones de protesta de los municipios de Grecia y en especial de Iraclio, en Creta, su ciudad natal.

Las noticias aparecidas en la prensa griega y mundial y los pronunciamientos en contra de las actuaciones del Estado griego y de la Iglesia también son conocidos. Igualmente, es del dominio público que el Gobierno griego, ante el escándalo que ha suscitado, ha dejado que el asunto se agote por sí sólo. Pero esto no lo exime de sus responsabilidades, como tampoco exime a la Iglesia y a todos aquellos que han querido imputar a Casandsakis ideas antirreligiosas y anticristianas. Casandsakis

está imbuido de un profundo sentimiento religioso y cristiano y sus obras dan fe de que él alberga estos sentimientos en mayor grado que sus perseguidores. Todo el asunto que se ha provocado será una página negra de nuestra ilustre historia espiritual. Sabido es que con el pretexto de la persecución de las obras de Casandsakis se ha abierto el camino a que sean perseguidas otras obras literarias, a que sean perseguidos sus editores y sus vendedores y a que, además, se imponga censura a las obras de teatro. Todo esto en verdad no honra al actual Estado griego, y con vistas al restablecimiento del orden ético de las cosas y de todo cuanto ha sucedido en detrimento de las creaciones del pensamiento intelectual griego, el Gobierno, dado que la cuestión ha llegado al Parlamento, debe tomar una postura clara, y mostrar sin rodeos que no está de acuerdo con todo lo sucedido hasta ahora, que respeta y reconoce la obra de Casandsakis y que respetará y garantizará absolutamente la libertad de espíritu y la democracia en nuestro país. Esperamos que el ministro de la Presidencia del Gobierno, aquí presente, manifieste su repulsa ante las actuaciones habidas y afirme de manera expresa su respeto a la libertad de espíritu.

PRESIDENTE. Tiene la palabra el Sr. ministro de la Presidencia.

Y. RALIS (ministro de la Presidencia del Gobierno). En lo que a Casandsakis se refiere, no sé por qué se ha presentado una interpelación. No existe prohibición alguna de la circulación de sus obras. Consecuentemente, los señores diputados deberían saber que la interpelación no tiene un contenido de reproche al Gobierno.

En cuanto a la prohibición de otros libros, a los que ha aludido el Sr. Vulodimos en su discurso, tengo que mencionar el nombre de Cornaros. Este nombre basta para justificar la detención de este señor, su remisión al Comité de Seguridad y su destierro. Se ruega al Sr. Vulodimos que lea él mismo los libros de Cornaros y nos diga si es miembro del Partido Comunista o no. Y no veo por qué los miembros del Partido Comunista que hacen propaganda deben ser castigados y, en cambio, no pueden ser desterrados los que escriben un libro. Al contrario, estos deben ser castigados más aún.

En lo que respecta al segundo tema, la censura preventiva de las obras de teatro, he de decir que esta ley, como ha dicho el Sr. Sorbás, está en vigor desde hace mucho tiempo y no ha sido aplicada en un largo espacio temporal. Se aplicó por primera vez después de la guerra, en 1951, con un gobierno de Centro, referida a asuntos obscenos. En el teatro de Papaioanu se ofrecía una revista de variedades en la que aparecían mujeres desnudas, y el entonces ministro pidió que se impusiera una censura previa, la cual es completamente constitucional porque el artículo 14 de la Constitución dice expresamente que se mantienen las prohibiciones de censura previa a las obras teatrales y cinematográficas. Por tanto, los señores diputados deberían saber que ya ha sido aplicada anteriormente, en 1951, cuando gobernaba el Centro. En los tres años siguientes no ha sido necesario aplicarla.

En 1955, hace seis meses, determinadas organizaciones religiosas y una asociación de protección de la juventud, pidieron que fueran prohibidos algunos números de una revista de variedades que ofendían a organizaciones religiosas, especialmente israelitas, y que tenían contenidos irreverentes y, sobre todo, desnudos. El entonces ministro, Sr. Lijnós, pidió que fueran eliminados estos contenidos. Sin embargo, los teatros se negaron, por lo que se impuso la censura que está prevista por la ley. Dentro de quince días, el ministro del Interior presentará en el Parlamento un proyecto de ley que regula todos estos temas y entonces la Cámara tendrá ocasión de expresar su opinión sobre dicho proyecto de ley.

Yo tampoco estoy de acuerdo con que debemos hacer uso de la censura preventiva cada vez que queramos, pero hay ocasiones en que el Estado, aun no siendo partidario de ello, se ve obligado a aplicarla. No podemos decir, por una parte, que en Grecia protegemos cualquier religión y, por otra, dejarla expuesta a que se la insulte en las revistas de variedades o incluso en los teatros más serios. Por esta razón se ha impuesto la censura previa y pienso que en estos casos hay que mantenerla. Un Comité habrá de juzgar si las obras de teatro atentan contra la religión o constituyen un peligro para la juventud. Repito que la

Asamblea tendrá en breve ocasión de expresar su opinión sobre el proyecto de ley del viceministro de Interior.

PRESIDENTE. El Sr. Sorbás tiene la palabra.

N. SORBÁS . El Sr. ministro de la Presidencia del Gobierno ha soslayado el hecho de la prohibición de la circulación de las obras literarias a las que me refiero, de Dostoievski, de Hugo, etc. En lo que a Cornaros se refiere, responderá el Sr. Vuludimos. No obstante, pienso que Cornaros es un literato y deberíamos ser más indulgentes y respetuosos con él por las tribulaciones que ha padecido. En cuanto a las obras de teatro, el Sr. ministro ha afirmado que el control preventivo fue aplicado en 1951 en el caso de obras obscenas. Si se aplicó en esos casos nada tenemos que objetar. El Sr. diputado por El Pireo se ha referido a un ejemplo concreto pero nosotros pensamos que produjo una gran alarma en la opinión pública cuando hace seis meses se impuso la censura, no en base a un tema religioso, el de los israelitas, sino por motivos políticos, porque la revista de variedades dejó de alabar la actuación del Gobierno y entonces éste se sintió ofendido e impuso la censura. Por eso se alzaron todos en contra y por eso protestamos también nosotros y nos esforzamos en convencer al Gobierno presente de que la censura es peligrosa e inadmisibles en democracia. Pero que el Gobierno se apoye en una ley represiva que nació durante la Ocupación e imponga la censura es intolerable. Por este motivo hemos traído la cuestión ante los Representantes nacionales, para proclamar de una vez por todas que deseamos que en este país triunfen la Libertad y la Democracia porque esto es también lo que conviene a esta tierra. En cuanto a Casandsakis, protestamos porque el Gobierno ha creado esta situación en lo que atañe a sus obras.

Si hubiera un Gobierno liberal y democrático no se hubiera producido un debate como este, y tampoco el Santo Sínodo, que fue el que inició la cuestión, se hubiera atrevido a llegar hasta el final. Se habría dado cuenta de su metedura de pata. Estamos en contra del espíritu oscurantista y éste es el sentido que tiene nuestra protesta por la persecución de la obra de Casandsakis. Y sería deseable, ya que los primeros ciudadanos del país, los

reyes, se han dado cuenta de a qué declive nos dirigimos con la persecución de la obra de Casandsakis y lo han reparado —pues como una reparación hemos de considerar el honor que tributaron al escritor al sentarlo a su mesa y concederle una audiencia—, sería deseable, digo, que por la intervención de la máxima autoridad cese en este país el espíritu de persecución de las obras de Casandsakis, y este hombre, que honra a Grecia en el extranjero, encuentre justicia primero en su propio país, porque se lo merece, ya que es un escritor que nos enaltece a todos.

Y. RALIS (viceministro del Gobierno). Hasta tal punto no conoce usted los hechos, (que no sabe) que el Gobierno ha concedido autorización a una compañía cinematográfica extranjera y le ha facilitado todo tipo de apoyo para que pueda rodar aquí una película que tiene como argumento una obra de Casandsakis. Este es el espíritu de persecución del que usted habla. No sé de dónde saca usted todo esto.

A. VULUDIMOS . No podía ser de otro modo. Respecto a Cornaros, pienso que si usted fuera razonable no debería arrestar a un hombre moribundo.

Y. TSATSANIS . Sr. Presidente, la respuesta del Sr. ministro de la Presidencia del Gobierno no me ha satisfecho lo más mínimo. Indirectamente, el Sr. ministro ha admitido que la obra de Casandsakis no ha sido objeto de persecución ni lo será jamás. Sin embargo, no ha tenido el valor de declararlo de forma oficial, sino que ha preferido trasladar la responsabilidad a la decisión del Santo Sínodo. Pienso que el Gobierno, ya que, al menos esta tarde, después de un año, le ha sido brindada la oportunidad de manifestar que el revuelo suscitado por el asunto de las obras de Casandsakis se ha producido sin motivo alguno, también debe dejar claro que el propio ejecutivo honra y respeta la obra de Casandsakis. Todavía no hemos visto tal cosa.

Y. RALIS (viceministro de la Presidencia del Gobierno). Lamento que después de tres años en esta sala aún no se haya usted enterado de cómo funcionan las interpelaciones y cómo se responde a las mismas. Yo estoy obligado a responder a la esta interpelación de reproche al Gobierno que usted presente. Y le

he dicho que el Gobierno no ha prohibido la circulación de las obras de Casandsakis. Yo no vengo aquí a hablarle de la obra de Casandsakis como obra de arte. Esas son opiniones personales que me reservo para mí. Es usted muy ruin al hacerme observaciones.

Y. TSATSANIS . Sr. ministro, respete usted a sus colegas.

MUCHOS DIPUTADOS . Eso, eso.

PRESIDENTE. Se levanta la sesión hasta el próximo martes a las 6 p. m. Con el tema del Orden del Día, preguntas, interpelaciones y mociones. (Hora 9.30 p. m.).

[Diario de Sesiones del Parlamento griego.

Sesión 6, del 25 de noviembre de 1955,
págs. 18, 29-34]

¹ Nota del editor-supervisor: se refiere a la novela *Cristo de nuevo crucificado*, que circuló en alemán con el título *Griechische Passion*, es decir, *Pasión griega*. Con el mismo título, *Pasión griega (The Greek Passion)*, circuló en inglés en 1954, Nueva York, editada por *Simon and Schuster* .

Título original: *Ο τελευταίος πειραμός*

Edición en formato digital: 2015

© Kazantzakis Publications

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3402-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com